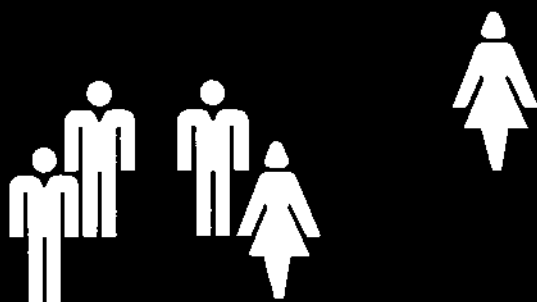


28

**POBLACION
Y DESARROLLO:
Tendencias
y
nuevos desafíos**



62

Diciembre 1995

La revista Notas de Población es una publicación del Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE), cuyo propósito principal es la difusión de investigaciones y estudios de población sobre América Latina, aún cuando recibe con particular interés artículos de especialistas de fuera de la región y en algunos casos contribuciones que se refieren a otras regiones del mundo. Se publica dos veces al año (junio y diciembre), con una orientación interdisciplinaria, por lo que acoge tantos artículos sobre demografía propiamente tal, como otros que aborden las relaciones entre los fenómenos demográficos y los fenómenos económicos, sociales y biológicos. Las opiniones y datos que figuran en este volumen son responsabilidad de los autores, sin que el Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE) sea necesariamente participe en ellos.

28

Julio-Diciembre 1995

Revista patrocinada por la Agencia Española de Cooperación Internacional (EACI) y la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) de las Naciones Unidas. Respetuosos con la libertad intelectual se acogerán las opiniones y juicios expresados por los autores de los artículos firmados, si bien ellos pueden no reflejar necesariamente los puntos de vista de las instituciones patrocinadoras y de sus órganos de asesoramiento y dirección.

Redacción, administración y suscripciones:

Pensamiento Iberoamericano
Agencia Española de Cooperación Internacional
Avenida de los Reyes Católicos, 4, 28040 Madrid
Teléfono: (91) 583 83 90 - 583 83 91
Telefax: (91) 544 65 00

Edita:

Fundación Centro Español de Estudios de América Latina
C/ Avenida de los Reyes Católicos, 4, 28040 Madrid
Teléfono: (91) 583 83 90 - 583 83 91
Telefax: (91) 544 65 00

Impresión: Gráficas Muriel, S.A.
Depósito legal: M. 14.221-1982
ISSN: 0212-0208

PENSAMIENTO IBEROAMERICANO

NOTAS DE POBLACION

Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE).

Director:

Reynaldo F. Bajraj

Director de la Revista:

Reynaldo F. Bajraj

Comité Editorial:

Rolando Sánchez

Susana Schkolnik

Jorge Bravo

Secretaría:

María Teresa Donoso

Junta de Asesores

Presidente:

Aníbal Pinto (†)

Vicepresidente:

Angel Serrano

Vocales:

Rodrigo Botero

Fernando Henrique Cardoso

Aldo Ferrer

Enrique Fuentes Quintana

Norberto González

David Ibarra

Enrique V. Iglesias

Andreu Mas-Colell

José Matos Mar

Francisco Orrego Vicuña

Manuel de Prado y Colón

de Carvajal

Luis Angel Rojo

Santiago Roldán

Gert Rosenthal

Germánico Salgado

José Luis Sampedro

María Manuela Silva

Alfredo de Sousa

María Conceição Tavares

Edelberto Torres-Rivas

Juan Velarde Fuertes

Luis Yáñez-Barnuevo

Director:

Oswaldo Sunkel

Secretario de Redacción:

Carlos Díaz de la Guardia

Consejo de Redacción:

Oscar Altimir (CEPAL,
Chile)

Carlos Bazdresch P.
(«El Trimestre Económico»)

A. Eric Calcagno (Argentina)

José Luis García Delgado

(«Revista de Economía»,
España)

Eugenio Lahera

(«Revista de la CEPAL»)

Augusto Mateus (Portugal)

Juan Muñoz (CEDEAL

España).

Secretaría:

Cristina García Bago

Diseño:

Pedro Alonso y Luis Gómez

Producción:

Rafael Gálvez

(†) Estando en prensa este número de Pensamiento Iberoamericano, se ha producido el lamentable fallecimiento de D. Aníbal Pinto, Presidente de la Junta de Asesores y anterior Director de la revista. En el próximo número de esta publicación se le tributará un homenaje especial.

LC/DEM/G.164
Junio, 1996

Sumario

	<u>Pág.</u>
Introducción Editorial	7
Población y desarrollo: Tendencias y nuevos desafíos	9
Reynaldo F. Bajraj y Juan Chakiel, <i>La población en América Latina y el Caribe: Tendencias y Percepciones</i>	11
Bárbara Boland, <i>Población y desarrollo en el Caribe</i>	57
Massimo Livi-Bacci, <i>Pobreza y dinámica demográfica</i>	115
María Victoria Heikel, <i>Género y población: Un desafío más para la equidad</i> ..	139
Adela Pellegino, <i>La migración internacional en América Latina</i>	177
Alfredo E. Lattes, <i>Urbanización, crecimiento urbano y migraciones en América Latina</i>	211
George Martine, <i>Población y medio ambiente: Lecciones de la experiencia de América Latina</i>	261
Ronald Lee, <i>Una perspectiva transcultural de las transferencias intergeneracionales</i>	311
Reseñas Temáticas.....	363
José Leal, <i>Sustentabilidad versus insustentabilidad en el desarrollo económico chileno</i>	365
Diego Guerrero, <i>Los fundamentos de la política industrial: Cambio técnico y estrategias empresariales</i>	371
Colaboradores	389

Vertical line on the right side of the page.

Introducción

Editorial

La discusión internacional sobre las tendencias y las políticas de población ha aumentado su visibilidad pública en ocasión de la última Conferencia Internacional sobre Población y Desarrollo en El Cairo, en septiembre de 1994 y la muy reciente Conferencia Mundial sobre la Mujer en Beijing, realizada en septiembre de 1995. Esas han sido importantes instancias de debate acerca de las visiones que los diferentes países, regiones, organismos públicos y privados e instituciones internacionales tienen sobre los comportamientos y las tendencias demográficas y sobre las líneas de acción que de dichas concepciones se derivan.

Las distintas visiones, tanto a nivel mundial como de la región de América Latina y el Caribe, son convergentes en muchos aspectos, aunque permanecen controversiales y polémicas en otros. No es sorprendente que ello sea así, puesto que la discusión tiene como transfondo, por una parte, preocupaciones respecto de problemas económicos y sociales de alta sensibilidad en la mayoría de los países, como son las restricciones y oportunidades que las tendencias demográficas significan para el crecimiento económico, para la superación de la pobreza y de las desigualdades de género; el efecto de las migraciones internacionales sobre los mercados del trabajo en los lugares de origen y destino; la creciente concentración de la población en zonas urbanas y los problemas medioambientales asociados al crecimiento y a la distribución territorial de la población; y las posibilidades de mantener, a nivel social, los flujos de transferencias entre los diferentes grupos generacionales que componen la población, como es el caso de los sistemas de pensiones.

Por otra parte, los diferentes enfoques acerca de las políticas tienen tras de sí, además, concepciones éticas diversas acerca de ciertos derechos individuales referidos a la vida, incluyendo a la vida antes del nacimiento: el derecho a la salud reproductiva, el acceso a información sobre la sexualidad y la reproducción humana; el acceso a diferentes medios de control de la natalidad y el ejercicio de la sexualidad en relación con diferentes arreglos matrimoniales y de cohabitación. En algunos casos, dichos enfoques involucran posturas diferentes respecto de la preeminencia del interés nacional propio frente a los de otros países o de la comunidad internacional, como, por ejemplo, en el resguardo de los recursos naturales.

Como una forma de aportar a la reflexión sobre los temas de población y desarrollo desde una perspectiva principalmente latinoamericana y caribeña, **Pensamiento Iberoamericano** y **Notas de Población** han decidido colaborar en la preparación de este número especial, apuntando hacia los nuevos desafíos que implican las tendencias demográficas, en el contexto de los escenarios político-económicos actuales. De qué modo se expresa la discusión de estos temas en América Latina y el Caribe, es abordada en el artículo de *Reynaldo F. Bajraj* y *Juan Chackiel*, que ofrece una visión de las tendencias demográficas y la evolución histórica de la percepción de los problemas de población en la región, con énfasis en la situación actual y las proyecciones de población para las próximas décadas. Las condiciones y problemas de especial relevancia para las naciones insulares del Caribe son expuestos por *Barbara Boland*, destacándose el embarazo y la fecundidad adolescente y los efectos de los

movimientos migratorios sobre el bienestar y las posibilidades de desarrollo de su población y sugiriéndose algunas líneas de acción apropiadas a dicha realidad. El artículo de *Massimo Livi-Bacci* examina, a nivel del globo, un tema central a las preocupaciones actuales sobre población y desarrollo, a saber, las interrelaciones entre pobreza y la dinámica demográfica, mostrando las diferentes dimensiones del problema. El autor releva la mayor prioridad que, en su opinión, debe darse a las condiciones de salud y de sobrevivencia. *María Victoria Heikel* expone críticamente el tema, muy controversial aun, de las desigualdades de género en relación a los comportamientos demográficos, señalando cómo se ubican y se reflejan allí retos importantes para el logro de mayores niveles de equidad social.

De los múltiples vínculos entre los cambios en la población y el desarrollo económico y social, se han seleccionado para este número cuatro temas especiales más que se consideran importantes: la migración internacional, la urbanización y las migraciones internas, las interrelaciones de la población con el medio ambiente y las transferencias intergeneracionales. En cuanto a la migración internacional, *Adela Pellegrino* analiza sus diversos componentes y mutaciones durante las últimas décadas en el contexto de los cambios económicos ocurridos en la región, mencionando como fenómenos emergentes el aumento de la emigración centroamericana a los Estados Unidos, el crecimiento de la migración peruana hacia ese país y hacia España y el surgimiento de Brasil como país de emigración. El artículo también discute las perspectivas futuras de la migración en relación con los procesos de integración económica y, más en general, la globalización. *Alfredo Lattes* aborda la temática del crecimiento urbano, el proceso de urbanización y

las migraciones internas en América Latina, destacando la complejidad inherente a las nuevas formas de movilidad, que implican diferentes tipos de movimientos (migración permanente, semipermanente, circular, etc.) y que ocurren simultáneamente, pero con distintas lógicas y consecuencias socioeconómicas. En estrecha conexión con el crecimiento y la distribución territorial de la población, *George Martine* anota en su artículo que las cuestiones demográficas han estado en la primera línea de los debates sobre los problemas ambientales tanto a nivel latinoamericano como mundial, evaluando críticamente el alcance y significancia de dichos debates para la formulación de políticas de población y de medio ambiente en la región. En el último artículo de este número, *Ronald Lee* expone los fundamentos teóricos y algunas consecuencias prácticas de los sistemas de reasignación de recursos entre personas de diferentes edades o grupos generacionales dentro de una población. El ensayo presta especial atención a un tipo particular de reasignación, las transferencias intergeneracionales, entre las que se cuentan los sistemas de seguridad social, que están cobrando cada vez mayor importancia de política a medida en que los sistemas maduran y se consolida el proceso de envejecimiento de la población. Su análisis, que comprende y avanza la investigación en este tema, cuestiona aspectos centrales de las teorías corrientes de la fecundidad y de los procesos de ahorro-inversión.

Se entrega, de este modo, a los lectores de *Pensamiento y Notas* una colección de artículos que cubren la mayoría de los temas de preocupación actual sobre la población y el desarrollo en América Latina y el Caribe.

Los Directores

**Población y Desarrollo:
Tendencias y
Nuevos Desafíos**



Vertical line on the right side of the page.

La Población en América Latina y el Caribe: Tendencias y Percepciones

Presentación

El presente trabajo tiene por propósito analizar la situación de la población de los países de América Latina y el Caribe y la forma en que esta situación es percibida a la luz de los temas relevantes del mundo actual. En este sentido, si bien para una mejor comprensión se hace referencia a un largo período histórico precedente, la mayor parte del análisis se concentra en lo sucedido después de 1950, y especialmente en las últimas décadas.

El primer capítulo está dedicado a una revisión somera de la relación entre las tendencias demográficas y el desarrollo socioeconómico en la región, desde el siglo XVI hasta nuestros días, con énfasis en el modo en que esta relación ha sido percibida, en distintas etapas históricas, por los gobiernos respectivos.

El segundo capítulo centra su atención en la evolución del ritmo de crecimiento de la población y su estructura por edades y culmina con una consideración sobre las preocupaciones actuales sobre estos temas.

En los capítulos III y IV se analizan las dos variables que más inciden sobre la dinámica demográfica, es decir la mortalidad y la fecundidad. Se incluyen, además de las tendencias de ambas variables, la estructura por edad, las causas de mortalidad y algunos factores determinantes de la fecundidad; se hace mención además a temas que han despertado atención pública, como la morbilidad materna, la prevalencia del Virus de Inmunodeficiencia Adquirida (VIH) y del Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida (SIDA), el embarazo adolescente y el aborto.

Otros aspectos de gran interés para la humanidad, como la migración internacional, la relación entre la población y el medio ambiente y la dinámica demográfica de la pobreza, no son tratados en profundidad, debido a que en otros artículos de este mismo volumen son objeto de análisis más detallados.

El texto se cierra con unas breves consideraciones finales que incluyen algunas referencias al papel de la cooperación internacional en temas de población.

La Percepción de los Temas de Población

En cada etapa o momento de su historia toda sociedad tiene una percepción o una imagen de sí misma. Esa imagen puede diferir entre distintos miembros o estamentos de la sociedad, pero suele haber elementos en común. Es de particular interés la percepción predominante entre los gobernantes y aquella gente cuya opinión tiene más peso en la conducción de los asuntos sociales, por cuanto esa imagen será un elemento contribuyente para determinar la forma y dirección en que serán usados su poder e influencia.

Entre los elementos más importantes que constituyen esa percepción están las variables de población. En cada momento del tiempo los gobernantes tienen un juicio sobre el volumen de la población, su composición por edades, su composición étnica, su distribución en el territorio, sus aptitudes productivas o para la guerra, y un gran número de otras variables definitorias del grupo humano que constituye la sociedad en cuestión. Ese juicio incluye elementos valorativos, es decir, se atribuye un valor o un grado de deseabilidad a tales características. Así, por ejemplo, puede considerarse valioso y motivo de orgullo la aptitud bélica, la pureza étnica, el nivel educativo alcanzado, y —en la misma medida en que se les atribuya valor— la conservación y acrecentamiento de esas características pasan a constituir objetivos dignos de ser perseguidos por la sociedad en general y por los gobernantes en particular. El ejemplo ilustra, asimismo, cómo la imagen de la población, en conjunción con determinados juicios valorativos, lleva a establecer objetivos para la acción pública.

12

Es interesante señalar aquí que suele establecerse una clara diferencia entre la sociedad y los individuos, de modo tal que en un momento dado pueda concebirse que un hecho indeseado por un individuo sea bueno para el grupo, a tal punto que en más de un discurso político se alaba o justifica “... el sacrificio individual en aras del interés colectivo...”, o se usan expresiones similares.

Más aún, hay casos en que se distingue a su vez el colectivo de individuos —o población en un momento dado— del concepto de “nación”, el que trasciende al agregado de individuos. Esto puede llevar, por ejemplo, a contraponer el interés inmediato de una generación con el interés de las generaciones futuras, si ello se entiende como bueno para la nación.

A su vez, esto abre las puertas para que la población pueda ser objeto de políticas, es decir, que se busque modificar sus características en nombre de lo que es bueno para la “nación” o “sociedad”, siempre a juicio de sus dirigentes.

Las imágenes o percepciones de los temas y variables de población en las distintas sociedades de América Latina y el Caribe han sido sin duda muy variadas a lo largo de su historia. Sin embargo, es posible encontrar elementos comunes. Tomando como punto de partida el fin de la etapa histórica llamada del “descubrimiento”, se suele hacer referencia a la etapa de la Colonia, para señalar a la etapa que comienza —con variaciones según lugar— a partir de algún momento del siglo XVII. Esta fue una etapa caracterizada por el establecimiento, bajo la égida de las potencias europeas que habían conquistado los distintos territorios, de nuevos asentamientos humanos, de origen externo a la región, que se agregaron a la población del continente. Ese proceso estaba asociado a una visión del continente como un vasto territorio muy rico en recursos naturales, aptos para la explotación minera y agropecuaria, con una población originaria escasa en relación a esos recursos y generalmente percibida como hostil. Se entendía que tal explotación requería de nuevos y numerosos recursos de capital (bienes de capital y capital de trabajo) y, sobre todo, de más recursos humanos. Es verdad que en muchas partes del territorio preexistían importantes asentamientos humanos, es decir poblaciones indígenas, y que en una fracción de esos casos dichas poblaciones quedaron incorporadas al sistema económico implantado por las autoridades coloniales. Sin embargo, también es cierto que en numerosos otros casos se buscó un desplazamiento de dichas poblaciones indígenas del dominio y acceso a los recursos naturales, y aun en los casos en que hubo alguna forma —subordinada— de integración, se buscó agregar recursos humanos nuevos, tanto para aumentar la masa total de tales recursos como para cambiar las proporciones de su composición. Dicho con otras palabras, se creía que había razones tanto políticas como económicas para desear un agregado, principalmente mediante la inmigración, de nuevos pobladores de la región.

A lo largo del proceso de colonización, es decir de consolidación del dominio de las potencias europeas sobre los nuevos territorios, fue disminuyendo la resistencia de los grupos aborígenes. La motivación para la búsqueda de afluencia de nuevos pobladores fue circunscribiéndose al aspecto económico (aunque la emergencia de conflictos entre potencias coloniales dio renovadas razones para hacer de la ocupación territorial una preocupación geopolítica). De hecho, la conquista y la colonización llevaron a una enorme

disminución del número de pobladores aborígenes. Diversos autores han calificado lo sucedido en el siglo XVI como “catástrofe demográfica”. De una población estimada en unos 40 a 50 millones de personas en la época del descubrimiento, se pasó a unos 10 a 15 millones hacia el comienzo del siglo XVII, como producto, “... en ese orden de importancia, (de) las epidemias, las hambrunas y las guerras”. (Pérez Brignoli, 1994). La tasa de variación de dicha población originaria seguía siendo negativa a lo largo del siglo XVII y, pese a la inmigración, el volumen total de efectivos en la región siguió siendo de ese orden al final de tal centuria. Recién durante el siglo XVIII comienza a observarse una variación positiva, que permite comenzar el XIX con, según diversas estimaciones, entre 15 y 19 millones.

14 Esa visión de un territorio despoblado en relación a sus recursos naturales persistió durante la etapa de la independencia, acentuándose en la medida en que la mayor integración de los nuevos países al mercado mundial aumentó la conveniencia de explotar tales recursos. Esa centuria vio crecer la población a un ritmo nunca antes visto, como que pasó a unos 34 millones hacia 1850 y a unos 75 millones hacia 1900, es decir, aproximadamente una duplicación cada cincuenta años. En esto pesó una alta tasa de crecimiento vegetativo, en cuyo valor influía una fecundidad mayor que su contrapartida europea de la época, a lo que se agregaba una importantísima cuota de inmigración. En el caso de Argentina, un ejemplo extremo, algunos métodos indirectos de estimación de los distintos componentes de la tasa de crecimiento han permitido asignar tanto como la mitad del crecimiento observado a la inmigración (para un período ciertamente distinto —desde mediados del siglo XIX a mediados del XX— pero igualmente relevante. Véase otra vez, Pérez Brignoli, 1994). Lo importante, a los efectos que aquí interesan, es que esas corrientes migratorias eran, a lo menos aceptadas (cuando no promovidas) y saludadas como proveedoras de un aumento poblacional que se juzgaba conveniente.

Así, por ejemplo, en algunas naciones del Cono Sur habían leyes de fomento a la inmigración y la colonización, concesión de tierras públicas, celebración de contratos internacionales para tales efectos, y hasta provisión con fondos públicos de animales de labranza, semillas, etc. a los colonos participantes en tales esfuerzos. También es cierto que en la generalidad de los países de la región no existía enunciación formal de una “política de inmigración” ni, mucho menos, de una “política de población”; tampoco estaban plenamente desarrollados los instrumentos de política con los que hoy en día se ponen en práctica tal clase de políticas. Pero, en todo caso, aunque los instrumentos legales y mecanismos de acción pública mostraran

gran variabilidad entre países, los elementos de juicio disponibles permiten concluir, al menos como hipótesis de trabajo, que la imagen predominante en los círculos gubernativos de la mayoría de los países de la región era la de poseer un territorio relativamente despoblado, al cual la inmigración era, en general, bienvenida.

Las altas tasas de crecimiento, con esos componentes, se mantuvieron en varios países; en otros, hasta se acentuaron durante la primera mitad del presente siglo. Tempranamente se vieron seguidas por importantes caídas de la mortalidad en países como Cuba, Uruguay y Argentina, aun cuando muy pronto seguidas de descensos en la fecundidad, que hicieron mantener aproximadamente los valores de crecimiento vegetativo. En algunos casos (por ejemplo, México y Venezuela) hubo algún descenso de la mortalidad unido a *aumentos* de la fecundidad (esto último, esperablemente, se revertiría un tiempo después), con el consiguiente aumento en la tasa de crecimiento vegetativo de la población (Pérez Brignoli, 1994). Así, y pese a la disminución de la incidencia relativa de la inmigración, la población total de la región pasó de casi 75 millones a algo más de 165 millones entre 1900 y 1950 (CELADE, 1994), con lo que se repitió la duplicación aproximada cada cincuenta años.

Dejando de lado la gran depresión de los años treinta y otras crisis coyunturales nacionales, puede decirse que el desarrollo económico de este período permitió la inserción laboral de esa creciente masa poblacional con relativa comodidad. A medida que se ocupaban más intensamente los espacios y los recursos naturales, perdía intensidad, sin desaparecer del todo, la percepción de territorio relativamente despoblado. De ese modo, el corto refloreamiento en los años iniciales de la posguerra de algunos volúmenes de migración europea, seguía percibiéndose como funcional a la situación poblacional de los países receptores.

La mencionada percepción, que, como se señala, guarda una clara continuidad y se prolonga —si bien con importantes diferencias de trasfondo y de matiz— desde la época del descubrimiento hasta mediados del presente siglo, habría de sufrir grandes cambios y daría lugar a intensas polémicas en la segunda mitad de la centuria.

Por una parte, el estancamiento de las economías de la región producido desde los años setenta en adelante, unido a importantes cambios tecnológicos ahorradores de mano de obra en las actividades primarias, en la industria y hasta en algunos servicios, revierten la sensación, hasta entonces predominante, de escasez relativa de recursos humanos.

Simultáneamente, dentro de la región latinoamericana y del Caribe, los acontecimientos demográficos experimentaban cambios de importancia. Como se verá con algún mayor detalle en una sección ulterior del presente trabajo, los países de la región atravesaron, a ritmos diversos, por distintas etapas del proceso de transición demográfica. De esa manera, la tasa de crecimiento de la población de la región aumentó hasta niveles nunca antes vistos, del orden del 2,8% anual a principios de los años sesenta. Esta era una de las tasas más altas registradas en el mundo, en momentos en que a nivel mundial se temía la “explosión demográfica”. Sin embargo, el número medio de hijos por mujer, que era de seis en esa década, comenzó a descender con inusitado ritmo, llegando a tres en el presente quinquenio y revirtiendo así las perspectivas de una tal explosión. En consecuencia, el ritmo de crecimiento también cayó, aunque —por razones que se citarán más adelante— de modo menos dramático, hasta los valores actuales (1,7%) y con tendencia a seguir disminuyendo con firmeza.

Estos cambios en el proceso de desarrollo económico y en los ritmos de crecimiento no dejaron de influir en las percepciones nacionales sobre los temas de población; dichas percepciones cambiantes se dieron, a su vez, en el marco de diferencias entre diversas situaciones nacionales. En Bolivia, por ejemplo, las percepciones diferían respecto de las prevalecientes en países insulares del Caribe, habida cuenta de las diferencias de densidad y tipo de ocupación territorial.

Por otra parte, durante la segunda mitad del siglo irrumpe en la discusión nacional de las percepciones y políticas en materia de población un fenómeno históricamente nuevo en el plano internacional: la discusión de las variables de población a nivel mundial. En conjunto con preocupaciones sobre el eventual agotamiento de los recursos naturales en el mundo como un todo, discusiones como las del Club de Roma adelantaban la idea de que, ante los crecientes niveles de consumo, había un límite de población que el mundo podía soportar sin peligro de hambrunas, guerras y otras calamidades. Ya en 1954 y 1964 se realizaron reuniones internacionales dedicadas a discutir los que se empezaban a identificar como “problemas de población” del globo. En 1974 la Conferencia Mundial de Población de Bucarest dio al tema el más alto estatus en las relaciones internacionales y aprobó el primer Plan de Acción Mundial sobre Población (PAMP), que pretendía mancomunar esfuerzos de países desarrollados y subdesarrollados para enfrentar el tema, buscando “... armonizar las tendencias demográficas y el cambio socioeconómico...” (PAMP, párr. 69). A ello siguió el florecimiento de una pléyade de instituciones internacionales públicas y privadas que se especializaron en

el problema. Las conferencias de México (1984) y de El Cairo (1994), dan cuenta de la tradición de celebrar, decenalmente, importantes eventos mundiales sobre el tema.

En este contexto, merece especial mérito la creación, en el año 1969, del Fondo de Población de las Naciones Unidas (FNUAP), que desde entonces ha tenido una muy destacada actuación en estas actividades.

La región latinoamericana y caribeña no permaneció al margen de ese proceso de discusión internacional. Su creciente relacionamiento económico, político y cultural con el resto del mundo hizo que participara activamente en el proceso y que recibiera sus influencias. En rigor, puede decirse que en muchos casos la discusión a nivel nacional sobre temas de población estaba más impulsada por el proceso internacional y por sus actores que por impulsos nacidos de su propio interior, y así lo atestigua el hecho de que la intensidad de las discusiones y actividades nacionales en materia de población solían caer en intensidad en los períodos entre conferencias mundiales, para reactivarse en los períodos previos a las mismas.

En ese contexto, no es de extrañar que las discusiones sobre la materia incluyeran elementos de otros debates importantes de la arena internacional. Así, la confrontación ideológica Este-Oeste que prevaleció durante la llamada Guerra Fría —y la particular relación Norte-Sur a que dio lugar— se reflejaron en los debates sobre población. En la Conferencia Mundial de 1974 en Bucarest, por ejemplo, los países en desarrollo tendieron a sostener que el ritmo de crecimiento de la población decrecería por sí mismo si se ayudaba a esos países a desarrollarse, e impugnaban el orden mundial que hacía ese desarrollo más difícil; los países desarrollados de Occidente, por su parte, tendieron a defender el valor de acciones más directas para aminorar el crecimiento como, por ejemplo, las de planificación familiar.

El escenario ideológico y geopolítico mundial también experimentó rápidos y fuertes cambios, y así la Conferencia Internacional de El Cairo tuvo lugar en condiciones de relaciones internacionales muy distintas a las ya citadas de la Conferencia de Bucarest, realizada sólo dos décadas atrás.

En este contexto, con tales mutaciones internas y externas, se perdieron la relativa estabilidad y la aparente simplicidad de la percepción que las sociedades latinoamericanas y caribeñas habían tenido —desde largo tiempo— de sus variables de población. Ahora es más difícil discernir los que son elementos comunes de las percepciones que se dieron en todo el continente en los últimos 50 años del siglo. En las postrimerías de la centuria, ya no sólo interesa el ritmo de crecimiento del número absoluto de población sino que también

importan sobremanera su distribución geográfica dentro de los países, su grado de urbanización, y su relación con el medio ambiente, por citar apenas algunas de las cuestiones presentes en los debates actuales. Al mismo tiempo, el interés por los valores cuantitativos de las variables demográficas es acompañado de una creciente atención a sus aspectos cualitativos como, por ejemplo, la aptitud de los distintos sectores de la población para participar en los procesos de modernización tecnológica de las economías nacionales. Adicionalmente, se considera más la heterogeneidad de los índices demográficos dentro de las sociedades. Así, por ejemplo, el hecho de que los sectores más pobres presenten índices de fecundidad, morbilidad y mortalidad más altos que el promedio nacional, se constituye en objeto de mayor atención pública. Junto con esa preocupación se presta atención creciente a la relación entre tales hechos y la igualdad de derechos individuales, señalándose con frecuencia que esas diferencias son expresiones de inequidad social y que las acciones enderezadas a facilitar su desaparición, como por ejemplo el acceso gratuito de los sectores pobres a la información y los medios para regular su propia fecundidad, se funda más en consideraciones de igualdad de derechos que en la persecución de metas demográficas globales o nacionales. En la misma vena, en el marco de la lucha por la equidad entre géneros, los defensores de los derechos de las mujeres encuentran que el control de su propia fecundidad es una pieza vital para su progreso individual y su equitativa inserción social. Por consiguiente, también en este caso las medidas relacionadas con la regulación de la fecundidad se basan más en el respeto de los derechos individuales que en evaluaciones societales de exceso de crecimiento poblacional.

Habida cuenta de la complejidad mencionada, un buen lugar para encontrar los puntos de coincidencia en las percepciones actuales sobre población de los países de la región es en el Consenso Latinoamericano y del Caribe sobre Población y Desarrollo, aprobado por unanimidad, tal como su nombre lo indica, en la reunión oficial preparatoria celebrada en Ciudad de México en mayo de 1993, de cara a la que en ese momento era la próxima reunión mundial de El Cairo. Al igual que en las demás regiones del mundo, los países de América Latina y el Caribe tuvieron oportunidad de prepararse para su intervención en la reunión mundial discutiendo primero entre sí las características propias de los temas de población en su región y las distintas posiciones nacionales. Tras las discusiones, la coincidencia de puntos de vista se reveló como muy grande — pese a la existencia de algunas diferencias importantes de enfoque— y se expresó en el mencionado Consenso.

El Consenso (que se reproduce en CELADE, Notas de Población N° 58, 1993) comienza entregando una visión comprensiva de los temas de pobla-

ción de la región y destacando su relación con el desarrollo y la equidad. En los ocho capítulos que constituyen su parte medular se recoge una serie de recomendaciones para la acción nacional, cada una de ellas fundamentada en una caracterización y diagnóstico de la situación. Tales capítulos versan sobre el crecimiento y la estructura de la población, la distribución territorial y el medio ambiente, la mujer, las políticas y programas de población, la salud y la planificación familiar, y la migración internacional, seguidos por un capítulo de naturaleza instrumental sobre capacitación, producción de datos e investigación, y por otro referido a la cooperación internacional.

En la visión que el Consenso ofrece se destacan su carácter integral y un tratamiento equilibrado de los aspectos conceptuales y los cuantitativos del tema. Con posterioridad a su aprobación, y ya en el marco de la Conferencia de El Cairo, el debate mundial se concentró durante buena parte del tiempo en otras variables, notablemente el tema del aborto y los derechos de los homosexuales. Esta situación llevó a fuertes discusiones, en términos no siempre claros y definidos, y condujo, en el documento finalmente aprobado, a redacciones de compromiso, acompañadas de expresiones de reservas por parte de algunas delegaciones asistentes. Los países de la región no se substraieron a esos debates, mostrando menos homogeneidad que la alcanzada en el Consenso regional. Ello no llevó a que retirasen su adhesión al Consenso, por lo cual el mismo conserva su validez como expresión de puntos de vista comunes.

19

La región termina el siglo con una visión de los temas de población que es, en comparación con la percepción anterior, relativamente multifacética, ligada de modo complejo al desarrollo económico y muy enlazada también a la percepción de los derechos individuales, en un marco de gran interdependencia internacional.

Crecimiento y Estructura por Edades de la Población

Las Tendencias del Crecimiento de la Población

Tal como se sugiere en el capítulo anterior, el crecimiento de las poblaciones humanas, respondiendo a situaciones históricas concretas, ha tenido cambios importantes a través del tiempo. Desde la prehistoria hasta el siglo XVIII, las tasas de crecimiento de la población han sido relativamente bajas y con gran variabilidad. Puede estimarse la tasa promedio anual, desde el comienzo de la era cristiana hasta mediados del siglo XVIII, en 0,06%

anual. Este bajo crecimiento se debió a las altas tasas de mortalidad, la que frecuentemente experimentaba crisis relacionadas con guerras, pestes y hambrunas generalizadas. Como una respuesta necesaria para la sobrevivencia de la especie, el comportamiento reproductivo de la población se orientaba hacia una elevada fecundidad. La esperanza de vida al nacer giraba en torno a 25 años y la tasa global de fecundidad se situaba entre 5 y 6 hijos por mujer, lo que implicaba tasas brutas de mortalidad y natalidad cercanas al 40 por mil. Estas eran, en general, las condiciones llamadas pretransicionales.

A partir de ese momento, y ligados a transformaciones económicas y sociales sin precedentes ocurridas en Europa, comienzan cambios importantes en el comportamiento demográfico de sus poblaciones. Como fruto de las mejoras en las condiciones de vida y a los adelantos en el campo de la medicina, en primer lugar se observaron importantes descensos de la mortalidad y, luego, en la fecundidad. Estos cambios condujeron inicialmente a aumentos en la tasa de crecimiento de la población, la que se elevó a valores entre 1 y 2% anuales. Posteriormente, y a causa de la baja de la fecundidad, se llegó al equilibrio actual, con tasas muy cercanas a cero. Este nuevo equilibrio se produce con una esperanza de vida al nacimiento cercana a 80 años y una tasa global de fecundidad de 2 hijos por mujer. Este proceso, que da cuenta de la historia demográfica reciente de estos países, ha sido llamado “transición demográfica”.

20

En la actualidad se tiende a considerar la situación antes mencionada como el final de la transición. La combinación de una baja mortalidad con una fecundidad de aproximadamente 2,1 hijos por mujer conduce a una tasa de crecimiento igual a cero. Este nivel de fecundidad suele ser llamado “nivel de reemplazo”, pues significa que cada mujer deja, en promedio, una sola hija, asegurando únicamente el reemplazo de la población. Los países con tasa global de fecundidad superior a 2,1 tienen una tasa de crecimiento superior a cero y aquellos con un valor menor llegarán necesariamente a un crecimiento negativo.

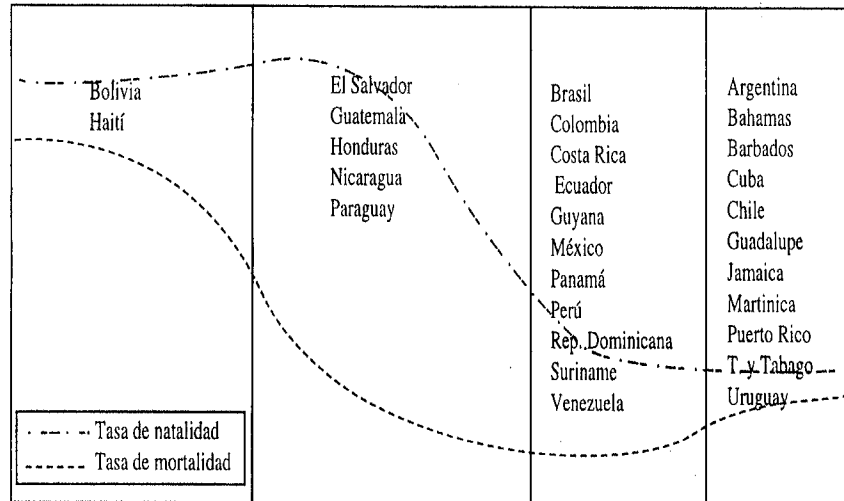
En las últimas décadas, prácticamente todos los países del mundo, en mayor o menor medida, han entrado en un proceso de transición, pero éste varía en el momento de su inicio, en el ritmo con que se dan los cambios, en los años de desfase entre el descenso de la mortalidad y la fecundidad y en los mecanismos que producen dichos descensos, sobre todo por tratarse de contextos históricos muy diferentes. La región de América Latina y el Caribe no escapa a este proceso, el que se da con características propias y con una gran diversidad en las tendencias demográficas entre los países y al interior de éstos.

Tal como se indicó en el capítulo anterior, la llegada de los españoles encuentra a América Latina con una población de alrededor de 50 millones de habitantes, la que durante la conquista se reduce a menos de una tercera parte, para luego crecer sostenidamente hasta la actualidad. La etapa pretransicional más reciente se caracterizó por un crecimiento entre el 1 y el 2%, valores más elevados que los que se observaron en Europa, y que son producto de los contingentes migratorios que llegaron al Nuevo Mundo, así como también de una fecundidad relativamente mayor (Pérez Brignoli, 1994). Así, como ya fue mencionado, se estima que en 1950 la población de América Latina y el Caribe era de más de 165 millones, unas diez veces más que en los albores de la independencia.

Si bien en la primera mitad del siglo XX ya en algunos países había comenzado a descender su mortalidad, es realmente con posterioridad a la segunda guerra mundial que este fenómeno se generaliza. Dado que, para América Latina y el Caribe en su conjunto, se mantienen altos niveles de fecundidad hasta avanzados los años sesenta, el crecimiento de la población se eleva a tasas inéditas, del orden del 3% medio anual. Con posterioridad, al descender la fecundidad se reduce esta tasa, aunque en la actualidad es todavía relativamente alta (1,7% entre 1990 y 1995). De esta manera la región llega a 1995 con 480 millones de habitantes, y se espera que para el 2000 esta cifra alcance los 520 millones, es decir más que se triplicaría en 50 años.

Esta breve descripción de las tendencias del crecimiento de la población de la región expresa un promedio de situaciones muy diferentes entre los países. Por ello el Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE), en sus trabajos recientes, ha agrupado a los países según la etapa de la transición demográfica en que estos se encuentran en la actualidad, tomando en consideración sus tasas brutas de mortalidad y natalidad (CEPAL/CELADE, 1993). Se definieron cuatro grupos de países: *a*) los que están en una etapa incipiente de la transición, con relativamente altas mortalidad y natalidad y crecimiento moderado (del orden del 2,5%); *b*) los que están en una etapa moderada de la transición, en que la mortalidad ha estado descendiendo más fuertemente que la natalidad, con tasas de crecimiento superiores (en torno al 3%); *c*) aquellos en que ya la fecundidad está descendiendo más rápidamente que la mortalidad, a los que se llamó “países en plena transición”, cuyas tasas de crecimiento, más bajas que en el grupo anterior, oscilaban en torno al 2%; y *d*) los países que tienen una transición más avanzada en ambos componentes demográficos y cuyas tasas de crecimiento son cercanas a 1%, o incluso menores.

DIAGRAMA I
ESQUEMA DE LA TRANSICION DEMOGRAFICA EN AMERICA
LATINA Y EL CARIBE (1990-1995)



22

En el diagrama 1 se representa un modelo simplificado de la transición demográfica, en el que las líneas representan las tasas brutas de mortalidad y natalidad. Como es sabido, la diferencia entre ellas es la tasa de crecimiento natural de la población. Este modelo no muestra la tendencia de ningún país en particular, sino que sólo se refiere a un patrón general de comportamiento de las tasas. Como se mencionó antes, las velocidades de cambio y los niveles de las tasas pueden variar de una población a otra. A título ilustrativo, en el mismo diagrama se definieron las cuatro etapas mencionadas, en las que se ubicaron a los países de la región en el período 1990-1995.

Sin duda, en la segunda mitad de este siglo se asiste a cambios demográficos profundos en América Latina y el Caribe, que se reflejan en una transición demográfica mucho más acelerada que la ocurrida en los países desarrollados en el pasado. Como puede verse en el diagrama, el 90% de la población habita en países que están en plena transición o que ya han alcanzado una etapa avanzada de la misma (22 países de 29), mientras que sólo 30 años antes el panorama era todo lo contrario: el 85 por ciento de la población estaba en los inicios de la transición (25 países de los 29).

El otro componente demográfico que afecta el crecimiento de la población de un país es la migración internacional, la que estuvo presente de una u otra forma en la región a lo largo de los últimos cinco siglos. Como se

planteó en el capítulo I, América Latina y el Caribe fue en una primera etapa una región de atracción de migrantes, fenómeno ligado primero a la colonización (colonizadores y esclavos) y luego vinculado con la situación económica y política de Europa. A partir de la segunda mitad del siglo XX la situación cambia radicalmente: la región se transforma en expulsora de población. El destino principal de la emigración de latinoamericanos y caribeños son los Estados Unidos, Canadá y, en menor medida, otras regiones del mundo (Europa, Australia).

En las últimas décadas también cobra importancia la migración intrarregional, tanto entre países fronterizos como en las corrientes de mayor distancia. Algunos movimientos, que se dan permanentemente, tienen su explicación económica; otros, en cambio, son de naturaleza coyuntural, a veces relacionados con conflictos sociopolíticos.

El impacto de estos movimientos sobre el crecimiento de la población depende en gran medida del tamaño de la población de origen o de destino. En general, el impacto es mucho mayor en países pequeños, entre ellos los del Caribe, aunque el número de migrantes no sea muy grande. En cambio, hay países con grandes movimientos migratorios, como es el caso de México, en los que por su dimensión puede que no se detecten grandes efectos sobre el crecimiento; sin embargo, como fenómeno socioeconómico, estos movimientos pueden revestir gran importancia. Más detalles sobre los movimientos internacionales de población pueden encontrarse en el artículo sobre el tema que se incluye en esta misma publicación.

23

La Evolución de la Estructura por Edades de la Población

Antes de la transición, la pirámide de edades de la población revelaba una estructura muy joven, con alto porcentaje de niños, producto de la alta fecundidad. En 1950 la región de América Latina y El Caribe tenía en promedio un 40% de su población con menos de 15 años de edad. En la actualidad, los países más representativos de esta situación son Bolivia y Haití, que conforman el primer grupo de la categorización antes mencionada. Como ilustración se incluye el gráfico 1, en el que se representa, entre otras, la pirámide de Bolivia para 1995.

Iniciado el proceso de transición demográfica, se pueden identificar diversas etapas en la evolución de la estructura por edades (Chesnais, 1990). La primera ocurre cuando los países comienzan a mostrar descensos importantes de la mortalidad, con tasas de fecundidad aún altas. Debido a que la

mortalidad comienza a descender en primer lugar en edades tempranas, se produce un efecto de rejuvenecimiento de la población. La baja en la mortalidad en la niñez tiene un efecto similar a una elevación de la fecundidad. Es de hacer notar que dicho efecto se ve potenciado por aumentos en la fecundidad, atribuibles probablemente a mejoras en las condiciones de salud de las mujeres para procrear y al mayor tiempo de exposición al embarazo, debido a la prolongación de su vida y/o la de su pareja. Esto ocurría, para la región como promedio, entre los años 1950 y 1965, en que la población de 0 a 14 años alcanzaba aproximadamente el 43% del total; en la actualidad esta situación se produce en los países del segundo grupo, con valores incluso superiores para este indicador (cuadro 1).

Cuando se inician los descensos más pronunciados en la fecundidad que en la mortalidad, se produce lo que Chesnais llama envejecimiento por la base; ello ocurre cuando este descenso es muy reciente, y se expresa en una contracción del porcentaje de población de niños. Tal comportamiento es típico de los países que están desde hace poco tiempo en la fase de plena transición demográfica y se puede apreciar, por ejemplo, en la pirámide de Brasil (gráfico 1). Esto no significa un descenso en valores absolutos en la población en edades tempranas, sino que ésta crece a tasas menores que el promedio de la población.

24

En general, los países que están en la fase de plena transición se caracterizan por un alto porcentaje de población en las edades centrales, producto del descenso de fecundidad, que aún no se refleja en un aumento en la proporción de ancianos. En este caso, el porcentaje de menores de 15 años oscila entre 30 y 35%, situación que es representativa del promedio de la región (cuadro 1).

La estructura por edades de las poblaciones que ya detentan baja mortalidad y fecundidad denota un menor porcentaje de niños y en ella ya es más notorio el incremento de la proporción de ancianos. El porcentaje de menores de 15 años es inferior a 30% y el de la población de 65 y más es de alrededor del 10%. Uruguay es el país con más alto grado de envejecimiento, con porcentajes en esos tramos de edades de 24% y 12%, respectivamente. Ningún país de la región alcanza el grado de envejecimiento de los países desarrollados, los cuales tienen proporciones similares de niños y personas en tercera edad (cerca de 15%).

Aparentemente, el proceso de cambio en la estructura por edades es relativamente lento; desde mediados de siglo a la actualidad la población menor de 15 años pasó de 40% a 35% del total y la proporción de tercera edad lo

CUADRO I

INDICADORES DEMOGRAFICOS DE PAISES Y PERIODOS SELECCIONADOS

INDICADORES ^{1/}	A. LATINA Y CARIBE	Bolivia	México	Brasil	Argentina	Trinidad y Tabago
1950-1954						
Población total (miles)	189556	3006	31738	62567	18928	721
Porcentaje 0-14 años	41.2	41.9	43.6	42.6	30.8	42.3
Porcentaje 65 y más	3.6	3.4	4.5	2.7	4.8	3.9
Ind. envejecimiento ^{2/}	11.3	12.5	9.6	15.8	6.4	10.9
Crecim. total (p. mil)	26.8	20.4	27.0	31.5	19.7	25.1
Crec. 0-14 años (p. mil)	31.9	22.9	34.4	34.2	21.3	34.3
Crec. 65 y más (p. mil)	35.1	12.3	30.9	51.0	48.0	21.2
TGF	5.9	6.8	6.9	6.2	3.2	5.3
Esperanza al nacer	51.4	40.4	50.7	51.0	62.7	58.2
1965-1969						
Población total (miles)	283347	4212	50596	95847	23962	971
Porcentaje 0-14 años	42.4	43.0	46.5	42.3	29.4	42.2
Porcentaje 65 y más	4.1	3.4	4.3	3.4	7.0	4.4
Ind. envejecimiento ^{2/}	10.4	12.6	10.9	12.3	4.2	9.5
Crecim. total (p. mil)	25.7	23.3	31.9	25.7	14.5	16.1
Crec. 0-14 años (p. mil)	23.3	23.7	34.0	18.4	8.9	14.1
Crec. 65 y más (p. mil)	32.4	25.6	20.3	42.8	36.7	60.2
TGF	5.5	6.6	6.8	5.3	3.1	3.8
Esperanza al nacer	58.9	45.1	60.3	57.9	66.0	64.8
1990-1994						
Población total (miles)	478738	7414	91145	161790	34587	1306
Porcentaje 0-14 años	33.8	40.6	35.5	32.3	28.7	32.3

CUADRO I (Continuación)

INDICADORES DEMOGRAFICOS DE PAISES Y PERIODOS
SELECCIONADOS

INDICADORES ^{1/}	A. LATINA Y CARIBE	Bolivia	México	Brasil	Argentina	Trinidad y Tabago
Porcentaje 65 y más	5.2	3.8	4.3	5.2	9.5	5.7
Ind. envejecimiento ^{2/}	6.5	10.6	8.3	6.2	3.0	5.7
Crecim. total (p. mil)	17.7	24.1	18.2	17.2	12.2	11.0
Crec. 0-14 años (p. mil)	7.0	20.9	1.6	4.5	-0.5	1.4
Crec. 65 y más (p. mil)	32.3	35.1	34.0	36.9	23.6	14.0
TGF	3.1	4.8	3.1	2.9	2.8	2.4
Esperanza al nacer	68.5	59.3	71.5	66.3	72.1	71.6
2020-2024						
26 Población total (miles)	700934	13131	130247	230250	46133	1808
Porcentaje 0-14 años	23.7	29.2	23.2	22.3	22.2	22.5
Porcentaje 65 y más	9.7	6.1	9.3	10.8	12.5	10.3
Ind. envejecimiento ^{2/}	2.4	4.8	2.5	2.1	1.8	2.2
Crecim. total (p. mil)	9.5	14.8	8.3	8.6	7.6	8.7
Crec. 0-14 años (p. mil)	-0.7	0.3	-3.2	-1.5	-1.5	-0.8
Crec. 65 y más (p. mil)	38.7	37.8	40.7	39.9	20.4	45.6
TGF	2.2	2.5	2.1	2.1	2.1	2.1
Esperanza al nacer	75.1	71.5	76.6	74.0	77.5	77.4

FUENTES: — Celade, Boletín Demográfico N° 56.

— United Nations World Population Prospects: The 1994 Revision.

^{1/} Los indicadores de número de población, porcentajes por edades e índice de envejecimiento, corresponden al año final del período de referencia.

^{2/} Índice de envejecimiento (Población 0-14 años/Población 65 y más).

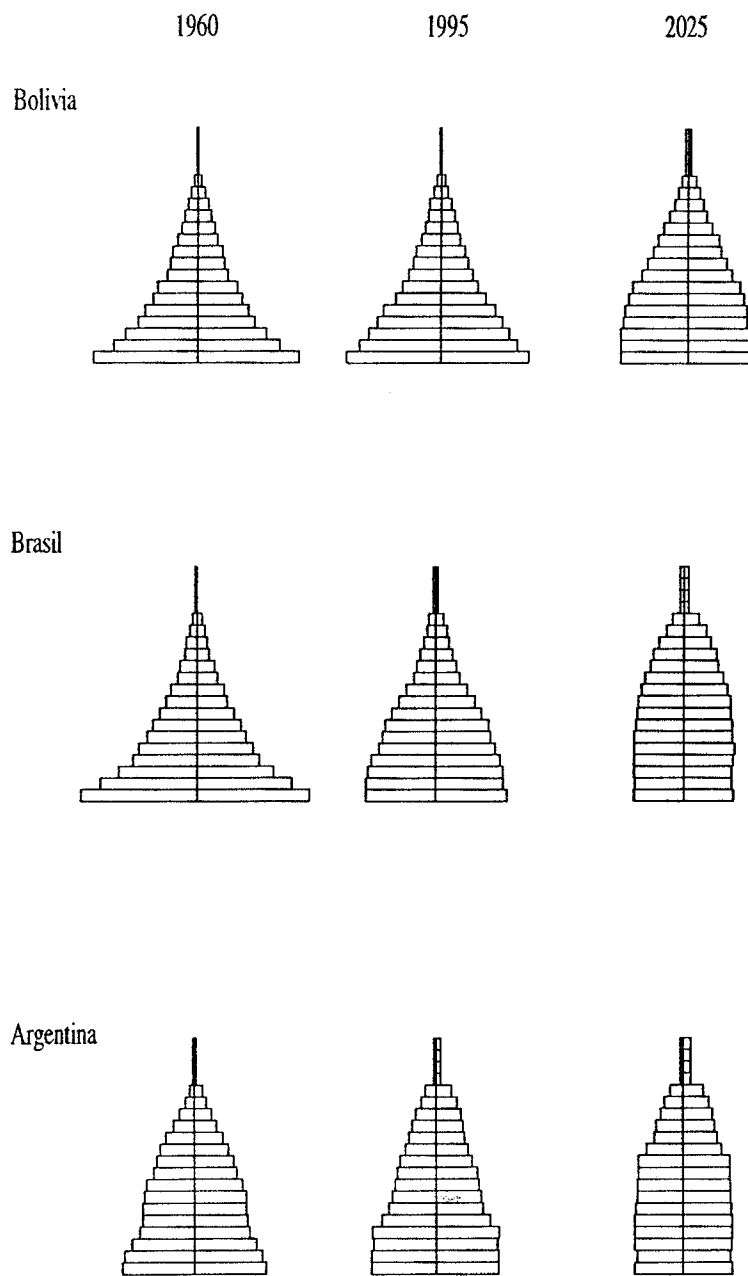
hizo de 3,5% a 5%. Sin embargo, ese cambio es relevante en términos de las tasas de crecimiento de los contingentes de población que se agregan en los distintos tramos de edades, o de los valores absolutos respectivos. En América Latina y el Caribe, durante la década de 1960, la población de 65 y más años creció a tasas similares a la de 0-14 años, lo que significó un aumento de 3.3 millones de personas en el primer grupo y de 28 millones en el segundo; se incorporaban a la sociedad casi diez veces más niños que adultos mayores. Por contraste, se estima que en los años noventa la población de la tercera edad estará creciendo a tasas del 3% anuales, lo que implica un ritmo seis veces superior al de la población de niños, que crecerá a una tasa de 0,5%. Esto significa que se experimentarán aumentos similares en ambos grupos, de 8 y 7 millones de personas, respectivamente.

La Inercia Demográfica, o el “Cuarto Componente”

Es de interés observar que los países de la región que alcanzaron alta esperanza de vida al nacer y bajas tasas de fecundidad, en algunos casos cercanas a los países desarrollados, aún en la actualidad permanecen con tasas de crecimiento medio anual de su población más elevadas y un grado de envejecimiento bastante menor que dichas naciones desarrolladas. Esto ocurre fundamentalmente en aquellos países que en la tipología antes citada se ubican en el tercer y cuarto grupo de la transición. Quizás el caso más ilustrativo es el de Cuba, cuya esperanza de vida al nacer —superior a 75 años— y tasa global de fecundidad —de 1,8— señalan que el país presenta parámetros demográficos similares a los de los países desarrollados. Sin embargo, su tasa de crecimiento natural es del orden del 1% y el porcentaje de individuos de 65 y más años es de 9%, mientras que en sociedades más desarrolladas tales condiciones de fecundidad y mortalidad corresponden a una tasa de crecimiento negativa y a un porcentaje de entre 15 y 20% de adultos mayores.

La razón de estas diferencias se encuentra en la población muy joven de los países latinoamericanos y caribeños al momento de comenzar el cambio de su fecundidad y en el breve tiempo transcurrido desde el inicio de este proceso. La conformación que va adoptando la pirámide de edades conduce, por cierto tiempo, a mantener elevadas tasas brutas de natalidad y bajas tasas brutas de mortalidad y, por lo tanto, relativamente altas tasas de crecimiento de la población. Esto ocurre porque la población se concentra en edades de baja mortalidad relativa que, además y por coincidencia, son también las edades correspondientes al período reproductivo. Entonces, a causa del efecto de inercia que produce la estructura etaria en el crecimiento de la población, ésta

GRÁFICO I
PIRAMIDES DE POBLACION DE ALGUNOS
PAISES LATINOAMERICANOS



28

FUENTE: CELADE, Proyecciones de población 1950-2050.

podría ser considerada como el “cuarto componente” del cambio demográfico. Lo que pasará con la evolución de la población, a partir de un momento dado, no sólo dependerá de la fecundidad, la mortalidad y la migración, sino también de la distribución por edades de dicha población en ese momento.

Otra forma de analizar el mismo fenómeno, en particular la alta frecuencia de nacimientos, que ocurre a pesar de la baja de la fecundidad, es considerando que en los años cincuenta y sesenta nacieron las cohortes de mujeres que tendrán sus hijos en los decenios de 1970, 1980 y en parte del de 1990. Cada una de esas cohortes tendrá en promedio, a lo largo de su vida, menos hijos que las cohortes anteriores pero, como nacieron en un momento de alta fecundidad, serán muchas mujeres las que procrearán en los decenios de 1970 a 1990. Como consecuencia, todavía seguirá produciéndose un número relativamente alto de nacimientos.

Las Tendencias Futuras en el Crecimiento y la Estructura por Edades

Para el análisis del comportamiento futuro de la población se han tomado como referencia las proyecciones de población por sexo y edades, elaboradas por las Naciones Unidas. Cabe hacer notar que las correspondientes a América Latina han sido proporcionadas por el CELADE (United Nations, 1995; CELADE, 1994). Estas proyecciones se elaboran hasta el año 2050 para todos los países del mundo, utilizando un criterio uniforme, consistente en un valor final de fecundidad de reemplazo, que es alcanzado en fechas distintas por cada país.

Salvo para el caso de Cuba y de algunos países del Caribe de habla inglesa —que ya tienen una fecundidad por debajo del nivel de reemplazo— se ha supuesto que los países de América Latina y el Caribe alcanzarán una tasa global de fecundidad igual a 2,1 en un período que va del quinquenio 2015-2020 hasta el 2040-2045, dependiendo de la situación actual y de las perspectivas que presentan los programas tendientes a reducir la fecundidad.

Es de destacar que —a pesar de alcanzar una fecundidad de reemplazo— ninguno de ellos llega a la situación estacionaria en el período proyectado. Ello se debe al “cuarto componente” antes mencionado. La estructura por edades de estas poblaciones, al alcanzarse la fecundidad de reemplazo, tiene todavía un “potencial de crecimiento” que operará por varios años más. En el año 2025 América Latina y el Caribe llegará a tener una población de un poco más de 700 millones de personas, y si bien su tasa global de fecundidad para ese año será de 2,1, se espera que un cuarto de siglo más tarde esa

cifra llegue a los 822 millones de habitantes, con tasas de crecimiento medio anual que variarán entre 1 y 0,4%. Este fenómeno hará que la población de la región aumente —desde el momento que llegue al nivel de reemplazo (2040)— en un 10 % más, hasta alcanzar un volumen final de 847 millones aproximadamente en el año 2130.

El efecto de la estructura por edades sobre la tasa de crecimiento es de gran importancia, y puede ilustrarse con el ejemplo de Bolivia. Si este país decidiera tener una tasa de crecimiento nula, mediante la reducción a partir del quinquenio próximo de su fecundidad de 4,8 a 2,1 hijos por mujer, recién alcanzaría un crecimiento cero después de 90 ó 95 años; en el intertanto su población se multiplicaría por un factor de 1,8. En la región, este factor es elevado incluso en países que están en una etapa avanzada de la transición, como por ejemplo Argentina (1.44) y Chile (1.47).

A pesar de las tendencias convergentes de la fecundidad a largo plazo —y en parte por las razones antes expuestas— en el cuadro 1 puede observarse que dentro de 30 años es probable que los países que están más atrás en la transición probablemente presenten una tasa de crecimiento similar o mayor a la que la región en promedio detenta en la actualidad (1,7%). Según las proyecciones, aún a mediados del próximo siglo habrá países que crecerán a tasas cercanas al 1%; sin embargo, la mayoría de esas tasas estará por debajo del 0,5%.

30

En cuanto a la estructura por edades, se prevé una aceleración del proceso de envejecimiento de los países. Por ejemplo, el porcentaje de población menor de 15 años de edad (en la actualidad es de 34%, para la región) en el año 2025 será de 24% y a mediados del siglo XXI llegará al 20%. Esto implica que a mediano plazo todavía habrá países con poblaciones aún jóvenes, ya que los países incluidos en los grupos de transición incipiente y moderada tardarán algunas décadas en alcanzar la situación de los países de los grupos que están más adelante en este proceso. Sin embargo, al final del período de la proyección, la dispersión entre los países de la región será menor, previéndose una variación de entre 19% y 23% en la población de 0-14 años, a excepción de Cuba (18%) y Haití (24,6%), países que hoy se encuentran en los extremos del proceso de transición.

Las Preocupaciones Actuales Respecto al Crecimiento y la Estructura por Edades de la Población

El Programa de Acción adoptado por la Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo (CIPD) celebrada en El Cairo en 1994, así como

el Consenso Latinoamericano y del Caribe sobre Población y Desarrollo, aprobado en la Conferencia Regional sobre el tema (México, 1993) incluyen un capítulo especial referido al crecimiento de la población y su estructura. Cabe señalar que dichos capítulos no son los únicos lugares de esos documentos en que se hace mención a este aspecto. Una recomendación, que ya estaba presente desde la Conferencia de Bucarest de 1974, se refiere a la necesidad de considerar estos parámetros demográficos en la formulación de políticas y programas de desarrollo.

El documento aprobado en El Cairo toma claro partido por la conveniencia de reducir las tasas de crecimiento de la población en los países en desarrollo. En el capítulo pertinente se expresa con claridad que la meta deseada es alcanzar una tasa de crecimiento igual a cero. Cuando se hace referencia a las bases para la acción, se dice textualmente:

“No obstante, para alcanzar la estabilización de la población durante el siglo XXI será preciso que se apliquen todas las políticas y recomendaciones que figuren en el presente Programa de Acción”.

Luego agrega que:

“...el objetivo es facilitar la transición demográfica cuanto antes en los países donde haya un desequilibrio entre las tasas demográficas y las metas sociales, económicas y ambientales, respetando al mismo tiempo los derechos humanos. Dicho proceso contribuirá a la estabilización de la población mundial...”.

31

Además, los gobiernos aprobaron objetivos y medidas referentes, por un lado, a los niños, los jóvenes y a las personas de edad avanzada y, por el otro, a grupos especiales de población, todo en atención a la diversidad de situaciones que se observan en el mundo (Naciones Unidas, 1994).

El Consenso Latinoamericano y del Caribe refleja más la preocupación por los nuevos desafíos aparejados por los cambios demográficos recientes que por las elevadas tasas de crecimiento general de la población, propias de las décadas pasadas. En el Consenso están presentes consideraciones más específicas sobre la persistencia de altas tasas de crecimiento en las edades activas y reproductivas y sobre el emergente proceso de envejecimiento. De todas maneras —tanto porque hay países que aún están en etapas de transición incipiente y moderada, como por la inercia demográfica que presentan los demás países— se destaca la atención que debe darse a las necesidades de niños y adolescentes. Finalmente, se recomienda tomar en cuenta la diversidad de comportamientos demográficos dentro de los países, dada la insuficiencia de trabajar con promedios nacionales en los programas de acción destinados a mejorar las condicio-

nes de vida de sectores específicos, como grupos sociales, étnicos y divisiones geográficas.

La información proporcionada por la Base de Datos sobre Políticas de Población de las Naciones Unidas, donde se presentan los resultados de las Encuestas periódicas a los gobiernos, muestra que la diversidad de situaciones también se expresa en la apreciación de los gobiernos sobre el crecimiento de la población y en las intervenciones con el fin de modificarlas. De los 33 gobiernos de la región consultados en 1990, 17 han declarado que consideran su tasa de crecimiento como muy alta y que han tomado medidas para reducirla. Esos países, entre los cuales están los países insulares del Caribe, América Central y México, abarcan en total el 35% de la población de la región. México cubre aproximadamente la mitad de la población de este conjunto de países. Por otra parte, un 55% de la población de la región habita en 13 países que consideraron estar satisfechos con su tasa de crecimiento y sólo uno de ellos declaró realizar intervenciones para mantener estas tasas. Finalmente, tres países —que representan cerca del 10% de la población de la región— manifestaron tener tasas muy bajas y no haber hecho intervenciones para elevarlas (United Nations, 1992; MacIsaac, D., 1993).

32

La información proporcionada por este tipo de encuestas puede arrojar dudas acerca de la confiabilidad de las respuestas. Por un lado, estas respuestas —que pueden tener un trasfondo político— no necesariamente concuerdan con las actitudes y políticas reales y, por otra parte, también dependen de las entidades que actúan en cada caso como informantes. Debates desarrollados en el período preparatorio y en la misma Conferencia de El Cairo mostraron la existencia de puntos de vista encontrados, incluso entre autoridades de un mismo gobierno. Sin embargo, la estabilidad de los resultados a través de varios años de existencia de la citada encuesta, hace pensar que lo antes analizado se acerca, al menos, a la intencionalidad de los gobiernos.

La Mortalidad

Las Tendencias de la Mortalidad

Este tema, que por supuesto constituye una preocupación principalmente para los sectorialistas de la salud, también es motivo de dedicación de otras disciplinas. En particular, los estudiosos de la población tienen ya una larga tradición referida a la medición de la mortalidad y al estudio de los factores

que la determinan. Como variable demográfica, los niveles y patrones por sexo y edades de la mortalidad, contribuyen a la conformación del volumen y estructura de las poblaciones. Como cuestión social, la salud y la muerte, quizás son los elementos que más preocupan a la población, pues se refieren al más preciado de los bienes, la vida; además, como elemento complementario de gran importancia, no sólo se relacionan con la prolongación de la vida sino también con la calidad de la misma.

Como se verá en el capítulo IV, dedicado a la fecundidad, la situación de salud tiene relación con la demografía no sólo por lo que se refiere a la mortalidad sino porque juega un rol preponderante en la reproducción. La salud reproductiva es uno de los aspectos centrales en la consideración actual de los temas de población.

A continuación se examina brevemente la evolución de los indicadores de la mortalidad para la región, con la intención de destacar algunos aspectos relacionados con la percepción de los gobiernos sobre este tema.

En los últimos tres siglos la humanidad ha dado pasos fundamentales para la prolongación de la vida de las personas. Un importante papel corresponde a la mejora en las condiciones de vida, pero lo más destacable son los avances de la medicina, que han permitido el control de múltiples enfermedades que antes conducían casi irremediablemente a la muerte.

33

Algunas estimaciones históricas de la esperanza de vida al nacer ($e(0)$), correspondientes a los países latinoamericanos en que fue posible obtenerlas, muestran que hacia comienzos de este siglo ese indicador variaba en la región entre 30 y 40 años, salvo en el caso de Uruguay donde superaba los 50 años (Pérez Brignoli, 1993). Dado que los resultados se refieren a países seleccionados (con información disponible) se supone que probablemente la región como un todo no llegaba a esos valores.

Si se considera que la región tiene en la actualidad una esperanza de vida al nacimiento cercana a los 69 años, puede pensarse que los progresos de la región han permitido que, en promedio, la población viva actualmente casi el doble de tiempo que a comienzo de este siglo. Esta expresión puede llevar a una idea equivocada, pues este aumento en duración media de la vida ha estado relacionado más con la posibilidad de sobrevivir de personas que antes morían a las pocas horas, días o meses de nacer, que con la prolongación de la vida en las edades mayores.

En 1950-1955, período a partir del cual las Naciones Unidas y el CELA-DE disponen de estimaciones demográficas sistemáticas para todos los países del mundo y para América Latina y el Caribe, respectivamente, la pobla-

ción de la región presentaba una esperanza de vida al nacer ($e(0)$) de 52 años. De los aproximadamente 35 años de vida que se agregan a ese indicador desde los inicios del siglo hasta la actualidad, 17 años se lograron en la primera mitad del mismo y otros tantos de 1950 hasta el presente.

Sin embargo, como se indicó en el capítulo anterior, hay una diversidad de situaciones entre los países de la región (cuadro 2). Si se considera que la población de la región ha estado ganando, en promedio, 2.1 años de vida por quinquenio, las diferencias actuales mostrarían, por ejemplo, un desfase de aproximadamente 47 años al comparar los valores extremos de esperanza de vida al nacer (Costa Rica con 76,3 años y Haití con 56,6). Esto quiere decir que, al ritmo de ganancia de las últimas décadas, este último país tardaría un poco más de nueve quinquenios en alcanzar el valor de la esperanza de vida que Costa Rica tiene hoy.

Con una esperanza de vida al nacer por debajo del promedio de la región están tanto Bolivia y Haití (países de transición demográfica incipiente, con un valor inferior a 60 años) como los países que están en la etapa de transición moderada, con valores algo superiores a los 65 años. Los otros países se ubican por encima de ese promedio, y algunos de ellos llegan a emular la situación de países desarrollados. Brasil y Perú son importantes excepciones al tercer grupo (en plena transición) pues tienen una esperanza de vida al nacer menor, de aproximadamente 66 años lo que, en razón del volumen de sus poblaciones, tiende a disminuir el promedio regional.

Así como existen diferencias entre los países, también se comprueban desigualdades notorias entre regiones y grupos sociales al interior de los mismos. Un estudio reciente de la mortalidad en la niñez en los países de América Latina permite apreciar esas diferencias (véase el gráfico 2) (CELADE/UNICEF, 1995). En términos de la esperanza de vida al nacer, las diferencias según nivel de instrucción de la madre que se encuentran en dicho estudio podrían alcanzar hasta 20 años, lo que implica, al igual que en el caso de Costa Rica y Haití, 47 años de desfase entre el grupo sin instrucción y el grupo con 7 ó más años de estudio.

La Estructura de la Mortalidad por Edades y Causas

La reducción de la mortalidad ha sido mayor en el sexo femenino y en las edades tempranas. Este hecho está relacionado con la evolución de las causas de muerte, en el sentido que las que más se han logrado combatir con éxito son las que afectan a los niños y a las mujeres. Estas causas de defun-

CUADRO 2

INDICADORES DE MORTALIDAD DE PAISES Y AÑOS DEL PERIODO 1984-1994

INDICADORES	Guatemala	México	Trinidad y Tabago	Argentina	Chile	Costa Rica
Esperanza de vida al nacer (1990-1994)	64,8	71,5	71,6	72,1	74,4	76,3
Tasa de mortalidad infantil (por mil) (1990-1994)	48,5	34,0	18,0	24,3	14,0	13,7
Tasa bruta de mortalidad (por mil) (1990-1994)	7,6	5,2	6,1	8,2	5,5	3,7
Estructuras por edades de las defunciones (1990-1994)						
Total	100,0	100,0	—	100,0	100,0	100,0
0-14 años	45,5	23,9	—	8,0	7,6	13,2
15-64 años	31,1	39,8	—	28,8	33,0	31,5
65 años y más	23,4	36,3	—	63,3	59,5	55,3
(0-14)/(65 y más)	1,94	0,66	—	0,13	0,13	0,24
Composición de la mortalidad por causas ^{1/}						
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
Enf. transmisibles	44,7	11,5	5,9	6,6	12,6	6,9
Neoplasmas	4,1	11,3	13,2	19,7	20,1	20,9
Enf. sist. circulatorio	7,5	21,8	40,2	45	29,1	30,8
Enf. período perinatal	16,3	5,4	1,6	3,5	2,5	4,5

CUADRO 2 (Continuación)

INDICADORES DE MORTALIDAD DE PAISES Y AÑOS DEL PERIODO 1984-1994

INDICADORES	Guatemala	México	Trinidad y Tabago	Argentina	Chile	Costa Rica
Causas externas	6,8	14,9	7,9	6,9	13,8	11
Otras enfermedades	20,6	35,1	31,2	18,3	21,9	25,9
(E. transmisibles/E no transmisibles) ²	1,56	0,20	0,08	0,11	0,18	0,13
Tasa de mortalidad materna ³						
(p. cien mil nac. vivos)	220,0	247,0	54,0	140,0	52,0	49,0

36

FUENTES: — CELADE, Proyecciones de Población 1950-2050. (Variante media).

— OMS, Annuaires de Statistiques Sanitaires Mondiales, 1987, 1992, 1993 y 1994.

— OPS, "Las condiciones de salud en las Américas", Vol. I, 1994.

¹ La información sobre causas de muerte corresponde a los siguientes años: Guatemala, 1984; Chile, 1989; Argentina, Costa Rica y Trinidad y Tabago, 1991; y México, 1992.

² Las denominadas "enfermedades transmisibles" son aquellas clasificadas como enfermedades transmisibles y del período perinatal. Las denominadas "enfermedades no transmisibles" son aquellas clasificadas como neoplasmas, enfermedades del sistema circulatorio, causas externas y otras enfermedades.

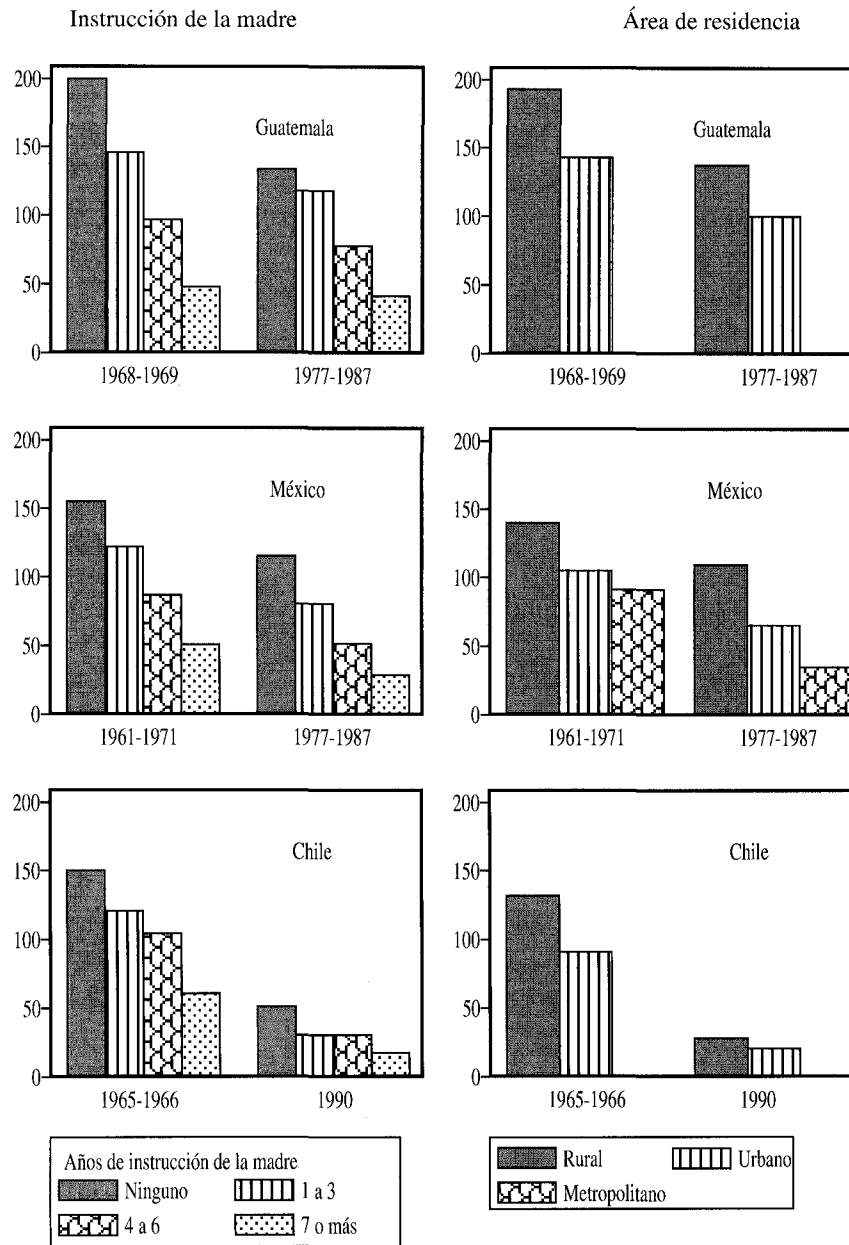
³ La tasa de mortalidad materna corresponde a: 1985 (Brasil), 1988 (Bolivia), 1990 (México), 1991 (T. y Tabago) y 1992 (Guatemala).

ción hacen referencia a las enfermedades transmisibles (infecciosas y parasitarias) y a las relacionadas con la función reproductiva. Por otra parte, cada vez se vuelven más importantes las muertes por enfermedades cardiovasculares, tumores y causas externas (accidentes, violencia, suicidios, traumatismos y envenenamiento), que afectan más las edades adultas y mayores, particularmente a los hombres.

En general cuando la esperanza de vida al nacer pasa de 50 a 75 años, la tasas de mortalidad para la población de 0 a 4 años de edad muestran un des-

GRAFICO 2

MORTALIDAD EN MENORES DE 5 AÑOS (TASAS POR MIL) SEGUN INSTRUCCION DE LA MADRE Y AREA DE RESIDENCIA. PAISES DE LA REGION EN DIFERENTES MOMENTOS



37

FUENTE: CELADE, "Mortalidad en la niñez. Una base de datos desde 1960. América Latina." Santiago, Chile, 1993.

censo de 90%. Ese porcentaje de descenso de la mortalidad es cada vez menor cuanto mayor sea la edad, y alcanza el 64% en la población de 40-64 años y el 34% en la de 65 y más (Chackiel y Plaut, 1994). Por otra parte, puede observarse que en países como Guatemala el 55 por ciento de las defunciones ocurren entre los menores de 15 años, mientras que en países avanzados en la transición ese valor es inferior al 10%. Este hecho se explica, en parte, por el cambio en la estructura por edades de la población, pero principalmente por las diferencias en el descenso de la mortalidad según edades. Consistentemente con lo anterior, en el cuadro 2 se puede observar que en Guatemala, en 1984, el 45% de las defunciones se debió a enfermedades transmisibles, mientras que en Argentina, Trinidad y Tabago y Costa Rica esa cifra no alcanzaba al 7%. En el primer país sólo un 19% de las defunciones corresponde a enfermedades crónicas y causas externas, en tanto que en Argentina esas defunciones superan el 70% del total.

Este cambio de los perfiles epidemiológicos, en el sentido de pasar de una predominancia de causas de muerte por enfermedades infecciosas y parasitarias a enfermedades degenerativas, ha sido denominado por algunos autores como “transición epidemiológica” (Frenk et al., 1994). Este proceso explica el comienzo del descenso de la mortalidad, lo que a su vez marca el inicio de la transición demográfica en la región. La forma en que se da difiere entre los países pues, como se ha visto, en algunos de ellos comienza en la primera mitad del siglo actual y en otros recién ocurre en las últimas décadas.

Los factores que explican estas variaciones en la mortalidad y la estructura por causas de muerte son múltiples y complejos. Entre ellos se mencionan los adelantos de la medicina —como el descubrimiento de pesticidas y antibióticos— así como mejoras en las condiciones de vida que se traducen en mejoras sanitarias, en acceso a la atención a la salud, principalmente a los cuidados primarios, y en los adelantos en el nivel educativo de la población. En esa variación también pueden influir ciertos aspectos demográficos, como el proceso de urbanización y, más recientemente, el descenso de la fecundidad. Este último factor es identificado como importante para el descenso de la mortalidad infantil y materna.

El esquema de la “transición epidemiológica” describe sólo a grandes rasgos lo ocurrido en la realidad, ya que la evolución de las causas de muerte no ha seguido una tendencia lineal. En particular, esta propuesta se ve contradicha por los rebotes de enfermedades infecciosas recientemente ocurridos en la región, como son el cólera, la malaria y la fiebre del dengue. A esto se une la aparición de una nueva enfermedad transmisible, el SIDA, que afecta incluso a países desarrollados.

Es importante señalar que cuando la esperanza de vida al nacer ya es elevada, el proceso adquiere características diferentes. En la actualidad se está entrando a una fase de postergación de la muerte de adultos mediante avances en el combate de algunas causas de defunción que antes se consideraban como inevitables, como las enfermedades cardiovasculares y cierto tipo de tumores. En una situación de alta mortalidad los descensos de la misma producen un rejuvenecimiento de la población al evitar más muertes entre los niños; en cambio, en una situación de baja mortalidad —en que las muertes ocurren principalmente en edades avanzadas— cabe esperar un envejecimiento más acelerado de la población. De hecho, se está asistiendo a nueva transición epidemiológica o, al menos, a una nueva etapa del proceso.

La mayoría de la población de la región vive una situación en que coexisten con similar importancia enfermedades propias de distintas etapas de la transición epidemiológica. Cuando aún no se superan los problemas propios de las enfermedades transmisibles, ya adquieren importancia las de tipo crónico y las degenerativas, en parte por los cambios ocurridos en salud y condiciones de vida y también por el proceso incipiente de envejecimiento de la población.

Las Referencias a la Mortalidad en los Acuerdos Sobre Temas de Población

39

La bibliografía reciente sobre las preocupaciones de los gobiernos de la región por los temas de población no hace referencia muy detallada a la mortalidad y los aspectos epidemiológicos, sino que concentra su atención en la salud reproductiva, lo que se tratará en el próximo capítulo. Esto no expresa una falta de interés sino que proviene de que la discusión y preocupación por la salud se manifiesta en otras instancias nacionales, regionales e internacionales. Ello puede comprobarse en la adopción de algunas metas cuantitativas sobre salud, incluidas en el Plan de Acción Regional Latinoamericano y del Caribe sobre Población y Desarrollo (CEPAL/CELADE, 1994), sobre las que se dice textualmente "... se basan en acuerdos preestablecidos". Así, se citan la Cumbre Mundial en Favor de la Infancia de UNICEF y las metas de Salud Para Todos en el Año 2000 de la Organización Mundial de la Salud. Además, cabe mencionar otros importantes esfuerzos mundiales y regionales, como la Reunión de Alma Ata (OMS/UNICEF, 1978) y los diversos planes y programas conducidos por la Organización Panamericana de la Salud (OPS).

Los temas de mortalidad y salud son tratados con más detalles en el documento de El Cairo. En él se señala que en muchas partes del mundo no se han logrado las metas formuladas en foros internacionales y se hace referencia a los efectos negativos que en el sector salud estarían produciendo los ajustes estructurales:

“El impacto de las reducciones de los gastos en salud y otros servicios sociales que han tenido lugar en muchos países de resultados de la retracción del sector público, la asignación inadecuada de los recursos disponibles para la salud, el ajuste estructural y la transición a la economía de mercado, han impedido que se produjeran cambios importantes en los estilos de vida, los medios de subsistencia y las modalidades de consumo y es también un factor que influye en el aumento de la morbilidad y la mortalidad. Aunque las reformas económicas son esenciales para un crecimiento económico sostenido, también es imprescindible que al formular y ejecutar programas de ajuste estructural se tenga en cuenta la dimensión social.”

En dicho documento se establecen objetivos relacionados con la accesibilidad a los servicios de atención en salud y con el aumento de años y calidad de vida. Al igual que en el Plan de Acción Regional, en las medidas se consideran también metas cuantitativas referidas a la esperanza de vida al nacimiento, mencionando que están en conformidad con la Declaración de Alma Ata. El nuevo aporte está en la determinación de metas que van más allá del año 2000, diferenciadas según los niveles actuales (cuadro 3).

40

En dicho documento se establecen metas relativas a la mortalidad infantil y en la niñez, basadas en las resoluciones de la Cumbre Mundial en favor de la Infancia. Se agregan metas que llegan más allá del año 2000, diferentes según el nivel actual, y se señala la importancia de reducir las desigualdades dentro de los países. En particular, se hace referencia a la mortalidad temprana de poblaciones indígenas, en el sentido de que no debiera exceder al promedio nacional.

Las complicaciones del embarazo, parto y puerperio son consideradas como una de las principales causas de muerte de las mujeres en edad reproductiva, que en la mayoría de los casos son evitables. En general, los países en desarrollo presentan tasas de mortalidad materna que son decenas de veces superiores a las de países desarrollados. En 1988 los extremos eran de más de 700 muertes por cien mil nacidos vivos en los países de menor desarrollo, frente a 26 por cien mil en las regiones más desarrolladas, es decir cerca de treinta veces más alta en los primeros. La preocupación por esta situación hace que, tanto en el informe de El Cairo como en los informes nacionales, se planteen también metas y medidas tendientes a reducir la incidencia de la mortalidad materna.

CUADRO 3

METAS ESTABLECIDAS EN EL CAIRO REFERIDAS A LA MORTALIDAD

Indicadores	Año meta		
	2000	2005	2015
Esperanza de vida al nacer			
Meta general	70	>70	>75
Países con alta mortalidad		>65	>70
Mortalidad Infantil (<1 año)			
Meta general	un tercio de la de 1990, con un máximo de 50‰		<35‰
Países con mortalidad intermedia		<50‰	
Mortalidad niñez (<5 años)			
Meta general	un tercio de la de 1990, con un máximo de 70‰		<45‰
Países con mortalidad intermedia		<60‰	
Mortalidad materna (por cien mil)			
Meta general	la mitad de la de 1990		la mitad de la del 2000
Países con mortalidad intermedia		<100	<60
Países con mortalidad alta		<125	<75

41

FUENTE: Naciones Unidas (1994)

Una sección especial del capítulo del Programa de Acción de El Cairo sobre el tema de Salud, Morbilidad y Mortalidad, está dedicada al Virus de Inmunodeficiencia Adquirida (VIH) y al Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida (SIDA). En esa sección se plantean objetivos relacionados con la disminución de la difusión de la enfermedad, la necesidad de atención médica y apoyo adecuados a los enfermos, y con la necesidad de evitar que sean objeto de discriminación.

Aunque en la región la importancia relativa del VIH y el SIDA es menor que en otras partes del mundo, el Consenso Latinoamericano y del Caribe considera que “constituye un motivo de creciente preocupación”, e insta a los gobiernos a incorporar de manera prioritaria en los programas de planificación familiar y salud reproductiva medidas con objetivos similares a los citados en el párrafo anterior respecto al Programa de Acción de El Cairo. Sin embargo, al igual que en otros aspectos relacionados con la sexualidad y la reproducción, las medidas propuestas tropiezan en la práctica con dificultades, imputables a factores culturales y religiosos de ciertos sectores y a los temores que provoca una enfermedad letal de la cual todavía se sabe poco.

42

Si bien en el concierto de los países en desarrollo, la región parece mostrar una situación de privilegio en términos del cumplimiento de las metas, en las encuestas periódicas que se hacen a los gobiernos, dos terceras partes de los países han manifestado que sus niveles de mortalidad son inaceptables (United Nations, 1992; MacIsaac, 1993). En estos resultados intervienen tanto la situación de los países que aún tienen una alta mortalidad relativa como la disconformidad con aquellos aspectos pendientes de resolución en algunos casos de baja mortalidad. En los informes nacionales preparatorios de la Conferencia de El Cairo solamente seis países de la región presentan metas cuantitativas respecto a la mortalidad, las que se refieren particularmente a la mortalidad infantil y materna (Naciones Unidas, 1994a). Sin embargo, con el liderazgo de la Organización Panamericana de la Salud (OPS), los países se han fijado metas de salud en los más diversos campos.

La Fecundidad, la Planificación Familiar y la Salud Reproductiva

Las Tendencias de la Fecundidad

La fecundidad, las formas de regularla y sus efectos sobre el crecimiento de la población han constituido motivo de debates y desacuerdos tanto entre

sectores de la sociedad como entre los gobiernos. La discusión del papel de esta variable en el desarrollo se ve fuertemente impregnada por consideraciones políticas, éticas y religiosas que hacen muy complejo el análisis de los factores determinantes de su nivel y tendencias. En el caso de la mortalidad, es clara la voluntad general por lograr su descenso y se defiende el derecho a la vida como el más importante de todos. En el caso de la fecundidad, se discute la conveniencia de tener menos hijos y se producen oposiciones a ciertas formas de control, fundamentadas en razones ético-religiosas y en el mismo derecho a la vida. Sin embargo, prácticamente en todos los países de la región y más allá de los debates, la tendencia general es a tener un promedio de hijos cada vez menor.

En América Latina y el Caribe, excluidos los casos de Argentina y Uruguay, cuya transición demográfica fue anterior al resto, la fecundidad comienza su tendencia al descenso más marcada a mediados de los años sesenta. Es más, como ya fue mencionado, en la mayoría de los casos se asistió, entre 1950 y 1965, a un aumento en la tasa global de fecundidad, que condujo a que la región en promedio mostrara un leve ascenso, de 5,9 a 6 hijos por mujer. Entre los países cuya fecundidad aumentó más marcadamente están Costa Rica (6,7 a 7,1, entre 1950-1955 y 1955-1960), Chile (4,9 a 5,3 en el mismo período), El Salvador (6,5 a 6,9) y Panamá (5,7 a 5,9). En el resto de los países los niveles se mantuvieron constantes hasta 1965.

43

En los últimos 30 años, es decir desde mediados de los años sesenta hasta mediados de los noventa, las mujeres de la región pasaron a tener en promedio de 6 a 3 hijos, es decir, redujeron su fecundidad a la mitad. Este proceso fue diferente según países y según áreas y sectores sociales dentro de ellos. En la transición de la fecundidad se han dado las más diversas experiencias, tanto en el valor de partida como en el momento de inicio y la velocidad del cambio. En el cuadro 4 se muestran los indicadores de fecundidad para países con distinta experiencia respecto a su evolución.

La gran mayoría de los países de América Latina y el Caribe pertenecientes al grupo que está en plena transición tienen, en el período 1990-1995, una tasa global de fecundidad cercana a los 3 hijos por mujer, mientras que aquellos que están en una etapa anterior de la transición se sitúan entre 4 y 5 hijos. Cuba, y algunos países del Caribe de habla inglesa, cuya transición demográfica se encuentra más avanzada, presentan una fecundidad muy baja, por debajo de 2,1 hijos por mujer, valor que fue definido como de reemplazo.

El descenso de la fecundidad habría comenzado primero en las zonas urbanas y entre la población con mejores índices educativos y luego se

CUADRO 4

INDICADORES DE FECUNDIDAD DE PAISES Y AÑOS SELECCIONADOS DEL PERIODO (1985-1994)

INDICADORES	Guatemala	Bolivia	México	Brasil	Argentina	Trinidad y Tabago
Tasa global de fecundidad (1990-1994)	5,4	4,8	3,1	2,9	2,8	2,4
Número medio de hijos deseados 1/2/	4,1	2,8	3,3	3,0	—	3,1
Uso de anticonceptivos						
Total de mujeres encuestadas. ^{1/3/}	100,0	100,0	100,0	100,0	—	100,0
Usan algún método	23,1	30,2	52,9	66,3	—	52,7
Usan mét. tradicionales	4,1	18,0	8,1	9,7	—	8,3
Usan mét.modernos	19,0	12,2	44,8	56,6	—	44,4
No usan ningún método	76,9	69,8	47,1	33,7	—	47,3
Tasa de fecundidad adolescente (15-19) (1990-1994) (p. mil)	123,0	82,4	76,6	77,5	60,9	—
Porcent. nacimientos de alto riesgo (1990-1994)						
15-19 años	17,0	12,4	16,5	15,7	13,5	—
35 años y más	12,6	16,2	10,2	11,5	11,7	—

FUENTES: — CELADE, Proyecciones de Población 1950-2050. (Variante Media).

— Demographic and Health Surveys, 1985-1989. Tomado de Krawczyk, M., "Las mujeres en América Latina y el Caribe: un protagonismo posible en el tema de población". CELADE, Santiago de Chile, 1992.

^{1/} Los indicadores número medio de hijos deseados y uso de anticonceptivos corresponden a 1986 (Brasil), 1987 (Guatemala, México y T.y Tobago) y 1989 (Bolivia).

^{2/} Número medio de hijos deseados de mujeres en edad fértil alguna vez casadas.

^{3/} Son mujeres en edad fértil casadas al momento de la Encuesta.

habría extendido a las áreas rurales y a sectores de precarias condiciones de vida (Chackiel y Schkolnik, 1992). De todas maneras, persisten diferencias importantes dentro de los países no obstante que, según lo señalan varias investigaciones, en la actualidad el número deseado de hijos es muy similar en los distintos estratos sociales (CEPAL/CELADE, 1993).

Es de destacar que este proceso no se detiene durante la década de 1980, la que es considerada como de retroceso en las condiciones de vida de la población. Es probable, incluso, que para ciertos sectores de bajos ingresos, la situación de crisis haya sido un impulso adicional para disminuir la descendencia. Ello, conjuntamente con la globalización cultural —que promueve un tipo de familia más pequeña—, lo que ayuda a explicar la uniformidad en el número ideal de hijos en diversos grupos sociales.

Los Factores Intervinientes en el Cambio en la Fecundidad

Como es sabido, los niveles de fecundidad dependen tanto de factores biológicos como de factores socioeconómicos y culturales. Se supone que los primeros determinan la fecundidad natural, es decir, aquella en la que no hay control voluntario de la descendencia. Los factores socioeconómicos, por su parte, corresponden a los efectos del contexto socioeconómico sobre la fecundidad. Entre ellos se han destacado, el nivel educativo de la población, el trabajo femenino y el proceso acelerado de urbanización, todos los cuales provocan cambios en las pautas reproductivas de la población.

45

Los factores biológicos que más inciden en la fecundidad son: la duración del período reproductivo, la fertilidad de la mujer (capacidad de procrear), la fecundabilidad (probabilidad de concebir durante el ciclo menstrual), la mortalidad intrauterina (abortos) y la infecundabilidad postparto. Refiriéndose a ellos, Vallin expresa que “la paradoja extraordinaria del descenso de la fecundidad es que se haya producido precisamente cuando la evolución de estos factores del régimen natural deberían haber provocado un fuerte incremento” (Vallin, 1994).

Estos factores podrían explicar en parte el aumento que se produjo en la fecundidad de varios países de la región en los años cincuenta, lo que probablemente estuvo ligado a los descensos de la mortalidad y a las mejoras en la salud de la población, ya que la menor mortalidad de las mujeres en edad fértil, así como la de sus esposos, conduce a un mayor tiempo de exposición al embarazo. Las mejoras en la salud favorecen la culminación de los embarazos en nacidos vivos, pues uno de los mayores avances en este sentido es

la reducción de las complicaciones del embarazo y el parto. Debe considerarse también la probable incidencia que podrían tener las mejores expectativas sociales y económicas, propias de esos años, y su influencia en la formación más temprana de las familias y en la decisión de tener un mayor número de hijos.

Los factores socioeconómicos y culturales conducirían a formas de regulación de la fecundidad mediante diversos mecanismos, entre los cuales puede estar la modificación de alguno de los factores biológicos. Estos mecanismos, denominados variables intermedias, actúan sobre el tiempo de exposición al riesgo de embarazo y sobre la probabilidad de que la mujer sea fecundada. Las variables intermedias que pueden tener una mayor responsabilidad en el descenso de la fecundidad son: las distintas formas de anticoncepción, la nupcialidad (proporción de casadas o unidas, edad al primer matrimonio o unión), el aborto inducido y la infecundabilidad postparto (en particular la asociada con el período de lactancia del recién nacido).

En la transición europea se reconocen varias etapas, en las cuales se considera el papel de diferentes formas de regulación de la fecundidad. Se estima que a comienzos del siglo XVIII la nupcialidad desempeñó un papel regulador de importancia, a través del aumento del celibato y la edad al contraer matrimonio, para luego dar paso a los anticonceptivos tradicionales y al aborto y, más recientemente, a los anticonceptivos modernos, en lo que se ha denominado la “segunda revolución anticonceptiva”.

La relativamente alta fecundidad que la región de América Latina y el Caribe ha mostrado en la etapa pretransicional se debería fundamentalmente a la temprana edad al matrimonio y a la alta proporción de casadas. Este hecho se hizo más pronunciado durante la década de 1950, provocando el aumento de la fecundidad ya mencionado. Como la declinación de la fecundidad en Latinoamérica y el Caribe se produjo en forma más extendida sólo hace unas tres décadas, el papel mayor le ha correspondido a la anticoncepción. Los países que primero comenzaron a experimentar descensos en la fecundidad —como Argentina, Uruguay, y en menor medida Cuba y Chile— siguieron en una primera fase el patrón europeo de uso de anticonceptivos tradicionales. Luego, a partir de mediados de los años sesenta, y coincidiendo con la “segunda revolución anticonceptiva” europea, los países latinoamericanos y caribeños comenzaron, en mayor o menor medida, a regular la fecundidad con métodos modernos (Zavala de Cosío, 1993).

El cuadro 4 permite apreciar la alta asociación inversa que existe entre la tasa global de fecundidad y el porcentaje de mujeres casadas que usan anticon-

ceptivos. Sin embargo, en el caso de algunos países, sería muy difícil explicar los cambios en la fecundidad por la anticoncepción, cuya prevalencia es aún muy baja. Se especula que en esos cambios podría incidir la práctica del aborto como forma de limitar los nacimientos, aunque la información existente es aún muy precaria como para establecer su verdadera importancia.

Si bien el incremento en el uso de anticonceptivos explicaría en gran medida el descenso en la fecundidad, hay fuertes evidencias de la existencia de lo que se ha denominado una demanda insatisfecha de planificación familiar. Esta insatisfacción se refiere a la falta de información adecuada, de acceso a los métodos y de falta de libre opción entre ellos. Este hecho es el que conduciría a las fuertes diferencias entre número ideal y número efectivo de hijos —sobre todo en los sectores más carenciados— y a la extensión del uso del aborto para evitar nacimientos no deseados.

Cuba es el único país de la región donde el aborto es aceptado legalmente. Si bien en la región no hay cifras sobre la incidencia de prácticas abortivas, algunos indicios señalan que ésta es numéricamente importante. Las evidencias estarían dadas por la alta atención hospitalaria de complicaciones por causas de aborto. Por ejemplo, se ha estimado —con base en información hospitalaria— que a comienzos de los años ochenta en Brasil se realizaban alrededor de 3 millones de abortos anuales (Merrick, 1983).

47

Un Tema Polémico: Derechos Reproductivos, Salud Sexual y Reproductiva

La Planificación Familiar

La planificación familiar ha suscitado polémicas desde hace mucho tiempo, principalmente en la década de 1960, cuando los gobiernos de los países, con el apoyo de agencias internacionales, llevaron a cabo acciones para incrementar el uso de anticonceptivos. La discusión, en parte, rondaba alrededor de las relaciones entre crecimiento y desarrollo económico, propiciada en gran medida por los sectores que consideraban al control de la natalidad como un instrumento para evitar las explosiones sociales producto de la falta de desarrollo y de las injusticias de los sistemas económicos vigentes. La Iglesia Católica, basándose en consideraciones religiosas y éticas, mantenía una postura contraria al uso de anticonceptivos no naturales, pero esta postura no constituía el elemento de mayor conflicto en la discusión internacional. De todas maneras, esta discrepancia hizo que El Vaticano no suscribiera los

planes de acción de las Conferencias de Población de Bucarest (1974) y de México (1984). Concomitantemente, en algunos países hubo corrientes de opinión pronatalistas que invocaban razones de orden geopolítico y de soberanía y defensa nacional.

Cuando se pensaba que el debate sobre estos temas estaba superado, en el marco del proceso de preparación de la CIPD resurgieron con fuerza las discrepancias sobre los enfoques relacionados con la planificación familiar y los comportamientos reproductivos. Sin embargo, este recrudecimiento de la discusión no tuvo ahora a los sectores críticos del liberalismo económico como principales oponentes a las resoluciones propuestas en el ámbito de las Naciones Unidas; ese papel fue asumido por el Vaticano, conjuntamente con algunos países musulmanes y latinoamericanos. En general, las discrepancias actuales están principalmente relacionadas con aspectos éticos y religiosos, aunque en la argumentación es frecuente que se esgriman también argumentos de tipo socioeconómico y político.

Los temas que motivaron una mayor discusión son: el concepto mismo de planificación familiar; los conceptos de derechos reproductivos y de salud sexual y reproductiva; la salud reproductiva y sexual de los adolescentes, y el aborto.

48 Cabe consignar que en el Consenso sobre Población y Desarrollo, los gobiernos latinoamericanos y del Caribe lograron acuerdos muy importantes sobre estos temas. Muchos de los párrafos del Consenso, de una u otra forma, fueron recogidos en el documento final de la Conferencia de El Cairo, lo que ayudó a aminorar las diferencias entre los países.

Al referirse a los derechos reproductivos y a la planificación familiar, el Consenso dice textualmente:

“Reconociendo que la posibilidad de regular la fecundidad es un derecho humano fundamental universalmente reconocido, se recomienda a los gobiernos garantizar el ejercicio pleno de este derecho como un objetivo de primordial importancia, y proporcionar la información veraz y completa necesaria para tal fin. Para ello, se deberá asegurar el acceso a los servicios de planificación familiar, ampliar su cobertura y mejorar su calidad, dando atención irrestricta a todos los hombres y mujeres que lo deseen, en un marco de pleno respeto a las libertades individuales y a la diversidad de creencias y valores propia de la heterogeneidad sociocultural y religiosa.”

Otro acápite agrega:

“...el derecho de los individuos, las parejas y las uniones a disponer de una amplia gama de métodos de regulación de la fecundidad, lo que, junto con la orientación profesional para que el usuario seleccione el método más adecuado a

sus condiciones socioculturales e individuales, determina en gran medida la calidad y la efectividad de los servicios de planificación familiar...”.

El documento aprobado en El Cairo señala que:

“Esos derechos se basan en el reconocimiento del derecho básico de todas las parejas e individuos a decidir libre y responsablemente el número de hijos, el espaciamiento de los nacimientos y el intervalo entre éstos y a disponer de la información y de los medios para ello y el derecho a alcanzar el nivel más elevado de salud sexual y reproductiva”.

Estos conceptos han concitado la unanimidad, con reservas de la Santa Sede y de algunos países, entre ellos varios de la región. Por una parte, las reservas de países latinoamericanos —apoyadas en el derecho a la vida que contempla la legislación nacional e internacional— indican que bajo la denominación de “derechos reproductivos” y de “salud reproductiva y sexual” no deben quedar incluidos el aborto ni ninguna forma voluntaria de interrupción del embarazo. Por otra parte, también dejan constancia que las menciones de “individuos”, “parejas” y “todas las formas de familia” se deben interpretar únicamente como referidas a uniones entre hombre y mujer, no aceptando parejas de un mismo sexo. El planteamiento se basa en la defensa de la familia como unidad básica de la sociedad, principio incluido en la Constitución de varias naciones de la región.

Es interesante destacar que, excluida la Santa Sede, ningún país hizo reservas referidas al uso de anticonceptivos no naturales como medio de planificar la familia. Esta postura sería consistente con el resultado de la encuesta realizada a los gobiernos de la región, en que 17 países indicaron cierto grado de intervención, presuntamente a través de programas de planificación familiar con métodos modernos, para lograr tasas más bajas de fecundidad. Además, muchos de los que no indicaron que intervienen, mantienen programas oficiales y privados de planificación familiar en el marco de la atención de la salud maternoinfantil. Con referencia a la pregunta sobre políticas gubernamentales referidas al uso de métodos modernos de anticoncepción, de los 33 países que respondieron sólo uno indicó que no presta apoyo (United Nations, 1992).

49

El Aborto

Como es sabido, el aborto constituye un tema de constante polémica en la sociedad de hoy. Sin embargo, puede pensarse que hay ciertos puntos de encuentro entre las diversas posiciones, al menos en dos aspectos: a) se

reconoce en el aborto un problema de salud pública importante, pues es posible demostrar que, principalmente en los países en desarrollo, las altas tasas de mortalidad materna tienen en esta causa su componente principal; b) hay coincidencia en que el aborto no debiera ser considerado como un método de planificación familiar aceptable.

Las discrepancias fundamentales parecen estar en la forma de enfrentar esta situación. Al ser el aborto un problema grave de salud, hay quienes consideran que la solución estaría en su legalización, con lo que el aborto podría efectuarse en forma no riesgosa para la madre. La posición opuesta indica que la práctica del aborto no puede ser legal ni aceptable, por ser un crimen; por lo tanto, la única vía de evitarla sería mediante su penalización. En términos de políticas destinadas a reducir el aborto, se considera importante ampliar los programas de planificación familiar y de educación sexual. Las reservas frente a estas políticas señalan, entre otras consideraciones, que en la práctica el aborto no ha disminuido en aquellas sociedades que tienen fuertes programas de planificación familiar, argumentando que esto se debe probablemente a que las mujeres estarían más inclinadas a abortar cuando fallan los anticonceptivos.

50

Por la importancia que tuvo el tema en la última Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo, es útil transcribir el párrafo 8.25 del Plan de Acción, finalmente adoptado.

“En ningún caso se debe promover el aborto como método de planificación de la familia. Se insta a todos los gobiernos y a las organizaciones intergubernamentales y no gubernamentales pertinentes a incrementar su compromiso con la salud de la mujer, a ocuparse de los efectos que en la salud tienen los abortos realizados en condiciones no adecuadas como un importante problema de salud pública y a reducir el recurso al aborto mediante la prestación de más amplios y mejores servicios de planificación de la familia. Las mujeres que tienen embarazos no deseados deben tener fácil acceso a información fidedigna y a asesoramiento comprensivo. Se debe asignar siempre máxima prioridad a la prevención de embarazos no deseados y habría que hacer todo lo posible por eliminar la necesidad del aborto. Cualesquiera medidas o cambios relacionados con el aborto que se introduzcan en el sistema de salud se pueden determinar únicamente a nivel nacional o local de conformidad con el proceso legislativo nacional. En los casos en que el aborto no es contrario a la ley, los abortos deben realizarse en condiciones adecuadas. En todos los casos, las mujeres deberían tener acceso a servicios de calidad para tratar las complicaciones derivadas de abortos. Se deberían ofrecer con prontitud servicios de planificación de la familia, educación y asesoramiento postaborto que ayuden también a evitar la repetición de los abortos.”

En la sesión plenaria de aprobación del Programa de Acción de El Cairo, a las reservas referidas al aborto enunciadas por la Santa Sede y varios paí-

ses musulmanes se sumaron ocho países latinoamericanos. La mayoría de estos señalan que el aborto es contrario a su Constitución, que viola el derecho a la vida que regiría desde la concepción y que, por lo tanto, no podrían aceptar en ningún caso la interrupción de embarazos.

Si bien dichos países hicieron esas reservas al tema, ninguno de ellos cuestiona la utilización de anticonceptivos como una forma de evitar los nacimientos no deseados. Por ello, puede explicarse que en el Consenso Latinoamericano y del Caribe hayan aprobado, además de un capítulo especial sobre la planificación familiar, el siguiente párrafo:

“Considerando que el aborto constituye un importante problema de salud pública en los países de la región, y que, aunque existen diversas posiciones al respecto, en general ninguno de ellos lo acepta como método de regulación de la fecundidad, se recomienda a los gobiernos prestar mayor atención al estudio y seguimiento del tema, con el fin de evaluar sus dimensiones reales y sus efectos sobre la salud de las mujeres y la familia y, asimismo, promover el acceso universal a una orientación adecuada sobre métodos para evitar embarazos no deseados.”

El Embarazo Adolescente

Los cambios en la fecundidad han ocurrido con mayor intensidad entre las mujeres con más de 35 años de edad, por lo que la procreación se concentra en mujeres entre los 20 y 29 años. La fecundidad de las mujeres menores de 20 años no muestra un proceso de descenso claro, y es posible que en algunos casos esté incrementándose. La tendencia es positiva, en general, debido a que disminuyen más los nacimientos de alto riesgo correspondientes a mujeres mayores; sin embargo, surge la preocupación del aumento en la proporción de embarazos de adolescentes.

El Consenso Latinoamericano y del Caribe menciona en varias partes la necesidad de prestar especial atención al embarazo de las adolescentes; quizás donde mejor se expresa esta preocupación —y se plantean medidas para prevenirlo— es en el párrafo 6 del capítulo sobre Desarrollo, Salud, Planificación Familiar y Bienestar:

“Considerando que el embarazo adolescente es un motivo de preocupación por sus efectos sobre la salud materna e infantil, particularmente por la alta incidencia de la morbilidad materna, y por sus consecuencias psicosociales, tales como la interrupción del proceso educativo, desventajas en la preparación para ingresar al mercado laboral y dificultades para consolidar una pareja, se insta a los gobiernos a que dediquen esfuerzos, de manera prioritaria, a diseñar y adoptar modelos de atención integral a la salud reproductiva de los adolescentes,

prestando particular atención a la educación en población, y dentro de ella a la educación familiar, la educación sexual integral y la planificación familiar. Estos modelos deberán diseñarse de acuerdo con el contexto sociocultural en el que serán aplicados. Asimismo, se deberán reexaminar las regulaciones que restrinjan el acceso de este grupo de edad a los métodos anticonceptivos. Se recomienda además emprender programas que aborden las consecuencias psicosociales del embarazo de las adolescentes, procurando evitar la interrupción de su proceso educativo y facilitando su incorporación al mercado laboral.”

Este aspecto es recogido con el mismo énfasis en varios capítulos (Crecimiento y Estructura de la Población; Derechos Reproductivos y Salud Reproductiva; Salud, Morbilidad y Mortalidad) del Programa de Acción de la CIPD. En lo central se plantea la necesidad de mayor información, educación y asesoría a los jóvenes de ambos sexos en cuanto a una mayor comprensión de su sexualidad y a las formas de prevenir los embarazos no deseados y las enfermedades de transmisión sexual. La Santa Sede y otras delegaciones expresaron reservas a referencias que, según ellas, “podrían interpretarse como favorables a la actividad sexual extramatrimonial, especialmente entre los adolescentes”. A estas reservas explícitas, en muchos países de la región se suman las dificultades concretas en la implementación de las medidas concretas aquí mencionadas, debido a la resistencia de sectores que adoptan posturas críticas frente a tales medidas, o a la de aquellos que tienen dificultades para abordar el tema de la información sexual, de por sí “tabú” y que lo es aún más si se trata de adolescentes.

52

Consideraciones Finales

En el presente documento se hizo una revisión de las tendencias demográficas recientes en los países de América Latina y el Caribe y de la percepción que tienen los gobiernos acerca de los temas de población, surgidos de las mencionadas tendencias y su relación con el proceso de desarrollo socioeconómico y en el marco de los derechos individuales.

En las últimas décadas la región se vio afectada por profundos cambios demográficos, que implicaron un desplazamiento del tema del alto crecimiento de la población hacia otros aspectos, como los derechos reproductivos y la salud reproductiva, la migración internacional, el proceso de urbanización, la relación entre las tendencias demográficas y el medio ambiente, el proceso de envejecimiento de la población. De todas maneras, persisten situaciones de países y de importantes sectores de población que aún detentan tasas elevadas de mortalidad y fecundidad, propias de etapas iniciales de

la transición demográfica y que implican todavía desafíos importantes en torno a la salud maternoinfantil y a las elevadas tasas de dependencia de población en edades tempranas.

Se reconoce que las políticas y programas de población deben ejecutarse principalmente mediante actividades nacionales que involucren a gobiernos, las comunidades locales y al sector no gubernamental. Sin embargo, también se asigna un importante papel a las actividades regionales, subregionales e internacionales. Esto último está determinado en gran medida por el alto grado de interdependencia económica, social y cultural que caracteriza al mundo de hoy, lo que necesariamente conduce a la coordinación de muchos programas que afectan a más de un país, al intercambio de experiencias e información y a otras formas de cooperación internacional. Por ello, tanto el Programa de Acción de la CIPD como el Consenso Latinoamericano y del Caribe instan a los gobiernos de países desarrollados a proporcionar recursos para las actividades en materia de población a aquellos países que lo requieren y, a los países en desarrollo, a intensificar la cooperación técnica horizontal.

Todo ello resulta de la aparición —mencionada en el Capítulo I— de las variables de población como tema clave de la discusión de política internacional. Por momentos prima la consideración de las variables demográficas que más directamente afectan las relaciones internacionales, y ese es el caso de las migraciones entre países, y en especial las corrientes de refugiados; sin embargo, la discusión no se detiene en esas manifestaciones y también abarca —como se ha señalado— a la mortalidad y —sobre todo— a la fecundidad y a la relación de todas esas variables con los derechos individuales. Dentro de ese marco, puede esperarse que la región siga participando en el futuro en esas discusiones a nivel global y, más en particular, es también dable esperar un relativamente alto nivel de discusión y de actividades en el plano de la región y en cada uno de los ámbitos nacionales de los países que la componen.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- CELADE (Centro Latinoamericano de Demografía) (1993): *Notas de Población No 58*, Santiago de Chile.
- (1994): *Boletín Demográfico No. 54*, Santiago de Chile.
- CEPAL/CELADE (Comisión Económica para América Latina y el Caribe/Centro Latinoamericano de Demografía) (1993): *Población, equidad y transformación productiva* (LC/DEM/G.131), Santiago de Chile.
- (1994): *Proyecto de Plan de Acción Regional Latinoamericano y del Caribe sobre Población y Desarrollo* (LC/DEM/G.144), Santiago de Chile.
- CHACKIEL, J. y MARTÍNEZ, J. (1993): “Transición Demográfica en América Latina y el Caribe desde 1950”, *La Transición Demográfica en América Latina y el Caribe*, Vol 1, ABEP, CELADE, IUSSP, PROLAP, SOMEDE, México.
- CHACKIEL, J. y PLAUT, R. (1994): “América Latina: Tendencias Demográficas con Énfasis en la Mortalidad”, *Notas de Población No. 60*, Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE), Santiago de Chile.
- CHACKIEL, J. y SCHKOLNIK, S. (1992): “América Latina: Transición de la fecundidad en el período 1950-1990”, *Notas de Población No. 55*, Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE), Santiago de Chile.
- CHESNAIS, J. C. (1990): *El Proceso de Envejecimiento de la Población*, Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE), Serie E No. 35, Santiago de Chile.
- 54
- FRENK, J. et al. (1994): “La transición epidemiológica en América Latina”, *Notas de Población No. 60*, Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE), Santiago de Chile.
- MACISAAC, D. (1993): *General Analysis of the Governmental Perceptions and Policies in Latin America and the Caribbean*, Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE), Santiago de Chile, inédito.
- MERRICK, T. W. (1983): “La fecundidad y la planificación familiar en Brasil”, *Perspectivas Internacionales en Planificación Familiar*, Número especial, Nueva York.
- NACIONES UNIDAS (1994): *Informe de la Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo*, El Cairo, 5 al 13 de septiembre, A/CONF. 171/13.
- (1994a): *Síntesis de los informes nacionales sobre la población y el desarrollo*, Informe de la Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo, A/49/482.
- (1992): *World Population Monitoring 1991* (ST/ESA/SER.A/126), Nueva York.
- (1995): *World Population Prospects. The 1994 Revision*, Nueva York.
- OMS/UNICEF (Organización Mundial de la Salud/Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia) (1978), *Conferencia Internacional sobre Atención Primaria de Salud*, Alma Ata, URSS.

PÉREZ BRIGNOLI, H. (1994): "América Latina en la Transición Demográfica, 1800-1980", *La Transición Demográfica en América Latina y el Caribe*, Vol 1, ABEP, CELADE, IUSSP, PROLAP, SOMEDE, México.

VALLIN, J. (1994): *La Demografía*, Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE), Serie E No. 41, Santiago de Chile.

Vertical line on the right side of the page.

Dinámica de la Población y Desarrollo en el Caribe*

El Escenario Socioeconómico: Consecuencias para los Cambios Demográficos en la Región

Introducción

En la turbulenta década de 1980 hubo fuertes cambios económicos que pusieron a prueba la competencia de muchos países del Caribe. Para controlar los *shocks*, la mayoría de ellos encaró la situación —con mayor o menor habilidad— basados en su dotación de recursos y sus capacidades para formular políticas apropiadas (Harker, 1992).

Las características esenciales de las economías caribeñas —que las hacen muy susceptibles a las conmociones externas— consisten en ser pequeñas, abiertas, dependientes y no diversificadas. Además se distinguen por su apertura extrema, su propensión a los desastres naturales, su orientación hacia los servicios y el hecho de ser grandes importadoras de alimentos, todo lo cual les confiere una muy marcada vulnerabilidad (Samuel, 1992).

El tamaño óptimo de la población guarda una estrecha relación con los recursos del país y el potencial para desarrollarlos. Dado el tamaño reducido de las economías de la región y la limitada base de recursos, cabe preguntarse si su población está en condiciones de generar un crecimiento autosostenido. Otra consecuencia de la vulnerabilidad y pequeñez de estas economías es que carecen de la masa crítica indispensable que les permita desplegar el esfuerzo necesario para penetrar los mercados internacionales (Samuel, 1992). Además del tamaño de la población, hay otros factores demográficos que podrían interrelacionarse con el proceso de desarrollo y tener consecuencias para la inversión y el gasto público, como su estructura

* Una primera versión de este trabajo fue elaborada por la señora BARBARA BOLAND para la Reunión de Expertos Gubernamentales sobre Población y Desarrollo en América Latina y el Caribe, que se celebró en Santa Lucía del 6 al 9 de octubre de 1992.

por edad y sexo, su distribución de la población y el patrón de sus movimientos migratorios.

Desempeño de las Economías

El desempeño de los distintos países durante el último decenio estuvo condicionado por la composición de los productos de cada país y por la medida en que se adoptaron políticas apropiadas para ajustarse a las conmociones o aprovechar las oportunidades emergentes. Bahamas y Belice, países de la Organización de Estados del Caribe Oriental (OECS), encabezaron “las economías con alto crecimiento”, pues registraron tasas superiores al 5% anual entre 1981 y 1990. En el caso de la OECS, esto obedeció en gran medida al auge y crecimiento de la industria turística y a las exportaciones de banano, las que proporcionaron las divisas necesarias para incrementar la actividad interna.

58

El otro grupo de países con economías de crecimiento moderado lo integraron Jamaica, Cuba y Puerto Rico, con tasas que van del 2% al 3%. Estos países contaban con economías relativamente diversificadas, pero el desempeño de los diversos sectores fue dispar. Barbados, República Dominicana y Suriname figuraron en la categoría de economías de bajo crecimiento, con una tasa promedio de 0% a 2%. Por último, hubo países con economías en contracción, como Guyana, Haití y Trinidad y Tabago, que experimentaron declinaciones de su PIB (Harker, 1992).

Efectos Sobre la Población

El escenario económico precedente queda incompleto si no se analiza la distribución de los costos y beneficios de tal desempeño económico, inclusive el impacto que tiene la contracción económica, sobre todo de los servicios gubernamentales, en los distintos grupos de población de cada país. También deben considerarse como elementos de la ecuación la tasa de crecimiento de la población de cada país, así como la estructura por edad y sexo, los patrones de distribución y demás indicadores demográficos (fecundidad y mortalidad).

Entre los factores más importantes que afectan al desarrollo de los recursos humanos figuran el estado de salud, la fecundidad, los salarios o ingresos bajos, el desempleo, el nivel de instrucción, la emigración y la inaccesibilidad a servicios básicos, como la salud, el agua y el saneamiento. Éstos

están condicionados, a su vez, por cambios en la política económica y en el entorno externo, todo lo cual repercute en el nivel de vida. Cada uno de estos factores se examinará brevemente en los párrafos siguientes.

El Desempleo

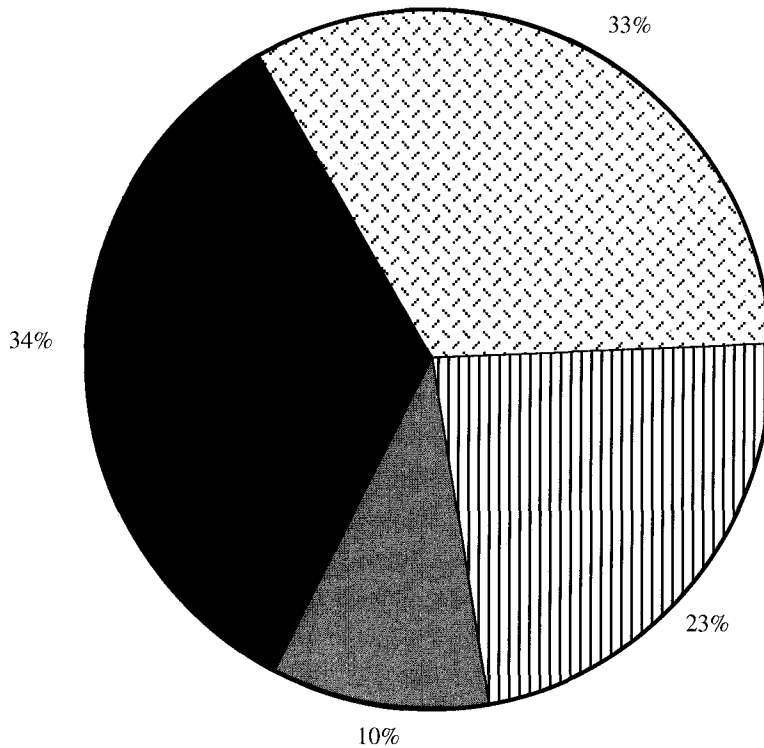
La disminución de la actividad económica ha afectado la vida de las personas en diversas formas, entre las que destacan la reducción del número de ocupaciones disponibles y el notorio descenso del nivel de vida. En efecto, pese al fuerte crecimiento experimentado en algunos países, como los de la OECO, el desempleo se ha mantenido elevado. La tasa media de desempleo en Jamaica en 1991 es de un 15,4% (lo que representa una disminución respecto del 24% en 1986). La tasa correspondiente a Trinidad y Tabago es más elevada (18,9%), aunque ésta también va en descenso. Pero más alarmantes incluso son las tasas de las Islas Windward que oscilan entre 20% y 40% (Samuel, 1992). Predomina el desempleo juvenil y femenino: las tasas de desempleo juvenil (15 a 24 años de edad) fluctúan entre 40% y 60% en la mayoría de los países; respecto a las mujeres, en algunos países, por ejemplo, Barbados y Jamaica, el desempleo femenino casi duplica al masculino (Harker, 1991). A la luz de las elevadas tasas de embarazo adolescente y del gran porcentaje de hogares con jefatura femenina (superiores al 40%), se justifica seguir de cerca esta situación y formular programas de intervención pertinentes.

59





La Pobreza

Por lo menos en seis países del Caribe —Guyana, Haití, Jamaica, República Dominicana, Suriname y Trinidad y Tabago—, la población se ha vuelto más pobre en los diez últimos años (Harker, 1992). En el caso de Jamaica, los datos de la Encuesta sobre las Condiciones de Vida de 1988 indicaban que un 43% de la población total percibía ingresos inferiores a la línea de pobreza. Es más, la incidencia de la pobreza es mucho mayor en las zonas rurales (véase el gráfico 1). Las estimaciones de la pobreza para Trinidad y Tabago y Guyana sugieren que su prevalencia aumentó en ambos países durante la década de 1980 (Banco Mundial, 1990; CSO, 1989). El aumento del porcentaje de pobreza ha derivado en una disminución del ingreso personal, sobre todo para los más pobres y, en particular, los pensionados. En el caso de Trinidad y Tabago, el ingreso real disminuyó en 27% a mediados de la década de 1980 (CSO, 1989).

GRAFICO I
 JAMAICA: PREVALENCIA DE LA POBREZA, 1988



60

-  Población rural bajo la línea de pobreza
-  Población rural sobre la línea de pobreza
-  Población urbana bajo la línea de pobreza
-  Población urbana sobre la línea de pobreza

FUENTE: Derek Gordon, *Identifying the Poor: Developing a Poverty Line for Jamaica*, Jamaican Poverty Line Project Working Paper, Nº 3, Kingston, Planning Institute of Jamaica, 1989.

El Ajuste Estructural y las Políticas Económicas y Sociales

La declinación económica que afectó al nivel de vida de algunos países del Caribe se tradujo en la adopción de programas de ajuste estructural, la devaluación de las monedas y un servicio de la deuda oneroso.

Las medidas de ajuste estructural adoptadas desde mediados de la década de 1980 han contribuido a empeorar la situación, pues han significado la reducción del gasto en servicios sociales, la disminución (y a veces la eliminación) de subsidios a los bienes de consumo esencial, incluidos los alimentos. La devaluación sostenida, por su parte, redundó en un aumento de los precios de los productos básicos importados. Otra manifestación de los programas de ajuste ha sido el aumento de las tarifas a los usuarios por la prestación de servicios sociales como abastecimiento de agua, electricidad y servicios médicos. Lo anterior, sumado a las menores oportunidades de empleo y la baja de los salarios, ha engrosado los contingentes de los grupos vulnerables que requieren de programas que alivien su pobreza.

Asimismo, el servicio de la deuda ha constituido para los países un drenaje constante de divisas, que ha reducido tanto el nivel de inversión como su potencial de crecimiento. Esto, a su vez, ha obligado a los gobiernos a desviar financiamiento y recursos del gasto interno, lo que ha provocado recortes desproporcionados del gasto en servicios sociales.

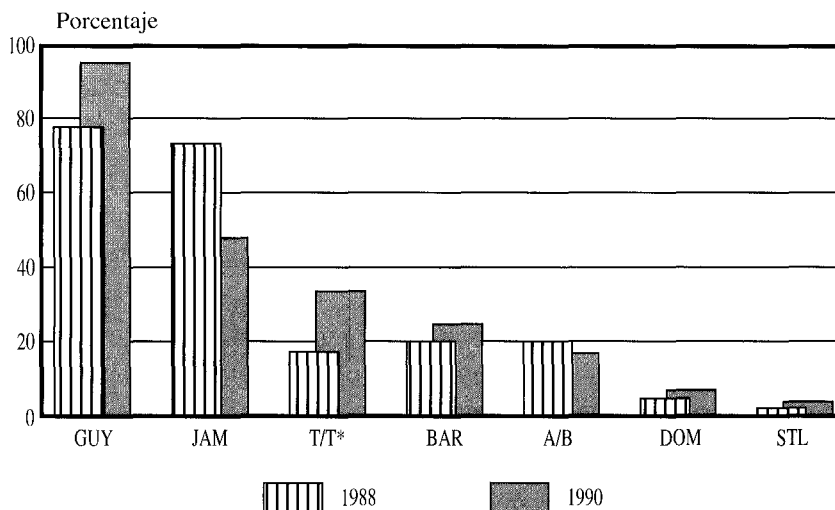
En general, hubo un aumento sistemático de la deuda externa durante el período 1986-1990 (véase el gráfico 2). Guyana y Jamaica, que experimentaron movimientos adversos de los precios de los productos básicos y desequilibrios macroeconómicos, fueron los más afectados. El servicio de la deuda de Jamaica, expresado como proporción del ingreso corriente, fue de 76,6% promedio anual entre 1986 y 1988 y disminuyó a 48,9% en 1990 como resultado del programa de reestructuración. La deuda de Guyana, expresada como proporción del ingreso corriente, se elevó de 79,5% en 1988 a 96,6% en 1990. En general, la relación de endeudamiento de los países de la OECO, con excepción de Antigua y Barbuda, fue mucho menor debido a que la obtención de préstamos externos de largo plazo se había mantenido en un nivel relativamente reducido (BDC, 1990).

Otro síntoma de la disminución del nivel de vida ha sido la depreciación sostenida de la moneda, lo que en economías pequeñas y abiertas tiene un impacto mucho mayor en todos los sectores, a diferencia de los países más grandes que cuentan con un gran volumen de producción interna (Harker, 1992).

El Gasto Social y su Efecto en los Subgrupos de Población

Mientras disminuía el nivel de vida personal en muchos países, también lo hacía la capacidad de los gobiernos para proporcionar una red de servicios

GRAFICO 2
SERVICIO DE LA DEUDA COMO PORCENTAJE DEL
INGRESO CORRIENTE, 1988 Y 1990



62

FUENTE: Banco de Desarrollo del Caribe, Social and Economic Indicators, 1990, vol. III, Barbados 1990.

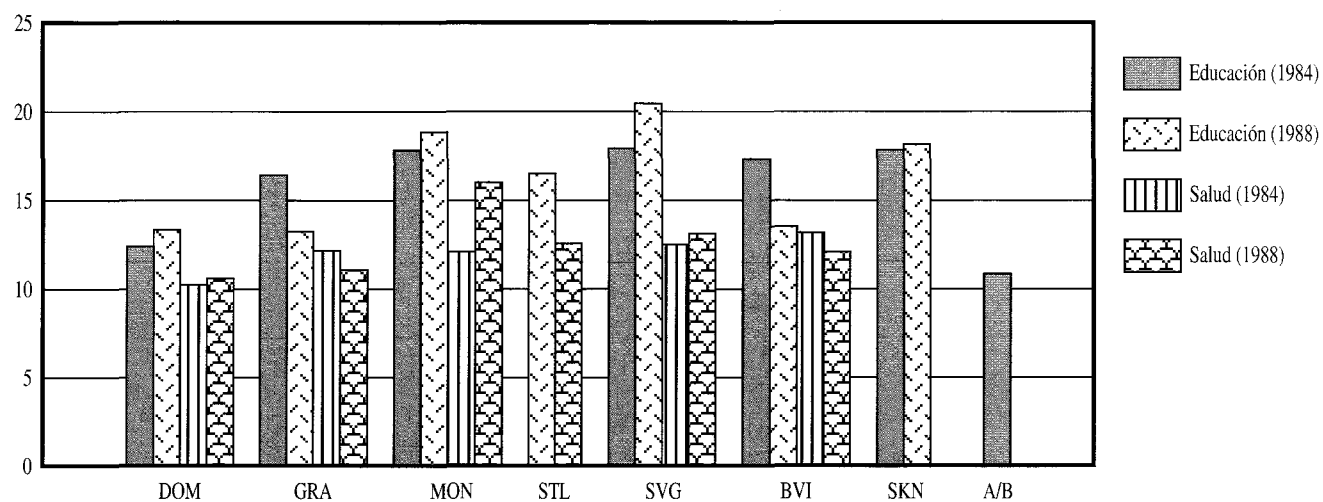
NOTA: Las abreviaturas de países que se utilizan en este gráfico son las siguientes: GUY: Guyana; JAM: Jamaica; T/T: Trinidad y Tabago; BAR: Barbados; A/B Antigua y Barbuda; DOM: Dominica; STL: Santa Lucía.

(*) La cifra de T/T corresponde a 1987 y no a 1988.

sociales para los más pobres, debido a la contracción de la base impositiva. Ello afectó, sobre todo, la prestación de servicios sociales en esferas como la salud, la educación, la vivienda y, en algunos casos, la nutrición (véase gráfico 3).

El gasto en salud evolucionó de modo diverso en los países de la región. Por ejemplo, el gasto per cápita en salud disminuyó sostenidamente en Jamaica y Guyana. En cambio, el panorama se ve más positivo para los países de la OECO. El gasto corriente en educación, expresado como porcentaje del ingreso gubernamental, tuvo una declinación marginal promedio, mientras que se registró un ligero incremento del porcentaje gastado en salud durante el período 1984-1988. Por ende, el gasto social medio permaneció prácticamente constante. En algunos países ha aumentado el hacina- miento en las escuelas primarias, utilizándose en algunos casos el sistema de turnos para paliar el problema. Asimismo, como no ha aumentado el número

GRAFICO 3
GASTO EN SERVICIOS SOCIALES, 1984 Y 1988



FUENTE: Wendel A. Samuel, "Socio-economic Scenario of the Eastern Caribbean", documento presentado al Symposium on Population and Development, organizado pro el Fondo de Población de las Naciones Unidas (FNUAP/OUS), Antigua, 22 de julio de 1992.

NOTA: Las abreviaturas de países que se utilizan en este gráfico son las siguientes: DOM: Dominica; GRA: Granada; MON: Montserrat; STL: Santa Lucía; SVG: San Vicente y las Granadinas; BVI: Islas Virgenes Británicas; SKN: St. Kitts y Nevis; A/B Antigua y Barbuda.

(*) La cifra sobre educación en la BVI corresponde a 1986 y no a 1988.

de vacantes en las escuelas secundarias para satisfacer la demanda creciente, ingresa a ellas un menor porcentaje de estudiantes.

Los gobiernos gastan cerca del 20% de su presupuesto en educación, al tiempo que disminuye la asistencia internacional para el desarrollo, haciendo difícil aumentar el gasto en este sector. Esto significa que, en el corto plazo, tendría que ponerse el acento en mejorar la eficiencia de los fondos que se asignan al sector. En el largo plazo, el crecimiento de la economía tendría que generar más fondos para que el gobierno los destinara a todos los ámbitos del gasto social, incluida la educación.

Discusión

No resulta fácil medir los efectos de una reducción del gasto en servicios sociales, dados los desfases cronológicos involucrados así como los múltiples factores que pueden intervenir en el proceso. Pero, a la luz de lo anterior, cabe pensar que la calidad declinante de la educación, la deteriorada prestación de atención en salud y el aumento de la desnutrición han sido algunas de las consecuencias de esos recortes.

64

En algunos países, hay grupos destinatarios que son muy vulnerables, a saber:

1. Las mujeres embarazadas y las madres que amamantan, así como las mujeres y los niños de hogares con un solo padre: más de un tercio de los hogares de los países de la OECO tiene jefatura femenina.
2. Los jóvenes entre los 15 y 25 años de edad. La incidencia del desempleo en este grupo es muy elevada, sobre todo entre las mujeres.
3. Los ancianos para quienes los servicios de apoyo son insuficientes. Los servicios de bienestar son inadecuados y muchos ancianos no están cubiertos por los programas nacionales de seguridad social de la OECO, en parte por haberse creado hace poco. Un escaso número de personas recibe exiguas pensiones mensuales y su cobertura poblacional es reducida.

Aunque el crecimiento económico puede reducir el nivel general de pobreza, deben idearse iniciativas concretas para mitigar la pobreza en estos grupos y hallar formas de aumentar su poder de recuperación. Estas son: i) una gestión eficaz de la economía a fin de generar un crecimiento económico creador de empleo; ii) la eliminación de distorsiones que afectan especialmente a los pobres; iii) programas que contribuyan a que los pobres for-

men su patrimonio; iv) redes de seguridad confiables y responsables en lo tributario; v) mejoras en el seguimiento de la pobreza y de los programas para su reducción (Samuel, 1992).

Dinámica de la Población Caribeña

Visión General

Al parecer, en los países del Caribe están surgiendo nuevos patrones regionales en materia de condiciones demográficas. Resulta muy característica la gran disparidad de tamaños de la población en la región, los que oscilaban en 1991 entre más de 10 millones de habitantes en Cuba a menos de 11 mil en Montserrat, es decir, una proporción de casi 1.000 a 1¹.

Existen también divergencias entre las tasas de variación de la población en la región de la CARICOM, que oscilan entre 0,6% anual (Montserrat) y 4,2% (Islas Vírgenes Británicas). Las tasas mayores de 3% suelen ser el resultado de la inmigración a aquellos países que poseen economías orientadas preferentemente a los servicios y el turismo. Aunque la mayoría de los países registran tasas de crecimiento positivas, por lo menos siete de ellos experimentan un crecimiento casi nulo (Barbados, Antigua y Barbuda, Granada, San Vicente y las Granadinas) o negativo (Dominica, Montserrat, Saint Kitts y Nevis) debido, sobre todo, a la influencia de la masiva emigración neta.

La tasa media de crecimiento durante la década de 1980 fue de 1,3% anual para toda la región, y de 1% para los 13 países de la CARICOM. Estas tasas reflejan, por cierto, diferentes combinaciones de tasas de crecimiento vegetativo y de migración, como se verá en el capítulo IV.

En el período 1985-1989, la tasa media bruta de mortalidad fue de 8 por mil para la región en su conjunto. Las tasas variaban entre aproximadamente 5 y 11 por mil según el país, con la excepción de Haití, con una cifra estimada de 16 por mil (véase el cuadro 1). Sin embargo, las variaciones observadas constituyen más el resultado de diferencias de la estructura etaria (que influyen de manera importante en la tasa bruta de mortalidad) que de los niveles de mortalidad. En efecto, todos los países de la región, salvo Haití,

¹ En la mayoría de los países, el resultado del recuento censal de 1990-1991 fue inferior a lo previsto, razón por la cual se ha cuestionado la calidad de los censos. Sin embargo, como ya ha ocurrido con anterioridad, las "bajas" cifras censales obedecen probablemente al hecho de que se ha subestimado la emigración intercensal. Este problema proviene de las dificultades de medición de los movimientos migratorios y de las deficiencias de las estadísticas sobre entradas y salidas.

CUADRO I

INDICADORES DEMOGRAFICOS SELECCIONADOS POR PAIS

País	Población 1990-1991 (en miles)	Tasa global de fecundidad	Tasas brutas (por mil)			Tasa media anual de crecimiento 1980-1990 (%)
			Nata- lidad	Morta- lidad	Crecim. vegetativo	
Antigua y Barbuda	62,9 ^m	—	17 ^r	6 ^r	11 ^r	—
Aruba	62,1 ⁿ	1,8 ^g	16 ^r	6 ^r	10 ^r	0,2 ^j
Bahamas	254,7 ^p	2,1 ^a	20 ^b	6 ^b	14 ^b	2,0
Barbados	257,1 ^p	1,6 ^c	15 ^c	9 ^c	6 ^c	0,6
Belice	190,8 ^m	5,0 ^c	37 ^b	5 ^b	32 ^b	2,5 ⁱ
Bermudas	58,5 ^p	1,8 ^g	16 ^r	8 ^r	8 ^r	0,6 ^j
Cuba	10.574,9 ⁿ	1,9 ^g	18 ^r	6 ^r	12 ^r	1,0 ^j
Curazao	148,0 ⁿ	2,3 ^g	20 ^r	6 ^r	14 ^r	0,1 ^j
Dominica	71,8 ^m	—	18 ^c	5 ^c	13 ^c	-0,3 ^d
Guayana Francesa	113,8 ^p	3,7 ^g	27 ^r	5 ^r	22 ^r	5,0 ^j
Granada	90,7 ^m	4,5 ^a	33 ^a	8 ^a	25 ^a	0,2 ^j
Guyana	794,2 ⁿ	2,8 ^b	25 ^b	6 ^b	19 ^b	0,5
Guadalupe	385,5 ^p	2,2 ^g	19 ^r	6 ^r	13 ^r	1,7 ^j
Haití	5.939,0 ⁿ	6,4 ⁱ	47 ^r	16 ^r	31 ^r	1,6
Islas Caimán	25,4 ^k	—	16 ^r	5 ^r	11 ^r	4,1 ^j
Islas Vírgenes Británicas	16,6 ^m	—	19 ^c	6 ^c	13 ^c	4,2 ^j
Islas Vírgenes de los Estados Unidos	101,7 ^p	2,8 ^g	23 ^r	5 ^r	18 ^r	0,6 ^j
Jamaica	2.248,2 ^m	2,9 ^b	25 ^b	6 ^b	19 ^b	1,2 ^j
Montserrat	10,9 ^m	2,3 ^c	17 ^r	11 ^r	6 ^r	-0,6 ^j
Martinica	358,8 ^p	2,1 ^g	18 ^r	6 ^r	12 ^r	1,0 ^j
Puerto Rico	3.514,0 ^p	2,3 ^g	19 ^r	7 ^r	12 ^r	1,0 ^j

CUADRO I (Continuación)

INDICADORES DEMOGRAFICOS SELECCIONADOS POR PAIS

País	Población 1990-1991 (en miles)	Tasa global de fecundidad	Tasas brutas (por mil)			Tasa media anual de crecimiento 1980-1990 (%)
			Nata- lidad	Morta- lidad	Crecim. vegetativo	
República Dominicana	7.169,8 ^p	2,8 ^g	28 ^r	7 ^r	21 ^r	2,7 ^q
Saint Kitts y Nevis	41,8 ^m	2,8 ^c	21 ^c	10 ^c	11 ^c	-0,4 ⁱ
Santa Lucía	133,3 ^m	3,4 ^b	25 ^b	6 ^b	19 ^b	0,8 ⁱ
San Vicente y las Granadinas	107,6 ^m	3,1 ^a	24 ^a	6 ^a	18 ^a	0,9 ^j
Suriname	402,5 ⁿ	3,6 ^a	26 ^r	7 ^r	19 ^r	1,2 ^j
Trinidad y Tabago	1.234,4 ^p	2,5 ^b	21 ^b	7 ^b	14 ^b	1,3

67

FUENTE: CEPAL, Regional digest of selected demographic and social indicators, 1960-1990 (LC/CAR/G.354), Puerto España, Sede Subregional de la CEPAL para el Caribe, Unidad CEPAL/CELADE de Demografía, 1991, y Jean-Pierre Guengant, "Current demographic trends and issues", documento presentado al Symposium on Population and Development, organizado por el Fondo de Población de las Naciones Unidas (FNUAP/OUS), Antigua, julio de 1992.

^a 1987. ^b 1989. ^c 1988. ^d 1981-1991. ^e 1985. ^f 1985-1990.

^g 1990. ^h 1991. ⁱ 1990-1991. ^j 1980-1989. ^k 1989. ^l 1985-1987.

^m 1991. ⁿ Estimación de enero de 1990. ^o 1990. ^p Proyección de CELADE para 1990.

^q 1981-1990. ^r Promedio de 1985-1989.

poseen ahora una esperanza de vida al nacer de unos 70 años o más. Las causas principales de muerte son ahora atribuibles a las enfermedades no transmisibles, como las afecciones cardiovasculares, el cáncer y la diabetes.

Es interesante señalar que, pese a la disminución constante de la fecundidad, la tasa bruta de natalidad durante 1985-1989 es todavía bastante elevada: llegó a 26 por mil para la región en su conjunto y a 25 por mil para los 13 países de la CARICOM. La mayoría de los países tenía una tasa bruta de

natalidad superior a 20 por mil, mientras que en tres de ellos todavía sobrepasaba el 30 por mil (véase el cuadro 1). Por último, sólo cuatro países (Aruba, Barbados, Bermudas e Islas Caimán) registraban tasas en torno a 15 por mil, en contraste con la elevada tasa de 47 por mil en Haití.

En consecuencia, las tasas de crecimiento vegetativo han permanecido elevadas desde fines de la década de 1980, llegando a 1,8% anual para la región en su conjunto. De mantenerse tal ritmo, la población se duplicaría cada 40 años. Sólo dos países, Belice y Haití, presentan todavía tasas de crecimiento vegetativo superiores a 3% anual. En cambio, en Montserrat, Barbados y Bermudas esta tasa es inferior a 1% anual, indicando que están en la fase final de su transición demográfica y que se aproximan a lograr igual número de nacimientos y muertes, o sea, un crecimiento vegetativo nulo.

La naturaleza contradictoria de este panorama, o sea, la combinación de bajas tasas de crecimiento de la población con incrementos vegetativos persistentemente altos, puede atribuirse, por cierto, a los elevados niveles de emigración. Del mismo modo, las grandes diferencias de crecimiento de la población entre los países tienen que explicarse en términos de diferentes patrones migratorios.

Distribución por Edades

Las consecuencias del cambio demográfico agregado dependen en gran medida de la forma en que la población está distribuida entre los segmentos de la niñez, la adolescencia, los adultos jóvenes y los ancianos. La distribución etaria puede incidir en los patrones de gasto doméstico, el ahorro y la inversión, las necesidades de consumo, la educación, la nutrición, la atención maternoinfantil, las necesidades de vivienda, la prestación de salud y las demandas sobre otros recursos sectoriales públicos y privados.

En este sentido, el aspecto más sobresaliente de la transición demográfica es la juventud de la población caribeña: más del 50% tiene menos de 25 años. Sin embargo, la tendencia parece ser hacia la declinación gradual, pues en la década de 1960 este grupo representaba alrededor del 60% de la población regional. Se espera que esta cifra se reduzca a 45% para el año 2000, en el supuesto de que haya una declinación sostenida de la fecundidad en la década de 1990. En contraste, se están registrando incrementos considerables en el grupo etario que integra la fuerza laboral (15-64 años), previéndose que crecerá aún más para el año 2000. Los incrementos porcentuales de este grupo durante las dos últimas décadas fluctúan entre 85% para Bahamas

y sólo 11% para República Dominicana. Las consecuencias para las políticas de capacitación y empleo son enormes.

La población mayor de 65 años de edad reviste importancia, pues ha aumentado de casi el 4% en 1950 al 10% en 1990. Se prevé que a finales de siglo llegará a un nivel cercano al 14% de la población total, dado que la fecundidad seguirá declinando, a la vez que las condiciones de sobrevivencia de este grupo de población serán cada vez mejores. Esta nueva tendencia demográfica, el rápido envejecimiento de la población, merece más atención en el ámbito de las políticas gubernamentales que deberán encarar durante las próximas décadas patrones de envejecimiento que exigirán adaptaciones sociales y económicas diferentes.

La composición de la población por edades varía entre los países, principalmente conforme a las diferencias de su fecundidad y mortalidad. Así, por ejemplo, cabe suponer que países con tasas elevadas de natalidad, como Belice, seguirán teniendo las proporciones más elevadas de población menor de 15 años (43%) y el porcentaje más bajo de mayores de 65 años (5%), en tanto que los países con las tasas más bajas de natalidad y mortalidad presentarán el fenómeno inverso (por ejemplo, Barbados).

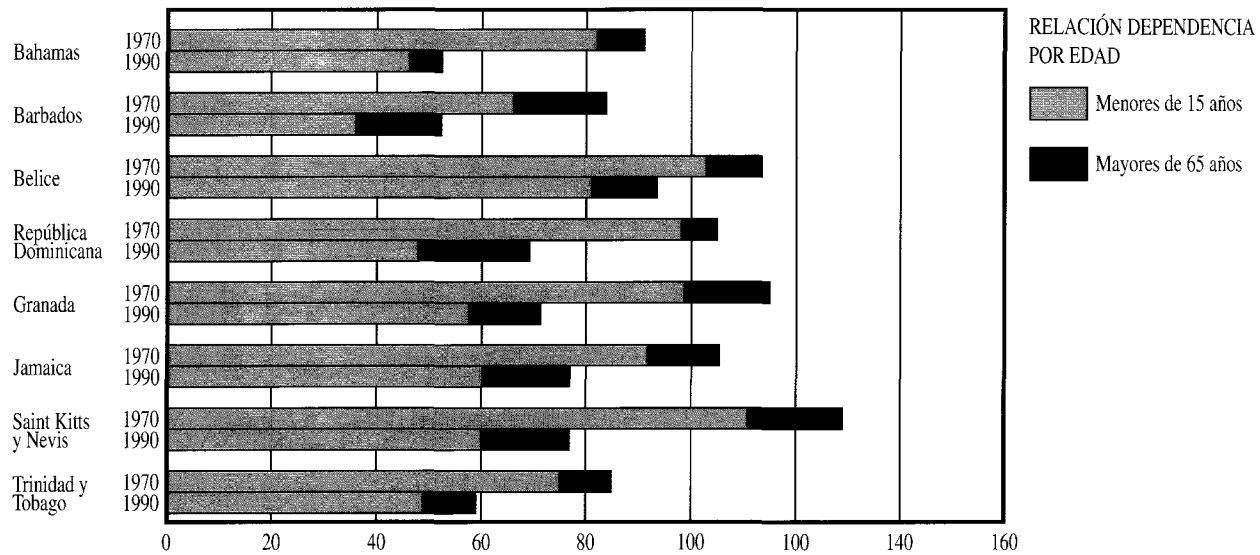
Una característica importante de la estructura de la población regional es la proporción de mujeres en edad de procrear, definida operacionalmente como entre los 15 y 49 años de edad. Cabe destacar que, en la mayoría de los países, esta proporción ha ido creciendo en forma lenta pero sostenida durante las tres últimas décadas. Esta varía poco de un país a otro y representa un promedio de 24% de la población total. La misma importancia reviste el hecho de que el número de mujeres de esas edades está aumentando en todos los países desde 1960, y duplicándose en algunos de ellos, como Bahamas y República Dominicana. El aumento de la proporción de mujeres en edad de procrear implica que, incluso si disminuye la fecundidad, el número de nacimientos probablemente seguirá siendo muy grande e incluso creciente por varios años más en el futuro.

69

Patrones de Dependencia

Una consecuencia importante de los cambios en la composición por edades de la población es la variación del equilibrio entre el número de personas en edad laboral, definida convencionalmente como aquella entre los 15 y los 64 años, y la población en edades dependientes, o sea los niños menores de 15 años y las personas de 65 años o más.

GRAFICO 4
RELACION DE DEPENDENCIA POR EDAD, 1970, 1990
(Total, menores de 15 años y mayores de 65 años)



FUENTE: Unidad Conjunta CEPAL/CELADE, *Regional Digest of Selected Demographic and Social Indicators, 1960-1990*, Santiago de Chile, Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE), 1991.

Casi la mitad de la población está en las edades dependientes de 0 a 14 años o de 65 años o más. El promedio es de unos 67 dependientes (56 niños entre 0 y 14 años y 11 personas de 65 años o más) por cada 100 personas en edad laboral, con grandes variaciones entre los países: desde 57% en Bahamas y Barbados a alrededor de 89% en Belice. La relación de dependencia, que había venido aumentando paulatinamente durante el período 1950-1970, llegó a un tope de 130 aproximadamente en 1970, y ha venido declinando desde entonces. Esta disminución de la carga de dependencia agregada por trabajador eventualmente se revertirá debido al incremento de la proporción de ancianos, que neutralizará las disminuciones previstas en el grupo etario joven.

Las consecuencias de estas variaciones en la composición de la población por edades para la planificación del desarrollo son importantes. Los gobiernos tienen que cerciorarse de que el conjunto de medidas de política traducidas en programas sociales y económicos sea lo bastante integral como para atender las necesidades y demandas de los diferentes grupos etarios.

Patrones de Mortalidad

El nivel global de mortalidad suele considerarse un indicador del estado de salud, del nivel de vida y de desarrollo socioeconómico de la población. Un examen de los datos revela que los países del Caribe han ganado en promedio 16 años de esperanza de vida al nacer, si se comparan las cifras de 52,6 años (para ambos sexos) de 1950-1955 con la longevidad promedio de 69,0 años en 1985-1990. Por cierto, este promedio incluye cifras extremas entre países. Por ejemplo, República Dominicana y Haití han seguido a la zaga de las reducciones de la mortalidad en la región, ya que registran una esperanza de vida al nacer de 66 y 55 años, respectivamente. En cambio, algunos países, como Barbados, Belice y Cuba ya han alcanzado una esperanza de vida que oscila entre 70 y 75 años. No obstante estos adelantos, el ritmo de aumento ha disminuido un poco en la mayoría de los países, sobre todo en aquellos donde ésta se aproxima a los 70 años o supera esa edad. Es importante, por tanto, proseguir los esfuerzos para reducir la mortalidad en la región.

71

Variaciones por Sexo

Dentro de estos cambios generales existen divergencias importantes entre hombres y mujeres y la brecha se acrecienta con el tiempo en la mayoría de

los países. Por ejemplo, en Jamaica la diferencia actual de esperanza de vida al nacer es de 4,5 años, con 73,1 años para las mujeres en comparación con 68,6 años para los hombres. Además, entre 1950 y 1990 este indicador ha progresado más para las mujeres (14,2 años) que para los hombres (12,9 años), lo que ha incrementado la diferencia.

En general, cuando la mortalidad es elevada y las condiciones de vida son difíciles en una población como un todo, la diferencia de mortalidad entre los sexos es escasa. A medida que se acelera el desarrollo y se reducen los niveles de mortalidad, la diferencia tiende a aumentar.

Mortalidad Infantil

La tasa de mortalidad infantil es un barómetro más sensible que la esperanza de vida tanto de los efectos de los factores socioeconómicos, las influencias ambientales y de lucha contra las enfermedades, como de las transiciones que han ocurrido en la región durante los últimos 40 años.

72

En muchos países del Caribe, la tasa de mortalidad infantil ha descendido a menos de un tercio de los niveles de la posguerra. A comienzos de la década de 1950, las tasas más bajas eran de unas 60 defunciones de niños menores de un año por mil nacidos vivos (por ejemplo, Puerto Rico); las medianas eran de aproximadamente 100 por mil (sobre todo en los países del Caribe oriental) y las elevadas triplicaban con creces el nivel más reducido, es decir, sobrepasaban las 200 defunciones por mil nacidos vivos (en Haití). En la actualidad, las tasas de mortalidad infantil oscilan entre 20 y 30 por mil en la mayoría de los países. Sin embargo, algunos siguen todavía muy a la zaga en cuanto a niveles de mortalidad (Haití, con una tasa de 100 y República Dominicana de 65).

La escasez de datos sobre causas de muerte y morbilidad de los infantes impide efectuar un análisis comparativo de los principales factores etiológicos involucrados. Sin embargo, cabe concluir que las iniciativas de los gobiernos centradas en la salud (programas de salud pública, adelantos en materia de saneamiento y abastecimiento de agua) tienen que haber sido los determinantes primordiales. Asimismo, los factores socioeconómicos que se mueven con mayor lentitud, especialmente aquellos relativos a los adelantos en la educación femenina, explicarían algunos de los diferenciales de mortalidad.

Causas de Muerte

Las variaciones precedentes en materia de tendencias de mortalidad por edad y sexo están también íntimamente relacionadas con las variaciones del perfil epidemiológico de los países de la región. La importancia relativa de las diferentes causas de muerte varía de un país a otro según la estructura de la población por edades, el nivel de mortalidad y la etapa de desarrollo (cuadro 2).

En general, las causas principales de muerte entre los menores de cinco años en los países del Caribe han sido las deficiencias nutricionales, las enfermedades diarreicas y las infecciones respiratorias agudas (UNICEF, 1991).

El mejoramiento de la esperanza de vida se ha desacelerado en la mayoría de los países en las dos últimas décadas, debido principalmente a que las muertes por causas distintas a las de las enfermedades infecciosas y parasitarias representan ahora una mayor proporción del total, muertes que son más difíciles de evitar utilizando la clase de intervenciones que eran eficaces contra las infecciones.

En la actualidad, las muertes por “enfermedades del aparato circulatorio” y “neoplasmas” representan en conjunto aproximadamente el 49% del total (Barbados registra el porcentaje más elevado, con 62%, en tanto que las Islas Vírgenes Británicas registran el más bajo, con 34%). En cambio, las muertes por enfermedades infecciosas y parasitarias sólo representan el 3% en promedio (véase cuadro 2). Sin embargo, con la incidencia creciente del síndrome de inmunodeficiencia adquirida (SIDA) y las muertes que ocasiona, cabe prever un impacto en el número y el porcentaje de fallecimientos por causas infecciosas.

Esto significa que cada sector programático de la salud en la región deberá recibir un énfasis diferente, según el nivel de mortalidad de cada país, la correspondiente estructura de edades de la mortalidad y su perfil epidemiológico conexas. En menor medida, este énfasis se verá afectado también por las variaciones en la estructura etaria de la población, la que a su vez está determinada por el nivel y el ritmo de la transición demográfica.

Consecuencias en Materia de Políticas

Estos patrones apuntan a tres conclusiones principales de interés para las políticas. En primer lugar, dado que la esperanza de vida en muchas zonas

CUADRO 2

MORTALIDAD POR GRANDES GRUPOS DE CAUSAS, ^a 1982-1989

Grandes grupos de causas	Trinidad y Tabago		Santa Lucía	Barbados	Jamaica	Bahamas	Islas Vírgenes Británicas	San Vicente y las Granadinas
	1987-1989	1987-1989	1987-1989	1984-1986	1982-1984	1986-1988	1986-1988	1986-1987
	%	%	%	%	%	%	%	%
— Enfermedades infecciosas y parasitarias	3,1	4,6	2,5	5,1	2,8	0,9	2,5	
— Neoplasmas	13,1	10,9	18,2	15,2	19,2	7,1	10,8	
— Enfermedades del aparato respiratorio	7,2	7,4	5,2	5,9	6,9	17,4	4,6	
— Enfermedades del aparato circulatorio	39,1	34,7	43,6	37,3	28,4	27,2	39,4	
— Ciertas afecciones que se originan en el período perinatal	2,2	5,6	2,6	1,8	5,8	—	5,2	

CUADRO 2 (Continuación)

MORTALIDAD POR GRANDES GRUPOS DE CAUSAS, ^a 1982-1989

Grandes grupos de causas	Trinidad y Tabago		Barbados 1984-1986	Jamaica 1982-1984	Bahamas 1986-1988	Islas Vírgenes y las Granadinas	
	1987-1989	Santa Lucía 1987-1989				Británicas 1986-1988	San Vicente y las Granadinas 1986-1987
	%	%	%	%	%	%	%
— Causas externas de lesión y envenenamiento	8,2	6,9	4,4	3,0	12,6	5,8	7,1
— Signos, síntomas y afecciones mal definidas	2,2	14,4	19,9	12,0	2,1	9,4	8,0
— Todas las demás enfermedades	24,9	15,5	3,6	19,7	22,2	32,2	22,4
TOTAL	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

FUENTE: Informes nacionales de estadísticas vitales, 1980-1989.

^a Las cifras representan promedios trienales, salvo para San Vicente y las Granadinas.

del Caribe ha alcanzado un nivel de alrededor de 70 años — el que no está lejos de los niveles más bajos de mortalidad existentes en los países desarrollados— es posible suponer que los aumentos futuros de la longevidad se darán con mayor lentitud y serán más pequeños que antes. En segundo lugar, debido a la variación de las causas principales de muerte, tales aumentos dependerán cada vez más del desarrollo socioeconómico global, a diferencia de los aumentos previos que obedecían sobre todo a intervenciones en la salud pública más fáciles de llevar a cabo.

Además, en los países donde ha caído la mortalidad en las edades más jóvenes (como en Barbados y las Islas Vírgenes Británicas), la mayor parte de los aumentos futuros de la esperanza de vida al nacer tendrán que provenir de los aumentos de la supervivencia pasados los 40 años y, por ende, resultarán de patrones de causas de muerte muy distintos y necesitarán programas socioeconómicos y de salud centrados en objetivos diferentes. Por último, se desprende que los aumentos futuros importantes de la longevidad implicarían, por primera vez en la historia de la región, tendencias aceleradas hacia el envejecimiento de la población.

Fecundidad: Tendencias y Patrones Generales

La transición de la fecundidad ha evolucionado considerablemente durante los últimos 40 años en la región. Podría decirse que, como promedio, la mayoría de los países se hallan entre las etapas plena y avanzada de su transición demográfica (tercera a cuarta etapa) y muestran una fecundidad moderadamente baja y una mortalidad moderada a baja.

Sin embargo, varía ampliamente la extensión, el ritmo y la fecha de comienzo de la transición demográfica de los distintos países. Algunos ya prácticamente la han completado (Barbados y Montserrat); otros, como Santa Lucía y Granada, han iniciado la tercera etapa de declinación, pero todavía necesitan recorrer un largo trecho. Otros, como Haití y Belice, se hallan todavía en las etapas iniciales.

Muchos países de la región han experimentado una caída de casi un 50% de la tasa global de fecundidad, de alrededor de 6 a 3 hijos por mujer en los últimos 30 años (cuadro 3). La magnitud y el ritmo de la declinación varían de un país a otro, y todavía es posible encontrar grandes diferencias en los niveles de fecundidad. Por ejemplo, Aruba, Barbados, las Bahamas, las Bermudas, Cuba y Martinica han alcanzado niveles cercanos o inferiores a los niveles de reemplazo, en contraste con otros países, como Belice y Haití,

CUADRO 3

TASAS GLOBALES DE FECUNDIDAD POR PAÍS, 1960-1990

País	1960	1970	1980	1990
Bahamas	6,3	4,1	2,8	2,1 ^a
Barbados	4,7	3,0	1,9	1,6 ^b
Belice	—	6,3	5,6	5,0 ^b
Cuba	4,7 ^c	3,5 ^d	1,9 ^e	—
Dominica	7,4	6,6	4,2 ^f	—
Granada	6,3	4,3	3,4	4,5 ^a
Guyana	—	—	3,2	2,8 ^g
Haití	6,2 ^c	5,8 ^d	5,1 ^e	6,4 ^h
Islas Vírgenes Británicas	—	3,6	2,8	—
Jamaica	—	—	3,5	2,9 ^g
Montserrat	5,2 ⁱ	4,1	2,4	2,3 ^j
Puerto Rico	4,4 ^c	3,0 ^d	2,6 ^e	—
República Dominicana	7,4 ^k	5,6 ^d	4,4 ^e	3,7 ^b
Saint Kitts y Nevis	6,8	5,4	3,4	2,8 ^b
Santa Lucía	6,7	6,3	4,0	3,4 ^g
San Vicente y las Granadinas	7,3	6,1	3,9	3,1 ^a
Suriname	6,6 ^c	5,3 ^d	3,6 ^e	—
Trinidad y Tabago	5,6	3,6	3,2	2,5 ^g

77

FUENTE: National Statistical Reports; Haití, Naciones Unidas, Demographic Yearbook, varios años; Département de la santé publique et de la population, Westinghouse Public Applied Systems, *Planification familiale, fécondité et santé en Haïti*, 1983, Puerto Príncipe, 1985; y M. Cayemittes y A. Chahnazarian, *Survie et santé de l'enfant en Haïti: résultats de l'enquête mortalité, morbidité et utilisation des services*, 1987, Puerto Príncipe, Editions de l'Enfance, 1989.

^a 1987. ^b 1988. ^c 1960-1965. ^d 1970-1975. ^e 1980-1985. ^f 1981. ^g 1989.
^h 1985-1987. ⁱ 1960-1964. ^j 1985. ^k 1955-1960.

cuyas tasas globales de fecundidad son del orden de 5 a 6 hijos por mujer. La tasa media en los países del Caribe oriental (como Santa Lucía, San Vicente y las Granadinas y Granada) es de unos 3,8 hijos por mujer.

En general, se prevé que la fecundidad seguirá disminuyendo en la década venidera, lo que generará cambios significativos en la estructura etaria de las poblaciones de los países.

Total de Nacimientos

Pese a la disminución observada de las tasas de fecundidad, el número anual absoluto de nacimientos ha seguido aumentando o ha permanecido invariable en muchos países en los últimos años. Esto obedece en gran parte al aumento de la proporción de mujeres en edad de procrear.

Sólo recientemente las cifras han mostrado indicios de declinación en algunos países, con la excepción de Belice y las Bahamas. En general, dado que no se prevé que decrezca el número de mujeres en edad de procrear sino hasta bien entrado el siglo XXI, se espera que la velocidad de disminución del número de nacimientos será relativamente lenta.

78

Variaciones Según Edad

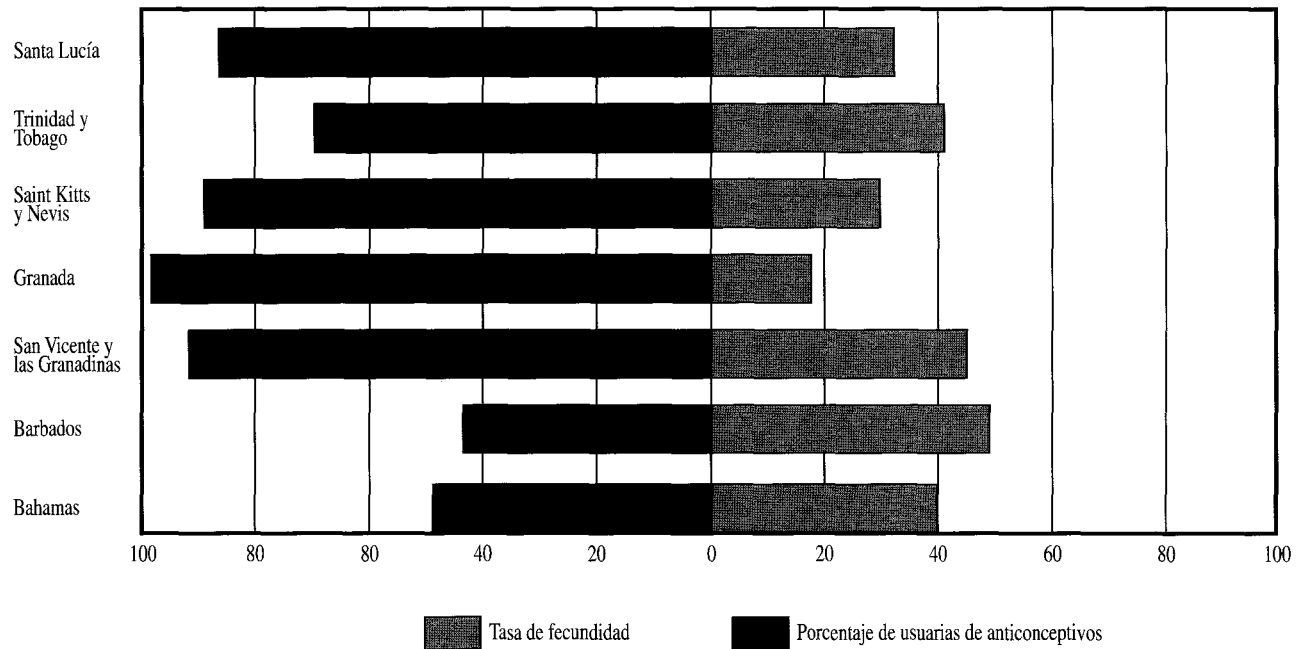
Las tasas de fecundidad según edad siguieron un patrón de variación similar al de la tasa global de fecundidad, pero su ritmo de declinación varió entre los países en las dos últimas décadas. Por lo general, las mayores disminuciones se dieron en los grupos de edad más avanzada. Entre las adolescentes, los niveles de fecundidad parecían resistirse a disminuir hasta hace poco, y su actual disminución ha sido mucho más lenta que las de las mujeres de otros grupos etarios.

Los principales factores que explican las marcadas variaciones y los diferenciales regionales en los niveles de fecundidad durante el último cuarto de siglo comprenden un conjunto amplio de influencias biológicas, sociales y económicas.

Entre estos elementos, el rápido aumento del uso de métodos anticonceptivos durante los 25 últimos años —de aproximadamente 10% a 50% de las mujeres en unión— surge como el factor directo más importante del descenso de la fecundidad. Cabe anotar que la mayor incidencia, en los últimos años, de los abortos provocados parece explicar una proporción desconocida, pero al parecer considerable, de esta disminución (Jagdeo, 1992).

GRAFICO 5

TASA DE FECUNDIDAD DE MUJERES DE 15 A 19 AÑOS Y PORCENTAJE DE MUJERES CON VIDA SEXUAL ACTIVA QUE USAN METODOS ANTICONCEPTIVOS



Entre otras causas conductuales y biológicas, destacan en la región los patrones de unión vincular y los niveles de fecundidad/esterilidad. Parece que las uniones inestables o sin cohabitación (“visitantes”) desempeñan un papel importante en la disminución de los niveles de fecundidad entre las adolescentes del Caribe. En este tipo de uniones las relaciones sexuales duran menos que entre las mujeres con uniones más estables, es decir, las mujeres casadas y las en uniones consensuales durables. Otros factores socioeconómicos importantes son el nivel educativo, si la mujer trabajaba o no, antes de su primer parto y si residía en el campo o la ciudad (Abdullah y Singh, 1984).

Prevalencia del uso de Anticonceptivos

80 Las tasas de prevalencia del uso de métodos anticonceptivos en la región siguen siendo moderadas y podrían estar estancándose. Con tasas de prevalencia que oscilan entre 40% y 60% de las mujeres en unión, la mayoría de los países de la región distan mucho todavía de alcanzar los niveles de los países desarrollados (75% a 80%). Sólo dos países, Cuba y Puerto Rico, se aproximan a dichas tasas. Además, se estima que en la década de 1980 la prevalencia del uso de anticonceptivos se habría estancado entre 50% y 55% de las mujeres en unión en varios países que disponen de información confiable: Jamaica, Barbados y Trinidad y Tabago.

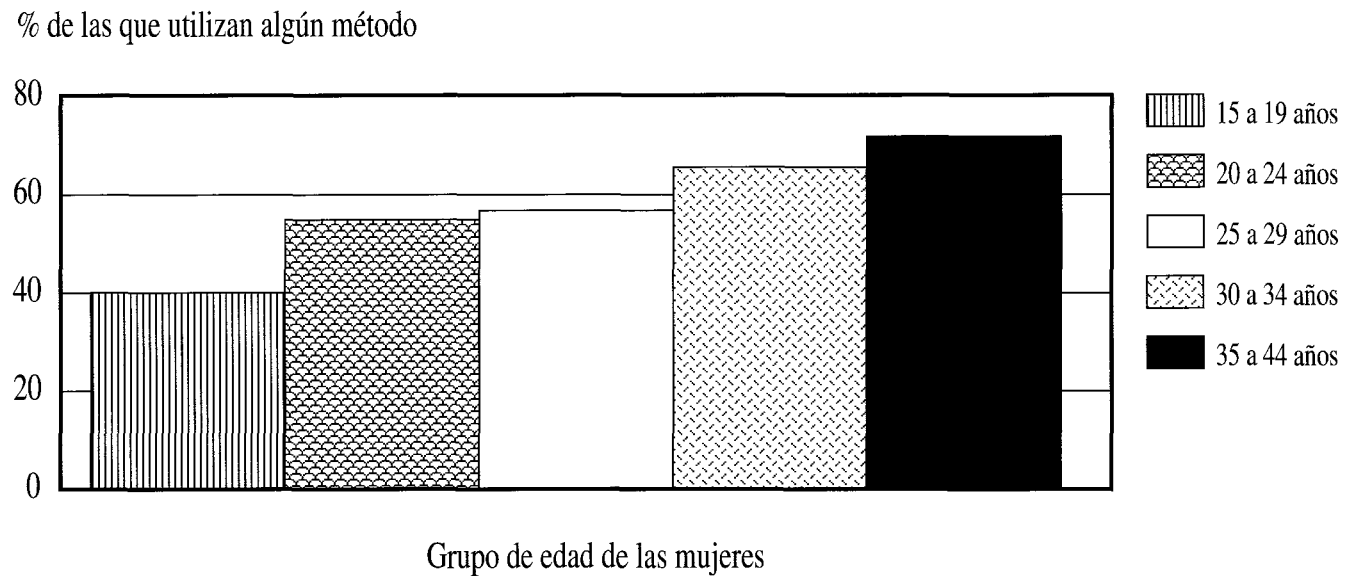
Las razones de ese retraso —20 a 25 puntos porcentuales por debajo de un uso elevado de métodos anticonceptivos— no son claras. Es posible que el impacto de los programas de planificación familiar haya alcanzado un *plateau*. Los programas enfrentan también cierta resistencia de la población, pues ciertas personas se niegan, consciente o inconscientemente, a acatar la norma de la familia “pequeña”, ya aceptada por otros segmentos de la sociedad.

Planificación de la Familia

En la mayor parte de los países del Caribe se establecieron los servicios de planificación de la familia a partir de fines de los años cincuenta. Ya en 1980, en todos los países, con excepción de Guyana y Suriname, los dispensarios de salud pública estaban prestando servicios de planificación de la familia, que además tenían por objeto proteger la salud de la madre y el niño. A fines de la década de 1980, algunos países incluyeron en las políti-

GRAFICO 6

USO DE ANTICONCEPTIVOS ENTRE LAS MUJERES QUE PARTICIPARON EN ALGUN TIPO DE UNION DURANTE EL PERÍODO 1987-1988



FUENTE: J. Jagdeo, "Caribbean Fertility Dynamics", documento presentado a la Population Development Meeting, Antigua, 1992, gráfico 2. Países seleccionados: Antigua y Barbuda, Barbados, Dominica, Santa Lucía y San Vicente y las Granadinas.

cas de población los objetivos y las estrategias de planificación de la familia. Además, varios países —entre otros, Barbados, Granada, Jamaica, República Dominicana, San Vicente y las Granadinas, y Trinidad y Tabago— establecieron metas cuantitativas de reducción de la fecundidad, que pasaron a formar parte de sus planes quinquenales. Algunos países comenzaron a adoptar un enfoque integrado de programación, basado en la colaboración con diversas organizaciones, para incrementar el número de usuarios de anticonceptivos. Así, en Antigua y Jamaica se han creado vínculos entre los programas de planificación de la familia y los programas de capacitación técnica de jóvenes y el fomento del amamantamiento.

En un estudio de costo-beneficio realizado en Jamaica, se determinó que en el período 1970-1989 la prestación de servicios de planificación de la familia había permitido al gobierno ahorrar J\$3.000 millones en el área de la salud y J\$2.800 millones por concepto de educación. Sin embargo, estos beneficios económicos podrían verse anulados si se limitara el financiamiento del programa debido a las medidas de ajuste estructural y la reducción de los gastos públicos en servicios sociales y una menor provisión de fondos de donantes externos. Mayores inversiones en la planificación de la familia y en los servicios de salud por el sector privado podrían ayudar a contrarrestar esa situación.

82

*Demanda de Servicios de Planificación de la Familia*²

Algunas estimaciones señalan que aproximadamente una de cada cinco mujeres demanda servicios de este tipo. La proporción es más alta en el caso de Trinidad y Tabago (aproximadamente una de cada tres) y mucho menor en Antigua y Barbuda y Bahamas. De acuerdo con los datos recopilados en las encuestas sobre uso de anticonceptivos en el Caribe, no había grandes diferencias entre los distintos grupos socioeconómicos, con la excepción de las mujeres en unión sin cohabitación (*visiting unions*), que tienen un nivel de demanda sustancialmente mayor que las demás. En este tipo de uniones sin cohabitación, esa mayor demanda podría deberse a la dificultad para adoptar ciertos hábitos relacionados con el uso de anticonceptivos derivada de la inestabilidad que caracteriza a este tipo de uniones (Jagdeo, 1990).

² La información sobre planificación de la familia que se presenta en las siguientes secciones proviene de los informes de las Encuestas de Prevalencia del Uso de Anticonceptivos de nueve países del Caribe realizadas por la Federación Internacional de la Planificación Familiar (JAGDEO, 1990).

Conocimiento de los Anticonceptivos

El conocimiento de los anticonceptivos y de los lugares donde se distribuyen aumentó notablemente durante el decenio de 1980 y ahora se extiende prácticamente a todos los encuestados en la mayoría de los países del Caribe. Por otra parte, sigue habiendo un gran número de adolescentes que no están suficientemente familiarizadas con todos los métodos anticonceptivos y por lo menos un 20% no sabe que existen (Jagdeo, 1990). Esto indica que es necesario agilizar el desarrollo de programas de información sobre anticonceptivos para este grupo de mujeres.

La Fecundidad de las Adolescentes

El Nivel de la Fecundidad Adolescente

Aun cuando los logros en materia de disminución de la fecundidad se consideran impresionantes en el Caribe, subsisten todavía varios factores que causan preocupación, entre los cuales destacan como cuestiones claves los niveles inaceptablemente elevados de embarazo de adolescentes y la baja y estancada prevalencia del uso de anticonceptivos en este grupo de mujeres.

83

La presente sección se propone suministrar una visión sintética de la fecundidad de las adolescentes en la región. El análisis supone que las tasas de fecundidad de los adolescentes son una consecuencia de variables intermedias (llamadas también “determinantes próximos”) y de variables socioeconómicas, que se influyen recíprocamente. De este modo, las diferencias en los niveles observados de fecundidad de los adolescentes se explican por la exposición a la actividad sexual, el embarazo, el predominio del tipo de unión y el empleo de anticonceptivos. Cuando se dispone de información, se indican las diferencias en materia de residencia y de educación.

En general, la información relativa a los factores que tienen que ver con el comportamiento reproductivo de los adolescentes es muy limitada, aun cuando la elevada tasa de fecundidad de los adolescentes continúa siendo un tema que preocupa seriamente a los gobiernos del Caribe. Puesto que las muestras que sirven de base a las estimaciones no son necesariamente comparables entre los países, habrá que interpretar con cautela las diferencias observadas.

Tasa Específica por Edades

En general, las tasas correspondientes a los adolescentes y a todos los demás grupos de edades aumentaron en los años cincuenta y a finales del decenio de 1960. En el decenio de 1970 las tasas de fecundidad de todos los grupos de edades comenzaron a declinar, pero el ritmo de disminución entre los adolescentes fue mucho más lento que el de las cohortes de mayor edad. Sin embargo, desde mediados de los años ochenta este grupo ha alcanzado el ritmo de declinación de los otros. Actualmente, la fecundidad de los adolescentes es un poco menor que la que registraron sus padres durante su adolescencia en el decenio de 1950.

En los años cincuenta, la fecundidad de las adolescentes superó los 150 nacimientos por mil mujeres menores de 20 años en varios países de la región. Actualmente existen diferencias en dichas tasas, que van desde un mínimo de 49 por mil en Barbados y Antigua hasta 113 por mil en Jamaica y 125 por mil en Belice.

En general, la fecundidad adolescente, aunque ha disminuido, sigue siendo extraordinariamente elevada. De hecho, la mayoría de los países del Caribe todavía presentan tasas que son entre cinco y diez veces superiores a las que se registran en Canadá, Francia o los Países Bajos, donde la fecundidad de las adolescentes constituyen motivo de preocupación debido a una diversidad de razones médicas y sociales. Inclusive las tasas más bajas de la región (Martinica y Guadalupe) triplican las que se registran en Francia, y las de Aruba y Curaçao son cinco veces mayores que las de los Países Bajos (Guengant, Jagdeo y Richards, 1991).

84

Edad al Momento de la Primera Experiencia Sexual

La actividad sexual comienza, en promedio, a una edad bastante temprana en el Caribe. Más del 80% de los adolescentes de Trinidad y Tabago y de Santa Lucía habían tenido relaciones sexuales a la edad de 20 años. Esta situación es particularmente significativa en el caso de Jamaica, donde dicha proporción entre las que tienen 14 años llega a 16%. A los 16 años esta cifra se duplica a 36% y aumenta al doble una vez más —77%— a la edad de 18 años. A los 20 años, cuatro de cada cinco mujeres en Jamaica han tenido una experiencia sexual. Aproximadamente la mitad de las jóvenes de 20 años ya ha tenido un hijo y, en algunos casos, más de dos. Esta situación es consecuencia de la temprana exposición a la sexualidad y la poca utilización de métodos anticonceptivos en la primera experiencia sexual o en los meses subsiguientes (Powell y Jackson, 1988).

A medida que las mujeres acceden a la educación disminuye la probabilidad de que lleven una vida sexualmente activa en su adolescencia, aunque en Trinidad y Tabago estas diferencias no son tan pronunciadas, debido probablemente a los elevados niveles de educación que han existido desde hace mucho tiempo en toda la sociedad. En Jamaica se da una relación negativa similar respecto del empleo: la proporción con experiencia sexual es mínima para las mujeres que asisten a la escuela o que combinan la escuela con el trabajo. La proporción alcanza un nivel máximo para aquellas que carecen de empleo o tienen un empleo a jornada parcial. Este último grupo puede incluir a las adolescentes que han abandonado sus estudios debido al embarazo.

Estas conclusiones sugieren que la enseñanza superior, el trabajo y la aspiración de hacer carrera dotan a las adolescentes de los recursos necesarios para tratar de alcanzar objetivos que ofrecen otras opciones atractivas frente al embarazo y la participación en algún tipo de unión. De esta manera, es previsible que los programas que tienen por objeto el mejoramiento de la condición de la mujer lograrían una disminución de la fecundidad de las adolescentes.

Edad al Nacimiento del Primer Hijo

85

La probabilidad de tener un hijo antes de los 20 años ha disminuido levemente en algunos países de la región. De hecho, una menor cantidad de mujeres jóvenes tuvieron su primer hijo durante su adolescencia que sus contrapartes de mayor edad. En el caso de Santa Lucía, el 35% de las jóvenes —en comparación con 41% entre las de mayor edad— había tenido un hijo antes de los 20 años. En el caso de Jamaica, ha habido también una ligera disminución del número de hijos entre las jóvenes de 15 a 19 años. El promedio de edad al nacimiento del primer hijo era 18,6 años, levemente superior al de cinco años antes. La disminución fue más sustancial para las mujeres de Trinidad y Tabago: en los últimos 25 años el porcentaje de adolescentes que tuvieron un hijo antes de los 20 años bajó de 40% a 30%.

Se pueden descubrir algunas diferencias según el lugar de residencia y el nivel de educación. En el caso de Trinidad y Tabago, las mujeres que residen en zonas urbanas retrasan el nacimiento de su primer hijo casi un año, en comparación con sus contrapartes que habitan en áreas rurales. Las variaciones en materia de educación son aún más marcadas: mientras las mujeres que poseen cierto nivel de enseñanza secundaria atrasan el nacimiento de su

primer hijo 3,4 años, las que han finalizado su educación secundaria lo retrasan otros 2,5 años.

Asistencia y Deserción Escolar

Aunque la disminución de la deserción escolar que se ha producido en el Caribe es alentadora, hay otras consecuencias del comportamiento reproductivo de las adolescentes que causan una justificada preocupación. La información correspondiente a la encuesta de Jamaica revela que casi la tercera parte de todas las mujeres del grupo de 15 a 24 años asistía a la escuela cuando quedó embarazada de su primer hijo. Además, la mayor parte de estas mujeres (81%) no regresa a la escuela después de dar a luz y cerca de tres cuartas partes de estas mujeres informan que el nacimiento del hijo no fue deseado. Estos hechos disminuyen las oportunidades de las adolescentes para obtener mejor educación y empleo (Powell y Jackson, 1988). Igualmente preocupante es el hecho de que existen pocas políticas y programas gubernamentales de intervención que promuevan la reinserción de los adolescentes en el sistema de enseñanza, capacitación y empleo³.

86

Esto señala un desfase entre la manera en que el gobierno percibe el problema y la formulación y aplicación de las políticas para abordar estos temas. Las políticas explícitas de cinco países en materia de población se refieren al problema, pero aún es preciso traducir los objetivos de política en programas concretos.

Paridez

Otro tema que preocupa es el hecho de que la fecundidad de los adolescentes en la región aún comprende una cantidad significativa de partos de segundo y tercer orden de paridez (la paridez se refiere al número de hijos nacidos vivos que una mujer dada ha tenido hasta la fecha). En el caso de Santa Lucía, uno de cada cuatro hijos nacidos de madres adolescentes constituye el segundo, tercer y hasta cuarto parto de esas madres.

Por otra parte, según el patrón de las tasas de fecundidad de las adolescentes según paridez entre 1980 y 1990, la probabilidad de que las adolescentes den a luz un segundo o tercer hijo ha disminuido en los últi-

³ El programa de mayor éxito y difusión que se ocupa de este aspecto lo ha puesto en práctica el Centro Femenino de Jamaica.

mos años, junto con una reducción general de la tasa de fecundidad de las adolescentes.

Tipos de Uniones Entre los Adolescentes

La información disponible sugiere que, entre 1981 y 1988, hubo una disminución de la proporción de adolescentes en una unión estable, que se asocia con un predominio más pronunciado del tipo de unión sin cohabitación (*visiting union*). En realidad, en 1988, las uniones de este tipo entre los adolescentes representaron 94% de todos los tipos de unión en Santa Lucía y Jamaica.

Es interesante señalar que el intervalo entre la concepción del primer hijo y el ingreso a la primera unión se ha mantenido constante en el transcurso del tiempo, registrándose para las mujeres de Santa Lucía un período más prolongado entre los dos eventos que para las de Trinidad y Tabago.

Hijos no Planificados o no Deseados

En las encuestas EPA, EDS y YARHS (Jamaica 1988) se preguntó a las mujeres si habían planificado el nacimiento de su primer hijo o no habían tenido la intención de tenerlo. Los resultados indican que muchas adolescentes no prevén el embarazo y la procreación y que existe considerable falta de preparación al respecto. La mayor parte de los embarazos de las adolescentes no son deseados: más del 72% de las adolescentes y más del 60% de las mujeres de 20 a 24 años entrevistadas en el Caribe oriental no habían deseado su último embarazo (Jagdeo, 1992). En el caso de Jamaica, más del 90% de las adolescentes de 13 a 15 años con un hijo manifestaron que no habían tenido la intención de tenerlo.

Uso de Anticonceptivos

Una razón importante para explicar los elevados niveles de embarazos a destiempo entre las adolescentes del Caribe es la escasa utilización de anticonceptivos entre las que participan en algún tipo de unión. Las adolescentes comienzan su actividad sexual con una falta sustancial de conocimiento de cuestiones relacionadas con los métodos anticonceptivos y la sexualidad humana.

Tal como lo muestra el gráfico 6, sólo el 40% de todas las adolescentes del Caribe oriental que participaban en algún tipo de unión utilizaba un método anticonceptivo, lo que colocaba al 60% restante en riesgo de quedar embarazadas inoportunamente. En realidad, el uso de anticonceptivos entre las adolescentes que participan en algún tipo de unión llega apenas a 18% en Guyana, 26% en Dominica, 33% en Santa Lucía y entre 43% y 49% en Barbados, Trinidad y Tabago, San Vicente y las Granadinas y Antigua y Barbuda (Jagdeo, 1992).

Por otra parte, los niveles actuales de utilización de métodos anticonceptivos entre los adolescentes son mucho más elevados que en el pasado y ello explica probablemente por qué han disminuido sus tasas de fecundidad. Las tasas correspondientes a Barbados, San Vicente y las Granadinas y Antigua y Barbuda fueron sustancialmente mayores en 1988 que las observadas en el período 1980-1981. Sin embargo, los porcentajes actuales de utilización explican sólo parcialmente la disminución observada de la fecundidad de las adolescentes en la región. Existen fuertes indicios de una alta incidencia de abortos en el Caribe. Sin embargo, se trata de un tema respecto del cual se necesitan con urgencia datos más confiables.

88

Hubo un cierto cambio en la oportunidad del uso de anticonceptivos en relación con el primer nacimiento y la primera unión. Entre las mujeres de 25 a 34 años de Santa Lucía que comenzaron su vida sexual hace unos 10 o 20 años, la primera utilización de anticonceptivos se produjo aproximadamente dos años después del nacimiento del primer hijo. Esta situación ha mejorado, ya que ha disminuido un poco el desfase entre el primer nacido vivo y la utilización de un primer método. Sin embargo, esto se aplica más a Santa Lucía que a Jamaica. Lamentablemente, el nacimiento de un niño sigue siendo el acontecimiento que, en muchos casos, lleva a la utilización de un método anticonceptivo por primera vez (Guengant, Jagdeo y Richards, 1991).

Consecuencias de la Fecundidad de las Adolescentes

Oportunidades Limitadas de Educación y Empleo

A la luz de lo ya expresado, una de las principales consecuencias de la fecundidad de las adolescentes es el compromiso de las oportunidades de desarrollo personal de las madres jóvenes. Como ya se ha visto, ello ha significado el truncamiento de las carreras educacionales para más de la tercera

parte de las mujeres de Jamaica (Powell y Jackson, 1988). Asimismo, más de las cuatro quintas partes de las niñas que abandonan la escuela por motivos de embarazo no regresan a ella, lo que se traduce en menores perspectivas de empleo. Igualmente preocupante es el hecho de que existen pocos programas y políticas de intervención del Estado para fomentar el retorno de las adolescentes al sistema de educación, capacitación y empleo. Los buenos resultados de un programa de esa índole se demuestran en el caso del Programa del Centro Femenino de Jamaica (Jamaica Women's Centre Programme), creado en 1978. Éste fue concebido para ayudar a las jóvenes que quedaban embarazadas mientras asistían a la escuela a que continuaran su enseñanza y reingresaran al sistema escolar después del nacimiento del niño. Cerca del 55% de las egresadas del Centro que habían quedado embarazadas mientras asistían a la escuela regresó a ella, en comparación con sólo el 15% del grupo de control. En relación con el empleo, los niveles de sueldo entre las recién egresadas del Centro eran superiores a los del grupo de control. Además, entre las recién egresadas del Centro, sólo el 15% había tenido un nuevo embarazo al momento de realizar la entrevista, después de tres años, en contraste con el 39% de las madres adolescentes del grupo de control.

Consecuencias Para la Salud

89

El aumento del riesgo para la salud y la supervivencia de las madres jóvenes y sus hijos constituye también un tema de preocupación. Se sabe que las madres jóvenes y sus hijos presentan un mayor peligro de mortalidad maternoinfantil o perinatal. Lamentablemente, para la mayoría de los países no se dispone de estadísticas detalladas de la mortalidad perinatal según la edad de la madre. Sin embargo, las informaciones obtenidas de la Encuesta de Demografía y Salud de Trinidad y Tabago (1987) señalan que los niños nacidos de mujeres menores de 20 años y mayores de 34 tienen mayor probabilidad de morir antes de cumplir el primer año que los nacidos de mujeres cuyas edades van de los 20 a los 34 años.

Resulta difícil establecer la importancia relativa de los factores ambientales (educación, pobreza, acceso a la salud) y los biológicos (edad, orden de los nacimientos, espaciamiento de los mismos) para determinar la mortalidad infantil, habida cuenta de las limitaciones en materia de información. Sin embargo, los estudios indican que ella quizá se deba más a las características socioeconómicas desfavorables y al comportamiento prenatal de las adolescentes embarazadas que a la edad propiamente tal. Al parecer, si las adolescentes embarazadas reciben atención y supervisión prenatales adecua-

das, tienen casi las mismas posibilidades de dar a luz niños saludables y gozar ellas mismas de buena salud durante el embarazo y el alumbramiento que las madres de mayor edad (Guengant, Jagdeo y Richards, 1991). Los estudios realizados demuestran que el efecto en la salud y la supervivencia no es tan grande después de los 16 años de edad, una vez que el país dispone de conocimientos médicos y recursos de salud suficientes para proporcionar condiciones adecuadas en materia de atención prenatal y parto. Así, los resultados más desfavorables probablemente puedan reducirse o eliminarse haciendo hincapié en el mejoramiento de los servicios de atención maternoinfantil. La información relativa a los gastos corrientes del Estado no revela que a esta área se le esté otorgando la suficiente importancia.

Pobreza

Como se señaló anteriormente, los nacimientos de hijos de madres adolescentes se asocian en gran medida con bajos niveles de educación, con el desempleo y con una mayor participación en uniones sin cohabitación. Habida cuenta de la estrecha relación de estos factores con la pobreza, es probable que la procreación de las adolescentes sea a la vez consecuencia y causa de la pobreza.

90

La fecundidad de las adolescentes representa asimismo un obstáculo al desarrollo sostenible en el sentido de que las jóvenes que dan a luz en su adolescencia no sólo comprometen seriamente su propio desarrollo educacional, económico y personal, sino que también ponen en peligro las oportunidades de vida de sus hijos. En este contexto, la fecundidad de las adolescentes puede constituir un medio de reforzar la transmisión intergeneracional de la pobreza.

Además, la maternidad de las adolescentes puede crear una carga no sólo para la familia en cuanto a la crianza y el sostén financiero de los hijos, sino también para el Estado respecto de la entrega de subsidios médicos, alimentarios, de salud y de vivienda.

Resumen de Resultados

Detrás de las cifras globales de disminución de la fecundidad en el Caribe surgen problemas serios que es preciso enfrentar. El más apremiante de éstos consiste en las tasas inaceptablemente elevadas de fecundidad de los adolescentes, la estructura de estas tasas en función de la paridez y sus con-

secuencias para las oportunidades de vida de los adolescentes. El otro problema lo constituyen las bajas tasas de prevalencia del uso de anticonceptivos entre los adolescentes. El presente análisis intenta resaltar que:

- El número total de nacimientos entre las adolescentes todavía es excesivo en comparación con el número correspondiente a las mujeres en otros grupos de edades. La disminución es sólo reciente y aún no se ha definido claramente.
- Las tasas específicas de fecundidad por edades han empezado a disminuir, aunque el ritmo del cambio es más lento que para otras cohortes.
- La estructura de estas tasas en función de la paridez (a los 20 años) también es motivo de preocupación: uno de cada cuatro nacimientos entre las madres adolescentes corresponde a un segundo o tercer hijo.
- En muchos países disminuyó levemente la probabilidad de tener un hijo antes de los 20 años.
- Las consecuencias en cuanto a menores oportunidades de lograr una mejor educación y una carrera en la vida son preocupantes. En uno de los países, cerca de la tercera parte de las niñas que tienen su primer hijo asiste a la escuela. Además, la mayoría de ellas (81%) no regresa a la escuela.
- La mayoría de las adolescentes no había planificado o deseaba su embarazo más reciente o actual.
- El nivel de utilización de anticonceptivos es muy bajo entre los adolescentes que participan en algún tipo de unión.
- Los factores socioeconómicos (grado de instrucción y tipo de ocupación) muestran vínculos claros con el comportamiento de los adolescentes en materia de fecundidad. Las niñas o mujeres con mejores niveles de educación “que trabajan” son menos propensas a tener un hijo antes de los 20 años.

Búsqueda de Soluciones

Planificación de la Familia y Educación Para la Vida Familiar

Las respuestas al problema del embarazo en las adolescentes del Caribe generalmente han sido de carácter preventivo, con miras a disminuir o impedir su frecuencia. Los programas de este tipo se centran principalmente en la

educación para la vida familiar y en la planificación de la familia. La educación para la vida familiar se proporciona a través de los planes académicos. Sin embargo, en la mayoría de los países, estos programas aún no han sido institucionalizados. Además, subsisten dificultades respecto de cuestiones tales como el contenido de los programas, la capacitación de profesores y la disponibilidad de materiales.

Por otra parte, los programas de planificación de la familia han tenido un éxito mayor. Pero habida cuenta del estancamiento reciente de las tasas de aceptación, es preciso revisar las estrategias y redefinir los grupos destinatarios y los programas conexos, especialmente en el caso de los adolescentes y su condición respecto del tipo de unión en que participan, la paridez, la asistencia a la escuela y el tipo de ocupación. Es preciso asimismo integrar más estrechamente los programas de planificación de la familia con otros programas sociales y económicos conexos, como los de generación de empleos y los programas de capacitación para los jóvenes.

En cuanto a las consecuencias del embarazo de las adolescentes, como se señaló anteriormente, existen muy pocos programas y políticas de intervención del Estado dentro de los países de la región que ayuden a las madres adolescentes que abandonaron la escuela a que reingresen a ella y a otros programas conexos de capacitación y empleo.

Problemas Institucionales

Los mecanismos institucionales para enfrentar el problema de la fecundidad de los adolescentes están fragmentados y hay escasa coordinación entre los organismos. Los tres organismos principales a cargo de estas actividades son la Asociación de Planificación de la Familia, el Ministerio de Educación y los organismos encargados de asuntos de la mujer. Pero los programas de planificación de la familia están encomendados a los ministerios de salud, a las organizaciones no gubernamentales o constituyen juntas de derecho público separadas. Por lo general no tienen vínculos con los ministerios de educación, que habitualmente son los encargados de ejecutar los programas de educación para la vida familiar. El otro aspecto del tema, que se refiere a la ejecución de los proyectos relacionados con las consecuencias de la fecundidad de los adolescentes sobre el desarrollo personal de los jóvenes, está a cargo de las Oficinas de la Mujer. Éstas proporcionan también asistencia para el retorno de las madres adolescentes a la escuela y en materia de programas de empleo y capacitación. De este modo, el enfoque del proble-

ma de la fecundidad de los adolescentes, a nivel nacional, a menudo ha sido inconexo y fragmentario, especialmente con respecto a la formulación de programas y la coordinación institucional.

En general, existe un cierto desfase entre la percepción del problema por parte del gobierno y la formulación y ejecución de las políticas para enfrentar estos estudios. Las políticas demográficas explícitas de cinco países hacen referencia al problema. Pero aún se necesita traducir los objetivos de políticas en programas concretos. Todo esto apunta hacia la necesidad de continuar convenciendo a los gobiernos acerca de la importancia de una planificación y programación integradas.

La Migración Internacional y los Desafíos que Plantea

Migración Internacional

Magnitud

La historia del Caribe en materia de población ha sido dominada por diversas fases de inmigración y emigración —trata de esclavos, inmigración de trabajadores con contrato a largo plazo, desplazamientos intrarregionales y extrarregionales— que han ejercido una influencia muy grande en las transiciones demográficas, económicas y sociales en todos los países de la región.

El destino y el patrón de emigración han cambiado en forma muy significativa en los tres últimos decenios. El decenio de 1950 fue un período de emigración sostenida, principalmente al Reino Unido, lo que causó reducciones del crecimiento de la población de muchos países (por ejemplo, Montserrat perdió más del 30% de su población). A mediados del decenio de 1960, la dirección de las corrientes migratorias cambió hacia los Estados Unidos y Canadá. Hoy en día, los Estados Unidos continúan siendo el lugar de destino preferido de los emigrantes del Caribe (véase el cuadro 4), ya que atraen a casi los dos tercios de las personas que abandonan la región.

Los datos más recientes disponibles, correspondientes a los censos de 1990/1991, sugieren que durante los años ochenta la región del Caribe perdió aproximadamente 1.350.000 habitantes debido a la emigración (cifra que es sólo levemente menor que la pérdida neta de 1.650.000 personas calculada para el decenio de 1970). Agregando éstas a las cifras correspondientes a los años cincuenta y los años sesenta (ascendentes a un total de 5,6 millo-

CUADRO 4

INMIGRANTES DEL CARIBE ADMITIDOS EN LOS ESTADOS UNIDOS, 1960-1989

País	Período en que se otorgó el carácter de residente permanente		
	1960-1964	1975-1979	1985-1989
Anguila	—	1.045	344
Antigua y Barbuda	866	3.594	4.361
Barbados	1.970	12.021	7.946
Dominica	423	2.827	3.150
Granada	590	4.747	4.917
Guyana	1.201	27.999	49.389
Jamaica	7.838	72.656	105.335
Montserrat	570	1.004	726
Saint Kitts y Nevis	853	4.019	3.234
Santa Lucía	457	2.727	2.670
San Vicente y las Granadinas	571	2.705	3.418
Trinidad y Tabago	2.113	29.326	17.067

FUENTE: Estados Unidos, Immigration and Naturalization Service, Statistical Yearbook, varios números.

nes), el total acumulado equivale aproximadamente al 16% de la población de toda la región en 1990 (Guengant, 1992).

La pérdida de población atribuible a la migración varía considerablemente de un país a otro. En números absolutos, las mayores pérdidas se registraron en los países de mayor población: Cuba, República Dominicana, Haití, Puerto Rico y Jamaica (en el caso de Jamaica, la pérdida total durante 1950-1980 equivalió al 35% de su población de 1980). Sin embargo, en cuanto a la *proporción* de la población perdida a causa de la migración, el porcentaje fue más alto para las islas del Caribe oriental (las pérdidas equivalieron al

56% de la población de Granada en 1980, el 65% de la población de Montserrat y hasta el 70% de la de Saint Kitts y Nevis). El resultado fue que, para varios de esos países, su población total permaneció estable o disminuyó levemente entre las fechas de los últimos censos (Simmons y Guengant, 1990). El número total de personas que emigraron en los tres últimos decenios equivale a más de la mitad de la población total actual en 1990/1991 de muchos países (Dominica, Granada, Montserrat, Saint Kitts y Nevis).

Las tasas anuales promedio de migración neta correspondiente a estas cifras es de $-0,4\%$ para la región en su totalidad y -1% de la población para los 13 países de la CARICOM (véase el cuadro 5). Las tasas de migración neta de algunos países de la CARICOM son de hasta -2% anual. Existen variaciones con respecto a esta tendencia general; en efecto, un grupo de seis países registró una inmigración neta durante los años ochenta. Para tres de esos países, la tasa de inmigración neta correspondiente superó el 2% anual (Islas Caimán, Guyana Francesa e Islas Vírgenes Británicas).

El grado en que estos movimientos han tenido repercusiones en el crecimiento demográfico de la región se aprecia claramente en la razón entre la migración neta y el crecimiento vegetativo de la población correspondiente a los años ochenta (véase el cuadro 5). Para toda la región, el crecimiento natural al parecer ha sido truncado en alrededor de una cuarta parte durante el último decenio. Sin embargo, el impacto es incluso mayor para los países de la CARICOM, que han tenido pérdidas que fluctúan entre el 50% y el 100% de su crecimiento vegetativo (véase el gráfico 7). En los casos en que las tasas de migración neta han excedido el 100% del crecimiento natural, ha habido disminución de la población (los casos de Saint Kitts y Nevis y Montserrat). En cambio, entre aquellos países que experimentaron inmigración (que también parecen ser los países que crecen más rápidamente), la inmigración representa de dos a tres veces su crecimiento natural (Guengant, 1992).

Además del efecto directo de la emigración sobre el crecimiento de la población, los estudios sobre las relaciones entre la migración y la fecundidad demuestran que la emigración a largo plazo también tiene efectos indirectos sobre el crecimiento al disminuir la tasa de natalidad. Esta situación está relacionada con el carácter altamente selectivo de la emigración en materia de edad y sexo, que implica un predominio de las mujeres en edad de procrear (McElroy y de Albuquerque, 1986).

En general, es importante mencionar que el Caribe de habla inglesa, independientemente del tamaño o la pobreza de cada país en particular, ha

CUADRO 5

TASAS DE CRECIMIENTO, TASAS DE CRECIMIENTO VEGETATIVO,
TASAS DE MIGRACION NETA Y RAZON ENTRE LA MIGRACION Y
EL CRECIMIENTO VEGETATIVO, 1980-1989

País	Tasas anuales medias de crecimiento de la población	Tasas anuales medias de crecimiento vegetativo	Tasas anuales medias de migración neta	Razón entre la migración y el crecimiento vegetativo (%)
Antigua y Barbuda	0,08	1,17	-1,08	-93
Aruba	0,24	1,17	-0,93	-80
Bahamas	1,96	1,64	0,32	20
Barbados	0,40	0,82	-0,43	-52
Belice	2,47	3,36	-0,89	-27
Bermudas	0,60	0,80	-0,20	-25
Cuba	1,02	1,04	-0,02	-2
Curazao	0,06	1,43	-1,38	-96
Dominica	-0,28	1,88	-2,16	-115
Granada	0,04	2,20	-2,16	-98
Guadalupe	1,67	1,28	0,39	31
Guayana Francesa	4,98	2,17	2,82	130
Guyana	0,47	2,04	-1,57	-77
Haití	1,99	2,73	-0,74	-27
Islas Caimán	4,11	1,22	2,88	235
Islas Vírgenes Británicas	3,72	1,21	2,51	208
Islas Vírgenes de los Estados Unidos	0,60	1,94	-1,33	-69

CUADRO 5 (Continuación)

TASAS DE CRECIMIENTO, TASAS DE CRECIMIENTO VEGETATIVO,
TASAS DE MIGRACION NETA Y RAZON ENTRE LA MIGRACION Y
EL CRECIMIENTO VEGETATIVO, 1980-1989

País	Tasas anuales medias de crecimiento de la población	Tasas anuales medias de crecimiento vegetativo	Tasas anuales medias de migración neta	Razón entre la migración y el crecimiento vegetativo (%)
Jamaica	1,20	1,99	-1,11	-56
Martinica	0,96	1,09	-0,13	-12
Montserrat	-0,54	0,91	-1,45	-160
Puerto Rico	0,98	1,31	-0,33	-25
República Dominicana	1,76	2,16	-0,40	-18
Saint Kitts y Nevis	-0,32	1,41	-1,73	-123
Santa Lucía	2,20	2,55	-1,05	-41
San Vicente y las Granadinas	0,87	2,16	-1,28	-59
Suriname	1,21	2,09	-0,88	-42
Trinidad y Tabago	1,34	1,99	-0,65	-33
Islas del Caribe	1,33	1,72	-0,39	-23
Países de la CARICOM	0,96	1,97	-1,02	-52
Total	1,34	1,75	-0,42	-24

97

FUENTE: CEPAL, Regional digest of selected demographic and social indicators, 1960-1990 (LC/CAR/G.354), Puerto España, sede subregional de la CEPAL para el Caribe, Unidad CEPAL/CELADE de Demografía, 1991. Jean-Pierre Guengant, "Current demographic trends and issues", documento presentado al Symposium on Population and Development, organizado por el Fondo de Población de las Naciones Unidas (FNUAP/OUS), Antigua, 22 de julio de 1992.

experimentado proporcionalmente mayores pérdidas que los países de habla holandesa, francesa y española. Tal vez ello se deba a que los principales países receptores han sido de habla inglesa, pero es probable que hayan influido otros factores, como las políticas nacionales de los holandeses y de los franceses para mantener niveles superiores de desarrollo en sus antiguas colonias (Simmons y Guengant, 1992).

Sin embargo, el impacto de la migración internacional no puede medirse simplemente desde el punto de vista de la magnitud de la corriente migratoria. La importancia cabal de estos movimientos debe entenderse también dentro del contexto de las características de la población que migra: su nivel de educación, sus conocimientos especializados, su comportamiento demográfico, sus características económicas y su visión de mundo.

Causas de la Emigración en el Caribe

98

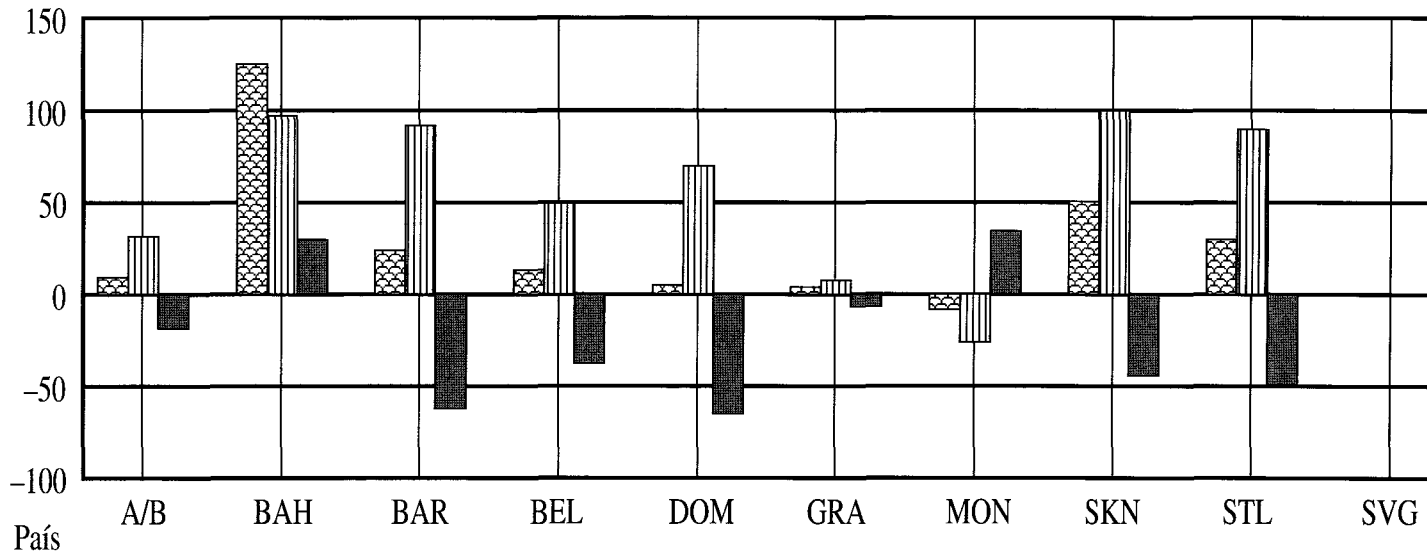
El volumen y el patrón de los movimientos de emigración parecen haber sido impulsados por múltiples causas: crisis políticas, fuerzas económicas (pobreza y limitadas oportunidades de empleo), cambios en las políticas de inmigración de los potenciales países de destino, tradiciones de “cultura de migración” y vinculaciones internacionales con las redes culturales y de parentesco en el exterior (Stolnitz y Conway, 1991; Marshall, 1982; Simmons y Guengant, 1992).

Estas diversas fuerzas constituyen a la vez factores de expulsión y de atracción en los países de origen y en los países receptores. El primer factor de expulsión entraña lo que Marshall (1982) llama la “cultura de migración” del Caribe. Esta última puede considerarse como una respuesta históricamente condicionada que alienta a los trabajadores a buscar empleos en el extranjero porque eso es lo que hicieron sus antepasados. Estos valores culturales son reforzados por un fuerte respaldo de la familia. Otro factor de expulsión proviene de las elevadas tasas de desempleo en las zonas rurales y las presiones para abandonar las tierras, debido tanto a la mecanización de la agricultura de plantación como a la continua disminución de la producción de azúcar en zonas donde el tamaño y la calidad de las tierras no permitía la expansión mediante la mecanización (Simmons y Guengant, 1992). Es más, la migración interna hacia las ciudades ha sido reemplazada en muchos casos por la migración externa hacia otros países. Como resultado, el impacto de la emigración rural en la urbanización de algunos países se ha diluido por causa de la migración internacional.

GRAFICO 7

COMPONENTES DEL CAMBIO DE LA POBLACION, 1960-1989/1990

Miles de habitantes



Cambio total de la población
 Crecimiento natural
 Crecimiento natural

NOTA: Las abreviaturas para los distintos países utilizadas en este gráfico son las siguientes: A/B: Antigua y Barbuda; BAH: Bahamas; BAR: Barbados; BEL: Belice; DOM: Dominica; GRA: Granada; MON: Montserrat; SKN: Saint Kitts y Nevis; STL: Santa Lucía; SVG: San Vicente y las Granadinas.

Entre los factores de atracción se incluyen la demanda de trabajadores con habilidades específicas y las leyes de inmigración que fomentan esas habilidades. Igualmente importante son las fuertes vinculaciones con las redes culturales y de parentesco establecidas en los países receptores, especialmente los Estados Unidos y Canadá.

La mayoría de los estudios han determinado que cada uno de estos factores tiene importancia. Sin embargo, ninguna de estas variables parece ser suficiente para explicar la totalidad de la variación observada entre los países o en el Caribe en su conjunto. Estos resultados no concluyentes pueden plantear problemas especialmente en lo que se refiere a la formulación de políticas y estrategias de migración.

Impacto de la Emigración Sobre la Composición Interna de la Población

100

La migración neta ha tenido también repercusiones en la estructura de edades de las poblaciones y ha creado distorsiones en los índices de masculinidad. En las emigraciones del pasado (principalmente al Reino Unido) hubo un gran predominio de varones. Esto, desde luego, tuvo un efecto pronunciado en la composición por sexo de la población de algunos países, especialmente en las islas más pequeñas. Más recientemente, es decir después de 1970, la migración del Caribe hacia los Estados Unidos y Canadá parece haber sido dominada por las mujeres. En los movimientos hacia ambos países figuró un gran número de mujeres jóvenes que pudieron encontrar fácilmente empleos en el sector de servicios y que más tarde pudieron patrocinar a sus parientes. En general, la proporción anual de mujeres entre los inmigrantes en los Estados Unidos alcanza un promedio de alrededor del 54% del total (Estados Unidos, *Statistical Yearbook*, varios números).

La emigración también parece ser selectiva de los jóvenes de la región de menos de 29 años de edad, lo cual ha comenzado a influir en los perfiles de edad de los países más pequeños (Stolnitz y Conway, 1991). De este modo, las más pequeñas de las islas de la región pronto serán las primeras en experimentar la doble amenaza del “despoblamiento” y el envejecimiento como consecuencia de la continua emigración (véase Simmons y Plaza, 1991).

Diferencias de Ocupación y Educación de los Migrantes

Entre las consecuencias negativas de la emigración, la “fuga de cerebros” ha sido identificada como un obstáculo importante para los esfuerzos de

desarrollo de los países del Caribe. La emigración ha sido selectiva, de individuos con conocimientos sumamente especializados, personas con capacidades empresariales, profesionales y otras categorías de capital humano que se consideran especialmente escasas. Durante los años cincuenta y los años sesenta, las categorías ocupacionales predominantes comprendían personal ejecutivo, profesional y directivo. Los países perdieron un gran porcentaje de sus profesionales en los campos de la medicina y la educación durante este período (Simmons y Plaza, 1991).

En los años setenta, debido a cambios en las políticas de inmigración de los Estados Unidos y el Canadá, este patrón se había desplazado hacia las ocupaciones técnicas y las relacionadas con servicios, artesanías y fábricas. De este modo, por ejemplo, durante el período 1960-1969, la proporción de las inmigrantes adultas en Canadá que eran profesionales y directivas ascendía al 33%. En el período 1974-1979, el tamaño del grupo había caído al 15% de los migrantes totales. En contraste, la proporción de mujeres migrantes en las categorías de servicios y de manufacturas se duplicó durante el mismo período, subiendo del 20% al 41%.

La situación es similar para los hombres, aunque la tasa de cambio para estos últimos grupos ocupacionales no es tan marcada: la proporción de hombres migrantes que eran profesionales y directivos declinó gradualmente del 22% al 13% durante el período comprendido entre 1960 y 1979. En cambio, la categoría de ocupaciones de servicios y manufacturas se elevó del 35% a más de la mitad (53%) del número total de hombres que migraron a Canadá durante el mismo período.

En el corto plazo, se prevé que la migración a los Estados Unidos y otros países no disminuirá. En realidad, la reforma más reciente (1990) de los procedimientos de inmigración de los Estados Unidos, en la que se revisó el sistema de preferencias para adecuarlo mejor a las necesidades de mano de obra especializada que tenía el país, puede abrir la posibilidad de aumentar la contratación de los profesionales de la región y amenaza con acelerar la "fuga de cerebros". Esta nueva situación justifica una estrecha vigilancia junto con la elaboración por anticipado de políticas apropiadas de respuesta.

Pérdida de Personas con Alto nivel Educativo

Una parte considerable de las pérdidas incluye a los adultos jóvenes más ambiciosos y capacitados de los distintos países. Un estudio reciente ha confirmado que quienes emigran del Caribe oriental tienden a ser predominante-

mente “seleccionados entre los mejor educados de sus países de origen” (Simmons y Plaza, 1991). El alcance de estas pérdidas podría ilustrarse mediante una comparación entre las personas con educación universitaria que migraron y las que se quedaron en su país de origen con similar nivel. En promedio, la proporción de hombres adultos con alguna educación universitaria en los países de la OECO no llegaba a 2% (1,6%), mientras que la proporción de inmigrantes que llegaron a los Estados Unidos durante el período 1975-1980 y que tenían similares antecedentes educacionales equivalía a alrededor del 25% (Santa Lucía tenía la proporción más alta, con 45%).

Entre las mujeres, la proporción de la pérdida de personas educadas fue levemente menor, dada la menor proporción de mujeres con educación superior en el Caribe. En cambio, es importante la proporción rápidamente creciente de mujeres inmigrantes que son más educadas y que poseen títulos universitarios. Hubo casos similares de pérdida de las personas con educación universitaria en Trinidad y Tabago, Jamaica, Guyana y Barbados (Simmons y Plaza, 1991).

102

La pérdida neta de recursos humanos a nivel profesional y directivo ha sido fuente de grave preocupación para el Gobierno de Jamaica. En un estudio encargado por éste, se estimó que la pérdida experimentada durante el período 1950-1980 era equivalente a un 60% del total de graduados del país capacitados durante el período 1977-1980. Esta pérdida neta en inversión se calculó en 194 millones de dólares de los Estados Unidos, equivalente al costo de la capacitación de estos migrantes. No hay certeza de que esta tendencia continúe, especialmente a la luz de los cambios introducidos en las políticas de inmigración de Canadá y de los Estados Unidos, que parecen estar tendiendo a una reducción gradual de la demanda de personas con títulos universitarios. Paralelamente, se ha producido una notable disminución del número de estudiantes del Caribe con visas en Canadá durante el período 1980-1990, que fluctúa entre un 9% para los países de la OECO y un 25% para Trinidad y Tabago. Las excepciones son Barbados y Santa Lucía, que siguen registrando aumentos (Simmons y Plaza, 1991).

Efectos en el Desarrollo

Como se señaló anteriormente, se considera que la pérdida de los costos de educación y de los rendimientos productivos de las personas de educación superior y con conocimientos especializados que emigran, constituye un obstáculo importante para los esfuerzos de desarrollo de la región del

Caribe. Por otra parte, también existe la opinión que considera este movimiento de emigración como una respuesta característica de la población de la región a las limitadas oportunidades de que disponen en sus países, como resultado de la incapacidad de los gobiernos para proporcionar empleos lucrativos a las personas educadas. Por consiguiente, ayudaría en la reducción de los niveles de desempleo, ejerciendo de este modo una influencia más bien positiva. Por otro lado, debido a que las personas que migran están en sus años económicamente más activos (24 a 35 años de edad), se priva a la sociedad de la contribución que podrían hacer al esfuerzo en pro del desarrollo de sus países.

Otro aspecto positivo mencionado ha sido el papel que desempeña la emigración como “válvula de escape” que libera de las presiones demográficas resultantes de las elevadas tasas de crecimiento de la población del período posterior a la Segunda Guerra Mundial. Se considera también que las cuantiosas remesas provenientes del extranjero proporciona las muy necesarias divisas, especialmente dentro del contexto de los problemas de balanza de pagos a que hacen frente muchos de los países. Las remesas son tanto monetarias como “en especie”, estimándose que la contribución anual de las remesas al producto interno bruto de algunos países varía del 5% al 10%. Dichas remesas representan entre el 10% y el 30% del total de las exportaciones (Guengant y Marshall, 1985). Además, en algunos casos el valor de las remesas excede el valor del comercio de mercancías (Samuel, 1992).

103

Migración Intrarregional

Los desplazamientos internacionales dentro de la región parecen estar aumentando nuevamente (Stolnitz y Conway, 1991). Sin embargo, la medición sistemática de estos desplazamientos es difícil y sólo puede hacerse indirectamente mediante el análisis de los inmigrantes que figuran en los censos levantados en diferentes fechas. Estos migrantes son registrados como individuos que nacieron en un país del Caribe, pero residen en otro. Una estimación aproximada de la magnitud de este desplazamiento indica que a la migración intrarregional correspondió un promedio de alrededor de 1% de la población total del Caribe en 1980. Algunos estudios sugieren que una estimación más realista se situaría alrededor del 2% al 3%, teniendo en consideración la posibilidad de errores censales (Simmons y Guengant, 1992).

La propensión de los individuos de varios países a emigrar dentro de la región varía bastante. En el caso de algunas islas del Caribe oriental (Grana-

da, San Vicente, las Granadinas, Saint Kitts y Nevis) y de las Islas Vírgenes Británicas, más del 15% de las personas nacidas en esos países y enumeradas en los censos viven en un país distinto de aquel en que nacieron. Esta situación contrasta con el promedio de 1% correspondiente a otros países, como Trinidad y Tabago, Bahamas, Belice y Jamaica (Simmons y Guengant, 1992).

Existe también una gran variación entre los países con respecto a la elección del país de destino, por lo general otro país del Caribe y no países de fuera de la región. Esto se puede apreciar en las estimaciones del número de migrantes intrarregionales de por vida alrededor de 1980 en comparación con el balance global de migración neta del período 1950-1980 para cada país (Simmons y Guengant, 1992). En un extremo, se encuentran países como Jamaica y Barbados, donde apenas el 2% de sus pérdidas totales consiste en personas que migraron a otros países del Caribe. La situación es muy diferente en países como Granada, Santa Lucía, San Vicente y las Granadinas, donde la emigración dentro de la región constituye entre el 25% y el 45% de la pérdida total de población debido a la migración neta desde esos países (Simmons y Guengant, 1992; ver cuadro 6).

104

El patrón y la dirección de los desplazamientos dentro del Caribe han sido relacionados con la condición socioeconómica de los países de origen. Por ejemplo, países como Guyana, Jamaica y Trinidad y Tabago, que han experimentado grandes movimientos de emigración hacia lugares de destino fuera de la región, pero relativamente poca emigración hacia países dentro de la región, parecen poseer sistemas escolares más adelantados, los que ayudarían a los migrantes a conseguir mayor acceso a los Estados Unidos y otros lugares de destino. Se establecen entonces vinculaciones internacionales y poderosas redes de parentesco que respaldan la elección de un punto de destino. Por el contrario, los emigrantes que deciden quedarse dentro de la región provienen por lo general de aquellos países que son los más pobres y los menos vinculados a los mercados internacionales (Simmons y Guengant, 1992).

Con respecto a la posición social y económica de los migrantes del Caribe dentro de la región, los estudios han demostrado que, si bien algunos poseen conocimientos profesionales especializados y alcanzan posiciones superiores en el mercado laboral de los países receptores, la mayoría de los migrantes dentro de la región encuentran empleos como obreros semicalificados y no especializados o como vendedores de bienes y servicios en el sector informal (Simmons y Guengant, 1992).

CUADRO 6

LA EMIGRACION DE POR VIDA DENTRO DE LA REGION DEL CARIBE HACIA 1980, EN RELACION CON LA MIGRACION NETA INTERNACIONAL, 1950-1980

País de origen (lugar de nacimiento)	Estimación de la migración neta internacional, 1950-1980 (en miles)	Número de emigrantes de por vida a países de la región	Migrantes a la región como porcentaje del balance migratorio
PAISES CON PORCENTAJE MUY ELEVADO DE PERDIDA DE POBLACION DEBIDO A LA MIGRACIÓN NETA			
Antillas Neerlandesas	-68.1	8.116	-11,92
Barbados	-73.1	5.933	-8,12
Dominica	-27.7	8.238	-29,74
Granada	-52.3	22.960	-43,90
Jamaica	-725.4	12.924	-1,78
Montserrat	-7.9	1.201	-15,20
Saint Kitts y Nevis	-31.0	9.743	-31,43
Santa Lucía	-49.7	12.419	-24,99
San Vicente y las Granadinas	-44.4	18.761	-42,25
Suriname	-129.8	5.251	-4,05
PAÍSES CON PORCENTAJE ELEVADO DE PÉRDIDA DE LA POBLACIÓN DEBIDO A LA MIGRACIÓN NETA			
Antigua	-14.8	6.519	-44,05
Belice	-27.4	137	-0,50
Guadalupe	-79.0	3.668	-4,64
Guyana	-186.9	13.175	-7,05
Martinica	-81.9	8.349	-10,19
Puerto Rico	-722.8	6.256	-0,87
Trinidad y Tabago	-205.2	6.522	-3,18

CUADRO 6 (Continuación)

LA EMIGRACION DE POR VIDA DENTRO DE LA REGION
DEL CARIBE HACIA 1980, EN RELACION CON LA
MIGRACION NETA INTERNACIONAL, 1950-1980

País de origen (lugar de nacimiento)	Estimación de la migración neta internacional, 1950-1980 (en miles)	Número de emigrantes de por vida a países de la región	Migrantes a la región como porcentaje del balance migratorio
PAISES CON BAJO O NINGUN PORCENTAJE DE PERDIDA DE POBLACION DEBIDO A LA MIGRACIÓN NETA			
Bahamas	41.4	453	1,09
Bermudas	-2.3	28	-1,22
Cuba	-707.6	28.698	-4,06
Guyana Francesa	18.6	1.637	8,80
Haití	-640.0	103.080	-16,11
Islas Vírgenes de los Estados Unidos	27.3	1.225	4,49
República Dominicana	-449.0	30.542	-6,80
Todos los países	-4.239.0	315.835	-7,45

FUENTE: Alan B. Simmons y Jean-Pierre Guengant, "Recent migration within the Caribbean region: Migrant origins, destinations and economic roles", *El poblamiento de las Américas: actas*, Lieja, Unión Internacional para el Estudio Científico de la Población (UIECP), 1992, cuadro 3.

En general, la corriente de emigración dentro de la región se concentra en unos pocos lugares de destino que han atraído a inmigrantes en períodos de crecimiento económico. Tal ha sido el caso, por ejemplo, de las Bahamas (turismo y servicios bancarios), Antigua, las Islas Vírgenes de los Estados Unidos y las Islas Vírgenes Británicas (turismo), Trinidad y Tabago (crecimiento basado en las exportaciones de petróleo) y Puerto Rico (turismo e industria). El efecto que han tenido estos desplazamientos internos en los países receptores aún no se ha analizado, pero existen indicios de que el tamaño de la población del país puede constituir un factor determinante. Por ejemplo,

alrededor de un tercio de la población de las Islas Vírgenes Británicas está compuesto por emigrantes que proceden principalmente de los otros países del Caribe oriental. De continuar esta tendencia, puede dar por resultado problemas de asimilación y de adquisición de poder político. Un caso similar es el de las Islas Turcas y Caicos, cuya población se duplicó durante el último decenio debido a la afluencia de inmigrantes. Otro patrón emergente de desplazamiento que causa cada vez mayor preocupación a los gobiernos de la región es el aumento de los movimientos transfronterizos, que tienen gran importancia, sobre todo para aquellos países con poblaciones pequeñas (como las Islas Vírgenes Británicas, las Islas Vírgenes de los Estados Unidos y las Islas Turcas y Caicos). El resultado parece ser una mezcla compleja de costos y beneficios socioeconómicos tanto para los países de origen como para los países receptores, cuyo balance no se conoce bien.

Migración de Retorno

Magnitud

Las corrientes de retorno, como contrapeso de la emigración permanente, han sido reconocidas como extremadamente importantes para compensar las consecuencias posiblemente negativas antes señaladas. Desgraciadamente, no existen buenas estimaciones de las corrientes de retorno de nacionales a escala regional. Pese a que los estudios de casos no permiten generalizar, se ha sugerido que la magnitud de los migrantes de retorno en la región de la CARICOM puede ser similar a la de las islas francesas, alrededor del 10% del número total de emigrantes (Guengant y Marshall, 1985).

107

Factores Determinantes

Entre los factores que favorecen la migración de retorno se incluyen, en primer lugar, lo que Guengant y Marshall (1985) llaman la “ideología del retorno”, que es alentada por el contacto regular con el país de origen mediante visitas de regreso de corta duración y el envío de mercancías y remesas. El segundo factor está relacionado con la disponibilidad de empleos en el país de origen. El tercer factor, que podría describirse como factor de expulsión, es consecuencia del deterioro de las condiciones económicas o de los prejuicios imperantes en los países receptores, lo que afecta a las condiciones de vida de los emigrantes y estimula su deseo de regresar.

Un cuarto factor que influye, especialmente en el caso de los jubilados, es el clima socioeconómico general, incluidas las tasas de inflación, los tipos de cambio imperantes, la tasa de criminalidad y el sentido de seguridad.

Consecuencias Para el Desarrollo

Las consecuencias de la migración de retorno para el desarrollo del Caribe son difíciles de evaluar con precisión, dado que el retorno implica mucho más que números y se refiere a personas con una gran variedad de características en cuanto a situación sociocultural, educación y conocimientos especializados, razones para migrar y modalidades de retorno. De este modo, el carácter de la contribución aportada al país de origen dependerá del tipo de patrones de migración que adopten estos diversos grupos, lo que hace que la identificación de vinculaciones entre estas características de las corrientes de retorno y los aspectos del desarrollo sea mucho más difícil, especialmente debido a la falta de datos en estas esferas.

La mayoría de los análisis del impacto de la migración de retorno sobre el desarrollo se concentran en cuatro de sus factores: conocimientos especializados y cambios ocupacionales, transferencia de capital, transferencia de bienes, valores y preferencias culturales. Como se señaló anteriormente, las investigaciones han demostrado que la transferencia de capital (remesas) y de mercancías es esencial para la viabilidad económica de un número considerable de hogares y comunidades del Caribe. Desde luego, una cuestión crítica se relaciona con la forma en que se utilizan estas transferencias y su contribución real al desarrollo nacional.

Aunque los jubilados constituyen una parte considerable de las corrientes de retorno, la mayoría de las personas que regresan tratan de incorporarse al mercado del trabajo. Una cuestión importante se relaciona con la medida en que los conocimientos especializados de los migrantes de retorno son los que más necesita la sociedad del país de origen. Un estudio realizado en Nevis demostró que muchos de los repatriados voluntarios ingresan en el trabajo por cuenta propia, que requiere de alguna inversión de capital pero no de conocimientos especializados. Se determinó que ciertos grupos ocupacionales, como empresarios y comerciantes al detalle, sobrepasaban las necesidades locales o nacionales (Thomas-Hope, 1985). En cambio, estas últimas empresas por lo general eran establecidas en una escala mucho mayor y estaban mejor equipadas.

Con respecto a los profesionales, sin embargo, el grado de éxito está relacionado con su educación y experiencia laboral. En una encuesta realizada a una muestra de repatriados voluntarios en el sector industrial de Jamaica, se

encontró que un 84% se desempeñaba en ocupaciones de oficina y un 55% lo hacía en puestos profesionales y directivos. Además, estos migrantes de retorno estaban concentrados en los sectores industriales modernos, como los servicios financieros (Thomas-Hope, 1985).

En general, los resultados de los estudios parecen indicar que, con la excepción de los trabajadores muy cualificados y los profesionales, la migración de retorno tiene el efecto de crear algunos desequilibrios en la oferta y la demanda de mano de obra. Además, la transferencia de conocimientos especializados parece ser mínima (Thomas-Hope, 1985). Estos vínculos débiles pueden constituir en gran medida el resultado de la incapacidad de los gobiernos para idear estrategias apropiadas que permitan el aprovechamiento de las habilidades de los migrantes de retorno, de tal manera que se acreciente al máximo su contribución al desarrollo nacional.

Consecuencias en Materia de Políticas

A la luz de los hechos antes señalados, una evaluación realista de la combinación de los actuales patrones de desarrollo en la región del Caribe, las transformaciones que se están operando en la sociedad y las tendencias de los patrones de migración internacional parecería sugerir que:

109

- i) Es probable que continúe la magnitud general de los desplazamientos desde los países del Caribe hacia el exterior (ya sea por medios legales o ilegales). Ello se debe a que persisten todavía las condiciones económicas y culturales que históricamente han favorecido la emigración del Caribe. Asimismo, la existencia de grandes redes de parentesco y sólidos vínculos familiares en el extranjero sirven para disminuir los costos y riesgos que deben asumir los nuevos migrantes y para ayudarlos en su reasentamiento.
- ii) Como resultado de ello, una vez que los factores de emigración en los países de origen se combinan con otras fuerzas en el extranjero, como los sistemas de redes y las influencias de la redistribución del ingreso internacional (resultante de las remesas), resulta difícil —a veces imposible— aplicar con éxito medidas de políticas para reducir o controlar las corrientes de migrantes.
- iii) Además, las políticas para promover más crecimiento económico en la región pueden no reducir necesariamente la emigración en el corto plazo (debido a efectos retardados). En cambio, en el largo plazo, aunque el crecimiento económico, es decir las mejores condiciones

de desarrollo, pueda a veces reducir los incentivos para los desplazamientos extrarregionales, puede no obstante ayudar a promover más que a retardar los éxodos internacionales. Esto está relacionado con el efecto de la tecnología en el aumento de la productividad y la necesidad de un menor número de trabajadores, lo que da por resultado el mantenimiento de la situación de desempleo.

- iv) Sin embargo, se necesitan nuevos trabajadores cualificados, los que deben ser capacitados. De este modo, a pesar de las pérdidas de inversión que supone la emigración, y a pesar de que la educación superior aumenta la probabilidad de que una persona abandone la región, los gobiernos del Caribe deben continuar acelerando la ejecución de programas de educación y capacitación para llenar el vacío creado por la emigración.
- v) El efecto de la emigración sobre la redistribución del ingreso mediante donaciones y remesas puede beneficiar a las economías, una vez que hay confianza en la estabilidad del gobierno.
- vi) En lo que se refiere a las consecuencias de la migración de retorno en materia de políticas, las iniciativas de los gobiernos para fomentar el retorno de migrantes después de una prolongada permanencia en el exterior han sido mínimas. En general, su actitud ha sido más o menos la de “laissez-faire”, probablemente debido a los conocimientos limitados que poseen sobre el tema y la ambivalencia resultante respecto de las ventajas y desventajas de ese movimiento, así como el balance neto de sus repercusiones en los esfuerzos de un país en pro del desarrollo.
- vii) Sin embargo, las perspectivas de una corriente continua de migrantes de retorno son favorables. Dado el hecho de que muchos de ellos poseen elevados niveles de conocimientos especializados y de experiencia laboral adquiridos en el exterior, el efecto global sobre la economía bien puede ser beneficioso. Por consiguiente, las políticas encaminadas a fomentar el retorno de los migrantes puede ayudar a corregir el desequilibrio. Entre estas políticas se podría incluir la búsqueda de mecanismos destinados a fortalecer el contacto con los migrantes y la creación de incentivos y programas económicos para atraer repatriados voluntarios. Los resultados deberían ayudar también en la preparación de políticas y programas para atraer de nuevo los conocimientos especializados necesarios, así como aprovechar el potencial de los repatriados voluntarios para acrecentar al máximo su contribución a los esfuerzos nacionales de desarrollo.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- ABDULLAH, N. y S. SINGH (1984): *Labor Force Participation and Fertility in Three Caribbean Countries*, Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales, Universidad de las Indias Occidentales.
- BANCO MUNDIAL (1990): *Informe sobre el desarrollo mundial, 1990*, Oxford, Oxford University Press.
- (1989): *Informe sobre el desarrollo mundial, 1989*, Oxford, Oxford University Press.
- (1984): *Informe sobre el desarrollo mundial, 1984*, Oxford, Oxford University Press.
- BDC (Banco de Desarrollo del Caribe) (1990): *Social and Economic Indicators, 1990*, vol. 3, Bridgetown, Barbados.
- BOLAND, BARBARA (1986): Population: Human resources and development planning. Need for multisectoral institutional network for population policy implementation (LC/CAR/R.139), Puerto España, Sede Subregional de la CEPAL para el Caribe.
- CEPA (Comisión Económica para Africa) (1989): *Status and Prospects of Population Policies in ECA Member States*, African Population Studies series, N° 10 (E/ECA/SER.A/8), Addis Abeba.
- CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) (1991): Regional digest of selected demographic and social indicators, 1960-1990 (LC/CAR/G.354), Puerto España, Sede Subregional de la CEPAL para el Caribe, Unidad Conjunta CEPAL/CELADE de Demografía.
- CSO (Central Statistical Office) (1989): *Household Expenditure Survey, 1989*, Puerto España.
- EDS (Encuesta de Demografía y Salud) (1987): *Demographic and Health Survey for Trinidad and Tobago, 1987*, Puerto España.
- GORDON, DEREK (1989): *Identifying the Poor: Developing a Poverty Line for Jamaica*, Jamaican Poverty Line Project Working Paper, N° 3, Kingston, Instituto de Planificación de Jamaica.
- GUENGANT, JEAN-PIERRE (1992): "Current demographic trends and issues", documento presentado al Symposium on Population and Development, organizado por el Fondo de Población de las Naciones Unidas (FNUAP/OUS), St. John's, Antigua y Barbuda, julio.
- GUENGANT, JEAN-PIERRE y DAWN I. MARSHALL (1985): "Caribbean population dynamics: Emigration and fertility challenges", documento presentado a la Conference of Caribbean Parliamentarians on Population and Development, Bridgetown, Barbados, junio.
- GUENGANT, JEAN-PIERRE, T. JAGDEO y D. RICHARDS (1991): *Teens in a Changing Society-Saint Lucia*, Castries, Santa Lucía, Unidad Nacional de Población.

- HARKER, T. (1992): *Caribbean Economic Performance and Prospects: Towards Sustainable Development Policies*.
- (1991): *Overview of Economic Activities in the Caribbean, 1990*, Puerto España, Comité de Desarrollo y Cooperación del Caribe (CDCC).
- HORLACHER, DAVID (1988): *Research Requirements for Integrating Population in Development Planning*, serie Asian Population Studies, N° 92.
- HORLACHER, D. E., MAU THANH LUU y S. L. N. RAO (1981): "Issues and Organizational Arrangements for Integrating Population Factors into Development Planning", Lieja, Bélgica, Unión Internacional para el Estudio Científico de la Población.
- JAGDEO, T. (1992): "Caribbean fertility dynamics", documento presentado a la Population Development Meeting, St. John's, Antigua y Barbuda.
- (1990): *Caribbean Contraceptive Prevalence Surveys*, Nueva York, Federación Internacional de Planificación de la Familia, División para el Hemisferio Occidental.
- (1987): *Contraceptive Prevalence Surveys for Grenada, Saint Lucia and Saint Kitts*.
- KRITZ, MARY M., L. LEAN LIM y HANIA ZLOTNIK (comps.) (1992): *International Migration Systems: A Global Approach*, Nueva York, Clarendon Press.
- LIM, LIN LEAN (1988): *Integration of Population and Development in Less Developed Countries in the ESCAP Region: Planning, Research and Research Needs*, serie Asian Population Studies, N° 82.
- LIGHTBOURNE, R. E. y SUSHEELA SINGH (1982): "Fertility, union status and partners in the WFS Guyana and Jamaica surveys, 1975-1976", *Population Studies*, vol. 36, N° 2, Londres, julio.
- MARSHALL, D. I. (1982): "The history of Caribbean migrations", *Caribbean Review*, vol. 11, N° 1.
- MCELROY, J. y K. ALBUQUERQUE (1986): "The impact of external migration on the fertility and mortality transition of insular microstates: an East Caribbean example", *Human Resource Development in the Caribbean 1986*, San Juan, Puerto Rico.
- NACIONES UNIDAS (1990): *World Population, Monitoring 1989. Special Report: The Population Situation in the Least Developed Countries (ST/ESA/SER.A/113)*, Nueva York, División de Población. Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: E.89.XIII.12.
- *Demographic Yearbook*, Nueva York, varios números.
- OPS (Organización Panamericana de la Salud) (1990): *Las condiciones de salud en las Américas*, vol. 2, serie Publicación científica, N° 524, Washington, D.C.
- POWELL, DONIAN y JEAN JACKSON (1988): *Young Adults Reproductive Health Survey, Jamaica, 1987. Final Report*, Kingston, National Family Planning Board.
- SADIK, NAFIS (comp.) (1991): *Population Policies and Programmes. Lessons Learned from Two Decades of Experience*, Nueva York, New York University Press.

- SAMUEL, WENDELL A. (1992): "Socio-economic scenario of the Eastern Caribbean", documento presentado al Symposium on Population and Development, organizado por el Fondo de Población de las Naciones Unidas (FNUAP/OUS), St. John's, Antigua y Barbuda, julio.
- SIMMONS, ALAN B. y DWAIN E. PLAZA (1991): "International migration and schooling in the Eastern Caribbean", documento preparado para la Organización de Estados del Caribe Oriental (OECS).
- SIMMONS, ALAN B. y JEAN-PIERRE GUENGANT (1992): "Recent migration within the Caribbean Region: Migrant origins, destinations and economic roles", *El poblamiento de las Américas: actas*, Lieja, Bélgica, Unión Internacional para el Estudio Científico de la Población (UIECP).
- (1990): *Caribbean Exodus: Explaining Country Variation in Net Migration Balance*.
- SINGH, NARESH C. (1992): "Population, development and environment. Global and Caribbean perspectives", documento presentado al Population and Development Symposium, St. John's, Antigua y Barbuda, julio.
- SINGH, SUSHEELA y DEIDRE WUL (1991): *Today's Adolescents. Tomorrow's Parents: A Portrait of the Americas*, Nueva York, Alan Guttmacher Institute.
- STOLNITZ, GEORGE J. (1987): *Políticas de población y desarrollo relativas al crecimiento de la población*, Nueva York, Fondo de Población de las Naciones Unidas (FNUAP).
- STOLNITZ, GEORGE J. y DENNIS CONWAY (1991): Caribbean population and development trends and interrelations: A 1990-1991 assessment (LC/CAR/G.354), Puerto España, Sede Subregional de la CEPAL para el Caribe.
- THOMAS-HOPE, ELIZABETH M. (1985): *Characteristics and Implications of Caribbean Return Migration*, documento N° 3, Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales (ISER), Universidad de las Indias Occidentales/Population Mobility and Development Project.
- UNICEF (Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia) (1991): *Situational Analysis of Women and Children in Trinidad and Tobago, 1990*.
- WORRELL, D. (1987): *Small Island Economies: Structure and Performance in the English Speaking Countries*, Nueva York, Praeger.

Pobreza y Población**

Fundamentos

Hace casi 200 años, un distinguido erudito señaló que “de la cantidad de niños que mueren anualmente, una excesiva proporción pertenece a grupos a los que podría suponerse incapaces de alimentar y cuidar adecuadamente a sus hijos, debido a que con frecuencia enfrentan situaciones difíciles y se ven incluso condenados a realizar un trabajo insalubre y arduo. Según él, esta mortalidad entre los hijos de los pobres se ha advertido sistemáticamente en todas las ciudades”, y también en el campo, podría haber agregado fácilmente. Naturalmente, esta observación tiene valor universal y se aplica al mundo contemporáneo. También se estableció la relación entre la mortalidad muy alta y el comportamiento demográfico; “de hecho, es difícil suponer que la esposa de un trabajador que tiene seis hijos y que a veces sufre de una absoluta escasez pueda darles siempre el alimento y la atención necesarios para mantenerse vivos”. Tanto entonces como hoy, lo más probable es que la pobreza y la miseria hayan ido acompañadas de altas tasas de fecundidad. El erudito definió asimismo uno de los factores intermedios (empleando un término contemporáneo) más importantes de la mortalidad, al decir que “los hijos de los trabajadores son muy propensos a retrasarse en su crecimiento —muestra evidente de desnutrición—” y que “a los jóvenes que manejan el arado, ejercicio ciertamente saludable, raramente se les ven músculos desarrollados en las piernas, circunstancia que sólo puede atribuirse a la falta de alimentación adecuada o suficiente”.

115

En las propias palabras del Reverendo Malthus ([1798] 1970) se pueden establecer tres fundamentos de la relación entre población y pobreza:

- 1) las miserias de la vida, a saber, la pobreza, la falta de alimento y la vivienda deficiente, son la base de las diferencias en la mortalidad;

* Facultad de Ciencias Políticas. Universidad de Florencia.

** Disertación preparada para la Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo (El Cairo, 1994).

- 2) el comportamiento demográfico —como, por ejemplo, una muy alta fecundidad— exacerba el síndrome de la pobreza;
- 3) el elemento fundamental del síndrome de la pobreza es la desnutrición, que a través de la emaciación y el retraso en el crecimiento de los niños, puede privar al individuo de algunos derechos vitales básicos: gozar de buena salud, tener una capacidad normal de trabajo y librarse de enfermedades evitables o de una muerte prematura (Sen, 1992).

Población y Pobreza: tres Enfoques

Actualmente existen varias maneras de estudiar la relación que existe entre la población y la pobreza, pero en esencia no son muy diferentes de las que están implícitas en las palabras de Malthus. El primer enfoque es meramente descriptivo y responde a interrogantes sobre el número de pobres y sus características: estructura familiar, fecundidad, mortalidad, distribución por edades, movilidad y patrones de asentamiento. Se trata de un enfoque clásico y lúcido y que antecede a la comprensión de la pobreza y a la formulación de políticas o a la planificación de intervenciones. Desde el primer momento en que se iniciaron los estudios de población —de hecho, desde Graunt—, los especialistas en la materia se han interesado en comprender las diferentes pautas de supervivencia, reproducción y mortalidad de segmentos de la población con dotación de medios y características distintas: posesión de bienes materiales, acceso a recursos de propiedad común, logros educacionales y de aprendizaje, tipo de residencia y asentamiento, ejercicio de profesión u oficio. El caudal de análisis es enorme y resultaría imposible, en el corto espacio de esta disertación, presentar siquiera un resumen de las principales conclusiones.

El segundo enfoque es de nivel macro; es quizá el que mejor comprende intuitivamente el público en general, y con el que se intenta responder al siguiente interrogante: ¿Hay alguna relación entre la tasa de crecimiento de la población y la pobreza? Se entiende, sin embargo, que la verdadera pregunta es si un rápido crecimiento demográfico produce pobreza o hace que resulte más difícil salir de ella. Este interrogante guarda una estrecha relación con el problema general, que aún no se ha resuelto, de la interrelación entre el crecimiento de la población y el desarrollo, o podría considerarse como un aspecto de dicho problema. Es evidente que la respuesta que implícitamente se espera es que, en efecto, el rápido crecimiento demográfico

genera pobreza a causa del efecto evidente de dilución del capital y los obstáculos que plantea para la inversión y la acumulación. No obstante, los datos son mucho más complejos.

El tercer y último enfoque opera a nivel micro y con él se intenta comprender cómo afectan los fenómenos y los comportamientos demográficos a la capacidad de las personas, las familias o los grupos para escapar de la pobreza o, en el extremo opuesto, cómo contribuyen a que caigan en ella. El ejemplo típico de “evasión demográfica” de la pobreza es la emigración, mientras que por otra parte la orfandad o la enfermedad pueden determinar la caída de una persona en la miseria. Este enfoque puede modificarse ligeramente, dado que los comportamientos demográficos (incluida la mortalidad, que literalmente no es un “comportamiento” en sí mismo) pueden considerarse componentes de la “capacidad” de las personas para “funcionar”. En palabras de Sen, para un individuo “el ‘funcionamiento’ pertinente puede variar desde aspectos tan elementales como estar bien alimentado, gozar de buena salud, eludir la morbilidad y mortalidad evitables, etc.... hasta metas más complejas, como ser feliz, tener autoestima, participar en la vida de la comunidad, etc.” (Sen, 1992, p. 39). Cabría agregar que, desde una perspectiva demográfica, también deben considerarse como aspectos del funcionamiento la capacidad de procrear y de controlar la reproducción o de manejar bien ambos conceptos, que constituyen un capital humano valioso e importante.

117

Aunque sin descartar por completo los dos primeros enfoques, la descripción de la pobreza y la discusión de la relación dinámica entre el crecimiento y la pobreza, el interés estará centrado en el tercer enfoque, por ser el de carácter más específicamente demográfico y el que más posibilidades tiene de ayudar a comprender los mecanismos de la pobreza.

Demografía de los Pobres

¿Quién es pobre y cuántos pobres hay en el mundo? Antes de contestar esta pregunta es preciso definir lo que es la pobreza. Para este trabajo, aceptaremos aquí una definición según la cual la pobreza es la imposibilidad de alcanzar un nivel de vida mínimo (Banco Mundial, 1990, p. 29). Se trata de la pobreza absoluta y no relativa, que corresponde a un nivel de ingreso que impide alcanzar objetivos básicos, como contar con una alimentación y una vivienda dignas, librarse de una muerte prematura y de enfermedades evitables y otros propósitos. El Banco Mundial establece el umbral de pobreza (por debajo del cual no pueden satisfacerse adecuadamente esas necesidades

mínimas) en un ingreso anual medio per cápita de 370 dólares (en términos de paridad de poder adquisitivo (PPA) en precios constantes de 1985). Como ocurre con todas las normas, también ésta presenta muchas deficiencias, pero no se entrará aquí a discutir el insoluble problema de traducir conceptos (pobreza) a cifras. Las estimaciones más recientes para 1990 indican que:

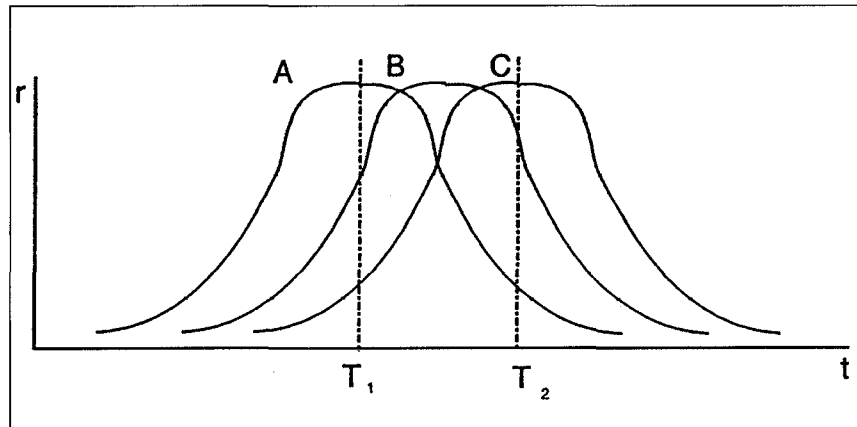
- a) Alrededor del 30% de la población de los países en desarrollo, o sea unos 1100 millones de personas, viven por debajo de la línea de pobreza. Esta proporción se acerca al 50% en Asia meridional y en África al Sur del Sahara, al 30% en el Arco del Oriente Medio y el Norte de Africa, y al 20% en China y en el resto de Asia, América Latina y el Caribe. La incidencia de la pobreza corresponde *grosso modo* a los niveles de mortalidad, aunque en Asia meridional las estadísticas son más favorables que en Africa al Sur del Sahara en lo que respecta a la supervivencia, a pesar de que la incidencia de la pobreza es aproximadamente la misma.
- b) A fines de los años ochenta, aunque la proporción de pobres (según las estimaciones del Banco Mundial) se redujo ligeramente (del 30,5% al 29,7% de la población de los países menos desarrollados), el número de pobres aumentó en cifras absolutas (de 1051 a 1133 millones).
- c) El crecimiento económico de los años noventa, estimado por el Banco Mundial en un sólido 3,6% para los países menos desarrollados, es decir, más del 2,2% que registraban en los años ochenta, podría reducir la incidencia de la pobreza al 24,9% para el año 2000 pero, en términos absolutos, el número de pobres no variaría (1107 millones). “Conforme a esos supuestos, el número de personas pobres seguiría disminuyendo en Asia y las tendencias de la pobreza en América Latina y Europa Oriental perderían su signo adverso con la recuperación económica en esas regiones. África al Sur del Sahara es la única región en que se prevé un empeoramiento de la situación; con los incrementos en la proporción de habitantes en condiciones de pobreza, el número de personas pobres aumentaría en unos 9 millones al año en promedio.” (Banco Mundial, 1992, p. 32). Para el año 2000, un 27,5%, aproximadamente, de los pobres del mundo vivirán en Africa al Sur del Sahara, frente a un 17,5% en 1985.
- d) La pobreza se concentra en las zonas rurales, donde la proporción de personas que viven por debajo de la línea de pobreza suele ser muchísimo mayor que en el medio urbano.

¿Cuáles son las características de los pobres, definidos conforme a estos parámetros? La evidencia es contundente y apunta coherentemente en una dirección. En general, en los sectores pobres de la población el tamaño de la familia es mayor que el promedio, la fecundidad también es más alta que el promedio —debido a que la edad media al primer nacimiento es menor—, la edad media al nacer el último hijo es mayor y los intervalos intergenésicos son más cortos; registran también tasas de morbilidad y de mortalidad más altas, dada la mayor incidencia de enfermedades infecciosas en todas las edades, pero sobre todo durante los primeros años de vida, y una esperanza de vida mucho menor. Sin duda, un estudio minucioso de las características demográficas de los pobres revelaría muchas excepciones a estas reglas: hay gran cantidad de familias pequeñas que viven en la pobreza; la falta de hijos puede ser un importante factor de la pobreza; la alta incidencia de las enfermedades no afecta exclusivamente a los pobres, ya que muchas personas que no son pobres y viven en entornos densamente poblados y contaminados también las sufren. Pero todas estas excepciones no desmienten el hecho de que en los sectores pobres las tasas de fecundidad y mortalidad son más altas, y el tamaño de la familia es mayor que en los sectores de población menos necesitados.

Tomemos como ejemplo el caso de Guatemala, donde casi la mitad de la población (48%) está clasificada como indigente o extremadamente pobre. Durante los años ochenta, este sector de la población registró una tasa global de fecundidad de 6,7 hijos por mujer, frente a 4,1 que registraba el resto; una esperanza de vida al nacer de 60 años, frente a 67 años en los sectores no pobres; una estructura de edad más joven: el 62% de la población tenía menos de 20 años, mientras que en el resto de los sectores este porcentaje era del 51% (CEPAL/CELADE, 1993, p. 48). Como consecuencia de estas características, la tasa de crecimiento de los sectores pobres fue de 3,4% al año, frente a 2,4% de los no pobres. Análisis similares realizados en otras regiones de América Central han entregado resultados análogos, según los cuales el crecimiento demográfico de los sectores pobres es de un punto porcentual más que el de los no pobres. Si el análisis se hiciera extensivo a otras zonas del mundo probablemente se obtendrían resultados parecidos.

Este análisis confirma la idea tradicional de que la pobreza guarda una estrecha asociación con el rápido crecimiento demográfico, lo que resulta innegable habida cuenta de que en la región más pobre del mundo, África al Sur del Sahara, la población crece a una tasa del 3% anual, frente al 1,8 o 1,9% que se registra en el resto del mundo en desarrollo, mientras que en los países ricos la tasa de crecimiento demográfico es prácticamente nula. Sin

GRAFICO I



120 embargo, muchas veces se confunde asociación con causalidad, lo que podría dar lugar a un eterno debate entre dos escuelas de pensamiento: una sostendría que la pobreza genera un elevado crecimiento demográfico y la otra que el elevado crecimiento demográfico genera y perpetúa la pobreza. Con todo, aunque se determine la dirección de la causalidad, es un ejercicio estéril cuando se trata de muchos fenómenos que interactúan estrechamente.

Antes de examinar la relación que existe entre el crecimiento demográfico y la pobreza, analicemos una posible falacia, que se describe en el gráfico 1. En dicho gráfico, figuran las tasas de crecimiento de tres poblaciones —A, B y C— que se encuentran en diferentes fases temporales de transición demográfica, A precede a B, y B precede a C; como el momento en que se produce la transición también guarda relación con la riqueza material, A está en mejor situación que B, y B en mejor situación que C.

Observemos ahora la situación en un momento determinado, el punto T(1):

La población A (la más rica) registra una tasa de crecimiento más alta que B, y B más alta que C. La razón es obvia: mientras que A está en plena transición, en un punto en que la mortalidad disminuye rápidamente y la fecundidad todavía no sigue el mismo camino, C aún está en una etapa previa a la transición, en la que se registran una mortalidad y una fecundidad elevadas y un bajo crecimiento, y B está en una etapa intermedia. Pasemos luego al punto T(2) de la observación. En este caso, el nivel de la tasa de crecimiento invierte su orden, y $C > B > A$, orden natural según el criterio tradicional. Así pues, el punto de la observación (T1 o T2) determina la clasifi-

cación de los tres grupos en términos de crecimiento. Se llegaría a los mismos resultados si se observara la evolución de los países desarrollados durante el siglo XIX y la primera mitad de este siglo, o la de los países en desarrollo en los años cuarenta o cincuenta y en los noventa: la correlación de rango entre los países según la riqueza y el crecimiento cambiaría de signo al pasar de un punto de observación a otro.

Es preciso tener presente esta falacia a la hora de examinar las relaciones que existen entre el crecimiento demográfico y la pobreza.

Crecimiento Demográfico y Pobreza

Consideremos ahora la relación entre el crecimiento demográfico y la pobreza desde una perspectiva más familiar. Sin abordar el análisis de los factores que aceleran el crecimiento demográfico debido, en general, a una mejora de las condiciones de vida, cabe preguntarse si esta aceleración promueve o fortalece los procesos de indigencia y exclusión y si contribuye a crear más pobreza. A largo plazo, y a nivel global, la aceleración del crecimiento coincide de hecho con transformaciones que cambian favorablemente los patrones de vida y mejoran las condiciones de vida. A pesar de que algunos hechos parecen evidenciar lo contrario, cabe interpretar de esta manera la aceleración del crecimiento que se produjo con la transición de actividades como la caza y la recolección a la agricultura; la que se produjo en el mundo occidental con la revolución industrial y, en los últimos 50 años, las aceleraciones que han afectado a todos los países en desarrollo. Pero el hecho de que durante estas etapas el caudal de bienes materiales per cápita haya aumentado si lo medimos en función de sus componentes primarios, como los alimentos y la energía, por ejemplo, no significa que este proceso no haya creado quizá más pobreza, aunque brindando, al mismo tiempo, nuevos medios para superarla.

Durante la revolución industrial, la creación de nuevas áreas de pobreza fue un acontecimiento frecuente, tanto en el sector primario como en el secundario. Bergier (1973, p. 428) describe que antes de la revolución “las condiciones ya eran bastante malas para casi todos los artesanos, y que empeoraron en la medida que aumentó el proletariado industrial, tanto en términos absolutos como en proporción de la población trabajadora”. Y si en Inglaterra, en la primera etapa de la industrialización, el nivel de vida de la población obrera era ligeramente superior al de subsistencia debido a las necesidades de mano de obra de los industriales, “en la segunda generación,

es decir, en el período de la primera crisis ‘industrial’, el nivel de vida se deterioró inexorablemente, con el consiguiente aumento de la miseria, la morbilidad, el analfabetismo, etc.” (Bergier, 1973, p. 429). Probablemente, la creación de nuevas formas de pobreza guarda relación, en este caso, con el rápido proceso de transplante del campo a los centros urbanos y la alteración de estados de equilibrio, y con la degradación de las condiciones ambientales, que los indicadores de consumo no llegan a captar totalmente. Es posible que este proceso guarde una relación no muy estrecha con el crecimiento demográfico y, en términos generales, haya sido inducido por los cambios sociales y económicos. No obstante, la aceleración del crecimiento demográfico como consecuencia del descenso de la mortalidad puede haber estado ligada al empobrecimiento de las masas rurales en Europa durante el mismo período a través de varios mecanismos: *a*) una alta tasa de formación de nuevas familias y una fragmentación cada vez mayor de la tierra; *b*) una creciente proporción de personas sin tierra; *c*) un número cada vez mayor de miembros del hogar que no pudieron emplearse en la agricultura y se vieron obligados a emigrar. Bergier (1973, p. 420) dice que “las condiciones de vida de esta numerosa población siempre han sido malas. En la segunda mitad del siglo XVIII empeoraron todavía más... debido a que en este período se registró con mucho la mayor tasa de crecimiento demográfico, fenómeno observado por Malthus con angustia y precisión”. El deterioro de las condiciones de vida de la población irlandesa —que se basaba cada vez más en una dieta de papa— a fines del siglo XVIII y principios del XIX, y el desastre de la hambruna, en el decenio de 1840, pueden considerarse el aspecto extremo del proceso de empobrecimiento de las masas rurales. En general, la disminución de la mortalidad, la fecundidad constante y la presión cada vez mayor de la población sobre la tierra fueron factores importantes que incidieron negativamente en la población rural de toda Europa en el siglo XIX.

Hoy día, el crecimiento demográfico cada vez más rápido que registran los países en desarrollo ha sido asociado con la pobreza en las zonas rurales. El paradigma común, no muy diferente del que los economistas clásicos habrían sugerido, dice lo siguiente: una aceleración de la tasa de crecimiento (debido, en general, al descenso de la mortalidad) determina un aumento de la mano de obra agrícola. Donde la tierra es escasa, la superficie cultivable aumenta lentamente o se mantiene invariable, y por lo tanto la expansión del sector primario puede absorber sólo una fracción de la mano de obra adicional, lo que se traduce en un aumento del número de personas sin tierra y, entre éstas, en un aumento del número de pobres. Este

proceso se ha observado en varios países de Asia, aunque en muchos otros ha quedado neutralizado por la presencia de factores positivos (aumento de la superficie cultivada; redistribución de la tierra; expansión del sector no primario, etc.). En Bangladesh dicho proceso ha sido evidente: “el rápido crecimiento demográfico produjo un fuerte aumento de la mano de obra. La industrialización no fue lo bastante intensa ni absorbió suficiente mano de obra para impedir el rápido aumento de la fuerza laboral agrícola. Como consecuencia, en el sector agrícola se redujo la razón tierra/trabajadores. Se estima que entre 1960 y 1980 este descenso fue de un 25%... Al no adoptarse una política institucional eficaz de redistribución, la carencia de tierra aumentó a medida que los agricultores más pobres se vieron obligados a vender sus propiedades, proceso que se aceleró durante las hambrunas periódicas y los años de cuasi hambruna” (Khan 1988, p. 146). Por lo tanto, la proporción de personas que viven en condiciones de pobreza abyecta ha aumentado con el tiempo. Se trata de un buen ejemplo del paradigma de la relación positiva entre el crecimiento demográfico y la pobreza. Una reciente encuesta de hogares (Banco Mundial, 1990, p. 36) realizada en Bangladesh indica que el porcentaje de pobreza entre los sin tierra es del 93% y de más del 85% entre los que poseen menos de un acre (la mayoría); este porcentaje desciende acusadamente (como es de prever) a medida que aumenta la superficie de la propiedad.

123

A nivel macro, este paradigma es evidente en países de alta densidad de población. Hay muchas formas de evitar sus consecuencias negativas (además de limitar el crecimiento de la población). En algunos países se ha podido aumentar la superficie de tierra utilizable a fin de compensar el descenso de la relación tierra/mano de obra (como en Tailandia y Filipinas); en otros, el sector no primario se expandió rápidamente, absorbiendo el excedente de mano de obra rural (como en la República de Corea o en Taiwán); en China, las medidas de redistribución han mitigado el efecto del descenso de la relación tierra/mano de obra, etc. “No está claro aún hasta qué punto cabe esperar que estas formas de evasión funcionen en el largo plazo, pero la experiencia reciente de países como China indica que en algunos casos quizá las posibilidades ya estén prácticamente agotadas” (Lee, 1988, p. 6). La lucha entre el crecimiento demográfico y la tierra se manifestó también en Europa en los siglos XIII y XIV, antes de la gran peste, o durante el período de expansión y recuperación demográfica del siglo XVI; el desmonte de nuevas tierras, la diversificación de los cultivos y la emigración ofrecieron nuevas posibilidades para superar la carencia de tierra, la vagancia, la pobreza y la indigencia. La emigración a América supuso una salida para escapar de las

zonas rurales de Europa en el siglo XIX, y lo es hoy día para otros países contemporáneos como Egipto o El Salvador, por citar dos casos muy diferentes. Una salida y una opción inaccesibles para la gran mayoría de la población de Asia en nuestro tiempo.

Pobreza y Propiedad Común

En otros casos, el crecimiento y las presiones de la población hacen peligrar el acceso a tierras que son de propiedad comunal o están en régimen de condominio; con frecuencia, este proceso tiene su origen en la degradación del medio ambiente, en la explotación excesiva de los recursos o en la privatización gradual. En las tierras áridas de la India se ha documentado una notable reducción de las zonas en régimen de condominio debido a la privatización (Dasgupta, 1993, p. 292); en otras aldeas se halló que los ingresos obtenidos de la propiedad sujeta a este régimen habían declinado. En la región del Sahel, en África, la presión del crecimiento demográfico ha sido una de las causas del sobrepastoreo y la deforestación de las tierras comunales. Así pues, el crecimiento demográfico puede reducir la productividad del capital común y determinar la degradación de un activo importante para los sectores pobres (Banco Mundial, 1990, p. 36). Por último, cabe señalar las poblaciones que viven en zonas con una escasa dotación de recursos, en un medio ambiente frágil, con un clima adverso. La población aumenta debido al crecimiento natural o porque los agricultores pobres están marginados y obligados a establecerse en zonas de frontera poco propicias; algunas zonas que responden a estas características son las de la meseta de Loess en China, los altiplanos de Bolivia y Nepal, las zonas desérticas del Sahel africano y gran parte de los trópicos húmedos (Banco Mundial, 1990, p. 80). La creciente presión demográfica puede dar lugar a una utilización más intensiva de las tierras cultivables, pero "... la intensificación de métodos agrícolas tradicionales, como los consistentes en la corta y quema, ha perjudicado la productividad de estas zonas marginales. El sobrepastoreo, el riego no controlado y la búsqueda de leña que se amplía constantemente han acelerado el proceso." (Banco Mundial, 1990, p. 81).

Hoy, al igual que en otras épocas, la tierra sigue siendo el medio del que se sirve la gran mayoría de la población de los países pobres del mundo para ganarse el sustento. En muchos de los países más pobres, entre el 50% y el 80% de la población se asienta en zonas rurales y su principal fuente de subsistencia es la agricultura. En este milenio, el crecimiento demográfico se ha

producido en un contexto de progreso científico, innovación tecnológica, intensificación del factor trabajo y expansión de las superficies de cultivo. Ahora bien, este proceso, particularmente en el siglo XX y con el impulso de un crecimiento demográfico acelerado, ha colocado a un gran número de personas al borde de la pobreza o amenaza con privar a muchas otras de la posibilidad de escapar de este destino. La sociedad puede aumentar los recursos de muchas maneras, “pero obviamente esta facultad está limitada por la escasez de tierra, la gran aridez natural de una vasta porción de la superficie del planeta y la proporción creciente de productos que sólo es posible obtener agregando continuamente capital a la tierra que ya se está cultivando” (Malthus, [1830] 1979, p. 225).

Transición y Estructura de la Población

Antes de dar por concluido el tema de la relación entre la pobreza y el rápido crecimiento demográfico, es necesario prestar cierta atención a otros mecanismos demográficos que pueden conjugarse con factores no demográficos, para crear nuevas situaciones de pobreza. La experiencia de la transición contemporánea en el mundo en desarrollo indica que el acusado descenso inicial de la mortalidad se produce por la súbita transferencia de tecnologías idóneas para combatir las enfermedades transmisibles. El descenso de la fecundidad comienza después que el de la mortalidad, y es la diferencia entre el inicio de estos dos descensos, junto con lo pronunciado de ambas trayectorias, lo que ha generado la aceleración del crecimiento en la segunda parte de este siglo. Durante este período, y a nivel de cada familia, el control de la mortalidad (sobre todo de la mortalidad infantil y de la niñez) determina un incremento del número de niños que sobreviven en cualquier momento dado del ciclo vital de la familia. Este proceso, si bien es muy rápido y concentrado en el tiempo, ejerce presiones sobre los recursos del hogar y puede contribuir a impulsar otros mecanismos que generan pobreza; adopta la forma de un aumento de la razón entre hijos y padres o, más precisamente, entre los años vividos como hijo y los años vividos como padre. A nivel macro, este proceso se manifiesta en un aumento de la razón entre niños y adultos.

En la fase opuesta de la transición, cuando disminuye la fecundidad, puede producirse otro efecto susceptible de generar pobreza, y que aparece cuando las tasas de fecundidad descienden súbitamente a niveles muy bajos, como ocurrió en Japón en los años cincuenta o en China en los

setenta y principios de los ochenta. En China, el envejecimiento de la población cobrará un rápido impulso a partir del año 2010, y la relación entre los ancianos (es decir, de personas mayores de 65 años) y la siguiente generación (digamos, personas de 35 a 65 años) aumentará velozmente del nivel actual de 1 a 4, aproximadamente, a un nivel de 1 a 2 en torno al año 2030. En las sociedades rurales (como en la mayor parte de China) en las que los ancianos dependen del apoyo de sus hijos y los planes de jubilación ofrecen una protección muy endeble, el aumento de la razón entre ancianos y adultos ejercerá una presión negativa sobre el nivel de vida de los ancianos, deteriorado por la creciente fragmentación y separación de parientes de distintas generaciones, como consecuencia de la mayor movilidad.

Estos dos ejemplos de las presiones negativas que ejerce la transición sobre el bienestar de la población no implican que dichas presiones no se compensen con creces (a nivel global) con otras ventajas que conlleva la transición. Sin duda que así será, pero la transición en sí trae consigo determinadas tendencias que podrían originar nuevas formas de pobreza.

Bienestar, Funcionamiento y Fenómenos Demográficos

Volvamos ahora al tercer nivel del enfoque propuesto al comienzo: no interesan en este punto las características de las personas pobres ni la relación entre crecimiento demográfico y pobreza, sino que nos concentraremos en consideraciones más pertinentes para la demografía y que están en mayor consonancia con el título de este artículo. En esta sección se analizará la relación que existe entre los comportamientos y los fenómenos demográficos y el riesgo que corren los individuos, las familias o los grupos de hundirse en la pobreza, o las posibilidades que tienen de salir de ella. Este enfoque parece apropiado ya que con él se intenta discutir dos problemas diferentes pero que en alguna medida se traslapan. El primero se refiere a los hechos demográficos como componentes de los funcionamientos básicos del individuo que determinan su capacidad para lograr el bienestar o, en el otro extremo, de evitar la pobreza. Sin duda, los componentes elementales de estos funcionamientos son la alimentación, la higiene, la vivienda y el acceso a servicios médicos que contribuyen a la salud y la supervivencia. Pero hay, además, otros hechos demográficos que forman parte de los funcionamientos y tienen valor para el individuo en cualquier cultura y época, como la posibilidad de formar una familia (matrimonio) y reproducirse. A través del

matrimonio y la familia el individuo reduce al mínimo los riesgos de la vida; con la reproducción se asegura frente al abandono y la indigencia en la vejez. Con frecuencia la indigencia guarda relación con la soledad, ya sea como causa o como consecuencia. Por último, la posibilidad de desplazarse, emigrar y establecerse es otro funcionamiento demográfico muy apreciado. Como veremos más adelante, ésta es una forma común de escapar de la pobreza o de otras situaciones peligrosas, como la hambruna, las guerras o las epidemias. La esclavitud y el trabajo a contrato forzoso son formas extremas de negación de esta función básica. La historia está llena de ejemplos de poblaciones que lograron salir y salvarse: los ricos, que escaparon de la plaga que asolaba a las ciudades cercadas por cordones sanitarios, y aquellos que perecieron porque se les negó el derecho a salir, como, por ejemplo, los campesinos de Ucrania, que durante la hambruna de 1932-1933 fueron privados de su derecho a comprar los boletos de ferrocarril.

Estas funciones demográficas básicas también pueden considerarse a un nivel global, el nivel de una población. El cambio demográfico puede entenderse como el resultado del enfrentamiento entre las fuerzas de restricción y las de elección. Históricamente, las fuerzas de restricción se vinculaban a las limitaciones del entorno, la hostilidad del clima, la escasez en el suministro de alimentos o la malignidad de los agentes patógenos. La humanidad sólo puede modificar o controlar parcialmente estas fuerzas, casi siempre dedicando a ello períodos prolongados, que habitualmente exceden la duración de la vida humana. Las fuerzas de elección demográficamente pertinentes son las que afectan a los procesos de formación de la familia y a la reproducción y a la ocupación de nuevas tierras y territorios. La salud, y por ende el control razonable de la mortalidad, es un componente de esas fuerzas de elección. Estas permiten que el ser humano se adapte y reaccione frente a las fuerzas de restricción y aseguran el grado de flexibilidad esencial para la supervivencia de los grupos humanos. Cuanto mayor es la flexibilidad, más numerosas son las opciones que se ofrecen a una población para hacer frente a las limitaciones. Esta flexibilidad viene dada no sólo por lo que ya hemos definido, de forma un tanto imprecisa, como mecanismos de elección, sino también por los procesos de adaptación biológica o sociobiológica que tienden a ser más o menos espontáneos y no guardan relación con elección alguna.

Desde esta doble perspectiva —es decir, contemplados como funcionamientos, o valiosos componentes del bienestar, por un lado, y como opciones de elección que promueven la adaptación a las limitaciones, por el otro—, los fenómenos demográficos también pueden considerarse como

aspectos de la pobreza y mecanismos que determinan si la persona se sumirá en la pobreza o logrará escapar de ella. La salud y la supervivencia pueden verse fácilmente desde esta doble perspectiva; de hecho, son componentes evidentes de la pobreza y su ausencia o precariedad son factores que contribuyen a la pobreza misma. El caso de la movilidad es algo diferente: la falta de movilidad no está de por sí correlacionada con la pobreza, pero sin duda podemos sostener que su ausencia dificulta la distribución óptima de los recursos humanos y bloquea una de las vías más eficientes para escapar de la pobreza. La fecundidad y la reproducción (así como los mecanismos de formación de la familia, generalmente condición previa para la reproducción) son funciones esenciales del individuo, porque diluyen los riesgos y permiten la “regulación” del tamaño de la familia según las necesidades. La ineficacia de la regulación puede generar pobreza, aunque dicha ineficacia debe evaluarse según las necesidades: las de una población premoderna, rural, con altas tasas de mortalidad serán muy diferentes de las de una sociedad más adelantada y moderna, en vías de transformación.

Mortalidad y Supervivencia Saludable

128

La nutrición, el control de las enfermedades transmisibles y el acceso a la tecnología y los conocimientos médicos pueden considerarse variables intermedias de la salud y la supervivencia. Las oportunidades de supervivencia, resumidas en la esperanza de vida al nacer, son en la actualidad indicadores de pobreza. Esta afirmación puede no ser cierta a nivel individual, ya que la dotación natural (factores biológicos y genéticos) de cada persona puede variar muchísimo, mientras que el impacto de los factores aleatorios también es relativamente importante, pero definitivamente sí se aplica a nivel de una población. En otros tiempos la situación era distinta, dado que el impacto de la tecnología y los conocimientos médicos era prácticamente nulo, mientras que las enfermedades transmisibles, sobre todo las de carácter epidémico, equilibraban la supervivencia entre los grupos, atenuando el posible efecto de las diferencias en la alimentación. Por consiguiente, los niveles de supervivencia no presentaban una fuerte correlación con el bienestar (o la pobreza), como se demuestra en el caso de las elites (que cuentan con una abundante dotación de bienes materiales y están bien alimentadas), cuya mortalidad era casi imposible de distinguir de la del resto de la población. En este siglo, la situación ha cambiado radicalmente: existe una correlación positiva entre la supervivencia y el bienestar, y la pobreza abunda en las poblaciones de bajo nivel de supervivencia.

En los últimos decenios se han registrado enormes progresos: entre principios de los años cincuenta y principios de los noventa la esperanza de vida al nacer en los países en desarrollo aumentó de 40,7 a 62,4 años, lo que representa un aumento medio de casi 7 meses por año calendario. El menor aumento se registró en África (e_0 de 38 a 53 años), y el mayor en Asia oriental (excluido Japón, de 41 a 71 años). Desde otro punto de vista, podemos estimar que casi 1600 millones de personas, o lo que es lo mismo, el 62% de la población mundial, tenían una esperanza de vida inferior a 50 años a principios de los años cincuenta, mientras que hoy día sólo 200 millones de personas, es decir, el 4% de la población mundial, está en la misma situación. Hace cuarenta años, dos tercios de la población mundial vivían en países con una esperanza de vida inferior a 60 años, en comparación con algo más del 30% en la actualidad.

La asociación negativa entre supervivencia y pobreza no es muy estrecha. Aunque la supervivencia es la función primaria y la no supervivencia (la muerte) es la forma extrema de pobreza, al hablar de supervivencia no se tiene en cuenta la calidad de vida. La supervivencia prolongada en condiciones desfavorables puede ser la peor forma de pobreza y privación. Si aceptamos la ecuación antes mencionada (la supervivencia como función de la nutrición, la higiene y el acceso a la tecnología y los conocimientos médicos), el recurso a la medicina puede prolongar una existencia miserable, caracterizada por una alimentación deficiente y la falta de una higiene elemental. Es probable que la alimentación deficiente no ponga en peligro la supervivencia pero sí puede comprometer el rendimiento y la adquisición de habilidades intelectuales. El saneamiento y la higiene deficientes exponen al individuo a enfermedades infecciosas, desequilibran su estado nutricional y reducen su rendimiento y su calidad de vida, pero no ponen necesariamente en peligro su supervivencia.

Una mejora conceptual importante con respecto a las medidas de supervivencia, a los efectos de nuestra hipótesis, es el cálculo, para una población determinada, de los años de vida saludable perdidos a causa de la muerte prematura o de la discapacidad producida por enfermedades y accidentes. En la práctica se calculan dos cantidades (Banco Mundial, 1993, p.28):

- a) el número de años de vida perdidos que, para cada defunción, resulta de la diferencia entre la edad real en el momento de morir y la esperanza de vida a esa edad en una población de baja mortalidad;
- b) el número de años de vida saludable perdidos por enfermedad o accidente, que está dado por la diferencia entre el inicio de la afección y

su remisión (o defunción del enfermo). Estos años no se cuentan en su totalidad (como en el caso de la muerte), sino que a cada enfermedad o afección se le asigna una cierta ponderación (entre 0 y 1) según la gravedad de la discapacidad.

La combinación de los años futuros perdidos en su totalidad a causa de muerte prematura y de años futuros perdidos en parte por la aparición de una discapacidad da un total de años perdidos o años de vida ajustados en función de la discapacidad (AVAD). El Banco Mundial estima en 1362 millones de AVAD las pérdidas imputables a acontecimientos ocurridos en 1990 (defunciones, enfermedades y accidentes). En otras palabras, la población mundial perderá 1362 millones de años de vida saludable por acontecimientos que ocurrieron en 1990, o lo que es lo mismo 259 años por cada 1000 habitantes. La incidencia máxima se registra en Africa al Sur del Sahara (575 AVAD por 1000 habitantes), seguida de India (344), Arco del Oriente Medio (286), el resto de Asia (260), América Latina y el Caribe (233), China (178), los países europeos antes socialistas (168) y los países con economía de mercado (117). Las desigualdades entre las regiones (de 1 a 5) son enormes y encubren desigualdades aún mayores en cada uno de los países, grupos sociales y demás sectores.

Normalización de la Muerte y Desarrollo

Las medidas de la supervivencia y la mortalidad, y sus versiones perfeccionadas, son más bien indicadores del desarrollo que de la pobreza; sin embargo, ofrecen una imagen bastante exacta de las diferencias territoriales y de las mejoras que han registrado con el transcurso del tiempo algunos funcionamientos básicos como la supervivencia y la salud.

El fomento o aumento de la supervivencia saludable es el principal factor de desarrollo, no sólo por el incremento del valor del capital humano que se obtiene a través de la reproducción: cuanto mayor sea el número de años de vida saludable, mayores serán también el rendimiento físico y la capacidad intelectual. De hecho, hay que destacar otro factor igualmente importante: al aumentar las tasas de supervivencia se ordenan los procesos de la vida, alejándose del desorden implícito en la mortalidad alta, aleatoria e impredecible de otrora. Esencialmente hay dos factores conexos que explican el carácter caprichoso que antes tenía la muerte. El primero es la frecuente e irregular incidencia de crisis de mortalidad que, por toda una serie de motivos, cercenaba sectores enteros de la población de todas las edades y clases,

trastornando gravemente la vida de una sociedad. El segundo factor es el riesgo de que se alterara la sucesión cronológica natural de la muerte en función de la edad. Aun sin tener en cuenta la mortalidad infantil, tan frecuente que casi se consideraba como un fenómeno normal, la probabilidad de que los jóvenes adolescentes murieran antes que sus padres o que los adultos murieran antes que los más viejos era alta.

La “normalización” de la muerte es un factor crucial del desarrollo; al referirse a los siglos XVIII y XIX, Helleiner señaló que “quizá sólo una sociedad libre del temor y de las consecuencias materiales y espirituales de la muerte repentina esté en condiciones de alcanzar las altas cotas de progreso intelectual y técnico sin las cuales no habría podido sostenerse el crecimiento demográfico” (Helleiner, 1967); lo mismo podría decirse del mundo contemporáneo. Un bajo nivel de supervivencia presupone un alto grado de incertidumbre al planificar el futuro, pone en peligro las relaciones a largo plazo con otros individuos y aumenta el riesgo de la inversión en capital humano. En otras palabras, conlleva un alto grado de inestabilidad en la vida y la sociedad.

Visto desde otro ángulo, al aumentar la supervivencia se reducen la frecuencia de la muerte o los sucesos conexos con la salud que guardan una estrecha relación con la caída en un estado de pobreza y privación. Entre otros, cabe destacar las enfermedades, la orfandad, la viudez, la pérdida de un familiar; estos sucesos pueden socavar a menudo el bienestar de la persona enferma o del cónyuge, los hijos o los parientes supérstites, y erosionan la solidez del hogar. Cuando estos sucesos se producen con menor frecuencia, al disminuir la mortalidad y la morbilidad se elimina un importante mecanismo generador de pobreza.

Por último, al aumentar la supervivencia aumenta también el dinamismo de la transición demográfica, por ser el factor primordial y acelerador de la reducción de la fecundidad.

131

Reproducción

La posibilidad de formar una familia, tener hijos y reproducirse es también un mecanismo fundamental de elección en una sociedad y permite regular el tamaño de la familia y —a nivel global— el crecimiento demográfico. El descenso de la mortalidad ha hecho que la reproducción resulte menos onerosa y más eficiente para los padres desde el punto de vista biológico, ha reducido las posibilidades de que los hijos no sobrevivan a los

padres y se ha traducido en una menor pérdida en la inversión que realizan los padres. Las mejoras de la salud han reducido la incidencia de la esterilidad y la falta de hijos.

Cabe preguntarse si ha aumentado la capacidad de regular la fecundidad y la reproducción. Todo parece indicar que así ha sido. De hecho, la tasa global de fecundidad (TGF), tras la disminución secular registrada en los países occidentales, está descendiendo más o menos rápidamente en los países menos afortunados. Entre el principio de los años cincuenta y el principio de los noventa, la TGF bajó de 5,9 a 3,2 en Asia, de 5,9 a 3,0 en América Latina y de 6,8 a 4,7 en el Norte de África. Sólo en África al Sur del Sahara la fecundidad se ha mantenido casi invariable en más de 6 hijos por mujer. Paralelamente a la reducción de la fecundidad, ha aumentado y se ha difundido su variable intermedia más importante: la anticoncepción en general, y la "anticoncepción moderna" en particular. En el proyecto de programa de acción de la Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo (CIPD) se describen los progresos alcanzados en los siguientes términos: "Durante los tres últimos decenios, la disponibilidad creciente de métodos anticonceptivos modernos y más seguros, aunque en algunos aspectos sigue siendo insuficiente, ha ofrecido mayores oportunidades para la elección individual y la adopción responsable de decisiones en materia de reproducción en gran parte del mundo. Actualmente, alrededor del 55% de las parejas de las regiones en desarrollo utilizan algún método de planificación de la familia. Esa cifra representa un aumento de casi cinco veces desde la década de 1960. Los programas de planificación de la familia han contribuido considerablemente al descenso de las tasas de fecundidad medias de los países en desarrollo, que han pasado de seis a siete hijos por familia en el decenio de 1960 a entre tres y cuatro actualmente. Sin embargo, la gama completa de métodos modernos de planificación de la familia sigue fuera del alcance de al menos 350 millones de parejas en todo el mundo, muchas de las cuales desean espaciar o evitar los embarazos." (Naciones Unidas, 1994).

132

No hay duda de que la difusión de la regulación (anticoncepción) ha aumentado enormemente en los últimos decenios y se prevé que se mantendrá esta tendencia. Cabe preguntarse, sin embargo, si ha aumentado también su eficiencia. La respuesta es afirmativa, ya que muchas parejas usan métodos de regulación que antes no se conocían o no estaban a su alcance. Pero la respuesta es menos concluyente si definimos la eficiencia de la regulación de una manera más sutil, teniendo en cuenta los deseos y las expectativas de las parejas o, en términos más en boga actualmente, su demanda de hijos. Por ejemplo, un índice de la eficiencia de la regulación podría ser cierto gra-

do de “fecundidad excesiva”, tal como la diferencia entre la fecundidad total actual y un indicador de fecundidad “buscada” o “deseada” (sustituto de la demanda de hijos). Utilizando datos actuales de las Encuestas de Demografía y Salud y de la Encuesta Mundial de Fecundidad, la fecundidad excesiva tiende a ser baja (en algunos casos cercana a cero) cuando la fecundidad es muy alta; es alta a niveles intermedios de fecundidad, y baja cuando ésta se acerca a la tasa de reemplazo (Pritchett, 1994). Por lo tanto, la eficiencia definida en estos términos, o la capacidad de compatibilizar deseos y resultados, no es una función decreciente de la fecundidad ni una función creciente de la anticoncepción.

La fecundidad mal regulada también es un fenómeno que genera pobreza. En general, y sobre todo cuando la mortalidad está controlada, puede ser un mecanismo generador de pobreza debido a la posible desproporción entre el tamaño de la familia y los recursos de que ésta dispone. Más específicamente, porque aumenta los nacimientos que suelen estar vinculados con situaciones de indigencia:

- Hijos nacidos fuera del matrimonio o al margen de una unión estable;
- Hijos nacidos de madres muy jóvenes, que a menudo son un obstáculo para la educación y la condición social de la madre y del niño;
- Hijos nacidos después de intervalos intergenésicos muy cortos, cuya salud y posibilidades de supervivencia puedan verse comprometidas;
- Hijos cuyo nacimiento pone en peligro la salud de la madre;
- Hijos cuyo nacimiento supone un aumento del número de personas que compiten por los escasos recursos del hogar o diluyen peligrosamente la inversión de los padres.

Antes del siglo XX, en occidente el matrimonio era un poderoso instrumento de regulación de la reproducción. En el sistema europeo occidental, las fluctuaciones de la tasa de nupcialidad impedían que la población creciera con excesiva rapidez en períodos económicos difíciles, o aceleraban el crecimiento demográfico en épocas de prosperidad o después de producirse sucesos catastróficos que abrían nichos y posibilidades de asentamiento. Pero en las poblaciones contemporáneas con altas tasas de crecimiento, en las que el matrimonio es casi universal, éste resulta mucho menos eficaz como instrumento de regulación. Actualmente la humanidad es un vehículo mucho más veloz que antes y necesita un sistema de frenos mucho más potente: los modernos métodos anticonceptivos constituyen ese sistema. Sin embargo, su eficiencia no es una función lineal de su prevalencia; cuando la

eficiencia es inferior (para niveles intermedios de fecundidad), sus efectos sobre los mecanismos de generación de pobreza son más intensos.

Migración y Movilidad

La posibilidad de desplazarse, emigrar y establecerse es otro funcionamiento sumamente valorado. La movilidad permite al individuo adaptarse a las limitaciones, escapar del peligro y de la pobreza. Tanto para los individuos como para la sociedad, la migración es un importante mecanismo de elección. Uno se imagina la historia de la humanidad marcada por un proceso continuo de redistribución demográfica a través del cual —como dirían los economistas— se persigue una óptima combinación de recursos y trabajo. Evidentemente, esto es una exageración, ya que siempre ha habido barreras de todo tipo que han obstaculizado el proceso de redistribución; se ha expulsado por la fuerza a invasores y colonos, se han vigilado y protegido las fronteras, se ha deportado a los intrusos. Pero el proceso de redistribución ha continuado hasta este mismo siglo, se han abierto y establecido nuevos territorios, se han mezclado diferentes poblaciones. Podemos decir que la emigración y el asentamiento, como instrumentos de elección, han sido en potencia muy eficientes. Galbraith (1980, p. 98) ha descrito en forma gráfica y concisa la función de las migraciones como remedio para la pobreza: “en los últimos dos siglos todos los que han tratado eludir el equilibrio de la pobreza, negándose a adaptarse, han tenido a su disposición un recurso notablemente eficaz. Quienes han recurrido a este medio han obtenido, en su mayoría, buenos resultados. Sus hijos han resultado aún más favorecidos; sólo en raras ocasiones ha sido necesaria una participación activa de los gobiernos. Más frecuentemente se ha precisado sólo su anuencia y, últimamente, en la gran mayoría de los casos, ha bastado con su falta de vigilancia. No ha significado una carga excesiva para la capacidad de los países pobres en el desarrollo de sus actividades públicas. En los casos en que se ha explotado plenamente este recurso, las migraciones no sólo han supuesto un medio de escapar de la pobreza para los individuos directamente afectados, sino también un mecanismo de evasión, dentro del equilibrio de la pobreza, para quienes se sienten motivados a tomar un camino diferente... Para quienes se niegan a adaptarse a la situación el recurso consiste en trasladarse de un país pobre a uno de los países industriales adelantados. Como remedio para la pobreza, esta solución se concentra con precisión sólo en aquellas personas para quienes resulta viable y para quienes debe estar diseñada: las que, al rechazar la adaptación, se sienten motivadas para mejorar su posición

económica. Así no se malgastan esfuerzos ni dinero en quienes aún no están suficientemente motivados”.

En el siglo XX, se ha ido afirmando poco a poco una paradoja. Por un lado, se han ido eliminando paulatinamente las barreras que impiden el libre flujo de capitales, bienes y servicios, mientras que, por el otro, se yerguen cada vez más obstáculos para la movilidad de las personas. Actualmente la migración (al menos la internacional) es un mecanismo de elección mucho menos eficiente de lo que solía ser. En este siglo la lógica del Estado nacional y de su integridad sustancial se ha consolidado rápida y a veces violentamente. Hoy la migración sólo es aceptable y posible cuando coincide con los intereses del Estado receptor. La Segunda Guerra Mundial y el subsiguiente y veloz proceso de creación de nuevos Estados independientes en África y Asia han impuesto en muchos casos fronteras convencionales, que han afectado a importantes minorías étnicas o comunidades religiosas. Con frecuencia estos grupos se han visto obligados a volver a su país de origen, imponiendo así un proceso de redistribución de signo “negativo”. Un efecto similar ha tenido el derrumbe del sistema socialista en Europa y la Unión Soviética y la recomposición del mapa político.

En nuestros días, la inversión de un patrón histórico puede obedecer a muchos factores: uno de los más importantes es la progresiva desaparición de los territorios “abiertos”, como consecuencia del crecimiento demográfico. Otro factor lo constituyen las grandes diferencias de oportunidades y de nivel de vida entre países y zonas del mundo que, junto con el costo cada vez menor que entraña la migración, la mejora de los transportes y otros elementos, también han hecho imposible que se mantengan las antiguas tendencias. Ahora muchos Estados del mundo están en condiciones de cerrar sus fronteras a la medida de sus deseos; en numerosos casos, la existencia de flujos masivos de inmigrantes “indocumentados” se debe exclusivamente a la connivencia implícita de fuerzas económicas o políticas importantes en el país receptor.

Esta esclerosis progresiva de las migraciones también afecta, en algunos casos y por distintas razones, a los movimientos internos, lo que limita aún más su alcance como instrumento para lograr una combinación óptima de recursos humanos y naturales.

Primero: una Supervivencia Saludable

Actualmente más de mil millones de personas viven en la más absoluta pobreza; aun suponiendo que el desarrollo económico evolucione en forma

favorable, el número de pobres se mantendrá constante en este decenio en términos absolutos, aunque con una incidencia decreciente en la población total. La rápida tasa de crecimiento demográfico no contribuye a solucionar el problema, y en muchos casos y situaciones parece guardar relación con un mayor riesgo de pobreza.

Al examinar las múltiples relaciones que existen entre población y pobreza, se ha decidido dar prioridad a dos enfoques:

El primero es considerar los fenómenos y los comportamientos demográficos como funcionamientos del individuo que determinan su capacidad para alcanzar el bienestar o, en nuestro caso, para escapar de la pobreza.

En el segundo enfoque, se examinan, a nivel global, los fenómenos demográficos como posibles mecanismos de elección que aseguran la flexibilidad esencial para la supervivencia y el bienestar de las poblaciones humanas. Cuanto mayor sea la flexibilidad, más opciones habrá para hacer frente a las limitaciones.

Para finalizar, cabe esperar que de este debate surja una conclusión que quizá podría servir también como orientación con miras a una política a largo plazo. Así pues, nuestra conclusión es la siguiente: la principal prioridad para mejorar el bienestar y luchar contra la pobreza es lograr una supervivencia saludable. Esta es una condición previa para casi todo lo que acompaña al desarrollo: para adquirir eficiencia física, desarrollar capacidad y destreza intelectuales, ampliar el horizonte temporal y planificar el futuro. Es asimismo una condición previa para modificar la demanda de hijos y, por ende, para el control de la fecundidad. Además, reduce al mínimo las situaciones conexas con la pobreza, como la orfandad, la viudez, la discapacidad. El rendimiento, en términos de una mayor supervivencia y una mejora de la salud por cada dólar gastado en infraestructura (agua, saneamiento) o en intervenciones médicas adecuadas, es alto. La reducción de la mortalidad ha desencadenado un proceso de transición demográfica; todo avance que permita una supervivencia más saludable acelerará la conclusión de dicho proceso.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- ALLEN, G. C. (1981): «Industrial policy and Innovation in Japan». En CARTER, C. (ed.): *Industrial policy and Innovation*. Londres, Heineman.
- BANCO MUNDIAL (1990): *Informe sobre el desarrollo mundial, 1990, Pobreza*, Oxford, Oxford University Press.
- (1992): *Informe sobre el desarrollo mundial, 1992, Desarrollo y medio ambiente*, Oxford, Oxford University Press.
- (1993): *Informe sobre el desarrollo mundial, 1993, Invertir en salud*, Oxford, Oxford University Press.
- BERGIER, J. F. (1973): “The industrial bourgeoisie and the rise of the working class 1700-1914”, *The Industrial Revolution. The Fontana Economic History of Europe*, vol. 3, C.M. Cipolla (comp.), Londres, Collins/Fontana Books.
- CEPAL/CELADE (Comisión Económica para América Latina y el Caribe/Centro Latinoamericano de Demografía) (1993): *Población, equidad y transformación productiva* (LC/G. 1758/Rev.1-P; LC/DEM/G. 131/Rev.1-Serie E, N° 37), Santiago de Chile. Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: S.93.II.G.8.
- DASGUPTA, P. (1993): *An Inquiry into Well-Being and Destitution*, Nueva York, Oxford University Press.
- GALBRAITH, J. K. (1980): *The Nature of Mass Poverty*, Harmondsworth, Penguin Books.
- HELLEINER (1967): *The Population of Europe from the Black Death to the Eve of the Vital Revolution*, The Cambridge Economic History of Europe, vol. 4, Cambridge, Cambridge University Press.
- KHAN, A. R. (1988): “Population, growth and access to land”, *Population, Food and Rural Development*, R. D. Lee y otros (comps.), Nueva York, Oxford University Press.
- LEE, R. D. (1988): “Population, food and rural development”, *Population, Food and Rural Development*, R. D. Lee y otros (comps.), Nueva York, Oxford University Press.
- LIPTON, M. (1983): “Demography and Poverty”, serie World Bank Staff Working Papers, N° 623, Washington, D.C., Banco Mundial.
- LIVI-BACCI, M. (1992): *A Concise History of World Population*, Cambridge, Mass., Blackwell.
- MALTHUS, T. R. ([1798] 1970): *An Essay on the Principle of Population*, Harmondsworth, Penguin Books.
- ([1830] 1979): *A Summary View of the Principle of Population*, Harmondsworth, Penguin Books.

NACIONES UNIDAS (1994): Proyecto de Programa de Acción de la Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo. Nota de la Secretaría (A/CONF.171/L.1), Nueva York.

PRITCHETT, L. H. (1994): "Desired fertility and the impact of population policies", *Population and Development Review*, vol. 20, N° 1.

SEN, A. (1992): *Inequality Reexamined*, Oxford, Oxford University Press.

Género y Población: otro Desafío Para la Equidad

Introducción

En las últimas tres décadas, en América Latina se ha llevado a cabo un intenso debate sobre estrategias eficaces para la erradicación de la pobreza. La preocupación por determinar las principales formas en que ésta se expresa ha llevado a definir nuevas dimensiones, enriqueciendo las propuestas sobre modelos de desarrollo y comprendiendo problemáticas más complejas que el crecimiento del Producto Nacional.

Paralelamente, en el plano de las políticas sociales, la evolución de sus modalidades y destinatarios fue el resultado del esfuerzo por vincular sus objetivos y estrategias a los modelos económicos deseables, definiendo a las personas ya no como datos o metas que deben cumplirse sino como sujetos activos, en el sentido de considerarlas beneficiarias y agentes conductores del desarrollo.

139

La vinculación conceptual y operativa entre los modelos económicos y las políticas sociales —entre las que se considerarán particularmente las políticas sociodemográficas— dio lugar a enfoques que incluyen el objetivo de equidad como componente del crecimiento y los de productividad y eficiencia como requisitos de las políticas sociales.

En esta perspectiva, las políticas sociodemográficas otorgan prioridad al mejoramiento de las condiciones de vida de la población, más allá de cualquier comportamiento demográfico específico. Independientemente del número o la localización de las personas, el objetivo es elevar su calidad de vida.

La mujer merece una consideración especial, ya que en ella se concreta uno de los hechos demográficos de mayor trascendencia: la fecundidad. Sin embargo, el enfoque actual, por una parte, exige que se tenga en cuenta que ella no es la única involucrada ni la reproducción es su único destino y, por otra, que como los demás agentes sociales la mujer participa de todos los

hechos demográficos, y lo hace con características y condicionamientos propios.

En la búsqueda de nuevas dimensiones no se puede soslayar la importancia que tienen los factores culturales en la determinación de los hechos demográficos, ni tampoco la forma en que influyen para convertir comportamientos individuales en patrones colectivos, reproducidos primero a escala familiar y de la sociedad en su conjunto como resultado final.

La influencia cultural determina el tipo de vinculación tanto entre las personas como entre los grupos e instituciones y es justamente en dichas relaciones —y en todos los niveles— donde las mujeres pierden autonomía al estar sujetas a una vasta gama de imposiciones que van desde lo místico/religioso hasta normas legislativas y prácticas económicas.

La predeterminación de roles conlleva el asumir comportamientos esperados y la omisión de conductas prohibidas, que de hecho establecen diferencias en las oportunidades para eliminar la pobreza y mejorar la calidad de vida.

140

Este trabajo hará referencia específica a aquellos factores culturales que obstaculizan el éxito de la ejecución de iniciativas en materia de población, en el contexto de un modelo de desarrollo económico y social concreto (*Transformación productiva con equidad*¹) para América Latina, región que a las puertas del siglo XXI registra, en la mayoría de los países, procesos de transición demográfica. Dichos procesos no son ni homogéneos ni generalizados; se presentan variantes tanto entre los países como dentro de un mismo país, así como entre diferentes grupos sociales, etnias y edades.

El denominador común, en el caso específico de la mujer, dice relación con la dimensión de género, que determina formas especiales de vinculación entre los sexos en las que, por lo general, es la mujer quién está en una posición subordinada, tanto en el plano de las decisiones personales y familiares, como en el de las oportunidades de acceso a los beneficios de la modernización y el desarrollo (educación, salud, empleo, seguridad social, participación social y política).

América Latina iniciará el siglo XXI con evidentes avances en la transición política y con procesos de transición demográfica que muestran tendencias irreversibles. Para lograr la equidad entre los sexos, la transición cultural es aún materia pendiente y requerirá de: la redistribución de los roles

¹ CEPAL, *Transformación productiva con equidad. La tarea prioritaria de América Latina y el Caribe en los años noventa* 9LC/G.160-P). Santiago de Chile, 1990.

domésticos, principalmente los ligados a la reproducción; de la igualdad en el acceso a la educación, a la salud y al empleo con igual remuneración por igual trabajo; de la eliminación de la violencia que subordina a la mujer por la fuerza, y de la equidad en el acceso a todos los espacios públicos, desde la calle hasta el gobierno.

Este es el marco en que se propone una relectura de los avances en términos de la propuesta de *Transformación productiva con equidad* y de las políticas sociodemográficas que en tal propuesta puedan definirse con el objeto explícito de eliminar los círculos viciosos de la pobreza y de los obstáculos que mantienen la discriminación de la mujer.

El primer capítulo analiza el desarrollo del debate que intenta articular las variables demográficas con los modelos de desarrollo y la incorporación del tema de la mujer. Luego se presentan dos aspectos que aparecen como relevantes en la visualización actual de las políticas sociodemográficas: el primero hace referencia a los aspectos no técnicos, por definir de alguna manera los contenidos éticos que no tienen relación con la materia de planificación sino con una concepción más humana de las políticas públicas. El segundo se refiere al sexismo, subyacente en muchos de los conceptos y estrategias en materia de población. Este sesgo, avalado culturalmente, es interpretado como uno de los principales obstáculos para el logro de la eficacia de las políticas sociales en general, y de las sociodemográficas en particular. Finalmente, se presentarán algunas consideraciones sobre las sinergias posibles entre acciones en materia social y económica e iniciativas en materia de población.

141

La inclusión del enfoque de género en la discusión del desarrollo no es nueva. Sin embargo, esto no significa que se haya generalizado y menos aun que existan consensos para definir nuevas formas de relacionamiento entre los sexos. En el caso particular de los temas de población, la perspectiva de género permite captar inequidades demográficas que, por una parte, impiden a las mujeres lograr el respeto a los derechos —decisiones— individuales y, por otra, actúan como nudos o resistencias en el proceso de transición demográfica y generan nuevas inequidades.

Los Logros de un Debate Ampliado

La real integración de los temas de población a la discusión del desarrollo —estrategia que obtuvo consenso desde la década pasada— no es suficiente para que el modelo incluya variables demográficas; se requiere que

los objetivos y los impactos esperados conlleven cambios en el comportamiento demográfico de las personas.

La Transformación productiva con equidad propone “... encontrar las respuestas a cómo crecer e incorporarse positivamente a la economía mundial y cómo hacerlo con mayores niveles de equidad, en el entendido de que el fin del desarrollo es el bienestar del conjunto de la población” (CEPAL, 1993, p. 35). Además de la dimensión de equidad —que aparece casi como un compromiso ético— incluye también la necesidad de preservar la capacidad de sustentación del medio ambiente y el fortalecimiento de los sistemas democráticos.

El nexo propuesto para articular el crecimiento con la dimensión de equidad (el primero de tipo supraestructural y fácilmente cuantificable, la segunda con capacidad de concretarse en cada uno de los individuos de la sociedad y que sólo se expresa mediante indicadores indirectos) es la **competitividad**, tanto entre países como entre los trabajadores. Este nexo —que involucra directamente a los recursos humanos— se concreta también en dos planos: por un lado, la inversión y la tecnología y, por otro, las nuevas formas de organización del trabajo y la capacitación de los trabajadores.

142

La equidad involucra a los agentes del desarrollo, ya no como aportantes de esfuerzos sino en su doble condición de constructores y beneficiarios. En realidad, el concepto de equidad está un poco más cerca de la distribución de los beneficios. Resta aún una discusión más amplia sobre la distribución equitativa de los esfuerzos por lograr mejores condiciones de vida, aspecto que es de particular interés en el análisis de las relaciones de género.

Entonces, la equidad en la distribución de los beneficios exige una participación diferente en términos de igualdad de oportunidades, que de hecho aún no existe en todos los niveles y que es, para la mayoría de los países, una meta provisoria hasta que pueda convertirse efectivamente en herramienta para el crecimiento. Exige también una mayor capacidad de integración y acuerdos básicos, que en la transformación productiva son planteados como una forma de cohesión social en el marco de las relaciones democráticas.

Es en la igualdad de oportunidades donde se hace más evidente la necesidad de tomar medidas que incorporen a los grupos sociales que no cuentan con las mismas opciones para acceder a mayores niveles de bienestar. Las mujeres, los indígenas, los jóvenes —y en una medida diferente los ancianos— son segmentos de la población que se desempeñan en condiciones inequitativas.

Finalmente, el fortalecimiento de la democracia conlleva implícita la necesidad de ampliar su significado desde el nivel meramente electoralista al de los comportamientos interpersonales, tanto en el ámbito público como en el privado. En ambos aspectos las mujeres son sujetos de relaciones desiguales que, aun cuando existan medidas legislativas en favor de su participación igualitaria (en la capacidad de elegir y ser elegidas), en la práctica dichas relaciones constituyen obstáculos que las someten a condiciones de competitividad desiguales cuando se trata del ámbito público. En el plano de las relaciones privadas, es en la familia, en el hogar —o en lo que se ha dado en llamar el espacio doméstico— donde se concretan las formas autoritarias de supremacía masculina (subordinación de las mujeres) y adulta (subordinación de los jóvenes y de los de más edad).

La Población como Recurso y Destinataria del Desarrollo

Para que la población alcance niveles reales de competitividad debe demostrar gran capacidad de creación económica y técnica (CEPAL, 1993). En este punto es donde el modelo de crecimiento debe apoyarse en las políticas sociales. Los sectores de educación y salud son canales adecuados para concretar las inversiones en capital humano que buscan potenciar la calidad de los recursos humanos.

143

El problema reside en que el modelo propuesto, si bien ético y democrático en su fundamentación, debe instalarse en un contexto que actualmente es social y culturalmente excluyente: con capacidades desigualmente desarrolladas, con accesos diferenciados a la educación y a la salud, y con fuertes desniveles en los ingresos. En estas condiciones, se hace difícil pensar cómo la población, principalmente la población pobre, puede contribuir al desarrollo y, lo que es más importante, beneficiarse del crecimiento económico.

La necesidad de enfrentar la pobreza fue —aun antes de las nuevas propuestas— el objetivo de diferentes estrategias de desarrollo. En todos los casos se ha establecido la relación entre un número mayor de pobres y un esfuerzo, también más grande, por alcanzar las metas de desarrollo. Ahora, la diferencia está en que la preocupación, lejos de centrarse sólo en el tamaño de la población, se aboca a encontrar formas alternativas de elevar su calidad de vida.

Paralelamente, se ha reconocido que, si bien los países con mayores tasas de crecimiento demográfico han desplegado importantes esfuerzos sin obte-

ner buenos resultados, una tasa de fecundidad menor no garantiza mejores resultados en el crecimiento económico. Del mismo modo, es posible mejorar los indicadores sociales sin que se registren dificultades en los indicadores macroeconómicos (Argüello, 1995).

La Inclusión de la Mujer y de las Relaciones de Género

En las diferentes propuestas para el desarrollo, que de un modo general se podrían ubicar como anteriores a la crisis de los años ochenta, se encuentran dos sesgos principales: el economicismo y el androcentrismo. El primero generó la exclusión de los segmentos sociales con menores recursos y así, antes que alcanzar el objetivo de disminuir la pobreza, aceleró el crecimiento del número de pobres, que se expandió muy por encima de su crecimiento natural. El androcentrismo, por su parte, ha reforzado la subordinación de la mujer. La combinación de ambos sesgos ha llevado a que la mujer sea hoy en día la más pobre entre los pobres.

144

En la propuesta de transformación productiva con equidad se ha señalado que "... en el tema de población no debería... dedicarse un capítulo aparte a la situación de las mujeres, ya que afectan y son afectadas por todas las variables del tema..." (CEPAL, 1993, p. 53). Sin embargo, y dado que la mujer ha sido incorporada de manera poco apropiada, tanto en los grandes modelos como en las políticas sectoriales se hace necesaria, por lo menos, una reflexión acerca de los nexos que vinculan las dimensiones de género con la eficacia en las políticas y su contribución real al modelo global.

Los capítulos específicos sobre la mujer, así como los dedicados a la identificación de otros sectores de la población, constituyen un avance hacia el reconocimiento de grupos de población (en este caso la mitad de la misma) que requieren, por más de una razón, un tratamiento específico. Cuando la mujer haya logrado su equiparación en la sociedad, no será necesario ese capítulo especial y las referencias que a ella se hagan en el texto tendrán como objeto relevar comportamientos particulares de un sector con características propias, pero que en el punto de inicio de cualquier proceso estará en condiciones de igualdad. Para esto falta algún tiempo.

Así, se está partiendo de un primer supuesto. Existen inequidades que afectan a la mujer por su condición de tal, que pueden ser más severas por su posición social, económica, étnica, religiosa y etaria. Las inequidades presentan también variabilidad según las diferentes regiones, tanto dentro de cada país como entre un país y otro.

Un segundo aspecto, que explica la lógica de incluir el “capítulo mujer” es que, en la medida que las diferentes propuestas de desarrollo han ido evolucionando, se fueron haciendo más complejas las dimensiones que deben complementar el crecimiento. El concepto de población es el que contribuyó más a la visibilidad de la situación de las mujeres en el proceso de desarrollo. Otras dimensiones importantes son el medio ambiente y los factores políticos y culturales.

La preocupación por poner a la población en el centro de la atención está en la esencia de la propuesta de equidad y transformación productiva, por cuanto se dirige al bienestar del conjunto de seres humanos. A este respecto, se han señalado algunos ejes centrales, como la competitividad en tanto “capacidad de creación económica” y el ejercicio de la ciudadanía para garantizar los acuerdos sociopolíticos necesarios para la implementación de las políticas. La inclusión de la mujer se explica por tres razones: *a)* ella es vista ahora también como un recurso humano para el crecimiento, *b)* la propuesta incluye una dimensión ética, y *c)* los movimientos de mujeres han presionado a diferentes organismos, sobre todo los de las Naciones Unidas, en procura de sus reivindicaciones. Esto añade un aspecto más a la propia dimensión política de la propuesta.

El énfasis puesto en los grupos de población más desfavorecidos fue la puerta de entrada para las mujeres. Sin embargo, esto no garantizaba todavía el enfoque de género (que busca eliminar las desigualdades) porque han habido políticas “antipobreza” que consideraban a las mujeres como simples reproductoras (o productoras de pobres) o como responsables de elaborar, doméstica y comunitariamente, los bienes y servicios que no se podían adquirir en el mercado ni eran provistos por el Estado. El resultado era una sobrecarga que recaía en las mujeres. La propuesta ahora es diferente:

- i. No se trata de reducir el número de pobres con medidas de control de la fecundidad. No se trata de disminuir a los pobres sino de eliminar progresivamente las causas de la pobreza. En muchos casos, el descenso de las tasas de fecundidad implica menos hijos en hogares igualmente miserables, sin ninguna mejoría en la calidad de vida; sólo son menos los que sufren y esto no es suficiente.
- ii. De lo que sí se trata es de incluir una dimensión estratégica de género en la propuesta de transformación con equidad. Además de lo ya señalado acerca de las transformaciones económicas, tecnológicas y políticas, se requiere una transformación en las pautas culturales, un

replanteamiento de conductas y, sobre todo, un cambio de actitudes que siendo consideradas como valores son en realidad antivalores que obligan a una mitad de la población a permanecer en condiciones de subordinación con respecto a la otra. Esas relaciones de subordinación son reforzadas cultural y políticamente.

- iii. Finalmente, se plantea que, además de los procesos de transición demográfica, de transición política y de cambios tecnológicos, se está frente a un proceso de “transición cultural”. Prueba de ello es la ya difundida preocupación por abordar los diferentes temas con “perspectiva de género”. Ahora, se trata de cuidar que estos cambios lleguen a todas las mujeres y a todos los seres humanos. Esto requiere también, obviamente, de una mejor repartición de las cuotas de poder.

El Marco Conceptual de las Políticas Sociodemográficas

Aun cuando existen temas sobre los cuales es difícil articular una definición (y el de políticas sociodemográficas es uno de ellos) debe reconocerse que su conceptualización incluye la delimitación de su campo de acción, de sus estrategias y también de los agentes sociales hacia quienes van dirigidas.

La conceptualización de políticas de población ha avanzado desde “el conjunto de metas que deben ser alcanzadas en relación con el tamaño, composición, distribución espacial y ritmo de cambio” de los habitantes de un territorio determinado (Torrado, 1986, p. 6), pasando por “acciones orientadas a satisfacer las necesidades de la reproducción de la población, que es la de la sociedad” (Barbieri, 1993, p. 6), hasta ser entendida como “un conjunto de disposiciones legales, programas y acciones orientadas a modificar el comportamiento de las variables demográficas” (CEPAL, 1993). Nótese que mientras Barbieri incorpora la atención de “necesidades”, la CEPAL incluye el conjunto de medidas legales.

En una perspectiva más amplia, Argüello propone entender por políticas sociodemográficas “al conjunto de aquellas acciones públicas que tienen la intención explícita de influir sobre esas tendencias demográficas, ya sea en cuanto a su volumen o distribución; modificándolas en la dirección que el poder político cree que se ajustan mejor a su estrategia de desarrollo o a su proyecto de sociedad” (Argüello, 1995, p. 10). Este enfoque específica, por una parte, que se trata de políticas sociodemo-

gráficas², es decir, incluye las dimensiones sociales y culturales del comportamiento de las personas y, por otra, se enmarca en acciones públicas con una intención explícita. En muchos países de la región (y también fuera de ella), ante la ausencia de acciones desde el Estado, el sector privado fue el que emprendió las acciones principales. La dimensión implícita, por su parte, dio lugar a encubrimientos de intencionalidades sobre las cuales la sociedad no ha podido pedir cuenta de sus resultados ni a los gobiernos ni, en muchos casos, a los actores que han participado a través de organismos privados en los países.

Las Implicaciones de la Definición

Aun cuando diferentes autores —sobre todo si se trata de autores institucionales— puedan diferir en sus enfoques de las políticas sociodemográficas, existe consenso tanto acerca de su adecuación a los diferentes contextos sociopolíticos como acerca de su relación con las propuestas globales de desarrollo, mediante una relativa programación de los recursos humanos disponibles y necesarios para lograr el equilibrio entre las personas y los logros del desarrollo.

Pero este debate no ha sido ni fácil ni expedito. Desde la década de 1970 América Latina fue escenario de un fructífero —aunque a veces desnivelado— debate en torno, primero, de las políticas de población y de las políticas sociodemográficas después³. Un primer consenso fue que las variables de población deben formar parte integrante de las políticas públicas y de los modelos de desarrollo económico, así como sobre la necesidad de armonizar las tendencias demográficas con las del desarrollo económico y social. El problema se presentó cuando, al tiempo que se daba este debate en el

147

² Con el concepto de políticas sociodemográficas Argüello propone una solución al viejo problema (conceptual e ideológico) de la contraposición en el debate de los términos: política demográfica y política de población. El autor desecha la primera porque ha descuidado los derechos fundamentales de las personas y la segunda porque sólo se ha ocupado de algunos aspectos de la población (los demográficos) y no de la totalidad. La intención es incluir en el concepto aspectos sociales y culturales, además de un reconocimiento explícito a la dimensión ética de las medidas orientadas a modificar el comportamiento demográfico de las personas (Argüello, 1995).

³ Entre las principales reuniones internacionales se pueden citar: la Reunión Latinoamericana Preparatoria de San José de Costa Rica, para la Conferencia Internacional de Bucarest (1994); la Reunión Evaluativa de la Conferencia Internacional de Bucarest (México, 1974); la reunión del Comité de Expertos Gubernamentales de Alto Nivel (CEGAN/CEPAL) en Bogotá (1975) y Quito (1979); la Conferencia Internacional de Población celebrada en México (1984) y su reunión preparatoria de La Habana (1983); la Reunión de Expertos Gubernamentales de Santa Lucía (1992), la Conferencia Regional Latinoamericana y del Caribe sobre Población y Desarrollo de México (1994) para la Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo de El Cairo (1994) (CEPAL, 1993).

ambiente demográfico, se producía una cierta retracción en el énfasis puesto por los planificadores en las políticas sociales (Macció, 1992) y se diseñaban medidas de ajuste estructural desde las instancias de gobierno.

A pesar de las dificultades por mantener el énfasis en la planificación sectorial del área social, las propuestas más recientes apoyan la necesidad de definir un marco más amplio para responder a la complejidad que imponen las necesidades de la población.

La necesidad de diseñar políticas sociodemográficas radica en que sus objetivos nos ponen frente a uno de los recursos del desarrollo que hace más evidentes sus avances y retrocesos. Esto es, las y los habitantes en general y las condiciones de vida en particular. Cuando fracasa un modelo de desarrollo, las condiciones de vida de la población se deterioran de manera mucho más acelerada de lo que podrían hacerlo los indicadores macroeconómicos⁴.

Una vez encarada la importancia de definir políticas sociodemográficas corresponde considerar una nueva dimensión, también polémica, de las mismas, puesto que se dirige a comportamientos humanos tales como la nupcialidad, la fecundidad, la mortalidad y las migraciones, cuyo análisis conlleva subjetividades sobre las cuales aún no existen acuerdos, por lo menos no al mismo nivel en que se ha acordado incluir a la población como dimensión del desarrollo. Por ejemplo, no es lo mismo definir acciones que se orienten al comportamiento del “mercado” que definir programas relacionados con la reproducción humana.

Las políticas sociodemográficas se dirigen a conductas que buscan permanentemente el equilibrio entre lo culturalmente definido y los condicionantes económicos, sociales, medioambientales y políticos de la supervivencia humana. Dicho punto de equilibrio puede variar según la perspectiva con que se defina y según sus intereses subyacentes. Entre estos últimos cabe señalar dos, cuyo impacto es particularmente importante: los intereses religiosos y los de la estructura patriarcal de relaciones sociales.

En lo que dice relación con las posturas que sustentan intereses religiosos es preciso indicar que ellas encubren un cierto grado de determinismo fundamentalista que obliga a las personas —particularmente a las mujeres— a optar por una “naturalidad” que no siempre se adecua a los otros ámbitos de la vida.

En cuanto a las posturas patriarcales, lo más importante es destacar que los beneficios y los costos del desarrollo no se distribuyen equitativamente,

⁴ El otro recurso sensible a los efectos del desarrollo es el medio ambiente, tema que se reconoce pero que excede los límites de este trabajo.

es decir, que no están definidos los mecanismos que garanticen igualdad de oportunidades de progreso para todos y para todas, y tampoco establecer responsabilidades compartidas en el esfuerzo.

Derechos Individuales Para Todos

En la relación que se establece entre la pobreza como objetivo, la población como agente activo y la equidad en democracia como marco general, se plantea la necesidad de aumentar el empleo productivo y los salarios para disminuir la pobreza (CEPAL, 1993). También se postula el establecimiento de una separación entre las necesidades sociales y culturales y los requerimientos de la política económica, con miras a obtener mejores indicadores entre las primeras, aun cuando las difíciles condiciones del segundo aspecto impongan severas restricciones (Argüello, 1995). Todo esto parece concretarse en una visión ética que obliga a considerar, prácticamente por encima de cualquier acción, los derechos individuales de las personas y la potestad de los Estados. Ello con el fin de asegurar decisiones informadas por parte de los individuos y la aplicación de políticas públicas (Villa, 1995).

Este conjunto de postulados, coherentes entre sí, busca los medios más eficaces para llegar a todos y cada una de las personas, aunque en el momento de definir las políticas estén en las peores condiciones. En todos ellos la educación juega un papel fundamental como herramienta sociocultural que permite tanto elevar la productividad como mejorar las condiciones sociales (de salud, por ejemplo) y, a la vez, garantizar los derechos (por lo menos a las decisiones informadas) de las personas.

149

Es posible que el problema más serio esté en que la necesidad de compatibilizar la educación con los objetivos del desarrollo, imponen —y lo han señalado varios autores (Alméras, 1994)— un replanteamiento tanto de sus contenidos como de su metodología.

Entre las reformas requeridas en los sistemas educativos tienen un peso equivalente las necesarias para *a*) su adecuación a las nuevas necesidades y modalidades de la producción y de los avances tecnológicos; *b*) su adaptación a las necesidades regionales o locales y, sobre todo, *c*) la eliminación de todas las formas de contenidos discriminatorios, y ello incluye no sólo los textos sino los programas de enseñanza, la distribución de los tiempos, la atención diferencial de los alumnos y alumnas en las clases e incluso los espacios físicos de los establecimientos escolares.

Así como en en la transformación productiva con equidad se replantea la utilidad de la educación vigente para la capacitación de recursos humanos más productivos, cabe una revalorización de la educación de las mujeres para garantizar que en la defensa de los derechos individuales se esté haciendo referencia realmente a “toda” la población y no solamente a una mitad.

Afirmaciones tales como que la productividad y el ingreso dependen del nivel educativo y de la calificación —porque estos últimos determinan el nivel de competitividad y de salarios (CEPAL, 1993)— no se ajustan totalmente a la realidad. En el caso de las mujeres, existen factores culturales que producen un aumento de la brecha de ingresos según sexo, incluso cuando el nivel educativo de las mujeres aumenta (Aguiar, 1990).

Una situación similar se presenta cuando se sostiene que la transición demográfica, y con ella el descenso de la fecundidad, son condiciones favorables para la transformación productiva con equidad, o que un número menor de hijos facilita la incorporación de las mujeres al desarrollo. Si bien está claro que un menor número de demandantes de servicios hace más probable un aumento tanto de la cobertura como de su calidad, es igualmente cierto que un número menor de población no necesariamente garantiza la provisión y el acceso.

150

Lo más importante, en términos de equidad, parece estar en la entrega —a la población en general y a las mujeres en particular— de la posibilidad de decidir de manera libre e informada sobre el número y el espaciamiento de sus hijos. Esto implica, por un lado, la inclusión de la pareja (como forma ideal), y por otro, la equidad de acceso a los servicios de salud y planificación familiar. La garantía del derecho a la información —y con ello la destrucción de mitos y determinismos fundamentalistas— también se refiere a las limitaciones que trascienden el ámbito del Estado y se ubican en el contexto cultural de la comunidad y la familia.

Cuando se trata de grupos que no han alcanzado el umbral mínimo de capacidad y autonomía para ser incluidos como destinatarios de las políticas sociales, el mayor esfuerzo debería dirigirse a eliminar la inequidad inicial existente. En términos de políticas sociodemográficas, ello podría significar la necesidad de que los gobiernos pongan en práctica “iniciativas destinadas a eliminar las inequidades demográficas” (Villa, 1995, p. 49). Este debería ser un primer objetivo, al menos para los países más pobres de la región.

Villa (1995) considera que uno de los principales factores de reproducción de la inequidad está en la transmisión intergeneracional de la pobreza.

En esta situación la población pobre recurre a la fuerza de trabajo infantil para completar sus ingresos, sacrificando la educación de niños y adolescentes. Además, aumenta la fecundidad de las adolescentes, las que transmiten a sus hijos sus propias carencias materiales y culturales. Cada uno de estos indicadores señala la violación de algún derecho humano fundamental: a la niñez, a la salud reproductiva y a elevar la calidad de vida, por citar sólo algunos.

El hecho de que la mujer sea reconocida como la más pobre entre los pobres —y agregando las prácticas de paternidad no responsable de los hombres— deja a la mujer como centro de este proceso de empobrecimiento hereditario. Las acciones diferenciales para mujeres adolescentes (consideradas como grupos objetivo) podrían debilitar la rigidez de este círculo vicioso. Cuando se hace referencia a acciones diferenciales se está planteando la necesidad de programas especiales, tanto en términos de educación y de salud reproductiva como de formas no tradicionales de generación de ingresos. Aun cuando la intención sea desarrollar acciones sobre hechos demográficos, su ejecución no será posible al margen de otras medidas sociales y culturales que complementen los resultados deseados.

La Inclusión de las Variables Demográficas

151

Una vez establecida la relación entre la población y el crecimiento económico —en el marco del respeto a los derechos individuales y a la autonomía de los Estados— la siguiente preocupación estará en la forma de definir el tipo de intervención que se puede implementar, desde el sector público, para aliviar las presiones generadas por el rápido aumento de la población y por la forma en que ésta se distribuye sobre los recursos físicos y naturales. En la definición de dichas acciones se deberá considerar que sus impactos no son neutros, en cuanto podrían afectar diferencialmente a distintos agentes sociales según sexo, etnia y edad.

Existe una conciencia relativamente clara, incluso en aquellos países que no han desarrollado políticas explícitas, o que no tienen tasas de fecundidad demasiado altas (FNUAP, 1991), sobre los desafíos que impone una tasa de crecimiento poblacional alta.

Otra de las preocupaciones sobre los hechos demográficos de mayor impacto en el proceso de desarrollo económico y social, está en la forma en que se distribuye la población en el territorio de los países. La excesiva concentración en pocas ciudades y los vacíos poblacionales emergentes en

extensas áreas geográficas no solamente atentan contra la base de sustentabilidad ambiental de las políticas económicas sino que imponen condiciones de vida, —por ejemplo, de hacinamiento o aislamiento— que refuerzan los niveles de pobreza.

Así como en la dimensión de la fecundidad se ha constatado una suerte de círculo perverso en la transmisión intergeneracional de la pobreza, en las migraciones —sobre todo en las corrientes rural-urbanas— es posible encontrar una fuerte tendencia a trasladar las condiciones de vida de grupos carentes a áreas que, habiendo logrado un cierto equilibrio en el pasado, hoy son focos de no desarrollo.

En el caso del deterioro de la calidad de vida en las ciudades —y fundamentalmente en sus alrededores (áreas suburbanas)— cabe pensar en un nuevo círculo perverso, en este caso de transmisión interregional de la pobreza. Aun cuando este es un debate no resuelto (Oberai, 1989), lo que aquí se plantea es que, en la mayor parte de los casos, los migrantes pobres que “salen” de áreas rurales mantienen sus prácticas de comportamiento demográfico en las áreas de destino, trasladando sus carencias materiales y culturales y con la necesidad de un plazo relativamente largo de tiempo para variar sus conductas.

152

El análisis de los indicadores demográficos es una tarea ineludible para poder articular la población con el desarrollo, tanto en la priorización de políticas puntuales como en la definición de estrategias de impacto exitoso sobre las diferentes dimensiones que se vinculan a los hechos demográficos. En este sentido, las oficinas de estadística, los investigadores y los entes encargados de la formación de recursos humanos —aun cuando por sí solos no puedan definir las políticas sociodemográficas— tendrán la responsabilidad de proveer la base de conocimientos necesarios para establecer las sinergias requeridas por las estrategias más complejas de articulación de las tres dimensiones: poblacional, sociocultural y económica.

Un buen relevamiento estadístico permitirá definir los grupos objetivo prioritarios con las mayores inequidades demográficas. En este aspecto cabe remarcar la necesidad de considerar la equidad en su sentido amplio, tanto en términos de recursos materiales, medioambientales y de capacidades y conocimientos, como en relación al ejercicio de los derechos individuales de las personas. Entre éstos, las relaciones de género imponen —desde los espacios familiares y comunitarios— comportamientos absolutamente contrarios al concepto de igualdad de oportunidades —o mejor aun de equidad— en la distribución de los beneficios del desarrollo.

El Enfoque de Género como Medida Contra las Inequidades Demográficas

La mujer ha sido destinataria principal de gran parte de las políticas sociales y en particular de las políticas de población. Sin embargo, la incorporación del enfoque de género al debate de las políticas públicas es reciente y no es un hecho generalizado. Es más, este es un punto de permanente fricción y de resistencia, tanto de parte de los planificadores como de los agentes que tienen a su cargo la definición y ejecución de las políticas. Entre esos agentes deben incluirse, sin lugar a dudas, hombres y mujeres.

La definición de las funciones que cumplen las mujeres en el desarrollo, y de los impactos que las políticas tienen sobre ellas, ha evolucionado en el curso de los diferentes modelos de desarrollo (Portocarrero, 1990). En un primer momento, cuando los beneficios del crecimiento económico se distribuían por filtración, la mujer estuvo prácticamente ausente, excepto en lo que respecta a los así llamados “obstáculos para el desarrollo”. Vista (unilateralmente) como madre y responsable del crecimiento de la población fue objeto de un sinnúmero de políticas destinadas al control del crecimiento poblacional.

Más adelante fue considerada como un recurso económico, en tanto podía participar de la fuerza de trabajo; entonces se convirtió en objeto de políticas dirigidas a la universalización de la educación y a la creación de nuevos empleos. En ambos casos, la “participación” de las mujeres estuvo limitada a la recepción de los planes, sin que estos tomaran en cuenta las especificidades de género.

En el caso de la educación, si bien hubo un aumento sustancial de la matrícula femenina, la ausencia de planes que consideraran las características (y condiciones) de las mujeres hizo que ellas abandonaran la educación formal mucho antes que los hombres y que aquellas que alcanzaron niveles superiores no pudieran hacer uso efectivo de su capacitación. Además, los contenidos sexistas de los programas y planes (e incluso de la infraestructura educativa), en lugar de incorporar a la mujer al desarrollo reforzaron su posición tradicional de subordinación.

En el mercado de trabajo también se produjo la incorporación masiva de mujeres, especialmente de mujeres jóvenes urbanas. Ellas fueron consideradas entonces en su doble función de madres (porque los programas de planificación familiar nunca fueron abandonados) y de trabajadoras (principalmente obreras). Aun cuando fueron admitidas ambas funciones, no se tuvo

en cuenta que podrían darse simultáneamente; más bien se partía suponiendo que la mujer alternaba su rol de madre y de trabajadora según cual fuera el desarrollo del ciclo vital familiar.

A esto se sumó la fricción cultural —que hasta hoy subsiste— entre las funciones “naturalmente” reconocidas a las mujeres y las “otras” funciones. Entre estas últimas está el empleo productivo, que “por ser antinatural” fue desvalorizado. Entonces, aun cuando las mujeres lograron ingresar a la fuerza de trabajo, lo hicieron en los sectores de menor tecnificación, en los peores puestos, en malas condiciones de trabajo y con los más bajos salarios.

En el enfoque de las necesidades básicas, la mujer fue vista como proveedora de bienes y servicios en cuanto tenía la responsabilidad de concretar la satisfacción de las necesidades de alimentación, salud, cuidado de los niños y de la vivienda, etc. Fue definida como sujeto del desarrollo e identificada como la más pobre entre los pobres, pero sólo era reconocida en función de la familia y de la comunidad.

Al ser la encargada de la reproducción biológica y material del hogar, ella fue destinataria principal de las políticas antipobreza y de aquellos planes que requerían la participación de los sectores más “marginados” en la solución de sus problemas. Así, tuvo que hacer frente a planes de saneamiento ambiental, programas de nutrición y de mejoramiento de la vivienda y, en no pocos casos, a pequeños proyectos de generación de ingresos. La mayoría de las veces no se consideraba que ahora se le exigía el desempeño de una triple función: madre, trabajadora y encargada de proveer servicios al hogar y a la comunidad.

Sin embargo, alrededor de la década de 1970 estas políticas lograron que la mujer tuviera mayor presencia y con ello, mayor importancia en la planificación del desarrollo y en las políticas públicas. En aquellos momentos el concepto era Mujer en el Desarrollo.

En la época de prevalencia de los modelos que pusieron el acento en la agroexportación para aumentar los ingresos de divisas, la mujer no cumplió una función diferente a la que se le había asignado en el enfoque anterior, pero sufre los efectos negativos del modelo en dos aspectos principales: por un lado, la sobrevaloración de los cultivos de exportación determinó el aumento de la demanda de trabajo familiar y un creciente empobrecimiento campesino lo cual, a su vez, empeoró las condiciones de vida y de trabajo de las mujeres. Por otro lado, los recortes presupuestarios efectuados al gasto del Estado condujeron a que cada vez se produjeran más bienes y servicios en el hogar (particularmente en el suministro de agua potable, la salud, la

educación, la infraestructura para vivienda, los caminos y el combustible doméstico).

Los planes elaborados desde la perspectiva Mujer en el Desarrollo produjeron algunos efectos no deseados, como la doble y triple jornada y el aumento de la autoexplotación, y llevaron a las propias mujeres a la necesidad de plantearse la desigualdad de género como un obstáculo para alcanzar niveles más equitativos de desarrollo.

En el enfoque llamado “Género en el Desarrollo” se hace un esfuerzo por evidenciar la forma en que “... los factores culturales, causantes de la subordinación de las mujeres, tales como la jerarquía en la familia, el fundamentalismo religioso y la violencia contra las mujeres se mezclan con factores económicos responsables de que ellas sean mayoría entre los pobres del mundo, entre los analfabetos y los desempleados y las más afectadas por el hambre, la sequía y la crisis de alimentos, de energía y de agua...” (Aguiar, 1990, p. 16).

Lo que se persigue es incorporar a la mujer en una nueva forma de propuestas para el desarrollo, que le permitan participar “... en forma cabal y permanente de los beneficios y aportes que supone el verdadero desarrollo y, en especial, integrarla al proceso de toma de decisiones.” (López y Pollack, 1989, p. 40).

La incorporación de una perspectiva de género en procura de salvar los obstáculos al desarrollo pasa, además de reconsiderar los recursos humanos para el crecimiento económico, por rever los valores culturales y las relaciones de poder que excluyen a grandes sectores sociales (en este caso a las mujeres) de los beneficios del desarrollo. La mujer se convierte así en sujeto de participación activa en el diseño de las políticas públicas, al menos en el plano discursivo/teórico. En la práctica, las organizaciones sociales de mujeres, y más recientemente los planificadores, han considerado la necesidad de incluir a la mujer (y a otros grupos sociales, como los jóvenes, los niños y adultos mayores) en las diferentes etapas de la tarea del desarrollo, esto es, la planificación, la formulación y la aplicación de las políticas públicas.

En la década de los años noventa, la situación inicial de las mujeres es sustancialmente diferente de lo que era en los años setenta. En efecto, se reconoce su incorporación masiva a la educación y al trabajo remunerado, se ha avanzado en materia legislativa —desde el derecho al sufragio hasta la aceptación de su participación ciudadana y política— y existen nuevos códigos y modelos en la comunicación (Krawczyk, 1993). Sin embargo, todavía se registra una fuerte heterogeneidad en los logros alcanzados por las muje-

res, importantes desniveles en sus condiciones de vida y, sobre todo, inequidades en cuanto a sus derechos individuales.

La Cultura como Herramienta para Eliminar el Sexismo en las Políticas Sociodemográficas

Las políticas que se han venido discutiendo, aun cuando hacen referencia a hechos demográficos (nacimientos, muertes, migraciones), se dirigen a colectivos: pautas de nupcialidad, patrones de reproducción, niveles de calidad de vida o desplazamientos de grupos sociales desde un lugar del territorio a otro. Las personas establecen relaciones entre sí y con el hábitat en el cual están insertas y es justamente en esta dimensión relacional donde intervienen factores culturales, valores y antivalores, que refuerzan o desalientan sus conductas.

Se ha dicho también que en el nuevo enfoque de las políticas sociodemográficas tienen importancia relevante los derechos individuales, pero debe entenderse que éstos no siempre están representados en las pautas de comportamiento socialmente promovidas, como tampoco lo están en las prácticas políticas ni económicas. Es en este punto, el de las relaciones desiguales, donde se inscribe la perspectiva de género.

156

Un segundo aspecto que cabe considerar es que si se admite que en las relaciones entre hombres y mujeres la desigualdad está en contra de éstas últimas, será necesario admitir también que en los comportamientos demográficos existen prácticas discriminatorias que por mucho tiempo han definido (o prohibido) conductas que siendo propias no son igualitarias.

Como estas políticas intervienen de alguna manera en las conductas íntimas, tienen aspectos polémicos, y a ellos se agrega ahora el de la necesaria redefinición de las conductas entre hombres y mujeres, entre éstas y la familia, entre éstas y las instituciones.

La profundidad de este debate, aun admitiendo que la posición de la mujer ha variado sustantivamente durante la última década, permite anticipar que será tanto o más profundo que aquel que contraponía al crecimiento de la población con el crecimiento económico. En aquel momento la ideologización de la discusión dependía de los argumentos de los gobiernos, de los partidos políticos, y en todo caso, de los planificadores y de las iglesias. Hoy deben agregarse los intereses de cada una de las personas involucradas, que pueden adecuarse o resistirse a las nuevas propuestas.

Una mención especial merecen los esfuerzos que se realicen para que el sexo dominante, vale decir los hombres, pueda revisar también el lado oscuro de una relación que les impone conductas basadas en el autoritarismo, la exclusión y la fuerza.

Acciones con Respecto a la Reproducción Biológica

Dada la vinculación diferencial que existe entre reproducción y sexualidad, esta es el área de la política sociodemográfica en la cual está más directamente inserta la problemática de género. En las sociedades latinoamericanas, alrededor de ambos comportamientos aún persisten preconceptos con una larga tradición valorativa, que hacen referencia a la identidad femenina, es decir, a lo que la sociedad espera de ella y, como complemento, del hombre. Existe además una cierta asociación entre la capacidad de modernización de los diferentes grupos sociales y la supervivencia de dichos preconceptos (Heikel, 1993). A modo de ejemplo se pueden citar:

- i. La maternidad constante durante el período fértil como mecanismo de realización del ser mujer y del ser hombre (esposo o compañero).
- ii. La nupcialidad temprana. En muchos países la mujer pasa de la niñez a la maternidad sin detenerse en la adolescencia y mucho menos en la juventud. La menarquía es uno de los hitos que habilita a la mujer para la sexualidad-maternidad-uniión conyugal. Esta condición determina al esposo (compañero) como ser supremo, ya que “mediante él” la mujer se realiza en la maternidad, que es su designio principal.
- iii. La lactancia como método de espaciar los nacimientos encarada espontáneamente y sin control médico alguno. Muy por encima de las ventajas para la nutrición del lactante, el amamantamiento es considerado como una prolongación del embarazo, pues ocupa a la mujer en “sus” funciones y, por ende, evita que se “distraiga” en otros roles diferentes a la maternidad. En el Paraguay, como en otras sociedades, se asume que mientras la mujer está embarazada (o en período de lactancia) no engañará a su compañero (Fogel, Heikel y otros, 1993). Detrás de estos prejuicios se ocultan mecanismos de posesión/subordinación.

157

La Trampa Biológica

Aun cuando se puede admitir que, por ejemplo, la educación y los medios de comunicación están transmitiendo otros modelos de identidad a la

mayoría de las comunidades pobres de la región, se hace difícil pensar que aquellos mensajes lleguen —y ejerzan alguna influencia— en la cosmovisión vigente, sobre todo la masculina.

Ciertos tipos de estructuras familiares —como la extensa, constituida por tres generaciones conviviendo en el mismo hogar— y el control social que las comunidades locales pueden ejercer sobre el comportamiento de las mujeres, son obstáculos que no podrán salvarse a menos que se definan programas multidisciplinarios para fortalecer la participación activa de las mujeres en el planteamiento de nuevas relaciones sociales, especialmente en cuanto a aquellas conductas que ejercen efectos directos sobre el comportamiento demográfico.

De todos estos elementos, la relación existente entre sexualidad y reproducción es la más importante a la hora de definir políticas sociodemográficas referidas a la reproducción biológica. Para las mujeres, ambos conceptos —traducidos en comportamientos concretos— están fuertemente asociados, hasta el punto de constituir uno mismo. En cambio, para los hombres, la sexualidad no implica reproducción y, de hecho, la primera se ejerce sin que sea necesario asumir la segunda. Esto forma parte de la “trampa biológica”, de la cual se desprenden las diferencias de género, independientemente de los segmentos sociales (o de clase si se prefiere), de las posiciones político partidarias, de las áreas de asentamiento (rural o urbano) y de los grupos de edad, por mencionar aquellas diferencias usualmente debatidas.

158

La idea de “trampa biológica” se refiere, en lo esencial, a todas aquellas situaciones de subordinación a que es sometida la mujer a partir de su constitución física. Esto, por supuesto, incluye a la maternidad, pero también a los otros roles “femeninos” asignados socialmente y asumidos culturalmente. El tipo de trabajo (manual y sin herramientas) asociado a sus dotes fisiológicas para la reproducción y el amamantamiento y también la actitud de sumisión y resignación asociada al determinismo de lo natural y su objetivación para el placer del otro (compañero, hijos, extraños) no son más que derivaciones de la misma trampa inicial que diferentes sociedades han mantenido para conveniencia del sistema patriarcal de relaciones.

La “trampa biológica” es precisamente eso, una trampa. Imprime una condición desde el nacimiento que hace diferentes a hombres y mujeres, pero siempre con la presencia de relaciones de subordinación. Esto aproxima la problemática de los sexos a la de las castas. En este sentido, Miller señala “Aun cuando los grupos que gobiernan por derecho de nacimiento están desapareciendo rápidamente, subsiste un modelo arcaico y universal,

del dominio ejercido por un grupo natural sobre otro: el que prevalece entre los sexos” (Miller, 1975, p. 33). Además, se trata de una trampa para atrapar a las mujeres. Ellas quedan rehenes y subordinadas a roles que, si bien se han construido en base a su capacidad natural para concretar el acto del nacimiento, perpetúan conductas que no tienen otra raíz que la trampa misma. En otras palabras, lo femenino y lo masculino no se deriva de la naturaleza humana sino que es una construcción interesada hecha (y por demasiado tiempo) a partir de una diferencia biológica concreta. En este sentido, la misma autora afirma: “... sin embargo, ni la diversidad de temperamentos creada por el patriarcado (rasgos masculinos y femeninos de la personalidad) ni, menos aun, los distintos papeles y status, parecen derivar en absoluto, de la naturaleza humana...” (Miller, 1975, pág 36).

Los Derechos Reproductivos

Las políticas destinadas a influir sobre la fecundidad que se orientan por igual a ambos sexos deberán asumir posturas concretas ante la realidad de las mujeres y transformarla, mucho antes de definir si lo conveniente es aumentar o disminuir el número de nacimientos.

Entre las estrategias sociodemográficas se destaca la necesidad de desmitificar el ejercicio diferencial de la sexualidad. Se debe esperar que el ejercicio, disfrute y goce de este fundamental derecho humano, que además contribuye al desarrollo de la persona (iniciativa, creatividad), tenga idénticos beneficios y costos para ambos sexos.

159

Los derechos reproductivos garantizan la capacidad de elegir entre no embarazarse o vivir el embarazo y de tener un parto y una lactancia en condiciones de máxima seguridad. Sin embargo, a ellos apelan mucho más las mujeres que los hombres. Esta situación, también desigual, se debe a que ellos no han vinculado en la medida necesaria la sexualidad y la reproducción, e intervienen más como controladores de la posibilidad de que la mujer opte o no por un método de planificación familiar, que como sujetos del propio derecho.

El debate sobre la necesidad de reconocer, entre los derechos de los hombres, sus derechos en el ámbito reproductivo lleva más de una década. La Conferencia Internacional de Planificación Familiar en los 80 (Jakarta, Indonesia, 1980) afirmó que los hombres tienen los mismos derechos reproductivos —es decir, el derecho a controlar sus cuerpos— que las mujeres. En la conferencia se señaló que los servicios asistenciales no reflejan dichos dere-

chos, y recomendó que, como prioridad para la década, se incluyeran programas para hombres (Population Council, 1991).

Otra estrategia destinada a involucrar a los hombres en una concepción más humana de la sexualidad y de la reproducción está en programas que promuevan una distribución más equitativa de la división social del trabajo entre los sexos, lo cual incluye las tareas inherentes a la procreación y a la crianza de los niños. Así como la salud reproductiva (o genésica) debe ser concebida más allá de las edades reproductivas, las condiciones microsociales para su ejercicio también deben trascender el embarazo, el parto y el puerperio.

La información sobre el funcionamiento del cuerpo humano masculino y femenino es condición necesaria, aunque no suficiente, para garantizar el ejercicio de los derechos reproductivos. También es preciso contar con servicios adecuados (confiables y seguros) de planificación familiar, que incluyan plena información, acceso al método libremente escogido y, sobre todo, un trato más humano de parte de los profesionales (de ambos sexos) y de las instituciones hacia los usuarios (también de ambos sexos).

160 Los avances logrados en los servicios y métodos de planificación familiar constituyen una herramienta eficaz para redefinir la vinculación entre sexualidad y reproducción. Su validez y aplicación, como política pública, es reconocida en la mayoría de los países de la región pero aún existe una proporción importante de demanda insatisfecha, que va desde el 80% en países como Brasil y Colombia hasta un 35% en Bolivia (Krawczyk, 1993).

La magnitud de la demanda insatisfecha —o lo que es lo mismo, el nivel de cobertura logrado— muestra una inequidad demográfica que las políticas deberían compensar, sobre todo considerando que la cobertura no alcanza a los grupos de menores recursos que dependen de la asistencia social para ejercer el derecho a la planificación de los nacimientos. Por lo demás, estos mismos grupos son los que sufren el mayor peso de las determinaciones culturales, la escasa educación y las pocas oportunidades de empleo. A partir de los resultados de las diferentes investigaciones realizadas con datos de las Encuestas Nacionales de Demografía y Salud y de diversos estudios cualitativos, se ha llegado a dos tipos de conclusiones: *a)* el “conocimiento” de métodos de planificación familiar no implica acceso y mucho menos uso, y *b)* aun cuando estén disponibles en los servicios de salud, es frecuente la oposición del compañero, de la familia y, por último, de la comunidad. Estas razones permiten afirmar que en lo referente al acceso a los métodos anticonceptivos se deben considerar simultáneamente tres dimensiones: la que

compete al sistema de salud, la de sus costos económicos y la cultural, donde la sanción social recae justamente en el hecho de separar sexualidad de reproducción. En la cultura latinoamericana, salvo contadas excepciones, si una mujer a cierta edad no se embaraza es porque “se porta mal”, o se trata de una “anormal”: enferma, “marimacho” u otros. En la generalidad de los casos no se acepta que puede constituir una elección, tomada incluso por los dos miembros de la pareja.

Lo que aquí se quiere señalar es que, además de los servicios e información —que están garantizados por el concepto de derechos reproductivos—, es preciso un cambio de actitud frente a la opción de ejercer la sexualidad en forma separada de la reproducción.

Otros aspectos de los derechos reproductivos que deberían motivar un mayor debate son:

- i. La validez, eficacia y seguridad de los métodos modernos y de los tradicionales.
- ii. Los momentos oportunos de esterilización masculina y femenina. Aquí se incluye la plena conciencia sobre las consecuencias de optar por un método irreversible.
- iii. La fecundidad artificial —o simplemente las ayudas médicas— para aumentar la fertilidad de hombres y mujeres, la magnitud de la demanda, sus costos y formas de acceso.

161

La Valoración de los Hijos

Finalmente, cabe considerar aquellas argumentaciones que sostienen que el comportamiento reproductivo (y ya no la sexualidad) tiene expresiones diferentes según la inserción económica de los grupos sociales y, sobre todo, según las condiciones de vida en que se reproducen (en el sentido amplio).

Los análisis disponibles afirman que para aquellos segmentos sociales en los cuales la mortalidad en la niñez (perinatal y de niños menores de 5 años) es alta, los embarazos también tendrán una valoración positiva; sin embargo, si la madre se ha incorporado al mercado de trabajo esa valoración será negativa.

Si bien estas interpretaciones son frecuentes, inclusive entre las mismas mujeres, tal valoración de los embarazos responde a un sistema conceptual que favorece una visión patriarcal y discriminatoria de la fecundidad femenina. La interpretación sería diferente si se hace desde la perspectiva de

género, con lo que, de paso, se evita caer en la peregrina discusión de si las políticas de fecundidad deben ser pro o antinatalistas.

Así, cuando la mortalidad en la niñez es alta, el problema debería ser abordado con políticas dirigidas a disminuir la mortalidad, con políticas económicas y, sobre todo, con políticas de bienestar social y de participación. Esto permitiría resolver el problema en sus orígenes. Por otra parte, no cabe responsabilizar a la mujer que desea (o debe) incorporarse al mercado de trabajo o a cualquier otra esfera del ámbito público (hasta hoy masculino), de restar tiempo a la crianza de hijos. Eso significa poner a un sexo (la mujer) en la disyuntiva de ser madre "o" trabajar, de ser madre "o" participar en actividades políticas, mientras que el otro sexo puede ser varón, padre y trabajador simultánea o alternativamente.

Si lo que se espera es lograr una participación equitativa en la preservación del equilibrio demográfico, las definiciones de los roles de maternidad y paternidad deberían ser también revisadas.

Acciones con Respecto a la Mortalidad y la Morbilidad

162

Las políticas dirigidas a disminuir la mortalidad son las que hacen más evidentes las relaciones entre política social y política de población, al punto de que se sostiene que las medidas para evitar las muertes son políticas sociales de población y por ello no fueron incluidas en el debate sobre la conveniencias o no de establecer políticas "de" población (Argüello, 1995).

Otra forma de relacionar ambas políticas se advierte entre quienes sostienen que su propósito debería estar dirigido a mejorar la calidad de vida de los habitantes durante un número mayor de años: "Toda vez que la muerte sea inevitable, la meta de la salud pública no es reducir el número de fallecidos sino aumentar el número de años que una persona puede vivir activamente y sana" (Galves Murillo, 1988, p. 23). Este enfoque apunta a corregir las causas que determinan la pérdida de la vida activa y sana, y utiliza la esperanza de vida como principal indicador.

El deterioro de las condiciones de vida pasa a ser objeto de preocupación de las políticas referidas a la mortalidad y exige un alto grado de coordinación entre las áreas de salud, bienestar social, población y medio ambiente por un lado, y de estas con las de economía y de participación política, por el otro.

Sobre la mujer recaen particularmente los efectos del deterioro de la calidad de vida, tanto en ella misma como en en su familia y en su comunidad.

Ella es la encargada principal de mantener la salud y de multiplicar esfuerzos para combatir las enfermedades y enfrentar sus causas.

Algunas Propuestas para Precisar el Debate

Sin bien es cierto que las políticas referidas a la disminución de la mortalidad se han mantenido fuera de la discusión sobre las “políticas de población”, existen dos temas que merecen un mayor debate: *a)* el reconocimiento de que las políticas de salud en general —y las relacionadas con hechos demográficos en particular— no son neutras, en el sentido de que al referirse a los comportamientos más “íntimos” de las personas (nupcialidad, sexualidad, reproducción) implican intereses que van más allá del ámbito sanitario; *b)* el reconocimiento de que aun cuando se ha desarrollado suficiente experiencia en materia de salud preventiva, dicha estrategia no está siendo efectivamente aplicada en los casos de salud materna.

En el primer caso, cuando se incluye el tema de salud reproductiva y, dentro de él al aborto, la asepsia de los temas sanitarios deja lugar a posturas tan ideologizadas como aquellas que contraponían crecimiento demográfico y crecimiento económico. Estos temas, que trascienden los ámbitos sanitarios y demográficos, deberían ser mejor acotados, y ubicados en nuevos consensos que permitan la definición de políticas públicas especialmente dirigidas a salvar vidas femeninas. En el tema de salud reproductiva, al que se volverá enseguida, se deben incluir, además, los de salud sexual y de enfermedades sexualmente transmisibles (incluyendo el SIDA). Con respecto a la disminución de las tasas de mortalidad a partir de medidas preventivas debe considerarse que, si bien existe una gran facilidad para reducir las tasas de mortalidad infantil (específicamente), aun en condiciones de menor desarrollo (Argüello, 1995), esa reducción se da generalmente en contextos de altas tasas de mortalidad infantil y en relación a causas de morbilidad prevenibles por vacunas o por medidas de saneamiento ambiental e incluso relacionadas con la malnutrición. Pero, cuando se alcanzan ciertos umbrales, el mantenimiento del ritmo de disminución exige fuertes inversiones en tecnología médica e infraestructura, que difícilmente se logran en contextos de menor desarrollo.

Ahora bien, con respecto a la implementación de políticas de salud preventivas en contextos de altas tasas de mortalidad, la pregunta que habría que plantear —cuando se trabaja con una perspectiva de género— es ¿por qué resulta difícil utilizar dicha metodología, suficientemente comprobada, cuando se trata de prevenir la morbimortalidad materna?

Con esto no se pretende establecer la no existencia de programas de atención a la madre, sino destacar que sus resultados no siempre se corresponden con los esfuerzos realizados. En su ineficacia influyen las preconcepciones y actitudes tanto de los profesionales como de los paramédicos y de las propias beneficiarias. Las diferentes posiciones acerca de la salud de las mujeres y de la maternidad son elementos que obstaculizan tales políticas y programas.

La “naturalidad” del embarazo y del parto, interpretada erróneamente, lleva a embarazos de riesgo; la desvalorización de la función social de la maternidad interfiere en las inversiones destinadas a mejorar la calidad de su atención, y las posturas discriminatorias sobre la salud femenina llevan a considerar que son “problemas de mujeres” y, por lo tanto, problemas menores.

La morbimortalidad materna gana posiciones en la discusión en dos ocasiones: cuando se la considera como un problema de salud pública —que en muchos países de la región y dentro de ellos todavía no es considerado como tal, porque hay otras prioridades—, y cuando, en la discusión del aborto, se la encara desde la perspectiva religiosa.

Salud Reproductiva y Aborto

Es difícil determinar si la salud reproductiva es un tema que debe insertarse en el campo de las políticas estrictamente de salud o en el de las socio-demográficas. En general, se puede advertir que los especialistas la ubican en uno u otro campo, pero siempre reconociendo que merece un enfoque multidisciplinario que incluya, además, aspectos legislativos, éticos —en términos de derechos de las personas— y sociológicos.

En este trabajo se ha optado por incluir en el tema a la planificación familiar y a los derechos reproductivos entre las acciones relacionadas con la reproducción y a la salud reproductiva, con el fundamento de que las ineficacias en su atención mantienen altas tasas de mortalidad materna. El énfasis puesto en la mortalidad materna no excluye de este concepto a la salud reproductiva masculina.

En su conceptualización, la salud reproductiva debe ser valorada como un derecho humano básico —del mismo modo que hoy día es considerado el derecho a la salud— y que va más allá del embarazo y del parto. En otras palabras, la salud reproductiva debe incluir los procesos de cambio en la adolescencia (menarquía, entre otros) y en la edad adulta (menopausia y

andropausia). Todo debe ser motivo de programas especiales dirigidos hacia la mujer y hacia el hombre, valorándolos como seres humanos y no como meros generadores de nuevos niños.

Este enfoque fue asumido por el Programa de Acción aprobado por los delegados en la Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo de El Cairo (1994). En él se define a la salud genésica como “un estado general de bienestar físico, mental y social y no de mera ausencia de enfermedades o dolencias, en todos los aspectos relacionados con el aparato reproductor y sus funciones y procesos” (ICPD, 1994, Principio 8, párr. 7.2 y 7.3).

La discusión sobre salud y derechos reproductivos ha llevado a otro concepto, más polémico aún y finalmente no aceptado: el de salud sexual como diferente, aunque complementario, del de salud reproductiva. Si ambos conceptos hubiesen sido aprobados, se estaría frente a una postura mucho más coherente con el planteamiento que postula la necesidad de separar sexualidad de reproducción para así garantizar el libre ejercicio de los derechos individuales.

Otro aspecto incluido en el concepto de salud reproductiva es el de la ejecución de programas de atención de la infertilidad de hombres y mujeres, cuya implementación exige de grandes inversiones en tecnología, depende de una real toma de conciencia sobre la forma de tratar los problemas de infertilidad en las parejas (de ordinario asumidas como una incapacidad femenina) y constituye una posición neutra sobre las posturas anti o pronatalistas.

El aborto es otro de los temas polémicos fuertemente asociados a la morbilidad materna. En el Plan de Acción aprobado en El Cairo se especifica que debe ser encarado como un problema de salud pública y no como método de planificación familiar (Plan de Acción de la CIPD, párr. 8.25).

En la mayoría de los países, por determinaciones jurídicas y religiosas, el aborto se realiza clandestinamente y con resultados negativos para la salud de las mujeres, convirtiéndose así en un grave problema tanto para las mismas mujeres y sus familias como para la salud pública. Estos mismos determinantes son los que hoy dificultan la producción de conocimientos sobre sus motivos, su magnitud real y sus consecuencias sociales.

Este es otro de los temas que deberá ser encarado por las políticas que tengan como propósito la disminución de la mortalidad, ya que el aborto constituye una de las más importantes causas de muerte materna en la región. Este problema sociodemográfico, que afecta de manera diferente a

mujeres y a hombres, ha sido introducido en el debate público por las iglesias en algunos países, por los partidos políticos en otros y, en casi todos, por las organizaciones de mujeres.

Este es el momento para que las políticas sociodemográficas —y sus programas referidos a la mortalidad— propicien el debate, en el marco de las recomendaciones del Plan de Acción de 1994, y para que se aseguren mecanismos jurídicos de atención sanitaria destinados a evitar la mortalidad femenina por complicaciones postaborto. Del mismo modo, estas políticas podrán promover investigaciones científicas para conocer las causas por las que estas prácticas permanecen en la sociedad latinoamericana. En todas estas acciones se deberá facilitar la participación de especialistas en materia de salud y población, de las organizaciones de mujeres, de juristas y de legisladores.

Otras Acciones en Salud

166 Además de los problemas relacionados con la salud sexual y reproductiva, existen otros, que afectan específicamente a la mujer y que están determinados tanto por su condición de ser mujer (y la división de tareas domésticas que le corresponde) como por su posición dentro de los grupos de más escasos recursos. Muchos de ellos conllevan complicaciones crónicas y algunos pueden incluso producir una muerte temprana.

Como ejemplo, en el caso de las mujeres pobres cabe una referencia a los problemas de salud relacionados con la alimentación, en dos sentidos: *a*) porque la mujer come poco, tarde y mal, y *b*) por el tipo de tareas (y sus condiciones de realización) que debe realizar para preparar la comida, principalmente la inhalación de humo y las posturas para cocinar.

Otras tareas, como el acarreo de agua, el agacharse permanentemente y el poco descanso (dormir mal y escaso tiempo de ocio) también producen trastornos de salud, relacionados con el trabajo y con los niveles de calidad de vida.

Acciones con Respecto a la Migración y la Distribución Espacial de la Población

El movimiento de las personas dentro y hacia afuera de los espacios nacionales es un hecho demográfico que requiere un enfoque multidiscipli-

nario con la participación de las áreas de población, economía, medio ambiente y legislación (entre las más relevantes).

La movilidad territorial implica no solamente el traslado de las personas sino también su forma de asentamiento o de fijar la residencia, que en los países de América Latina —a partir de propuestas macroeconómicas centralizantes— ha tomado la forma de concentraciones urbanas (el 74% de la población vive en “ciudades”) que imponen presiones difíciles de resolver (FNUAP, 1995).

El interés de las políticas sociodemográficas está en la articulación de medidas que contribuyan a un ordenamiento racional del uso del territorio y sus recursos, tanto humanos como medioambientales.

En el debate sobre las migraciones se tiende a superar la clasificación tradicional sobre si las personas se trasladan por atracción o por rechazo ya que, por una parte, las migraciones podrían trascender las motivaciones meramente económicas y, por otra, porque se hace necesaria una relectura de la vigencia de motivos realmente atractivos ante la constatación de los niveles de desinformación que acompañan los procesos migratorios.

Así, las acciones relacionadas con la migración deberían considerar que:

- i. Las migraciones, en su mayor parte, están revelando estrategias de grupos de población que intentan por ese medio resolver situaciones de escasez y necesidades de realización económica y sociocultural en sus lugares de origen. Con esto se está señalando que el punto de partida está, nuevamente, en las desigualdades producidas por estrategias de crecimiento económico que no han considerado suficientemente las consecuencias demográficas.
- ii. Las migraciones crean vacíos de población en unas áreas y excesiva concentración en otras, con los consecuentes problemas sociales, económicos y culturales.
- iii. Aun cuando los Estados tengan la potestad de legislar sobre la movilidad de las personas, cada individuo tiene el derecho de determinar por sí mismo, y de manera libre e informada, el lugar y tiempo de duración de su residencia.
- iv. Existen desplazamientos provocados por motivos políticos que merecen una consideración especial en el derecho internacional, pero que se alejan de las posibilidades de atención dentro de las políticas sociodemográficas.

- v. Las diferentes formas que adoptan las migraciones tienen que ver con las características y condiciones de las personas y varían según el sexo, la edad, la etnia y sus posibilidades iniciales en términos económicos.

Mientras las migraciones sean consideradas como movimientos que las personas realizan naturalmente para mejorar sus oportunidades de empleo y acceso a los servicios, no deberían ser área de preocupación para las políticas públicas. El problema empieza a ser tal —y de hecho lo es desde hace mucho tiempo— cuando se reconoce que “los movimientos migratorios no podrán desvincularse de las características de la estrategia de desarrollo económico y social implantada por los grupos dominantes” (Argüello, 1995, p. 28).

Las inequidades sociales y económicas producidas por las estrategias concentradoras de desarrollo han producido desequilibrios en el uso de prácticamente todos los recursos del desarrollo, del medio ambiente, los humanos, las reservas culturales y también el territorio. Todos los recursos han sido usados sin brindar las garantías necesarias para un mejor desarrollo real y equitativo.

168

Las nuevas propuestas buscan incidir en la distribución de la población a través del fortalecimiento de los centros urbanos intermedios y la desconcentración de las decisiones y el poder político, económico y administrativo (CEPAL, 1993).

El Plan de Acción de El Cairo establece que para el año 2010 se contará con 26 megaciudades con más de 10 millones de habitantes cada una (Programa de Acción de la CIPD, párr. 9.12). América Latina, que en la actualidad cuenta con dos megápolis (São Paulo y Ciudad de México), triplicará ese número si mantiene el actual ritmo de urbanización.

Los procesos de distribución espacial deficientes hacen que los gobiernos nacionales —y sobre todo los municipios urbanos— no puedan satisfacer las necesidades de vivienda, empleo y transporte de sus habitantes, ni mucho menos garantizar la disponibilidad de agua potable, desagües cloacales y de disposición de desechos. A su vez, esto produce nuevas desigualdades sociales, y los “motivos” de la migración a la ciudad pierden vigencia cuando el migrante llega a su destino y, sobre todo, implica un ritmo de deterioro ambiental más acelerado que la propia urbanización.

Por otra parte, en las áreas rurales la escasez de recursos humanos, sumada a la falta de propuestas políticas concretas para el desarrollo local, a la disminución progresiva de las economías campesinas tradicionales y al

desinterés de los inversionistas por trasladar sus actividades lejos de los centros de demanda “garantizados” conforman dos escenarios. Uno con una acelerada pérdida de los recursos humanos para definir una nueva estrategia de desarrollo, y otro con propuestas alternativas de producción, de fortalecimiento de los poderes locales mediante la participación de sectores (sociales, culturales y económicos regionales) y de descentralización de los principales servicios.

La necesidad de definir políticas sociodemográficas que tiendan a corregir la actual concentración de población —incluyendo medidas que desalienten algunas migraciones internas— no puede soslayar los derechos de las personas a la libre circulación en el territorio o fuera de él, ni la potestad de los Estados para regular el movimiento de extranjeros al interior de sus países (Argüello, 1995).

Para garantizar la vigencia de tales derechos es necesario que las políticas dirigidas a las migraciones incluyan mecanismos de información destinados a migrantes potenciales en sus lugares de origen acerca de las condiciones de vida en los destinos migratorios. Esto es válido tanto para los movimientos internos como para los internacionales.

Destacar los derechos de los migrantes no es materia nueva; existe abundante legislación en la mayoría de los países sobre el tema. En los convenios internacionales se recomienda, en primer lugar, la consideración del derecho a no migrar, es decir al desarrollo personal, económico, cultural, social y político de los habitantes en un territorio determinado y, como contrapartida, se reconoce el derecho a la libre movilidad a través de las fronteras. También se mencionan los derechos del migrante a la justicia social, a mantener su identidad cultural y a participar políticamente (Mármora, 1990).

Sin embargo, en las legislaciones nacionales se plantean sesgos economicistas y sexistas. Los primeros en cuanto encaran mejor los aportes y las restricciones laborales que los relacionados con aspectos científicos y culturales, y los segundos porque en la extensión de los derechos de los inmigrantes la figura central es que el beneficiario directo es el hombre, y esos derechos sólo corresponden a las mujeres y a los hijos en forma extensiva. La legislación sobre reunificación familiar es uno de los aspectos que más interesa a las mujeres migrantes cuando están en la posición de cónyuge y madre; sin embargo, los movimientos internacionales de mujeres son cada vez mayores, y actualmente alcanzan el 50% de los mismos (FNUAP, 1995); entonces, en la regulación de sus obligaciones y beneficios, deberán ser consideradas en igualdad con los hombres.

La legislación migratoria incluye también conceptos tales como los “derechos humanos” de los migrantes ya sean tanto de los extranjeros residentes en el país como de los nativos en el exterior. Estos tienen relación con sus derechos a la salud, a la educación y al empleo, principalmente.

Los derechos políticos de los migrantes son un aspecto poco desarrollado, y a veces contradictorio, ya que mientras por un lado se imponen obligaciones tributarias y militares (en los países con servicio militar obligatorio), por el otro no siempre se garantiza el derecho al voto de los nativos residentes en el exterior.

Además de las medidas destinadas a influir sobre la desconcentración poblacional, el desarrollo local y las medidas legislativas, la política migratoria debe encarar algunas modificaciones en materia de investigación acerca de las motivaciones y de los mecanismos de sobrevivencia de los migrantes. En este sentido, los estudios según grupos de edades y sexo permitirán definir políticas adecuadas a los diferentes actores sociales y sus necesidades específicas.

Desde la perspectiva de género, los temas necesarios que deben profundizarse se refieren, en primer lugar, a las condiciones de vida de los migrantes, ya sean internos o internacionales. A modo de ejemplo, se puede señalar la ausencia de legislación sobre atención a la salud reproductiva de las migrantes comparada con la abundancia de los beneficios sociales derivados del empleo en el caso de los migrantes hombres. En segundo lugar, a los estudios sobre las diferentes formas de inserción laboral en empleos de mala calidad y peor remuneración que caracterizan a los migrantes deberán agregarse estudios específicos sobre la vulnerabilidad de las mujeres en regímenes de explotación sexual, sobre todo cuando se trata de indocumentadas.

En los desequilibrios que produce la migración de adultos varones se debe destacar la situación de deterioro de las condiciones de vida en que quedan las mujeres solas a cargo de grupos familiares conformados por ancianos y niños. En estos casos coexiste un nivel de reproducción económica mínimo, a veces con altos niveles de reproducción biológica, ya que entre los más pobres la fecundidad es más alta (Fogel, Heikel y otros, 1993).

Desde una visión complementaria, cabe recomendar la realización de estudios con mayor profundidad acerca de los beneficios de la migración para cada uno de los sexos y, en particular, el destino que tienen las remesas de los migrantes en las familias de origen. Si bien esos envíos no siempre tienen un destino productivo, en muchos casos contribuyen a solventar gas-

tos de vivienda, salud y educación en familias a cargo de mujeres solas cuyos compañeros o hijos han migrado (Oberai, 1989).

Las Variables Sociales y las Sinergias Convenientes

El acuerdo existente sobre la necesidad de integración de la dimensión poblacional a los modelos de desarrollo implica establecer nexos conceptuales, y sobre todo operativos, entre las variables demográficas y las sociales y culturales. La definición de un modelo interactivo es propuesto como alternativa frente a las condiciones de menor desarrollo relativo en los países con bajos indicadores sociodemográficos (Argüello, 1995).

Se trata de mejorar la situación demográfica elevando la calidad de vida mediante la ampliación del acceso a la educación, el respeto —y garantía— al derecho a la información y el mejoramiento de la capacidad productiva de los recursos humanos para elevar el nivel de ingresos (CEPAL, 1993).

Aun cuando no es posible establecer prioridades generales para la región en términos de necesidades socioculturales —porque su comportamiento es heterogéneo (Krawczyk, 1993)—, la educación y el trabajo productivo remunerado aparecen como dos de los ejes principales para articular acciones socioeconómicas con impactos previstos como positivos en el comportamiento de las variables demográficas (Villa, 1995).

Ante la validez reconocida de las formulaciones anteriores, y a modo de contribución desde la perspectiva de género, lo que aquí se intenta es llamar la atención sobre algunos aspectos de las políticas en educación y empleo que interesan particularmente cuando se espera que dichos impactos fortalezcan el replanteamiento de ciertas relaciones sociales que son contrarias a la equidad entre los sexos.

Con Respecto a la Educación

La propuesta de transformación productiva con equidad señala que la mayor educación de las mujeres disminuye la mortalidad infantil y las tasas de fecundidad y, con ello, mejora las condiciones de vida. Sin embargo, ante el planteamiento de una relación casi unívoca cabe preguntarse: ¿Las condiciones de vida de quién o de quiénes? Esto no obedece a una posición contraria a que los niños vivan más y mejor, sino a que se pretende dar un paso más hacia una mejora substantiva en la posición de las mujeres en la sociedad.

El acceso masivo a la educación no ha garantizado un cambio sustancial en la equidad entre los sexos. Además, según se ha visto, junto con las dificultades contenidas en la desvalorización y la inadecuación de la escolarización tradicional para los sectores de menores recursos, las mujeres —independientemente de la calidad y del nivel de su escolarización— precisan más años de educación para acceder al mismo puesto de trabajo y, aun así, obtienen un salario menor que los hombres. En otras palabras, para ellas el esfuerzo debe ser mayor para conseguir peores resultados.

Los contenidos discriminatorios de la educación están siendo revisados por las diversas reformas educativas de la región, con el objeto de encontrar formas que contribuyan más directamente, por lo menos, a replantear los roles socioculturalmente asignados a los sexos y a las edades.

En la propuesta de transformación productiva también se señala que la educación “debe ser creativa, activa, imaginativa e innovadora... para adquirir capacidad de decisión, autonomía y libertad” (CEPAL, 1993, p. 57). Esto debe ser así, pero incluso en el caso de que ello se logre para hombres y mujeres, cabe tener en cuenta que vivimos en una sociedad donde hay restricciones incluso de uso de espacios y tiempos para las mujeres. Un ejemplo claro: cuando se produce acoso sexual o se llega a la violación de una mujer que camina sola por la calle en la noche, se piensa “ella se expuso” o, en el peor de los casos, “ella se lo buscó” y esto incluye al poder judicial. Entonces, ¿innovación, creatividad y libertad para qué o para quiénes?

172

Es posible reconocer que estas condiciones son importantes para producir mejor y para elevar la calidad de los recursos humanos del desarrollo, pero también debe reconocerse que si no se aplican a otros aspectos de la vida social no podremos hablar de equidad, y el esfuerzo habrá valido la pena sólo parcialmente.

En este sentido, se puede plantear la introducción de otras dimensiones a la propuesta, por ejemplo, la socialización en la familia, en cuanto espacio educativo en el cual se transmiten y refuerzan pautas de comportamiento y se definen muchas de las inequidades entre los sexos. Para lograr la equidad, la familia debería ser considerada también como un espacio educativo, para la vida social y también para la producción y la participación política.

Con Respecto al Empleo

En la región se aprecia un incremento en las tasas de participación laboral femenina, que es más acelerado que en las tasas masculinas (López y

Pollak, 1989). En general esto es cierto, tanto porque la mujer partió de un número inicial más bajo, como porque se han mejorado (en algunos casos) las estadísticas sobre el trabajo de las mujeres y, obviamente, porque hay una mayor participación real. Pero aún sobreviven inequidades en las condiciones de dicha participación. En qué sectores de la economía, con cuáles condiciones de trabajo y salario, con cuáles condiciones familiares, son todas preguntas que hay que relevar en el diseño de medidas eficaces para disminuir la brecha de la desigualdad.

Además de lo ya señalado, es preciso tener en cuenta que, en primer lugar, en décadas pasadas las mujeres fueron empleándose ya en el sector no formal ya en áreas nuevas del mercado laboral, como las empresas de servicios (de limpieza, de comedores, y otras muy relacionadas a tareas de reproducción doméstica), funciones que eran vistas como “naturalmente” propias de las mujeres y, sobre todo, como “riesgosas” en términos de inversión y rentabilidad. Para este caso, las microempresas pueden considerarse en esta misma tipificación.

Cuando dichas actividades se consolidan como económicamente rentables, los hombres van desplazando a las mujeres, lenta pero progresivamente, y ocupando los puestos de trabajo en esas áreas. Lo mismo ocurre cuando no existen otras oportunidades de empleo: los hombres ocupan con preferencia los puestos que se presentan.

173

La escasez de oportunidades laborales para los hombres y el consecuente desplazamiento de las mujeres se ve también en algunas áreas que han sido tradicionalmente ocupadas por ellas. La preparación de comidas para la venta ambulante puede considerarse como un ejemplo. En efecto, ante el desempleo masculino, las mujeres —que antes tenían a su cargo las diferentes fases del proceso de producción de estos alimentos, desde la compra de los ingredientes hasta su distribución y venta— hoy se “reservan” la preparación “en la casa” mientras que el esposo o compañero, desempleado, asume la función de venta. Esta división del proceso del trabajo —donde a las mujeres le son reservadas las tareas de la casa, o por lo menos, de la cocina, mientras el hombre sale a la calle y “trae” el dinero, como corresponde a la figura tradicional masculina— responde con exactitud a la tradicional división sexual del trabajo que tanta exclusión ha significado para las mujeres.

En el proceso de trabajo de las microempresas se están produciendo cambios similares: cuando éstas logran un cierto nivel de capitalización, las mujeres que eran sus gerentas iniciales son desplazadas por el esposo o compañero. El cambio no garantiza un mayor progreso económico ni una mejor

administración. Más aun, los ingresos de los hombres son devueltos a la misma microempresa (o al hogar) en menor medida que cuando era administrada por la mujer.

El comentario anterior es válido tanto para las zonas urbanas (en el ramo de confecciones, por ejemplo) como para las zonas rurales. Mientras el trabajo era manual lo hacían las mujeres, una vez que se tecnifica aparece el varón como “naturalmente” predestinado a manejar las herramientas.

Lo que aquí se está procurando señalar es que no se trata solamente de mejorar la incorporación de la mujer al mercado de trabajo sino de proteger el mercado de trabajo femenino. En este sentido, hay experiencias legislativas que establecen exenciones impositivas a las empresas latinoamericanas que emplean mujeres, discapacitados o miembros de cualquier otro grupo social discriminado. Vale la pena tomar en cuenta esas experiencias.

Otro aspecto sustantivo en el área de la incorporación de la mujer al mercado de trabajo con equidad es el que se relaciona con la división sexual del trabajo hogareño. El cambio de actitudes con respecto a las tareas del hogar y el cuidado de los niños es una cuestión de justicia tanto cuando la mujer trabaja fuera de la casa, como cuando está produciendo bienes o servicios en el hogar para generar ingresos.

- MÁRMORA, LELIO (1990): "Derechos humanos y políticas migratorias", *Revista de la Oficina Internacional de Migraciones sobre América Latina*, OIM/CIMAL, Santiago de Chile, Agosto-Diciembre, vol 8, N° 213.
- MILLET, KATE (1975): *Política sexual*, Aguiar, México.
- OBERAI, A. S. (1989): *Migración, Urbanización y Desarrollo*, Estudios básicos para la formación en Población, Recursos Humanos y Planificación del Desarrollo, Programa Mundial de Empleo, Organización Internacional del Trabajo (OIT), Santiago de Chile, Estudio N° 5.
- POPULATION COUNCIL (1991): "Hombre: Respuestas a las necesidades de la Salud Reproductiva Masculina en América Latina", *Quality*, Nueva York.
- PORTOCARRERO, PATRICIA (comp.) (1990): *Mujer en el desarrollo: balance y propuestas*, Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán, Lima.
- TORRADO, SUSANA (1986): "La cuestión poblacional Argentina y la política de población", *Política, Población y Políticas de Población*, Argentina 1946-1986, CEUR, Serie: Cuadernos del CEUR, N° 18, Buenos Aires.
- VILLA, MIGUEL (1995): "Políticas de Población", *Las políticas de población en América Latina y el Caribe: algunas reflexiones en el umbral del siglo XXI*, Centro Latinoamericano de Demografía/Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CELADE/CEPAL), Santiago de Chile.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- AGUIAR, NEUMA (1990): "Las mujeres y la crisis Latinoamericana", Aguiar Neuma (coord.), *Mujer y crisis. Respuestas ante la recesión*, DAWN/MUDAR, Nueva Sociedad, Rio de Janeiro.
- ALMÉRAS, DIANE (1994): "Logros y obstáculos en la educación formal de las mujeres", *Revista de la CEPAL*, N° 54, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), Santiago de Chile, Diciembre.
- ARGÜELLO, OMAR (1995): "Desarrollo económico, políticas sociales y población (El marco para una política sociodemográfica)". *Las políticas de población en América Latina y el Caribe: algunas reflexiones en el umbral del Siglo XXI*, Centro Latinoamericano de Demografía /Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CELADE/CEPAL), Santiago de Chile.
- BARBIERI, TERESITA (1993): "Pensar la maternidad", *FEMPRESS, número especial: Población, hablan las mujeres*, Mujer/FEMPRESS, Santiago de Chile.
- CEPAL/CELADE (Comisión Económica para América Latina y el Caribe/Centro Latinoamericano de Demografía) (1993): *Población, Equidad y Transformación Productiva*, Santiago de Chile.
- FOGEL, HEIKEL y otros (1993): *Mujeres campesinas y conducta reproductiva, Resultados de observaciones cualitativas*, CERI/CEPEP, Asunción.
- FNUAP (Fondo de Población de las Naciones Unidas) (1995): *Cuestiones de población*, Documentos Informativos, Nueva York.
- (Fondo de Población de las Naciones Unidas) (1991): *La población, los recursos y el medio ambiente: los desafíos críticos*, Nueva York.
- GÁLVEZ MURILLO, ALBERTO (1988): "Políticas de mortalidad", *Temas de Política Social: La población*, ILDIS, La Paz.
- HEIKEL, M^a VICTORIA (1993): "Factores Culturales en el Diseño de una Política Poblacional con Perspectiva de Género", *Kuña Kuaa*, (Saber de mujer), Segundo Congreso de ONG's en el Desarrollo (CIRD), Asunción.
- KRAWCZYK, MIRIAM (1993): "Mujeres en la región, los grandes cambios", *Revista de la CEPAL*, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), Santiago de Chile, abril, N° 49.
- LÓPEZ, CECILIA y MOLLY POLLACK (1989): "La incorporación de la mujer en las políticas de desarrollo", *Revista de la CEPAL*, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), Santiago de Chile, Diciembre, N° 39.
- MACCIÓ, GUILLERMO (1992): "Políticas de Población en América Latina: Factibilidad y Oportunidad", Reunión de Expertos Gubernamentales sobre Población y Desarrollo en América Latina y el Caribe, Reunión preparatoria para la Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo, Santa Lucía.

La migración internacional en América Latina

Panorama General

Las consecuencias de las desigualdades impuestas por el grado de desarrollo económico, por un lado, y por los diferentes escenarios demográficos, por otro, constituyen la base de la explicación general de la migración entre los países del Norte y los del Sur.

Las relaciones entre desarrollo económico y crecimiento demográfico —y de ambos fenómenos con la migración internacional— constituyen dilemas no resueltos y cuya complejidad, riqueza y dificultad de predicción desafían los esquemas habituales construidos para su comprensión. La necesidad de establecer parámetros que permitan hacer proyecciones confiables de la evolución futura de las migraciones se enfrenta con elementos “perturbadores”, difícilmente modelizables.

177

Algunos autores han intentado generalizar la experiencia observada en Europa occidental estableciendo relaciones entre la transición demográfica y la migración (Zelinsky, 1971; Chesnais, 1986); muchos otros han relacionado el proceso de expansión del capitalismo con la expansión de los movimientos internos e internacionales. Las dos instancias de crecimiento acelerado de la población que responden a la primera fase de la transición demográfica (el crecimiento de la población europea de los siglos XVIII y XIX y el crecimiento de la población de los países del Sur no industrializado, a mediados del siglo XX), redundaron en grandes desplazamientos de población, tanto internos como internacionales. Sin embargo, las causas para que en algunos casos esa migración trascienda las fronteras nacionales y en otros no, son difícilmente generalizables y las explicaciones son solamente válidas cuando se pone atención a los contextos específicos.

En las últimas décadas el mundo enfrenta una nueva fase de internacionalización del capitalismo, y las fuerzas del mercado han consolidado, prácticamente en todo el mundo, su penetración en las economías tradicionales de subsistencia. Los efectos globales de esta evolución sobre los movimientos migratorios deben considerarse sujetos todavía a una gran incertidumbre.

Los enfoques teóricos de los procesos contemporáneos de migración internacional suelen partir del supuesto de la existencia de un excedente de población en los países de origen, que desborda las posibilidades de su incorporación a los mercados de trabajo locales. No es sencillo identificar —y menos aun cuantificar— ese potencial migratorio, dado que está en juego la definición conceptual de lo que podría ser el tamaño óptimo de población adecuado a cada situación nacional.

La versión neoclásica sostiene que la migración se produce en contextos de desequilibrio entre zonas geográficas —en cuanto la oferta y la demanda de trabajadores—, hecho que a su vez se traduce en niveles diferenciales de salarios. La migración jugaría un rol equilibrador, permitiendo, a largo o a mediano plazo, una equiparación en los salarios entre las zonas expulsoras y receptoras, que culminaría en una tendencia hacia la detención de los movimientos. En su versión “micro”, estas teorías basan sus modelos migratorios en las decisiones racionales de los individuos, que involucran una consideración relativamente compleja de los beneficios esperados de la migración. Una versión más desarrollada de estas teorías se encuentra en el enfoque llamado “new economics migration”, que traslada la decisión de los individuos a las familias y las evaluaciones de costo-beneficio se abren en una serie de factores que corresponden a estrategias más complejas que las simples diferencias en los salarios (Massey *et al.*, 1993).

La teoría de los mercados duales basa su interpretación en los tipos de demanda estructural de trabajadores en los países desarrollados. La formación de mercados secundarios —que incluyen trabajos inestables y no valorizados por las poblaciones locales— requiere la incorporación de inmigrantes. Los reclutadores y las políticas establecidas por los países receptores juegan un papel fundamental en la conformación y en el volumen de las corrientes.

El enfoque histórico-estructural, en cuya formulación tuvo gran importancia la discusión latinoamericana generada en torno al Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) en los años setenta, puso el acento en el análisis de las especificidades de los procesos de desarrollo y su relación con los aspectos estructurales. El énfasis en la racionalidad implícita en la decisión migratoria que dominaba las interpretaciones de la etapa

anterior “se fue corriendo a una visión más heterogénea, macroanalítica estructural o, como se le dió en llamar, “histórico-estructural” (Lattes, 1982). Paul Singer (1975) fue un orientador teórico de esta corriente y su tesis básica es que la industrialización se produce en contextos históricos específicos, resultando en la existencia de tipos históricamente definidos de migraciones. Más recientemente, los teóricos de la escuela denominada “world system theory” rescatan la visión de un mundo crecientemente interdependiente, donde la penetración de la economía global en los mercados periféricos genera un potencial emigratorio, que se traslada en el sentido inverso a los flujos de bienes y capitales.

En las últimas décadas, algunos países no industrializados continuaron presentando un crecimiento acelerado de su población. Si bien en la mayoría de los casos actualmente se observa un descenso sostenido de la fecundidad, el potencial reproductivo generado implicará en las próximas décadas un crecimiento sostenido de la población potencialmente activa sustantivamente mayor que el observado durante el período de la expansión europea. Es indudable que ello crea presiones emigratorias, desde el punto de vista puramente demográfico, en los países del Sur. Sin embargo, las previsiones futuras sobre el volumen y la orientación de las corrientes migratorias siguen estando afectadas por la necesidad de conciliar las grandes tendencias de la economía mundial con las especificidades de los procesos de desarrollo locales, así como con el poder restrictivo de las políticas impuestas por la mayoría de los países desarrollados en la décadas recientes.

179

La movilidad de capital y la distribución espacial de las inversiones han tenido una relación consistente con la movilidad de las poblaciones. Desde el punto de vista internacional, es en las etapas de libre comercio y de libre circulación de capital donde se aceleran los desplazamientos de población. Brinley Thomas (1961), en su clásico estudio sobre la migración transatlántica, puso en evidencia la relación entre los movimientos de capital y de población. “La emigración a tierras de ultramar y los préstamos al extranjero oscilaron paralelamente y mantuvieron una relación significativa con el ritmo de formación de capital en los países de emigración y en los de inmigración”¹. La expansión de la economía capitalista coincide con una etapa de alto crecimiento de la población en Europa y con la existencia de regiones relativamente despobladas (en América y Australia) y en condiciones de incrementar su volumen poblacional.

¹ THOMAS, BRINLEY. Migración Internacional y Desarrollo Económico. UNESCO, Serie *Población y Cultura*, 1961, p. 11.

El reciente nuevo empuje de internacionalización —y la creciente interdependencia— de las economías tienen lugar en forma paralela con un elevado crecimiento de la población activa en los países no desarrollados y con una acentuación del envejecimiento en los países industriales.

Las nuevas formas de hegemonía del libre comercio y de la libre circulación de capital y de la tecnología tienen lugar en un escenario que, sin embargo, presenta algunas diferencias sustanciales con respecto a las configuraciones anteriores, particularmente en lo referente a la migración internacional. Luego del período de reconstrucción europea posterior a la Segunda Guerra Mundial, los ritmos de crecimiento económico de los países industriales fueron altos y se hizo necesario suplir los déficits demográficos con la incorporación de trabajadores inmigrantes. En cambio, las tendencias actuales del mercado de trabajo y del desarrollo tecnológico implican una reducción en las demandas masivas de trabajadores, con el telón de fondo de los problemas sociales vinculados a la desocupación estructural y sus secuelas.

Desde otro ángulo, al cabo de algunas décadas y después del cambio de signo de la demanda de mano de obra, en la formulación de políticas migratorias de los países más avanzados cobran vigencia los conflictos sociales, étnicos y religiosos que acompañaron el proceso de integración de los inmigrantes. Ello ha contribuido a crear un clima favorable para la ejecución de políticas restrictivas a su ingreso en la mayoría de los países desarrollados de Europa y, en menor medida, en los Estados Unidos y Canadá.

La inconsistencia entre la libre circulación de capitales y el libre comercio, por una parte, y las restricciones a la libre circulación de trabajadores por otra, constituyen probablemente algunos de los factores más importantes de potenciales conflictos en el plano internacional.

En cuanto a los efectos de la globalización económica y, muy particularmente, de la “deslocalización” industrial —que traslada en gran escala inversiones hacia países subdesarrollados— no es evidente que en todos los contextos donde el capital ha ido al encuentro de mano de obra abundante y barata se haya producido una retención importante de trabajadores en sus lugares de origen. Más discutible aún es que esto haya redundado en procesos de desarrollo que permitieran la incorporación plena de trabajadores calificados.

Lim Lean Lim (1993) entrega dos tipos de explicaciones para la paradoja aparente en la que esta clase de creciente integración económica de los países tiende, más que a reducir, a incrementar las presiones migratorias. En primer lugar, dice la autora, las modalidades de desarrollo socioeconómico asociadas a la creciente interdependencia son esencialmente disruptivas de

los contextos locales, generando dislocaciones internas de la población desde áreas rurales a urbanas y, subsecuentemente, hacia la migración internacional. La segunda explicación es que, además, la interdependencia crea un sistema de relaciones entre los países que son económicas, pero también políticas, sociales y culturales, y que estimulan movimientos internacionales con causas medianamente explicables en términos de diferencias salariales o de niveles de crecimiento económico.

Más allá de las interacciones económicas, la globalización de los medios de comunicación no sólo implica un mayor acceso a la información sino que además tiene como consecuencia la homogeneización de aspiraciones y de valores, creando expectativas de modos de vida y de pautas de consumo propias de las sociedades desarrolladas. En el mundo no desarrollado, la tensión generada entre las aspiraciones incorporadas y las posibilidades de acceso a las mismas constituyen un estímulo adicional para desencadenar la potencialidad migratoria.

Otros aspectos atienden a las irracionalidades derivadas de la concentración del poder, del autoritarismo, la violencia y las intolerancias religiosas o étnicas. Estos fenómenos han estado en el origen de muchas de las corrientes migratorias internacionales contemporáneas, estableciendo *a posteriori* nexos y redes que potencian otro tipo de movimientos basados en racionalidades económicas. Las estimaciones existentes (Appleyard, 1991) muestran el alcance cuantitativo de estos temas: alrededor de 70 millones de personas, en su mayoría originarias de países no desarrollados, se encuentran trabajando (legal o ilegalmente) en otros países, cerca de un millón de personas por año emigran de manera permanente hacia otros países y un número similar lo hace en busca de asilo político en el exterior. Aproximadamente 12 millones de refugiados viven actualmente fuera de sus lugares de origen, frente a un volumen de dos millones estimado para 1950. Si bien el panorama de las interacciones entre unos y otros aspectos abarca una gran diversidad, estos datos globales agregan elementos para comprender la imposibilidad de una adecuada interpretación de la migración internacional en términos puramente económicos; todo reduccionismo en la materia no solamente es empobrecedor sino que desvía severamente la comprensión de su origen y su desarrollo.

181

El Contexto Migratorio en los Países Latinoamericanos

América Latina es un subcontinente heterogéneo en cuanto a la evolución de su población, a las etapas y modalidades de su desarrollo económico

y a sus vinculaciones con los países industrializados. En este breve resumen se intenta trazar las grandes líneas de los movimientos migratorios internacionales en los países latinoamericanos, teniendo en cuenta las características que han asumido en las distintas regiones y ciclos históricos.

La magnitud, las tendencias de la migración internacional y los rasgos específicos que ésta adquirió en los distintos períodos, han sido objeto de numerosos estudios (Hugo, 1994; Lattes, Recchini de Lattes, 1992; Pellegrino, 1989; Balán, 1988; Díaz Briquets, 1983; Kritz y Gurald, 1979). En todos ellos se pone en evidencia la variedad de situaciones que presenta la historia de la migración internacional en el subcontinente.

Desde el punto de vista de la información, la disponibilidad de datos sobre los contingentes de migrantes latinoamericanos, esto es, los extranjeros censados en países distintos al de su nacimiento —dato que se consigna en los censos desde el decenio de 1970 y reunida en el Proyecto IMILA (Investigación de la Migración Internacional en Latinoamérica), llevado a cabo por el Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE) en la década de 1970—, contribuyó al conocimiento de las tendencias globales en la región.

El Panorama Histórico

La escasa densidad demográfica fue una característica dominante en gran parte del territorio del subcontinente. La depresión demográfica causada por la Conquista redujo sensiblemente la población de las zonas más densas, como el centro de México y la costa del Pacífico. El resto de la región se caracterizó, durante gran parte de su historia, por una baja densidad demográfica. El poblamiento de estas regiones llevado a cabo por España y Portugal (y por otros países colonizadores) fue limitado y severamente controlado por las metrópolis coloniales. La demanda de mano de obra intensiva para las plantaciones fue cubierta con el traslado de población africana en condiciones de esclavitud, fenómeno que tuvo lugar en algunos países hasta 1850 e incluso más tarde. El intento de sustituir la mano de obra esclava por población china (*coolies*) prosperó solamente en Cuba y Perú.

La independencia de los Estados americanos trajo consigo la libertad de comercio y la libertad de radicación en los territorios. El despoblamiento fue considerado como un obstáculo al progreso y a la identificación de población con riqueza y formó parte constitutiva de la ideología predominante entre los líderes de la Independencia. Por otra parte, la balcanización que la

acompañó generó la necesidad de poblar las fronteras para asegurar la defensa de territorios que se convertían en Estados nacionales.

A los argumentos de cuño poblacionista se agregó la idea, bastante generalizada, de la necesidad de incorporar migrantes europeos, preferentemente originarios del norte de Europa, que trasladarían con sus familias y sus herramientas el espíritu de orden y trabajo necesario para encauzar “el progreso”. De manera más o menos explícita, se buscaba “mejorar la raza”, es decir, un intento de las elites dominantes de ampliar su hegemonía sobre las masas mulatas y mestizas, cuya participación en las guerras de la Independencia y en las guerras civiles les había dado niveles importantes de autonomía y de confianza en su poder.

El fomento de la inmigración europea constituyó la obsesión de muchos gobiernos latinoamericanos: la sucesión de leyes y medidas orientadas a estimularla es una prueba de ello. Por cierto, existía el hecho objetivo de la salida de europeos que emigraban masivamente en búsqueda de tierras y de espacios de radicación. Los Estados Unidos fueron, con su éxito en esta empresa de captación, un ejemplo en la definición de las políticas, al menos en lo que se refiere a su enunciación y formulación legal.

La incorporación de inmigrantes europeos fue una realidad importante en los países del Sur del continente: Argentina, Uruguay y el sur de Brasil (donde la inmigración fue complementada, en las primeras décadas del siglo XX, con corrientes originarias de Japón). A otras naciones de la región llegaron volúmenes más reducidos.

183

Los ingresos de inmigrantes europeos a Latinoamérica en cantidades considerables tuvieron lugar durante la segunda mitad del siglo XIX y la primera década del siglo XX. De acuerdo a las cifras de Chesnais (1986), alrededor de 56 millones de personas provenientes de Europa compusieron el movimiento de emigración intercontinental entre 1821 y 1932. De ellos, el 60% partieron hacia los Estados Unidos de América, 22% hacia América Latina, el 9% hacia Canadá y el 6% hacia Australia y Nueva Zelanda. De los más de 12 millones de personas cuyo destino fue América Latina, la mitad (6,4 millones) se dirigieron a la Argentina, 4,4 millones al Brasil, alrededor de 800 000 a Cuba, y otro tanto a Uruguay; el resto se distribuyó en cantidades menores en los otros países latinoamericanos. El impacto sobre el volumen de la población fue muy significativo, especialmente si se considera a las ciudades o zonas principales de radicación.

Las causas para que algunas zonas tuvieran más éxito que otras fueron variadas. La inmigración fue el correlato de la integración al circuito econó-

mico internacional, de la intensidad en las exportaciones de materias primas y de las inversiones de los países industrializados, que derivaron en procesos tempranos de modernización de los sistemas productivos.

También es cierto que el mapa de la emigración del siglo XIX evidencia que los inmigrantes eligieron aquellas regiones donde fuera menor el peso de la esclavitud o de las relaciones contractuales con señales de servidumbre. Los emigrantes europeos formaban parte de un movimiento de ruptura con los vestigios del feudalismo y en su aventura americana buscaron tierras y, sobre todo, la posibilidad de vivir como trabajadores libres². Las políticas de atracción implementadas por los gobiernos y los intereses de las compañías navieras no fueron ajenos al desarrollo de la migración, que luego se realimentó con las redes y los vínculos que se establecieron entre los emigrantes y sus lugares de origen.

La inmigración europea jugó un papel fundamental en la agricultura, especialmente donde aún había tierra disponible a su llegada. Pero, más que nada, contribuyó a conformar los primeros contingentes de asalariados urbanos, de pequeños comerciantes y de industriales incipientes.

184

Las luchas obreras en Europa produjeron también el exilio de dirigentes sindicales, cuya influencia fue importante en la difusión de las ideas anarquistas y socialistas y en la formación de sindicatos. Igualmente, algunos grupos de elite, médicos, ingenieros, profesores universitarios, participaron en el desarrollo académico, profesional y docente.

Una última migración extracontinental hacia América del Sur, compuesta por aproximadamente dos millones de personas, tuvo lugar inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial y, en este caso, alcanzó también a Venezuela y en menor medida a Chile, Cuba y otros países. En la década de 1960, se detuvo, paralelamente al crecimiento de la migración desde el Sur hacia el Norte, dentro de Europa.

La obsesión por la atracción de la inmigración europea dejó de lado la percepción de un fenómeno que, sin embargo, estuvo presente desde la formación de los Estados nacionales. La migración entre países de la región tuvo lugar, desde entonces, con particular intensidad en algunos espacios en los que existían vinculaciones económicas culturales y étnicas anteriores o

² Si bien la inmigración al Brasil puede verse como una excepción a esta observación, ya que se propiciaron políticas inmigratorias subvencionadas por el Estado de São Paulo para sustituir la mano de obra esclava en las plantaciones de café, también es cierto que los conflictos derivados de esta situación determinaron la supresión de algunas corrientes de inmigración europea, así como el rápido traslado de esos migrantes hacia centros urbanos en busca de trabajos que implicaran mayor independencia.

que habían conformado unidades administrativas únicas durante el período colonial. Las fronteras administrativas entre países dividieron comunidades con fuertes lazos de interacción preexistentes; la migración entre las mismas no fue percibida como un fenómeno que debiera tenerse en cuenta sino hasta muy avanzada la consolidación de los Estados nacionales.

El Período de Alto Crecimiento de la Población

América Latina es el primer continente del mundo no desarrollado en el que se operó la transición demográfica y, en consecuencia, es también el que experimentó en primer lugar un crecimiento acelerado de su población. Desde los años treinta, y con particular intensidad en los años cincuenta y sesenta, el fenómeno dominante es la intensa movilización de la población desde las áreas rurales hacia las urbanas, con la complejidad y diversidad de formas migratorias a que condujo la descomposición de las economías agrícolas tradicionales.

En algunas regiones estos desplazamientos tuvieron lugar a través de las fronteras nacionales; las orientaciones y los volúmenes involucrados en esta migración internacional estuvieron relacionados con diferencias en los niveles de desarrollo de los países, con la proximidad geográfica y con las vinculaciones preexistentes que permitieron acercamientos más intensos en unas zonas que en otras.

Es en este período que varios países orientan sus políticas económicas hacia el crecimiento del mercado interno y el estímulo a las actividades industriales. En esta fase algunas ciudades, como Ciudad de México, São Paulo y Buenos Aires, se ubican entre las de mayor volumen poblacional del mundo, y su crecimiento se debe, en gran medida, al aporte migratorio interno.

Las tendencias de la migración internacional difieren según las distancias, las configuraciones geopolíticas y las cronologías que adoptaron los ritmos de crecimiento económico y de la población en los diversos países y regiones.

En forma muy primaria, los movimientos se pueden clasificar en dos grandes tipologías:

- 1) los que tienen que ver con la migración rural-rural o con la rural-urbana, producto de los procesos de descomposición de las economías tradicionales y del crecimiento de la población;

CUADRO I

MIGRANTES LATINOAMERICANOS CENSADOS EN OTROS PAISES DE AMERICA LATINA

País de presencia	Año censal	Nacidos en el exterior sobre pob. total (%)	Nacidos en toda América sobre el total de extranj. (%)*	Año censal	Total nac. exterior	Total latino-americanos	Nacidos en el exterior sobre pob. total (%)	Nacidos en A. L. sobre total de extranj. (%)	Año censal	Total nac. exterior	Total latino-americanos	Nacidos en el exterior sobre pob. total (%)	Nacidos en A. L. sobre total de extranj. (%)
Argentina	1960	12,8	18,0	1970	2.193.330	579.100	9,4	26,4	1980	1.857.703	747.103	6,6	40,2
Bolivia	1950	1,2	66,6	1976	58.070	42.929	1,3	73,9					
Brasil	1961	2,0	5,4	1970	1.229.128	70.954	1,3	5,8	1980	1.110.910	107.717	0,9	9,7
Costa Rica				1973	46.077	36.054	2,5	78,2	1984	88.843	73.678	3,7	82,9
Cuba				1970	130.244	25.563	1,5	19,6					
Chile	1960	1,4	30,7	1970	88.881	30.137	1,0	33,9	1982	84.345	38.596	0,7	45,8
Ecuador	1962	0,6	n.d.						1982	75.404	54.309	0,9	72,0
El Salvador	1961	1,4	89,3	1971	22.432	20.262	0,6	90,3					
Guatemala	1967	1,2	n.d.	1973	37.454	27.442	0,7	73,3	1981	40.220	30.109	0,7	74,9
Haití				1971	6.000	2.939	0,1	49,0					
México	1960	0,6	58,2	1970	191.159	24.864	0,4	13,0	1980	268.900	29.097	0,4	10,8

CUADRO I(Continuación)

MIGRANTES LATINOAMERICANOS CENSADOS EN OTROS PAISES DE AMERICA LATINA

País de presencia	Año censal	Nacidos en el exterior sobre pob. total (%)	Nacidos en toda América sobre el total de extranj. (%)*	Año censal	Total nac. exterior	Total latino-americanos	Nacidos en el exterior sobre pob. total (%)	Nacidos en A. L. sobre total de extranj. (%)	Año censal	Total nac. exterior	Total latino-americanos	Nacidos en el exterior sobre pob. total (%)	Nacidos en A. L. sobre total de extranj. (%)
Nicaragua	1963	0,9	n.d.	1971	21.174	16.248	1,1	76,7					
Panamá	1960	4,2	80,4	1970	57.275	23.639	4,0	41,3	1980	47.722	29.773	2,6	62,4
Paraguay	1962	2,7	66,0	1972	79.686	63.797	3,4	80,1	1982	169.140	149.940	5,6	88,6
Perú				1972	67.186	23.240	0,5	34,6	1981	66.925	24.215	0,4	36,2
Rep. Dominicana				1971	32.419	21.408	1,2	32,0				1,2	32,0
Uruguay	1963	6,4	24,1	1975	131.800	36.807	4,7	27,9	1985	131.800	32.001		
Venezuela	1961	7,2	29,7	1971	582.560	215.445	5,4	37,0	1981	1.074.629	643.477	7,4	59,9

FUENTE: Elaborado en base de datos de CELADE-IMILA. Datos de población totales, Demographic Yearbook.

Los datos correspondientes a la década de 1960 fueron tomados de Kritz y Gurak, 1979.

* NOTA: Comprende a los nacidos en todo el continente.

- 2) los que implican traslados de población de origen urbano, que incluyen a científicos, profesionales, técnicos y obreros especializados y que ocurren cuando los países ya han alcanzado ciertos niveles de desarrollo de sus recursos calificados.

Los primeros tienen lugar casi exclusivamente entre países fronterizos o regiones próximas. Los segundos se dirigen fundamentalmente hacia los Estados Unidos y otros países desarrollados, aunque también se realizan entre países de la región, en función de las diferentes etapas o coyunturas económicas, de las políticas tendientes a captar migración calificada y también en función de circunstancias políticas que generan exilios o salidas más o menos compulsivas.

La clasificación de los movimientos de acuerdo a tipologías relacionadas con la ubicación ocupacional y el nivel educativo de los migrantes muestra que la distancia y los costos de los traslados afectaron de manera significativa la composición de las corrientes (Pellegrino, 1989).

El crecimiento de la emigración latinoamericana hacia los Estados Unidos involucra a todos los movimientos. Incluye a los de tipo fronterizo, facilitados por la extensa línea divisoria con México y por la proximidad geográfica con América Central y el Caribe. También incluye a los más selectivos en cuanto al nivel educativo y a la capacitación profesional, independientemente de las distancias. Este tipo de movimientos, aunque en menores volúmenes, se ha orientado también a otros países desarrollados de Europa y a Canadá.

La región se encuentra inserta en un gran sistema migratorio, que tiene como principal destino los Estados Unidos. Por otra parte, existen subsistemas regionales que han funcionado como tales con respecto a la migración internacional. Los cuadros 1 y 2 muestran los volúmenes de migrantes latinoamericanos censados en otros países latinoamericanos y en los Estados Unidos, respectivamente. Allí se pone en evidencia que los contingentes de migrantes latinoamericanos crecen de manera sostenida a partir de los años cincuenta, con un particular incremento en la década de 1970 (que se manifiesta en los contingentes censados al final del período). En este decenio, el incremento de la migración latinoamericana es importante tanto dentro de la región como hacia los Estados Unidos.

No se dispone de un balance general sobre la situación de los años ochenta para los países latinoamericanos. Los datos de la ronda censal de los años noventa de Argentina y Venezuela muestran pequeños crecimientos de los migrantes limítrofes, que evidencian una tendencia al estancamiento de

CUADRO 2

POBLACION NACIDA EN PAISES LATINOAMERICANOS Y RESIDENTE EN LOS ESTADOS UNIDOS EN LOS CENSOS DE 1970, 1980 Y 1980. VALORES ABSOLUTOS E INCREMENTO PORCENTUAL

Total	Incremento (%)				
	1970	1980	1990	1970-80	1980-90
Total región	1.611.495	4.051.776	7.310.260	151,4	80,4
México	759.711	2.199.221	4.298.014	189,5	95,4
América Central	113.913	331.219	1.098.021	190,8	231,5
Costa Rica	16.691	29.639	43.530	77,6	46,9
El Salvador	15.717	94.447	465.433	500,9	392,8
Guatemala	17.356	63.073	225.739	263,4	257,9
Honduras	27.978	39.154	108.923	39,9	178,2
Nicaragua	16.125	44.166	168.659	173,9	281,9
Panamá	20.046	60.740	85.737	203,0	41,2
América del Sur	234.233	493.945	905.065	110,9	88,2
Argentina	44.803	68.887	92.563	53,8	34,4
Bolivia	6.872	14.468	31.303	110,5	116,4
Brasil	27.069	40.919	82.489	51,2	101,6
Colombia	63.538	143.503	286.124	125,9	99,4
Chile	15.393	35.127	55.681	128,2	58,5
Ecuador	36.663	86.128	143.314	134,9	66,4
Paraguay	1.792	2.858	6.507	59,5	127,7
Perú	21.663	55.496	144.199	156,2	159,8
Uruguay	5.092	13.278	20.766	160,8	56,4
Venezuela	11.358	33.281	42.119	193,3	26,6
Caribe y otros	617.551	1.358.610	2.107.181	120,0	55,1
Barbados	*	26.847	43.015		60,2

CUADRO 2 (Continuación)

POBLACION NACIDA EN PAISES LATINOAMERICANOS Y RESIDENTE EN LOS ESTADOS UNIDOS EN LOS CENSOS DE 1970, 1980 Y 1990. VALORES ABSOLUTOS E INCREMENTO PORCENTUAL

Total	Incremento (%)				
	1970	1980	1990	1970-80	1980-90
Guyana	N . D.	48.608	120.698		148,3
Jamaica	68.576	196.811	334.140	187,0	69,8
Trinidad y Tabago	20.673	65.907	115.710	218,8	75,6
Haití	28.026	92.395	225.393	229,7	143,9
Cuba	439.048	607.814	736.971	38,4	21,2
Rep. Dominicana	61.228	169.147	347.858	176,3	105,7
Otros	N . D.	151.081	183.396		21,4

190

FUENTE: Con base en datos de CELADE-IMILA y S.F. Laphman, *The Foreign Born Population in the United States*, 1990.

N. D. No se dispone de información.

la migración regional, al tiempo que muestran la continuidad del incremento de migrantes hacia los Estados Unidos.

Aunque se carece de información que permita un análisis detallado del perfil de los migrantes latinoamericanos en los Estados Unidos, el cuadro 3 muestra que en los años setenta, de manera simultánea con el aceleramiento de la migración, los ritmos de crecimiento de los censados como profesionales y técnicos son menores que los de la población latinoamericana registrada. Es decir, mientras los Estados Unidos orientan sus políticas migratorias hacia una selectividad mayor, las corrientes hacia ese país involucran progresivamente a sectores más amplios de la población. Esto se relaciona sin duda con la situación en los países de origen, pero también tiene que ver con las transformaciones en el mercado de trabajo norteamericano y con los "nichos" en los que se han insertado los migrantes anteriores, que generan dinámicas propias de crecimiento.

CUADRO 3

PROFESIONALES Y TECNICOS LATINOAMERICANOS RESIDENTES
EN LOS ESTADOS UNIDOS EN LOS CENSOS DE 1970 Y 1980

País de nacimiento	Profesionales y técnicos		Incremento porcentual	Total de latinoamericanos en Estados Unidos (incremento porcentual 1970-1980)
	1970	1980		
América del Sur				
Argentina	4.882	7.766	59,1	53,8
Brasil	2.138	3.474	62,5	51,2
Chile	1.984	1.809	-8,8	128,2
Colombia	5.240	8.724	66,5	125,9
Uruguay	488	919	88,3	160,8
Venezuela	631	1.773	181,0	193,3
Bolivia	999	1.809	81,1	110,5
Ecuador	1.901	3.436	80,7	134,9
Perú	276	4.853	1658,3	156,2
Paraguay		444		
México	12.689	34.937	175,3	189,5
América Central y el Caribe				
Costa Rica	1.110	1.773	59,7	77,6
El Salvador	686	2.202	221,0	500,9
Guatemala	1.008	2.058	104,2	1034,4
Haití	2.654	5.832	119,7	229,7
Honduras	1.816	1.487	-18,1	39,9
Nicaragua	813	1.696	108,6	173,9
Panamá	1.859	5.335	187,0	203,0
Rep. Dominicana	1.520	3.373	121,9	176,3
Cuba	26.195	42.066	60,6	38,4

191

FUENTE: CELADE-IMILA. Con base en datos de los censos de los Estados Unidos de 1970 y 1980.

Saskia Sassen (1988) señala la concentración de los “nuevos migrantes” (latinoamericanos y asiáticos) en algunas ciudades —Nueva York, Los Angeles, San Francisco— a las que define como ciudades globales. En éstas, los procesos de deslocalización industrial han producido la desaparición de los grandes complejos industriales, provocando transformaciones en los mercados de trabajo que condujeron progresivamente a una segmentación en dos grandes sectores: por un lado, los altamente especializados relacionados con la alta tecnología industrial y de servicios, los complejos gerenciales de las grandes corporaciones transnacionales y, por el otro, una expansión masiva de trabajos de baja remuneración. Estos últimos tendrían que ver con dos tipos de situaciones: 1) los sectores con altas remuneraciones mantienen estilos de vida sofisticados y son demandantes de trabajadores en ciertos servicios: limpiadores, cocineros, paseadores de perros, empleados de restaurantes de comidas exóticas, de ventas de comidas preparadas, etc. 2) la reorganización social de la producción, que implicó una notable expansión del trabajo a domicilio y en pequeños talleres.

En estas transformaciones del mercado de trabajo de los Estados Unidos la inmigración latinoamericana juega un rol importante. Desde el punto de vista de su impacto sobre los países de origen, resulta difícil establecer consideraciones generalizadas, dada la heterogeneidad de situaciones en las que se originan los movimientos de emigración.

Los Subsistemas en la Región Latinoamericana

México y América Central

La frontera que separa a México de los Estados Unidos constituye en la actualidad el ejemplo más importante de traslados migratorios de tipo fronterizo, aunque adquirió esa dimensión solamente después de la Segunda Guerra Mundial. Más allá de los vínculos fronterizos históricos del Norte de México con gran parte de los Estados Unidos, el número de inmigrantes mexicanos en este país en 1900 —época de auge inmigratorio— se limitaba a 100 000, de acuerdo al Censo norteamericano de ese año. Veinte años después se llegaba al medio millón, fundamentalmente en virtud de los desplazamientos debidos a la Revolución Mexicana (Morner, 1977).

Recién en 1942, cuando se establece el “Programa Bracero” destinado a reclutar trabajadores rurales para las cosechas, los movimientos comienzan a tomar regularidad y consistencia. En 1962, año en que se dio término a ese programa, el traslado hacia las actividades agrícolas en los Estados Unidos

continuó creciendo, con un elevado componente de ilegales conformado en gran medida por migrantes de origen rural.

A partir de 1961, México se convierte en el primer país proveedor de emigrantes a los Estados Unidos; los contingentes censados (que omiten el importante componente constituido por la inmigración ilegal) sobrepasaron los 2 millones en 1980 y los 4 millones en 1990.

El proceso de urbanización de la población mexicana redundó en fuertes desplazamientos hacia las grandes ciudades y el área metropolitana y también hacia los Estados Unidos. Orientados casi exclusivamente a tareas agrícolas hacia mediados de siglo, los mexicanos comenzaron a trasladarse progresivamente hacia las ciudades norteamericanas. Al mismo tiempo, cabe mencionar que su origen era, cada vez en mayor proporción, el medio urbano.

Hacia fines de los años setenta y durante la década de 1980 tienen lugar algunas transformaciones de importancia. México se convierte en receptor de inmigrantes provenientes de América Central, muchos de ellos desplazados o refugiados por causa de la violencia, y se constituye en un corredor para los migrantes latinoamericanos que intentan ingresar a los Estados Unidos, lo que supone una instalación temporal de variada duración en territorio mexicano. Por otra parte, se producen cambios en los movimientos de migración interna, incrementándose los flujos hacia las regiones fronterizas con los Estados Unidos, convertidas en nuevos polos de atracción (Cosío-Zavala, 1992).

193

En América Central, hasta alrededor de 1970, la migración internacional se limitaba a traslados de poblaciones rurales a través de las fronteras, fundamentalmente entre El Salvador y Honduras y entre Nicaragua y Costa Rica. Costa Rica es un foco de atracción de migrantes internacionales; comenzó su fase de descenso del ritmo de crecimiento demográfico con anterioridad al resto de los países centroamericanos y se destaca en la región por la estabilidad de su régimen democrático y por una mejor calidad de vida, expresada en los indicadores sociales básicos (pobreza, empleo y bienestar). En el Censo de Costa Rica de 1984, la población nacida en el exterior había crecido en un 93% con respecto a la registrada en 1973: prácticamente se duplica la presencia de nicaragüenses y crece la de salvadoreños, hondureños y también "sureños".

El Sur del Continente

En el sur de América Latina la situación migratoria es compleja, con una heterogeneidad de flujos de diversos tipos y orientaciones.

Hacia fines de la década de 1950 se detiene la inmigración europea, formada fundamentalmente por españoles e italianos. Por otra parte, comienza a crecer la emigración desde Argentina y Uruguay hacia los países desarrollados, aunque todavía en pequeños volúmenes. El fenómeno predominante es la emigración de científicos, profesionales y técnicos, espectro que se amplía progresivamente a los obreros especializados. Los Estados Unidos son el destino principal de estos migrantes, aunque en los años setenta, paralelamente a un crecimiento importante en cifras absolutas, se diversifica hacia algunos países europeos, Canadá y Australia y hacia otros países de la región latinoamericana.

Europa aparece como horizonte emigratorio, primero, en virtud de la aceptación de personas desplazadas por motivos políticos durante las dictaduras militares de los años setenta y, segundo, de la posibilidad de acceder a la nacionalidad de sus antepasados.

Igualmente, los acontecimientos políticos implicaron el traslado de una cantidad importante de profesionales, técnicos y obreros industriales hacia otros países latinoamericanos que impulsaban políticas de inmigración selectiva, o proyectos de modernización de sus aparatos productivos y de sus sistemas de educación. Venezuela, Brasil y, en menor medida, Ecuador y Costa Rica, incorporaron profesionales y técnicos provenientes de Argentina, Chile y Uruguay (Martínez Pizarro, 1989; Pellegrino, 1993).

194

Aunque el peso de la emigración tiene un impacto diferente en esos tres países del Sur, el caso de Argentina merece destacarse en la medida que, constituyendo un centro de atracción de inmigrantes de la región, experimenta simultáneamente un impulso emigratorio, que pone en evidencia tanto la complejidad de factores que inciden en el desencadenamiento de las corrientes como los contextos sociales y políticos en los que éstos tienen lugar.

Los movimientos de tipo fronterizo se incrementan desde los años cincuenta. Éstos, que progresivamente se volverían diversificados y complejos, estuvieron originalmente relacionados con la expansión de la frontera agrícola, y ése es el caso de la radicación de campesinos brasileños en Argentina (y más recientemente en Paraguay), los traslados de trabajadores hacia zonas rurales en distintas modalidades de desplazamientos temporales —relacionadas con los ciclos de las cosechas o con distintos tipos de actividades zafrales— particularmente hacia Argentina, desde Chile, Bolivia y Paraguay.

Los grandes ciudades metropolitanas, São Paulo y Buenos Aires, concentraron de manera preponderante y con anterioridad a otras del continente, las actividades industriales. En ambos casos, el aporte de la inmigración

européa y, más en general, extracontinental, ocupó un lugar importante en las primeras fases del crecimiento urbano y en la conformación de contingentes de trabajadores industriales y de servicios.

La diferencia entre ambos procesos es que, en el caso de Buenos Aires, en la etapa de alto crecimiento de la población urbana, la migración interna fue complementada con migración proveniente de los países limítrofes —Bolivia, Paraguay, Chile y Uruguay— mientras que en el caso de São Paulo el crecimiento urbano tuvo como base a las migraciones internas. Esto ha sido así en virtud de que el ritmo de crecimiento de la población brasileña era mucho mayor y la heterogeneidad regional interna permitió un abastecimiento constante de mano de obra hacia las zonas industriales. Mientras tanto, Argentina —que había comenzado con anterioridad el proceso de transición demográfica— presentaba en ese período niveles de crecimiento bastante más reducidos. A los factores demográficos se agregó una historia de nexos económicos, culturales y lingüísticos que permitieron vinculaciones más intensas a través de las fronteras.

Argentina, y muy particularmente la ciudad de Buenos Aires y su área de influencia, constituyó el principal centro de atracción de migrantes de la región. Esa inmigración, proveniente de los países limítrofes, acompañó la expansión económica del país y ocupó espacios similares a los de la migración interna hasta la década de 1950. Posteriormente, la inserción de estos migrantes se orientó hacia ramas de actividad más deprimidas, cumpliendo el rol de oferta excedentaria de mano de obra que facilitó el estancamiento de los salarios. Aun en condiciones de salarios deprimidos, las diferencias con los países de origen se mantuvieron, permitiendo un flujo sostenido de ingresos (Carrón, 1976, 1979).

Marshall (1977, 1979) sostiene que el caso de Argentina —y más precisamente el del área metropolitana de Buenos Aires— es un ejemplo de migración sin demanda efectiva de trabajadores. El flujo migratorio interno y externo cumplió dos “funciones”: la relacionada con los requerimientos de mano de obra adicional y la que tienen relación con el proceso de aumento de los salarios. La permisividad y tolerancia de las políticas frente a la inmigración externa expresarían la conveniencia de contar con una fuente ilimitada de mano de obra disponible anticipándose a una situación de agotamiento de los aportes de la migración interna. En la década de 1980, ante la reversión de la situación de crecimiento del empleo en la Argentina, la persistencia de la inmigración limítrofe tiene lugar en un contexto de bajo crecimiento económico y sin demanda excedente de fuerza de trabajo. Los factores determinantes serían entonces las condiciones expulsoras en los países

de origen y la generación de un fenómeno autosostenido que crea su propia demanda, permitiendo la sobrevivencia de segmentos económicos con alta utilización de mano de obra (Marshall, 1983). En el último período, el incremento de la tasa de desempleo ha llegado a límites nunca conocidos en la historia argentina y la migración de países limítrofes tiende a perder peso relativo en el total de la población activa (Maguid, 1995).

La migración latinoamericana hacia Brasil fue menor en este período. Lo destacable es que tuvo un perfil promedio más calificado: las políticas tendientes al desarrollo de la ciencia, la tecnología industrial avanzada y el sistema de educación superior, llevaron a que este país alentara la captación de profesionales y científicos de otros países de la región.

Uruguay, donde el impacto de la inmigración europea en relación al total de su población fue importante hasta la década de 1950, se convierte en expulsor neto de población. La emigración de uruguayos, que comienza a perfilarse en los años sesenta, toma un ritmo muy importante en los años setenta, en el marco de la crisis del modelo económico y de la conflictividad política que culmina con la dictadura militar. Siendo un país pequeño desde el punto de vista demográfico, el impacto de la emigración sobre la población fue muy importante: se estima un saldo neto negativo de 310.000 personas entre 1963 y 1985, equivalente al 12% de la población media del período. Las tasas netas de emigración alcanzaron sus niveles máximos entre los años 1972 y 1976.

Uruguay constituye un ejemplo de país expulsor de población en un contexto de bajo crecimiento demográfico y de movimientos originados exclusivamente desde el área urbana. Este hecho aceleró la tendencia al envejecimiento y produjo distorsiones en la población económicamente activa. Hacia 1980, alrededor del 9% del total de profesionales y técnicos del país se encontraba en los Estados Unidos o en otros 11 países latinoamericanos (Pellegrino, 1993). Los efectos depresivos de la crisis económica sobre el empleo fueron de tal magnitud que la emigración no implicó un descenso del desempleo y solamente evitó un descenso aún mayor de los salarios (De Sierra, 1978). Wonsewer y Teja (1982) sostienen que fue la caída del salario real (y no el desempleo) el factor económico que incidió de manera preponderante en el impulso emigratorio. Este descenso del salario real fue compensado con un incremento de la tasa de actividad (mediante la incorporación de más miembros de la familia al mercado de trabajo) y en un aumento promedio en las horas laborales, implicando un deterioro general de las condiciones de vida de la población. Más allá de los factores estrictamente económicos —o políticos “puros”— se ha observado (Filgueira, 1988) que en el

caso uruguayo debe tenerse en cuenta el deterioro general que se produjo, a partir de los años sesenta, en la imagen fuertemente interiorizada en grandes sectores de la población de una sociedad abierta, de fácil movilidad social, participativa e igualitaria.

La emigración de esas décadas dejó como secuela la instauración de una cultura emigratoria en el país y la imagen, particularmente entre los jóvenes, de que las posibilidades de prosperar están fuera de las fronteras. La Encuesta de Juventud realizada en 1989-1990 permitió establecer que un cuarto de los jóvenes declaraban que aspiraban a vivir, al menos transitoriamente, fuera del país (Pellegrino y Luján, 1994).

Paraguay constituye un caso de país de inmigración y emigración. Por un lado, la inmigración europea —y más recientemente asiática (coreanos)—, aunque reducida en volumen, tiene un peso importante sobre la población total. A este fenómeno se agregan otros que tendrán un impacto cuantitativo importante en la década de 1970: el avance de colonos agrícolas de origen brasileño hacia la región del Alto Paraná y el retorno de paraguayos con sus familiares nacidos en Argentina. Este movimiento de retorno, así como también el de radicación de grupos de profesionales y técnicos provenientes de Argentina, Chile y Uruguay, tuvo lugar en el marco de recuperación de los indicadores económicos y de la dinamización de ciertos sectores del empleo, fundamentalmente a causa de la construcción de grandes obras de infraestructura.

197

Por otra parte, Paraguay ha sido un país tradicionalmente expulsor de población hacia la Argentina. Se estima que en 1970 alrededor del 10% de la población paraguaya residía en ese país y que el proceso de emigración rural tuvo lugar hacia Buenos Aires y otras ciudades argentinas más que hacia Asunción. Siendo uno de los países que presenta una proporción importante de población campesina, se produce una diversificación de los movimientos migratorios, en un marco de transformaciones económicas y de crisis que afecta particularmente al sector agrario (Palau, 1995). La tradición migratoria hacia la Argentina ha generado una red establecida de vinculaciones que permiten incrementos y retrocesos de los movimientos en función de la evolución de los indicadores macroeconómicos y, fundamentalmente, de las políticas monetarias.

Venezuela y Colombia

El otro foco de atracción migratoria en la región fue Venezuela, cuyo esfuerzo por atraer inmigración europea constituye una constante en la histo-

ria venezolana del siglo XIX y parte del siglo XX (Pellegrino, 1989). Después de la Segunda Guerra Mundial, las políticas de modernización del aparato productivo, basadas en los ingresos generados por la nacionalización progresiva de la explotación del petróleo, resultaron en un crecimiento de las actividades relacionadas con obras de infraestructura y en un primer impulso a la industrialización.

Aproximadamente medio millón de europeos (principalmente italianos, españoles y portugueses) se radicaron en el país durante la década de 1950, conformando parte importante de los trabajadores, empresarios y pequeños comerciantes del sector urbano.

Los intercambios migratorios con Colombia, presentes desde el período colonial en la región andina y limitados a las áreas de frontera y a las actividades agrícolas, se extendieron, en los años sesenta y setenta, a movimientos dirigidos a las ciudades.

El crecimiento de la población en ambos países tuvo lugar conjuntamente con la expansión venezolana. La migración colombiana hacia las ciudades de Venezuela acompañó la migración rural-urbana de este país y se intensificó a partir de 1974, con el "boom" petrolero. El total de inmigrantes censados pasó de 600.000 en 1971 a 1.100.000 en 1981. Estas cifras no incluyen un volumen importante de inmigrantes ilegales, que algunos cálculos estiman para 1981 en el 7.4% de la población total del país receptor. A los colombianos se agregaron contingentes importantes de otros países latinoamericanos y del Caribe. La coyuntura económica de Venezuela en este período hizo posible la situación excepcional de un crecimiento del empleo suficientemente alto como para que, con un crecimiento elevado de la población, se mantuviera una demanda fuerte de inmigrantes en la fuerza de trabajo. Los inmigrantes que ingresaron fueron de diversos tipos: trabajadores agrícolas (casi exclusivamente colombianos), trabajadores poco calificados, orientados a la construcción y al servicio doméstico (fundamentalmente, colombianos y dominicanos), obreros con experiencia y capacitación técnicas para la industria y profesionales y técnicos. Después de los Estados Unidos, Venezuela es el país que durante este período registra el mayor contingente de inmigrantes calificados de origen latinoamericano (Pellegrino, 1993).

Desde el decenio de 1950 y hasta finales de los años sesenta, Colombia mantuvo una elevada tasa de crecimiento de la población. La migración hacia Venezuela se incrementó en este período, al mismo tiempo que flujos más pequeños se dirigieron a Ecuador y Panamá. De acuerdo a Mármora (1982), el proceso de descomposición campesina y las alternativas del desarrollo

industrial influyeron en la migración interna e internacional. En el primer caso, la emigración de origen rural provendría de las regiones fronterizas con Venezuela, mientras que la emigración urbana tendría su origen en las grandes ciudades colombianas, como producto de los altibajos del proceso industrial. Para este autor, el desempleo habría constituido en la década de 1960 el factor de expulsión dominante en la migración que se origina en las ciudades, mientras que en los años setenta primó el descenso del salario real.

Un conjunto de encuestas³ aplicadas a migrantes colombianos deportados desde Venezuela permitió conocer el perfil de esos migrantes, su historia laboral anterior a la migración y las motivaciones que influyeron en su traslado. De estos estudios se desprende que para estos migrantes la migración a Venezuela constituía una etapa transitoria. La motivación fundamental del traslado no era el desempleo sino la posibilidad de ahorrar y enviar remesas a sus familiares. Dada la estacionalidad, los migrantes —hombres y mujeres— no se trasladaban con su familia, y, en su gran mayoría, eran solteros y menores de treinta años. (SENALDE, 1979; Murillo, 1979; CCRP, 1977-1978). Murillo Castaño (1988) sostiene que la migración permitía a los retornados insertarse en actividades independientes (autoempleos) pero que en la mayoría de los casos no estimuló una movilidad ascendente. En cuanto a la magnitud y el destino, algunas evidencias permiten concluir que las remesas tuvieron un impacto innegable sobre el sector informal. En las áreas urbanas, esas remesas permitieron satisfacer necesidades básicas (mejoras en el alojamiento, atención médica, salud y nutrición) y los ahorros fueron utilizados en actividades informales y en la generación de autoempleos.

199

En forma paralela, la emigración hacia los Estados Unidos creció sostenidamente durante el período 1960-1990, siendo Colombia el principal proveedor sudamericano de emigrantes hacia ese país. La emigración, que incluyó a grupos altamente calificados, se extendió progresivamente hacia los sectores medios y medio-bajos. En el caso de Colombia, más allá de las explicaciones relacionadas con las alternativas del mercado de trabajo, las situaciones de violencia —presentes también en la mayoría de los países latinoamericanos— han tenido un efecto importante y prolongado en el tiempo.

El cuadro 4 presenta alguna información sobre los profesionales y técnicos nacidos en América Latina y el Caribe censados en el decenio de 1980

³ Estos trabajos fueron publicados por el Ministerio de Trabajo y Seguridad Social y el SENALDE en una serie titulada Migraciones Laborales. Una variedad importante de enfoques y estudios de caso sobre distintos aspectos de la migración laboral están incluidos en tales publicaciones.

CUADRO 4

PROFESIONALES Y TECNICOS NACIDOS EN AMERICA LATINA Y EL CARIBE CENSADOS
EN PAÍSES DISTINTOS AL DE SU NACIMIENTO

Censos cerca de los años 80	País de residencia											Total
	Argentina	Venezuela	Brasil	Costa Rica	Bolivia	Chile	Ecuador	Guatemala	Panamá	Paraguay	Uruguay	
	Año de realización del censo	1980	1981	1980	1984	1976	1982	1982	1981	1980	1982	
Países de nacimiento												
Argentina	—	1.775	2.907	142	454	797	328	44	82	1.007	1.250	8.786
Paraguay	4.696	76	788	8	26	20	22	6	8	—	226	5.878
Chile	3.629	2.894	2.217	267	501	—	912	56	152	143	101	10.872
Bolivia	2.602	445	1.831	29	—	349	67	4	17	36	18	5.398
Uruguay	4.372	740	1.596	36	19	133	80	10	14	202	—	7.202
Brasil	613	261	—	19	163	151	120	16	23	374	423	2.163
Ecuador	93	944	129	39	22	112	—	17	102	—	7	1.465
Perú	1.753	2.367	749	113	276	305	181	26	95	—	24	5.889
Venezuela	56	—	93	60	12	24	83	9	21	—	10	368
Rep. Dominicana	—	629	11	17	4	5	17	8	16	—	—	707
Colombia	280	12.994	293	217	106	153	2.027	60	428	—	14	16.572
Honduras	—	50	31	120	1	14	14	183	34	—	—	447
Cuba	—	1416	44	162	3	31	46	39	119	—	—	1860

CUADRO 4 (Continuación)

PROFESIONALES Y TECNICOS NACIDOS EN AMERICA LATINA Y EL CARIBE CENSADOS
EN PAÍSES DISTINTOS AL DE SU NACIMIENTO

Censos cerca de los años 80	País de residencia											Total
	Argentina	Venezuela	Brasil	Costa Rica	Bolivia	Chile	Ecuador	Guatemala	Panamá	Paraguay	Uruguay	
Año de realización del censo	1980	1981	1980	1984	1976	1982	1982	1981	1980	1982	1975	
Guatemala		43	83	184	3	10	18	—	42			383
México	83	390	112	161	25	65	83	200	100	9	10	1.238
Nicaragua		208	117	1.069	4	13	13	194	151			1.769
El Salvador		90	40	404	2	14	32	558	112			1.252
Panamá		244	92	260	7	17	41	37	—			698
Costa Rica		211	12	—	4	11	29	106	177			550
Haití		112	12	7	1	3	6	4	4			149
Total profesionales y técnicos latinoamericanos	18.179	25.889	11.157	3.314	1.633	2.227	4.119	1.577	1.697	1.771	2.083	73.646
Total profesionales y técnicos extranjeros	50.721	49.101	63.154	4.723	4.692	6.938	8.188	3.121	3.021	3.169	5.161	201.989

FUENTE: Pellegrino, 1993, con base en CELADE-IMILA.

en países de la región diferentes al de su nacimiento. El cuadro 5 entrega determinadas características de los inmigrantes residentes en Argentina (censo de 1980) y en Venezuela (censo de 1981).

La Crisis de los Años Ochenta y los Cambios en la Distribución Espacial de la Población

No existe aún un balance general sobre los efectos de la crisis generalizada de los años ochenta sobre la migración internacional. Los datos disponibles permiten afirmar que durante este período de apertura económica se produjo un estancamiento de la migración entre los países de la región, pero que continuó creciendo la emigración hacia los Estados Unidos.

La población nacida en países latinoamericanos y del Caribe pasó de constituir el 9,3% del total de la población inmigrante en los Estados Unidos en 1960, a representar el 42,5% en el Censo de 1990. Del total de inmigrantes censados en 1990 nacidos en países de América Latina y el Caribe, el 51% eran mexicanos y el 38% de países de América Central y del Caribe. La participación de los países de América del Sur, aunque creciente, es bastante minoritaria; la distancia y el costo de los traslados conllevan cantidades de personas sustancialmente más pequeñas.

202

Como fenómenos emergentes se destacan la incorporación sustantiva de la emigración centroamericana a los Estados Unidos, el crecimiento de la emigración peruana hacia los Estados Unidos y España y el surgimiento de Brasil como país de emigración. Aunque la información sobre este último aspecto no se expresa en los datos censales conocidos, las investigaciones realizadas en Brasil indican la presencia de una tendencia emigratoria hacia algunas regiones de los Estados Unidos, así como hacia Portugal y Japón, en este último caso en el marco de procesos de "retorno" de descendientes de emigrantes de décadas anteriores (Patarra, N. y R. Baeninger, 1995).

Para el conjunto de los países de América Latina y del Caribe, las tasas de crecimiento de la población manifiestan tendencias decrecientes, con niveles y cronologías diversas. Sin embargo, el potencial de crecimiento generado en las etapas anteriores implicará un aumento de los contingentes de jóvenes que llegan a la edad de trabajar. Simultáneamente, se perfila una transformación en las pautas de la distribución espacial de la población y en los patrones de urbanización, con un mayor crecimiento de las ciudades intermedias frente a las grandes metrópolis. El impacto de la migración de

CUADRO 5

RESUMEN DE ALGUNAS CARACTERISTICAS DE LOS INMIGRANTES EN ARGENTINA Y VENEZUELA

	Argentina - Censo 1980					
	Total nac. en Paraguay	Total nac. en Chile	Total nac. en Bolivia	Total nac. en Uruguay	Total nac. en Brasil	Total nac. en Europa
Total	259.449	207.176	115.616	109.724	42.134	1.058.991
Edad promedio	39,5	36,3	37,7	36,7	43	57
Grupo modal de edades	30-44	30-44	30-44	30-44	45-64	65 y +
Relación de masculinidad	98,2	109,5	123,4	93,3	85	97,4
% con más de 10 años						
de estudios (*)	11	15	13	30	9	15
Tasa de actividad(**)	54	56	57	52	42	32
% de asalariados (***)	71	77	73	69	37	50
% de profesionales						
y técnicos (***)	3	3	4	8	4	9
% de obreros						
y artesanos (***)	51	50	49	36	16	36
% de trabajadores						
agrícolas (***)	9,8	12,6	22,3	1,8	56,1	5,5
% de trabajadores						
en servicios personales	18	9	9	6	6,7	9,5

CUADRO 5 (Continuación)

RESUMEN DE ALGUNAS CARACTERISTICAS DE LOS INMIGRANTES
EN ARGENTINA Y VENEZUELA

	Venezuela - Censo 1981					
	Total nac. en Colombia	Total nac. en Chile	Total nac. en Ecuador	Total nac. en Perú	Total nac. en Republ. Domini.	Total nac. en Argen- tina
Total	494.494	24.703	21.091	19.956	15.745	11.371
Edad promedio	31	29	30	29	31	32
Grupo modal de edades	15-29	30-44	15-29	15-29	15-29	30-44
Relación de masculinidad	89	108	101	136	64	108
% con más de 10 años de estudios (*).	13	54	19	63	16	56
Tasa de actividad(**)	64	62	70	73	68	62
% de asalariados (***)	74	81	77	82	79	77
% de profesionales y técnicos (***)	4	23	7	19	6	30
% de obreros y artesanos (***)	23	17	25	23	18	8
% de trabajadores agrícolas (***)	15,3	1,5	0,6	0,9	0,6	0,8
% de trabajadores en servicios personales	24	7	24,6	9	43	4

FUENTE: Pellegrino, A. 1989. Elaborado en base a datos del CELADE-IMILA.

(*) Sobre la población de 10 años y más.

(**) Sobre la población de 10 años y más.

(***) Sobre el total de la población económicamente activa.

origen rural sobre el crecimiento urbano se ha atenuado, pero se visualizan otros movimientos cuyo origen es predominantemente urbano, con destinos, duraciones y formas de movilidad complejas, y con impactos diferentes sobre la distribución espacial de la población.

Las obligaciones derivadas del pago de la deuda externa y las denominadas “políticas de ajuste” implementadas en la mayoría de los países de la región, determinaron aumentos importantes en el número de personas viviendo en situaciones de pobreza e indigencia, disminución del número de empleos industriales, incremento del trabajo informal y deterioro en el nivel de vida de los sectores medios (Altimir, 1994).

En este contexto, el crecimiento de la emigración hacia los países desarrollados, particularmente hacia los Estados Unidos, tiende a ampliarse a otros sectores. El mayor nivel educativo de los habitantes de la mayoría de los países latinoamericanos hace que la “globalización” de las aspiraciones y el acceso masificado a la información incluyan a grupos cada vez más amplios, incrementando las potencialidades migratorias. Por otra parte, la movilidad debida a las vinculaciones económicas, académicas, deportivas y turísticas se ha incrementado de manera vertiginosa, implicando una evaluación diferente de las distancias y permitiendo en mayor medida migraciones temporales, salidas transitorias y actividades que tienden a ampliar el espacio de vida de los individuos. Las distancias culturales parecen cada vez menos significativas y las opciones de vida se diseñan en base a un horizonte en el que las fronteras nacionales se desdibujan.

205

Las Perspectivas Futuras

Los cambios que en los años recientes se produjeron en el contexto internacional, la creciente interdependencia económica de los centros de poder, la adopción de estrategias de mercado mundiales, la movilidad de capital en el marco de los procesos de reubicación de las actividades industriales —y más en general, los efectos de la globalización— crean un marco propicio para la intensificación de la movilidad de las poblaciones.

El debate en torno a los efectos del crecimiento de la población sigue concentrando gran atención y revela en gran medida los temores de los países desarrollados con respecto a su contribución a la presión migratoria desde el Sur hacia el Norte. Sin embargo, no hay evidencias de una relación estrecha entre crecimiento demográfico y migración internacional. En palabras de Amartya Sen: “La explicación sobre la creciente presión migratoria se debe

en mayor medida al dinamismo del capitalismo internacional que al tamaño creciente de las poblaciones del Tercer Mundo.”...“La creciente demanda por migración desde el Sur hacia el Norte se relaciona con el achicamiento del mundo (a través de la revolución en las comunicaciones y en los transportes), con la reducción de los obstáculos económicos a los movimientos de trabajadores (a pesar del aumento de las barreras políticas), y con el creciente alcance y poder de absorción del capitalismo internacional, a pesar de que, al mismo tiempo, la política interior en los países del Norte se ha vuelto cada vez más nacionalista y dedicada a sus problemas domésticos”⁴.

Si tenemos en cuenta la experiencia histórica, las fases de expansión del capital y de hegemonía del libre comercio han provocado crecimiento de la migración internacional. La disrupción de las economías locales que conllevan estos procesos implica transformaciones del mercado de trabajo, segrega y margina a sectores importantes de trabajadores y, a la vez, promueve vínculos y contactos con los centros de poder que estimulan la movilidad. Por otra parte, una evaluación del proceso reciente parece indicar que la estrategia de orientar las inversiones de capital hacia las regiones de mano de obra abundante y barata ha tenido como resultado transformaciones en la distribución espacial interna de los países involucrados, pero no ha detenido la migración internacional y en algunos casos la ha estimulado (Saskia Sassen, 1988; Lim Lean Lim, 1993).

A corto y mediano plazo es posible hipotetizar que se incrementará la migración internacional, fundamentalmente hacia los países desarrollados y hacia las regiones donde las inversiones logren mayores éxitos en relación al crecimiento del empleo. La incertidumbre que rodea a esta nueva situación en los países que no logran superar los obstáculos al desarrollo hace difícil establecer pronósticos con perspectivas de larga duración.

El impacto de las tendencias actuales del empleo con la instalación (que algunos autores califican como crónica) del desempleo estructural y la desregulación y conformación de sectores segmentados del mercado de trabajo en los países industriales, que son cubiertos casi exclusivamente por migrantes, constituyen elementos para el pronóstico de la evolución futura. La migración internacional es un componente esencial de este gran proceso de reestructuración y es probable que constituya uno de los focos en los que la contradicción entre las políticas macroeconómicas y sus efectos sociales pueda implicar una fuerte conflictividad.

⁴ AMARTYA SEN, Population: Delusion and Reality. The New York Review of Books, September, 22, 1994.

Desde el punto de vista de la migración regional, surgen temas que tendrán una importancia relevante sobre la movilidad y migración de las poblaciones. Muchas regiones se encuentran abocadas a procesos de integración económica y aunque las comparaciones son complejas —dado el tipo de países involucrados— tales procesos tenderán inevitablemente a incrementar los intercambios de población. Es difícil evaluar la forma en que se producirán estos intercambios y la medida en que ellos redundarán efectivamente en traslados más o menos definitivos, que tengan efectos sobre la distribución espacial estable de la población. Cabe observar que una mejor comprensión de los movimientos transitorios, circulares, la residencia múltiple y otros aspectos relacionados con la dinámica actual de los desplazamientos, requiere nuevas formas de observación y medición de los movimientos migratorios, aún muy escasamente disponibles en la región. En general, los volúmenes y tendencias dependerán, en gran medida, de la fuerza que tengan las políticas migratorias restrictivas en los países de recepción para contener la presión de los ingresos. No menos importante resultará el poder de las comunidades de migrantes ya establecidos en los países de destino en sus intentos por incorporar nuevos inmigrantes.

Un diagnóstico del futuro debería evaluar la tendencia histórica y contrastarla con la situación previsible. Una revisión de los países de origen más afectados por la emigración internacional —México, El Salvador, Colombia, Paraguay y Uruguay— no permite identificar aspectos comunes entre ellos, ni desde el punto de vista de sus procesos de desarrollo ni desde el punto de vista del crecimiento demográfico. En todos estos casos han existido factores estructurales endógenos o coyunturas altamente expulsivas, que implicaron salidas de emigrantes. A partir de allí, los procesos migratorios generaron su propia dinámica, estableciendo culturas migratorias que se instalaron en unos países más que en otros, en evoluciones que resisten el análisis generalizador.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- APPLEYARD, REGINALD (1991): *International Migration: Challenge for The Nineties*, Ginebra, Organización Internacional para las Migraciones.
- AMARTYA, SEN (1994): *Population: Delusion and Reality*, The New York Review of Books, Septiembre, 22.
- BALÁN, JORGE (1988): "International Migration in Latin América: trends and consequences", Appleyard, R., *International Migration Today*, vol 1, UNESCO.
- BRINLEY, THOMAS (1961): *Migración Internacional y Desarrollo Económico*, UNESCO, Población y Cultura.
- CARRÓN, JUAN M. (1976): *Factores condicionantes de las migraciones internacionales intrarregionales en el Cono Sur de América*, FLACSO, PROELCE, CELADE.
- CARRÓN, JUAN M. (1979): "Shifting Patterns in Migration from Bordering Countries to Argentina: 1914-1970", *International Migration Review*, Special Issue, International Migration in Latin America, Editada por Kritz, Mary and Gurak, Douglas, N°47, vol 13.
- CHESNAIS, JEAN CLAUDE (1986): *La transition démographique. Etapes, formes, implications économiques*, París, Presses Universitaires de France, Institut National d'Études Démographiques.
- 208 COSÍO-ZAVALA, MARÍA EUGENIA (1992): "Las Encuestas de Migración en México. Propositiones analíticas", Ponencia presentada al Taller *Las nuevas formas de movilidad de las poblaciones urbanas en América Latina*, Bogotá, CEDE-ORSTOM, 7-11 de diciembre.
- DE SIERRA, GERÓNIMO (1978): "L'émigration massive des travailleurs", *Notes et Etudes Documentaires*, La documentation française, N° 44485-4486.
- DÍAZ BRIQUETS, SERGIO (1983): *International Migration within Latina America and the Caribbean. An Overview*, New York, Center for Migration Studies.
- FILGUEIRA, CARLOS (1988): "Prólogo", Niedworok, N.; Fortuna, Juan C.; Pellegrino, A., *Uruguay y la emigración de los 70*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental.
- HUGO, G. et al. (1994): *Contemporary International Migration Systems: A review*, en proceso de publicación.
- KRITZ, M., GURALD, D. T. (1979): "International Migration Trends in Latin America: Research and Data Survey", *International Migration Review*, vol 13, N° 3, pp. 407-27.
- LATTES, ALFREDO, RECCHINI DE LATTES, ZULMA (1991): *International Migration in Latin America. Patterns, Determinants, and Policies*, ECE/UNFPA, Reunión del Grupo de Expertos en Migración Internacional, Ginebra, 16-19 de Julio.
- LATTES, ALFREDO (1982): "Introducción", CLACSO, *Migración y Desarrollo*, vol. 6.
- LIM, LEAN LIM (1993): *Growing Economic Interdependence and Its Implications for International Migration*, Trabajo presentado a la Reunión del Grupo de Expertos en

- Distribución de la Población y Migración organizado por la División de Población del Departamento de Desarrollo Económico y Social, Naciones Unidas/UNFPA, Santa Cruz, Bolivia, 18-22 enero.
- MAGUID, ALICIA (1995): *L'immigration des pays limitrophes dans l'Argentine des années 90, mythes et réalités*, Revue Européene des Migrations Internationales, vol 11, N° 2.
- MÁRMORA, LELIO (1982): *Las migraciones internacionales laborales en Colombia*, Organización de estados Americanos (OEA), Seminario técnico sobre migraciones laborales en el grupo andino, Haití y República Dominicana, Quito, Ecuador, febrero, (mimeo).
- MARSHALL, ADRIANA (1979): "Immigrant workers in the Buenos Aires Labor Market", *International Migration Review*, Número especial: International Migration in Latin America, Edit. by Kritz, Mary and Gurak, D., N° 47, vol 13.
- MARSHALL, ADRIANA (1980): "Inmigración, demanda de fuerza de trabajo y estructura ocupacional en el area metropolitana argentina", Informe para la reunión de trabajo realizada en 1977, CLACSO, *Migración y Desarrollo*, N° 5.
- MARSHALL, ADRIANA (1983): *Las migraciones de países limítrofes en la Argentina, México*, Congreso Latinoamericano de Población y Desarrollo, 8-10 de noviembre.
- MARTÍNEZ PIZARRO, JORGE (1989): *La migración de mano de obra calificada dentro de América Latina*, Centro Latinoamericano de Demografía(CELADE), Santiago de Chile, mimeo.
- MASSEY, D; ARANGO, J; HUGO, G.; KOUAOUCI, A.; PELLEGRINO, A.; TAYLOR, J. A. (1993): *Theories of International Migration: A Review and Appraisal*, Population and Development Review, vol. 19, N° 3, Septiembre.
- MORNER, MAGNUS (1977): *Adventurers and Proletarians The Story of Migrants in Latin America*, University of Pittsburgh Press.
- MURILLO, C. G. (1979): "La migración de trabajadores colombianos a Venezuela: la relación ingreso-consumo como uno de los factores de expulsión", *Migraciones laborales*, Bogotá, N°11.
- PALAU, TOMÁS (1995): "Migración transfronteriza en Paraguay", Pellegrino, A., Ed., *Migración e Integración: nuevas formas de movilidad de la población*, Ed. Trilce, Montevideo.
- PATARRA, N., BAENINGER, R.(1995): "Migrações internacionais recentes: o caso do Brasil", Pellegrino, A., Ed., *Migración e Integración: nuevas formas de movilidad de la población*, Ed. Trilce, Montevideo.
- PELLEGRINO, ADELA (1989): *Historia de la Inmigración en Venezuela Siglos XIX y XX*, Caracas, Academia Nacional de Ciencias Económicas.
- PELLEGRINO, ADELA (1989): *Migración Internacional de Latinoamericanos en las Américas*, Caracas, Universidad Católica Andres Bello, CELADE/IDRC.
- PELLEGRINO, ADELA (1993): "La movilidad de profesionales y técnicos latinoameri-

- canos”, *Notas de Población*, Revista del Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE), Año XII, N° 57, Santiago de Chile, junio.
- PELLEGRINO, A.; LUJAN, C (1994): *La propensión migratoria de los Jóvenes Uruguayos*, Montevideo, O.I.M., INJU, CEPAL.
- SASSEN KOOB, SASKIA (1988): *The mobility of Labor and Capital*, Cambridge, Cambridge University Press.
- SINGER, PAUL (1975): *Economía política de la urbanización*, México, Siglo XXI.
- TORRADO, SUSANA (1978): *Exodo intelectual en América Latina: datos, teorías, políticas*, Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE), Santiago de Chile.
- WONSEWER, I., TEJA, A. M. (1982): *Informe final del Proyecto Condicionantes económicas de la emigración internacional en el Uruguay en el período 1963-1975*, Montevideo, CINVE.
- ZELINSKY, W. (1971): *The hypothesis of the mobility transition*, The Geographical Review, American Geographical Society, vol. LXI.

Urbanización, Crecimiento Urbano y Migraciones en América Latina**

En las consultas periódicas que las Naciones Unidas hacen a los gobiernos para conocer sus opiniones sobre sus problemas de población se destaca la presencia de una creciente preocupación por la distribución espacial de la población y por las migraciones. En 1993, de 190 gobiernos que respondieron a la séptima consulta, 142 expresaron su insatisfacción con la distribución espacial de sus poblaciones. En América Latina, diecisiete de los veintidós países de mayor tamaño señalaron que deseaban cambios en la distribución territorial de sus poblaciones, y catorce de ellos indicaron que se trataba de cambios mayores (Naciones Unidas, 1995a). Las dificultades que suelen enunciar los gobiernos son diversas y generales y están relacionadas con problemas socioeconómicos, ambientales y administrativos que ellos asocian con la rápida urbanización, el alto ritmo de crecimiento de las poblaciones urbanas (en particular de las ciudades más grandes) y con problemas derivados de movimientos migratorios internos y externos (de ilegales y de refugiados).

211

Más recientemente, el Programa de Acción aprobado en la Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo (Naciones Unidas, 1995b) puso especial atención sobre la distribución espacial de la población, la urbanización y las migraciones internas e internacionales y enunció muchas medidas que, entre otras cosas, orientan y fomentan una distribución más equilibrada de la población, una mejor gestión urbana y una reducción de los factores de presión migratoria, en particular de la pobreza. Esas medidas llaman a la cooperación y al diálogo entre los países de origen y destino de movimientos migratorios internacionales y recomiendan reducir los factores que dan lugar al movimiento de refugiados.

Los orígenes de la distribución territorial actual de la población de América Latina pueden vincularse con acontecimientos muy lejanos en el tiempo, como el hecho de que algunas grandes ciudades de hoy sean continuida-

* Centro de Estudios de Población (CENEP) Buenos Aires, República Argentina.

** Este artículo es una versión modificada y actualizada de un trabajo anterior (LATTES, 1993). Para su realización se contó con la eficaz colaboración de MARIANO SANA.

des locacionales de ciudades precolombinas, o menos lejanos, como la notable inmigración internacional y la consecuente urbanización que tuvo lugar a fines del siglo XIX y principios del siglo XX en varios países de la región. Sin embargo, los antecedentes más directos de la distribución territorial actual se relacionan con procesos ocurridos en etapas más recientes del desarrollo de las sociedades latinoamericanas.

Una etapa particular, bajo el denominado modelo económico del “crecimiento hacia adentro” —que se desarrolló en la región a partir de los años treinta y cuarenta— implicó, junto a una importante industrialización, una extraordinaria redistribución rural-urbana de la población. Asimismo, en esta etapa la población de la región alcanzó su más alto ritmo de crecimiento demográfico, en particular en las subpoblaciones urbanas y metropolitanas. El agotamiento del mencionado modelo, superpuesto con la crisis económica de los años ochenta¹, dio origen al inicio de otra etapa, actualmente en curso, correspondiente al modelo de transformación productiva y ajuste estructural que intenta reabrir las economías y modificar radicalmente las condiciones preexistentes (CEPAL, 1990b). Hoy, en medio de acciones gubernamentales que afectan la organización territorial de las sociedades y que no parecen contener políticas explícitas de redistribución de la población, se observan cambios importantes en la distribución territorial de la misma. Por ejemplo, la disminución del peso de las ciudades mayores sobre las poblaciones urbanas de los países y la importante disminución de la atracción migratoria que esas ciudades ejercieron en otra época.

Dentro del referido marco de transformaciones sociales, económicas y demográficas, este artículo se ciñe a presentar y analizar las características demográficas más sobresalientes de la redistribución espacial de la población de América Latina, en particular de sus poblaciones rurales y urbanas, y se pone énfasis en las ciudades mayores. El análisis se inicia con una comparación de las tendencias pasadas y proyecciones futuras (1925-2025) de la urbanización en las grandes regiones del mundo. Centrándose luego en América Latina, se presta especial atención a la cambiante diversidad intraregional durante el período 1950-2000. Cabe señalar que el trabajo se limita a los veintidós países de mayor tamaño de la región, todos ellos con más de dos millones de habitantes. Continúa con un análisis somero del rol de las

¹ Se ha acuñado el término “década perdida” para referirse al retroceso social y económico que experimentaron la mayoría de los países de América Latina en los años ochenta. Si se toma como indicador el PIB por habitante de la región, se observa que el que corresponde a 1989 equivale al de trece años antes (CEPAL, 1990b).

migraciones en estos cambios y de las características de los migrantes. Finalmente, en el marco de la transformación socioeconómica, se procura identificar algunos desafíos para la investigación.

El propósito central del artículo es responder algunos interrogantes básicos: ¿Cuáles son los actuales patrones de la redistribución territorial rural-urbana e intra-urbana de la población de América Latina? ¿Significan una reversión de las tendencias históricas? ¿Qué se puede esperar para las próximas décadas? ¿Cuáles son los problemas relevantes para la investigación actual?

Cabe aclarar que el concepto de urbanización utilizado se restringe a sus dimensiones demográficas. En esta perspectiva, la urbanización de la población de un país resulta de la interacción de variables demográficas que producen mayor ritmo de crecimiento de la subpoblación urbana respecto de la rural y un consecuente aumento de la proporción de personas residentes en esas áreas, también expresado como aumento del nivel de urbanización². La población urbana de cada país resulta de las definiciones nacionales que, como se sabe, distan mucho de ser homogéneas³.

América Latina en el Contexto Mundial

Niveles y Tendencias de la Urbanización en Grandes Regiones del Mundo

213

Hasta el año 1925 el nivel de urbanización de América Latina se ubicaba en una posición equidistante entre los niveles de las regiones más y menos desarrolladas del mundo (cuadro 1), pero durante los siguientes cincuenta años (1925-1975) la urbanización de la región se aceleró de manera tan notable que se aproximó mucho al nivel de las regiones más desarrolladas (gráfico 1). En otras palabras, la urbanización de América Latina fue más tardía que la de los países más desarrollados tomados en conjunto y prece-

² Su utiliza de manera indistinta nivel o grado de urbanización, significando en ambos casos la proporción de población urbana que tiene una región o país en un momento determinado.

³ Además de las diferencias existentes entre las definiciones nacionales de población urbana, la comparabilidad entre ellas está muy afectada por los distintos criterios (y los errores propios de su aplicación) utilizados para la determinación de la población de las localidades o unidades luego clasificadas como urbanas (véase VAPNARSKY, 1981). La realidad es que no se dispone de otros datos para dejar de lado las definiciones nacionales y utilizar, en su reemplazo, alguna definición más homogénea. Si se pudiera utilizar una definición sobre la base de un tamaño común, por ejemplo, 20.000 y más habitantes, se agrandarían las distancias entre los niveles de urbanización de los países considerados pero no se modificarían mayormente las conclusiones de este trabajo.

CUADRO I

NIVEL DE URBANIZACION DE GRANDES REGIONES DEL MUNDO, AÑOS SELECCIONADOS, 1925-2025 (Porcentajes)

Regiones	1925	1950	1975	2000	2025
Total mundial	20,5	29,3	37,7	47,5	61,1
Regiones más desarrolladas	40,1	54,7	69,8	76,3	84,0
Regiones menos desarrolladas	9,3	17,3	26,7	40,7	57,0
Africa	8,0	14,7	25,2	37,3	53,8
América Latina	25,0	41,6	61,3	76,6	84,7
América del Norte	53,8	63,9	73,8	77,4	84,8
Asia	9,5	16,8	24,6	37,7	54,8
Europa	47,8	52,2	67,1	75,1	83,2

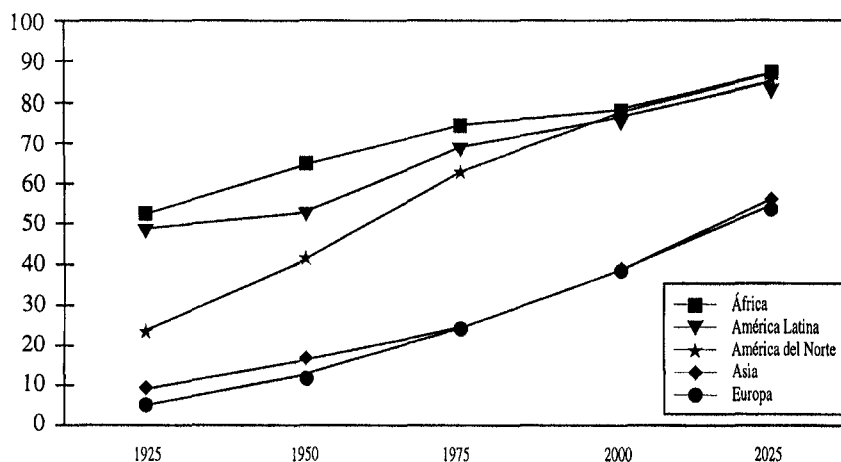
214

FUENTES: año 1925: estimado a partir de Hauser y Gardner (1982); años 1950 a 2025: Naciones Unidas (1994)

NOTA: Para mantener la homogeneidad interna de los cuadros 1 y 2 se han incluido las cifras globales para América Latina que brindan las fuentes indicadas. Esto implica que se incluyen otros países, además de los 22 referidos en el resto del artículo pero que, por ser poblaciones pequeñas, no introducen modificaciones significativas en las cifras.

dió, por mucho, a la urbanización de Asia y Africa. La estimación más reciente realizada por las Naciones Unidas (Naciones Unidas, 1994) reafirma el extraordinario nivel de urbanización alcanzado por América Latina: en la actualidad (1995) esta región presenta un grado de urbanización del 74,2%, muy similar al del conjunto de las regiones más desarrolladas del orbe. Las dos subregiones del continente americano (América del Norte y América Latina) mostrarían, hacia el año 2025, los niveles de urbanización más elevados del mundo (84,8 y 84,7%, respectivamente) mientras que África y Asia, las regiones menos urbanizadas, alcanzarían a tener poco más de la mitad (53,8 y 54,8%, respectivamente) de su población residiendo en áreas urbanas.

GRAFICO I
NIVEL DE URBANIZACION DE GRANDES REGIONES DEL MUNDO,
AÑOS SELECCIONADOS, 1925-2025



FUENTE: Cuadro 1.

La similitud entre el nivel de urbanización de América Latina y el de las regiones más desarrolladas no debe confundirnos en cuanto a que otras transformaciones sociales y económicas propias del desarrollo también se hayan alcanzado. La urbanización y la concentración territorial de la población pueden ser una condición necesaria para el desarrollo, pero si se consideran las tendencias más recientes veremos que, justamente, es la pobreza urbana la que más se ha incrementado en América Latina. En una investigación (CEPAL, 1990a) se señala que el número de pobres en la región se mantuvo casi constante durante el decenio de 1970 y, consecuentemente, decreciente en términos relativos sobre la población total; sin embargo, fue muy creciente entre 1980 y 1986, pasando de 136 a 170 millones de pobres. En términos relativos, el referido aumento significó pasar del 33 al 39% de la población total, pero la casi totalidad tuvo lugar en las áreas urbanas. En 1986 los residentes urbanos pobres de la región alcanzaban a 94 millones y una estimación para 1989 elevaba este número a 104 millones. En otras palabras, en América Latina la pobreza se ha convertido en un problema mayoritariamente urbano: en 1970 el 37% de los pobres eran residentes de áreas urbanas; hacia fines del decenio de 1980 esta proporción se elevó al 57%.

Dinámica de las Poblaciones y Tempo de la Urbanización en Grandes Regiones del Mundo

Como se señaló, la rápida urbanización de América Latina tuvo lugar en un contexto demográfico de muy alto crecimiento y al cual, sin duda, estuvo estrechamente relacionado. Del cuadro 2 se pueden extraer, para el primer medio siglo analizado (1925-1975), dos características salientes del proceso latinoamericano: *i*) el ritmo de crecimiento de su población total fue el más alto entre todas las regiones, y *ii*) el ritmo de crecimiento de su población urbana fue el segundo más alto, apenas superado por África que tenía un nivel de urbanización muy inferior. Centrando la atención en la redistribución territorial de la población parece importante señalar otra dimensión subyacente a estos rápidos ritmos de crecimiento: la redistribución neta de población entre las áreas rural y urbana⁴ ocurrida en este medio siglo alcanzó a 117 millones de personas.

El mayor ritmo de crecimiento de la población urbana de América Latina (5,1%) se alcanzó en la década del cuarenta; esa tasa es la máxima observada entre las grandes regiones, en una década cualquiera⁵. Desde entonces, la tasa de crecimiento urbano ha venido descendiendo en forma ininterrumpida. Lo mismo ocurrió con la tasa de crecimiento total, aunque su descenso se inició una década después. El acercamiento entre los valores de estas dos tasas queda reflejado en la notable desaceleración del ritmo de urbanización⁶ ocurrida en la región (desde 2,8% en los años cuarenta a 0,9% en los años ochenta).

216

⁴ Los componentes del crecimiento de la población total son la natalidad y la mortalidad (crecimiento vegetativo) y el saldo migratorio internacional, mientras que los componentes del crecimiento de las poblaciones urbana y rural son, además de la natalidad, la mortalidad y el saldo migratorio internacional respectivos, la migración neta rural-urbana, la reclasificación de localidades y la anexión o pérdida de espacio poblado a y desde las poblaciones rural y urbana. De esta manera, la redistribución neta rural-urbana de la población —generada por el diferente ritmo de crecimiento de estas subpoblaciones— se podrá explicar por los efectos de los distintos componentes referidos.

⁵ El extraordinario ritmo de crecimiento de la población urbana y de la población total de América Latina de los años cuarenta quedó reflejado en las proyecciones de población que se elaboraron entonces. Si hoy confrontamos las proyecciones preparadas en los años sesenta (Naciones Unidas, 1969, tabla 39, pág. 73), con las proyecciones que se han elaborado recientemente (Naciones Unidas, 1994) se puede observar que las primeras sobreestimaron considerablemente los tamaños de las poblaciones urbana y total que serían alcanzados al fin de este siglo. Estas importantes diferencias se explican por dos cambios demográficos específicos: uno, la fecundidad que disminuyó mucho más rápidamente que lo que se hipotetizó a mediados de la década del 1960, y el otro, el reemplazo de la inmigración de europeos de la posguerra por una emigración de latinoamericanos que se originó, principalmente, en áreas urbanas de la región.

⁶ Se utilizan indistintamente ritmo o tempo de urbanización que se mide con la tasa de urbanización (incremento medio anual de la proporción de población urbana o, más simplemente, diferencia entre las tasas de crecimiento de las poblaciones urbana y total). Debe recordarse que la urbanización se aproxima a su máximo. Este hecho siempre afecta a las comparaciones del tempo de la urbanización entre poblaciones con muy distinto nivel de urbanización.

CUADRO 2

TASAS DE CRECIMIENTO MEDIO ANUAL DE LAS POBLACIONES
TOTAL Y URBANA, Y TASA DE URBANIZACION,
GRANDES REGIONES DEL MUNDO
PERIODOS SELECCIONADOS, 1925-2025
(Porcentajes)

Regiones	Períodos			
	1925- 1950	1950- 1975	1975- 2000	2000- 2025
Total mundial				
Población total	1,0	1,9	1,6	1,2
Población urbana	2,4	2,9	2,6	2,2
Urbanización	1,4	1,0	0,9	1,0
Africa				
Población total	1,5	2,5	2,8	2,3
Población urbana	3,9	4,6	4,4	3,8
Urbanización	2,4	2,2	1,6	1,5
América Latina				
Población total	2,1	2,6	2,0	1,2
Población urbana	4,1	4,2	2,9	1,6
Urbanización	2,0	1,5	0,9	0,4
América del Norte				
Población total	1,1	1,5	1,0	0,8
Población urbana	1,8	2,0	1,2	1,1
Urbanización	0,7	0,6	0,2	0,4
Asia				
Población total	1,1	2,2	1,8	1,1
Población urbana	3,4	3,7	3,5	2,6
Urbanización	2,3	1,5	1,7	1,5
Europa				
Población total	1,9	0,8	0,3	-0,1
Población urbana	2,3	1,8	0,8	0,3
Urbanización	0,4	1,0	0,5	0,4

217

FUENTE: elaborado a partir de Hauser y Gardner (1982) y Naciones Unidas (1994).

CUADRO 3

**AFRICA Y AMERICA LATINA. INCREMENTO ABSOLUTO DE LA
POBLACION URBANA Y PROPORCION DEL MISMO SOBRE
EL INCREMENTO DE LA POBLACION TOTAL.
PERIODOS DE 25 AÑOS, 1950-2025**

Período	Africa		América Latina	
	Incremento urbano (en millones)	Proporción sobre el incremento total (por ciento)	Incremento urbano (en millones)	Proporción sobre el incremento total (por ciento)
1950-1975	71,3	37,5	127,2	82,5
1975-2000	206,0	49,3	205,2	100,6
2000-2025	494,1	74,4	199,6	107,4

FUENTE: Elaborado a partir de Naciones Unidas (1994).

218

Otra manera de poner de relieve la notable rapidez del *tempo* de la urbanización latinoamericana es denotando que América del Norte requerirá de 75 años (desde 1925 al 2000) para elevar su nivel de urbanización de 53,8 a 77,4%, mientras que América Latina lo hará, aproximadamente, en la mitad de ese tiempo.

El notable descenso de las tasas de crecimiento urbano y de urbanización de América Latina no debe eclipsar otra dimensión relevante del crecimiento urbano: en valores absolutos, el incremento de la población urbana ha continuado aumentando y recién en el próximo siglo empezará a disminuir muy lentamente. Este incremento de población urbana es de tal magnitud que actualmente supera al propio incremento de la población total. En el cuadro 3 se muestran los valores de esta relación para América Latina y, con fines comparativos, para Africa. Mientras en América Latina el incremento urbano, durante el período 1975-2000, es ligeramente mayor que el incremento total, en Africa —la región del orbe que hoy muestra el crecimiento urbano más veloz— el incremento de población urbana es equivalente a casi la mitad del incremento de su población total. Este es un rasgo de la dinámi-

ca de la población urbana de América Latina que tiene indudable importancia para el desarrollo y, como tal, debe ser cuidadosamente evaluado.

Diversas Modalidades de Urbanización en América Latina

Niveles y Tendencias de la Urbanización por País

Si se analizan los niveles y tendencias de la urbanización entre los países de la región⁷ emerge de inmediato una gran diversidad de situaciones, difícil de sintetizar con unos pocos indicadores. Esta notable diferencia entre las modalidades de la urbanización de los países es otra expresión del desigual grado de desarrollo existente en América Latina. Así, por ejemplo, Haití, Honduras, Guatemala y El Salvador —con los niveles más bajos de urbanización— muestran los niveles más bajos de desarrollo humano, mientras que Venezuela, Uruguay, Argentina y Chile —los cuatro más urbanizados— (junto a Costa Rica, de urbanización baja), presentan los niveles de desarrollo humano más altos de la región (PNUD, 1994).

El gráfico de cajas⁸ (gráfico 2) muestra una imagen esquemática de la dinámica del nivel de urbanización del conjunto de los veintidós países seleccionados, durante las cinco últimas décadas. La cambiante distribución en el tiempo corrobora el importante ascenso del nivel de urbanización global, indicado por el alza de la mediana del conjunto, y también muestra un aumento de la diversidad hasta 1990 (y su reversión en la década presente), indicado por los cambios de altura de la caja central. Como es de esperar, se observa la convergencia de los niveles de los países más urbanizados, dimensión indicada por la reducción de la cola superior, pero no ocurre lo mismo entre los países menos urbanizados, ubicados en la cola inferior.

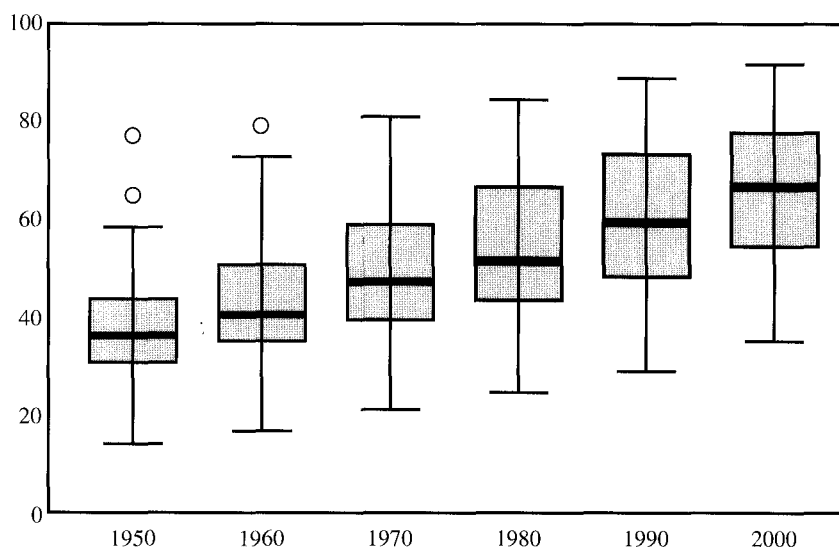
Al analizar los cambios por país (cuadro 4) surge con nitidez la importancia y la extensión de los aumentos entre los años 1950 y 2000. Sólo cua-

219

⁷ Como ya se indicó, para este estudio se han tomado los veintidós países de mayor población de la región.

⁸ El conocido "boxplot" o gráfico de cajas refleja la posición y concentración de un conjunto de datos, en este caso, los 22 niveles de urbanización de los países bajo estudio. La caja central del gráfico en cada año contiene el 50% de los valores centrales de la distribución, una vez ordenados los datos de mayor a menor, quedando indicada la mediana por una línea que cruza la caja central. El resto de los valores, los que componen el cuarto menor y el cuarto mayor, pero excluyendo los casos extremos, forman la cola inferior y superior, respectivamente. Los casos extremos, definidos como aquellos que distan de la caja central más de una vez y media la altura de la misma, se indican con círculos.

GRAFICO 2
AMERICA LATINA, NIVELES DE URBANIZACION. GRAFICO DE CAJAS,
PARA AÑOS SELECCIONADOS, 1950-2000



tro países tenían más del 50% de su población residiendo en áreas urbanas en 1950, mientras que para finales del siglo serán dieciocho los que presentarán tal situación.

Algunos países cambiaron drásticamente su posición en la escala de niveles de urbanización: entre 1950 y la actualidad, Venezuela avanzó de la cuarta posición a la primera; Brasil, de la undécima a la quinta, y República Dominicana, uno de los tres países menos urbanizados en 1950, se ubica ahora en la undécima posición. Un caso opuesto al anterior fue El Salvador que, con el menor aumento relativo de su nivel de urbanización, retrocedió desde la décima posición hasta convertirse en uno de los tres países menos urbanizados en la actualidad. Por último, se destaca que, desde mediados de siglo, los cuatro países más urbanizados (Venezuela, Uruguay, Argentina y Chile) han sido siempre los mismos, mientras que Haití, Honduras y Guatemala se mantuvieron entre los menos urbanizados.

La alta concentración de población en un número reducido de países y la asociación positiva que se observa entre tamaño de población y nivel de

CUADRO 4

AMERICA LATINA. NIVEL DE URBANIZACION POR PAIS Y MEDIDAS DE POSICION Y CONCENTRACION DEL CONJUNTO. AÑOS SELECCIONADOS, 1950-2000

País*	Nivel de urbanización (porcentajes)		
	1950	1960	1970
Uruguay	78,0	Uruguay 80,1	Uruguay 82,1
Argentina	65,3	Argentina 73,6	Argentina 78,4
Chile	58,4	Chile 67,8	Chile 75,2
Venezuela	53,2	Venezuela 66,6	Venezuela 72,4
Cuba	49,4	Cuba 54,9	Cuba 60,2
México	42,7	México 50,8	México 59,0
Puerto Rico	40,6	Colombia 48,2	Puerto Rico 58,3
Bolivia	37,8	Perú 46,3	Perú 57,4
Colombia	37,1	Brasil 44,9	Colombia 57,2
El Salvador	36,5	Puerto Rico 44,5	Brasil 55,8
Brasil	36,0	Panamá 41,3	Panamá 47,6
Panamá	35,8	Nicaragua 39,5	Nicaragua 47,0
Perú	35,5	Bolivia 39,3	Jamaica 41,5
Nicaragua	34,9	El Salvador 38,3	Bolivia 40,7
Paraguay	34,6	Costa Rica 36,6	R. Dominicana 40,3
Costa Rica	33,5	Paraguay 35,6	Costa Rica 39,7
Guatemala	29,5	Ecuador 34,4	Ecuador 39,5
Ecuador	28,3	Jamaica 33,8	El Salvador 39,4
Jamaica	26,7	Guatemala 32,4	Paraguay 37,1
R. Dominicana	23,8	R. Dominicana 30,2	Guatemala 35,5
Honduras	17,6	Honduras 22,8	Honduras 28,9
Haití	12,2	Haití 15,6	Haití 19,8
TOTAL	41,6	49,5	57,5
Mediana:	35,9	Mediana: 40,4	Mediana: 47,3
1 ^{er} . cuarto:	42,7	1 ^{er} . cuarto: 50,8	1 ^{er} . cuarto: 59,0
3 ^{er} . cuarto:	29,5	3 ^{er} . cuarto: 34,4	3 ^{er} . cuarto: 39,5
Altitud de la caja:	13,2	Altitud de la caja: 16,3	Altitud de la caja: 19,5

CUADRO 4 (Continuación)

AMERICA LATINA. NIVEL DE URBANIZACION POR PAIS Y MEDIDAS
DE POSICION Y CONCENTRACION DEL CONJUNTO.
AÑOS SELECCIONADOS, 1950-2000

País*	Nivel de urbanización (por ciento)		
	1980	1990	2000
Uruguay	85,2	Venezuela 90,4	Venezuela 94,4
Venezuela	83,3	Uruguay 88,9	Uruguay 91,4
Argentina	82,9	Argentina 86,5	Argentina 89,4
Chile	81,2	Chile 83,3	Chile 84,7
Cuba	68,1	Brasil 74,6	Brasil 81,2
Puerto Rico	66,9	Cuba 73,6	Cuba 78,1
México	66,3	México 72,6	México 77,7
Brasil	66,2	Puerto Rico 71,3	Puerto Rico 75,5
Perú	64,6	Colombia 70,0	Colombia 75,2
Colombia	63,9	Perú 69,8	Perú 74,5
Nicaragua	53,4	R. Dominicana 60,4	R. Dominicana 68,1
R. Dominicana	50,5	Nicaragua 59,8	Nicaragua 65,9
Panamá	49,7	Bolivia 55,8	Bolivia 65,2
Ecuador	47,0	Ecuador 54,8	Ecuador 61,9
Jamaica	46,8	Panamá 51,7	Paraguay 56,4
Bolivia	45,5	Jamaica 51,4	Jamaica 56,2
Costa Rica	43,1	Paraguay 48,9	Panamá 55,3
Paraguay	41,7	Costa Rica 47,1	Costa Rica 52,7
El Salvador	41,5	El Salvador 43,9	Honduras 47,3
Guatemala	37,4	Honduras 40,7	El Salvador 46,8
Honduras	34,9	Guatemala 39,4	Guatemala 44,1
Haití	23,7	Haití 28,6	Haití 34,9
TOTAL	65,2	71,6	76,7
Mediana:	52,0	Mediana: 60,1	Mediana: 67,0
1 ^{er} . cuarto:	66,9	1 ^{er} . cuarto: 73,6	1 ^{er} . cuarto: 78,1
3 ^{er} . cuarto:	43,1	3 ^{er} . cuarto: 48,9	3 ^{er} . cuarto: 55,3
Altitud de la caja:	23,8	Altitud de la caja: 24,8	Altitud de la caja: 22,9

FUENTE: elaborado a partir de Naciones Unidas (1994).

* Ordenados decrecientemente por nivel de urbanización en 1995.

urbanización hacen que las tendencias observadas para la región sean, en gran medida, las tendencias de un grupo de países. Unas pocas cifras bastan para demostrarlo: en 1995 el 83,2% de la población total y el 87,3% de la población urbana de América Latina se encontraba en los ocho países (Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Ecuador, México, Perú y Venezuela) de mayor tamaño, que a su vez, junto con Uruguay y Puerto Rico son los diez más urbanizados de la región. En parte, esto se debió a la gran inmigración externa⁹, que no sólo fue un importante factor del crecimiento de las poblaciones nacionales sino que, en mayor medida, lo fue del crecimiento de las poblaciones urbanas y, dentro de ellas, de las poblaciones de las ciudades más grandes. En los casos de México y Perú, que no recibieron inmigración externa de importancia, la intensa migración rural-urbana de sus grandes poblaciones indígenas actuó en el mismo sentido.

Si se agrupan los países en seis subregiones geográficas y éstas se ordenan por su nivel de urbanización¹⁰ (cuadro 5), se observa que en 1995 América Central es la única subregión que aún muestra predominio de población rural (47,3%). El Caribe (61,3%), con un nivel medio de urbanización, se caracteriza, además, por una gran diferencia interna: Cuba (76%) en un extremo y Haití (31,6%) en el otro. La subregión Andina, con un promedio alto de urbanización, también incluye países con marcadas diferencias de nivel: por un lado Ecuador (58,4%) y por el otro Venezuela (92,8%), el país más urbanizado de la región. México y Brasil, los dos países de mayor tamaño, han alcanzado niveles altos de urbanización, y por último el Cono Sur—relativamente homogéneo en tres países (Uruguay, Argentina y Chile)— y con un país muy desigual (Paraguay), aparece como la subregión más urbanizada de América Latina (84,1%) en el presente.

Reemplazando el criterio de agrupamiento geográfico por el de construir grupos homogéneos en cuanto al nivel de urbanización, y observando las tendencias hasta el fin del siglo, nos encontramos con la clara conformación de cinco subconjuntos que, por construcción, son muy diferentes entre sí (gráfico 3). En los cinco grupos se puede observar la convergencia de los niveles de urbanización de los países incluidos.

⁹ Sólo ocho países recibieron más del 95% de la inmigración que llegó a la región entre principios del siglo XIX y el presente (LATTES y RECCHINI de LATTES, 1994). Siete de ellos son en la actualidad los más urbanizados de América Latina.

¹⁰ Para calificar al nivel de urbanización se ha adoptado el siguiente criterio: De acuerdo con los niveles esperados para el año 2000 se califica como nivel de urbanización *muy alto* cuando alcanza a 80% y más. Nivel *alto* cuando está comprendido entre 70 y 79%. Nivel *medio* entre 60 y 69%. Nivel *bajo* entre 50 y 59% y, por último, nivel de urbanización *muy bajo* cuando es inferior al 50%.

CUADRO 5

AMERICA LATINA. NIVELES DE URBANIZACION
POR SUBREGIONES GEOGRAFICAS. 1995

Subregiones/ países	Nivel de urbanización en 1995 (porcentajes)
América Central	47,3
Nicaragua	62,9
Panamá	53,3
Costa Rica	49,7
El Salvador	45,1
Honduras	43,9
Guatemala	41,5
Caribe	61,3
Cuba	76,0
Puerto Rico	73,4
R. Dominicana	64,6
Jamaica	53,7
Haití	31,6
Subregión andina	74,5
Venezuela	92,8
Colombia	72,7
Perú	72,2
Bolivia	60,8
Ecuador	58,4
México	75,3
Brasil	78,2
Cono sur	84,1
Uruguay	90,3
Argentina	88,1
Chile	83,9
Paraguay	52,7

FUENTE: elaborado a partir de Naciones Unidas (1994).

GRAFICO 3

AMERICA LATINA, NIVEL DE URBANIZACION POR PAIS EN AÑOS SELECCIONADOS, 1950-2000

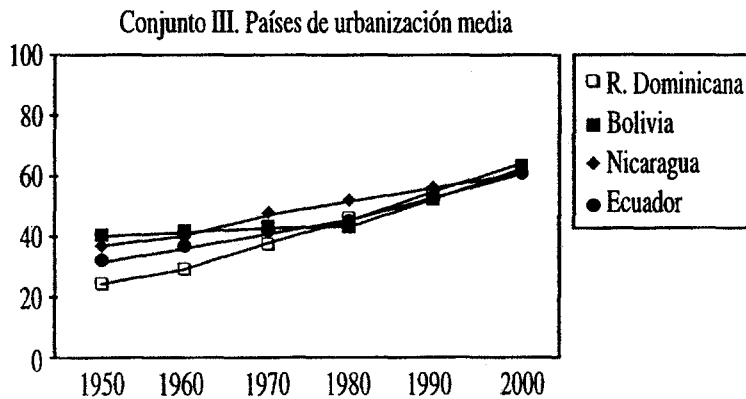
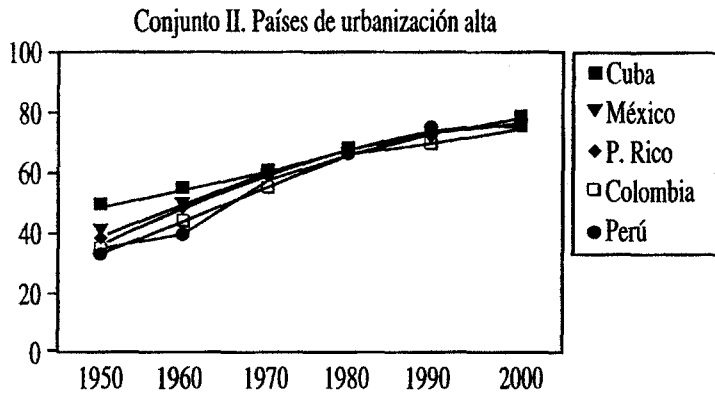
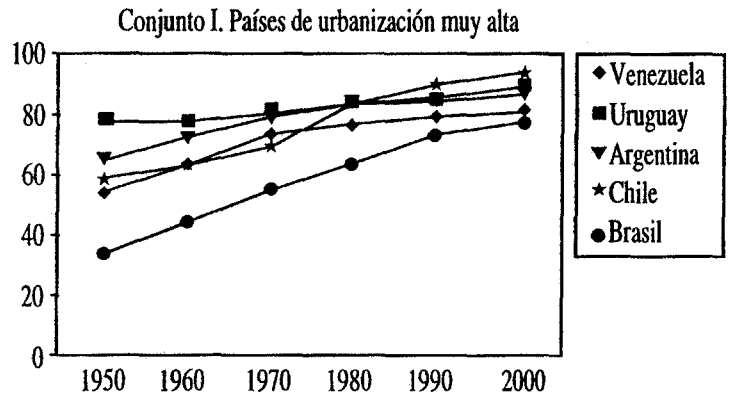
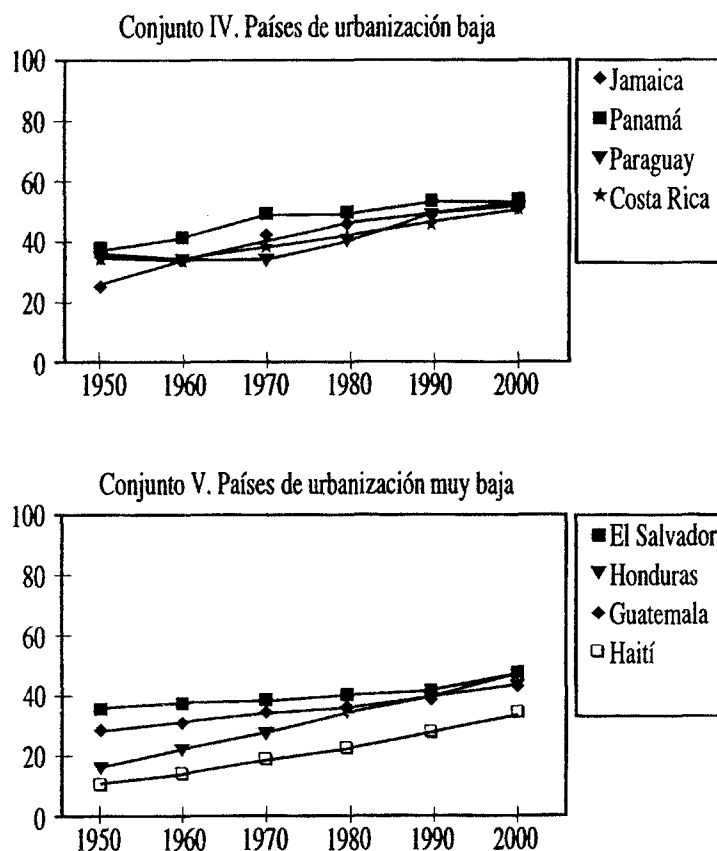


GRAFICO 3 (Continuación)
 AMERICA LATINA, NIVEL DE URBANIZACION POR PAIS
 EN AÑOS SELECCIONADOS, 1950-2000



226

Dinámica Urbana, Rural y de la Urbanización por País

Desde aquel máximo de la tasa de crecimiento urbano alcanzado por América Latina en los años cuarenta (5,1%) se necesitaron alrededor de cincuenta años para reducirla a la mitad de su nivel (2,5% en la década presente). La caída de la tasa de crecimiento urbano estuvo liderada por siete de los diez países más urbanizados, Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Cuba, Perú y Venezuela (cuadro 6). Pese a este notable descenso del ritmo de crecimiento, la población urbana de la región aumentó su tamaño en aproximadamente trescientos millones de personas.

De acuerdo con las estimaciones para la década actual, todos los países de la región —excluidos tres de los más rurales (Haití, Guatemala y El Sal-

CUADRO 6

AMERICA LATINA. TASA DE CRECIMIENTO DE LA POBLACION
URBANA, POR PAIS, 1950-2000

País*	Tasa de crecimiento (porcentajes)				
	1950- 1960	1960- 1970	1970- 1980	1980- 1990	1990- 2000
Venezuela	6,2	4,3	4,8	3,4	2,6
Uruguay	1,5	1,3	0,7	1,0	0,8
Argentina	3,0	2,1	2,2	1,9	1,5
Chile	3,7	3,3	2,4	1,9	1,7
Brasil	5,3	4,9	4,1	3,2	2,5
Cuba	2,8	2,9	2,5	1,7	1,3
México	4,6	4,6	4,0	3,2	2,6
Puerto Rico	1,5	4,1	3,0	1,6	1,4
Colombia	5,5	4,6	3,3	2,9	2,3
Perú	5,3	5,0	3,9	3,0	2,5
R. Dominicana	5,6	6,0	4,8	4,0	3,0
Nicaragua	4,3	4,9	4,3	3,8	4,4
Bolivia	2,5	2,7	3,5	4,1	3,9
Ecuador	4,7	4,3	4,6	4,1	3,3
Jamaica	3,8	3,4	2,5	2,0	1,6
Panamá	4,1	4,3	3,0	2,5	2,4
Paraguay	3,0	3,2	4,0	4,8	4,1
Costa Rica	4,5	4,2	3,6	3,7	3,4
El Salvador	3,3	3,6	2,8	1,9	2,8
Honduras	5,7	5,5	5,1	4,7	4,4
Guatemala	3,8	3,7	3,3	3,4	4,0
Haití	4,0	4,1	3,5	3,8	4,0
TOTAL	4,4	4,2	3,6	3,0	2,5

227

FUENTE: Naciones Unidas (1994)

* Ordenados decrecientemente por nivel de urbanización en 1995.

CUADRO 7

AMERICA LATINA. NIVELES DE URBANIZACION EN 1995, TASA DE CRECIMIENTO VEGETATIVO, Y TASA E INDICE DE URBANIZACION, POR PAIS, 1990-2000

País*	Nivel de urba- niza- ción (1995)	Tasas				Urbani- zación (1990- 2000)	Indice de urba- niza- ción*** (1990- 2000)
		Creci- miento vegeta- tivo** (1990- 2000)	Creci- miento total (1990- 2000)	Creci- miento urbano (1990- 2000)	Creci- miento rural (1990- 2000)		
Venezuela	92,8	2,1	2,1	2,6	-3,3	0,4	42,0
Uruguay	90,3	0,7	0,6	0,8	-2,0	0,3	22,9
Argentina	88,1	1,2	1,2	1,5	-1,2	0,3	21,4
Chile	83,9	1,5	1,5	1,7	0,7	0,2	8,3
Brasil	78,3	1,6	1,6	2,5	-1,4	0,8	26,0
Cuba	76,0	0,9	0,7	1,3	-1,2	0,6	17,2
México	75,3	2,1	1,9	2,6	-0,2	0,7	18,7
Puerto Rico	73,4	1,0	0,8	1,4	-0,8	0,6	14,6
Colombia	72,7	1,7	1,6	2,3	-0,3	0,7	17,4
Perú	72,2	2,0	1,9	2,5	0,2	0,7	15,6
Rep. Dominicana	64,6	2,0	1,8	3,0	-0,4	1,2	19,6
Nicaragua	62,9	3,2	3,4	4,4	1,8	1,0	15,2
Bolivia	60,8	2,5	2,4	3,9	0,0	1,6	21,4
Ecuador	58,4	2,1	2,1	3,3	0,4	1,2	15,8
Jamaica	53,7	1,4	0,7	1,6	-0,3	0,9	9,9
Panamá	53,3	1,9	1,7	2,4	1,0	0,7	7,4
Paraguay	52,7	2,6	2,6	4,1	1,0	1,4	14,8
Costa Rica	49,7	2,1	2,2	3,4	1,1	1,1	10,6

vador) y Nicaragua— estarían disminuyendo sus tasas de crecimiento urbano, aun cuando todavía se observen diferencias de nivel muy marcadas (desde 0,8% en Uruguay a 4,4% en Nicaragua y Honduras). Este notable descenso de la dinámica urbana tuvo lugar, como ya se mencionó, en un contexto muy urbanizado y en el que la población total también vino descendiendo en su ritmo de crecimiento, aunque con cierto retraso y más lentamente. Consecuentemente, la tasa de urbanización del conjunto de países también descendió y tendió a converger en sus valores por país.

Se señaló que la tasa de urbanización está condicionada por el nivel de urbanización y que esta limitación afecta las comparaciones entre países (véase la nota 6); por ello, es útil contar con alguna otra medida que, además de dar otra dimensión dinámica de la urbanización, esté exenta de este condicionamiento. Entre las posibles alternativas se eligió el índice de urbanización de Eldridge, que expresa el porcentaje de la población rural observada en 1990, obtenible mediante el aumento de la población urbana que se produciría entre los años 1990 y 2000. Los valores de este índice para los veintidós países y el total de la región pueden verse en la última columna del cuadro 7. Como en las restantes medidas de este cuadro, se ponen en evidencia situaciones muy desiguales, cuyos extremos son Venezuela y El Salvador con 42 y 5,2%, respectivamente. Sin embargo, el índice de urbanización indica que un apreciable número de países están comprendidos dentro del rango 10 a 23%. Es decir, durante la presente década la mayoría de los países de la región incorporarán a su crecimiento urbano entre el 10 y el 23% del tamaño que sus respectivas poblaciones rurales tenían en 1990.

Estableciendo una comparación en el mismo cuadro 7, los valores de la tasa y el índice de urbanización para los veintidós países entregan dos imágenes muy distintas y que no tienen similitud alguna entre sí. Cabe recordar que la tasa de urbanización es la diferencia entre las tasas de crecimiento total y urbano y, por ello, los países más urbanizados (Venezuela, Uruguay, Argentina y Chile) presentan los valores más bajos. En cambio, el índice de urbanización expresa, principalmente, la diferencia entre las dinámicas de la población urbana y rural; de esta manera, Venezuela y Chile, países muy urbanizados y con tasas de urbanización muy bajas, muestran índices de urbanización con valores tan disímiles (42 y 8,3%, respectivamente). La razón de esta situación: Chile es el país de la región con menor diferencia entre sus crecimientos urbano y rural y, por el contrario, Venezuela es el país con mayor diferencia.

El cuadro 7 incluye, junto al nivel actual de urbanización de los países, la tasa de crecimiento vegetativo de la población total y las tasas de crecimiento

CUADRO 7 (Continuación)

AMERICA LATINA. NIVELES DE URBANIZACION EN 1995, TASA DE
CRECIMIENTO VEGETATIVO, Y TASA E INDICE DE
URBANIZACION, POR PAIS, 1990-2000

País*	Nivel de urba- niza- ción (1995)	Tasas				Urbani- zación (1990- 2000)	Indice de urba- niza- ción*** (1990- 2000)
		Creci- miento vegeta- tivo** (1990- 2000)	Creci- miento total (1990- 2000)	Creci- miento urbano (1990- 2000)	Creci- miento rural (1990- 2000)		
El Salvador	45,1	2,6	2,2	2,8	1,6	0,6	5,2
Honduras	43,9	3,0	2,8	4,4	1,7	1,5	11,2
Guatemala	41,5	3,0	2,8	4,0	2,0	1,1	7,7
Haití	31,6	2,3	2,0	4,0	1,1	2,0	8,8
Total regional	74,3	1,8	1,8	2,5	-0,2	0,7	18,2

FUENTE: elaborado a partir de Naciones Unidas (1994).

* Ordenados decrecientemente por nivel de urbanización en 1995.

** Crecimiento vegetativo de la población total.

*** El índice de urbanización surge de la fórmula $IU = [PU(t+10) - PU(t)] / [100 - PU(t)]$, donde PU es la proporción de población urbana.

de las poblaciones total, urbana y rural, estimadas para la presente década (1990-2000). Se trata de dimensiones de procesos (o de facetas de ellos) simultáneos y estrechamente relacionados entre sí. Una relación empírica que los vincula es el menor crecimiento vegetativo, tanto de la población total como urbana, en aquellos países de mayor nivel de urbanización. Esto, como se verá más adelante, se debe a que el crecimiento urbano y la urbanización concomitante desempeñaron un importante papel en la disminución de la fecundidad y, consecuentemente, en el crecimiento vegetativo de las poblaciones.

Los diagramas de puntos (gráficos 4 a, b y c) proporcionan una buena imagen de estas relaciones entre las variables consideradas. La regresión simple entre el nivel de urbanización y las tasas de crecimiento vegetativo total y de crecimiento urbano y rural arroja relaciones lineales apreciables (coeficientes de correlación lineal $R^2 = 0.41, 0.48$ y 0.66 , respectivamente). En cada uno de los diagramas aparece un par de casos que se desvían significativamente en cuanto a la relación de las tasas con el nivel de urbanización. Es interesante indicar cuáles son esos desvíos: Venezuela, el país más urbanizado de la región, muestra tasas de crecimiento vegetativo y de crecimiento urbano muy altas, las más altas entre los países más urbanizados; Haití, con el nivel de urbanización más bajo de la región, muestra tasas de crecimiento vegetativo y de la población rural más bajas que las de muchos países más urbanizados. Jamaica, con un bajo nivel de urbanización, exhibe una tasa de crecimiento urbano llamativamente baja. Finalmente, Chile aparece con un crecimiento rural ($0,7\%$) mucho mayor que el esperado, siendo el más alto entre los once países que tienen nivel de urbanización alto y muy alto.

Como durante el período de observación (1950-2000) se produjo una gran variedad de transiciones demográficas y de urbanización¹¹, resulta muy útil contrastar algunos casos para apreciar mejor la diversidad de procesos. Por ejemplo, si se comparan los cuatro países que hoy comparten un nivel de urbanización muy alto (superior al 80%), que son Venezuela, Uruguay, Argentina y Chile, se verá que los actuales ritmos de crecimiento urbano de estos cuatro países (cuadro 7) son muy diferentes entre sí: Venezuela duplicaría su población urbana en 27 años, Chile en 41, Argentina en 47 y Uruguay en 88 años. Es decir, cuatro países que, habiendo alcanzado los niveles de urbanización más altos de la región, aún experimentan dinámicas urbanas muy desiguales entre sí y con implicaciones sociales y económicas muy diferentes.

El gráfico 5 ilustra los diferentes procesos comentados, en este caso, sólo para Venezuela y Uruguay. Las diferentes historias demográficas que estos dos países tuvieron antes de 1950 quedaron plasmadas en las diferentes

¹¹ Siguiendo a autores como ZELINSKY (1971), KEYFITZ (1980) y DE VRIES (1990), se entiende que existe más de una transición demográfica. La transición vital —habitualmente identificada como transición demográfica—, en la cual la fecundidad y la mortalidad pasan de niveles altos a niveles bajos; la transición de la urbanización, que es el paso de una proporción baja a una proporción alta de población urbana y que incluye, a su vez, cierta transición de la migración rural-urbana que pasa de niveles mínimos a niveles altos para luego retornar a niveles mínimos o insignificantes. Se ha enfatizado la necesidad de integrar el análisis de la transición vital con el de la transición de la urbanización, en especial cuando se indaga sobre la contribución relativa de la migración y el crecimiento vegetativo en la redistribución rural-urbana y urbana-metropolitana de la población (Villa, 1992).

GRAFICO 4

AMERICA LATINA, 1995. RELACION ENTRE EL NIVEL DE URBANIZACION Y LA TASA DE CRECIMIENTO VEGETATIVO, LA TASA DE CRECIMIENTO URBANO Y LA TASA DE CRECIMIENTO RURAL

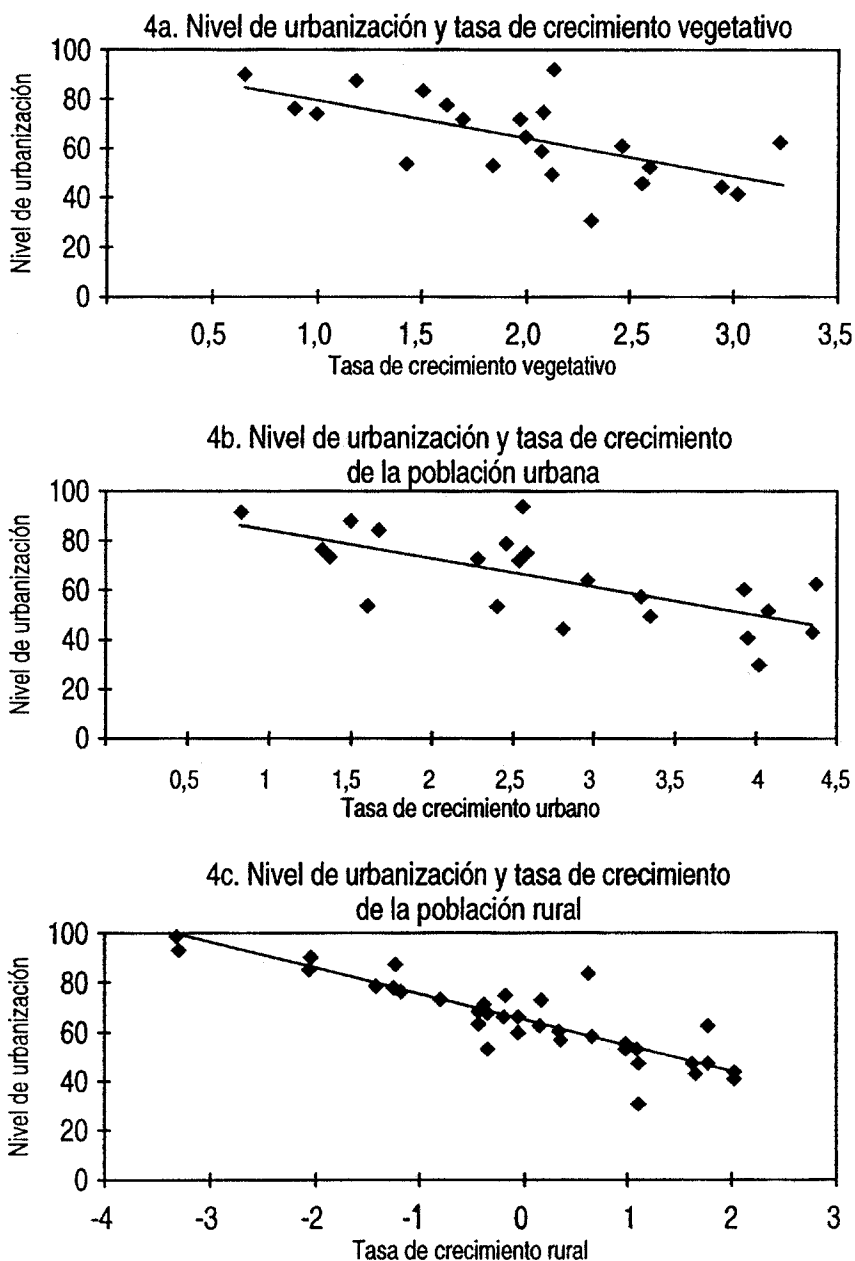
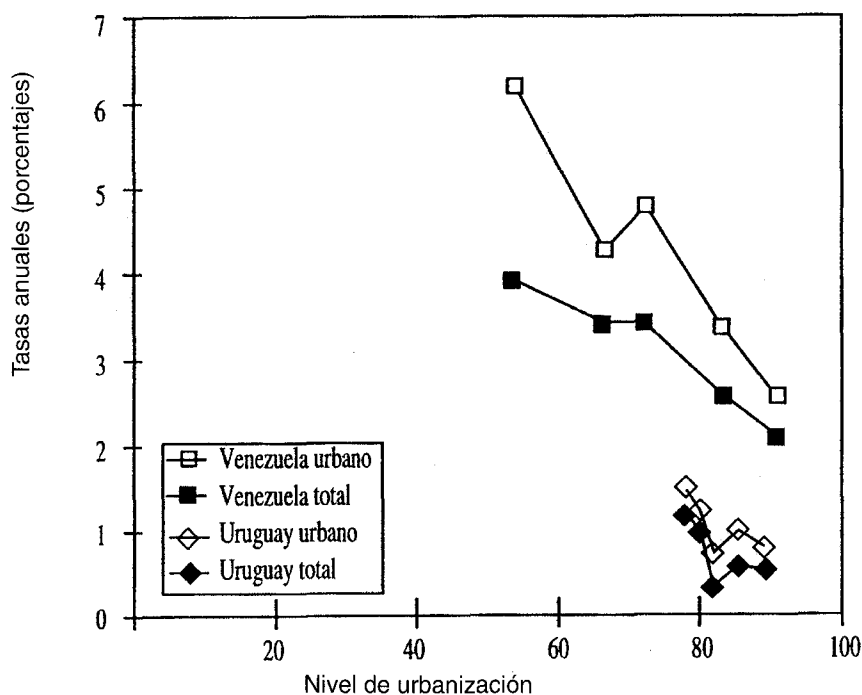


GRAFICO 5

VENEZUELA Y URUGUAY. TASAS DE CRECIMIENTO URBANO Y TOTAL SEGUN NIVEL DE URBANIZACION, 1950-2000



233

FUENTE: Elaborado con base en Naciones Unidas (1004).

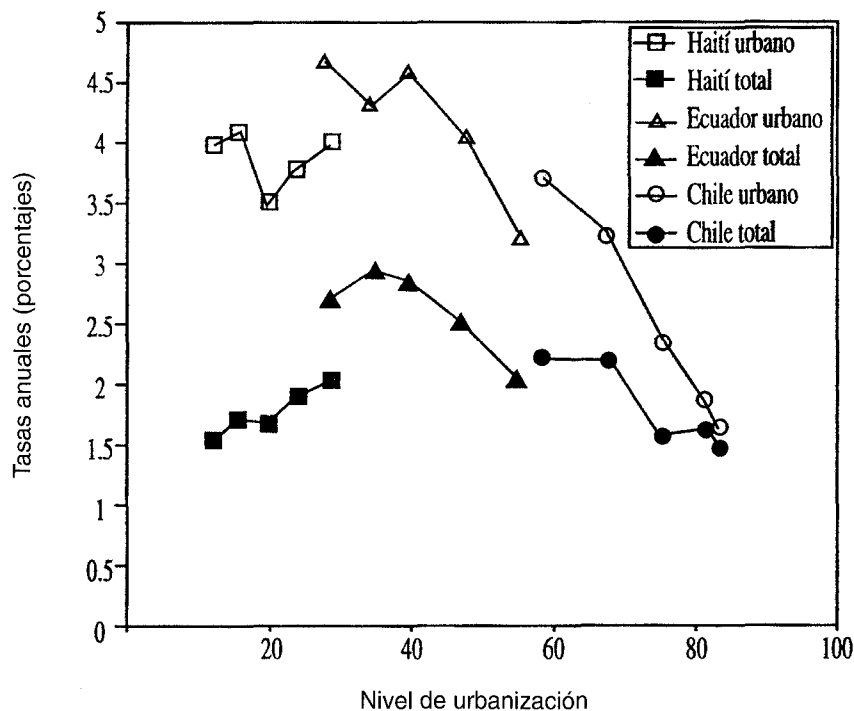
NOTA: El nivel de urbanización para cada tasa es el comienzo del decenio.

posiciones que muestran al inicio de sus respectivas curvas, que corresponden a la década 1950-1960. Desde entonces, la desigual caída de sus tasas de crecimiento urbano y de crecimiento total, particularmente la de Venezuela, ha generado cierta convergencia entre los niveles y *tempos* (distancia entre las dos tasas) de urbanización de estos países. Sin embargo, aunque hoy comparten niveles similares de urbanización, siguen siendo muy diferentes en cuanto a sus ritmos de crecimiento total y urbano.

De la misma manera, el gráfico 6 muestra otro ejemplo de la diversidad latinoamericana observada a lo largo de la segunda mitad del siglo XX. Para dicho gráfico se han elegido tres países con muy diferentes niveles de urbanización: Haití, ascendiendo los primeros peldaños de la urbanización, Ecuador, que en 1950 mostraba el nivel de urbanización que alcanzará Haití hacia el año 2000, y Chile, que hoy ostenta un nivel muy alto de urbaniza-

GRAFICO 6

HAITI, ECUADOR Y CHILE. TASAS DE CRECIMIENTO URBANO Y TOTAL SEGUN NIVEL DE URBANIZACION, 1950-2000



234

FUENTE: Elaborado con base en Naciones Unidas (1004).

NOTA: El nivel de urbanización para cada tasa es el comienzo del decenio.

ción y que en 1950 ya había alcanzado algo más que el actual nivel de Ecuador. Sintetizando, el gráfico 6 muestra tres experiencias nacionales que parecen sugerir las fases cronológicas de un patrón más general del proceso de urbanización. Más allá de esta posible interpretación, es una expresión concreta de la diversidad histórica y estructural que caracteriza estas dimensiones demográficas del desarrollo de los países de América Latina.

Por el hecho de que América Latina esté tan urbanizada y que su población rural global tenga un crecimiento casi nulo, no es posible dejar de considerar la dinámica de la población rural de los países que, como se aprecia en el cuadro 7, alcanzan tasas de crecimiento significativas. Como ya se observó, América Central es la única subregión latinoamericana predominantemente rural, y todos sus países muestran tasas de crecimiento rural apreciables (entre 1,0 y 2,0%) en la última década del siglo. Además de los

países centroamericanos, otros tres presentan ritmos de crecimiento rural apreciables: Haití (1,1%) en el Caribe y Paraguay (1,0%) y Chile (0,7%) en el Cono Sur.

Estructura de la Población Urbana y Dinámica de la Población de las Ciudades Mayores

El análisis previo de la urbanización latinoamericana quedaría incompleto si no se tratan, aunque parcialmente, los cambios experimentados por la estructura de la población urbana. Una definición clásica (Eldridge, 1942) señala que el proceso de urbanización implica tanto el crecimiento de los puntos de concentración existentes como el surgimiento de otros nuevos. Vapñarsky (1969) agrega que ello será así hasta que el nivel de urbanización llegue a su límite, ya que luego, en tanto sociedades urbanas, sólo continuarán cambiando la cantidad, tamaño y densidad de los puntos de concentración, o sea, su estructura urbana.

Las recientes cifras de los censos de la ronda de 1990 han posibilitado nuevas estimaciones —tanto para décadas pasadas como futuras— de las poblaciones totales, urbanas y de las ciudades mayores de cada país (Naciones Unidas, 1994).

235

Con esta información, es posible documentar la reversión del proceso de concentración de las poblaciones urbana y total de cada país en su ciudad mayor, fenómeno característico de la explosión urbana latinoamericana. Para la región como un todo, el nivel más alto de concentración se habría alcanzado alrededor de 1960. El cuadro 8 muestra tanto la evolución de la proporción de población urbana residente en las ciudades más grandes de la región como una visión de este proceso.

Tomando en cuenta la proporción urbana que representa la ciudad mayor de cada uno de los veintidós países analizados (que, desde luego, no coinciden con las veintidós ciudades más grandes de la región), información presentada en la primera parte del cuadro 9, se aprecia el referido descenso para el total regional, aunque con un inicio más temprano. El fenómeno implica que la población “resto urbano”, un agregado muy heterogéneo, crece a mayor ritmo que la población de la ciudad mayor (cuadro 10). Si las tasas proyectadas para la presente década son correctas, solamente en cuatro países (Colombia, El Salvador, Panamá y Perú) de los veintidós analizados, la concentración de población urbana en la ciudad mayor continuaría en la actualidad; en otros tres (Chile, Jamaica y Paraguay) la situación estaría

CUADRO 8

AMERICA LATINA. PORCENTAJE DEL TOTAL DE POBLACION URBANA RESIDENTE EN LAS CINCO, DIEZ, QUINCE, VEINTE Y VEINTICINCO CIUDADES MAS GRANDES DE LA REGION. AÑOS SELECCIONADOS, 1950-2000

Cantidad de ciudades	Porcentaje sobre la población urbana total					
	1950	1960	1970	1980	1990	2000
5	21,8	22,2	22,1	21,3	18,2	16,1
10	28,7	28,6	28,3	26,9	23,6	21,5
15	32,3	33,2	32,7	31,2	27,6	25,5
20	35,2	36,2	35,7	34,2	30,7	28,6
25	37,3	38,6	38,1	36,5	32,9	31,0

FUENTE: elaborado a partir de Naciones Unidas (1994).

236

estabilizada, y en los quince restantes el peso de la ciudad mayor sobre el total urbano estaría en descenso.

Del conjunto de las cifras anteriores (cuadros 8, 9 y 10) puede extraerse una conclusión: el contexto urbano latinoamericano, en particular desde la década de los setenta, ha invertido el sentido del histórico proceso de concentración de la población urbana en la ciudad mayor de cada país. Por supuesto, los países transitan este cambio de manera diferente. Unos desde la segunda posguerra, otros lo han iniciado hace una o dos décadas y el resto recién lo inicia o parece prepararse para comenzar. Un resumen de la situación, vista desde el presente, es el siguiente: *i*) en siete países (Argentina, Costa Rica, Cuba, Guatemala, Honduras, Jamaica y Uruguay) se observa desconcentración desde la segunda posguerra; *ii*) en tres países (Bolivia, Ecuador y Venezuela) la desconcentración se ha iniciado en los años setenta; *iii*) en otros tres países (Brasil, México y Puerto Rico) se ha iniciado en los años ochenta; *iv*) en otros tres países (Haití, Nicaragua y República Dominicana) el proceso de desconcentración urbana estaría iniciándose en la década presente y, por último, en los seis países restantes, aún con diferencias entre sí, el proceso no parece haberse iniciado, aunque sus ciudades mayores vienen disminuyendo notablemente sus ritmos de crecimiento.

CUADRO 9

AMERICA LATINA. PROPORCION DE LA POBLACION DE LA CIUDAD MAYOR SOBRE LA POBLACION URBANA Y SOBRE LA POBLACION TOTAL, POR PAIS. AÑOS SELECCIONADOS, 1950-2000

País*	Porcentaje sobre la población urbana					
	1950	1960	1970	1980	1990	2000
Venezuela	24,9	25,4	26,4	19,4	15,7	13,9
Uruguay	65,3	56,8	50,7	48,8	46,8	45,6
Argentina	45,0	44,6	44,8	42,5	37,7	34,7
Chile	37,6	39,4	39,7	41,1	41,9	42,0
Brasil	12,6	14,4	15,1	15,1	13,4	12,5
Cuba	39,7	36,9	34,0	28,9	27,2	26,4
México	26,6	28,6	30,4	31,2	24,6	20,6
Puerto Rico	51,9	52,0	44,4	50,7	43,4	39,1
Colombia	15,3	17,0	19,4	20,8	21,5	22,2
Perú	35,9	36,7	38,7	39,6	43,0	43,1
Rep. Dominicana	39,2	45,6	47,1	48,6	51,2	50,9
Nicaragua	28,4	33,5	39,0	42,4	43,9	42,6
Bolivia	25,9	28,1	30,1	29,8	28,4	26,9
Ecuador	26,5	29,3	29,8	28,9	26,5	25,2
Jamaica	90,7	76,4	68,3	58,1	52,6	52,4
Panamá	40,3	56,8	60,7	56,3	66,6	67,8
Paraguay	42,8	42,8	50,5	58,1	60,2	60,3
Costa Rica	63,3	62,6	63,8	59,9	53,2	51,0
El Salvador	22,6	25,4	23,3	23,4	26,0	27,3
Honduras	57,6	44,1	36,0	29,7	26,2	24,4
Guatemala	48,9	41,4	35,4	29,0	23,2	20,6
Haití	36,3	43,3	51,6	55,2	56,1	55,4
Total	28,9	28,5	28,2	27,2	24,4	22,8

CUADRO 9 (Continuación)

AMERICA LATINA. PROPORCION DE LA POBLACION DE LA CIUDAD
MAYOR SOBRE LA POBLACION URBANA Y SOBRE LA POBLACION TOTAL,
POR PAIS. AÑOS SELECCIONADOS, 1950-2000

País*	Porcentaje sobre la población total					
	1950	1960	1970	1980	1990	2000
Venezuela	13,3	16,9	19,1	16,1	14,2	13,1
Uruguay	50,9	45,5	41,7	41,6	41,6	41,7
Argentina	29,4	32,8	35,1	35,2	32,6	31,0
Chile	22,0	26,8	29,9	33,4	34,9	35,5
Brasil	4,5	6,5	8,4	10,0	10,0	10,2
Cuba	19,6	20,3	20,5	19,7	20,0	20,6
México	11,3	14,5	18,0	20,7	17,8	16,0
Puerto Rico	21,1	23,2	25,9	33,9	30,9	29,5
Colombia	5,7	8,2	11,1	13,3	15,0	16,7
Perú	12,7	17,0	22,2	25,6	30,0	32,1
Rep. Dominicana	9,3	13,8	18,9	24,5	30,9	34,7
Nicaragua	9,9	13,2	18,3	22,6	26,2	28,0
Bolivia	9,8	11,0	12,3	13,6	15,8	17,5
Ecuador	7,5	10,1	11,8	13,6	14,5	15,6
Jamaica	24,2	25,8	28,4	27,2	27,0	29,5
Panamá	14,4	23,4	28,9	28,0	34,4	37,5
Paraguay	14,8	15,2	18,7	24,2	29,4	34,0
Costa Rica	21,2	22,9	25,3	25,8	25,0	26,9
El Salvador	8,2	9,7	9,2	9,7	11,4	12,8
Honduras	10,1	10,0	10,4	10,4	10,7	11,6
Guatemala	14,4	13,4	12,6	10,8	9,2	9,1
Haití	4,4	6,8	10,2	13,1	16,0	19,3
Total	12,0	14,1	16,2	17,7	17,5	17,5

FUENTE: elaborado a partir de Naciones Unidas (1994).

* Ordenado decrecientemente por nivel de urbanización en 1995.

Que grandes ciudades de la región disminuyan su predominio urbano no es un hecho novedoso y varios autores ya lo destacaron a fines de los años setenta y principios de los ochenta¹². Lo que hoy llama la atención es la extensión e intensidad del fenómeno. Cómo se relaciona, o se relacionará, la transformación económica actual con estos cambios es aún tema de debate y la pregunta: ¿Se está acelerando la disminución del predominio urbano de las ciudades mayores como consecuencia de las recientes transformaciones económicas? no tiene aún respuesta definitiva.

De Mattos (1994), entre otros autores, sostiene que en las primeras fases de la reconversión la concentración de población tiende a disminuir debido a la revalorización de determinados recursos/regiones por el mercado mundial, pero que cuando las primeras etapas de la reconversión sean superadas, la población tenderá a concentrarse nuevamente, aunque no en la gran metrópoli sino en un sistema de ciudades periféricas. La hipótesis, en todo caso, deberá tomar en cuenta distintas situaciones nacionales, algunas de las cuales muestran, un proceso de desconcentración urbana que se inició hace varias décadas.

Las evidencias sobre la desconcentración de la población o desaceleración del crecimiento de las ciudades más grandes de la región empiezan a sumarse. Portes (1988), analizando los casos de Bogotá, Montevideo y Santiago de Chile, sostiene la hipótesis de la inversión de tendencias o, por lo menos, una desaceleración del crecimiento de estas grandes ciudades. Sin embargo, este autor previene que es demasiado pronto para saber si los procesos observados representan una simple anomalía en la tendencia o serán permanentes. Ruiz Chiapetto (1990) sostiene que la crisis económica de los ochenta inhibió la continuación de la concentración de la población en las grandes metrópolis de México. Verduzco (1992) indica para el mismo país, que las tres ciudades mayores (Ciudad de México, Guadalajara y Monterrey) tuvieron un aumento poblacional considerablemente menor que el esperado y sugiere que se ha producido la reversión de las tendencias concentradoras anteriores. Lattes y Recchini de Lattes (1992) y Sana (1993) muestran que en la década de los ochenta la disminución del predominio de Buenos Aires ha continuado, tanto sobre la población total como sobre la población urbana y, refiriéndose a Santiago de Chile, indica que la concentración de la

¹² Entre otros, ALBERTS (1977) concluyó que las áreas metropolitanas de Caracas, Monterrey, San Salvador, Río de Janeiro y São Paulo estaban perdiendo ritmo de crecimiento, mientras que otras ciudades intermedias, de menor tamaño, lo estaban ganando. El caso de La Habana está expuesto por LANDSTREET y MUNDIGO (1981). GATICA (1980) y LATTES (1984) indican que se trata de una creciente tendencia regional. URZÚA y OTROS (1981) destacan la disminución de la primacía de Buenos Aires y de Montevideo e indican el estancamiento en el caso de Santiago.

CUADRO 10

AMERICA LATINA. TASAS DE CRECIMIENTO MEDIO ANUAL
DE LA POBLACION DE LA CIUDAD MAYOR Y DEL RESTO
URBANO**, POR PAIS. DECENIOS DEL PERIODO 1950-2000

País*	Tasas de crecimiento de la ciudad mayor (porcentajes)				
	1950- 1960	1960- 1970	1970- 1980	1980- 1990	1990- 2000
Venezuela	6,4	4,7	1,7	1,3	1,4
Uruguay	0,1	0,1	0,4	0,6	0,6
Argentina	2,9	2,2	1,6	0,7	0,7
Chile	4,2	3,3	2,7	2,1	1,7
Brasil	6,6	5,4	4,1	2,0	1,8
Cuba	2,1	2,1	0,9	1,1	1,0
México	5,3	5,3	4,3	0,8	0,8
240 Puerto Rico	1,5	2,5	4,4	0,0	0,3
Colombia	6,6	6,0	4,0	3,2	2,7
Perú	5,5	5,5	4,1	3,8	2,6
Rep. Dominicana	7,1	6,3	5,1	4,5	2,9
Nicaragua	5,9	6,4	5,2	4,2	4,1
Bolivia	3,3	3,3	3,4	3,6	3,4
Ecuador	5,7	4,5	4,3	3,2	2,8
Jamaica	2,1	2,3	0,9	1,0	1,6
Panamá	7,6	5,0	2,3	4,1	2,6
Paraguay	3,0	4,9	5,5	5,1	4,1
Costa Rica	4,4	4,4	3,0	2,5	3,0
El Salvador	4,5	2,8	2,9	2,9	3,3
Honduras	3,1	3,5	3,2	3,4	3,7
Guatemala	2,2	2,2	1,3	1,2	2,8
Haití	5,8	5,8	4,2	4,0	3,9
Total	4,3	4,1	3,3	1,9	1,8

CUADRO 10 (Continuación)

AMERICA LATINA. TASAS DE CRECIMIENTO MEDIO ANUAL
DE LA POBLACION DE LA CIUDAD MAYOR Y DEL RESTO
URBANO**, POR PAIS. DECENIOS DEL PERIODO 1950-2000

País*	Tasas de crecimiento del resto urbano (porcentajes)				
	1950- 1960	1960- 1970	1970- 1980	1980- 1990	1990- 2000
Venezuela	6,1	4,2	5,7	3,8	2,8
Uruguay	3,7	2,6	1,1	1,4	1,1
Argentina	3,1	2,1	2,6	2,7	2,0
Chile	3,4	3,2	2,1	1,8	1,7
Brasil	5,1	4,9	4,1	3,4	2,6
Cuba	3,3	3,4	3,3	1,9	1,4
México	4,3	4,4	3,9	4,1	3,1
Puerto Rico	1,5	5,6	1,8	3,0	2,1
Colombia	5,3	4,3	3,1	2,8	2,2
Perú	5,2	4,7	3,7	2,4	2,5
Rep. Dominicana	4,5	5,7	4,5	3,5	3,1
Nicaragua	3,5	4,0	3,8	3,6	4,6
Bolivia	2,2	2,4	3,5	4,3	4,1
Ecuador	4,3	4,3	4,7	4,4	3,5
Jamaica	13,1	6,4	5,3	3,2	1,6
Panamá	0,9	3,4	4,1	-0,2	2,0
Paraguay	3,0	1,8	2,4	4,3	4,1
Costa Rica	4,7	3,9	4,6	5,3	3,8
El Salvador	2,9	3,9	2,8	1,5	2,6
Honduras	8,5	6,9	6,0	5,2	4,6
Guatemala	5,2	4,7	4,2	4,2	4,3
Haití	2,8	2,5	2,7	3,6	4,2
Total	4,5	4,2	3,8	3,4	2,7

241

FUENTE: elaborado a partir de Naciones Unidas (1994).

* Ordenado decrecientemente por nivel de urbanización en 1995.

** Resto urbano: Diferencia entre la población urbana y la población de la ciudad mayor.

población continuó en la década pasada —aunque haya perdido fuerza— y, agrega que cierta “reversión de la polarización” podría ser coyuntural, afectando a la capital pero no a la región.

Investigando la importancia de la tendencia a la pérdida de primacía poblacional de las áreas metropolitanas en el crecimiento urbano total, se ha señalado (Relatoría..., 1994) que esta tendencia podría ser menos relevante en el aspecto económico dado que el proceso de concentración económica parece continuar en estas áreas. Por otra parte, se recuerda que el incremento de la terciarización en el centro de las ciudades y el traslado de las industrias al sector suburbano generan una gran variedad de formas de movilidad de la población.

Por otro lado, se ha sostenido que la atenuación del ritmo concentrador de la población puede confluir positivamente con la desconcentración espacial de las actividades económicas y con los procesos de descentralización (Sojo, 1991). Además, se ha expresado la opinión de que el modelo económico actual preconiza la descentralización pero que en la realidad está mostrando un fuerte proceso de concentración económica y financiera (Relatoría..., 1994).

242

En la segunda parte del cuadro 9 se puede observar que la desconcentración de la población total (desde estas mismas ciudades) tiene menor vigencia que la desconcentración urbana. Sin embargo, la región como un todo y varios países —Argentina, México, Puerto Rico, Uruguay y Venezuela— también muestran la disminución del peso de la ciudad mayor sobre la población total mientras que en otros países éste se ha estabilizado. Vinculando estas dos dimensiones de la desconcentración de población desde la ciudad mayor, cabe recordar que a medida que aumenta el nivel de urbanización el peso relativo de la población en la ciudad mayor sobre la población total y sobre la población urbana tiende a converger.

Geisse y Sabatini (1988), entre otros, han postulado que el problema de las grandes ciudades no reside tanto en su tamaño como en su ritmo de crecimiento. En esta perspectiva, los cambios de la estructura urbana observados a través de la modificación de las proporciones de los cuadros 8 y 9 nada dicen en cuanto a la dinámica de las subpoblaciones involucradas, que son, como lo muestra el cuadro 10, muy disímiles entre sí. En la década actual (1990-2000) la población del resto urbano estaría creciendo más rápidamente que la población de la ciudad mayor en nueve países, y en otros siete ambos ritmos de crecimiento serían muy parejos. Las diferencias entre las tasas son importantes: el resto urbano varía entre 1,1 y 4,6% y las ciuda-

des mayores entre 0,6 y 4,1% (cuadro 10). Aun así, los niveles de la mayoría de las tasas han disminuido mucho respecto a los de la década de 1950.

La referida declinación de las tasas de crecimiento poblacional de las grandes metrópolis no debe ocultar que en muchos casos los incrementos demográficos absolutos se mantienen en cifras muy altas. Esto continúa aumentando la presión sobre la infraestructura y los servicios urbanos en una época en que la provisión de servicios y el mantenimiento de la infraestructura están siendo afectados por drásticas disminuciones de los recursos de capital, reducción de los gastos del estado, etc., lo que, sumado a la baja del poder adquisitivo de las poblaciones, plantea problemas de magnitud no igualada antes: una característica actual de las poblaciones de las grandes aglomeraciones de la región es la notable diferenciación sociodemográfica y económica existente dentro de ellas.

En el caso de los centros urbanos de tamaño intermedio —que en muchos países están aumentando su peso relativo—, otro aspecto crítico es la falta de capacidad de los gobiernos locales para formular e implementar iniciativas de desarrollo. Esta capacidad local es indispensable, por cuanto cada localidad tiene sus propias posibilidades y restricciones (Hardoy y Satterthwaite, 1988).

La Diversidad de las Migraciones

Las Migraciones como Componente Demográfico de la Urbanización, del Crecimiento Urbano y del Crecimiento de las Ciudades Mayores

Con las diferencias propias del estadio de la urbanización, el nivel de crecimiento vegetativo y la presencia o no de migraciones internacionales, la migración ha jugado roles distintos y cambiantes como componente demográfico del crecimiento urbano, del crecimiento de las ciudades y de la urbanización.

Con base en las estimaciones del cuadro 11 (primera parte) se puede sostener, en términos generales, que la transferencia rural-urbana viene disminuyendo su contribución al crecimiento urbano de la región. En los años cincuenta explicó el 45,2% del crecimiento urbano regional y en el presente el 36,6%¹³. Entre los países se observan valores muy diversos: en la actualidad

¹³ En Naciones Unidas (1981), págs. 26 y 38, sobre la base de un número menor de países y con un procedimiento de cálculo más refinado se han estimado, para los años cincuenta y sesenta, contribuciones de la migración rural-urbana al crecimiento urbano de la región del 39 y 35%, respectivamente.

CUADRO II

AMERICA LATINA. TRANSFERENCIA RURAL-URBANA
COMO COMPONENTE DEL CRECIMIENTO URBANO
Y DE LA URBANIZACION, 1950-2000

País*	Incremento urbano atribuible a transferencia rural-urbana** (porcentajes)				
	1950-1960	1960-1970	1970-1980	1980-1990	1990-2000
Venezuela	52,7	26,1	48,3	28,7	20,4
Uruguay	27,8	9,0	-42,2	24,8	24,5
Argentina	51,0	37,9	31,4	30,1	24,9
Chile	41,4	33,9	30,2	14,1	13,6
Brasil	50,6	51,6	49,7	43,9	40,4
Cuba	39,2	16,7	43,9	44,6	36,4
México	40,6	35,9	31,1	28,5	25,8
Puerto Rico	-87,8	52,4	48,1	20,1	32,5
Colombia	49,9	37,8	33,1	32,4	32,3
Perú	56,8	50,9	37,6	30,2	29,2
Rep. Dominicana	50,2	53,3	51,5	48,1	41,3
Nicaragua	30,8	39,5	28,6	18,3	37,0
Bolivia	8,2	11,1	34,9	48,6	46,9
Ecuador	48,2	39,0	46,7	47,5	46,3
Jamaica	35,4	19,1	15,8	14,3	19,9
Panamá	36,6	36,4	19,2	17,2	32,6
Paraguay	-26,7	1,2	38,1	48,4	46,8
Costa Rica	23,3	26,1	35,1	40,7	46,7
El Salvador	10,8	13,4	-3,2	-29,7	20,0
Honduras	53,3	48,3	44,2	41,3	44,7
Guatemala	28,5	26,2	10,4	15,6	36,2
Haití	62,6	58,5	49,6	51,4	54,3
Total	45,2	45,0	43,6	40,3	36,6

CUADRO 11 (Continuación)

AMERICA LATINA. TRANSFERENCIA RURAL-URBANA
COMO COMPONENTE DEL CRECIMIENTO URBANO
Y DE LA URBANIZACION, 1950-2000

País*	Relación entre transferencia rural-urbana y urbanización*** (porcentajes)				
	1950- 1960	1960- 1970	1970- 1980	1980- 1990	1990- 2000
Venezuela	141,8	132,0	163,5	117,0	120,6
Uruguay	155,1	46,1	-84,1	59,9	73,7
Argentina	128,8	128,1	121,0	132,4	114,7
Chile	102,5	106,1	92,6	108,5	138,3
Brasil	117,4	115,5	116,4	117,5	117,7
Cuba	104,6	52,0	89,9	94,5	80,0
México	105,2	108,6	105,2	101,3	97,6
Puerto Rico	-145,4	79,0	105,0	50,5	77,9
Colombia	102,3	100,6	96,8	102,3	102,5
Perú	110,6	115,7	123,1	114,9	112,9
Rep. Dominicana	113,3	108,5	106,9	106,3	101,2
Nicaragua	103,8	109,8	95,8	62,0	163,9
Bolivia	52,5	79,6	109,6	96,4	116,3
Ecuador	112,1	120,8	122,5	124,1	124,1
Jamaica	57,3	31,5	33,0	29,9	35,9
Panamá	104,4	109,0	131,3	108,5	117,1
Paraguay	-278,7	9,1	130,5	143,1	130,1
Costa Rica	118,0	131,5	150,6	170,6	138,4
El Salvador	71,8	171,7	-17,2	-102,2	86,8
Honduras	115,9	109,0	116,7	123,0	126,6

CUADRO II (Continuación)

AMERICA LATINA. TRANSFERENCIA RURAL-URBANA
COMO COMPONENTE DEL CRECIMIENTO URBANO
Y DE LA URBANIZACION, 1950-2000

País*	Relación entre transferencia rural-urbana y urbanización*** (porcentajes)				
	1950-1960	1960-1970	1970-1980	1980-1990	1990-2000
Guatemala	114,1	105,8	65,9	97,8	126,4
Haití	100,2	99,7	94,6	102,8	108,9
Total	113,3	123,7	124,8	128,7	128,2

FUENTE: elaborado a partir de Naciones Unidas (1994)

* Ordenados decrecientemente por nivel de urbanización en 1995.

** La estimación se basa en un cálculo grueso del volumen de transferencia neta rural-urbana. La tasa de crecimiento vegetativo de cada país se obtuvo por diferencia entre las tasas de natalidad y de mortalidad estimadas por las Naciones Unidas (Naciones Unidas, 1994). Para las tasas de crecimiento vegetativo de las poblaciones urbana y rural se adoptó el supuesto de que la tasa de crecimiento vegetativo de la población rural es igual a la urbana en la primera década (1950-1960), y mayor en un 5, 10, 15 y 20 por ciento en las décadas 1960-70, 1970-80, 1980-90 y 1990-2000, respectivamente.

*** Cociente entre la tasa de migración urbana y la tasa de urbanización.

246

(1990-2000) variarían entre 13,6% para Chile y 54,3% para Haití. El descenso de la contribución de la migración rural-urbana resulta, en parte, como consecuencia de la disminución de esta migración dentro del total de los movimientos migratorios que, a su vez, se genera por el propio avance de la urbanización. La disminución de la transferencia rural-urbana desde los años cincuenta es muy clara para la región pero no lo es para todos los países. Por ejemplo, se cumple en Argentina, Brasil, Chile, México y Perú, entre los más urbanizados, pero en otros casos, Bolivia y Paraguay —poco urbanizados— la transferencia rural-urbana aumenta sistemáticamente su contribución al crecimiento urbano. También se observan comportamientos oscilantes entre países de muy distinto nivel de urbanización (Cuba, El Salvador, Guatemala, Panamá, Uruguay y Venezuela).

La contribución directa de la transferencia neta rural-urbana¹⁴ a la urbanización es tan importante que ella sola es suficiente para dar cuenta de la tasa de urbanización de la región y de la mayoría de los países. Esto surge muy claramente de las cifras de la segunda parte del cuadro 11, donde se puede observar que entre los años cincuenta y la presente década la transferencia neta rural-urbana alcanzó, en la región como un todo, valores crecientes que explican más del cien por ciento de la tasa de urbanización¹⁵. Entre los países, sin embargo, el rango de variación es mucho más amplio (para 1990-2000, 35,9% en Jamaica y más de 138% en Chile y Costa Rica) y, en unos pocos casos, como El Salvador (1970-1990), Paraguay (1950-1960), Puerto Rico (1950-1960) y Uruguay (1970-1980) llegó a contribuir negativamente debido a la notable emigración internacional de origen urbano que experimentaron.

La disminución absoluta y relativa de los movimientos rural-urbanos a medida que aumenta el nivel de urbanización es una consecuencia lógica de la disminución, absoluta y relativa, del tamaño de las poblaciones rurales y son muchas las evidencias empíricas recogidas para países de la región, entre ellos, Argentina (Lattes y Mychaszula, 1986), Chile (Raczynski, 1981), Perú (Aramburu, 1982), México, (CONAPO, 1991), República Dominicana (Duarte, 1991) y Cuba (CEE, 1992).

La contribución directa de la migración neta en este caso no sólo de origen rural, al crecimiento de las principales metrópolis de la región durante la década de 1960 (cuadro 12) superaba, en varios casos, a la contribución observada al crecimiento de la población urbana de los países (cuadro 11). En la actualidad las tasas de crecimiento de las grandes ciudades han disminuido marcadamente y la migración ha reducido notablemente su contribución. En el caso de Buenos Aires —una ciudad que desde el siglo pasado ha crecido principalmente por la migración interna y la internacional durante las dos últimas décadas (1970-1990)— su crecimiento vegetativo ha sido responsable de los dos tercios de su crecimiento poblacional (Lattes y Recchini de Lattes, 1992). Esta, como otras grandes ciudades de la región, ejer-

¹⁴ Se trata de migración neta rural-urbana más reclasificación de localidades y, en algunos casos, más —o menos— migración neta internacional. Todas estas referencias a la contribución de la migración sólo toman en cuenta la denominada contribución directa, es decir, la que no incluye el crecimiento vegetativo derivado de la migración.

¹⁵ La tasa de transferencia neta rural-urbana supera a la tasa de urbanización porque el diferencial urbano-rural del crecimiento vegetativo no contribuye o contribuye negativamente al avance de la urbanización, o sea, el crecimiento vegetativo del ámbito rural es mayor que el urbano. Estimaciones de la relación entre estas tasas preparadas por las Naciones Unidas (1981) dieron para los años cincuenta y sesenta, con un número inferior de países, valores de 1,22 y 1,14%, respectivamente.

CUADRO 12

AMERICA LATINA. MIGRACION NETA COMO COMPONENTE DEL CRECIMIENTO DE LA POBLACION TOTAL Y DE LA POBLACION DE ENTRE 15 Y 29 AÑOS. ALGUNAS DE LAS CIUDADES MAS GRANDES DE LA REGION, 1960-1970

Ciudad	País	Proporción del crecimiento atribuible a la migración		Indice de masculinidad de la migración neta total
		Población total	Población de 15-29	
Belo Horizonte	Brasil	51,9	68,1	89
Bogotá	Colombia	52,9	57,1	79
Buenos Aires	Argentina	43,8	85,2	88
Caracas	Venezuela	40,2	58,0	78
Guadalajara	México	36,6	41,9	92
Lima-Callao	Perú	44,0	58,4	99
México	México	35,6	54,2	92
Monterrey	México	38,6	51,8	94
Porto Alegre	Brasil	48,4	70,6	81
Recife	Brasil	21,6	34,6	66
Río de Janeiro	Brasil	42,2	71,5	78
Santiago	Chile	47,0	61,3	94
Sao Paulo	Brasil	59,6	91,9	97

FUENTE: Naciones Unidas (1985).

ce menor atracción de inmigrantes del interior y del exterior. Además, muchos inmigrantes de épocas anteriores retornan a sus lugares de origen o reemigran hacia otros destinos urbanos. Tanto en Buenos Aires como en México se ha verificado una creciente emigración de nativos hacia el resto del país. Por su parte, la caída del crecimiento poblacional de Montevideo se

debió, principalmente, a la notable emigración internacional (Aguilar, 1982), emigración que también ha sido significativa en el caso de Buenos Aires. En el caso de La Habana, Landstreet y Mundigo (1981) señalan que allí se combinaron la reducción de la migración interna, la emigración internacional y la disminución, mayor que en el resto del país, de la fecundidad. La desconcentración poblacional verificada en el Estado de Sao Paulo trae a discusión la siguiente cuestión: ¿Cuál es la relación entre la retención de población y la recepción de nuevos migrantes? Las ciudades medias parecen estar reproduciendo la experiencia histórica urbana de crecimiento de la periferia y vaciamiento del centro que ocurrió en la región metropolitana de Sao Paulo. Sin embargo, es posible que surjan nuevas formas de estructuras urbanas a partir de la combinación de dos tipos de crecimiento: uno como agregación periférica a la región metropolitana y otro como un crecimiento independiente de ella. En este caso, el desafío estará en precisar hasta dónde llega la metropolización y dónde comienza el crecimiento independiente (Baeninger, 1994).

Aunque escasas, las observaciones anteriores sugieren que, a medida que los países de la región se urbanizan, las migraciones internas permanentes de tipo rural-urbano, tal como han sido conceptualizadas y medidas, disminuyen su volumen y, en consecuencia, su contribución al crecimiento urbano y al de las grandes metrópolis. Pero las migraciones, particularmente las de tipo urbano-urbano, no sólo mantienen sino que seguramente están aumentando su importancia como componente de la dinámica poblacional de muchas regiones y, especialmente, de ciudades de tamaño intermedio¹⁶. Esta observación incluye, especialmente, a las recientes migraciones internas que se originan en las grandes ciudades, a los movimientos de tipo internacional y a combinaciones de ambos tipos, fenómeno cada vez más común entre países vecinos (Arizpe, 1983 y Bertoncetto, 1993).

En el análisis del crecimiento de las poblaciones urbanas y de las grandes ciudades es conveniente introducir una breve referencia al crecimiento vegetativo, el otro componente demográfico del crecimiento de estas subpoblaciones. En cuanto a la fecundidad, las escasas evidencias empíricas corroboran el sentido esperado de su comportamiento diferencial entre las subpoblaciones: ciudad mayor, resto urbano y rural. El cuadro 13 ilustra que, alrededor de 1970, en diez países de la región el nivel de la fecundidad de la ciudad mayor fue menor que el del resto urbano y que éste, a su vez,

¹⁶ Por ejemplo, en Argentina, en las décadas 1970-1980 y 1980-1990, los tamaños de las diez ciudades que más crecieron oscilan entre 25 y 250 mil habitantes y entre 50 y 500 mil habitantes, respectivamente (VAPÑARSKY, 1994).

CUADRO 13

AMERICA LATINA. TASA GLOBAL DE FECUNDIDAD DE LAS
MUJERES DE 15-49 AÑOS SEGUN LUGAR DE RESIDENCIA.
PAISES SELECCIONADOS, CIRCA 1970

País	Tasa global de fecundidad			
	Rural	Resto urbano	Ciudad mayor	Diferencia (1)-(3)
	(1)	(2)	(3)	(4)
Colombia	7,0	3,9	2,9	4,1
Costa Rica	5,2	3,3	3,0	2,2
Ecuador	6,7	4,9	3,1	3,6
Haití	6,2	3,4	4,0	2,2
México	7,6	5,7	4,8	2,8
250 Panamá	6,2	3,5	3,5	2,7
Paraguay	6,3	4,0	3,2	3,1
Perú	7,2	5,4	3,9	3,3
R. Dominicana	7,4	4,4	4,2	3,2
Venezuela (*)	7,7	4,3	3,3	4,4

FUENTE: Naciones Unidas.

* La tasa global de fecundidad se refiere a las edades 15-44.

fue menor que el de la población rural. Las diferencias extremas (rural vs. ciudad mayor) en el número medio de hijos por mujer entre estos diez países fueron muy marcadas y correspondieron a Venezuela (4,4), Colombia (4,1) y Ecuador (3,6). Los valores más bajos de la fecundidad en la ciudad mayor habían sido logrados por Colombia, Costa Rica y Ecuador, y los valores más altos de fecundidad rural se presentaron en Venezuela, México y República Dominicana. Con referencia a las diferencias de mortalidad entre las tres subpoblaciones consideradas se obtuvieron los siguientes resultados: los niños nacidos vivos de madres de 40-49 años sobrevivientes al momento de

la encuesta eran 87, 90 y 94% para las residentes rurales, resto urbano y de la ciudad mayor, respectivamente. Esta mortalidad desigual por lugar de residencia disminuye el efecto del diferencial de fecundidad sobre la tasa de crecimiento vegetativo entre la población rural y la de la ciudad mayor. De esta manera, la diferencia regional promedio entre ambas poblaciones se reducía de 2,3 hijos nacidos vivos por mujer de 40-49 años, a 1,7 hijos sobrevivientes.

Algunas Características Demográficas de los Migrantes

La investigación de las migraciones y de la dinámica poblacional de las ciudades, en general, ha prestado muy poca atención al estudio de grupos o subpoblaciones específicas. Por ejemplo, el hecho de que ya en los años cincuenta y sesenta se sabía que en la migración rural-urbana de la mayoría de los países de la región predominaban las mujeres no influyó mayormente en la investigación de esta subpoblación y, casi sin excepción, se continuó prestando atención a los hombres (Recchini de Lattes y Mychaszula, 1993; Kloster y Steimbregger, 1993).

Precisamente, si algunas generalizaciones pueden hacerse en la región sobre las migraciones con destino urbano, son su predominio femenino y su selectividad por edad: los migrantes tienden a concentrarse en las edades adultas jóvenes. La información de la segunda parte del cuadro 12 confirma, ya para la década de 1960, la alta contribución de la migración al crecimiento del grupo de edad 15-29 años, y la última columna del mismo cuadro no deja dudas acerca del predominio femenino en la migración neta de las ciudades mayores.

En cuanto a este último diferencial y en relación con la migración neta rural-urbana, Naciones Unidas (1987b, tabla 79) presenta información para 16 de los países analizados, en los que esta migración muestra índices de masculinidad que oscilan entre 34,5 en Uruguay (1965-1975) y 98,7 en Ecuador (1972-1982), con un promedio de 79,8 para los 16 países. En este último período las mujeres predominan también en la migración neta de extranjeros. Evidencias recientes para República Dominicana (Duarte, 1991) indican que la mayoría de los migrantes a Santo Domingo son de origen urbano (73,3% en 1991), con 56,4% de mujeres y altamente concentrados en las edades adultas jóvenes. El censo de 1990 de México continúa mostrando el predominio de las mujeres (52%) entre los migrantes hacia la Ciudad de México. A esta gran ciudad se han agregado como destino de las mujeres migrantes, muchos otros centros medianos y menores. (Szasz, 1992).

En un trabajo reciente sobre el envejecimiento de la población de la región, Schkolnik (1990) muestra las principales diferencias entre la composición por sexo y edad de las poblaciones totales, urbanas y rurales. Ellas son: *i*) el predominio de las mujeres entre las personas de 60 años y más se extiende por todos los países de la región; *ii*) la proporción de personas de 60 años y más de las áreas urbanas es mayor que las de las áreas rurales en Argentina, Uruguay, Cuba, Costa Rica, Panamá, El Salvador, Guatemala y Paraguay y, en cierta medida Honduras y Nicaragua, muestran esta tendencia. En Chile, Brasil, Colombia, México y República Dominicana no se advierten diferencias significativas, y en Venezuela, Ecuador, Perú, Bolivia y Haití la proporción de personas de 60 años y más es, en cambio, mayor en la zonas rurales.

Diversos estudios sobre la región indican que en las grandes ciudades la concentración de personas mayores de 60 años, y de mujeres dentro de ese grupo, es mucho más alta que en el resto de la población urbana. Por ejemplo, tres ciudades grandes de Argentina han alcanzado proporciones de mayores de 60 años superiores al 15%, con índices de masculinidad cercanos a 70 (Recchini de Lattes, 1991), mientras que en el total del país dichos valores son 11,8 y 80,0, respectivamente.

252

El estudio de la movilidad territorial de las personas también es parcial porque no ha prestado mayor atención a otros tipos de movimientos, como los temporarios y semipermanentes. Existe en la región una amplia y compleja gama de movimientos territoriales de personas y familias, vinculados al proceso de trabajo, que trascienden la tradicional forma de migración rural-urbana o urbana-urbana permanente¹⁷. Algunas formas de esa gama están documentados en PISPAL/CIUDAD/CENEP (1986) y entre otros se incluyen, por ejemplo, los que protagonizan trabajadores rurales que instalan su residencia en áreas urbanas, como los “boías frías” de Brasil (Spindel, 1985).

Resumiendo, investigaciones recientes sugieren que la movilidad territorial de las personas es un fenómeno de una mayor complejidad de la que se

¹⁷ Inspirados en STANDING (1984), podemos decir que los movimientos territoriales poseen algunas dimensiones cruciales como el territorio, la residencia, el tiempo (de ausencia o de presencia) y la condición de actividad económica. A partir de ellas es posible proponer algunas categorías conceptuales de las personas que se mueven. Sobresalen cuatro: *a*) transhumancia (movimiento de individuos que no tienen lugares de residencia y trabajo fijo); *b*) circulación (movimiento de individuos que cambian sus lugares de residencia y actividad por corto tiempo, y retornan a la residencia y actividad original); *c*) transferencia (movimiento de individuos que cambian su lugar de residencia pero que no cambian su actividad), y *d*) migración (movimiento de individuos que cambian sus lugares de residencia y su actividad por largo tiempo). Una quinta categoría de individuos son los que no habiendo efectuado movimiento alguno, potencialmente pueden hacerlo. La literatura ha hecho referencia a otras categorías relevantes para el análisis: migración activa vs. migración pasiva, movimientos voluntarios vs involuntarios, etc.

suponía hace algo más de una década. El sentido, intensidad, composición y tipo de los flujos migratorios han sido investigados escasamente y lo poco que se conoce alcanza apenas para llamar la atención sobre la gran heterogeneidad del fenómeno. La actual dinámica espacial de la población de la región implica que cada día millones de personas se enfrentan con la alternativa de algún tipo de movimiento espacial, difícil de predecir por su variedad y por el desconocimiento existente sobre estos fenómenos. Como lo señala Roberts (1988), los movimientos espaciales son, en parte, respuesta a situaciones crecientemente adversas y, por lo tanto, son estrategias básicas y racionales para subsistir en un medio social y económico inestable e impredecible.

Redistribución y Movilidad Territorial de la Población: Diagnóstico y Problemas para la Investigación

Más allá de las tendencias y características de la redistribución y movilidad territorial presentadas en los puntos precedentes, el marco social, económico y político que las comprende indica que en años recientes se han acentuado las preocupaciones por la persistencia de estructuras sociales y económicas —sobre todo en los grandes núcleos urbanos— que reproducen la desigualdad social y la pobreza. Se ha señalado que, a diferencia de lo que sucedió en los países desarrollados, en América Latina la urbanización, la industrialización y otros procesos concomitantes han producido una polarización y diversificación de la estructura social, en la que crecientes sectores de trabajadores no manuales coexisten con trabajadores manuales asalariados y por cuenta propia (Oliveira y Roberts, 1989). También se ha expresado que la movilidad social que caracterizó a los grandes contingentes de migrantes rurales-urbanos de los años de la segunda posguerra será cada vez menor y que los hijos de millones de migrantes no tendrán alternativas de movilidad social similares a la de sus padres (Lattes, 1989).

La creciente movilidad del capital, las nuevas tecnologías industriales, los avances de las comunicaciones y el transporte son factores cruciales de las transformaciones que se están observando en la organización productiva, tanto en el plano internacional y regional como en el interior de los países. Se observa una importante alteración de los mercados laborales, con aumentos del trabajo informal, del desempleo y con demanda de mayores y diferentes niveles de capacitación. Estos son algunos de los cambios que gene-

ran nuevas estrategias familiares de trabajo y de participación y, consecuentemente, surgen nuevos patrones de movilidad, menos del tipo permanente o semi-permanente y más del tipo temporario y circular. Aparece una creciente proporción de población “flotante”, en el sentido de que no establece vínculos de “pertenencia” con un lugar particular. En este aspecto se ha planteado que el desarraigo y la ruptura con el medio social y político, que producirían la inestabilidad y otras características de la movilidad emergente, disminuyen las posibilidades de participación comunitaria, de afianzamiento de la democracia e, incluso, de que la transformación productiva sea equitativa (Relatoría..., 1994).

Muchas de las nuevas formas de movilidad territorial no producen redistribución espacial de la población en el sentido que tradicionalmente se le ha dado. En el nuevo contexto, las diferentes subpoblaciones se mueven en planos superpuestos, con distintas formas de movimiento, distintas lógicas, distintas consecuencias, etc. Se trata de una verdadera maraña de movimientos, difícil de desentrañar, con implicaciones importantes tanto para las subpoblaciones “fijas” como para las personas que se mueven.

La redistribución espacial reciente y la nueva gama de movimientos constituyen problemas tanto para los datos como para la metodología y la teoría. Se requieren marcos teóricos que puedan incluir las diversas formas de movilidad pero que a la vez sean suficientemente específicos como para reflejar los diferentes procesos que siguen las distintas sociedades. El enfoque macro histórico-estructural ha conseguido logros de importancia, pero por otro lado ha desatendido aspectos que hoy son centrales, como las dimensiones culturales y normativas y, en particular, la revalorización del análisis de la movilidad centrado en las familias y los hogares. Los enfoques teóricos que se utilizaron para analizar la migración rural-urbana tienen muy poca relación con la realidad actual.

El carácter novedoso y complejo de la situación y los cambios que se suceden implican un contexto cambiante que quizás explique la orfandad de modelos explicativos de la redistribución espacial y la movilidad de la población. No parece disponerse del modelo general que integre e interprete la movilidad territorial de la población en la época actual y los modelos clásicos no parecen ser ya muy útiles. Existen varias propuestas de nuevos modelos, que ofrecen buenas posibilidades pero que aún están fragmentados y, muchos de ellos no han sido todavía probados (Simmons, 1994).

Una visión integrada de la movilidad territorial significa, entre otras cosas, reconocer que en cada situación existe una mezcla de migración per-

manente, semipermanente, circularidad, movimientos cotidianos, etc. Significa preguntarse ¿Cómo se interrelacionan entre sí los diversos tipos de movimientos? ¿Se complementan o se sustituyen? En cuanto a las limitaciones de las unidades espaciales con las que se está estudiando la redistribución y movilidad territorial de la población, implica que deben ser repensadas en función de otras variables (características económicas, estructuras jurídicas, nivel de tecnología, hábitos de consumo de la población, etc.) y adecuadas a los distintos contextos (Relatoría..., 1994).

Desde hace muchos años se ha venido diciendo que uno de los principales obstáculos que enfrenta el estudio de la redistribución y movilidad de la población es la insuficiencia e inadecuación de la información. Las fuentes tradicionales, especialmente las de carácter censal, no han posibilitado el conocimiento de las múltiples dimensiones de este fenómeno. En consecuencia, continúa vigente la imperiosa necesidad de crear y experimentar con nuevas fuentes de datos; en este sentido, varias de las medidas aprobadas en la reciente Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo están dirigidas a la creación de nuevos y más flexibles instrumentos, para captar las múltiples facetas de la redistribución y movilidad territorial de la población¹⁸.

Los movimientos territoriales de la población no son fenómenos aislados y que interesan por sí mismos. Es necesario que la investigación ponga mucho más énfasis en las interrelaciones y/o interferencias de la movilidad territorial con una amplia y compleja gama de problemas sociales. Es posible mirar a la migración como indicador de problemas y, en cierto modo, ella puede constituir un fenómeno que sirva para monitorear otras acciones.

Finalmente, la libre movilidad territorial de los habitantes de un país es un derecho humano básico. Pero librar los movimientos a las decisiones individuales, sin el conocimiento y la información necesaria, puede acentuar problemas regionales y no ser conveniente para el desarrollo. Conseguir relaciones positivas entre migración y desarrollo requiere conocimiento y tiempo, tanto como el requerido para que el capital humano se constituya en un factor clave del crecimiento económico. De hecho, las relaciones se tornan mucho más complejas cuando se introducen distintos tipos y formas de movilidad interna e internacional.

¹⁸ Dentro de las discusiones llevadas a cabo en el marco del Mercosur, los encargados del control de la migración están iniciando la compatibilización de los formularios para recoger información sobre entradas y salidas, y tratando de armonizar las categorías migratorias (MAGUID, 1994).

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- AGUIAR, C. (1982): *Uruguay, país de emigración*, Montevideo, serie Ediciones de la Banda Oriental.
- ALBERTS, J. (1977): *Migración hacia áreas metropolitanas de América Latina*, Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE), Santiago de Chile.
- ARAMBURU, CARLOS (1982): "Migraciones internas, proceso social y campesinado en el Perú", Documento presentado al Congreso Mundial de Sociología, Asociación Internacional de Sociología, México.
- ARIZPE, L. (1983): El éxodo rural en México y su relación con la migración a Estados Unidos, *Estudios Sociológicos*, vol. 1, N° 1.
- BAENINGER, R. (1994): "Processos recentes de redistribuição espacial da população em São Paulo, Brasil", Documento presentado al seminario "Distribución y Movilidad Territorial de la Población y Desarrollo Humano", San Carlos de Bariloche, 4 al 7 de mayo.
- BERTONCELLO, R. (1993): "La movilidad espacial de la población: notas para la reflexión", Documento presentado a las II Jornadas Argentinas de Estudios de Población de la Asociación de Estudios de Población de la Argentina (AEPA), Buenos Aires, 4 al 6 de agosto.
- 256 CEE (Comité Estatal de Estadísticas) (1992): "Cuba. El crecimiento urbano y las migraciones internas en el contexto del desarrollo económico y social", Documento presentado en la Conferencia "El Poblamiento de las Américas" organizada por SOMEDE, IUSSP, ABEP, FCD, PAA, PROLAP, Veracruz, México, mayo de 1992. Cuba, Comité Estatal de Estadísticas, Instituto de Investigaciones Estadísticas.
- CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) (1990a): *Magnitud de la pobreza en América Latina en los años ochenta* (LC/L533), Santiago de Chile.
- (1990b): *Transformación productiva con equidad*, Santiago de Chile.
- CONAPO (Comisión Nacional de Población) (1991): *Sistema de ciudades y distribución espacial de la población en México*, Tomo I, México D. F.
- DE MATTOS (1994): "Capital, población y territorio", Documento presentado al seminario "Distribución y Movilidad Territorial de la Población y Desarrollo Humano", San Carlos de Bariloche, 4 al 7 de mayo.
- DE VRIES, J. (1990): Problems in the Measurement, Description and Analysis of Historical Urbanization, van der Woude, A., J. de Vries y A. Hayami, *Urbanization in History, a Process of Dynamics Interactions*, Nueva York, Clarendon Press, Oxford.
- DÍAZ, LUZ M. (1992): "La movilidad territorial de la población en Colombia", Documento presentado al seminario "Movilidad territorial de las poblaciones: nuevos patrones en América Latina", York University, Toronto, octubre 1992, CERLAC, CENEP.

- DUARTE, I. (1991): "Población, migraciones internas y desarrollo en República Dominicana: 1950-1981", Ponencia presentada en el seminario "Movilidad territorial de las poblaciones: nuevos patrones en América Latina. Caso dominicano", Santo Domingo, República Dominicana, diciembre 1991, CENEP, CERLAC, IEPD.
- ELDRIDGE, H. T. (1942): The process of urbanization, *Social Forces*, N° 20, pp. 311-316.
- GATICA, FERNANDO (1980): La urbanización en América Latina: 1950-1970; patrones y áreas críticas, *Redistribución Espacial de la Población en América Latina*, Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE), Santiago de Chile.
- GEISSE, G. y F. SABATINI (1988): Latin American cities and their poor, Dogan, Mattei, ed.; Kasarda, John D., ed., *The metropolis era*, Newbury Park, CA, Sage Publications.
- HARDOY J. E. y D. SATTERTHWAITTE (1988): Small and intermediate urban centres in the Third World: what role for government?, *Third World Planning Review*, vol. 10, N° 1.
- HAUSER, P. y R. GARDNER (1982): *Urban future: Trends and prospects*, Honolulu, East-West Population Institute, Reprint. N° 146.
- KEYFITZ, N. (1980): *Do cities grow by natural increase or by migration?*, Laxenburg, Austria, International Institute for Applied Systems Analysis (IIASA).
- KLOSTER, E. y N. STEIMBREGER (1993): *Actividad femenina, migración y reproducción en ciudades latinoamericanas. El ejemplo de Neuquén*, Universidad Nacional del Comahue, Facultad de Humanidades, Departamento de Geografía, inédito.
- LANDSTREET, B. y A. MUNDIGO (1981): *Internal migration and changing urbanization patterns in Cuba*, Documento presentado al "Annual Meeting of the Population Association of America", Washington, D. C.
- LATTES, A. E. (1984): Territorial mobility and redistribution of the population: recent developments, United Nations, *International Conference on Population, 1984. Population Distribution, Migration and Development*, Nueva York (ST/ESA/SER.A/89).
- LATTES, A. E. (1989): Emerging Patterns of Territorial Mobility in Latin America: Challenges for Research and Action, *International Population Conference, New Delhi 1989*, vol. 2, pp. 261-270, Liege, Belgium, IUSSP.
- LATTES, A. E. (1993): *Distribución de la población y desarrollo en América Latina*, Documento presentado a la Reunión del Grupo de Expertos de Naciones Unidas sobre Distribución de la Población y Migración, Santa Cruz, Bolivia, 18 al 22 de enero.
- LATTES, A. E. y S. MYCHASZULA (1986): *Urbanization, Migration and Urban Deconcentration in Argentina*, Manuscrito, Centro de Estudios de Población (CENEP), Buenos Aires.
- LATTES, A. E. y Z. RECCHINI DE LATTES (1992): Auge y declinación de las migraciones en Buenos Aires, en Jorrot, J. y R. Sautu: *Después de Germani*, Buenos Aires, Editorial Paidós.

- LATTES, A. E. y Z. RECCHINI DE LATTES (1994): *International migration in Latin America: patterns, determinants and policies*, Naciones Unidas: *International migration: regional processes and responses*, economic studies N° 7, Ginebra, Comisión Económica de las Naciones Unidas para Europa y Fondo de Población de las Naciones Unidas (FNUAP).
- MAGUID, A. (1994): *Integración regional y migraciones en el Cono Sur: desafíos metodológicos y nuevos requerimientos de información*, Documento presentado al seminario "Distribución y Movilidad Territorial de la Población y Desarrollo Humano", San Carlos de Bariloche, 4 al 7 de mayo.
- MARTÍNEZ PIZARRO, J. (1994): *Dinámica de la población de Chile: notas sobre el proceso de redistribución espacial*, Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE), serie Documentos Docentes, Santiago de Chile.
- NACIONES UNIDAS (1969): *Growth of the World's urban and rural population, 1920-2000*, Nueva York (ST/SOA/Ser.A/44).
- (1981): *Modalidades del Crecimiento de la Población Urbana y Rural*, Nueva York, N° de venta: S.79.XIII.9.
- (1985): *Migration, Population Growth and Employment in Metropolitan Areas of Selected Developing Countries*, Nueva York, N° de venta: E.79.XIII.9.
- (1987a): *Fertility Behaviour in the Context of Development: evidence from the World Fertility Survey*, Nueva York, N° de venta: E.86.XIII.5.
- (1987b): *The Prospects of World Urbanization. Revised as of 1984-85*, Nueva York, N° de venta: E.87.XIII.3.
- (1994): *World Population Prospects 1950-2050 (The 1994 Revision)*, Diskettes "Demographic Indicators 1950- 2050 (the 1994 revision)" y "Urban and Rural Areas 1950-2025 (the 1994 revision)", Nueva York, Population Division.
- (1995a): *Global Population Policy, data base 1993*, Nueva York, N° de venta: E.95.XIII.9.
- (1995b): *Population and Development, Program of Action adopted at the International Conference on Population and Development, Cairo, 5-13 September 1994*, N° de venta: E.95.XIII.7.
- OLIVEIRA, O. de y B. ROBERTS (1989): *Los antecedentes de la crisis urbana: urbanización y transformación ocupacional en América Latina, 1940-1980*, Lombardi, M. y D. Vega, eds., *Las ciudades en conflicto. Una perspectiva latinoamericana*, Montevideo, CIESU, serie Ediciones de la Banda Oriental.
- PISPAL/CIUDAD/CENEP (1986): *Se fue a volver, Seminario sobre migraciones temporales en América Latina*, México.
- PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo) (1994): *Informe sobre desarrollo humano, 1994*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, S. A. de C. V.
- PORTES, A. (1988): *La urbanización de América Latina en los años de crisis*, en Lombardi, M. y D. Vega, eds., *Las ciudades en conflicto. Una perspectiva latinoamericana*, Montevideo, CIESU, serie Ediciones de la Banda Oriental.

- RACZYNSKI, D. (1981): Naturaleza rural-urbana y patrones geográficos de la migración interna en Chile, *Estudios CIEPLAN*, N° 5, Santiago de Chile.
- RECCHINI DE LATTES, Z. (1991): Urbanization and demographic ageing: the case of a developing country, Argentina, Naciones Unidas, *Ageing and Urbanization*, N° de venta: 1958.XIII.2.
- RECCHINI DE LATTES, Z. y S. MYCHASZULA (1993): Female migration and labour force participation in a medium-sized city of a highly urbanized country, Naciones Unidas, *Internal Migration of Women in Developing Countries*, Nueva York, N° de venta: E.94.XIII.3.
- Relatoría del seminario “Distribución y Movilidad Territorial de la Población y Desarrollo Humano”, organizado por Fundación Bariloche, Centro de Estudios de Población (CENEP) y Programa Latinoamericano de Actividades en Población (PROLAP), San Carlos de Bariloche, Argentina, 4 al 7 de mayo de 1994.
- ROBERTS, B. (1988): Ciudades Transicionales, Hardoy, J. y R. Morse (eds.), *Repensando la Ciudad de América Latina*, Grupo Editor Latinoamericano, Instituto Internacional de Medio Ambiente y Desarrollo, Buenos Aires.
- RUIZ CHIAPETTO, C. (1990): Distribución de población y crisis económica en los años ochenta: dicotomías y especulaciones, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 52, N° 1.
- SANA, M. (1993): *La desconcentración de la población en Argentina entre 1960 y 1991*, Documento presentado a las II Jornadas Argentinas de Estudios de Población de la Asociación de Estudios de Población de la Argentina (AEPA), Buenos Aires, 4 al 6 de agosto.
- SCHKOLNIK, S. (1990): El envejecimiento de la población de América Latina, 1950-2025, Chesnais, Jean-Claude, *El proceso de envejecimiento de la población*, Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE), Santiago de Chile.
- SIMMONS, A. (1994): *Territorial mobility and time-space collapse in the late 20th century*, Documento presentado al seminario “Distribución y Movilidad Territorial de la Población y Desarrollo Humano”, San Carlos de Bariloche, 4 al 7 de mayo.
- SOJO, A. (1991): El territorio y la descentralización en la agenda de la transformación productiva con equidad, *Notas de Población*, N° 53, agosto, Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE), Santiago de Chile.
- SPINDEL, Ch. (1985): Temporary Work in Brazilian Agriculture: Boia-Fria. A Category under Investigation, Standing, G., ed., *Labour Circulation and the Labour Process*, Great Britain, Crom Helm.
- STANDING, G. (1984): Conceptualising Territorial Mobility, Bilsborrow, R. E.; A. S. Oberai y G. Standing, *Migration Surveys in Low-Income Countries*, Londres, Croom Helm, OIT.
- SZASZ, I. (1992): *La migración femenina en México. Tendencias emergentes*, Documento presentado al seminario “Movilidad territorial de las poblaciones: nuevos patrones en América Latina”, York University, Toronto, octubre 1992, CERLAC, CENEP.

- URZÚA, R. y otros (1982): *Desarrollo Regional, Migraciones y Concentración Urbana en América Latina: Una investigación comparativa*, Manuscrito, Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE), Santiago de Chile.
- VAPÑARSKY, C. A. (1969): *Población urbana y población metropolitana*, Editorial del Instituto, Buenos Aires.
- VAPÑARSKY, C. A. (1981): Aportes teórico-metodológicos para la determinación censal de localidades, Torrado, S., comp., *Investigación e información sociodemográfica* 2, Comisión Población y Desarrollo de CLACSO, Buenos Aires.
- VAPÑARSKY, C. A. (1994): Crecimiento urbano diferencial y migraciones en la Argentina: cambios de tendencias desde 1970, *Estudios migratorios latinoamericanos*, N° 27, agosto.
- VERDUZCO, G. (1992): *La distribución de la población en México: los efectos de la llamada "década perdida"*, Documento presentado al seminario "Movilidad territorial de las poblaciones: nuevos patrones en América Latina", York University, Toronto, octubre 1992, CERLAC, CENEP.
- VILLA, M. S. (1992): *Urbanización y transición demográfica en América Latina: una reseña del período 1930-1990*, Documento presentado en la Conferencia El Poblamiento de las Américas, SOMEDE, IUSSP, ABEP, FCD, PAA, PROLAP. Veracruz, mayo.
- ZELINSKY, W. (1971): The Hipotesys of the Mobility Transition, *Geographical Review*, N° 61, pp. 219-249.

Población y Medio Ambiente: Lecciones de la Experiencia Latinoamericana

Introducción

La intensificación de las preocupaciones ambientales en los últimos decenios ha tenido indudablemente un efecto generalizado en el pensamiento y la conducta sociales. Sin embargo, la incertidumbre relacionada con la índole de los problemas ambientales y la manera correcta de enfrentarlos sigue prevaleciendo en muchas esferas. Los problemas ambientales graves tienden a ser sumamente complejos y no admiten soluciones simplistas. En última instancia, ponen en entredicho la esencia misma de la civilización moderna. No es de sorprenderse entonces que las controversias sean más corrientes que la adopción de medidas eficaces.

Las cuestiones demográficas han estado muchas veces en la primera línea de este debate. Dondequiera que se analizan los problemas ambientales, la gente discute de alguna manera acerca de la contribución relativa de la dinámica demográfica al deterioro ambiental. Es verdad que durante la reciente Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo, el debate oficial básicamente evitó las cuestiones demográficas, pero esto se debió en gran medida a las controversias encendidas y fraccionarias que inevitablemente se habrían producido; mientras tanto, en reuniones paralelas y también en los medios de comunicación social la población se destacó insistentemente como un tema importante. Varias personalidades internacionales de relevancia declararon que si no se prestaba una atención inmediata y minuciosa a los problemas demográficos, el resto de las deliberaciones carecería de sentido.

En el marco del debate ambiental, se ha puesto asimismo una atención excesiva al contexto latinoamericano en los últimos años. La deforestación, en particular en el bosque tropical húmedo —y más específicamente en la región del Amazonas— ha sido señalada por la comunidad ambientalista

internacional como una preocupación mundial importante. Los medios de comunicación social de todo el mundo transmitieron dramáticas imágenes del bosque tropical en llamas, que se grabaron en la mente de la opinión pública. El asesinato de Chico Mendes, sindicalista rural, por usurpadores locales de tierras se transformó en un símbolo de las fuerzas malignas que amenazan uno de los mayores bienes ambientales del mundo. Los cálculos exagerados de la deforestación y la exaltación al respecto promovieron una visión deformada de la índole del problema y de las soluciones necesarias. El hecho mismo de que la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo se llevara a cabo en Brasil reflejó indirectamente este énfasis avasallador en la deforestación del Amazonas como fuente del deterioro ambiental crítico.

En el presente trabajo se abordan estos dos problemas controvertidos, a saber, las relaciones entre población y medio ambiente y las especificidades del contexto latinoamericano, pero desde un plano distinto. Básicamente se plantean las siguientes preguntas: ¿aborda el debate actual los temas claves para la investigación y formulación de políticas en la esfera de la población y el medio ambiente de manera significativa? En caso negativo, ¿cómo podemos esbozar una perspectiva más pertinente? ¿Otorgan las especificidades de los procesos económicos, sociales y demográficos pasados y actuales un carácter peculiar al problema de población y desarrollo de América Latina respecto al resto de los países en desarrollo?

262

Según nuestro punto de vista, la naturaleza de los esfuerzos en favor del desarrollo que hacen algunos países y regiones en este escenario de fin de siglo determina los problemas críticos que causan preocupación en la esfera de la población y el medio ambiente. Sin negar la importancia evidente que tienen los temas del crecimiento y tamaño de la población, este enfoque indica que la problemática en población y medio ambiente debe derivarse del contexto histórico real y no de inquietudes generales.

En el contexto latinoamericano, se sostendrá que la problemática de población y medio ambiente debe configurarse según las especificidades de la región respecto de la transición de la fecundidad y la transición urbana, particularmente en la medida en que esta última se ve afectada por los procesos socioeconómicos predominantes. De manera que los problemas principales de población y medio ambiente en los que debe insistirse y que mejor reflejan las peculiaridades de las condiciones demográficas, económicas y sociales de la región, se vinculan con la cuestión de la distribución espacial de la población. Esta, a su vez, se considera como una consecuencia directa de la evolución de la actividad económica en el espacio.

La formulación de políticas constituye una preocupación importante del presente trabajo; ¿qué debe hacerse desde una perspectiva demográfico-ambiental y cómo debe realizarse? La mayor parte del debate se ha centrado en el asunto de las repercusiones del crecimiento y tamaño de la población sobre el medio ambiente. De esta forma, los problemas de población y medio ambiente se convierten en simples anexos al debate prolongado sobre población y desarrollo; en ese contexto, el único planteamiento normativo pertinente sería: ¿debemos tratar de limitar el crecimiento de la población, y en caso afirmativo, con cuánto vigor debemos hacerlo? Por lo tanto, si un país o una región (como América Latina) no es de gran tamaño o de crecimiento rápido desde el punto de vista demográfico, entonces ninguna política sobre población y medio ambiente le es aplicable. Aquí se argumentará que los problemas, y por consiguiente las cuestiones normativas, son mucho más complejos; presentan una dificultad mucho mayor para la formulación de políticas.

Por último, este trabajo no pretende ser exhaustivo en lo que se refiere a la revisión de la literatura especializada. Sin embargo, cabe hacer mención de dos esfuerzos importantes recientes que han tratado de delinear las características de la problemática latinoamericana en población y medio ambiente. León agrupó los países según la época en que iniciaron su transición demográfica y, por consiguiente, su crecimiento potencial, su disponibilidad de recursos naturales y sus tasas de urbanización (León, 1990). Hogan centró la atención en la noción de capacidad de soporte y abordó la dinámica demográfica y el cambio ambiental mediante una matriz de problemas ecológicos básicos y de componentes del crecimiento de la población (Hogan, 1992b).

El presente trabajo se basa sobre cuatro postulados interrelacionados, cuyos perfiles sólo se han aclarado apenas en los últimos años. Los dos primeros provienen de la ronda de censos de 1990, que revelan que: a) la disminución de la fecundidad en América Latina se presenta a un ritmo mucho más constante y rápido que el que se había previsto, y b) los patrones de la concentración urbana en la región muestran claras señales de madurez. El tercer postulado emana de la convicción de que los problemas ambientales rurales y urbanos, aunque interrelacionados, deben enfocarse de manera distinta. El último postulado se basa en las pruebas crecientes de que las economías de la región se vinculan cada vez más a los procesos económicos internacionales, con repercusiones directas para la distribución de la población y para el medio ambiente.

En el presente trabajo se adopta una perspectiva de nivel macro respecto de las vinculaciones entre población y medio ambiente, con la esperanza de

contribuir a la formulación de un marco más apropiado para la comprensión de esas relaciones. Su objetivo principal consiste sencillamente en tratar de enfocar esas relaciones desde una nueva perspectiva e ilustrarla con referencia al contexto latinoamericano. Con este propósito, en la siguiente sección se adopta una visión crítica del actual debate sobre el tema. Después, en el cuerpo principal del documento, se trata de formular un marco de referencia que sea más útil para abordar sus interacciones en el contexto de las condiciones concretas que se presentan en la región latinoamericana. En el marco de este debate, la atención se centra especialmente en las modalidades de urbanización de la región y en sus perspectivas de crecimiento en el actual escenario económico.

Limitaciones del Debate sobre Población y Medio Ambiente¹

264

Desde que las relaciones entre población y medio ambiente comenzaron a abordarse de manera sistemática hace más de dos siglos, los debates han estado llenos de controversias. La polémica se debe, al menos en parte, a la extensión del tema y a los diferentes niveles de generalidad del análisis por diversas autoridades en la materia. En la ecuación población/medio ambiente, ambos términos son sumamente amplios. El primero puede considerarse como el que engloba todos los temas relacionados con la organización social de la humanidad, en tanto que el segundo comprende prácticamente todo lo que pudiera incluirse bajo el epígrafe de la gestión (o mala gestión) política de la naturaleza. Además, las distintas facetas de cada categoría se relacionan, de alguna manera, próxima o remotamente, con todo lo demás. Por consiguiente, la matriz de perspectivas y enfoques que puede considerarse es extremadamente variada y cada una de ellas se traduce en un determinado conjunto de deducciones y consecuencias.

En estas circunstancias, no es de sorprenderse que los distintos observadores puedan centrar la atención, como de hecho lo hacen, en una diversidad de temas, recurriendo a una amplia gama de criterios. En varios estudios recientes se ha tratado de proporcionar una perspectiva más imparcial del debate². Sin embargo, los esfuerzos por avanzar en la comprensión de las

¹ En la presente sección se resume un análisis presentado en MARTINE (1995, en prensa).

² La lista de dichas obras es extensa. En una muestra se incluirían, por ejemplo, BONGAARTS (1993); CASSEN (1993, pp. 13 a 18); TABAH (1991, pp. 25 a 43); HARRISON (1992); MCNICOLL (1992, pp. 399 a 415); SHAW (1989); HOGAN (1992, pp. 109 a 123); LUTZ, (en prensa); TEITELBAUM y WINTER (1993, pp. 17 a 32).

interrelaciones entre población y medio ambiente se mantienen en gran medida atascados en el debate ideológico y disciplinario entre los neomaltusianos y sus oponentes.

Aunque ambos bandos cuentan con una diversidad de partidarios y posiciones, las dos subescuelas más evidentes e influyentes por el momento pueden denominarse de manera simplista como “biólogos alarmistas” y “economistas revisionistas”. Estas representan dos de los extremos de la realidad en un debate rico, complejo y multifacético. En un análisis más completo se deberán abordar una mayor diversidad de escalas geográficas y temporales que pueden o han sido propuesta, así como sus relativas ventajas y desventajas. Sin embargo, puesto que el presente trabajo trata de las perspectivas a un nivel macro, una breve referencia al debate entre las dos escuelas más influyentes de pensamiento es útil a manera de antecedentes. Para el propósito actual, el punto principal es que ninguna de las dos escuelas actualmente predominantes proporciona una visión imparcial que propicie soluciones realistas.

Sin importar cuál sea el punto de partida y la base teórica, diversos autores de los dos bandos teóricos e ideológicos principales hoy reconocen generalmente que las interacciones entre población y medio ambiente se vinculan de alguna manera con el desarrollo. Sin embargo, las interpretaciones del papel que juega el desarrollo y su manera de repercutir en esta relación varían en gran medida y son generalmente inadecuadas. El debate, en su mayor parte, se realiza a un nivel de generalidad que impide la diferenciación social e histórica. Concretamente, las escuelas más influyentes en este debate no sitúan las relaciones entre desarrollo, medio ambiente y población en el contexto histórico concreto de países y regiones específicas en épocas específicas. Además, casi nunca tienen en cuenta la economía política del actual escenario de desarrollo y la manera como éste influye en los efectos de la población sobre las consecuencias ambientales. En los párrafos siguientes se trata de demostrar esto brevemente.

265

Los Biólogos Alarmistas

La necesidad de regulación demográfica sugerida por los alarmistas es un punto de vista atractivo y ha ejercido una influencia más considerable en la opinión pública y en la formulación de políticas a nivel mundial. Así pues, en la mayoría de los debates sobre población y medio ambiente durante los dos últimos decenios se comienza inevitablemente con una referencia

a la bien conocida ecuación $I = PAT$ (impacto ambiental = población \times abundancia \times tecnología), formulada inicialmente en 1971 por Ehrlich y Holdren. A pesar de su popularidad, esta fórmula y la razón en que se fundamenta son fáciles de criticar desde un punto de vista metodológico³. Interpreta la asociación estadística como causalidad y hace agregaciones incorrectas. Extrapolando tendencias en la proyección de población, medio ambiente y desarrollo de manera lineal. Agrupa las responsabilidades de los pobres y los ricos en amplias generalizaciones y supone que la tecnología y el consumo por habitante se distribuyen uniformemente en todo el mundo⁴.

En suma, la formulación IPAT contradice las complejidades políticas y socioeconómicas básicas del mundo. Pasa por alto fundamentalmente el hecho de que todos los elementos de dicha ecuación están intervinculados y dependen ellos mismos de una constelación mucho más compleja de factores sociales, políticos, económicos e institucionales. De modo que apenas tiene en cuenta las condiciones históricas o la variabilidad extrema de los grupos sociales. Los elementos omitidos inexorablemente en esas formulaciones son exactamente aquéllos que hacen el tema de los científicos sociales tan variable, “irracional”, impreciso e impredecible: diferencias en aspiraciones, valores, normas, costumbres, tradiciones, patrones de comportamiento y cultura; adaptabilidad de las poblaciones humanas a la evolución de las circunstancias; variaciones en materia de estructura social, organización política, tenencia de la tierra, estratificación social y distribución del ingreso; conflictos de intereses, ignorancia, avaricia, codicia y diversas formas de comportamiento antisocial; conducta política, manipulación, luchas por el poder y así sucesivamente.

La incapacidad de situar “abundancia” y “tecnología” en el contexto de su estructura sociopolítica y económica concreta, ayuda a establecer la variable relativamente directa de “población” como la culpable evidente de “impacto”. Asimismo, la relativa simplicidad de las soluciones “demográficas” es tentadora, en particular si se compara con las complejidades de los otros factores de la ecuación IPAT. Ocuparse eficazmente de los efectos ambientales de “abundancia” y “tecnología” exigiría abordar temas sumamente complejos, difusos y políticamente delicados; tendrían que incluirse en el debate la esencia misma de la civilización moderna y las relaciones entre los países. En comparación, el empeño por cambiar patrones reproduc-

³ En la lista parcial de críticos figuran SHAW (1992); STERN (1993, pp. 1897 a 1899); BERTIAUX y VAN YPERSELE (1993, pp. 33 a 54); LUTZ (en prensa).

⁴ Para un análisis de estas deficiencias, véase, por ejemplo, BERTIAUX y VAN YPERSELE (1993); LUTZ (en prensa).

tivos “irracionales” y “obsoletos” en la variable “población” aparece como mucho más fácil.

En respuesta a las críticas, en los escritos posteriores de Ehrlich y otros se ha tratado de explicar la complejidad de las interacciones y variaciones que influyen sobre la manera en que el hombre ejerce presión sobre el medio ambiente. Holdren, por ejemplo, ha reconocido que es preciso perfeccionar la formulación IPAT mediante la adición de otras variables como cultura, factores políticos, urbanización y otros “factores causales y reguladores” (Holdren, 1991). Sin embargo, al proceder de esta manera, la ecuación IPAT perdería su atrayente sencillez y correría el riesgo de convertirse en una incongruencia polisilábica como por ejemplo $I = PATCPU... n$. Pero aún si esto ocurriera, la tarea más difícil y significativa de evaluar cómo estas diferentes variables interactúan realmente en el contexto de la organización social de sociedades concretas aún no habría comenzado.

Los Economistas Revisionistas

Ultimamente, la oposición más franca al neomaltusianismo, considerada como un enfoque general, ha venido de los autodenominados “revisionistas”. Este grupo está integrado en su mayor parte por economistas demógrafos norteamericanos que hacen una evaluación claramente “no alarmista” de las consecuencias del tamaño y crecimiento de la población. La mayoría de los revisionistas está de acuerdo en que el Tercer Mundo se beneficiaría de un crecimiento demográfico a una tasa más lenta, pero considera que se ha exagerado burdamente el supuesto papel que juega en el agotamiento de los recursos.

267

En este contexto, las obras de Boserup y Simon han concitado la mayor atención⁵, aunque hay muchos otros trabajos donde se sostiene, de manera análoga, la improcedencia de darle tanto peso a los factores demográficos en relación con el deterioro del medio ambiente. En ese sentido, véase por ejemplo, Kelley y McGreevey (1994, pp. 107 a 126); Kelley (1988, pp. 1685 a 1728); Kelley (en prensa); Srinivasan (1988, pp. 7 a 28); Weir (1988); Johnson (1993). Esta escuela considera básicamente que la preocupación por el crecimiento demográfico como causa del agotamiento de los recursos, del ahorro y de limitaciones en materia de inversiones, así como el desvío de la formación de capital físico productivo está en gran medida fuera de lugar.

⁵ Los trabajos más conocidos son probablemente los de SIMON (1981) y BOSERUP (1981).

La otra cara de este argumento es, naturalmente, que los factores del mercado (también conocidos como “crecimiento económico moderno”) solucionarán todo en definitiva, incluidos el crecimiento demográfico rápido y el deterioro del medio ambiente.

Habida cuenta de los refuerzos políticos multifacéticos que logra actualmente el mercado en el escenario internacional, esta opinión ha obtenido un apoyo considerable. Dado el carácter claramente neoliberal de las estrategias de crecimiento económico en la actualidad (es decir, la apertura de las fronteras nacionales e internacionales al libre flujo de las fuerzas del mercado, la desregulación y la privatización), la importancia del crecimiento demográfico no puede sostenerse lógicamente⁶. En ese contexto, parece ganar terreno la escuela de pensamiento que pone en tela de juicio la validez de la noción predominante de que las tasas elevadas de crecimiento de la población afectan desfavorablemente el bienestar socioeconómico.

El enfoque revisionista se asemeja indudablemente más al impulso principal de los esfuerzos actuales en favor del desarrollo. Es decir, representa un complemento atrayente del criterio “milagro del mercado” que predomina actualmente en los esfuerzos de desarrollo a nivel mundial. Dicho enfoque ha influido de manera importante en disminuir la importancia exagerada atribuida al papel que juega la población en el deterioro del medio ambiente y ha validado nuevamente la importancia muy real de los factores económicos y tecnológicos en el cambio societal. Sin embargo, la fe ciega en los mecanismos del mercado y la subestimación de posibles dificultades futuras no permite prever el papel o la importancia que puede jugar la población en las futuras consecuencias ambientales.

El revisionismo económico, al igual que el alarmismo biológico, propicia generalizaciones demasiado simplistas respecto del papel de la población en el deterioro o el bienestar del medio ambiente. En realidad, tomada al pie de la letra, la postura de los revisionistas puede considerarse potencialmente más peligrosa que la de la escuela alarmista. Aun cuando estuviéramos de acuerdo en que todos los problemas actuales de la humanidad provienen de las “imperfecciones del mercado”, las actitudes de “laissez-faire” que esta opinión alienta son potencialmente arriesgadas, por decir lo menos. En otras

⁶ Existen, por supuesto, ambigüedades entre los defensores de esta escuela de pensamientos. Por ejemplo, el Banco Mundial —junto con la mayoría de los organismos de desarrollo multilaterales— desde hace tiempo ha sido un abogado discreto de la necesidad de regular el crecimiento de la población. Al mismo tiempo, es uno de los campeones estratégicos de las ventajas de las fuerzas del mercado. En el *Informe sobre el desarrollo mundial, 1992* del Banco, por ejemplo, se hace una defensa explícita de ambas perspectivas.

palabras, si los mecanismos del mercado demoraran más tiempo que el previsto en corregir las trayectorias demográficas y ambientales, las pérdidas para la humanidad y el medio ambiente serían enormes⁷.

El supuesto de que los mecanismos del mercado propician automáticamente los ajustes y las correcciones necesarias es injustificado. Los mecanismos del mercado favorecen intrínsecamente la elevación de las utilidades al máximo, en el ámbito de los límites sociopolíticos predominantes. Dichos límites son establecidos por procesos políticos, a menudo como el resultado de enfrentamientos por intereses en conflicto. Por otro lado, es cierto que en los últimos 25 años se ha desarrollado una cantidad considerable de tecnología que no perjudica el medio ambiente. Sin embargo, sería una ingenuidad atribuir esto al libre juego de las fuerzas del mercado. En los últimos decenios se han introducido progresivamente protecciones al medio ambiente, no porque fueran rentables, sino porque grupos ecológicamente concientizados han generado suficientes presiones políticas para obligar a efectuar cambios en la producción y/o recolección de desperdicios, a menudo después de violentas luchas con grandes intereses empresariales. A nivel internacional, donde las restricciones sociopolíticas a la maximización de utilidades son mucho más imprecisas, mal definidas y deficientemente aplicadas, las probabilidades de que las fuerzas del mercado generen necesariamente consecuencias positivas para el medio ambiente son aún más discutibles.

269

Cabe también destacar que ninguna de las dos escuelas predominantes de pensamiento en la esfera de población y medio ambiente ha dado la debida consideración a las circunstancias históricas concretas que configuran el resultado de las interacciones entre población y medio ambiente. Después de muchos años de intensos debates, ambos bandos concuerdan tácitamente en que el nivel de desarrollo es fundamental para determinar la manera en que la población afecta el medio ambiente. Sin embargo, partiendo de puntos de vista totalmente diferentes, ambas partes asumen una perspectiva neoevolucionista, simplista y no diferenciada del desarrollo. Ni una ni la otra consideran la economía política concreta del desarrollo ni la diversidad de trayectorias desarrollistas (y no desarrollistas) que siguen los distintos países en el actual escenario de fin de siglo.

Los alarmistas se refieren al desarrollo en términos de categorías difusas de variables que se asocian en general con el crecimiento económico (a

⁷ En palabras de H. Daly, "...lo que más me preocupa de mi profesión actualmente es que nuestra preferencia disciplinaria por resultados lógicamente hermosos respecto de las políticas basadas en hechos ha llegado a tales proporciones de fanatismo que nosotros, los economistas, nos hemos convertido en un peligro para la tierra y sus habitantes." DALY, 1995, p. 50.

saber, abundancia y tecnología). Tienden a dividir el mundo entre países pobres y atrasados (que explotan exageradamente los recursos existentes debido al exceso de población) y países desarrollados (cuyos estilos de vida opulentos causan degradación del medio ambiente en otro nivel). Mientras tanto, los revisionistas suponen implícitamente que las fuerzas del mercado generarán inexorablemente el desarrollo (y en consecuencia las soluciones a todos los problemas ambientales).

La realidad, sin embargo, es que no existe garantía alguna de que el “desarrollo”, tal como lo concibe cualquiera de las dos escuelas, se presentará de acuerdo a modalidades similares en todos los países. De hecho, se podría inclusive sostener que determinada cantidad de países probablemente no tendrán desarrollo alguno, habida cuenta de la presente constelación de determinantes y limitaciones; y esa carencia de desarrollo no asegura la detención del deterioro ambiental. Otros países pueden desarrollarse, pero sin contribuir necesariamente de manera significativa al deterioro del medio ambiente a nivel local o mundial (como quisieran hacernos creer los neomaltusianos), o incrementar necesariamente su capacidad de enfrentar el medio ambiente (como lo sostendrían los revisionistas). La lógica inherente de las tendencias de la fecundidad (y por lo tanto del crecimiento de la población) en estas condiciones sumamente diferenciadas varía enormemente.

270

Las limitaciones de ambas perspectivas se ilustraron claramente en el tan publicitado debate entre Myers y Simon, cuyos resultados se publicaron recientemente (Myers y Simon, 1994). Una lectura superficial de este material revela claramente que esos exponentes de las dos grandes escuelas contendientes no sólo parten de un conjunto totalmente distinto de hipótesis, enfoques diferentes y metodologías distintas, sino que, quizá más importante, ambos comienzan con nociones simplificadas al extremo respecto de la manera en que está organizado el mundo real en términos político-económicos.

Simon parece basar la mayoría de sus argumentos en la experiencia de los Estados Unidos y supone que la organización económica y social del resto del mundo es análoga; sus conclusiones, cuando se extrapolan a otros contextos, a veces rondan lo absurdo. La noción de que los Estados Unidos, al igual que todos los demás países desarrollados, utilizan los recursos de los demás países del mundo para mantener e incrementar sus propios niveles de vida, es al parecer totalmente ajena a Simon. Mientras tanto, la fervorosa adhesión de Myers al organicismo pesimista acepta al pie de la letra cada uno de los terribles pronósticos sobre el deterioro ambiental. Sin que se haya

establecido una relación de causalidad, la pérdida de calidad y el deterioro del medio ambiente se atribuyen básicamente al crecimiento de la población.

En síntesis, como hace ver Smil de manera mordaz, una lectura cuidadosa revela una riqueza de hechos irrefutables en los escritos de ambos grupos extremos, pero estos islotes de sensibilidad están rodeados por una avalancha de prejuicios intelectuales que impiden reconocer una realidad compleja, en gran medida impredecible y reiteradamente contraria a la intuición. La tarea no consiste en hallar un terreno intermedio: la controversia se ha vuelto muy ideológica y las posiciones extremas demasiado implacables para ofrecer un término medio significativo. (Smil, 1993, p. 36).

Progresión del Debate sobre Población y Medio Ambiente: las Especificidades del Contexto Latinoamericano⁸

¿Cómo podemos superar el viejo y en gran medida estéril debate sobre población y medio ambiente? ¿Existen conclusiones normativas importantes que sacar, más allá del tema de la regulación de la población? ¿Qué especificidades presenta la situación de América Latina en relación con el tema de población y medio ambiente?

271

Sostenemos que, a fin de superar la controversia tradicional, el primer paso consiste en ampliar el horizonte de la dinámica demográfica, analizándola en el contexto de la preocupación ambiental. La atención se ha centrado casi exclusivamente en el crecimiento y tamaño de la población; en el mejor de los casos, esto sólo puede servir para justificar —o negar— la validez de las políticas que buscan regular el crecimiento de la población. Ese tipo de análisis, además de haber llegado a un punto muerto, no impulsa un programa de población y medio ambiente que presente a la vez cierta especificidad y relevancia contemporánea. En el caso de la población de América Latina, que no es de gran tamaño ni crece rápidamente, esa postura deja escaso margen a las políticas sobre población y medio ambiente, salvo en determinadas subregiones.

En segundo lugar, para avanzar en la comprensión de las vinculaciones entre población y medio ambiente, será preciso establecer una relación entre

⁸ En todo el presente documento se utiliza la expresión "América Latina" pero, en realidad, la situación descrita caracteriza a América Latina y el Caribe.

ambos conceptos en contextos y escenarios de desarrollo históricos concretos. Este razonamiento se basa en la hipótesis de que, cualesquiera sean las consecuencias que la dinámica demográfica pueda tener para el medio ambiente, éstas serán mediatizadas por las peculiaridades de los procesos de desarrollo que afectan determinadas sociedades y regiones en determinada época en el tiempo.

A continuación se tratará de ilustrar estas dos recomendaciones interrelacionadas respecto de América Latina. A fin de circunscribir la temática de población y medio ambiente al contexto de las condiciones demográficas, económicas y sociales de la región, vale la pena poner de relieve varias características de la situación de América Latina. En este sentido, centraremos la atención en la importancia que el estado actual de la transición de la fecundidad en la región, la transición urbana y los esfuerzos en materia de crecimiento económico en curso tienen para las vinculaciones entre población y medio ambiente.

La Transición de la Fecundidad y la Problemática de Población y Medio Ambiente

272

Aunque la transición demográfica ha tenido distintos puntos de partida y ha avanzado a ritmos variables en las muchas partes que componen América Latina y el Caribe, es evidente que la mayoría de los países de la región —y todos los países grandes y densamente poblados— ha alcanzado una etapa relativamente avanzada en materia de transición demográfica. Los niveles de mortalidad comenzaron generalmente a bajar de manera significativa hace medio siglo y, en los últimos años, han continuado en lento descenso. Así, las tendencias del crecimiento demográfico actualmente se rigen en gran medida por los cambios en las conductas reproductivas y por la composición de la población según edad y sexo. En la mayor parte de los grandes países de la región los niveles de fecundidad ya muestran un descenso importante. El crecimiento de la población se mantiene relativamente alto en términos absolutos, debido a los efectos de los elevados perfiles de fecundidad anteriores sobre la composición etaria de la población femenina en edad de procrear.

Como puede verse en el cuadro 1, sólo dos de los 30 países de la región (Haití y Bolivia) pueden considerarse como en la etapa inicial de la transición demográfica y tienen actualmente elevadas tasas de fecundidad y mortalidad; otros cinco presentan una alta fecundidad pero tasas reducidas de

CUADRO I

AMERICA LATINA: TASAS BRUTAS DE NATALIDAD (TBN), MORTALIDAD (TBM) Y CRECIMIENTO TOTAL (CT),
EN PAISES AGRUPADOS SEGUN ETAPAS DE LA TRANSICION DEMOGRAFICA, PERIODO 1950-2000.

Países	1950			1960			1970			1980			1990			2000		
	TBN	TBM	CT	TBN	TBM	CT	TBN	TBM	CT	TBN	TBM	CT	TBN	TBM	CT	TBN	TBM	CT
América Latina	42,4	15,7	27,3	41,1	12,4	27,9	35,4	09,8	24,7	30,3	7,8	19,4	25,9	6,7	18,1	22,1	6,3	14,9
Grupo I																		
Bolivia	47,0	24,4	20,4	45,9	21,5	22,3	45,2	19,0	24,4	38,2	13,4	21,8	35,7	10,2	24,1	30,5	8,2	21,5
Haití	43,5	27,5	14,6	41,9	22,2	17,1	38,6	17,7	17,0	36,6	14,5	20,1	35,3	11,9	20,3	32,7	9,6	20,6
Grupo II																		
El Salvador	48,3	19,9	26,4	47,8	14,8	31,3	42,8	10,8	25,9	36,9	10,9	17,5	33,5	7,1	21,8	28,5	5,9	20,0
Guatemala	51,3	22,4	28,9	47,8	18,3	28,3	44,6	13,4	27,6	42,7	10,5	28,8	38,7	7,6	28,7	33,9	6,0	26,7
Honduras	52,8	22,8	30,9	50,8	17,8	33,8	46,9	13,4	30,3	42,3	8,9	30,6	37,1	6,1	29,4	30,0	5,1	24,9
Nicaragua	54,2	23,1	29,8	50,2	17,2	31,4	47,2	12,7	32,3	45,0	10,3	25,9	40,5	6,9	37,3	33,1	5,4	27,7
Paraguay	47,3	9,3	27,8	42,3	8,1	29,0	36,6	7,2	26,2	36,1	6,4	31,1	33,0	5,5	27,7	27,3	4,9	22,5

CUADRO I (Continuación)

AMERICA LATINA: TASAS BRUTAS DE NATALIDAD (TBN), MORTALIDAD (TBM) Y CRECIMIENTO TOTAL (CT),
EN PAISES AGRUPADOS SEGUN ETAPAS DE LA TRANSICION DEMOGRAFICA, PERIODO 1950-2000.

Países	1950			1960			1970			1980			1990			2000		
	TBN	TBM	CT	TBN	TBM	CT	TBN	TBM	CT	TBN	TBM	CT	TBN	TBM	CT	TBN	TBM	CT
Grupo III																		
Brasil	44,6	15,1	31,5	42,1	12,3	29,8	33,7	9,8	23,9	29,8	8,3	19,0	24,6	7,5	17,2	20,9	7,0	13,9
Colombia	47,3	16,7	28,2	44,2	11,5	29,8	32,6	8,6	21,4	29,5	6,4	18,3	24,0	5,9	16,6	20,4	5,8	13,4
Costa Rica	47,3	12,6	34,7	45,3	9,2	36,1	31,5	5,8	25,7	30,2	4,1	27,7	26,3	3,7	24,1	22,4	4,0	18,4
Ecuador	45,6	19,4	26,2	44,1	14,6	29,5	40,6	11,5	29,1	34,8	8,1	24,1	28,3	6,2	22,0	23,2	5,8	17,4
México	45,3	17,0	26,9	44,6	12,1	31,0	43,2	9,5	31,0	31,9	6,4	19,6	27,0	5,2	18,2	22,2	5,1	14,2
Panamá	39,9	13,3	25,5	40,4	9,8	29,0	35,6	7,5	26,9	28,6	5,7	20,2	25,0	5,3	18,6	20,3	5,1	14,3
Perú	47,1	21,6	25,5	46,3	17,6	29,0	40,5	12,8	27,8	34,0	9,6	20,2	27,3	6,9	19,3	23,8	6,3	17,1
Rep.Dominic.	50,5	20,3	30,2	49,4	14,7	32,7	38,8	9,8	26,4	31,5	6,8	21,8	27,0	5,5	19,1	21,8	5,2	14,2
Venezuela	46,4	12,4	40,1	45,0	9,3	36,3	35,1	6,6	34,3	32,0	5,5	25,8	27,4	4,7	22,7	22,8	4,7	18,2

CUADRO I (Continuación)

AMERICA LATINA: TASAS BRUTAS DE NATALIDAD (TBN), MORTALIDAD (TBM) Y CRECIMIENTO TOTAL (CT),
EN PAISES AGRUPADOS SEGUN ETAPAS DE LA TRANSICION DEMOGRAFICA, PERIODO 1950-2000.

Países	1950			1960			1970			1980			1990			2000		
	TBN	TBM	CT	TBN	TBM	CT	TBN	TBM	CT	TBN	TBM	CT	TBN	TBM	CT	TBN	TBM	CT
Grupo IV																		
Argentina	25,4	9,2	19,7	23,2	8,8	15,5	23,4	9,0	16,7	23,1	8,5	14,1	20,4	8,2	12,2	18,9	7,9	11,1
Chile	36,1	13,6	21,2	36,8	12,2	23,9	27,5	8,9	17,0	22,9	6,4	16,7	21,8	5,5	16,3	18,2	5,7	11,8
Cuba	29,7	11,1	18,5	35,1	8,8	20,9	26,7	6,5	17,6	16,0	6,4	9,6	16,9	6,8	8,2	13,1	7,1	4,7
Uruguay	21,2	10,5	11,6	21,9	9,6	11,9	21,1	10,0	1,4	18,3	10,0	5,6	17,1	10,3	5,8	16,4	10,4	5,5

FUENTE: CELADE

mortalidad, por lo que tienen un ritmo rápido de crecimiento de la población. Trece países tienen niveles moderados de mortalidad y tasas de fecundidad en rápido descenso; en esos países las tasas de crecimiento de la población ya han disminuido significativamente y serán incluso menores una vez que la composición etaria de la población se ajuste al perfil de baja fecundidad. Por último, aproximadamente diez países se hallan en una etapa avanzada de la transición demográfica, con bajas tasas de mortalidad, fecundidad y crecimiento demográfico.

Desde el punto de vista del tema de población y medio ambiente y del tipo de políticas que resultan apropiadas para la región, el resultado de este breve examen de las tendencias actuales es que la dinámica y la magnitud de la población en esa región no revisten una importancia prioritaria en el contexto de las inquietudes neomaltusianas en general. La población global de América Latina constituye solamente el 8% de toda la población mundial y, lo que es más importante, todos los grandes países de la región se hallan bien encaminados en la transición de la fecundidad. Por supuesto, desde el punto de vista de la deforestación y la pérdida de biodiversidad de la región, la no incorporación productiva del grueso de la población futura en las áreas urbanas se convertiría en una amenaza a nivel mundial. Además, de igualarse las modalidades de consumo a las de los países industrializados, la magnitud actual del problema sería significativa. Pero esto sólo señala la necesidad de revisar los modelos de desarrollo y no de aplicar medidas tardías de regulación demográfica.

276

Esto no significa, naturalmente, que la trayectoria de América Latina en materia de fecundidad, crecimiento de la población y/o salud reproductiva sea óptima. Es discutible determinar si con tasas más lentas de crecimiento demográfico en los últimos 50 años se habría mejorado o no el historial de desarrollo de América Latina. Casi ciertamente tendría más importancia haber contado con mejores gobiernos, políticas económicas más adecuadas y una distribución más justa de la riqueza. Sin embargo, sí parece bastante seguro que la disminución rápida y reciente del crecimiento de la población coadyuvó a que muchos países de América Latina sobrevivieran durante el reciente período de crisis económica. Además, ello contribuyó de manera importante a la bienvenida reducción en la tasa de crecimiento urbano de la región. Por otra parte, es necesario mejorar los servicios de salud reproductiva en muchas partes de la región. Ciertamente, en algunos países (como Brasil) que han experimentado una rápida disminución de la fecundidad sin el beneficio explícito de una política de salud reproductiva o de planificación familiar, ello se ha logrado a un costo considerable para la salud de las mujeres.

Entretanto, en otros países de menor desarrollo de la región, la combinación de pobreza y presiones demográficas repercute de manera desfavorable en el medio ambiente local, particularmente en las áreas rurales (Bilsborrow, 1987, 1992 y 1994). Sin embargo, el problema en esos casos no puede resolverse aplicando sencillamente mayor planificación familiar; también es decisivo generar perspectivas de crecimiento económico real y progreso social, junto con una mayor movilidad de la mano de obra. Incluso en países que se hallan en una etapa más avanzada de la transición de la fecundidad, una combinación de distribución sesgada de la tierra, modernización agrícola desigual, injusticia social y lento crecimiento económico ha creado presiones demográficas en áreas ecológicamente frágiles (Sawyer, 1993, pp. 149 a 170; Schmink y Wood, 1984; Martine, 1989). Sin embargo, una vez más, la planificación familiar tiene muy escasa importancia en este escenario.

Desde la perspectiva de la densidad demográfica, el continente latinoamericano presenta asimismo una situación muy favorable en general. En promedio, tiene 22 personas por km², en comparación con 117 para Asia y 17 para América del Norte. Naturalmente, la densidad en sí no es un indicador significativo de la sustentabilidad de determinada extensión de tierra. Basta revelar que la densidad del continente africano es de 22 personas por km², en tanto que la de Europa es de 100. Esto sólo sirve para demostrar que las formas de organización social son de capital importancia para determinar la “capacidad de soporte” de cualquier sociedad.

En suma, la conjunción de rápida disminución de la fecundidad, baja densidad demográfica y —como se verá en la sección siguiente— perfiles avanzados de urbanización eliminan definitivamente a América Latina de toda participación en la amenaza neomaltusiana. Dicho de otra manera, considerada en conjunto, la región no forma parte de ninguna amenaza de crecimiento demográfico, real o imaginaria, para la sustentabilidad mundial.

La Urbanización en América Latina y su Repercusión sobre la Problemática de Población y Medio Ambiente

En gran parte de las publicaciones sobre población y medio ambiente, la atención se centra en el deterioro ambiental causado por familias rurales pobres con elevadas tasas de fecundidad. Pobreza, población y deterioro ambiental se consideran factores que se potencian recíprocamente. La atención se centra de ordinario en las vinculaciones entre presión demográfica y disminución de la fertilidad del suelo, entre densidad demográfica y degra-

dación del suelo o entre migración y zonas agrícolas pobres, densamente pobladas, de rápido crecimiento, y deforestación. En la presente sección se sostendrá que desde la perspectiva de la formulación de políticas, tal acento es estéril. Tal enfoque inevitablemente en la necesidad de efectuar cambios en el comportamiento reproductivo; sin embargo, puesto que la dirección de los cambios propuestos se contraponen a la lógica intrínseca de los agricultores pobres, rara vez son eficaces o suficientes. También se afirmará que, a la inversa de lo que se cree generalmente, los altos niveles de urbanización, como los que predominan en América Latina, constituyen un factor potencialmente positivo para la resolución de los problemas de población y medio ambiente.

Modalidades de la Urbanización en América Latina

278

La trayectoria urbana de América Latina se compara, en muchos aspectos, a la de los países industrializados de Occidente más que a la de los países del Tercer Mundo. Esto, naturalmente, se debe a las características históricas del proceso de colonización ibérico, tema que no puede abordarse aquí con la debida extensión. Sin embargo, la verdad es que la urbanización en América Latina siempre ha sido —y continúa siendo— elevada, si se compara con la de los demás países en desarrollo. En el decenio de 1920 América Latina tenía ya cerca de la cuarta parte de su población viviendo en áreas urbanas, en comparación con menos de 10% en Asia y África. Desde entonces, la diferencia en los niveles de urbanización entre América Latina y el resto del mundo en desarrollo se ha incrementado sistemáticamente. A medida que nos aproximamos al final del siglo XX, los niveles agregados de urbanización de América Latina se acercan bastante a los de los países industrializados avanzados.

Además, la información más reciente revela que el crecimiento urbano alcanzó su punto máximo en los últimos años. Una vez más, existen diferencias importantes entre los países de la región. (Véase el cuadro 2). No es sorprendente que los países menos urbanizados sean, abrumadoramente, los más pobres y que estén en una etapa más atrasada de la transición demográfica (Chackiel y Villa, 1993).

Otra característica del proceso latinoamericano ha sido la elevada concentración de su población total y urbana en las grandes ciudades. Cuatro de las 12 ciudades más grandes del mundo se hallan en la región. Al menos en siete países, la ciudad de mayor tamaño contiene más de la cuarta parte de la

CUADRO 2

AMERICA LATINA: PORCENTAJE DE POBLACION EN PAISES CLASIFICADOS SEGUN LAS ETAPAS DE LA TRANSICION DEMOGRAFICA, 1950-1990

Países	Porcentaje de población urbana					
	1950	1960	1970	1980	1990	2000
América Latina	42	49	58	65	71	76
Grupo I						
Bolivia	30	34	38	45	54	65
Haití	13	16	20	25	31	38
Grupo II						
El Salvador	36	37	39	44	50	55
Guatemala	25	33	34	37	38	39
Honduras	18	22	28	35	44	48
Nicaragua	35	40	47	51	55	60
Paraguay						
Grupo III						
Brasil	36	45	56	67	75	80
Colombia	38	49	57	64	69	74
Costa Rica	34	34	39	43	47	50
Ecuador	29	34	40	47	55	63
México	43	51	59	65	71	76
Panamá	36	41	47	50	54	58
Perú	36	46	58	64	69	72
Rep. Dominicana	24	30	39	50	59	64
Venezuela	47	62	75	79	84	87
Grupo IV						
Argentina	65	72	79	83	87	90
Chile	60	68	75	79	83	86
Cuba	56	59	60	68	75	80
Uruguay	73	78	82	85	89	91

población total. En el caso de Brasil, que tiene una red urbana más equilibrada, tres de cada diez residentes viven en ciudades que tienen un millón de habitantes o más. Por otra parte, en los últimos años, varias ciudades latinoamericanas han mostrado una disminución importante en las tasas de crecimiento urbano, especialmente en lo que se refiere a las grandes ciudades. Por ejemplo, la ronda de censos de 1990 reveló una población mucho menor en México D.F., São Paulo y Río de Janeiro que la proyectada por especialistas.

¿Qué significa la peculiaridad de la trayectoria urbana de América Latina desde el punto de vista de su programa de medio ambiente? En el presente trabajo se pretende demostrar que las características de la historia de la región en materia de urbanización ofrecen un contexto potencialmente favorable para abordar esta cuestión. Evidentemente, esta tesis es controvertida. La mayoría de las personas ha adoptado una actitud negativa respecto de la urbanización. Los sesgos antiurbanos datan de muchos años y se hallan profundamente arraigados. La mayor parte de los planificadores, ambientalistas y especialistas en demografía se muestran habitualmente cautelosos en cuanto a la concentración urbana. Por consiguiente, la urbanización se considera generalmente como un factor negativo en el panorama ambiental y el debate respecto de cómo enfrentar los temas de población y medio ambiente se ha circunscrito en gran medida al escenario rural.

280

El Vínculo entre Población, Medio Ambiente y Desarrollo en el Contexto Rural

La mayor parte de las publicaciones sobre población y medio ambiente se sitúa en el contexto de las áreas rurales y hace hincapié en temas relacionados con la pobreza. Esto se debe a que el crecimiento extraordinariamente rápido de la conciencia ecológica en los últimos 25 años tiene su origen en la preocupación por la destrucción de los recursos naturales por parte de la humanidad. En consecuencia, gran parte de la atención de los ambientalistas, formuladores de políticas, donantes e investigadores, así como del público en general, se ha centrado tradicionalmente en ecosistemas rurales, bosques tropicales, tierras pantanosas, manglares y la conservación de las especies. De forma natural, cuando se aborda las relaciones entre población, pobreza y medio ambiente, la atención se centra primordialmente en la gente pobre de las zonas rurales⁹.

⁹ Un ejemplo típico puede hallarse en LEWIS (1988); en el libro se presentó una visión general de las relaciones entre pobreza y medio ambiente. De los 12 artículos publicados en dicho libro, sólo uno trató concretamente de temas urbanos.

Esta tendencia históricamente fundamentada se ve reforzada por el hecho de que, a escala mundial, la mayoría de las poblaciones pobres y con alta fecundidad residen en las zonas rurales. Muchos observadores aluden a este predominio en su esfuerzo por conceder aún mayor atención a la pobreza rural (véase, por ejemplo, Dasgupta y Goran-Maler, 1994, p.1). Indudablemente, crecimiento demográfico, deterioro ambiental y pobreza se agravan recíprocamente de muchas maneras en los escenarios rurales. La falta de acceso a tierras fértiles y otros recursos, el agotamiento de la fertilidad del suelo, las prácticas inapropiadas de cultivo y la tecnología deficiente, a veces en conjunción con las variaciones climáticas, las invasiones de tierras frágiles, etc. son fuentes —y consecuencias— bien documentadas de presión demográfica y pobreza. El Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF), en su descripción de la espiral PPM (pobreza, población, medio ambiente) (UNICEF, 1994), ha sintetizado bien este argumento.

Sin embargo, es preciso aclarar dos puntos importantes en este sentido. En primer lugar, el deterioro ambiental provocado por la pobreza en las zonas rurales es menos vasto y crítico que lo que se supone generalmente. Reardon y Vosti sostienen que con el transcurso del tiempo es probable que cambien la fuerza y simetría de los vínculos entre pobreza y medio ambiente en las zonas rurales, y que las direcciones de causalidad pueden variar de manera imprevista (Reardon y Vosti, 1994). Además, cuando los problemas ambientales se analizan según sus niveles respectivos de importancia crítica, se revela que el efecto de la pobreza rural en el deterioro general del medio ambiente constituye realmente una amenaza menor que los perfiles actuales de crecimiento económico¹⁰.

En segundo lugar, y esto es más importante, el enfoque de la “pobreza” y el medio ambiente tiende a centrar la atención en problemas que tienen escasas posibilidades de ser resueltos en las áreas rurales. Teniendo en cuenta este aspecto, sugerimos que **es más útil centrar la atención en las interrelaciones entre desarrollo y medio ambiente**. Todos los países buscan el desarrollo a través del crecimiento económico y la mayoría ha hecho ciertos progresos en ese sentido. El tema central no consiste en saber cómo la pobreza afecta y se ve afectada por el medio ambiente, sino en determinar la manera en que los esfuerzos en pro del desarrollo pueden relacionarse ventajosamente con los cambios del medio ambiente. En otras palabras, el con-

¹⁰ Martine hace la distinción entre problemas ambientales globales, críticos e irreversibles y problemas locales, secundarios y reversibles; en su mayor parte, los problemas críticos se relacionan con la civilización o el “desarrollo” industrial tal como lo conocemos, en tanto que los problemas secundarios se refieren más directamente a la pobreza y el exceso de población. (MARTINE, 1993a.).

cepto de la espiral PPM contribuye menos a la comprensión y a la adopción de medidas que aquél que podríamos denominar la relación entre población, desarrollo y medio ambiente.

El enfoque exclusivo, o primordial, en las relaciones entre pobreza rural y medio ambiente, como lo hace la mayor parte de la literatura especializada, es muy restrictivo en términos de captar un panorama más amplio y de sugerir intervenciones posibles. Es incapaz de situar los problemas de pobreza/medio ambiente/población en el contexto de los cambios reales que ocurren en la sociedad. En consecuencia, ofrece una visión limitada de las opciones en materia de políticas. Centra la atención en la situación y hábitat actuales de la población rural y se preocupa de resolver los problemas en el contexto de las condiciones existentes, en vez de tratar de concebir soluciones a partir de un escenario dinámico. Cuando aborda la movilidad de la mano de obra en este contexto, la considera invariablemente como un factor negativo, como al subrayar que la migración rural-urbana se traduce en mayor hacinamiento de los tugurios (UNICEF, 1994, p. 25).

282

El enfoque de las relaciones entre pobreza y medio ambiente a nivel de la economía agrícola doméstica tiende asimismo a minimizar la influencia de las políticas a un nivel macro. Como resultado, las soluciones propuestas se refieren generalmente a iniciativas agronómicas y demográficas a nivel local. Es decir, el enfoque de la pobreza rural localizada y a nivel del hogar canaliza inexorablemente las políticas hacia el mejoramiento de las prácticas agrícolas y la regulación de la fecundidad. Todas estas iniciativas son indudablemente importantes; sin embargo, puede afirmarse que son por sí mismas insuficientes para abordar los problemas de pobreza y medio ambiente cuando las áreas rurales se consideran en conjunto y en una perspectiva de largo plazo. Sencillamente hay pocas pruebas históricas para justificar la expectativa de que los problemas de los pobres en áreas agrícolas densamente pobladas pueden en definitiva limitarse y resolverse en dichas áreas.

La pobreza en las zonas rurales se asocia con una fecundidad elevada. Aunque en algunos estudios se demuestra efectivamente que la adopción de mejores prácticas agrícolas está relacionada a veces con una disminución de la fecundidad (véase, por ejemplo, Vosti, Witcover y Lipton, sin fecha), las sociedades campesinas casi universalmente han valorado la existencia de hijos como una fuente de mano de obra y de seguridad en la vejez. El aumento de la mortalidad en estas condiciones aconseja de hecho no limitar la procreación. Las dificultades para conseguir agua potable y combustible

umentan la necesidad de contar con mano de obra infantil y, por lo tanto, incrementan el valor que representan los hijos. Además, la actividad sexual es a menudo uno de los escasos placeres humanos o momentos de esparcimiento al alcance de los adultos en las sociedades rurales pobres. Puesto que es más fácil no hacer nada respecto del ciclo reproductivo que interferirlo, a menudo existe escasa motivación para regular la fecundidad natural. El consiguiente crecimiento demográfico en la mayor parte de las zonas agrícolas pobres se traduce en la escasez de tierras o la invasión de nuevas tierras.

En síntesis, el énfasis puesto en los escenarios ambientales rurales y el criterio de que los problemas de pobreza y medio ambiente deben abordarse primordial o exclusivamente en el contexto de las áreas rurales tienden a producir respuestas normativas intrínsecamente limitadas y contrarias a las realidades históricas. El círculo vicioso de pobreza, alta fecundidad y menor disponibilidad de tierras agrícolas de buena calidad y no frágiles impide toda posibilidad de hallar soluciones duraderas al alivio de la pobreza y a la protección del medio ambiente, en el ámbito exclusivo de las áreas agrícolas rurales. Unos cuantos países quizá tengan todavía tierras no frágiles desocupadas, pero este definitivamente no es el caso de la gran mayoría de los países del mundo en desarrollo.

Es indudable que la situación de muchos países puede mejorarse con políticas agrícolas y demográficas más apropiadas, mejores estructuras institucionales y tecnologías más idóneas. Es indiscutiblemente importante fortalecer todos estos esfuerzos por mejorar las condiciones de vida y reducir la presión sobre el medio ambiente rural, mientras se gana tiempo para luchar contra las migraciones masivas hacia las ciudades y contra nuevas invasiones de tierras frágiles. Sin embargo, cabe suponer que, aun en las mejores condiciones, las áreas rurales pobres tienden a generar un excedente de población y, por lo tanto, a estimular la emigración.

Las dos únicas opciones al destino de las migraciones provenientes de áreas rurales excesivamente pobladas y explotadas son, en la mayoría de los países, la invasión progresiva de otras tierras y ecosistemas frágiles, o el desplazamiento hacia pueblos y ciudades. En el presente trabajo se postula como tesis fundamental que las migraciones hacia las ciudades pueden aceptarse como la opción superior desde un punto de vista social, demográfico, económico o ambiental. Además, el hecho de que la mayoría de los países de la región se halle en una etapa avanzada de la transición urbana representa, desde esta perspectiva, un factor potencialmente positivo en comparación con lo que sucede en el resto del mundo en desarrollo.

Aprendiendo a Vivir con la Aglomeración de las Zonas Urbanas

Es verdad que la mayoría de las grandes ciudades de los países en desarrollo ofrece un panorama sombrío desde el punto de vista social o ambiental. Existen, ciertamente, razones reales y valederas para sentir temor de las aglomeraciones urbanas. Sin embargo, nuestra tesis es que la movilidad laboral y el crecimiento urbano son inevitables si ha de producirse un mejoramiento en las condiciones de vida y la sustentabilidad en el largo plazo. La observación de que América Latina ya ha alcanzado altos niveles de urbanización y concentración y que sin embargo ambos procesos se han estabilizado en gran parte de la región, puede interpretarse en el sentido de que la región ya ha alcanzado un etapa relativamente avanzada de su "transición urbana"¹¹. En este trabajo se defiende la tesis de que una etapa tan avanzada es conveniente desde el punto de vista de las potenciales mejoras futuras de la problemática de población, desarrollo y medio ambiente. El tema es complejo y difícil de abordar en un espacio tan breve. Sin embargo, en su fundamentación intervienen los siguientes argumentos demográficos, ambientales y socioeconómicos:

a) Crecimiento demográfico y urbanización

284

En primer lugar, desde el punto de vista del **crecimiento demográfico**, la urbanización constituye un factor poderoso para reducir la fecundidad. Como se observó anteriormente, existe un alto grado de correlación entre el perfil y la evolución de la transición de la fecundidad en los países latinoamericanos y sus niveles respectivos de urbanización. Esto no es difícil de comprender y, además, está totalmente de acuerdo con la literatura especializada; la urbanización ofrece escasos alicientes para las familias de gran tamaño e innumerables desincentivos. Por ejemplo, la disminución rápida y sin precedente de la fecundidad en Brasil, en ausencia de una política oficial de planificación familiar y de un crecimiento económico sostenido, se ha relacionado, en gran parte, con la rápida transición urbana de ese país (Martine, 1996).

Como se dijo anteriormente, la disminución del crecimiento de la población no es un problema urgente para el futuro en la mayoría de los países latinoamericanos; sin embargo, para los pocos países o subregiones pobres de base rural que mantienen elevados niveles de fecundidad, la urbanización

¹¹ Este argumento se basa en la obra de Zelinsky y Skeldon, quienes afirman que la urbanización, muy similar a lo que sucede con la fecundidad y la mortalidad, avanza por etapas. Cabe observar que Skeldon utiliza la expresión "transición de la movilidad"; en este caso, se prefiere el término "transición urbana" porque transmite mejor el sentido de la tesis sostenida. Véase SKELDON (1990).

constituiría un factor positivo, visto desde la perspectiva de estabilizar el crecimiento de la población. Históricamente, la disminución de la fecundidad se ha dado primero y más rápidamente en las ciudades. Incluso entre los pobres, la motivación para reducir la fecundidad es más predominante en las ciudades, siempre que tengan un mínimo de aspiraciones sociales y económicas. El hecho de que tales aspiraciones resulten magnificadas por la realidad o las perspectivas de progreso y movilidad sociales constituye un vínculo importante con la relación entre pobreza, desarrollo y medio ambiente.

b) Medio ambiente y urbanización

La posición que se adopta en el presente trabajo es que las consecuencias ambientales de la urbanización pueden considerarse positivas. Esto no se percibe de inmediato. Las ciudades, ciertamente, son centros importantes de contaminación y deterioro de los recursos. Las emanaciones de las ciudades no sólo contaminan el aire que respira la población urbana, sino que representan una proporción creciente y significativa de los gases que causan los cambios climáticos mundiales y el agotamiento de la capa de ozono. Las ciudades dependen de una elevada cantidad de insumos como combustibles fósiles y agua. Generan enormes cantidades de desechos. Además, existe una estrecha relación entre los problemas sociales y ambientales en las ciudades. El rápido crecimiento urbano en los países en desarrollo se asocia casi inevitablemente con el incremento en la cantidad y proporción de pobres. El deterioro del medio ambiente los afecta más duramente en general. (Sobre este punto véase, por ejemplo, Hardoy y Satterthwaite [1989]; Oficina Internacional del Trabajo [1992]; Hogan [1992c, pp. 270 a 299]).

285

Teniendo en cuenta la gravedad de estos problemas, no cabe realmente sorprenderse con la idea de que las ciudades puedan ser, de alguna manera, el lugar más apropiado para resolver “la espiral PPM” no haya concitado nunca mucha atención. Sin embargo, en las páginas siguientes se tratará de argumentar que:

- el carácter de “medio ambiente” —y, por lo tanto, de “problemas ambientales”— difiere considerablemente en las zonas rurales y urbanas. La aglomeración urbana repercute en mayor medida en los problemas ambientales a nivel mundial pero es, en definitiva, menos destructiva de los recursos naturales locales;
- aunque los efectos de la espiral PPM son mucho más concentrados y visibles en las zonas urbanas, las condiciones socioambientales

en las ciudades son, de muchas maneras, mejores que en las áreas rurales;

- las posibilidades de administrar o revisar los problemas urbanos de población y medio ambiente, desde un punto de vista tecnológico y económico, son mucho mayores que respecto de los problemas ambientales en el contexto rural;
- el tamaño y el ritmo de crecimiento de las ciudades constituyen ciertamente cuestiones importantes para abordar los problemas sociales y ambientales. Sin embargo, tales problemas deben enfrentarse mediante políticas en consonancia con el flujo central de las fuerzas del mercado y no tratando de revertir las corrientes migratorias o la índole de las ventajas comparativas.

Cada uno de estos postulados se estudiará consecutivamente.

i) La distinción entre “medio ambiente” rural y urbano

Se ha generado un considerable desorden conceptual y práctico por el hecho de que la literatura especializada trata generalmente al medio ambiente rural y urbano como si fueran conceptos intercambiables. Esta práctica confunde enfoques, tipos de preocupación y niveles de generalidad, al mismo tiempo que confunde el papel que juega la humanidad en los problemas ambientales. Los ambientes rurales y urbanos difieren fundamentalmente desde el punto de vista de su relación con la naturaleza, el tipo de deterioro que experimentan, sus fuentes de degradación y, lo que es más importante, su relación con la población y la pobreza.

El medio ambiente rural se halla delimitado principalmente en función de los ecosistemas y los recursos naturales. Comprende vegetación, suelos, relieve, agua, plantas y animales. La preocupación por el medio ambiente rural se centra en los hábitat naturales y en la conservación de especies vegetales y animales. La gestión sostenible de los recursos naturales constituye el tema decisivo en este caso. La población rural está en contacto cotidiano con la naturaleza y su subsistencia depende directamente de la utilización de los recursos naturales de manera sostenible.

El efecto negativo de la humanidad en el medio ambiente de las zonas rurales es directo, pero generalmente se circunscribe a la tierra ocupada. Se deriva en gran medida de lo que hace a la **fauna y flora** que inicialmente cubrían la tierra y a la **tierra** en sí, mediante el arrasamiento de la cubierta de arbustos o árboles, el agotamiento o desgaste del suelo y la contaminación con productos químicos. La pobreza y el crecimiento demográfico son factores importantes directos del deterioro de los recursos en el medio

ambiente rural. Los pobres tienden a reproducirse más allá de la capacidad de sustento de la tierra y a convertirse en un factor importante del deterioro de los recursos naturales.

Al contrario, el medio ambiente urbano es en gran medida un producto social creado por la actividad humana y modificado por la tecnología. Al tratar los entornos urbanos, la mayor parte de los autores se refieren no sólo a la escasez o degradación de los recursos ambientales, sino a las condiciones, determinadas por factores políticos y económicos, en que viven los más pobres. En la ciudad, los pobres son víctimas primarias y no autores del deterioro ambiental. Además, en los hábitat urbanos se les induce a tener una menor fecundidad y no una reproducción excesiva.

En las ciudades, el deterioro del ambiente por el ser humano es indirecto; su efecto en la tierra, la fauna o la flora es reducido en comparación con la influencia que ejerce el hombre en las zonas rurales. Es cierto que las ciudades transforman completamente las características naturales de la tierra que ocupan mediante el acero, el cemento y el asfalto, con lo que prácticamente eliminan la flora y fauna existentes. Sin embargo, la superficie terrestre total, o la superficie terrestre por habitante, que ocupan las ciudades es proporcionalmente mucho menor que la asignada a actividades agrícolas en las zonas rurales. En consecuencia, contribuyen a proteger de la invasión a áreas ecológicamente frágiles. Por otra parte, las ciudades utilizan otros recursos —especialmente agua y energía— de una superficie terrestre mucho más vasta; determinar cuál es el grado de degradación real que causan depende de las modalidades de producción y consumo, así como de las prácticas de la gestión urbana. Las ciudades más pobres tienen, de hecho, niveles mucho menores de utilización de recursos no renovables y de producción de desechos.

Las formas directas de deterioro ambiental urbano se asocian en gran medida con el tipo y la cantidad de desechos que genera la actividad económica o la concentración misma de poblaciones humanas, y con el modo de eliminación de los desperdicios. La buena gestión del entorno urbanizado y de los recursos exógenos que utiliza, determina la índole y el grado de deterioro, así como la calidad de vida de las poblaciones urbanas en el contexto de determinados niveles de condiciones económicas.

Tal distinción entre entornos rurales y urbanos y el reconocimiento de las diferencias en cuanto a la índole de las relaciones humanas con cada uno de ellos constituyen pasos fundamentales para progresar en nuestra comprensión, acerca de dónde radican los problemas concretos en la relación entre

pobreza, desarrollo y medio ambiente y de lo que realmente podemos hacer al respecto. Existen numerosas e importantes interacciones inevitables entre las áreas rurales y urbanas, al igual que entre los entornos rurales y urbanos. La mayoría de ellas se inscriben en la influencia más amplia de la actividad económica. Sin embargo, uno de los argumentos planteados en este trabajo es que quizá haya que alentar, y no evitar, un tipo esencial de interacción —la migración del campo a la ciudad— a fin de reducir la pobreza y minimizar el agotamiento general de los recursos.

ii) Condiciones socioambientales en las zonas rurales y urbanas

Los que visitan cualquier ciudad grande de un país en desarrollo quedan impresionados por la suciedad y la miseria en que inevitablemente se halla inmersa una parte importante de la población. Tal situación es ciertamente real y debería generar importantes esfuerzos correctivos. Sin embargo, hay dos hechos objetivos que es preciso destacar en este sentido.

En primer lugar, en los últimos decenios se ha asistido al mejoramiento significativo de las condiciones socioambientales de los habitantes de las zonas urbanas en la mayor parte del mundo, e indudablemente también en América Latina. Los indicadores objetivos de salud y educación coinciden unánimemente a este respecto. Actualmente más personas tienen acceso al saneamiento ambiental básico, a los servicios de salud y educación, a viviendas adecuadas, a la electricidad, al conocimiento y a distintas formas de esparcimiento social que nunca antes. La fecundidad disminuye de manera importante en las ciudades y la gente vive mucho más años que antes.

En segundo lugar, la situación objetiva de los habitantes de las áreas urbanas, de acuerdo con la mayoría de estos indicadores, es favorable casi por unanimidad, en comparación con la de los habitantes de las zonas rurales. Esto contrasta nítidamente con la situación que se observó en los países industrializados en el siglo XIX. Desafortunadamente, los indicadores sociales a escala nacional o regional, que serían una prueba de ello, rara vez se generan a nivel rural o urbano. Sin embargo, datos recientes suministrados por UNICEF y el Banco Mundial —que se muestran en el cuadro 3— proporcionan una comprobación empírica de esta afirmación. Como puede observarse en dicho cuadro, el acceso al agua potable, saneamiento ambiental adecuado y a servicios de salud es sistemáticamente mayor en las zonas urbanas que en las áreas rurales, en el conjunto de la región.

Aunque estas comparaciones internacionales están inexorablemente plagadas de problemas de recopilación e interpretación de datos, es significativa la diferencia entre zonas urbanas y rurales en los tres indicadores, prácti-

CUADRO 3

AMERICA LATINA Y EL CARIBE: ACCESO A AGUA POTABLE, SANEAMIENTO Y A SERVICIOS DE SALUD SEGUN LA ZONA DE RESIDENCIA URBANA O RURAL, 1985-1993

País	% con acceso a agua potable		% con acceso a saneamiento adecuado		% con acceso a servicios de salud	
	Urbana	Rural	Urbana	Rural	Urbana	Rural
América Latina	91*	64*	—	—	—	—
Argentina	73	17	75	35	80	21
Bolivia	77	27	40	13	90	36
Brasil	95	61	84	32	—	—
Chile	100	21*	100	20	—	—
Colombia	87	82	84	18	—	—
Costa Rica	100	86	100	94	100	63
Cuba	100	91	100	68	99	96
Ecuador	63	43	56	38	—	—
El Salvador	85	19	86	36	80	40
Guatemala	92	43	72	52	47	25
Haití	55	33	55	16	—	—
Honduras	98	63	98	43	80	56
Jamaica	95*	46*	100	80	—	—
México	81	68	70	17	80	60
Nicaragua	76	21	78	—	100	60
Panamá	100	66	100	68	95	64
Paraguay	50	24	56	67	—	—
Perú	77	10	77	20	—	—
Rep. Dominicana	82	45	95	75	—	—
Trinidad y Tabago	99	91	99	98	—	—
Uruguay	85	5	60	65	—	—
Venezuela	89	89	97	70	—	—

289

FUENTE: Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF), *Estado mundial de la infancia, 1995*, Nueva York, Oxford University Press.

* Obtenido de Banco Mundial, *Indicadores sociales del desarrollo*, 1994, Washington, D.C., 1995.

camente en todos los países de América Latina y el Caribe que cuentan con información. Además, las diferencias de nivel entre zonas urbanas y rurales en estos indicadores a menudo son impresionantes. Sin duda, si estos datos e indicadores se reemplazaran por otros —como mortalidad infantil, acceso a la educación, acceso a la electricidad, esperanza de vida, calidad de las viviendas, etc.— es casi seguro que seguirían presentándose diferencias sistemáticas y abultadas en favor de las zonas urbanas.

Las conclusiones sobre las ventajas sociales comparativas de las ciudades no deben constituir sorpresa. Dos razones fundamentales explican por qué hay más residentes urbanos con electricidad, servicios de salud, educación, agua potable, saneamiento ambiental, recolección de desechos y vivienda adecuada. En primer lugar, las ciudades generan más recursos mediante los cuales los gobiernos pueden proporcionar estos servicios y comodidades, debido a que las actividades urbanas productivas son más competitivas, en igualdad de condiciones, y porque los habitantes urbanos disponen en general de mayores ingresos para financiar los planes de recuperación de costos. En segundo lugar, cuesta menos proporcionar estos servicios y comodidades en las zonas densamente pobladas que en las áreas rurales. La razón de ello obedece básicamente a que en las ciudades intervienen ventajas considerables de escala. En otras palabras, si se intentara proporcionar a los habitantes de las zonas rurales la mayor parte de las comodidades que disfrutaban los habitantes de las ciudades, los costos —y posiblemente las repercusiones ambientales— serían considerablemente superiores. En consecuencia, parte del argumento antiurbano se basa, inconscientemente, en el postulado de que la población rural se contentará indefinidamente con estilos de vida y comodidades sociales más tradicionales. A la luz del incremento creciente de las comunicaciones y el aumento en las expectativas relacionadas con la globalización, esta es probablemente una hipótesis poco realista.

290

iii) Solución de los problemas ambientales en las zonas urbanas y rurales

La concentración urbana *per se* puede considerarse como un factor que facilita la solución de los problemas ambientales, tomados en conjunto. Las ciudades son lugares donde la contaminación y la degradación de recursos son más controlables, no obstante la gravedad actual del deterioro ambiental producido por las zonas urbanas, la densidad de la pobreza urbana y el hecho de que el tamaño y el ritmo de crecimiento de las zonas urbanas aumentan a menudo la complejidad de los problemas administrativos. Es verdad que mediante la concentración de las actividades productivas, las

ciudades se convierten en fuente importante de amenaza local y global para el medio ambiente. Sin embargo, es fundamental observar que, además de racionalizar el acceso a los servicios y comodidades, la concentración urbana incrementa la disponibilidad total de tierras, permite aumentos en la productividad y facilita la conservación de los bosques y otros ecosistemas naturales¹². Al contrario, si las tierras baldías se utilizan como una válvula de escape a las presiones demográficas y tensiones sociales generadas en otras áreas —como sucedió en Brasil en el decenio de 1970, cuando se fomentó la colonización de la región amazónica como alternativa a las migraciones del campo a la ciudad provocadas por el modelo de modernización del país— hay una acentuación de la invasión y del deterioro de los ecosistemas naturales.

En otro plano, es mucho más fácil intervenir en la lucha contra la degradación ambiental de origen urbano-industrial en gran escala que promover la “gestión de los recursos naturales” en las zonas rurales o agrícolas. Esta aseveración se basa en dos observaciones. En primer lugar, para lograr el bienestar ambiental se requieren recursos financieros; sin éstos, ningún esfuerzo e ingeniosidad tendrá probabilidad alguna de abordar eficazmente la relación entre población, desarrollo y medio ambiente¹³. El bienestar ambiental coexiste (al menos teóricamente) con la pobreza sólo a nivel de las sociedades precapitalistas. La ruptura de la espiral pobreza/población/medio ambiente y el suministro de servicios básicos exigen un mínimo de liquidez financiera a nivel societal e individual. El tipo de actividad económica generada por las ciudades y sus ventajas respecto de las áreas rurales en un escenario global de fin de siglo, como se sostiene más adelante, otorga a las ciudades considerable supremacía a ese respecto. En segundo lugar, no obstante las enormes dificultades intrínsecas, en general es mucho más fácil generar tecnologías y prácticas organizacionales capaces de enfrentar las formas artificiales de deterioro urbano e industrial que tratar de revertir el círculo vicioso de la espiral pobreza/población/medio ambiente en las áreas rurales densamente pobladas. Es decir, además de servir como alternativa a la invasión de tierras marginales y al deterioro de ecosistemas naturales, la perspectiva de que las

¹² Sorprende que este argumento, esgrimido originalmente en favor de los Estados Unidos (véase DASMAN, 1971, pp. 35 a 46), no haya sido utilizado sistemáticamente en otros contextos.

¹³ Es evidente que los argumentos esgrimidos se basan en la hipótesis realista de que el paradigma que seguirá rigiendo los esfuerzos de la humanidad por lograr condiciones superiores de vida, en el futuro previsible, será la búsqueda del “desarrollo” tal como lo conocemos. Esto se contraponen al paradigma de “retorno a la naturaleza” o de “crecimiento negativo” preconizado por algunos círculos ecologistas. Si bien se reconoce la importancia de este debate, el examen de los méritos relativos de ambos paradigmas nos alejaría del tema en esta oportunidad.

ciudades luchan eficazmente contra el deterioro es mucho mejor si ellas cuentan con tecnología, voluntad política y recursos. Ya existen muchas soluciones prácticas a algunos problemas ambientales a escala global que caracterizan a la sociedad urbano-industrial. Los países más urbanizados del mundo han logrado las más grandes mejoras en materia de medio ambiente en los últimos decenios. Si la atención se centra más en el programa de las zonas urbanas, se dispondrá de más respuestas.

No hay que tomar estas observaciones en el sentido de que ya existen soluciones a todos los problemas ambientales de las zonas urbanas, o que las áreas urbanas de América Latina o de otras partes se convertirán automáticamente en lugares seguros desde el punto de vista ecológico. Muy por el contrario: el trabajo más crítico aún está por hacerse. Además, las ventajas intrínsecas de las aglomeraciones urbanas, que aquí se postulan, no significan que cuanto más grande mejor¹⁴, como tampoco que el simple “laissez faire” constituya el enfoque más apropiado a los problemas ambientales del mundo en desarrollo. Lo que sí quiere decir es que, en conjunto, las grandes ciudades tienen una **mayor capacidad potencial** para abordar la compleja interrelación de temas sociales, económicos, demográficos y ambientales que tendrán que enfrentar de manera creciente las regiones en desarrollo. El argumento invocado en esta ocasión postula que las potencialidades y ventajas positivas de las ciudades para la solución de los problemas ambientales deben comenzar a explotarse de manera más sistemática. La mayor parte de la atención se ha dirigido y se sigue centrando en los temas ambientales rurales (The Green Agenda) y el tipo de problemas de población, pobreza y medio ambiente originados en las zonas rurales; sin embargo, la capacidad de enfrentarse a la espiral pobreza/población/medio ambiente en las áreas rurales es intrínsecamente limitada.

Los problemas principales de las zonas rurales exigen la participación de un variado elenco de actores públicos y privados. Requieren participación a nivel local y ejercicios de planificación de base más amplia orientados hacia el largo plazo, algo que ha sido desdeñado por los mercaderes excesivamente celosos del modelo neoliberal. Los problemas críticos de las aglomeraciones urbanas que la planificación a mediano y largo plazo tendrá que enfrentar se hallan en las esferas del suministro de energía, la gestión de recursos (especialmente el agua), el tratamiento de la eliminación de desechos y las

¹⁴ En conjunto, se estima generalmente que es preferible que las ciudades sean de menor tamaño que las “megaurbes”. Sin embargo, las pruebas con que se cuenta a este respecto no son irrefutables. Sea lo que fuere, es reconfortante observar que el crecimiento de las megaurbes latinoamericanas disminuye gradualmente.

amenazas al medio ambiente y la gestión de las externalidades del transporte urbano. Estos diversos problemas representan un desafío importante a la creatividad humana. El suministro de saneamiento ambiental y agua potable es considerado el medio más eficaz de aliviar las malas condiciones de vida de los seres humanos (Banco Mundial, 1992, p. 5). Pero, enfrentar la demanda puede significar la imposición de severas restricciones al suministro del agua superficial y subterránea. Hasta la fecha, sólo cerca de 2% de las aguas servidas recibe tratamiento en la región (Banco Mundial, 1992, p. 16).

Los problemas ambientales de las zonas urbanas que se mencionan con más frecuencia son de índole cortoplacista, pero generan también preocupaciones en el largo plazo respecto del consumo de energía y la eliminación de desechos. La enumeración de los principales problemas ambientales urbanos y los enfoques más eficaces para enfrentarlos se han sistematizado de la mejor manera en el Programa de gestión de las zonas urbanas del Banco Mundial (Bartone y otros, 1994). Las ciudades se clasifican en primer lugar según las características demográficas y económicas; luego se agrupan los problemas ambientales urbanos de acuerdo a su escala espacial (hogar/lugar de trabajo, comunidad, área metropolitana, región, continente/planeta). Sobre esta base, se elabora una tipología económico-ambiental de ciudades, como se muestra en el cuadro 4. Las limitaciones de espacio impiden un análisis detallado de estos temas. Sin embargo, es fundamental señalar que las acciones a nivel administrativo de este tipo, cualquiera sea su escala espacial, requieren una base económica y financiera sólida. Es decir, el que la planificación urbana pueda proporcionar infraestructura y servicios indispensables depende en última instancia, en una proporción considerable, de la disponibilidad de recursos económicos. Sin crecimiento económico, los países o las ciudades no tienen las inversiones necesarias para administrar la tierra, los recursos y los flujos, aun con el mejor de los programas. Sin crecimiento económico, no se puede proporcionar ni mantener los servicios urbanos, inclusive en lugares donde se utilizan tecnologías de bajo costo y criterios comunitarios innovadores. La prestación y el mantenimiento de servicios urbanos que funcionen dependen a la postre de alguna forma de recuperación de costos y, por lo tanto, de la solvencia económica de la población.

Las limitaciones de espacio impiden el análisis de estos temas aquí. Sin embargo, es indispensable señalar que las acciones de este tipo a nivel administrativo, cualquiera sea su escala espacial, necesitan una base económica y financiera sólida. Es decir, la capacidad de que la planificación urbana suministre infraestructura y servicios básicos depende en última ins-

CUADRO 4

CLASIFICACION ECONOMICO-AMBIENTAL DE LAS CIUDADES

Problemas ambientales de las zonas urbanas	Países de bajos ingresos (<\$650 por hab.)	Países de ingresos medios bajos (\$650-\$2.500 por hab.)	Países de ingresos medios altos (\$2.500 -\$6.500 por hab.)	Países de ingresos altos (>\$6.500 por habitante)
Acceso a servicios básicos				
— Abastecimiento de agua y saneamiento	Baja cobertura y calidad deficiente, en especial para los pobres de las zonas urbanas	Escasamente asequible para los pobres de las zonas urbanas	Abastecimiento de agua aceptable en general, alcantarillado razonable	Bueno; preocupación por microelementos
— Drenaje	Baja cobertura; inundaciones frecuentes	Insuficiente; inundaciones frecuentes	Razonable	Bueno
— Recolección de desechos sólidos	Baja cobertura, en especial para los pobres de las zonas urbanas	Insuficiente	Razonable	Bueno

CUADRO 4 (Continuación)

CLASIFICACION ECONOMICO-AMBIENTAL DE LAS CIUDADES

Problemas ambientales de las zonas urbanas	Países de bajos ingresos (<\$650 por hab.)	Países de ingresos medios bajos (\$650-\$2.500 por hab.)	Países de ingresos medios altos (\$2.500 -\$6.500 por hab.)	Países de ingresos altos (>\$6.500 por habitante)
Contaminación				
— Contaminación del agua	Problemas derivados de un saneamiento insuficiente y aguas negras domiciliarias sin depurar	Graves problemas derivados de descargas municipales sin tratamiento	Graves problemas derivados de descargas municipales e industriales insuficientemente tratadas	Alto nivel de tratamiento; preocupación por valores de utilidad o placer y sustancias tóxicas
— Contaminación del aire	Graves problemas en algunas ciudades que utilizan carbón graso; exposición interior para los pobres	Graves problemas en muchas ciudades derivados de la utilización de carbón graso y/o emisiones de vehículos	Graves problemas en muchas ciudades derivados de la utilización de carbón graso y/o emisiones de vehículos	Problemas en algunas ciudades derivados de emisiones de vehículos; la salud tiene prioridad
— Eliminación de desechos sólidos	Descarga abierta, desechos mixtos	Rellenos sanitarios en su mayoría sin regulación, desechos mixtos	Rellenos sanitarios semirregulados	Regulación de rellenos sanitarios, recuperación de recursos
— Manejo de desechos peligrosos	Capacidad inexistente	Graves problemas, escasa capacidad	Graves problemas, capacidad cada vez mayor	Transición del remedio a la prevención

CUADRO 4 (Continuación)

CLASIFICACION ECONOMICO-AMBIENTAL DE LAS CIUDADES

Problemas ambientales de las zonas urbanas	Países de bajos ingresos (<\$650 por hab.)	Países de ingresos medios bajos (\$650-\$2.500 por hab.)	Países de ingresos medios altos (\$2.500 -\$6.500 por hab.)	Países de ingresos altos (>\$6.500 por habitante)
Pérdidas de recursos				
— Ordenación de tierras	Urbanización y utilización de tierras sin control; presión de poblaciones marginales	Fiscalización ineficiente de la utilización de la tierra	Alguna zonificación ecológica en práctica	La zonificación ecológica es común
Amenazas a la ecología				
— Peligros naturales y artificiales	Desastres periódicos con graves daños y pérdidas de vidas humanas	Desastres periódicos con daños y pérdidas de vidas humanas	Alto riesgo de desastres industriales	Buena capacidad de respuesta en casos de emergencia

FUENTE: Carl Bartone y otros, "Toward Environmental Strategies for Cities Policy Considerations for Urban Environmental Management in Developing Countries", *Urban Management Programme Policy Paper* No. 18, Washington D.C., Banco Mundial, 1994.

tancia, en grado considerable, de la disponibilidad de recursos económicos. Sin crecimiento económico, los países o ciudades no están en condiciones de efectuar las inversiones que se necesitan para administrar tierras, recursos y flujos, aun con el mejor tipo de programas. Sin crecimiento económico, no se puede suministrar ni mantener servicios urbanos, inclusive en los lugares donde se utilizan tecnologías de bajo costo y criterios novedosos de base comunitaria.

De manera que para satisfacer el potencial urbano, una gestión urbana eficaz no sólo tendrá que basarse en conocimientos técnicos y fortalecerse mediante fuerzas políticas representativas y con conciencia ecológica, sino que deberá asimismo tener un conocimiento a fondo del crecimiento económico de la ciudad y el país. Tal formulación nos lleva al contexto de la globalización económica y a un análisis de las repercusiones que tendrá en las perspectivas concretas de desarrollo de la región de América Latina y sus ciudades. En la siguiente sección se tratará de esbozar algunos de estos temas.

c) Crecimiento económico, desarrollo social y urbanización

Desde el punto de vista del **crecimiento económico** —y por lo tanto de la **mitigación de la pobreza y el mejoramiento de las condiciones de vida**— es preciso insistir en varios aspectos. Para comenzar, parece indispensable reafirmar el hecho de que la urbanización es un componente incontestable del proceso de desarrollo tal como lo conocemos. El desarrollo supone necesariamente el aumento de la productividad agropecuaria y una mayor movilidad de la mano de obra hacia centros más eficientes de crecimiento económico. Ninguna economía moderna mantiene la mayor parte de su población ocupada en actividades rurales o agrícolas. Las ciudades son la fuerza motriz del desarrollo; los núcleos de alta densidad demográfica han sido tradicionalmente claves para el dinamismo económico. Las ciudades tienen una productividad mucho mayor que el campo debido a sus economías de escala y de aglomeración. A medida que los países crecen, las actividades productivas tienden a concentrarse en los centros urbanos.

Las corrientes migratorias van a la par con los cambios en la asignación espacial de las inversiones, las actividades económicas y los puestos de trabajo. En el pasado, los gobiernos que trataron explícitamente de influir en la distribución espacial de la población casi siempre se empeñaron en fomentar la desconcentración y el desplazamiento hacia el interior. Entre tanto, las políticas implícitas de redistribución, cuyos efectos provienen de las consecuencias accidentales de las inversiones productivas, han favorecido gene-

ralmente la concentración (Martine, 1992, pp. 207 a 228). Es decir, las inversiones productivas, inclusive las del sector público, tienden a orientarse por los mecanismos del mercado y, por consiguiente, se canalizan hacia las áreas que presentan ventajas comparativas. En retrospectiva, es fácil observar que estas últimas han sido más eficaces desde el punto de vista de influir en la distribución de la población. Puesto que el futuro previsible favorece aún más los mecanismos del mercado, cabe prever que se acentuará la tendencia a concentrar las inversiones y las actividades en las áreas urbanas.

En América Latina se ha insistido mucho en el hecho que, a diferencia de la experiencia histórica de Occidente, la industrialización no se ha acompañado de la urbanización. (Véase, por ejemplo, Roberts, sin fecha). Sin embargo, es posible que se haya insistido demasiado en esta visión. En Brasil, por ejemplo, se ha demostrado que el crecimiento urbano se vio, de hecho, acompañado de enormes incrementos en la actividad industrial y empleo en el sector secundario (Faria, 1983).

En realidad, puede afirmarse que lo que ha pasado con la urbanización de América Latina es análogo a lo que sucedió en relación con los componentes de mortalidad y fecundidad de la transición demográfica en la región. Cambios que necesitaron 100 o 200 años para concretarse en la historia de los países desarrollados se condensaron en unos cuantos decenios. Trastornos tan abruptos tuvieron evidentemente sus aspectos negativos y sus víctimas. Sin embargo, la preocupación principal en este caso es determinar la manera en que esto afecta el programa social y ambiental a futuro; a este respecto, la situación actual no es tan pesimista como se pensaba.

Ciertamente, la redistribución actual de la población de América Latina puede considerarse relativamente favorable, teniendo en cuenta la importancia de las actividades productivas de las zonas urbanas en el contexto de los procesos económicos actuales a nivel mundial. La principal característica de esta estructura global que predomina en el escenario en la actualidad —y por lo tanto, la índole y los resultados de la relación entre pobreza, población y medio ambiente— es el proceso de globalización. Las comunicaciones, la tecnología, las corrientes financieras, los perfiles de consumo, las modalidades culturales y conductuales, e inclusive los hábitos recreativos integran y armonizan progresivamente el mundo. Últimamente, la desintegración de las economías de planificación centralizada y la adopción generalizada del conjunto predominante de medidas de ajuste estructural han agregado un factor catalítico a todas las formas anteriores de globalización, a saber, la ideología y práctica cada vez más difundida de la economía de mercado.

¿Cuál es el significado de este proceso de globalización para la relación entre población, desarrollo y medio ambiente? La globalización de las actividades económicas ya está repercutiendo —y a futuro tendrá una influencia aún más determinante— en la estructura de las actividades productivas en cada país. Las ventajas comparativas a escala mundial determinarán, cada vez más, cómo y dónde vive la gente, lo que produce y con qué tecnologías e implementos; a su vez, esto determinará quiénes son los pobres, lo pobres que son y cómo afectan al medio ambiente. En términos prácticos, cabe prever que esto tendrá tres tipos de consecuencias para el tema de población y medio ambiente de América Latina.

En primer lugar, los efectos de la globalización en las economías regionales, nacionales y locales pueden ser muy distintos, o pueden evolucionar en direcciones muy diferentes respecto a lo que se había pronosticado. Las economías de la mayoría de los países de América Latina atravesaron recientemente por un período de crisis grave y prolongada y, en su mayoría, han adoptado el conjunto de medidas de ajuste estructural estipulado en el plano internacional; en consecuencia, la índole de la actividad económica en la región ha tenido un desplazamiento significativo, mientras que ha aumentado la inequidad social.

Ciertamente, el historial económico de América Latina durante el período 1950-1980 fue desacostumbradamente positivo, pero perdió terreno considerablemente en los años ochenta y comienzos de los noventa. Las pruebas disponibles apuntan a un deterioro de la distribución del ingreso en la región, ya fuertemente sesgado, en el último período. Actualmente, los países participan en un modelo económico menos intervencionista y más orientado hacia el exterior, que muestra signos evidentes de buen funcionamiento en algunos países, pero que ha sido más lento de lo que se había esperado para permitir que la región recuperara su antiguo crecimiento. Además, la distribución del ingreso ha empeorado de manera significativa, cuando no dramáticamente, en la mayoría de los países que han emprendido reformas económicas favorables al mercado (Berry, 1995).

Los ritmos sumamente diferenciados de crecimiento económico en los distintos grupos sociales y regiones pueden tener repercusiones imprevistas en el medio ambiente, así como efectos ecológicos inconvenientes en los pobres. Por lo tanto, es preciso prestar una atención más considerable a las probables consecuencias sociales y ambientales de estos vastos cambios económicos. Es preciso examinar más de cerca el papel que juega la región en la nueva división internacional del trabajo y el efecto que tal papel tendrá en la índole e importancia de los problemas ambientales. Además, en vez de

centrar la atención en los pobres como autores del deterioro ambiental, se debería observar con más detalle la manera en que los problemas de justicia social afectan el interés por la ecología.

En segundo lugar, en el marco de la globalización, aumentará la importancia de las ciudades como centros de producción. Es decir, en una sociedad cada vez más global, el lugar del crecimiento económico, en la mayoría de los países, será progresivamente más urbano. El incremento de las comunicaciones entre todas las partes del mundo, la modernización y la atracción del consumismo, en sí, favorecen la urbanización; además, la productividad continuará probablemente relacionándose con el tamaño de las ciudades en el proceso de globalización, a medida que el comercio internacional centra la atención en las ciudades. Según estimaciones del Banco Mundial, 80% del crecimiento del PNB en los países en desarrollo en el presente decenio provendrá de las áreas urbanas (Bartone, 1994). Esta proporción será seguramente aún mayor en las ciudades de América Latina. Es decir, el actual escenario político-ideológico y, por lo tanto, el futuro previsible, al favorecer los mecanismos del mercado, aumenta la tendencia a concentrar las inversiones y actividades en las ciudades.

300

En tercer lugar, los propios problemas del medio ambiente constituirán un factor importante en la determinación de lo que se produce y el lugar en que se hace; es decir, cabe prever que afectarán la índole de las ventajas comparativas. La prioridad arrolladora de los países en desarrollo seguirá siendo el crecimiento económico a fin de crear puestos de trabajo, generar ingresos y proporcionar sustento y abrigo mínimos. Sin embargo, las ventajas comparativas tradicionales o de ubicación, como mano de obra barata, quizá tiendan a perder importancia en el escenario actual. ¿Qué opciones se abren para los países en desarrollo? ¿A qué estrategias recurrirán para competir en los mercados internacionales? ¿Será el desprendimiento de los recursos naturales, el pasar por alto las consecuencias ecológicas de la actividad económica o el servir como depósito de desechos tóxicos, un componente importante de la competitividad de los países pobres? El desarrollo y la transferencia de tecnología son parte fundamental de estas interrogantes, pero las informaciones con que se cuenta no son alentadoras a este respecto. El comercio y el medio ambiente suelen tener prioridades diferentes y las compensaciones recíprocas podrían resolverse en favor de los intereses económicos, influyendo así en la estructura y ubicación de la actividad productiva y, por consiguiente, en la distribución espacial de la población.

Se trata de problemas que sólo han comenzado a ser examinados, pero que deben merecer una atención considerablemente mayor de diversas fuentes,

incluidos los especialistas en demografía. Hasta ahora, las evidencias son contradictorias. Los estudios realizados en Brasil, por ejemplo, parecerían indicar que los factores ambientales ya desempeñan un papel importante en el delineamiento de la estructura productiva del país. Por ejemplo, se ha revelado que las únicas actividades industriales que acusaron un crecimiento significativo en los años ochenta fueron las del sector de bienes intermedios (industria petroquímica, industrias de pulpa y papel, minerales no metálicos, metalurgia); una característica clave de toda esta gama de actividades industriales dinámicas es la utilización intensiva de recursos naturales, el consumo considerable de energía (aprovechando la energía local barata o subsidiada) y/o la tendencia a contaminar en grado sumo la tierra, el aire y el agua (Torres, 1992, p. 21; Torres y Martine, 1993, p. 20). Por otra parte, cabe observar que el crecimiento de este tipo de industrias fue realmente planificado y fomentado por el régimen militar a finales de los años setenta, cuando las características de la economía podían describirse como “semiprotegidas” en vez de “abiertas”.

Otra serie de estudios enfocó los efectos ambientales y sanitarios de la expansión industrial sobre la mano de obra y sobre la población residente en las áreas aledañas del Estado de Bahía. En estos estudios, al efectuarse el análisis de los procedimientos de protección ambiental y las reglamentaciones laborales de las empresas internacionales que funcionan en Bahía, se llegó a la conclusión de que en Brasil se aplican normas que causan mayor daño al medio ambiente, la mano de obra y la salud que en los países de origen de las empresas. (Véase Franco, 1993, pp. 69 a 100). Por el contrario, otros estiman que los factores del mercado bastan para mantener las normas de los países desarrollados en las áreas en desarrollo. (Véase, por ejemplo, Bhagwati, 1993, pp. 42 a 49). En un estudio publicado por funcionarios del Banco Mundial, por ejemplo, se concluye que no hay pruebas que indiquen que la globalización de la economía de América Latina se ha traducido en la migración de industrias contaminantes o el vaciado de desechos tóxicos¹⁵. Se concluye, en realidad, que la apertura alienta el establecimiento de industrias más limpias, mediante la importación de normas sobre contaminación de los países desarrollados.

Este tipo de debate es sumamente general y complicado y no puede abordarse aquí en su cabalidad¹⁶. El argumento central es que existe una diversi-

¹⁵ BIRDSALL y Wheeler (1993, pp. 137 a 149). Sin embargo, existe la posibilidad de que, en el contexto cronológico y en los países estudiados, la “apertura” se relacione en realidad con la “desindustrialización”, hecho que obviamente reduciría los niveles de contaminación. Tal es claramente el caso, por ejemplo, de Chile, donde se dismanteló gran parte del vetusto e ineficiente parque industrial.

¹⁶ Sobre este punto, véase el debate entre HERMAN DALY y JAGDISH BHAGWATI en *Scientific American* (1993, pp. 42-57); BECKERMAN (sin fecha); REPETTO (1993); PEARCE y WARFORD (1993, pp. 281 a 326).

dad de factores complejos interrelacionados que a la postre influirán en las consecuencias ambientales de los procesos sociales, económicos y demográficos en curso en América Latina o en otros lugares. El análisis que ellos hacen se situará inevitablemente en el centro del debate sobre población y medio ambiente. Trata de los factores que determinan dónde se ubicarán las actividades económicas y, por consiguiente, cómo se distribuirá la población, qué hará para sustentarse y cuáles serán las consecuencias para el medio ambiente.

Observaciones Finales

El aspecto principal de la polémica sobre población y medio ambiente siempre ha centrado la atención en los temas de magnitud y ritmo de crecimiento; los analistas y los encargados de formular las políticas, así como el público en general, discuten interminablemente para saber si el rápido crecimiento demográfico y las poblaciones de gran tamaño tienen o no consecuencias negativas para el medio ambiente. Los niveles de generalidad, abstracción y contenido ideológico en que tiene lugar el presente debate excluyen la formulación de una visión imparcial e impiden la concepción de políticas más creativas y significativas. En el presente trabajo se ha tratado de demostrar que el examen de las relaciones entre población y medio ambiente, en el ámbito de los contextos históricos reales, representa un enfoque más útil. Más concretamente, se examinaron las relaciones entre población y medio ambiente en el contexto de la región de América Latina, con énfasis en las consecuencias de los actuales esfuerzos de desarrollo.

302

Desde la perspectiva del tamaño y crecimiento de la población, América Latina es relativamente pequeña y está avanzada en la transición de la fecundidad. En consecuencia, la región no representa un amenaza global neomaltusiana y sólo amerita un pequeño análisis en el marco del debate tradicional.

Sin embargo, estas mismas características, observadas desde otro ángulo, facilitan la identificación de otras facetas de la dinámica demográfica de América Latina que tienen consecuencias para el medio ambiente y que son muy pertinentes para la formulación de políticas. En este caso, la atención se centró en los procesos de urbanización en el contexto de los esfuerzos económicos en marcha en la región, y en su importancia para la cuestión del medio ambiente.

Los perfiles urbanos de América Latina son más comparables con los de los países industriales que con los de África y Asia. La inmensa mayoría de

los latinoamericanos vive en zonas urbanas, y muchas de éstas constituyen grandes ciudades. No hay perspectivas de futuras migraciones masivas del campo a la ciudad, salvo en los países más pequeños y pobres. Habida cuenta de la estrecha relación entre distribución de la población, esfuerzos de desarrollo económico y deterioro ambiental, parece evidente que, para la mayor parte de América Latina, la configuración del crecimiento económico, la solución de problemas sociales, la definición de temas ambientales y el resultado de los procesos demográficos se definirán en gran medida en las grandes ciudades.

En síntesis, la preocupación principal de la región en materia de población y medio ambiente está relacionada con la distribución espacial y no con el crecimiento de la población. En ese contexto, es preciso hacer hincapié en el escenario urbano y no en los ecosistemas de base rural. Las ciudades albergan ya casi las tres cuartas partes de la población total de la región y tienen mejores perspectivas de enfrentar eficazmente el conjunto de problemas de carácter económico, social, demográfico y ambiental que encara la población de América Latina, incluida la incorporación de contingentes que de otra manera invadirían los frágiles ecosistemas de las zonas rurales.

Los problemas del medio ambiente en las ciudades son, en principio, de más fácil solución que la gestión de los recursos naturales en las zonas rurales. Sin embargo, aún queda por abordar la mayor parte de los temas ecológicos cruciales de las ciudades. Será preciso intensificar los enfoques interdisciplinarios y la planificación en el largo plazo.

Los problemas relativos al tamaño y ritmo de crecimiento de las ciudades son críticos en el contexto de la gestión urbana de los aspectos ambientales. Un crecimiento más lento de las ciudades facilitaría, en igualdad de condiciones, las respuestas de la administración de las ciudades¹⁷. A este respecto, el hecho de que muchos países de América Latina alcanzan una etapa más avanzada de la transición urbana, es un factor muy positivo. Allí donde pueden aplicarse opciones normativas realistas (es decir, aquellas que no tratan de ir en contra de la corriente de factores del mercado), deben utilizarse para favorecer el desplazamiento hacia ciudades de menor tamaño. Esto no debe considerarse un incentivo para reducir las corrientes migratorias del campo a la ciudad en general, puesto que los escenarios urbanos poseen realmente un mayor potencial para abordar la relación entre población, desarrollo y medio

¹⁷ Hay señales de que las más grandes megápolis del mundo encuentran de alguna manera sus propios límites al crecimiento. Tal fue el caso de São Paulo, México, D.F. y algunas ciudades de la India en los años ochenta. Véase MARTINE (1993b).

ambiente. El aspecto favorable de la situación urbana actual de América Latina consiste exactamente en que ha alcanzado niveles más avanzados de transición urbana en respuesta a una combinación de factores que tienen que ver con la disminución de la fecundidad y con factores de mercado, y no como resultado de una regulación de la movilidad de la mano de obra.

Sin embargo, la delimitación de un enfoque más adecuado de los problemas de población y medio ambiente va más allá de los aspectos de la distribución espacial y la gestión del medio ambiente. El debate actual es incapaz, en gran medida, de percibir la importancia de los esfuerzos concretos de desarrollo en las circunstancias específicas del escenario de fin de siglo y sus consecuencias demográficas y ambientales. Los resultados reales en los espacios y en situaciones reales se ven configurados por formas concretas de organización social, por la interacción de intereses en conflicto y por la pugna multifacética y en diversos niveles por los recursos y el poder. Los distintos protagonistas sociales, que representan una diversidad de intereses contradictorios, paralelos y superpuestos, actúan de manera racional e irracional en la búsqueda de los objetivos que perciben como importantes en ese determinado momento. Los movimientos sociales, en particular en la esfera ecológica, interactúan con poderosos intereses económicos multinacionales y locales. El desarrollo tecnológico se ve a la vez estimulado y postergado, dependiendo de los intereses observados de los distintos actores sociales en determinados momentos en el tiempo. Las soluciones de compromiso entre creación de empleos y bienestar ambiental, entre intereses de corto plazo y objetivos de largo plazo, contribuyen a configurar los resultados de las interacciones entre población y medio ambiente en las circunstancias históricas concretas.

304

Las relaciones entre mayor competencia por los recursos internacionales, conciencia ecológica, regulación gubernamental e índole de la actividad económica, en cualquier escenario, representan temas complejos pero cruciales que merecen mayor investigación. Tienen enormes consecuencias para la redistribución de la población y para el bienestar socioambiental. Como tales, puede afirmarse que constituyen una preocupación importante en el ámbito de los estudios de población y medio ambiente.

En otro plano, es muy probable que ninguno de los temas relacionados con la sustentabilidad pueda resolverse sin la reformulación del modelo de desarrollo que caracteriza a la civilización en este escenario de fin de siglo. El modelo de crecimiento económico que predomina en los países desarrollados, en lo que se refiere a los procesos de producción y consumo, y que el resto del mundo ha adoptado sin reservas en la búsqueda del crecimiento

económico, es a la postre insostenible. En el contexto ecológico urbano, por ejemplo, es evidente que el acento en el transporte privado respecto del transporte público y la importancia de la industria automovilística en el modelo económico predominante, son básicamente incompatibles con una concentración urbana sostenible.

Este tipo de debate es extraordinariamente importante desde el punto de vista del delineamiento de una perspectiva más útil sobre población, desarrollo y medio ambiente, así como para la formulación de políticas y de las actividades de investigación. Puede también considerarse un ejemplo del tipo de preocupación analítica que rendirá considerablemente más frutos para la formulación de políticas que el antiguo debate maltusiano. Es particularmente útil para demostrar cómo los contextos y consideraciones específicamente históricos —y no los factores vagos, indiscriminados y ahistóricos como “abundancia” o “tecnología”— son los que determinarán el resultado de la relación entre población, desarrollo y medio ambiente en los años venideros.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- BANCO MUNDIAL (1992): *Informe sobre el desarrollo mundial, 1992, Desarrollo y medio ambiente*, Nueva York, Oxford University Press.
- BARTONE, CARL y otros (1994): "Toward environmental strategies for cities policy considerations for urban environmental management in developing countries", *Urban Management Programme Policy Paper*, N° 18, Washington D.C., Banco Mundial.
- BECKERMAN, WILFRED (s.f.): "Economic growth and the environment; whose growth? whose environment?", *World Development*, vol. 20, N° 4.
- BERRY, ALBERT (1995): *The Social Challenge of the New Economic Era in Latin America*, FOCAL/CIS Discussion Papers, 1995-8, Toronto, Center for International Studies.
- BERTIAUX, F. y J. P. VAN YPERSELE (1993): "The role of population growth in global warming", *International Population Conference*, vol. 4, Montreal, Unión Internacional para el Estudio Científico de la Población (UIECP).
- BHAGWATI, JAGDISH (1993): "The case for free trade", *Scientific American*, noviembre.
- BILSBORROW, RICHARD (1994): "Population change and agricultural intensification in developing countries", *Population and the Environment: Rethinking the Debate*, L. Arizpe; P. Stone y D. Major (comps.), Boulder, Westview Press.
- (1992): "Rural poverty, migration and the environment in developing countries: three case studies", *Policy Research Working Papers*, N° 1017, Washington D.C., Banco Mundial.
- (1987): "Population pressures and agricultural development in developing countries: a conceptual framework and recent evidence", *World Development*, vol. 15, N° 2.
- BIRDSALL, NANCY y DAVID WHEELER (1993): "Trade policy and industrial pollution in Latin America: where are the pollution havens?", *Journal of Environment and Development*, vol. 2, N° 1.
- BONGAARTS, JOHN (1993): "Population growth and the food supply: conflicting perspectives", *The Population Council, Working Papers*, N° 53.
- BOSERUP, ESTHER (1981): *Population and Technological Change*, Chicago, University of Chicago Press.
- CASSEN, R. H. (1993): "Economic implications of demographic change", *Transactions of the Royal Society of Tropical Medicine and Hygiene*, vol. 87, suplemento 1.
- CHACKIEL, JUAN y MIGUEL VILLA (1993): *América Latina y el Caribe: Dinámica de población y desarrollo*, documento presentado a la Conferencia Regional Latinoamericana y del Caribe sobre Población y Desarrollo, México, D.F., 29 de abril al 4 de mayo.

- DALY, HERMAN (1993): "The perils of free trade", *Scientific American*, noviembre.
- DASGUPTA, PARTHA y KARL-GORAN-MALER (1994): "Poverty, Institutions and the Environmental-Resource Base", *World Bank Environment Paper*, N° 9, Washington D.C., Banco Mundial.
- DASMANN, RAYMOND (1971): "Population growth and the natural environment", *Population, Environment and People*, Noel Hinrichs (comp.), Nueva York, McGraw-Hill.
- FRANCO, TANIA (1993): "Trabalho industrial e meio ambiente: a experiência do complexo industrial de Camacari", *População, Meio Ambiente e Desenvolvimento: Verdades e Contradições*, G. Martine (org.), Campinas, Editora de la Universidad Estadual de Campinas (UNICAMP).
- HARDOY, JORGE E. y DAVID SATTERTHWAITE (1989): *Squatter Citizen: Life in the Urban Third World*, Londres, Earthscan Pub.
- HARRISON, PAUL (1992): *The Third Revolution: Environment, Population and a Sustainable World*, Londres, I. B. Tauris.
- HOGAN, DANIEL (1992a): "The impact of population growth on the physical environment", *European Journal of Population*, vol. 8.
- (1992b): *Crecimiento y distribución de la población: su relación con el desarrollo y el medio ambiente*, Reunión de Expertos Gubernamentales sobre Población y Desarrollo en América Latina y el Caribe, preparatoria de la Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo de 1994, Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) y Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE), 23 de septiembre.
- (1992c): "Migration dynamics, environmental degradation and health in São Paulo", *The Peopling of the Americas: Proceedings, Vera Cruz, 1992*, vol. 2, Bruselas, Unión Internacional para el Estudio Científico de la Población (UIECP).
- HOLDREN, JOHN P. (1991): "Report of the planning meeting on biological effects of human activities", Irvine, California, Commission on Behavioral and Social Sciences and Education and the Board of Biology, octubre 11-12.
- JOHNSON, D. GALE (1993): "Can there be too much human capital? Is there a world population problem?", Chicago, The University of Chicago, Office for Agricultural Economics Research, 3 de febrero.
- KELLEY, ALLAN y WILLIAM PAUL MCGREEVEY (1994): "Population and development in historical perspective", *Population and Development, Old Debates, New Conclusions*, Robert H. Cassen y otros (comps.), New Brunswick, New Jersey, Transaction Books.
- KELLY, ALLAN (1988): "Economic consequences of population change in the third world", *Journal of Economic Literature*, vol. 36.
- (en prensa): "Revisionism revisited: an essay on the population debate in historical perspective", Rolf Ohlsson (comp.), *Population, Development and Welfare: the Nobel Jubilee Symposium in Economics*, Berlin, Springer-Verlag.

- LEÓN, FRANCISCO (1990): *Transición demográfica y desarrollo sostenido en América Latina y el Caribe (1950-2020)*, Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE), Santiago de Chile.
- LEWIS, JOHN P. (comp.) (1988): *Strengthening the Poor: What Have we Learned?*, New Brunswick, N. J. Transaction Books.
- LUTZ, WOLFGANG (en prensa): "What do we need more urgently: better data, better models or better questions?", *Environment and Population Change*, B. Zaba y J. Clarke (comps.), Londres, Ordina Editions.
- MARTINE, GEORGE (1996a): "Population, environment and development in the end of centuries scenario", *Working Papers*, Center for Population and Development Studies, Harvard University, en prensa.
- (1996b): "Brazil's remarkable fertility decline: a fresh look at key factors", *Population and Development Review*, March. (en prensa)
- (1993a): "População, meio ambiente e desenvolvimento: o cenário global e nacional", *População, Meio Ambiente e Desenvolvimento: Verdades e Contradições*, G. Martine (org.), Campinas, Editora de la Universidad Estadual de Campinas (UNICAMP).
- (1993b): "The recent trends towards deconcentration and demetropolization in Brazil", *International Population Conference*, vol. 2, Montreal, Unión Internacional para el Estudio Científico de la Población (UIECP).
- (1992): "Population redistribution and state policies: a Brazilian perspective", *Migration, Population Structure and Redistribution Policies*, Calvin Goldscheider (comp.), Boulder, Westview Press.
- (1989): "Frontier expansion, agricultural modernization and population trends in Brazil", *Population, Food and Rural Development*, Ronald Lee y otros (comps.), Oxford, Clarendon Press.
- MCCNICOLL, GEOFFREY (1992): "The agenda of population studies: a commentary and complaint", *Population and Development Review*, vol. 18, Nº 3.
- MYERS, NORMAN y J. SIMON (1994): *Scarcity or Abundance: A Debate on the Environment*, Nueva York, W. Norton & Co.
- OIT (Organización Internacional del Trabajo) (1992): "Environmental implications of rapid urban population growth, unemployment and poverty: the large metropolis in the third world", informe presentado en Reunión del Grupo de Expertos de las Naciones Unidas sobre Población, Medio Ambiente y Desarrollo, Nueva York, enero 20-24.
- PEARCE, DAVID W. y JEREMY WARFORD (1993): "World markets and natural resource degradation", *World Without End: Economics, Environment and Sustainable Development*, Nueva York, Oxford University Press.
- REARDON, THOMAS y STEPHEN A. VOSTI (1994): "Decomposing rural poverty and the environment: a conceptual framework for assessing the links in developing countries", 29 de junio, inédito.

- REPETTO, ROBERT (1993): "Trade and environment policies: achieving complementarity and avoiding conflicts", *Issues and Ideas*, Instituto de los Recursos Mundiales, julio.
- ROBERTS, BRYAN (sin fecha): "Urbanization and the environment in developing countries: Latin America in comparative perspective", *Population and the Environment: Rethinking the Debate*, L. Arizpe, P. Stone y D. Major (comps.), Boulder, Westview Press.
- SAWYER, DONALD (1993): "População e meio ambiente na amazônia brasileira", *População, Meio Ambiente e Desenvolvimento: Verdades e Contradições*, G. Martine (org.), Campinas, Editora de la Universidad Estadual de Campinas (UNICAMP).
- SCHMINK, MARIANNE y CHARLES WOOD (comps.)(1984): *Frontier Expansion in Amazonia*, Gainesville, Florida, University of Florida Press.
- SHAW, PAUL (1992): "The impact of population growth on environment: the debate heats up", *Environmental Impact Assessment Review*, vol. 12.
- (1989): "Rapid population growth and environmental degradation: ultimate versus proximate factor", *Environmental Conservation*, vol. 16, Nº 3.
- SIMON, JULIAN (1981): *The Ultimate Resource*, Princeton, Princeton University Press.
- SKELDON, RONALD (1990): *Population Mobility in Developing Countries*, Londres, Bellhaven Press.
- SMIL, VACLAV (1993): *Global Ecology: Environmental Change and Social Flexibility*, Londres.
- SRINIVASAN, T. N. (1988): "Population growth and economic development", *Journal of Policy Modelling*, vol. 10, Nº 1.
- STERN, PAUL (1993): "A second environmental science: human-environment interactions", *Science*, vol. 260.
- TABAH, LEÓN (1991): "Population prospects with special reference to environment", *Population and Environment*, Reunión organizada por el Comité para la Cooperación Internacional en las Investigaciones Nacionales sobre la Demografía y por la Unión Internacional para el Estudio Científico de la Población (UIECP), Lovaina, noviembre 7-9.
- TEITELBAUM, MICHAEL y JAY WINTER (1993): "The missing links: the population-environment debate in historical perspective", *Population-Environment Dynamics: Ideas and Observations*, Gayl D. Ness; William Drake y Steven Brechin (comps.), Ann Arbor, The Michigan University Press.
- TORRES, HAROLDO y GEORGE MARTINE (1993): "Reordenação econômica, meio ambiente e urbanização: dilemas na trajetória recente dos NIEs", *Documento de Trabalho No. 20*, Brasília, Instituto Sociedade População e Natureza.
- TORRES, HAROLDO (1992): "Emergência das indústrias sujas e intensivas em recursos naturais no cenário industrial brasileiro", *Documento de Trabalho No. 9*, Brasília, Instituto Sociedade População e Natureza.

- UNICEF (Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia) (1994), *The State of the World's Children*, 1994, Nueva York, Oxford University Press.
- VILMAR, FARIA (1983): *Desenvolvimento, urbanização e mudanças na estrutura do emprego: a experiência brasileira dos últimos trinta anos*, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), Santiago de Chile.
- VOSTI, STEPHEN, J. WITCOVER y M. LIPTON (sin fecha): "Impact of technical change in agriculture on human fertility: district-level evidence from India", Washington D.C., Instituto Internacional de Investigaciones sobre Políticas Alimentarias.
- WEIR, DAVID (1988): "A historical perspective on the economic consequences of rapid population growth", Naciones Unidas, *Consequences of Rapid Population Growth in Developing Countries*, Proceedings of the United Nations Expert Group Meeting, Nueva York, agosto.

Una Perspectiva Transcultural de las Transferencias Intergeneracionales**

Introducción

Las reasignaciones de recursos entre las personas de distintas edades y a lo largo del tiempo se producen de muchas maneras y por diversas razones. Las tasas de interés positivas constituyen un incentivo para aplazar el consumo. Este incentivo se afianza en una necesidad lógica e institucional por prepararse para mantener el consumo en la vejez —cuando baja la productividad o se produce la jubilación— y en el deseo de dejar alguna herencia a los hijos y de protegerse contra riesgos futuros. Además, bajo algunas circunstancias, es posible que los padres capten el excedente de producción de sus hijos jóvenes o que sus hijos adultos los mantengan en la vejez. Todos estos factores tienden a hacer que los ingresos producto del trabajo sean mayores que el consumo en las edades más jóvenes y que el consumo sea mayor que los ingresos a medida que se envejece, lo que exige una reasignación neta del ingreso de una edad a otra en forma ascendente, es decir, de los más jóvenes a los más viejos. Al mismo tiempo, sin embargo, la impaciencia y la incertidumbre respecto de la supervivencia, como señaló Fisher, fomentan el consumo en forma anticipada con respecto al ingreso. Esta tendencia se refuerza por el costo que significa criar a los hijos y quizá por la recepción de herencias. Estos factores hacen que el consumo tienda a ser mayor que los ingresos del trabajo cuando la persona es más joven, y menor a medida que envejece, lo que exige una reasignación descendente de los ingresos, de los más viejos a los más jóvenes.

Podemos pensar que toda persona, incluso un niño, acumula riqueza cuando el consumo es menor que el ingreso y va agotando esa riqueza, o se endeuda,

* Departamento de Demografía y de Economía. Universidad de California.

** El autor agradece a David Dodds, Carl Mason, Diana Friou, Guy Stecklov y Antoine Bommier por las numerosas y útiles conversaciones sobre el tema y por permitirle usar algunos de los resultados de las investigaciones que están realizando. Hillard Kaplan tuvo la gentileza de facilitar los datos tabulados de los grupos amazónicos que ha estudiado. La investigación en que se basa el presente trabajo fue financiada con un subsidio del National Institute of Aging (NIA), AG11761-01A1.

cuando el consumo es mayor que el ingreso. Tomando en cuenta la actualización correspondiente, podemos asociar un nivel de riqueza a cada persona en cada grupo de edad. Esto es lo que se llama la “riqueza a lo largo de la vida”; es decir, la riqueza necesaria para alcanzar la trayectoria de consumo deseada en el transcurso de la vida de una persona o cohorte dadas. Más adelante demostraremos que cuando la dirección de las reasignaciones netas del ingreso en la población es, en promedio, ascendente, el individuo medio mantendrá una riqueza positiva a lo largo de su vida, y cuando la dirección de dichas reasignaciones es, en promedio, descendente, el individuo medio mantendrá una riqueza negativa a lo largo de su vida. La dirección en que se reasigna el ingreso en una población y el signo de la riqueza media a lo largo de la vida son rasgos fundamentales de una economía.

Las reasignaciones se producen de muchas maneras diferentes. En algunos casos, vienen impuestas por ley y se producen a través del sector público, como la seguridad social, los servicios médicos gratuitos (Medicare y Medicaid, en los Estados Unidos), la educación pública y otros programas menores y sus respectivos impuestos. En otros casos obedecen a decisiones individuales respecto de la fecundidad, la inversión en los hijos, las herencias, los ahorros personales para la vejez, la compra de una casa, autos o bienes duraderos menores y demás. En este caso, los medios van desde el endeudamiento con tarjeta de crédito, los préstamos para la compra de automóviles y los créditos hipotecarios —pasando por los mercados de acciones y bonos y las anualidades y pensiones privadas— hasta el simple hábito de guardar dinero debajo del colchón.

En el presente trabajo, después de elaborar un marco analítico para abordar estos temas, se intenta determinar la dirección de las reasignaciones en sociedades muy diferentes: desde las de cazadores/recolectores/horticultores de la Cuenca Amazónica hasta los Estados Unidos de hoy. En la medida de lo posible, además de examinar la dirección de las reasignaciones, se describen los mecanismos y las instituciones mediante las cuales estas se materializan. Se demostrará que hay tres grandes tipos de mecanismos de reasignación de los recursos: 1) la acumulación y desacumulación de la riqueza real, o *capital*; 2) la concesión y obtención de préstamos, o *transacciones de crédito*; y 3) los regalos directos, sin compensación, o *transferencias*. A lo largo de todo el trabajo se hará hincapié principalmente en las transferencias, considerándose que ellas tienen propiedades especiales que les confieren un papel singular en la macroeconomía.

La Importancia de las Transferencias

El estudio de las transferencias puede parecer un tema esotérico y limitado, de poca importancia o interés general. Por tal motivo, antes de continuar,

es útil mencionar las razones por las cuales revisten importancia y, al mismo tiempo, presentar una visión panorámica de algunos de los trabajos publicados sobre el tema:

- Las transferencias relacionadas con la edad y las generaciones pueden ser sustitutos de la riqueza, y por ende pueden afectar al ahorro en el ciclo de vida (Feldstein, 1974); por otra parte, el deseo de hacer transferencias en forma de herencias puede estimular el ahorro y la formación de capital (Kotlikoff y Summers, 1981). Así pues, las transferencias intergeneracionales están estrechamente relacionadas con el proceso de acumulación de riqueza.
- El deseo o la necesidad de hacer tales transferencias actúa como una especie de efecto precio en ciertas decisiones, como por ejemplo, la de tener hijos. Si en términos netos los hijos generalmente transfieren ingresos a sus padres, ello constituye un incentivo para que los adultos engendren muchos hijos, como ha sostenido Caldwell (1976). Por el contrario, si los padres aumentan las transferencias familiares hacia sus hijos con el fin de neutralizar los efectos que sobre estos tienen los programas de pensiones del sector público (Barro, 1974), los hijos resultan ser más onerosos, lo que constituye un incentivo para reducir la fecundidad (Becker, 1987; Willis, 1994).
- Del punto anterior se deduce que las transferencias intergeneracionales que se efectúan a través del sector público pueden producir externalidades en cuanto a la decisión de tener hijos, al punto en que las decisiones personales en materia de fecundidad no resulten socialmente óptimas (Lee y Miller, 1990; Willis, 1987).
- Las transferencias provenientes del sector público, como las transferencias masivas a los ancianos de los Estados Unidos mediante la seguridad social —Medicare y Medicaid— plantean problemas de equidad intergeneracional, sobre todo en un contexto de cambio demográfico o de modificación de los programas (Auerbach, Gokhale y Kotlikoff, 1991). La deuda del gobierno también puede considerarse un tipo importante de transferencia intergeneracional de los jóvenes a los viejos, y ello plantea asuntos de equidad generacional.
- Dado que muchas transferencias, tanto familiares como públicas, están tan determinadas por la edad, se ven afectadas de manera especialmente notoria por los cambios en la distribución por edades de la población, y en particular por su envejecimiento. Así, el estudio de las transferencias entre los distintos grupos de edad

contribuye a aclarar las consecuencias del envejecimiento de la población.

- La sociedad, a través de sus instituciones y usos, puede crear riqueza de transferencia. La riqueza de transferencia (el valor presente de las transferencias netas esperadas) no tiene valor desde el punto de vista de la producción, pero desde el punto de vista de la nivelación del consumo, es un sustituto muy próximo de la riqueza física. En consecuencia, la riqueza de transferencia permite a la población desarrollar trayectorias de consumo a lo largo de su vida que son preferibles a las que desarrollarían con los mecanismos de mercado solamente (Samuelson, 1958; Lee, 1994a).
- Un aspecto muy significativo de toda economía es determinar si los recursos se transfieren en dirección ascendente o descendente, de un grupo de edad a otro, en términos netos (Gale, 1973; Willis, 1988; Lee, 1994a y b). Los economistas suelen suponer que los recursos se transfieren en dirección ascendente, ya que los trabajadores intentan acumular riqueza para cuando estén jubilados, pero en realidad se trata de una cuestión empírica.
- La dirección neta de las transferencias de un grupo de edad a otro se relaciona directamente con el efecto que tiene un incremento o una reducción marginal de la tasa de crecimiento demográfico sobre el bienestar, y por lo tanto también tiene que ver con el tema de las tasas óptimas de crecimiento demográfico (Samuelson, 1975; Arthur y McNicoll, 1978; Willis, 1988; Lee, 1994a y b).
- Los ecologistas conductistas han cuestionado la compatibilidad de las transferencias ascendentes con la teoría evolucionista, según la cual la aptitud reproductiva exige una inversión parental en la descendencia (Turke, 1989; Fricke, 1990; Kaplan, 1994).
- El efecto del cambio demográfico sobre las tasas de ahorro agregado (Mason, 1989) dependerá de la medida en que se utilicen las transferencias, en lugar del ahorro, para lograr un consumo relativamente uniforme a lo largo de la vida (Deaton y Muelbauer, 1986).

314

Trabajos Realizados Sobre el Tema

Existe una cantidad apreciable de trabajos, algunos de los cuales ya se han mencionado, que han analizado el tema de las transferencias entre los

distintos grupos de edad. Sin embargo, no se ha logrado todavía una integración plena y sistemática de todos estos trabajos, por lo que creemos que ha llegado el momento de hacer una síntesis y avanzar en algunos nuevos frentes. En los trabajos teóricos, que comienzan con el artículo fundamental de Samuelson (1958), se ha analizado principalmente el caso de una población con dos grupos de edad, en la que todos sobreviven hasta el fin del segundo grupo de edad, en cuyo momento todos mueren¹. El supuesto de que existan dos grupos de edad implica que no pueden considerarse juntas las tres etapas del ciclo de vida económico del ser humano, a saber, la infancia, los años de vida activa y los años de la jubilación. Esta situación limita mucho los problemas que pueden examinarse. El supuesto de una función de supervivencia rectangular significa que no pueden considerarse los efectos de la reducción de la mortalidad sobre el ciclo de vida, ni diferenciar las variaciones de las tasas de crecimiento demográfico que se originan en la fecundidad o en la mortalidad. Ésta también es una grave limitación. Por último, el carácter altamente esquemático y abstracto de ambos supuestos implica que no hay posibilidad alguna de implementar empíricamente los modelos².

Generalmente, en los estudios más empíricos se examinan con más detalle algunos sistemas de transferencia, pero los resultados no se enmarcan en el modelo de las generaciones superpuestas. Aunque en el presente trabajo no se desarrolla una teoría muy explícita, el marco utilizado también ha servido para obtener algunos de los resultados formales de los estudios clásicos sobre generaciones superpuestas en un contexto demográfico más general (Bommier y Lee, 1995).

Marco Conceptual

Sistemas de Reasignación

Como señalamos anteriormente, las reasignaciones de recursos se efectúan de muchas maneras. Pese a la gran variedad de mecanismos de mercado

¹ Hay algunas excepciones importantes, en que se analiza una población con un número n de grupos de edad, como en GALE (1973) y WILLIS (1988). Sin embargo, en ninguno de estos artículos se considera el efecto de la mortalidad. ARTHUR y MCNICOLL (1978) desarrollan y analizan un modelo con distribución continua por edades y un nivel de mortalidad realista; el marco analítico de este trabajo se basa en gran medida en su análisis, y en el de WILLIS (1988).

² Existen unos pocos ejemplos de modelos computables de equilibrio general con generaciones superpuestas en que se considera el caso de un número n de grupos de edad, a veces con una mortalidad no despreciable, como en AUERBACH y KOTLIKOFF (1981) *Dynamic Fiscal Policy*.

y ajenos al mercado, hay una forma simple, significativa y analíticamente útil de clasificar lo que denominaremos “sistemas de reasignación”. En términos generales, cuando nos referimos a un sistema de reasignación, aludimos a una serie autocontenida de flujos según la edad de los miembros de una población. Por ejemplo, el sistema de reasignación de la seguridad social de los Estados Unidos, al igual que Medicare, incluye tanto las prestaciones como los correspondientes impuestos sobre la nómina. En dichos sistemas, sólo aquella porción de los impuestos sobre la nómina que es necesaria para compensar las prestaciones y sufragar los gastos de administración forma parte del sistema de transferencia de la seguridad social; la porción de dichos impuestos que se emplea en principio para acumular un fondo de reserva se cuenta como parte de otro sistema, que puede ser el de la deuda federal o el de acumulación de capital del sector público. La crianza de los hijos es un sistema cerrado de transferencia familiar que se basa en el sustento que los padres dan a sus hijos y en el que estos reciben de sus padres. Asimismo, los perfiles según edad, de dar y recibir herencias constituyen, en conjunto, un sistema. No existe un nivel determinado para detener la desagregación; a cada caso corresponden niveles diferentes. En un contexto podríamos trabajar con un sistema de transferencias del gobierno; en otro podríamos concentrarnos en el sistema federal de transferencias y, en un tercero, podríamos analizar el sistema estadounidense de transferencias de asistencia a familias con hijos dependientes, que incluye tanto al gobierno federal como al estatal. El análisis que se presenta a continuación establece el nivel mínimo de desagregación necesario para alcanzar categorías analíticamente adecuadas.

La función neta de reasignación $g(x)$ se deriva de las funciones brutas $g^+(x)$ y $g^-(x)$, que describen flujos de entrada (+) y de salida (-) del presupuesto familiar o individual de los sobrevivientes de la población. Por ejemplo, $g^+(x)$ podrían ser las prestaciones de la seguridad social recibidas y $g^-(x)$ los impuestos pagados. En cualquier edad x , la suma de los ingresos del trabajo más todas las reasignaciones netas menos el consumo es igual a cero, por lo que las reasignaciones deben definirse de una manera exclusiva, no redundante.

Un buen ejemplo para aclarar estos conceptos podría ser el sistema de seguridad social de los Estados Unidos, que es principalmente un sistema de pensiones del sector público. En la figura 1 (extraída de Lee y Miller, 1995) se muestran las funciones pertinentes según edad. En el gráfico A se muestran las curvas $g^+(x)$ y $g^-(x)$, los flujos brutos positivos y negativos, correspondientes a las prestaciones recibidas y a los impuestos pagados al sistema,

FIGURA I

EJEMPLO DE UN SISTEMA DE REASIGNACION: LA SEGURIDAD SOCIAL EN LOS ESTADOS UNIDOS, 1993

Gráfico A. Curvas de la reasignación bruta: prestaciones de la seguridad social e impuestos

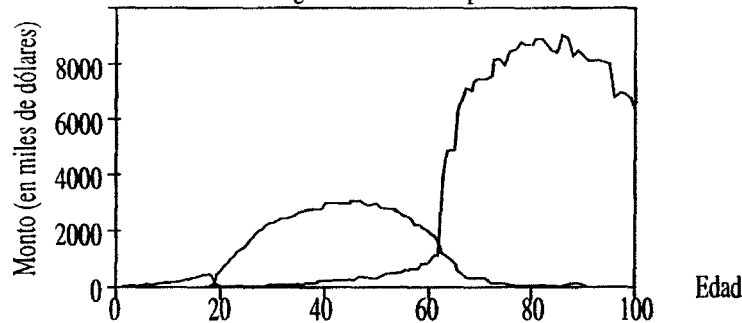


Gráfico B. Curva de la reasignación neta: prestaciones de la seguridad social menos impuestos

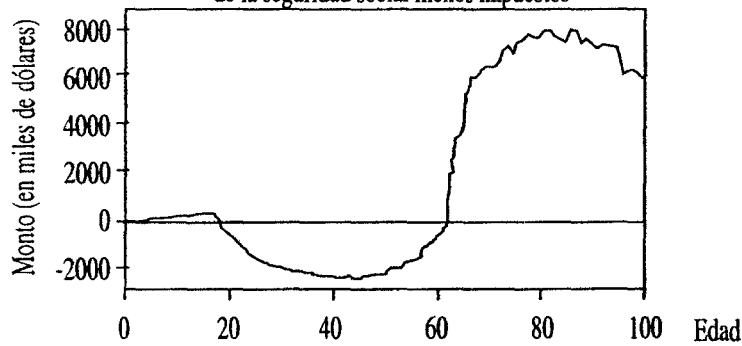
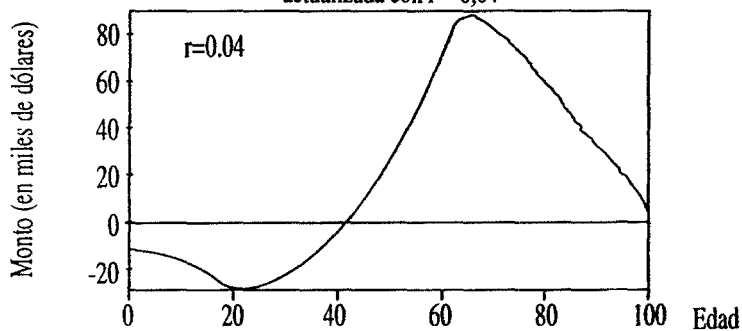


Gráfico C. Riqueza proveniente de la seguridad social, actualizada con $r = 0,04$



NOTA: Los beneficios de la seguridad social (OASDI incluyendo pensiones y beneficios de sobrevivientes, pero no Medicare) según edad, se obtuvieron del Annual Statistical Supplement to the Social Security Bulletin (United States, 1994). Los impuestos según edad son calculados a partir de los ingresos imposables registrados en el Current Population Survey de 1993. Ambos perfiles fueron ajustados para que la suma, ponderada por población, coincidiera con los totales oficiales.

en ambos casos clasificados por edad. La curva de prestaciones también incluye pagos por incapacidad y los beneficios para sobrevivientes del asegurado, además de las pensiones, pero estas últimas son las que predominan. El gráfico B representa el sistema de reasignaciones netas $g(x)$, que es precisamente la suma de las dos curvas mencionadas. En el gráfico C se muestra la riqueza de transferencia que genera el sistema para el individuo medio en cada edad, calculada como el valor presente, ponderado por la supervivencia, de las prestaciones que se prevé recibir del sistema menos el pago esperado de impuestos, suponiendo que la estructura de edades se mantenga constante en el futuro. La curva $W(x)$ se basa en el supuesto de que la tasa de interés de mercado r es 0,04 mayor que la suma de la tasa de crecimiento demográfico y la tasa de crecimiento de la productividad del trabajo, pero es probable que dicha cifra sea demasiado alta en términos reales.

En gran parte del análisis siguiente no hace falta suponer que existe una población estable o una economía en estado estacionario (véase Bommier y Lee, 1995, por ejemplo), pero en general partiremos de estos supuestos a fin de simplificar la exposición. De tal manera, supondremos que los perfiles según edad de los sistemas de reasignación se mantienen constantes en el tiempo, lo que obviamente no se ajusta a la realidad. No obstante, en la mayoría de los casos ni el marco analítico ni los resultados empíricos varían si en cambio suponemos que la forma del perfil de reasignación se mantiene constante, mientras que el nivel se desplaza en dirección ascendente, en un monto equivalente a la tasa de crecimiento de la productividad del trabajo. Sin embargo, en muchos casos este supuesto no se cumplirá: es posible que los sistemas de pensiones se amplíen para abarcar un segmento cada vez mayor de la población, que los precios de la vivienda y el valor de los servicios conexos con la vivienda aumenten con mucha más rapidez que el nivel general de precios, e incluso que las ganancias y pérdidas de capital sean significativas, por mencionar sólo algunas de las muchas dificultades que pueden plantearse. En principio, el análisis también puede realizarse con curvas variables de los sistemas de reasignación, como se hace, por ejemplo, en la aplicación empírica de la contabilidad generacional (véase Auerbach y otros, 1991).

Clasificación de los Sistemas de Reasignación: Transferencias, Crédito y Capital

Para todo sistema de reasignación g , las funciones brutas de flujo g^+ y g^- pueden adoptar cualquier tipo de forma, signo y magnitud. Sin embargo, la

suma de ellas, es decir, la función neta de asignación $g = g^+ + g^-$ puede estar sujeta a ciertas restricciones. Supongamos que ponderamos una función g por la distribución estable por edad, y sumamos a través de todas las edades; llamemos a esta operación $Pop(g)$:

$$Pop(g) = b \int_0^{\omega} e^{-nx} p(x) g(x) dx$$

siendo b la tasa bruta de natalidad, n la tasa de crecimiento en la población estable y $p(x)$ la función de supervivencia. Evidentemente, para toda función de reasignación g , esta suma es igual a cero o no lo es. Alternativamente, supongamos que calculamos el valor presente de g al nacer, ponderado por la supervivencia y actualizado a una tasa r ; llamemos a esta operación $PV(g)$:

$$PV(g) = b \int_0^{\omega} e^{-rx} p(x) g(x) dx$$

$PV(g)$ también es igual a cero o no lo es.

Podemos definir una clasificación de cuatro tipos de sistemas de reasignación g , dependiendo de si $Pop(g)$ es o no igual a cero y de si $PV(g)$ es o no igual a cero. Las “reasignaciones competitivas” son las que obedecen a la restricción PV , dado que pueden apoyarse en un comportamiento maximizador individual a lo largo de la vida, sujeto a la restricción presupuestaria correspondiente. Las “reasignaciones conservadoras” son las que cumplen la restricción Pop , ya que en este caso la serie de flujos determinados por la edad ni aumenta ni reduce el acervo agregado de bienes, sino que conserva su nivel per cápita.

Para los sistemas de transferencia como la seguridad social o la crianza de los hijos, $Pop(g)$ debe ser igual a cero, ya que los sistemas de transferencia simplemente redistribuyen el producto existente de un período dado entre los distintos individuos y grupos de edad, y por lo tanto son conservadores. Pero en general, $PV(g)$ no es igual a cero para las transferencias, de manera que estas no son competitivas. Por ejemplo, la tasa implícita de rendimiento real de la participación en un sistema maduro de seguridad social equivale a n , la tasa de crecimiento demográfico³, que habitualmente es menor que la tasa de interés real de mercado r , de manera que PV (seguridad

³ En realidad, la tasa de rendimiento de un sistema de transferencias es igual a la tasa de crecimiento demográfico más la tasa de crecimiento de la productividad del trabajo.

social) <0 . En general, para las transferencias, $Pop(\text{transferencias}) = 0$, $PV(\text{transferencias}) \neq 0$, lo cual es válido tanto para las transferencias familiares como para las del sector público.

Consideremos ahora las transacciones de crédito. Al igual que las transferencias, las transacciones de crédito entrañan una redistribución de los recursos entre los distintos grupos de edad en un período determinado, y por ende $Pop(\text{crédito}) = 0$ (sin tener en cuenta la participación extranjera en los mercados de crédito ni tampoco, por el momento, la deuda de gobierno). En este caso, sin embargo, $PV(\text{crédito})$ también es igual a cero, dado que en las economías competitivas los préstamos se otorgan y se obtienen a tasas de interés de mercado. Las transacciones de crédito intrafamiliares o del sector público se considerarán en parte como transferencias cuando las condiciones difieran de las tasas de interés de mercado. Así pues, las transacciones de crédito son a la vez competitivas y conservadoras.

Por último, para el ahorro y la inversión neta (formación de capital) en economías competitivas en estado estacionario, $PV(\text{inversión}) = 0$, dado que los mercados de capitales son una alternativa al ahorro desde el punto de vista de los individuos, y por ende la tasa de interés prevista debería ser equivalente a la tasa de rendimiento del capital. Pero en una situación de estado estacionario, la masa de capital aumenta al mismo ritmo que la población (más la tasa de crecimiento de la productividad del trabajo, que en este caso no se tiene en cuenta), de manera que $Pop(\text{inversión}) = nK > 0$. Naturalmente, este es un resultado estándar del crecimiento del capital en estado estacionario. Así pues, la inversión en acciones o capital real es competitiva pero no conservadora.

Hay una cuarta categoría, en que ni $Pop(g)$ ni $PV(g)$ son iguales a cero. En este caso, una parte de la masa de capital aumenta al mismo ritmo que el crecimiento demográfico, pero el valor actualizado de los flujos según la edad, que se agregan a la masa, no es igual a cero en el ciclo de vida. Esta categoría está integrada por elementos de otras categorías, como inversión más transferencias. También está integrada por lo que podríamos llamar la reasignación total, dada por $g^+(x) = \text{consumo}$ y $g^-(x) = \text{ingresos del trabajo}$.

320

	$PV(g) = 0$	$PV(g) \neq 0$
$Pop(g) = 0$	Crédito	Transferencias
$Pop(g) \neq 0$	Capital	Mixto

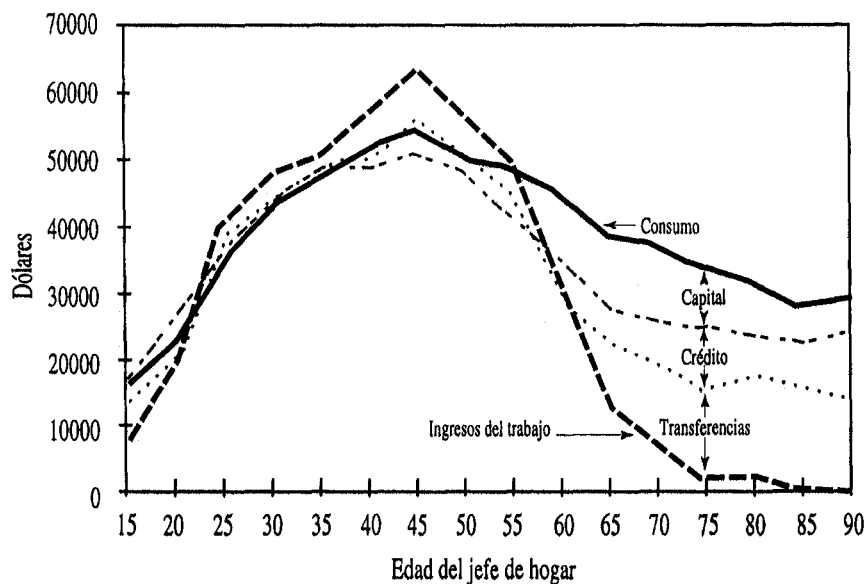
Todo sistema de reasignación ha de enmarcarse necesariamente en una de estas cuatro categorías, por lo que el sistema de clasificación es exhaustivo. Esto es importante, porque garantiza que el análisis que se expone más adelante es general y abarca todos los medios de reasignar recursos según edad en el estado estacionario. Continuaremos llamando a cada tipo según el elemento principal de la categoría, aunque de hecho también hay otros elementos importantes⁴.

En la figura 2 (extraída de Lee y Miller, 1995) se describen los flujos netos que se transfieren entre los hogares en cada uno de los tres tipos de sistema de reasignación, según la edad de la persona de referencia del hogar (semejante al jefe del hogar), sobre la base del Estudio de Gastos del Consumidor de los Estados Unidos de 1991. Es fácil distinguir cuáles son las diferencias en los flujos de los mayores de 60 años: hay una enorme diferencia entre el consumo y los ingresos del trabajo; dicha diferencia se compone de la suma de las transferencias (en su mayoría la atención de la salud y las pensiones del sector público), el crédito (sobre todo la rentabilidad de los bonos y los títulos financieros de los hogares y de los fondos de pensiones privados) y el rendimiento del capital (una combinación del capital del hogar, principalmente servicios derivados de casas propias y bienes de consumo duraderos, más las inversiones del hogar en el mercado de valores, más los pagos de las pensiones del sector privado que tienen inversiones en acciones y activos físicos). En la mitad de la vida, los hogares realizan cuantiosas transferencias a otros a través del sector público y pagos netos sustanciales a los sistemas de crédito (al pagar hipotecas y empréstitos); un aspecto positivo es que reciben una entrada neta de la rentabilidad del capital, cuya forma más habitual es probablemente la vivienda, que compensa la salida de fondos por concepto de inversiones. Los hogares jóvenes son receptores netos de transferencias y receptores netos de fondos a través del crédito (obtención de préstamos), mientras que registran una salida de fondos para adquirir capital (vivienda y bienes de consumo duraderos).

⁴ Por ejemplo, la deuda de gobierno en una economía en estado estacionario corresponde a la categoría de transferencia, si bien a primera vista no parecería ser así, dado que la deuda crece en proporción a la población y el gobierno debe pagar la tasa de interés de mercado a los tenedores. Sin embargo, también debemos incluir los impuestos recaudados para pagar el interés sobre la deuda, como parte del sistema de reasignación, y la nueva deuda que se emite para que la deuda total crezca a una tasa n . Una vez incluidos estos componentes, podemos ver que los impuestos deben ser iguales a la diferencia entre la tasa de crecimiento demográfico y la tasa de interés, multiplicados por el valor de la deuda pendiente. Visto en conjunto, puede considerarse que el sistema de emisión de deuda y recaudación de impuestos para pagar interés a los tenedores corresponde a la categoría de transferencias ($\text{Pop}(\text{impuestos, interés}) = 0$; $\text{PV}(\text{impuestos, interés}) \neq 0$). La existencia del dinero también tiene propiedades análogas a las transferencias, como lo señala Samuelson (1958).

FIGURA 2

DESGLOSE DE LA DIFERENCIA ENTRE EL CONSUMO Y
LOS INGRESOS DEL TRABAJO, A TRAVÉS DE LOS TRES TIPOS
DE SISTEMA DE RESIGNACION, EN LOS HOGARES
DE ESTADOS UNIDOS (1991)



322

NOTA: Sobre la base del Estudio de Gastos del Consumidor de 1991. Para mayores detalles, véanse las notas de la figura 7 y Lee y Miller, 1995.

Hasta aquí hemos clasificado los sistemas de reasignación conforme a algunas propiedades que tienen profundas implicaciones, como veremos en un momento. Pero también se puede hacer una clasificación cruzada por instituciones, dado que las reasignaciones se realizan dentro de la familia, el mercado o el sector público (véase Lee, 1994a o b)⁵. Más adelante se hará un examen más detallado de las transferencias del sector público en un país del Tercer Mundo y las transferencias familiares en los Estados Unidos (véase una descripción más detallada en Lee, 1994a, y Lee y Miller, 1995).

⁵ Las reasignaciones también pueden realizarse a través de otras instituciones, como las agrupaciones o entidades benéficas.

Propiedades Derivadas de los Sistemas de Reasignación

De las distintas combinaciones de estas dos restricciones agregadas se desprenden importantes propiedades formales de cada uno de los cuatro tipos de sistemas de transferencia (se omiten las demostraciones):

1. La tasa de rendimiento implícita devengada por cualquier sistema de transferencia es igual a la tasa de crecimiento demográfico.

Este resultado debe aplicarse a cualquier sistema de transferencia, incluidos los familiares, como las herencias o la crianza de los hijos. (Por ejemplo, si $n > 0$, una pareja gastará más en la crianza de sus hijos de lo que recibió en su propia infancia, y puede demostrarse que paga “interés” a una tasa n sobre lo que recibió.) El resultado se deduce de inmediato al examinar la ecuación que establece que $\text{Pop}(g) = 0$.

2. La función $g(x)$ que representa las operaciones de crédito debe atravesar la línea del cero como mínimo dos veces, mientras que en el caso de las transferencias y las inversiones, debe cruzarla como mínimo una vez.

En otras palabras, en un sistema de crédito, debe haber al menos dos intervalos de edad en que se es deudor neto, separados por un período en que se es acreedor neto. Esta condición está formalmente demostrada en Bommier y Lee (1995), pero intuitivamente debería ser evidente por el hecho de que un sistema de crédito ha de ser a la vez competitivo y conservador. En ningún modelo que tenga sólo dos grupos de edad pueden efectuarse transacciones de crédito entre generaciones, ya que, como máximo, sólo puede producirse un cruce. La interpretación económica se basa en el simple hecho de que si las generaciones se superponen sólo un período, es imposible el reembolso, de manera que no pueden producirse transacciones de crédito intergeneracionales. En una población con tres grupos de edad pueden encontrarse dos puntos de cruce, lo que posibilita la concesión y obtención de préstamos intergeneracionales.

Seguidamente sería útil considerar el valor acumulado de los flujos específicos por edad que se han analizado hasta el momento. Vamos a definir $G(x)$ como el valor presente a la edad x de los flujos $g(x)$ esperados, ponderados por la supervivencia; es decir, la riqueza que posee una persona a la edad x a través del sistema g . Sea G el promedio de $G(x)$ ponderado por la población. G es la medida de la riqueza agregada que poseen las personas en el sistema g . Por ejemplo, si $g(x)$ describe un sistema de seguridad social, $G(x)$ es la diferencia entre el valor presente de las prestaciones previstas —ponderadas por la supervivencia— y los impuestos futuros sobre la nómi-

na, y por lo tanto representa la riqueza de la seguridad social a la edad x . G es la riqueza per cápita de la seguridad social en toda la población. $G(x)$ aparece en el gráfico C de la figura 1.

3. En una población cerrada y en cualquier momento del tiempo, por cada dólar que una persona debe, tiene que haber un dólar correspondiente de crédito que se le adeuda a otra, de modo que la riqueza de crédito agregada debe ser igual a cero: $G^c=0$. Se puede demostrar que este hecho se deriva de la propiedad de un sistema de crédito, que establece que $PV(g)=0$ y $Pop(g)=0$. Para las transferencias, lo habitual será que G^T sea distinto de cero, de manera que los sistemas de transferencia pueden conllevar una riqueza positiva o negativa en la sociedad en general. Esto obedece a que los sistemas de transferencia pueden comprometer a las personas que aún no existen: mi riqueza en la seguridad social se basa en parte en la obligación que tienen los niños que aún no han nacido, de pagar impuestos cuando sean adultos. Es esta propiedad fundamental la que hace que las transferencias, a diferencia del crédito, permitan que una economía funcione eficientemente cuando fallan los mecanismos puramente de mercado, como en el ejemplo clásico de Samuelson (1958).

324

4. Si la tasa de interés del mercado es igual a la tasa de crecimiento demográfico, es decir, en el caso de la regla de oro, $G = g(A_{g^+} - A_{g^-})$, siendo g la reasignación bruta media en la población ($g=Pop(g^+)=Pop(g^-)$) y A la edad media de la población en la cual se produce un flujo bruto; por ejemplo, $A_{g^+} = Pop(xg^+(x)) / Pop(g^+(x))$. Esta identidad contable establece que la riqueza que posee una persona a través de un sistema de reasignación es igual a la magnitud del flujo per cápita de la población, multiplicado por la diferencia entre la edad media en que las personas reciben entradas o prestaciones del sistema y la edad media en que aportan a dicho sistema. Por ejemplo, en el caso de la seguridad social en los Estados Unidos, la edad media para recibir los beneficios de la jubilación es de 71 años, y la edad media de pago de impuestos al sistema es de 43 años (ambas edades se refieren a los hogares, según la edad de la persona de referencia), de modo que la diferencia es de 28 años. Esta cifra, multiplicada por el flujo medio anual por hogar —de unos 2.500 dólares— da una riqueza proveniente de la seguridad social por hogar estimada en 70.000 dólares. De lo anterior se desprende que el hogar medio, espera recibir prestaciones por 70.000 dólares más de lo que prevé pagar en impuestos a lo largo de su vida.

Esta identidad contable también se puede expresar recurriendo al “gráfico de flechas”; estas comienzan en la edad media en que se aporta al sistema y terminan en la edad media en que se reciben sus beneficios, y su ancho es

igual al flujo medio. Este método sirve para representar un sistema de reasignación y la riqueza que este genera, la que se deriva del área de la flecha.

5. En economías en estado estacionario con capital, si g es el sistema de inversión y obtención del rendimiento de la inversión, $\text{Pop}(g)=nG=nK$, siendo K el nivel de capital per cápita de la población. Esto significa simplemente que si una reasignación no promedia cero en la población, las reservas que origina deben crecer a una tasa n , como ocurre con el capital en la teoría neoclásica del crecimiento.

6. La riqueza en el ciclo de vida $W(x)$ es el monto total de la riqueza (o deuda) acumulada hasta la edad x , dados el perfil de consumo por edad $c(x)$ y el perfil de ingresos del trabajo $y_1(x)$ (esta es una definición de uso corriente; véase, por ejemplo, Kotlikoff y Summers, 1981). Si se promedia para toda la población, el resultado es W , la riqueza media en el ciclo de vida de la población. Cuando la tasa de interés es igual a la tasa de crecimiento demográfico, $W = c(A_c - A_y)$, como en la proposición anterior. En cualquier caso, se llega a un resultado fundamental: $W = K + T$. Una persona puede tener riqueza en el ciclo de vida en forma de riqueza de transferencia (en el sentido que se describió en el acápite 4) o de capital. Indudablemente, el capital es productivo, mientras que la riqueza de transferencia no es más que un constructo social simbólico que no tiene utilidad física alguna, por eso la forma que adopta la riqueza en el ciclo de vida es motivo de gran preocupación para la sociedad.

325

Siguiendo esta línea de razonamiento, pueden derivarse otros resultados; por ejemplo, expresiones para la riqueza cuando la tasa de interés no es igual a la tasa de crecimiento demográfico, o cuando la población y la economía no están en estado estacionario (véase Bommier y Lee, 1995). Bommier elaboró la siguiente expresión de la variación de la riqueza que posee un individuo a través de un sistema de reasignación para economías no estacionarias ni necesariamente regidas por la regla de oro. Dicha expresión se demuestra y analiza en Bommier y Lee (1995):

$$dW(g,t)/dt = (r(t) - n(t))W(g,t) + b(t)PV(g,t) + \text{Pop}(g,t)$$

De esta ecuación se puede derivar una serie de propiedades dinámicas útiles, y también se pueden inferir las expresiones de la riqueza media que posee una persona a través de los distintos sistemas de reasignación, en el caso de una economía en estado estacionario.

Volvamos a la ecuación $W = K + T$, que es una identidad contable, y por ende no es indicativa de ningún comportamiento en particular. Hay una infi-

nita variedad de comportamientos que pueden satisfacerla, de modo que a partir de ella no se puede saber cómo se comportan las personas. Sin embargo, su interpretación puede ayudarnos a comprenderla mejor. Tomemos dos poblaciones estables idénticas con idénticos perfiles de ingreso y consumo a lo largo de la vida, y por ende idénticas funciones $W(x)$ y la misma riqueza per cápita W . De acuerdo con la identidad, las sumas de la riqueza de transferencia y la riqueza de capital deben ser iguales. Pero una población podría tener una mayor parte de su riqueza en el ciclo de vida en forma de capital, y la otra en forma de riqueza de transferencia. Así pues, en cierto sentido, la riqueza de transferencia y el capital podrían considerarse como sustitutos, como medios que permiten a los individuos satisfacer la demanda de riqueza a lo largo de la vida. Sin embargo, desde el punto de vista de la producción en la macroeconomía, jamás podrían sustituirse, dado que las transferencias son inútiles. Feldstein (1974) y muchos otros han sostenido que el enorme incremento de la riqueza de transferencia provocado por la creación del sistema de la seguridad social en los Estados Unidos y la extraordinaria ampliación de su cobertura y sus prestaciones ha sustituido al ahorro privado a lo largo de la vida, y por lo tanto ha reducido la formación de capital. Barro (1974) argumenta, por el contrario, que la riqueza de transferencia del sector público procedente de la seguridad social posiblemente sólo ha sustituido a la riqueza de transferencia familiar; los padres de edad avanzada compensan el aumento de la riqueza de transferencia positiva que reciben del sector público incrementando sus herencias o transferencias hechas en vida a sus hijos, creando así una riqueza de transferencia negativa compensatoria, con lo cual T y K permanecen invariables.

Flujos de Recursos entre los Grupos de Edades y Riqueza en el Ciclo de Vida en Distintos Sistemas Económicos y Culturales

Antecedentes

Si bien las necesidades de los niños y su relación de dependencia son fenómenos que siempre han estado presentes, parecería que la dependencia de los ancianos es una relativa novedad, tanto porque antes era inusual llegar a viejo, como por el hecho de que, con frecuencia, los que sí llegaban seguían desarrollando una actividad productiva. La dependencia de los ancianos, como fenómeno generalizado, ha obedecido a cambios del ciclo de vida

demográfico y del ciclo de vida económico. Estos mismos cambios también han alterado la dependencia de los niños, debilitándola desde el punto de vista demográfico, en la medida en que la baja de la fecundidad y el aumento de la longevidad han reducido la preponderancia de los niños en la población, y fortaleciéndola al mismo tiempo, ya que la economía industrial ha limitado la contribución económica de los niños al recompensarlos por tener una capacitación más prolongada.

En cada población, la primera y la tercera etapa de la vida dominan la recepción de los flujos de recursos desde los que producen un excedente a los que consumen más de lo que producen. Aparte de estas grandes oleadas hacia uno y otro extremo de la escala de la edad, existen sin duda también remolinos y contracorrientes, que en gran medida se neutralizan entre sí.

A medida que varían la demografía y la economía del ciclo de vida, parecería que también varía la dirección neta de los flujos de recursos transversales. En una abrumadora mayoría de las sociedades preagrícolas, es probable —y más adelante estudiaremos los antecedentes del caso— que la dirección de los flujos netos tuviera una fuerte tendencia descendente, de los grupos de más edad a los más jóvenes. En las sociedades agrícolas, antes de iniciarse la transición demográfica, muy probablemente el flujo seguía siendo descendente. Aunque la tercera etapa del ciclo de vida económico había empezado a surgir, en el sentido de que los ancianos pueden haber consumido más de lo que producían, la tercera etapa del ciclo demográfico seguía siendo insignificante. En las etapas iniciales de la transición demográfica, debido al descenso de las tasas de mortalidad, la vejez tuvo mayor preponderancia en el ciclo de vida individual, pero ese mismo descenso aceleró drásticamente el crecimiento demográfico y de hecho modificó la distribución por edad de la población, que resultó con un mayor predominio relativo de los jóvenes; en consecuencia, desde la perspectiva de la población, la transición demográfica restó importancia a la tercera etapa del ciclo de vida y no al contrario. Pero cuando se produce un auge del Estado industrial moderno combinado con el Estado benefactor, la dirección de los flujos de recursos se invierte de modo brusco, y se torna muy claramente ascendente. Esta inversión de la tendencia obedece en parte a los cambios demográficos —ya que la mortalidad y la fecundidad registran niveles bajos y la población envejece— y en parte al surgimiento de la jubilación completa.

Paralelamente a estos cambios se produjeron también profundos cambios institucionales: el auge del Estado y la aparición de sus funciones de transferencia; el establecimiento de los derechos de propiedad; el nacimiento del seguro y de las instituciones financieras y los mercados de capitales.

Teoría de Caldwell

En su clásico artículo sobre la teoría de la transición demográfica, Caldwell (1976) expone sin ambigüedades sus opiniones sobre la dirección de los flujos de recursos entre los grupos de edad:

“La cuestión clave en este caso y, según sostendremos, también en la transición demográfica, es la dirección y la magnitud de los flujos de riqueza intergeneracional o el saldo neto de ambos flujos —uno de padres a hijos y otro de hijos a padres— durante el período comprendido entre el momento en que el individuo es padre y el momento de su muerte... Quizá en la vieja aldea tradicional hasta podría resultar más ajustado a la verdad hablar de las transferencias que se producen de los más jóvenes a los más viejos de la comunidad en su conjunto, en que las relaciones padre-hijo de cada familia cumplen un papel apenas secundario... En todas las sociedades primitivas y en casi todas las sociedades tradicionales, el flujo neto es el que se transfiere de hijo a padre” (p. 140).

Los trabajos antropológicos sobre el tema son más cautelosos al respecto. De acuerdo con un estudio sintético algo antiguo —pero aún muy citado— de Leo Simmons (1945), que analizó una gran cantidad de estudios etnográficos cualitativos sobre el papel de los ancianos, estos tienden a recibir una parte de la producción general de alimentos mayor que su propia contribución en un sistema de repartición general de la comida. Este sistema se da con más frecuencia en ambientes más inhóspitos y variables, y es menos frecuente cuando abundan las fuentes de alimentos, como en las regiones agrícolas, y donde los derechos de propiedad están mejor establecidos. En especial, sobre la base de un estudio realizado con datos de 50 a 100 grupos, parecería que la distribución de alimentos en general, y las contribuciones netas de alimentos que reciben los ancianos en particular, son más comunes en grupos recolectores y pescadores, a los que siguen en probabilidad los grupos de cazadores y horticultores, y por último los grupos agrícolas. De acuerdo con el análisis de Simmons, aparentemente podrían haber diferencias sistemáticas entre los distintos grupos culturales y económicos, según si los ancianos son productores netos o consumidores netos en las sociedades preagrícolas. Sin embargo, las fuentes en que se basa Simmons no tenían por objeto cuantificar las contribuciones productivas de los niños o los ancianos en relación con su consumo.

Caldwell (1976) sostiene enérgicamente (p. 141) que las apreciaciones cualitativas de los informantes no pueden tomarse al pie de la letra en este sentido. Añade que sería muy difícil evaluar la dirección neta de los flujos de riqueza examinando las interacciones de padres e hijos, dado que algunas de las transferencias de recursos podrían producirse a través de canales institucionales que

trascienden a la familia, como la aldea, por ejemplo. Una manera muy sencilla de evitar esta dificultad al evaluar la dirección de los flujos de recursos es simplemente estimar lo que produce y consume la persona media en cada edad. La diferencia debe ser algún tipo de reasignación entre las edades y, como analizamos anteriormente, debe adoptar la forma de una transferencia, una transacción de crédito o la acumulación de capital. En muchos contextos, la acumulación de capital es una posibilidad que puede descartarse, así como Samuelson (1958) la descartó axiomáticamente (véase Kaplan, 1994). Como ya dijimos, el crédito no sirve para reasignar recursos globalmente hacia arriba o hacia abajo en una población cerrada, de manera que no puede alterar la dirección neta de los flujos de recursos. En muchas sociedades, sobre todo en las que no existen instituciones financieras de mercado y el Estado desempeña un papel intrascendente, toda discrepancia entre producción y consumo, o al menos toda reasignación neta de dirección ascendente o descendente, puede atribuirse, sin temor a equivocarse, a las transferencias familiares. En estas circunstancias, queda claramente demostrado que la diferencia entre las edades medias para recibir y dar transferencias familiares debe ser exactamente igual a la diferencia entre las edades medias para consumir y producir.

Grupos Cazadores-Recolectores Horticultores de la Cuenca Amazónica

329

Los antropólogos han reunido información detallada sobre las actividades económicas de muchos grupos pequeños que viven de la caza, la recolección, la horticultura forestal y la agricultura extensiva (agricultura de quema). Algunos de estos estudios proporcionan datos sobre el uso del tiempo según la edad y el sexo; otros brindan estimaciones del contenido calórico de los alimentos recolectados o cultivados, y de los alimentos consumidos. Tales estudios tropiezan con muchas dificultades, entre ellas determinar la edad, decidir si el tiempo se está usando en forma productiva⁶ o no, calcular el consumo cuando todos comen de una olla común; otro orden de problemas se relaciona con la extrema escasez de ancianos y los distintos grados de exposición a un mercado más amplio (véanse Friou y otros, 1995).

Kaplan (1994) ha realizado uno de esos estudios sobre los horticultores forestales de la Cuenca Amazónica, que es inusualmente cuidadoso y deta-

⁶ Cabe preguntarse si los muchachos que acompañan a las mujeres y niñas en una expedición de recolección y las protegen con su presencia mientras juegan están o no realizando una actividad productiva.

llado, y que aborda directamente la cuestión de las transferencias intergeneracionales. Estos grupos producen alimentos mediante la agricultura de quema, que complementan en alguna medida cazando y recolectando. En la información de Kaplan se incluyen mediciones del rendimiento calórico de las actividades productivas de cada individuo de la muestra. Kaplan concluye que, en cada uno de estos tres grupos, las transferencias pasaron en gran medida de los adultos y los ancianos a los niños, de manera que la dirección neta fue descendente, contrariamente a lo que afirma Caldwell. El autor generosamente nos facilitó sus datos agregados básicos, en forma de cuadros, que hemos vuelto a examinar utilizando el marco analítico y los métodos descritos anteriormente. Dado que los perfiles de edad son bastante similares para los tres grupos, y como los grupos son todos pequeños, los hemos agrupado en una sola población de 430 personas.

En la figura 3 se presentan los resultados. El gráfico A representa la distribución por edad de la población, tanto para hombres como para mujeres (se supone que los mayores de 60 años se distribuyen en forma pareja en los grupos de 60 a 64 años y de 65 a 69 años); en dicha distribución se aprecia un predominio evidente de los jóvenes, con una edad media de 15 años y un 59% de la población menor de 20. En el gráfico B figuran los perfiles de consumo y producción por edad. El nivel del perfil de consumo ha sido proporcionalmente ajustado para que, dada la distribución por edad de la población, la producción total sea igual al consumo total. Este resultado es coherente con la afirmación de Kaplan de que toda la producción se consume en unos pocos días, y de que no hay reservas significativas. En el gráfico B se advierte que los niños no empiezan a producir tanto como consumen hasta los 20 años, lo que remite a una conclusión de Kaplan. Una vez que las personas comienzan a ser productoras netas, lo siguen siendo (en promedio) por el resto de sus vidas; según estos datos, en ningún momento observamos que los miembros más viejos de la población reduzcan su producción a un nivel inferior al de sus necesidades de consumo. De hecho, Kaplan señala que cuantos más hijos o nietos tiene una persona de edad, más trabaja y más recursos les transfiere.

Con estos datos pueden calcularse las edades medias de producción y consumo⁷, que son, respectivamente, 34 y 23 años. En otras palabras, la dirección neta de las transferencias en estos grupos combinados es claramente descendente, de los más viejos a los más jóvenes; el consumo medio de una caloría de alimentos es el de un individuo 11 años menor que la persona que la produjo.

⁷ Si $N(x)$ es la población de edad x , la edad media de producción es $\sum xN(x)y(x)/\sum N(x)y(x)$.

FIGURA 3
REASIGNACION DE LOS RECURSOS ENTRE LOS DISTINTOS GRUPOS DE EDAD, HORTICULTORES DE KAPLAN (Combinados)

Gráfico A. Distribución por edad de la población, horticultores de Kaplan (combinados)

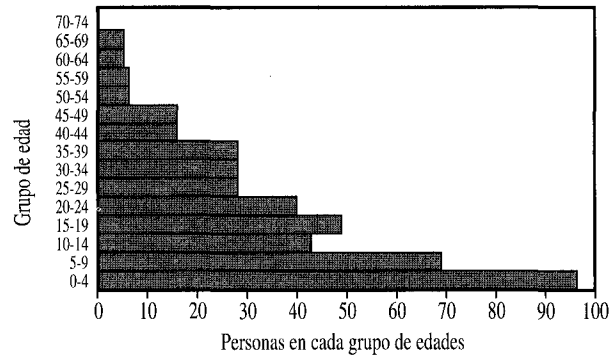
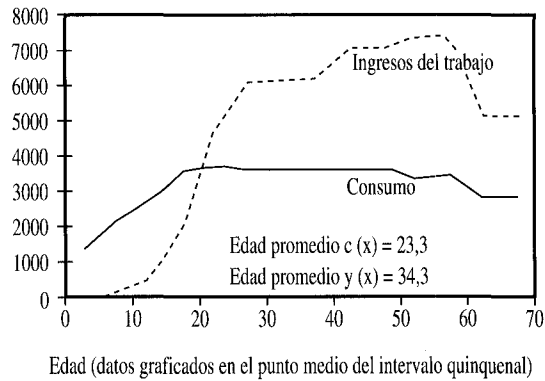
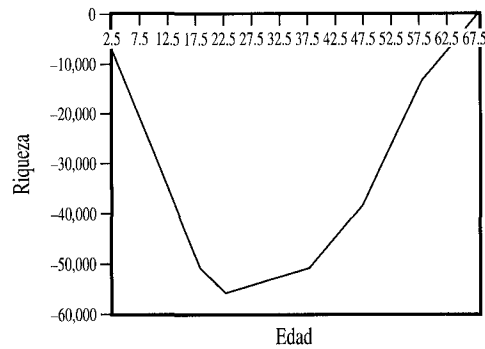


Gráfico B. Perfiles de consumo y producción por edad, horticultores de Kaplan (combinados)



331

Gráfico C. Riqueza en el ciclo de vida, horticultores de Kaplan (combinados)



NOTA: En el texto se proporciona una descripción general de los métodos de cálculo y la fuente de los datos; para mayores detalles véase Kaplan (1994).

También sería útil el cálculo de la riqueza de transferencia $W(x)$, en cada edad x y como promedio de la población. Para hacerlo, necesitamos una función de sobrevivencia y una tasa de descuento, pero no disponemos de ninguna de las dos. Sin embargo, cuando todas las reasignaciones son transferencias, la tasa de descuento apropiada es la tasa de rendimiento implícita devengada por las transferencias⁸. En una población estable, dicha tasa sería igual a la tasa de crecimiento demográfico, como se indicó anteriormente. Supongamos por un momento que ya conocemos la función de sobrevivencia $p(x)$. Así pues, hay dos caminos para calcular la tasa de descuento apropiada. Primero, utilizando $p(x)$ podemos calcular la tasa de crecimiento demográfico a partir de la distribución transversal por edad⁹ y utilizarla como la tasa de descuento. Segundo, nuevamente usando $p(x)$, podemos calcular la tasa interna de retorno del sistema de transferencias¹⁰, y el r resultante puede utilizarse como tasa de descuento. En la práctica, los dos métodos dan un resultado muy parecido, como debe ser¹¹. En el gráfico C se representa $W(x)$ por cada miembro sobreviviente de la cohorte, calculado usando la tasa interna de retorno. La riqueza de transferencia resulta cada vez más negativa a medida que los niños crecen y alcanza su punto mínimo poco después de los 20 años; de allí en adelante aumenta con más lentitud que la que bajó y llega a cero en el grupo de mayor edad. De esta manera, las personas de todas las edades tienen deudas de transferencia (es decir, tienen riqueza de transferencia negativa).

⁸ En realidad el descuento tiene una función y una interpretación demográficas que expresan el hecho de que la relación entre todo período de consumo neto en la vejez que revelan los perfiles de ingreso y consumo por edad no es el resultado de las transferencias de un único nacimiento, sino más bien del total de hijos, y debe cotejarse con los costos en que se ha incurrido al criar a todos los hijos, tanto los que sobrevivieron como los que murieron antes de alcanzar la edad de hacer transferencias a sus padres (el consumo de los hijos debería dividirse en dos, si pensamos en términos de la rentabilidad de cada uno de los padres en promedio). Ello se logra al efectuar el descuento a una tasa igual a la de crecimiento demográfico.

⁹ En una población estable, $N(x)$ es proporcional a $\exp(-nx) p(x)$, siendo n la tasa de crecimiento de la población estable. Si se dividen ambos miembros de la ecuación por $p(x)$ y se toma el logaritmo natural, el resultado es: $\ln(N(x)/p(x)) = k - nx$. En una población estable, esta ecuación sería una igualdad. En una población no estable podemos primero representar la variable dependiente y compararla con la edad para ver si la relación es aproximadamente lineal, y si es así podemos estimar n mediante una regresión. Luego el valor estimado de n puede usarse como tasa de actualización. En los datos combinados de Kaplan, la relación representada no parece lineal para la mortalidad supuesta de MOF 7 y 14 ($e_0=35$ y $52,5$), así que los cálculos de regresión se computaron como se indica más adelante.

¹⁰ La tasa interna de retorno es el valor de r que resuelve la ecuación: $\sum p(x)[y(x)-c(x)]\exp(-rx) = 0$.

¹¹ Por ejemplo, suponiendo una esperanza de vida al nacer de 35 años, la tasa estimada de crecimiento vegetativo es $0,0292$ y la tasa interna de retorno estimada es $0,0283$. Para $e_0=52,5$ años, las estimaciones correspondientes son $0,0372$ y $0,0349$, respectivamente.

Estas estimaciones se hicieron sobre el supuesto de que la mortalidad correspondía a una esperanza de vida de 52,5 años. Para determinar la importancia del nivel de mortalidad elegido, hemos vuelto a hacer todos los cálculos suponiendo que la esperanza de vida al nacer era 35 en lugar de 52,5. Afortunadamente, los resultados virtualmente no sufrieron modificaciones y, por cierto, no cambian en lo más mínimo en términos cualitativos. Con una mortalidad más alta, la tasa estimada de crecimiento vegetativo es inferior, ya que baja de 0,037 a 0,029, y la tasa interna de retorno también es inferior, ya que baja de 0,035 a 0,028. La menor probabilidad de sobrevivir hasta edades avanzadas está compensada casi exactamente por la menor tasa de descuento o tasa de crecimiento demográfico¹².

Esta modalidad de consumo y producción en el ciclo de vida de ninguna manera podría sustentarse a través de las transacciones de crédito. Los adultos hacen reasignaciones consistentes en alimentos para sus hijos durante muchos años, y estos nunca se las “retribuyen”, dado que los adultos siguen siendo productores netos aun en su vejez. Recordemos un resultado de una sección anterior, según el cual un sistema de reasignación $g(x)$ debe cambiar de signo por lo menos dos veces si está sustentado por la concesión y obtención de préstamos, y el $g(x) = y(x) - c(x)$ cruza la línea del cero sólo una vez, cerca de los 20 años, según los datos de Kaplan. El sistema tampoco podría sustentarse en la acumulación de capital seguido por la desinversión, ya que, de acuerdo con Kaplan, no hay reservas de valor duraderas en estos grupos, y aun si las hubiera, la inversión y la desinversión pueden reasignar recursos en dirección ascendente, es decir, a una etapa posterior de la vida, pero nunca en dirección descendente, es decir, a una etapa anterior. En sociedades como esta, la acumulación de capital sólo podría producirse si las transferencias en dirección descendente aumentaran lo suficiente para sostenerla, como analizaremos más adelante.

¹² Si conociéramos el nivel de fecundidad, y estuviéramos dispuestos a suponer que las poblaciones son cerradas y estables, podríamos estimar el nivel de mortalidad y la tasa de crecimiento demográfico. por ejemplo, siendo $e_0=52,5$ y $n=0,0372$, como se estimó, el nivel implícito de fecundidad sería una tasa global de fecundidad (TGF) de 7,75 (sobre la base de Coale-Demeny MWF 7 población estable). Kaplan (1994) estima que la TGF es algo superior a esta cifra, 8,2 aproximadamente, para los grupos que él estudia. Siendo $e_0=35$ y $n=0,0292$, la TGF implícita sería 8,6. Kaplan indica (nota de pie de página 9, p. 786) que 28% de los Ache llegó a los 60 años, lo que constituía alrededor de la mitad de la fracción que llegó a los 20. Estas cifras concuerdan muy estrechamente con MWF 7, $e_0=35$, como figura en los cuadros de Coal-Demeny, lo que arroja un resultado de 0,29 que llegan a los 60 años y 0,60 que llegan a los 20. Así pue, el escenario con $e_0=35$, $n=0,0292$ y $TGF=8,6$ concuerda muy bien con los datos que proporciona Kaplan.

Otros Grupos Cazadores-Recolectores Horticultores de la Cuenca Amazónica

Los Archivos del Área de Recursos Humanos (*Human Resources Area Files*) contienen monografías y datos sobre la asignación del tiempo en muchas sociedades, desde grupos que se dedican principalmente a la caza y a la recolección, horticultores y los que practican la agricultura intensiva, hasta habitantes urbanos de las naciones industriales. Los datos fueron compilados por diferentes antropólogos con diversos propósitos, y luego fueron codificados de acuerdo con un esquema uniforme que permitiera un cierto grado de comparabilidad. Los estudios de asignación del tiempo se basan especialmente en la “técnica de la comprobación *in situ*” desarrollada por Allen Johnson (1975). (Para mayores detalles, véase Dodds y otros, 1995).

El tipo de estudio más común proporciona datos sobre la distribución por sexo o edad de la población, y sobre el uso del tiempo en una variedad de actividades que se han clasificado como “productivas” y “domésticas” (véase Sackett, 1989). Un grupo de investigación de Berkeley, encabezado por el antropólogo David Dodds, ha comenzado a analizar los datos correspondientes a algunas de las sociedades que figuran en los Archivos. En un análisis del que hablaremos a continuación, se han agrupado los datos de cinco de estas sociedades, sobre la base de Dodds y otros (1995).

334

El análisis se realizó de un modo exactamente igual al que se aplicó a la información de Kaplan que acabamos de describir, salvo que en este caso hubo que usar los perfiles de consumo por edad, y de la productividad por hora de trabajo por edad de Mueller. El uso de estos perfiles sólo puede justificarse como un recurso temporario, hasta que se disponga de perfiles de edad más adecuados. En la figura 4 se muestran los resultados de este análisis. En el gráfico A está representada la distribución por edad de la población, que es aún más joven que la que se encuentra en los datos combinados de Kaplan. En este caso la edad media es 14 años, y 63% de las personas tienen menos de 20. En el gráfico B se indican los perfiles de consumo y producción por edad. En estos perfiles, los niños pasan a ser productores netos en una etapa más temprana de sus vidas, quizá a los 14 ó 15 años. Luego siguen siendo productores netos durante un tiempo muy largo, pero aun así se registra una clara reducción de la productividad después de los 45 años, y cerca de los 65 años las personas empiezan a ser consumidoras netas. Así pues, estos perfiles indican con menor claridad la falta de dependencia de la vejez. No obstante, las edades medias para producir y consumir revelan que el consumidor promedio tiene siete años menos que el que lo produjo. Una

FIGURA 4

REASIGNACION DE LOS RECURSOS ENTRE LOS DISTINTOS GRUPOS DE EDAD, OTROS HORTICULTORES AMAZONICOS (Combinados)

Gráfico A. Distribución por edad de la población, otros horticultores amazónicos (combinados)

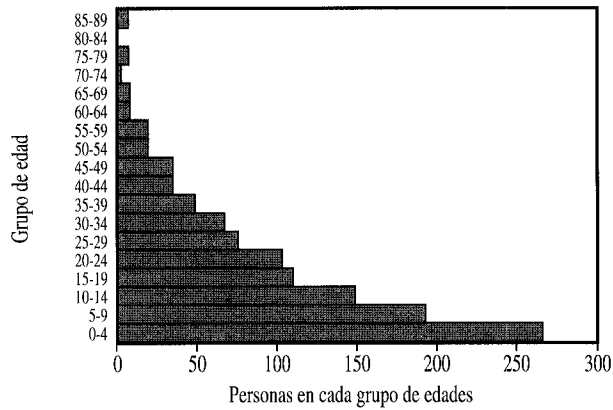
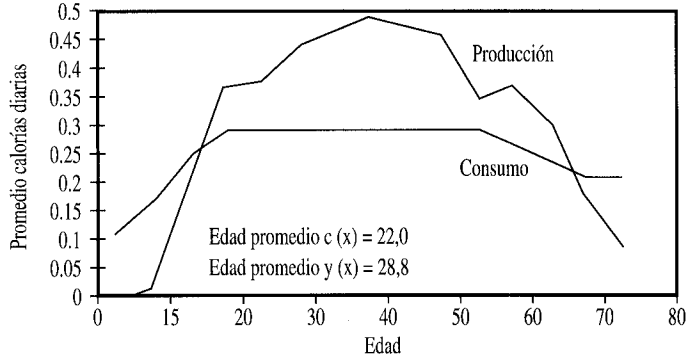
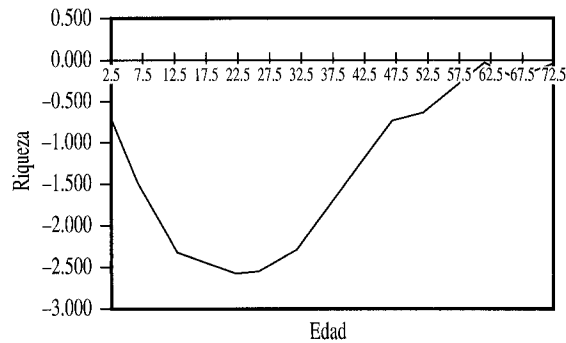


Gráfico B. Perfiles de consumo y producción por edad, otros horticultores amazónicos (combinados)



335

Gráfico C. Riqueza en el ciclo de vida, otros horticultores amazónicos (combinados)



NOTA: En el texto se proporciona una descripción general de los métodos de cálculo y la fuente de los datos; para mayores detalles véase Kaplan (1994).

vez más, hay pruebas fehacientes de que los recursos se transfieren en dirección descendente, al menos en este tipo de grupo y en esta parte del mundo. En el gráfico C se muestra la riqueza de transferencia en el ciclo de vida, actualizada según la tasa interna de retorno y partiendo de una esperanza de vida de 52,5. La $W(x)$ indicada muestra un patrón muy similar al de los datos de Kaplan.

Sería prematuro concluir que en las sociedades preagrícolas los recursos también se transfieren en dirección descendente, de los miembros viejos a los jóvenes de la población, dado que todos los grupos aquí examinados son económica y geográficamente bastante similares. No obstante, cabe mencionar que dicha conclusión se cumple no sólo en estos datos combinados, sino que también en el caso de cada uno de los subgrupos. La intención es extender este análisis, aprovechando el archivo de estudios antropológicos sobre el uso del tiempo, a otros continentes y a otros grupos que se dedican más exclusivamente a la caza y a la recolección para producir alimentos. Sin embargo, los resultados para estas poblaciones son tan contundentes que bien podrían tener un carácter más general. Buena parte de la firmeza de los resultados se deriva de la estructura de edad de estas poblaciones, en que predominan los jóvenes. Claro está que los datos sobre la edad deben ser particularmente poco confiables, pero ello difícilmente pueda afectar mucho a los resultados cualitativos. Por ejemplo, si en promedio se sobreestimaran todas las edades en un 50%, no se alteraría ninguna conclusión. Lo único realmente necesario para que los resultados sean cualitativamente correctos es que la *jerarquización* por edad de las poblaciones se informe como es debido; el valor absoluto de la edad no tiene importancia. Si seguimos tomando literalmente los datos relativos a la edad, sólo alrededor del 5% de cada una de estas poblaciones tiene más de 50 años, mientras que por lo menos el 50% tiene menos de 15. Como los niños menores de 15 años son consumidores netos en ambos conjuntos de datos combinados, y aunque los mayores de 50 años también fueran consumidores netos, los de más de 50 tendrían que consumir ingentes cantidades para revertir la dirección descendente de los flujos de recursos.

En un trabajo de Sackett (1989) se encuentran algunos datos relevantes referidos a una gama mucho más amplia de sociedades. El autor ha compilado 105 estudios realizados por antropólogos sobre el uso del tiempo de grupos, entre los cuales hay cazadores y recolectores, horticultores forestales (como los de los datos de Kaplan y Amazonas), agricultores extensivos e intensivos y habitantes urbanos de América Latina, África y Asia, entre otras zonas. Según su descripción general de los perfiles de actividad laboral

por edad, éstos llegan a un *plateau* entre los 15 y los 20 años, continúan en ese nivel después de los 40, luego experimentan una leve disminución, hasta que llegan aproximadamente a los 65 años a unos dos tercios del tiempo de trabajo de un adulto en la plenitud de su vida (p. 6). Cuando el autor reúne lo que él denomina grupos “extensivos” (cazadores y recolectores, horticultores forestales y agricultores extensivos), descubre que los niños de estos grupos tienden a tardar más en alcanzar niveles “adultos” de tiempo de trabajo que los niños de grupos intensivos, y que los ancianos tienden a reducir el trabajo antes que los de los grupos intensivos (p. 8). Esta descripción de las contribuciones de los niños parece ser bastante coherente con los datos de Kaplan y los de los demás grupos amazónicos. La descripción del trabajo de los ancianos también guarda mucha relación con los datos amazónicos, que muestran una reducción sustancial ya al acercarse a los 50 años. La descripción no está tan de acuerdo con los datos de Kaplan sobre los ancianos pero, aun con los perfiles amazónicos que, a juzgar por el trabajo de Sackett, son aparentemente más característicos en general de los grupos “extensivos”, la dirección de las transferencias es definitivamente descendente.

Una Sociedad que Practica la Agricultura Extensiva: Côte D'Ivoire

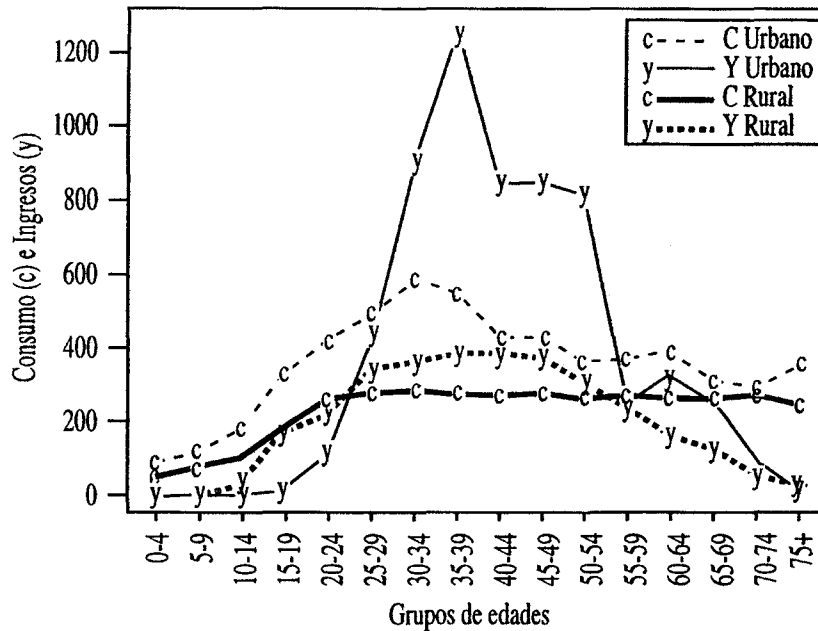
337

Guy Stecklov (1995) ha analizado datos de la encuesta del Banco Mundial sobre los niveles de vida de Côte d'Ivoire, a fin de examinar la dirección de los flujos de recursos entre los grupos de edad de esa población. Se trata del primer estudio de una población nacional del Tercer Mundo en que se usan datos reales de ese país. Los datos incluyen información sobre las horas de trabajo de varias clases para los miembros de los hogares de las zonas urbanas y rurales, y el total de los ingresos del trabajo del hogar. Stecklov usó los índices de Mueller de productividad por hora de trabajo en un cálculo en que asignó el total de los ingresos laborales del hogar a cada uno de sus miembros, según sus horas de trabajo. De esta manera elaboró perfiles de producción por edad. El consumo se estimó utilizando ponderaciones calculadas por Deaton (1986) para asignar el consumo total del hogar a los distintos miembros, según su edad y sexo, hogar por hogar. Luego el consumo por edad para los dos sexos se calculó mediante un promedio del consumo de todas las personas de la muestra. Para mayores detalles, véase Stecklov (1995).

La figura 5 está copiada sin cambios de Stecklov. La población de Côte d'Ivoire crecía a un ritmo excepcionalmente rápido de 3,5% al año al

FIGURA 5

PERFILES DE CONSUMO E INGRESOS DEL TRABAJO POR EDAD
EN COTE D'IVOIRE



338

NOTA: Esta figura se extrajo de Stecklov (1995), a quien se refiere al lector para mayores detalles; en el texto figura una descripción general de los cálculos y las fuentes de los datos.

momento del estudio. En dicha figura se muestran los perfiles de consumo y producción por edad, calculados por separado para los hogares urbanos y rurales que había en su muestra. A partir de estos datos se pueden calcular las edades medias de consumo y producción, que son 33,4 y 30,4 para la producción y el consumo en las zonas rurales. Una vez más, la dirección de los flujos es definitivamente descendente.

Para los hogares urbanos, los resultados son aún más sorprendentes: las edades medias correspondientes son 35,4 y 24,7, con una diferencia de 11 años. Estas cifras se derivan de una edad de "cruce" excepcionalmente tardía de los jóvenes urbanos de Côte d'Ivoire. Si se combinan los datos rurales y urbanos, las edades medias generales son 34,6 y 27,1, con una diferencia de 7,5 años.

Stecklov proporciona otros datos que muestran que, a diferencia de los grupos amazónicos antes mencionados, en Côte d'Ivoire las horas trabajadas bajan rápidamente al acercarse a los 50 años, de manera que aun antes de

ponderar por la productividad por hora, queda claro que los ancianos producen mucho menos que los adultos más jóvenes. Este fenómeno se observa tanto en las zonas rurales como en las urbanas.

Sociedades que Practican la Agricultura Intensiva

El estudio sintético de Mueller (1976) sobre la producción y el consumo por edad en la agricultura tradicional sirve de base para determinar la dirección de las transferencias en un contexto genérico del Tercer Mundo. La autora basa sus perfiles de consumo por edad y sexo en un estudio de nueve conjuntos de perfiles existentes en la literatura, de las cuales ha derivado perfiles que ella estima adecuados para las poblaciones agrícolas pobres donde el principal artículo de consumo son los alimentos. La mayor parte de sus datos de producción y la información que más utiliza se refieren a sociedades como India y Egipto, donde se practica la agricultura intensiva más que la extensiva.

Los datos relativos a la oferta de mano de obra que presenta la autora se basaron en el análisis de las reseñas internacionales preparadas por Durand y las Naciones Unidas, además del examen de datos extraídos de censos y encuestas realizados en ciertos países como India y Egipto. Estos datos se complementan con información sobre las horas que ha trabajado cada participante, y con un cuidadoso examen de los datos sobre la productividad de una hora trabajada, según la edad y el sexo, sobre la base de datos relativos a los salarios y otras fuentes. A partir de esta información la autora elabora sus perfiles globales de producción para varones y mujeres (p. 118). Estos perfiles se aplican solo a los tipos de trabajo que contribuyen al PNB, tal como se mide convencionalmente, y por lo tanto excluyen a casi todos los tipos de producción doméstica. La autora evalúa estos perfiles de la siguiente manera: “A diferencia de los perfiles de consumo, los datos del insumo trabajo registran un alto grado de coherencia. Pese a las numerosas deficiencias mencionadas, los cálculos del insumo trabajo de muchos países y diversas fuentes tienen importantes puntos en común. Esta coherencia inspira cierta confianza en los perfiles de producción” (p. 119). Para nuestros propósitos y los de la autora, lo que importa no son los niveles absolutos de estos perfiles. Para la distribución por edad de una población determinada, los niveles de los perfiles se elevan o reducen uno respecto de otro hasta que se logra un cierto equilibrio agregado deseado, por ejemplo, una tasa de ahorro agregado de 10%. En nuestro caso, el perfil de consumo se ajustará de manera que el consumo total sea igual a la producción agrícola total.

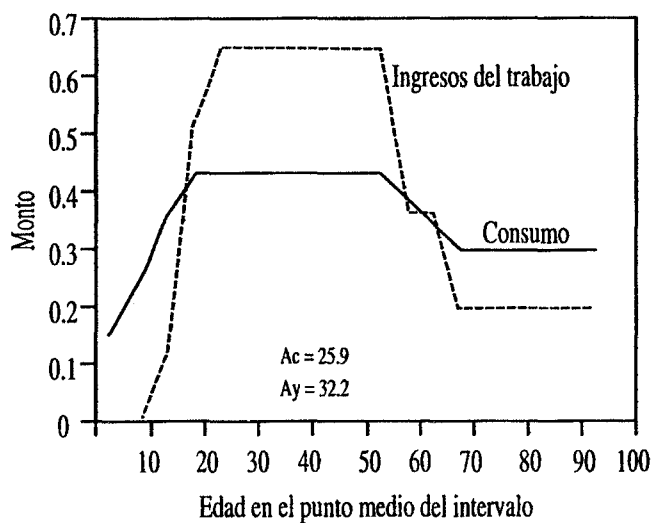
Según Mueller, suponemos que la población es estable, con una mortalidad de MOF 14 ($e_0=52,5$) y una tasa bruta de reproducción (TBR) de 3,0, lo cual da una tasa de crecimiento demográfico anual de 2,9%. Así pues, de la distribución por edad resultante se desprende que la población es muy joven, aunque no tan joven como ninguna de las poblaciones amazónicas antes estudiadas. La edad media es 18 años, y el 55% de la población tiene menos de 20. En el gráfico A de la figura 6 están representados los perfiles de edad. En este caso queda claro que hay una etapa en la vida en que los ancianos consumen algo más de lo que producen, pero dado que en la distribución demográfica hay un predominio de los jóvenes, dicha etapa recibe una ponderación muy pequeña. Después de los 65 años, el individuo medio produce sólo unos dos tercios de lo que consume; lamentablemente no se dispone de un desglose más detallado por edad. La edad media de producción es 32 años y la de consumo 26, de manera que, una vez más, las transferencias muestran una fuerte dirección descendente, de los grupos de edades más avanzadas a los más jóvenes. El gráfico B representa la riqueza en el ciclo de vida por miembro original de la cohorte de nacimiento. A diferencia de los datos correspondientes a las sociedades anteriores a la agricultura extensiva, la tercera etapa de la vida —en que el consumo baja a un nivel mucho menor que la producción— lleva ahora a un segmento sustancial de la función $W(x)$ en que la riqueza del ciclo de vida es positiva; es decir, después de los 45 años aproximadamente, cabría esperar que la persona media consumirá más de lo que produce en términos de valor presente, ponderado por la sobrevivencia. Sin embargo, la riqueza media global de la población (el promedio ponderado por la población de $W(x)$) es abrumadoramente negativa.

Cabría preguntarse cuánto se modificarían los resultados de los datos de Mueller si alteráramos los supuestos demográficos. Cuando usamos una población estable con la misma mortalidad, pero con una TBR de 2 en lugar de 3, la tasa de crecimiento baja a 1,5% anual y la población resulta ser mayor. No obstante, en la gran mayoría de los casos, la dirección de las transferencias sigue siendo descendente, con una edad media de producción de 35 años y una edad media de consumo de 30 años. Cuando usamos una población estable con una esperanza de vida de 35 (MOF 7) y una TBR = 3, la tasa de crecimiento baja a 0,004 y nuevamente la población es mayor, pero la dirección de las transferencias sigue siendo la misma; la edad media de producción es 36 años y la de consumo 32. En otras palabras, dados los perfiles de Mueller y el supuesto de que el consumo agregado es igual a la producción agregada en la población agrícola rural, siempre se verifica que las transferencias tienen una dirección claramente descendente, cualesquiera

FIGURA 6

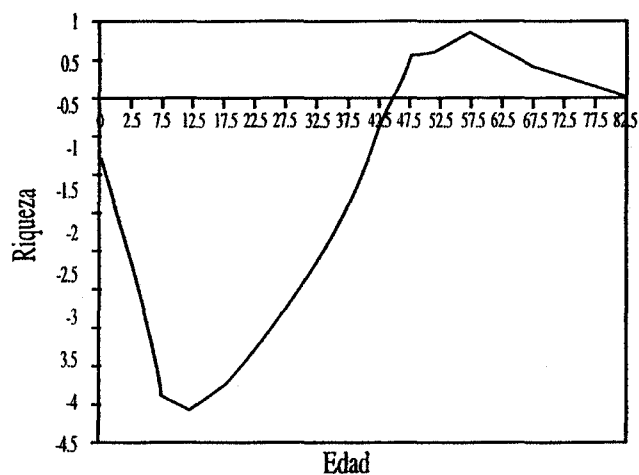
REASIGNACIONES DE LOS RECURSOS ENTRE LOS DISTINTOS GRUPOS DE EDAD EN UNA POBLACION RURAL TIPICA QUE PRACTICA LA AGRICULTURA INTENSA (Según Mueller)

Gráfico A. Perfiles de consumo e ingresos del trabajo por edad en una población rural típica que practica la agricultura intensiva



341

Gráfico B. Riqueza en el ciclo de vida en una población rural típica que practica la agricultura intensiva



NOTA: En el texto y en Mueller (1976) se proporciona una descripción de los datos y métodos.

que sean las variaciones plausibles de los supuestos demográficos en las economías en estado estacionario.

Los Estados Unidos en la Actualidad

En otros estudios (Lee, 1994a y b), al hacer la contabilidad de los Estados Unidos, hemos utilizado principalmente el hogar como marco de referencia, en lugar del individuo, pero en este caso expresaremos los resultados en el marco individual, para facilitar la comparación. En los Estados Unidos, los ingresos del trabajo incluyen los sueldos y salarios (antes de deducir los impuestos), los ingresos de los trabajadores independientes, las prestaciones suplementarias y la parte del impuesto a la nómina de la seguridad social que corresponde al empleador. El consumo comprende los tipos de gastos que habitualmente se incluyen en una encuesta de hogares, salvo que los gastos relativos a las viviendas ocupadas por sus propietarios, los automóviles y demás bienes de consumo duraderos no se consideran parte del consumo corriente sino de la inversión; lo que sí se considera como consumo son los servicios imputados que se derivan de estos bienes de capital. Además, también se incluyen como parte del consumo las transferencias en especie del gobierno, sobre todo en educación y en los servicios públicos de salud (Medicare y Medicaid). Los datos han sido extraídos del Estudio de Gastos del Consumidor de 1991 y otras fuentes oficiales de uso corriente. En el caso de los gastos, sólo se dispone de información para los hogares, no para cada una de las personas que lo componen. Se utilizaron las ponderaciones de Lazear-Michael (1988) para estimar la porción del consumo del hogar que corresponde a cada miembro, y luego estos valores se promediaron en todos los grupos de edad para obtener un perfil de consumo individual según edad¹³.

342

En el gráfico A de la figura 7 se muestran los perfiles por edad que se obtienen de estos cálculos. Los jóvenes no se convierten en productores netos hasta que pasan los 20 años, y los ancianos empiezan a ser consumidores netos cuando pasan los 60. El consumo se mantiene en un nivel considerablemente estable desde que el individuo cumple los 20 años durante el resto de su vida. En este sentido, cabe señalar dos aspectos. Primero, cerca de la mitad del consumo en las edades avanzadas se realiza en forma de transferencias en especie de servicios de salud del gobierno; sin tomar en cuenta

¹³ Este tipo de asignación individual del consumo está sujeto a una gran cantidad de problemas; véase Lee, 1988 y 1994a.

FIGURA 7

REASIGNACIONES DE LOS RECURSOS ENTRE LOS DISTINTOS GRUPOS DE EDAD EN ESTADOS UNIDOS, 1987

Gráfico A. Perfiles de consumo generalizado e ingresos del trabajo por edad en Estados Unidos

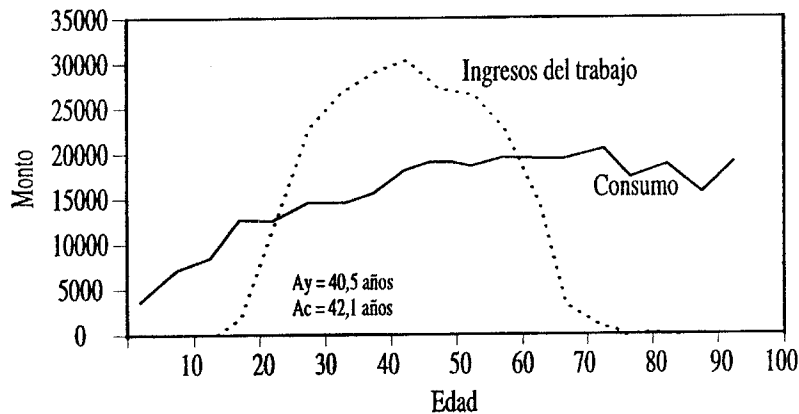
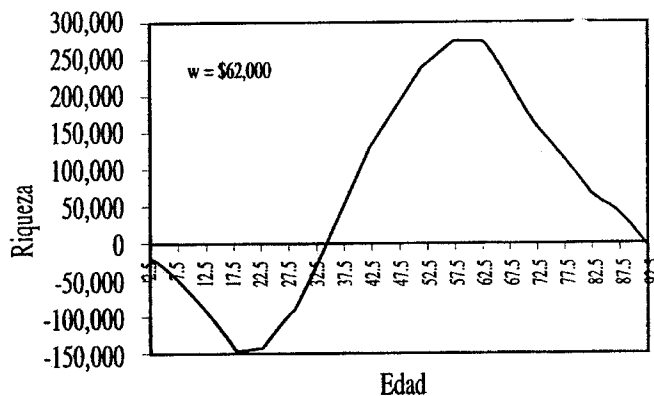


Gráfico B. Riqueza en el ciclo de vida en Estados Unidos, 1987



343

NOTA: Los datos provienen del Estudios de Gastos del Consumidor de 1987, complementados con datos sobre la educación pública de U.S. Statistical Abstract y el Estudio de Gastos de Salud. Los montos de los ingresos del trabajo son brutos e incluyen la contribución del empleador al impuesto a la nómina y las prestaciones, así como los ingresos de trabajadores independientes. El consumo incluye los gastos convencionales del hogar, menos los gastos por compras de casa, automóviles y bienes de consumo durables, más el flujo imputado de servicios provenientes de estos bienes. El consumo del hogar resultante se asigna a los miembros del hogar utilizando los coeficientes estimados y el método de Lazear-Michael (1988). Luego, se añaden a cada edad, según proceda, las transferencias en especie del gobierno, consistentes en la educación y la atención de la salud. Luego el perfil de los ingresos del trabajo por edad se infló aplicando un factor para que coincidan el total de los ingresos del trabajo con el consumo, ponderados por la población. La población utilizada para igualar el consumo generalizado y los ingresos del trabajo fue la población estacionaria (tabla de vida) para Estados Unidos con el $e_0=75$, porque cuando se usó la población real no existía una tasa interna de retorno económicamente razonable.

las transferencias de salud, el perfil sufriría una pronunciada caída. Segundo, el perfil es transversal; si la productividad laboral aumenta con el tiempo, como se ha constatado en casi todo el siglo XX, entonces un individuo tiene, realmente, un perfil de consumo creciente durante su vida.

Por razones que no están claras, no fue posible calcular la tasa interna de retorno cuando los perfiles se equilibraron utilizando la distribución real por edad de la población de los Estados Unidos, de modo que en su lugar se partió de una distribución por edad estacionaria, que corresponde a una esperanza de vida de 75 años. Con esta distribución, la edad media para consumir era unos cuatro años mayor que la edad media para producir, así que, en el caso de los Estados Unidos, la dirección de la reasignación neta es ascendente, de los jóvenes a los viejos. El perfil de riqueza $W(x)$ está representado en el gráfico B. Se observa que actualmente hay un período de la vida muy prolongado en que la riqueza del ciclo de vida es positiva, con un cruce cerca de los 37 años. La riqueza del ciclo de vida tiene su apogeo en unos 225.000 dólares a los 62 ó 63 años.

En cambio, cuando los cálculos se hacen sobre la base de los hogares —utilizando la edad de la “persona de referencia” del hogar en lugar de la edad del individuo— la diferencia en las edades medias es mayor, porque no aparecen las reasignaciones descendentes hacia los hijos dentro de la familia. Lee y Miller (1995) calculan una edad media de consumo de 48,9 años y una edad media de ingreso de 43,2; es decir, una diferencia de 5,6 años, sobre la base de la distribución según edad de los hogares, usando datos reales de 1991. Ermisch (1989), replicando un estudio anterior de Lee y utilizando datos de hogares de Japón e Inglaterra, concluyó que la dirección de las reasignaciones era ascendente por un margen cercano a cuatro años en ambos países.

344

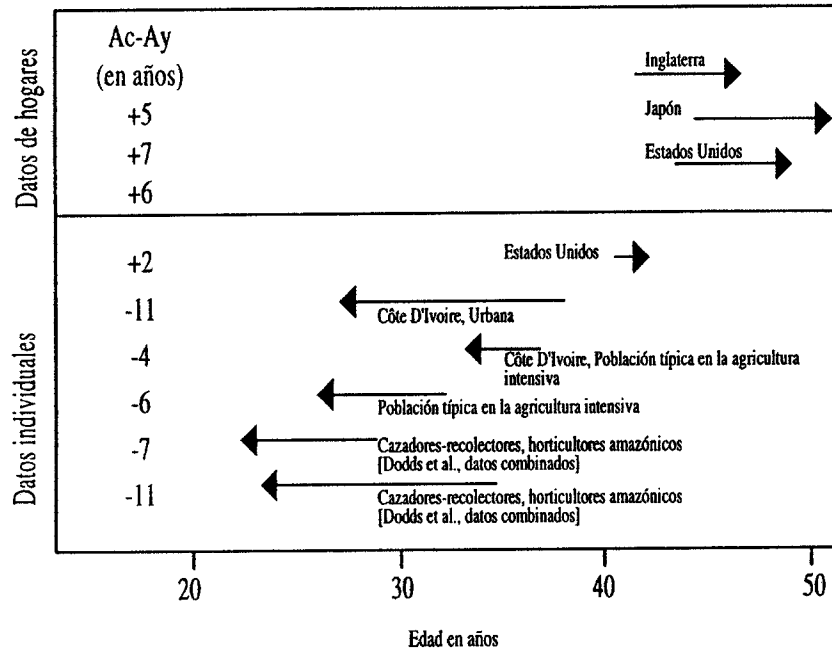
Resumen de la Dirección de los Flujos

En la figura 8 se resumen estos datos trazando, para cada grupo, una flecha que empieza en la edad media de producción y termina en la edad media de consumo¹⁴. La figura muestra un cuadro muy claro: en cada sociedad preindustrial examinada, la dirección de las transferencias netas es descendente, en

¹⁴ Habitualmente, en este tipo de diagramas, que se usan para hacer comparaciones dentro de una población determinada, el ancho de la flecha indicaría el tamaño del flujo per cápita anual de la población, y luego la superficie de la flecha, es decir, el largo multiplicado por el ancho, sería igual a la riqueza per cápita promediada en todas las edades. Sin embargo, al hacer comparaciones transculturales, no sirve de mucho representar el ancho de las flechas, que solamente dependería de las diferencias de consumo per cápita entre las sociedades y de las unidades monetarias utilizadas.

FIGURA 8

RESUMEN DE LAS REASIGNACIONES ENTRE LOS DISTINTOS GRUPOS DE EDADES EN VARIADOS CONTEXTOS



345

NOTA: La figura representa edades medias estimadas a partir de los datos utilizados en las figuras 3 a 7, donde puede obtenerse mayor información sobre los datos y métodos. La cola de la flecha se ubica en la edad promedio de producción (ingresos del trabajo) y su cabeza en la edad promedio del consumo.

general de manera muy pronunciada. Queda por averiguar si en los próximos estudios que se hagan de otras sociedades se confirmará esta tendencia, pero lo más probable es que así sea. En la única sociedad industrial examinada, Estados Unidos, la dirección neta de la reasignación es ascendente y, como se observó, los resultados de Ermisch en los casos de Inglaterra y Japón coinciden con esta conclusión. Así pues, parecería que, como dijo Caldwell, se ha invertido la dirección de los flujos de riqueza, aunque, contrariamente a lo que él mismo sostuvo, la dirección ha sido *descendente* en las sociedades tradicionales, de las generaciones viejas a las jóvenes, y ascendente en las sociedades modernas; precisamente lo opuesto a sus afirmaciones.

Hasta el momento no hemos considerado ni los mecanismos ni los canales institucionales por los que se encauzan estas reasignaciones. Como indicamos antes, la ausencia del Estado, de los mercados financieros y de los bienes duraderos implica que para los dos grupos de las sociedades amazó-

nicas examinadas, las reasignaciones descendentes corresponden a transferencias familiares o quizá a transferencias de otras personas dentro del grupo más grande. (Cabe señalar, sin embargo, que los niños de algunos de los grupos amazónicos van a la escuela.) En el caso de Côte d'Ivoire, y según los datos de Mueller, es probable que la función del Estado en las transferencias tenga una importancia relativamente menor, aun cuando proporcione educación y servicios de salud públicos a la población. En cualquier caso, los perfiles de consumo no reflejan el consumo de esas transferencias gubernamentales en especie, que tendrían que agregarse a los perfiles descritos. El capital, en forma de animales domésticos, tierra y bienes de consumo duraderos, podría ser más importante, y hasta ahora no se ha evaluado. Recordemos, no obstante, que $W = K + T$, o lo que es equivalente, $T = W - K$. Dado que el capital es necesariamente positivo, la presencia de K sólo implica que las transferencias son más claramente descendentes que lo que se desprendería del examen de los perfiles medios de consumo y producción. Así pues, podemos concluir que, en las sociedades preindustriales que examinamos en este estudio, las reasignaciones descendentes corresponden a transferencias de la misma dirección dentro de la familia.

346

La situación es algo diferente en el caso de las sociedades industriales dada la importancia del capital y de las transferencias del sector público. Si separamos las transferencias familiares T^f y las transferencias gubernamentales, tanto financieras como en especie, T^g , tenemos: $T^f = W - K - T^g$. Hemos visto que W es positivo y que las reasignaciones en general tienen una dirección ascendente, por un margen de unos cuatro años. Sin embargo, como veremos en la sección siguiente, tanto K como T^g son valores positivos muy sustanciales, de manera que las transferencias familiares en los Estados Unidos de hecho registran una dirección descendente muy pronunciada, tal como en las otras sociedades examinadas. La inversión de la dirección de las reasignaciones netas no corresponde a una inversión de la dirección de las transferencias dentro de la familia.

La Dirección de las Transferencias Familiares y los Costos y Beneficios de los Hijos

Hasta el momento hemos demostrado que las reasignaciones netas registran una dirección descendente muy fuerte en todas las sociedades preindustriales que se han examinado. Pero quizá no ha quedado claro que este concepto de la dirección de los "flujos de riqueza" guarda relación directa con

la decisión de fecundidad, de manera que también realizaremos un cálculo que tiene una relación más directa con la teoría de Caldwell sobre los incentivos para tener hijos en función de la dirección de los flujos.

Tomemos el caso de un adulto joven que debe decidir si tiene o no otro hijo. Se puede considerar que la edad media para tener hijos es 30 años, así que imaginaremos que se trata de una persona de 30 años frente a esta decisión. Supongamos que los únicos datos de que disponemos son los perfiles medios de edad, la mortalidad y la fecundidad. Usando solamente estos datos no podemos inferir cuál será el resultado si se produce alguna perturbación en el sistema donde están insertos estos perfiles de edad. Por ejemplo, si el padre decide tener un hijo más, quizá le dé a ese hijo el monto medio del consumo de los hijos que ya tiene o, por el contrario, quizá no modifique el monto total que destina al consumo de todos los hijos de la familia, con lo cual la parte que le corresponde a cada uno se reduciría. Al mismo tiempo, es posible que el padre trabaje más horas para sufragar el aumento del consumo familiar, o bien que todos los miembros del hogar consuman algo menos para dar cabida al nuevo hijo. En la literatura se encuentran pruebas empíricas de algunas de estas posibilidades (Chayanov, 1925, sobre la respuesta del trabajo familiar y el consumo; Deaton y Muelbauer, 1975, y Lazear y Michael, 1988, sobre cómo cambia el consumo de los miembros de la familia ante la presencia de un nuevo hijo; Lillard y Willis, 1995, y Bommier, 1995, sobre el efecto de los nuevos hijos en las transferencias destinadas a sus padres ancianos). Como la utilidad marginal que el padre obtiene de su tiempo libre debería ser igual a la utilidad marginal parental que obtiene del consumo familiar, todos estos diferentes escenarios de ajuste a un nuevo hijo deberían entrañar costos iguales, de modo que no debería importarnos cuál evaluamos. La manera más simple sería suponer que el padre aumenta sus horas de trabajo para generar ingresos adicionales que le permitan al nuevo hijo consumir en la misma proporción en que consumen los otros hijos. También se plantea un problema semejante al otro extremo de la escala de edades: si el padre tiene otro hijo, cabe preguntarse si ese hijo transferirá recursos al padre en la proporción media de sus hermanos o si cada hijo reducirá la cantidad de recursos que ha de transferir, de modo que el monto total de las transferencias que recibe el padre se mantiene invariable, mientras que la parte que le toca a cada uno de los hijos se reduce. Se podría suponer que este interrogante está vinculado al anterior: si cada nuevo hijo recibe un trato exactamente igual al de los anteriores, luego la cantidad de recursos que transferirá será exactamente igual a la que transfieren sus hermanos. En todo caso, este es el supuesto en el que nos basare-

mos para intentar determinar los costos y beneficios de un nuevo hijo a partir de los perfiles de ingreso y consumo.

Podemos considerar que el costo neto de un hijo es la integral bajo la curva $(y_i(x) - c(x))$, ponderada por la supervivencia $p(x)$, en el rango en que el consumo sobrepasa al producto. Podemos suponer que, desde el punto de vista del padre, la rentabilidad de criar a todos los hijos son las transferencias que recibe en su vejez, que le permitirán que el consumo sobrepase a los ingresos; nuevamente, este resultado se obtendrá mediante la integral bajo la curva $(y_i(x) - c(x))$, ponderada por la supervivencia $p(x)$, en el rango en que es negativa en la vejez. Sin embargo, como el adulto no estará en posición de tomar una decisión sobre su fecundidad a menos que esté vivo, podemos suponer que ha alcanzado los 30 años y condicionar nuestros cálculos a que sobreviva hasta tal edad. Luego la rentabilidad de la crianza de los hijos debería calcularse de la manera en que se acaba de describir, pero dividida por $p(30)$. Es preciso hacer otros ajustes, ya que los costos en que incurre la persona para recibir estas transferencias familiares en su vejez no son los costos de un hijo, sino de la mitad del total de hijos (dada la presencia de dos padres).

348

Habida cuenta de todos estos factores, los costos y beneficios de tener un hijo más deberían vincularse con los perfiles de consumo y producción según la edad, como sigue:

$$\text{Costo neto del hijo (CNH): } CNH = \int_0^{\alpha} (y_i(x) - c(x))p(x)dx$$

$$\text{Retorno por hijo (RPH): } RPH = \int_{\beta}^{\omega} (y_i(x) - c(x))p(x)dx / (GRR \times p(30))$$

donde α es la edad en que el hijo cruza el punto en que los ingresos son iguales al consumo, y β es la edad en que la persona mayor también alcanza el punto en que la curva (descendente) de los ingresos atraviesa la curva del consumo.

En el caso de los grupos estudiados por Kaplan (1994), todo este razonamiento pierde validez, ya que no hay ningún período en el ciclo de vida en que los adultos consuman más, en promedio, de lo que producen. En el caso de los perfiles de Mueller con $e0 = 52,5$ y $TBR = 3,0$, los cálculos resultan como sigue: $CNH = 2,55$ unidades; $RPH = 0,25$ unidades; la razón de RPH a CNH es $0,1$. En otras palabras, un padre puede esperar que en su vejez el nuevo hijo le devuelva aproximadamente la décima parte de lo que le costó

criarlo. Se podría sostener que no es correcto ponderar esta cantidad por la probabilidad de sobrevivir hasta la edad en que se recibiría el sustento del hijo, ya que es una especie de seguro contra la eventualidad de la supervivencia. Si condicionamos la rentabilidad a sobrevivir de los 30 a los 65 años, esta aumenta a razón de $(p(30)/p(65))$, que en este caso es alrededor de 1,6. Así, un padre que sobreviviera hasta los 65 años recibiría de cada hijo aproximadamente la sexta parte de lo que hubiera invertido en él.

También hemos calculado la tasa implícita de rentabilidad devengada de los gastos correspondientes a los hijos en este ejemplo, que es $-0,067$ al año. Este cálculo se basa en el retorno de una décima parte de lo que se ha invertido, y tomando en cuenta la diferencia entre la edad media al invertir en un hijo, que es $30 + 8$, ó 38 , y la edad media para recibir una transferencia de vuelta, que es 73 , o sea una diferencia de 35 años. Si se registra un progreso económico tal que las funciones de consumo y producción por edad adoptan una dirección ascendente a una tasa anual determinada, esa tasa se agregaría a la tasa de rendimiento calculada. Por ejemplo, si se registrara un progreso del 3% al año, la tasa anual media de rendimiento aumentaría de $-0,067$ a $-0,037$. En suma, tener hijos es una manera extremadamente onerosa de acumular recursos para el futuro, ya que las transferencias que rinde en la vejez son mucho menores que lo que cuesta, de manera que la tasa de rendimiento es altamente negativa.

349

No estamos en condiciones de relacionar explícitamente estas expresiones y resultados con la dirección calculada de las reasignaciones, aunque creemos que ambas guardan una estrecha vinculación.

Acumulación del Capital con Riqueza Negativa a lo Largo de la Vida

La acumulación del capital tiene dos efectos de interés para nuestros propósitos: primero, el capital es productivo, y su presencia aumenta la productividad del trabajo y la producción total; segundo, la acumulación del capital aplaza el consumo, dado que es necesario privarse del consumo de cierto producto hoy a fin de crear el capital; y aumenta el consumo en el futuro, cuando se recibe el rendimiento del capital (en la teoría "austríaca" del capital, el rendimiento del capital se consideraba el premio por esperar). Así pues, el capital tiene una función productiva y una función de reasignación. Sin embargo, podría darse el caso de una persona que quisiera acumular capital para aumentar la eficiencia en la producción (animales de granja,

maquinaria agrícola, tierras y demás) pero no aplazar el consumo. O bien el caso de una persona que quisiera aplazar una parte del consumo hasta la vejez, y que no tuviera necesidad del capital productivo. Un individuo puede romper el vínculo que existe entre aplazar el consumo, por un lado, y adquirir capital productivo, por el otro, pidiendo en préstamo el dinero necesario. Pero la sociedad en su totalidad no puede hacerlo, ya que la masa de la deuda debe ser igual a la masa del crédito (a menos que el préstamo se pida a extranjeros o se emita una deuda de gobierno). En el caso de la sociedad entera, si se limita a mecanismos puramente de mercado, la masa de capital debe ser igual a la riqueza a lo largo de la vida W ; y como la riqueza a lo largo de la vida debe necesariamente ser igual al valor de la masa de capital (que debe ser no negativa) W también debe ser no negativa. Ahora bien, en realidad ninguna sociedad está limitada a mecanismos puramente de mercado, y siempre están presentes las transferencias, al menos a los hijos. La riqueza de transferencia T quiebra el vínculo entre la acumulación del capital y la espera a nivel de la sociedad. Ya no es necesario que K sea igual a W .

Según la teoría del ahorro en el ciclo de vida, el deseo de tomar recaudos para el consumo neto en la vejez es la principal motivación para el ahorro y la formación de capital, y por lo tanto es la razón que explica la acumulación de la riqueza (Modigliani, 1988). Sin embargo, hemos visto que en todas las sociedades preindustriales examinadas, de hecho la riqueza a lo largo de la vida es negativa, es decir, la persona media de la población desea tener riqueza negativa, o sea deudas, a fin de nivelar el consumo en el ciclo de vida. ¿Cómo es posible que esas sociedades tengan masa de capital alguna? y ¿pueden dichas circunstancias conciliarse con la teoría del ahorro en el ciclo de vida?

Primero, es importante recordar que en toda sociedad se transfieren fuertes cantidades de recursos familiares a los hijos. Cuando se usa el hogar como marco para contabilizar los flujos de recursos de un grupo de edad a otro, las transferencias a los hijos no entran en el total dado que, en general, se trata de transferencias dentro del hogar. Hasta cierto punto, las transferencias descendentes que encontramos en estas sociedades simplemente reflejan las transferencias descendentes a los hijos. Si dichas transferencias son suficientemente grandes, bien podríamos tener que $T < W$, de modo que $W - T = K > 0$. Pero aun cuando las transferencias a los hijos pequeños no son suficientemente grandes para compensar una W negativa, de igual manera se puede lograr la acumulación del capital.

En el caso de los horticultores de la Cuenca Amazónica, Kaplan (1994) nos dice que $K = 0$, de lo cual deducimos que $W = T < 0$. En este caso no hay

nada que discutir respecto de la sustitución de K y T . Sin embargo, en las sociedades agrícolas, parecería que tenemos que $W \ll 0$, $T \ll 0$. Supongamos que K se compone de terrenos, ganado y joyas, por ejemplo, de manera que $K > 0$, de lo cual deducimos que $T < W \ll 0$. Ahora bien, cabe preguntarse cómo podemos considerar la sustitución de K y T en este tipo de entorno, cómo puede llegar a haber capital cuando la riqueza en el ciclo de vida es negativa. Hay varias posibilidades. Primero, los adultos pueden acumular activos durante sus años de producción neta, con la idea de utilizarlos en su vejez. Es lo que se llama el ahorro en el ciclo de vida. En este caso, están usando el capital para financiar el consumo que excederá a la producción en sus años de senectud, lo que claramente constituye una alternativa a lograr los mismos resultados por medio de las transferencias. En consecuencia, esta estrategia de ahorro en el ciclo de vida reduciría o eliminaría algunos años de vejez que de otra manera tendrían necesariamente $T(x) > 0$, dado el supuesto de que los perfiles de producción y consumo se mantienen fijos. Así pues, K sustituye a T . En segundo lugar, quizá los ancianos quieran evitar utilizar sus activos y prefieran, en cambio, dejárselos como parte de la herencia que pasará a sus hijos cuando mueran. En este caso, el K positivo está exactamente compensado por una reducción de T (T se vuelve más negativa), debido al flujo descendente de las herencias, y nuevamente K y T se sustituyen recíprocamente. En tercer lugar, los ancianos pueden hacer transferencias más considerables a los adultos jóvenes, por encima de lo que estos necesitan para sufragar su consumo neto, lo que les permitiría acumular capital propio (como en el caso de una dote, o ayuda para comprar una granja, una casa o cabezas de ganado). Una vez más, K aumenta y T baja (se vuelve más negativa).

351

Claro está que en la mayoría de las formas K no sólo sirve de reserva de valor (como las joyas sin uso), sino que también es un activo productivo que aumenta la productividad del trabajo (como la tierra o el ganado). De esta manera, resulta poco realista suponer que los perfiles de producción y consumo se mantienen fijos, lo que constituyó precisamente la razón por la cual Feldstein manifestó su preocupación respecto de los efectos de la seguridad social.

Mecanismos y Canales Institucionales de Reasignación

Salvo el caso de algunos perfiles por edad de los Estados Unidos que se utilizaron antes para ilustrar los principales conceptos de los sistemas de reasignación, el trabajo empírico considerado en este estudio se ha limitado a

examinar las modalidades de ingresos del trabajo y consumo según la edad, y sus diferencias. En la figura 2 se desglosó la diferencia entre estos dos perfiles de edad en flujos netos a través de cada uno de los grandes tipos de sistemas de reasignación: transferencias, créditos e inversiones en capital. Lamentablemente, hasta ahora no se ha hecho nada similar para otros países fuera de los Estados Unidos, así que no se puede informar de resultados comparativos de ninguna manera general. Sin embargo, hay dos tipos concretos de sistemas de transferencia para los cuales es posible hacer alguna comparación. Primero, presentaremos algunas conclusiones comparativas sobre las transferencias del sector público en ciertos países del Tercer Mundo y los Estados Unidos. Luego se incluirán algunos resultados sobre las transferencias familiares en los Estados Unidos. Estos pueden compararse en términos generales con los resultados anteriores sobre los perfiles de producción y consumo en las sociedades preindustriales que, según se expuso, deben reflejar casi exclusivamente las transferencias familiares.

Transferencias del Sector Público en los Estados Unidos y en Ciertos Países del Tercer Mundo

352

Como cabría esperar, los Estados de bienestar industriales dedican a las transferencias del sector público, tanto en efectivo como en especie, una proporción sustancialmente mayor de sus ingresos nacionales que los países del Tercer Mundo. Por ejemplo, en los últimos años, India ha destinado cerca del 4% de su PNB a los gastos públicos de salud, educación y pensiones, del cual casi dos tercios se han aplicado a la educación, y sólo el 10% a las pensiones. En cambio, los Estados Unidos ha gastado aproximadamente el 15% del PNB, o sea cuatro veces más que India, en dichas transferencias, del cual el 36% se destinó a la educación, y alrededor del 35% a las pensiones.

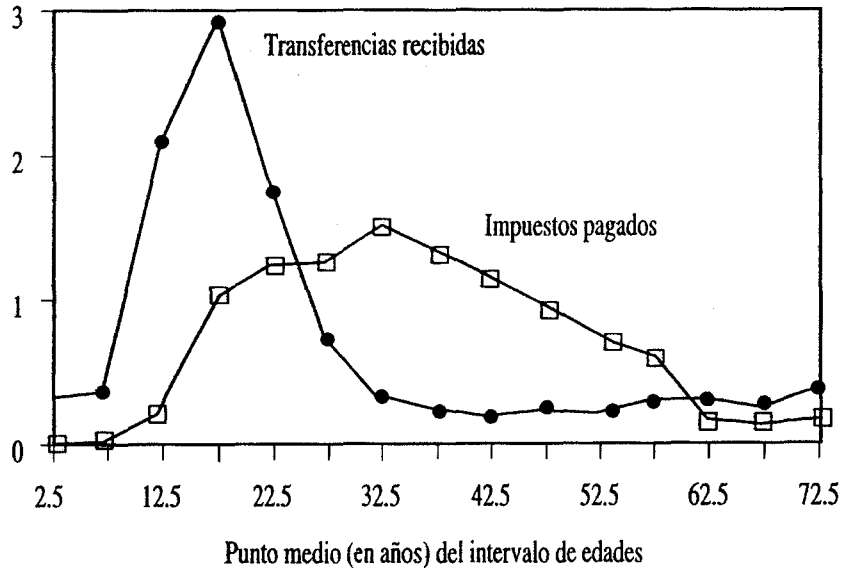
La diferencia no estriba solamente en la magnitud de las transferencias del sector público, sino también en su asignación según la edad. Las poblaciones de los países industriales cuentan con un número de ancianos muchísimo más alto que las naciones del Tercer Mundo. Por ejemplo, en los Estados Unidos, según las estadísticas vitales actuales, la población estable registrará una razón entre niños y ancianos de cerca de *un vigésimo* respecto de la de Kenya. Debido a esta diferencia puramente demográfica, la carga económica de mantener a los ancianos tendería a ser más apreciable en las naciones industriales. Sin embargo, este es sólo un aspecto del problema. En la mayoría de los países del Tercer Mundo, el cuidado y sustento de

niños y ancianos en gran medida están a cargo de la familia. En cambio, en las naciones industriales, si bien la crianza de los niños sigue siendo una obligación principalmente familiar, el mantenimiento de los ancianos es una función que el sector público asume cada vez más, mediante transferencias de ingresos (pensiones) y transferencias en especie de servicios de salud. En los Estados Unidos un anciano medio recibe transferencias públicas netas que cuestan alrededor de 3,7 veces más de lo que recibe un niño medio. En India, Bangladesh, Kenya y Arabia Saudita, esa misma relación alcanza entre 0,6 y 0,8 (véase Lee, 1991b). Habida cuenta de estas diferencias en la distribución por edad y en la magnitud de las transferencias, en los Estados Unidos un anciano recibe transferencias anuales equivalentes a 59% del PNB per cápita, mientras que en Bangladesh el porcentaje correspondiente es 1,8%. En la población estable hipotética de los Estados Unidos, más de 10,6% del PNB se transferiría a los ancianos, mientras que en ninguno de los cuatro países del Tercer Mundo de Africa y Asia que hemos examinado la cifra superaría el 0,5%, y en Kenya y Bangladesh sería inferior a 0,2% (Lee, 1991b). Sin duda la situación es muy diferente en algunos países de América Latina con fuertes programas públicos de seguridad social, como Brasil. Aparentemente en ese país, el anciano medio recibe del sector público unas 15 veces más que el niño medio, relación que supera varias veces hasta los registros de las naciones industrializadas (Lee y Miller, 1990).

353

Resulta útil considerar los perfiles de edad, ponderados por la población, de las transferencias del sector público en India cerca de 1981, que parecerían ser bastante típicos de las naciones del Tercer Mundo en este sentido; dichos perfiles están representados en la figura 9. De dicha figura se desprende que, en promedio, las transferencias se reciben a una edad anterior a la de pago de los impuestos que las financian, y los cálculos revelan que la diferencia en las edades medias es de 11 años, en dirección descendente. Cálculos similares hechos para otros países del Tercer Mundo muestran una tendencia similar; por ejemplo, las transferencias del sector público eran descendentes, con diferencias de 11, 13 y 14 años, respectivamente, en Bangladesh, Arabia Saudita y Kenya. Sin embargo, en el caso de Brasil, la dirección neta de las transferencias era ascendente, pese a una distribución por edad en que se apreciaba una población relativamente joven, debido a la importancia de las pensiones (Lee y Miller, 1990). En los Estados Unidos —y muy probablemente en todas las naciones industriales— la dirección neta de las transferencias del sector público es definitivamente ascendente, con una diferencia de 10 años.

FIGURA 9
 TRANSFERENCIAS DEL SECTOR PUBLICO EN INDIA (SALUD,
 PENSIONES Y EDUCACION EN 1981)



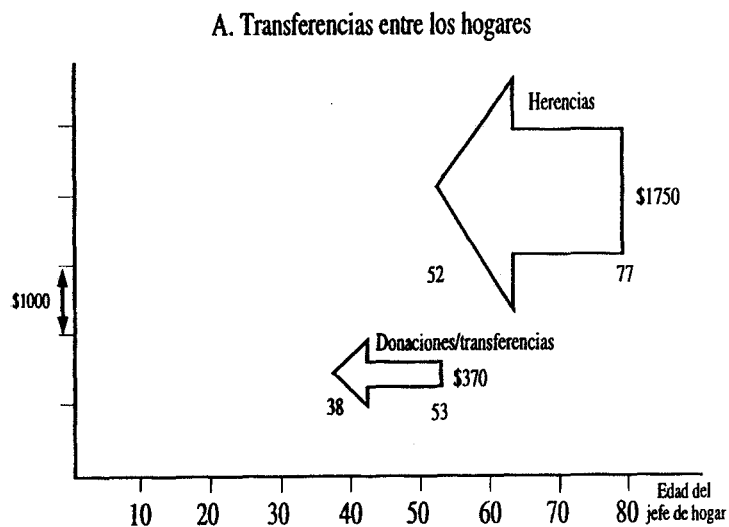
La dirección descendente de las transferencias públicas en la mayoría de las naciones del Tercer Mundo provoca externalidades negativas a la crianza de los hijos, dado que el predominio de jóvenes en la distribución por edad resulta oneroso para el público, pero los padres que contemplan la posibilidad de tener un hijo, considerados individualmente, no incurren en estos gastos (Lee y Miller, 1990). Asimismo, la dirección ascendente de las transferencias públicas en los Estados Unidos, y probablemente en otras naciones industrializadas, provoca externalidades positivas a la crianza de los hijos, dado que la existencia de un mayor número de jóvenes en la población es beneficioso para el público; se reduce el costo de mantener a los ancianos que tiene que sufragar cada trabajador, pero este beneficio no es percibido por los padres. En la mayoría de las naciones del Tercer Mundo, la magnitud de la externalidad negativa que se origina de esta manera es bastante pequeña en relación con el PNB per cápita. Por ejemplo, en India, Bangladesh, Arabia Saudita, Kenya y México, la fracción es $-0,1$, $-0,04$, $-0,2$, $-0,2$ y $-0,1$, respectivamente. No obstante, en Brasil es positiva, y asciende a $+0,25$, y en los Estados Unidos es más de 2. (Véase Lee y Miller, 1990).

Transferencias Familiares en los Estados Unidos

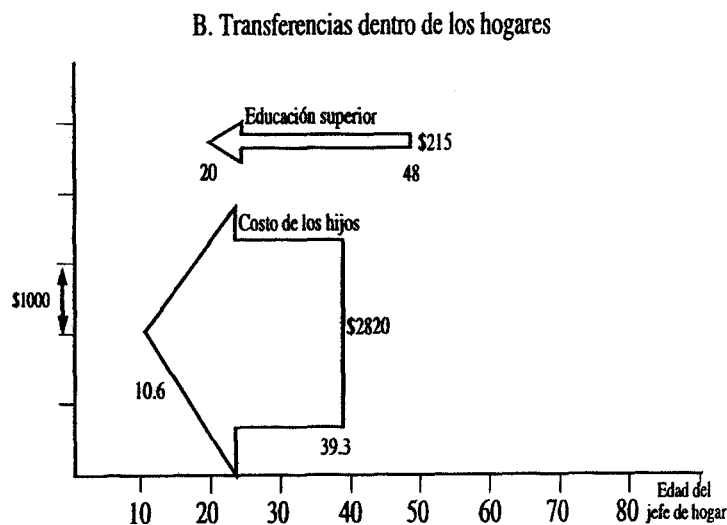
Hemos señalado que la dirección global de la reasignación en el ciclo de vida es descendente en todas las poblaciones preindustriales que hemos examinado, y ascendente en todas las poblaciones industriales que hemos examinado. Pero esta conclusión puede inducir a error, sobre todo si la consideramos conjuntamente con la teoría de la fecundidad. El hecho es que en los Estados Unidos, las reasignaciones tienen una fuerte tendencia ascendente a través de la acumulación del capital y las transferencias del sector público, pero la tendencia a través de la familia es fuertemente descendente, tal como ocurre en todas las demás sociedades examinadas en este trabajo. En Estados Unidos los padres no sólo hacen transferencias descendentes a sus hijos pequeños, como parece ser la regla general, sino que los ancianos también hacen transferencias familiares descendentes, en términos netos, a sus hijos adultos. (Cabe señalar, no obstante, que esta dirección descendente neta de las transferencias de los ancianos podría resultar muy diferente si se incluyera el valor del tiempo que les insume a los hijos adultos el cuidado de sus padres ancianos.)

En la figura 10 se utiliza un diagrama de flechas para representar cuatro tipos de transferencias netas dentro de la familia, sobre la base de los datos de los Estados Unidos. Los costos de los hijos son una medida promedio de los costos directos de criar a un hijo hasta los 17 años, una vez deducidos sus ingresos del trabajo. Los flujos destinados a los hijos se calculan de la forma en que se describió anteriormente para el caso del perfil de consumo. La flecha empieza en la edad media del padre que hace la transferencia, y termina en la edad media del hijo que la recibe. El ancho de la flecha representa el flujo medio que se transfiere a los hijos por miembro de la población total, y el área de la flecha es el costo medio total de un hijo (actualizado según la tasa de crecimiento demográfico, que en este caso se considera nula). Este costo total fue 80.000 dólares en 1987 y constituye el valor de la riqueza de transferencia negativa. La flecha correspondiente a los gastos privados de educación superior se construye de la misma manera, e indica una riqueza de transferencia negativa de 6.000 dólares. Combinadas, estas dos flechas indican una transferencia neta a los hijos, mientras son jóvenes, de 86.000 dólares por nacimiento; este monto también mide el costo directo de un hijo. (Cabe señalar que si supusiéramos que los costos de un hijo aumentarían, por ejemplo, 3% al año, y actualizáramos también a 3% al año, el resultado permanecería exactamente igual.) El gráfico B muestra las transferencias familiares que fluyen de un hogar a otro. Entre éstas se incluyen las

FIGURA 10
TRANSFERENCIAS FAMILIARES EN LOS ESTADOS UNIDOS



356



NOTA: Las transferencias familiares netas a los hijos se calculan como se describe en la nota de la figura 5, con base en los perfiles de consumo e ingresos del trabajo para las edades de 0 a 17 (el intervalo de edad de 15 a 19 se ponderó por 0.6). Las transferencias correspondientes a los gastos de universidad se estimaron utilizando los datos que figuran en el U.S. Statistical Abstract. Los flujos correspondientes a las herencias se estimaron a partir de los datos analizados en Modigliani (1988). Otras transferencias entre los distintos hogares se calcularon utilizando datos que figuran en el Estudio de Gastos del Consumidor, y con seguridad son considerablemente inferiores a la realidad. Para mayores detalles sobre los métodos, los supuestos y las fuentes, véase Lee (1994a).

transferencias y regalos hechos en vida, que generan una riqueza negativa de 5.500 dólares por hogar, o sea unos 2.000 dólares por persona. Sin duda en el Estudio de Gastos del Consumidor estas cifras figuran con valores considerablemente inferiores a los que realmente tienen. Por último, las herencias constituyen un flujo descendente muy importante al final de la vida. La manera en que se miden ha sido motivo de grandes polémicas (Modigliani, 1988; Kotlikoff, 1988), pero creemos que la flecha del diagrama refleja una interpretación razonable de los datos (véase Lee, 1994a, para mayores detalles). La flecha indica un flujo descendente que genera una riqueza de herencia negativa de unos 44.000 dólares por hogar, o sea 17.000 dólares por habitante. Para algunos efectos se podría considerar que estas transferencias a los hijos adultos son parte del costo total de los hijos.

Conclusiones

La reasignación de recursos de un grupo de edad a otro es un fenómeno generalizado en todas las sociedades. Las modalidades de reasignación tienen repercusiones importantes en varias esferas, que incluyen desde una cabal comprensión de la acumulación social de la riqueza, y de las teorías de la fecundidad, hasta las consecuencias del envejecimiento de la población. Si bien se han hecho muchos estudios importantes de uno u otro sistema de reasignación en particular, como las herencias, los ahorros o las transferencias del gobierno, parecería que ha habido muy pocos intentos sistemáticos por comprender las modalidades subyacentes de reasignación en general, ya sea teórica o empíricamente. Aunque el trabajo teórico ha sido fructífero, sus fundamentos demográficos se han estilizado tanto que han limitado los problemas que pueden examinarse y las aplicaciones empíricas que podrían hacerse. En este trabajo se ha esbozado un marco conceptual amplio, que se ha desarrollado en más detalle en otras instancias, y se han explorado las modalidades de las transferencias en varias sociedades con diferentes tipos de bases económicas, en la medida en que lo permite la limitada información de que disponemos.

Si bien la base empírica para formular generalizaciones es aún muy restringida, hasta el momento los resultados muestran cierta coherencia. En las sociedades y grupos pequeños de horticultores/cazadores y recolectores que practican la agricultura extensiva e intensiva, las reasignaciones de recursos en el ciclo de vida exhiben una fuerte tendencia descendente, de los miembros viejos a los jóvenes de la población, contrariamente a lo que se ha sos-

tenido con frecuencia, sobre todo en relación con la teoría de la fecundidad. La riqueza a lo largo del ciclo de vida de estas sociedades, promediada en la población en general, es negativa: la necesidad de atender al consumo en la infancia predomina considerablemente sobre la necesidad, si cabe, de acumular recursos de reserva para la vejez. Esta situación es distinta en las sociedades industriales, o al menos en los Estados Unidos, donde la dirección de las transferencias es ascendente, de los jóvenes a los viejos. Aunque las transferencias dentro de la familia siguen registrando una marcada tendencia descendente, como en otras sociedades, en la actualidad están más que compensadas por la acumulación de capital, que reasigna el consumo a los grupos de edad más avanzada, y por fuertes transferencias ascendentes provenientes del sector público. Parecería que en la mayor parte de los países del Tercer Mundo, aunque no en todos, las transferencias del sector público son considerablemente descendentes, de los viejos a los jóvenes, en parte por la preponderancia de los niños en estas poblaciones, y en parte porque los ancianos aún se mantienen gracias a las transferencias familiares, mientras que en las naciones industriales el Estado ha asumido en gran medida este papel. Estas diferencias tienen repercusiones para la acumulación del capital, la teoría de la fecundidad, las externalidades a la crianza de los hijos y las consecuencias del envejecimiento de la población.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- ARTHUR, BRIAN W. y GEOFFREY MCNICOLL (1978): "Samuelson, population and intergenerational transfers", *International Economic Review*, vol. 19, N° 1, Filadelfia, University of Pennsylvania, febrero.
- AUERBACH, ALAN J. y LAURENCE J. KOTLIKOFF (1987): *Dynamic Fiscal Policy*, Cambridge, Cambridge University Press.
- AUERBACH, ALAN J., JAGADEESH GOTCHALE y LAURENCE J. KOTLIKOFF (1991): "Generational accounts: a meaningful alternative to deficit accounting", *Tax Policy and the Economy*, David Bradford (comp.), Cambridge, MIT Press/ National Bureau of Economic Research.
- BARRO, ROBERT J. (1974): "Are government bonds net wealth?", *Journal of Political Economy*, vol. 28, N° 6, Chicago, University of Chicago Press, noviembre-diciembre.
- BOMMIER, ANTOINE y RONALD LEE (1995): "Continuous and dynamic overlapping generations models", Berkeley, Departamento de Demografía, Universidad de California, inédito.
- CALDWELL, JOHN C. (1982): "Toward a restatement of demographic transition theory", capítulo 4 de *Theory of Fertility Decline*, Academic Press.
- CHAYANOV, A. V. (1925; 1966; 1986): *The Theory of Peasant Economy*, Madison, University of Wisconsin Press, editado por Daniel Thomer, Basile Kerblay y R. E. F. Smith.
- COALE, ANSLEY y PAUL DEMENY (1983): *Regional Model Life Tables and Stable Populations*, Nueva York, Academic Press.
- DEATON, ANGUS y JOHN MUELBAUER (1986): "On measuring child costs: with applications to poor countries", *Journal of Political Economy*, vol. 94, N° 4, Chicago, University of Chicago Press.
- DIAMOND, PETER A. (1965): "National debt in a neoclassical growth model", *American Economic Review*, vol. 55, Menasha, American Economic Association.
- DODDS, DAVID, DIANA FRIOU y CARL MASON (1995): "Work time and age-related wealth transfer in Amazonia: a review of time allocation data for six societies", Departamento de Demografía, Universidad de California, Berkeley, inédito.
- ERMISCH, JOHN (1989): "Intergenerational transfers in industrialized countries: effects of age distribution and economic institutions", *Journal of Population Economics*.
- FELDSTEIN, MARTIN (1974): "Social security, induced retirement, and aggregate capital formation", *Journal of Political Economy*, vol. 82, N° 5, Chicago, University of Chicago Press.
- FRICKE, THOMAS E. (1990): "Darwinian transitions? A comment", *Population and Development Review*, vol. 16, N° 1, Nueva York, marzo.

- GALE, DAVID (1973): "Pure exchange equilibrium of a dynamic economic models", *Journal of Economic Theory*.
- HURD, MICHAEL (1990): "Research on the elderly: economic status, retirement, and consumption and saving", *Journal of Economic Literature*, vol. 28, N° 2, Nashville, American Economic Association, junio.
- JOHNSON, ALLEN (1975): "Time allocation in a machiguenga community", *Ethnology*, vol. 14.
- KAPLAN, HILLARD (1994): "Evolutionary and wealth flows theories of fertility: empirical tests and new models", *Population and Development Review*, vol. 20, N° 4, Nueva York, diciembre.
- KEYFITZ, NATHAN (1985): "The demographics properties of transfer schemes: how to achieve equity between the generations", *European Journal of Population*, vol. 1, Amsterdam.
- KEYFITZ, NATHAN (1988): "Some demographic properties of transfer schemes: how to achieve equity between the generations", *Economics of Changing Age Distributions in Developed Countries*, Ronald Lee, W. Brian Arthur y Gerry Rodgers (comps.), Oxford, Oxford University Press.
- KIM, OLIVER y ROBERT WILLIS (1982): "The growth of population in overlapping generation models", Economic Research Center/NORC of the University of Chicago, inédito.
- KOTLIKOFF, LAURENCE J. y LAWRENCE H. SUMMERS (1981): "The role of intergenerational transfers in aggregate capital accumulation", *Journal of Political Economy*, vol. 89, N° 4, Chicago, University of Chicago Press.
- KOTLIKOFF, LAURENCE J. y LAWRENCE H. SUMMERS (1988): "The contribution of intergenerational transfers to total wealth: a reply", *Modeling the Accumulation and Distribution of Wealth*, Denis Kessler y Andre Masson (comps.), Oxford, Clarendon Press.
- LAZEAR, EDWARD P. y ROBERT T. MICHAEL (1988): *Allocation of Income Within the Household*, Chicago y Londres, University of Chicago Press.
- LEE, RONALD D. y SHELLEY LAPKOFF (1988): "Intergenerational flows of time and goods: consequences of slowing population growth", *Journal of Political Economy*, vol. 96, N° 31, Chicago, University of Chicago Press, junio.
- LEE, RONALD D. (1980): "Age structure, intergenerational transfers and economic growth: an overview", *Revue Economique*, George Tapinos (comp.), vol. 31, N° 6, noviembre.
- LEE, RONALD D. (1990): "Population policy and externalities to childbearing", *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, edición especial preparada por Samuel Preston, World Population. Approaching the Year 2000, julio.
- LEE, RONALD D. (1994a): "Population age structure, intergenerational transfers, and wealth: a new approach, with applications to the U.S.", *Journal of Human Resources*, vol. 29, N° 4, Madison, edición especial preparada por Paul Gertler, The Family and Intergenerational Relations.

- LEE, RONALD D. (1994b): "The formal demography of population aging, transfers, and the economic life cycle", *The Demography of Aging*, Linda Martin y Samuel Preston (comps.), National Academy Press.
- LEE, RONALD D. (1994c): "Fertility, mortality and intergenerational transfers: comparisons across steady states", *The Family, The Market and The State*, John Ermisch y Naohiro Ogawa, (comps.), Oxford, Oxford University Press.
- LEE, RONALD D. y TIMOTHY MILLER (1990): "Population growth, externalities to childbearing, and fertility policy in the third world", *Proceedings of the World Bank Annual Conference on Development Economics*, suplemento de The World Bank Economic Review y The World Bank Research Observer, Washington D.C.
- LEE, RONALD D. y TIMOTHY MILLER (1995): "Interage resource flows in the U.S.: a descriptive account", documento presentado en la reunión anual de Population Association of America, San Francisco.
- LILLARD, LEE y ROBERT WILLIS (en prensa): "Intergenerational transfers in Malaysia", *Intergenerational Economic Relations and Demographic Change*, Andrew Mason y Georges Tapinos (comps.), Oxford, Oxford University Press.
- MASON, ANDREW (1987): "National savings rates and population growth: a new model and new evidence", *Population Growth and Economic Development: Issues and Evidence*, D. Gale Johnson y Ronald Lee, (comps.), Madison, University of Wisconsin Press.
- MCCANDLESS JR.; GEORGE T. y NEIL WALLACE (1991): *Introduction to Dynamic Macroeconomic Theory. An Overlapping Generations Approach*, Cambridge, Harvard University Press.
- MODIGLIANI, FRANCO (1988): "Measuring the contribution of intergenerational transfers to total wealth: conceptual issues and empirical findings", *Modeling the Accumulation and Distribution of Wealth*, Denis Kessler y Andre Masson (comps.), Oxford, Clarendon Press.
- MORGAN, JAMES (1983): "The redistribution of income by families and institutions and emergency help patterns", capítulo I por Greg Duncan y James Morgan, *Five Thousand American Families—Patterns of Economic Progress, v.X- Analyses of the First Thirteen Years of the Panel Study of Income Dynamics*, Ann Arbor, Institute for Social Research.
- MUELLER, EVA (1976): "The economic value of children in peasant agriculture", *Population and Development. The Search for Interventions*, Ronald Ridker (comp.), Baltimore, Johns Hopkins Press.
- PRESTON, SAMUEL (1982): "Relations between individual life cycles and population characteristics", *American Sociological Review*, vol. 7, N° 2, Washington D.C., abril.
- SAHLINS, MARSHALL (1972): *Stone Age Economics*, Chicago, Aldine-Atherton.
- SAMUELSON, PAUL (1958): "An exact consumption-loan model of interest with or without the social contrivance of money", *Journal of Political Economy*, vol. 66, N° 6, Chicago, University of Chicago Press, diciembre.

- (1975): “The optimum growth rate for population”, *International Economic Review*, vol. 16, N° 3, Filadelfia, University of Pennsylvania, octubre.
- (1976): “The optimum growth rate for population: agreement and evaluations”, *International Economic Review*, vol. 17, N° 2, Filadelfia, University of Pennsylvania, junio.
- SIMMONS, LEO (1945): *The Role of the Aged in Primitive Society*, New Haven, Yale University Press.
- STARRET, DAVID (1972): “On golden rules, the ‘Biological Theory of Interest’, and competitive inefficiency”, *Journal of Political Economy*, vol. 80, Chicago, University of Chicago Press.
- STECKLOV, GUY (1995): “Intergenerational resource flows in Côte d’Ivoire: an empirical analysis”, documento presentado en la reunión anual de Population Association of America, San Francisco.
- TURKE, PAUL W. (1989): “Evolution and the demand for children”, *Population and Development Review*, vol. 15, N° 1, Nueva York, marzo.
- U.S. Bureau of the Census (1990): *Statistical Abstract of the United States*, 110th edition, Washington, D.C.
- WILLIS, ROBERT (1987): “Externalities and population”, *Population Growth and Economic Development: Issues and Evidence*, D. Gale Johnson y Ronald D. Lee, (comps.), Madison, University of Wisconsin Press.
- WILLIS, ROBERT (1988): “Life cycles, institutions and population growth: a theory of the equilibrium interest rate in an overlapping-generations model”, *Economics of Changing Age Distributions in Developed Countries*, Ronald Lee, W. Brian Arthur y Gerry Rodgers (comps.), Oxford, Oxford University Press.

Reseñas

Temáticas

Con el restablecimiento de esta sección, de nuevo nos proponemos recoger y examinar un número variable de los artículos más significativos incluidos recientemente en las diversas revistas publicadas, en los distintos países del área iberoamericana, sobre un mismo tema respecto de los que la producción intelectual en dichos países haya sido relevante. Se trata de situar las diversas contribuciones individuales en el objetivo de los distintos argumentos y conclusiones del material identificado. En esta ocasión se presentan dos contribuciones de América Latina y España las cuales constituyen el contenido de la sección en el presente número. En total se reseñan, con mayor o menor grado de explicitación, 39 trabajos que proporcionan al lector una vía de profundización en la problemática del tema seleccionado. Realizadas por conocidos especialistas en las distintas materias, se presentan agrupadas por áreas, distinguiéndose entre “reseñas temáticas” del área latinoamericana y española, y dentro de cada área su ordenación responde a un mero criterio alfabético de los autores de las mismas. Los trabajos considerados en cada reseña —con la inclusión de los datos bibliográficos que permitan identificarlos fácilmente— aparecen ordenados según el criterio seguido en cada caso por el autor de la reseña (*).

363

(*) Sólo se utilizan las notas a pie de página para citar o hacer referencia a otros artículos o trabajos no incluidos como objeto de análisis en la reseña, por que se traen a colación por algún motivo relacionado con el tema tratado.

SUSTENTABILIDAD VERSUS INSUSTENTABILIDAD EN EL DESARROLLO ECONOMICO CHILENO

Trabajos considerados: Figueroa B., Eugenio (editor): **Políticas económicas para el desarrollo sustentable de Chile**, Ministerio de Bienes Nacionales/Centro de Economía de los Recursos Naturales del Departamento de Economía Universidad de Chile, Santiago, 1994; Quiroga Martínez, Rayén (editora): **El tigre sin selva. Consecuencias ambientales de la transformación económica chilena 1974-1993**, Instituto de Ecología Política, Santiago, 1994; Varas, Juan Ignacio (editor): **Economía del medio ambiente en América Latina**, Universidad Católica de Chile, Santiago, 1995; Borregaard, Nicola *et alii* (editores): **Uso de instrumentos económicos en la política ambiental. Análisis de casos para una gestión eficiente de la contaminación ambiental en Chile**, CONAMA, Santiago, 1995; Sunkel, Osvaldo (editor): **Sustentabilidad ambiental del crecimiento económico chileno**, Programa de desarrollo sustentable del Centro de Análisis de Políticas Públicas Universidad de Chile, Santiago, 1996.

De acuerdo al **Balance Preliminar de la Economía de América Latina y el Caribe** publicado por la CEPAL, la economía chilena fue la que tuvo el crecimiento más alto de la región durante 1995, un 8,0 del Producto Interno Bruto, acumulando en lo que va del decenio un crecimiento del 40,7%, también record regional. La inflación alcanzó al 8,3 % en 1995, en franco retroceso desde el 18,7% de 1991. La proyección de crecimiento del PIB es de 6,5% para 1996, según la misma CEPAL en su **Panorama de la economía mundial: Resumen de las proyecciones 1995-96**. Se trata también del valor más alto proyectado para la región.

Cabría mencionar, en cualquier caso, que el país contó con un excepcional precio del cobre, su principal ítem de exportación, 133 centavos de cobre la libra, el valor mayor en lo que ha transcurrido de la década.

Otro indicador de sanidad económica lo constituye la evolución positiva de las remuneraciones, que crecieron sostenidamente en un 23,3% en relación a 1990, también el valor más alto de América Latina y el Caribe. El **Panorama Social de América Latina 1995** de la CEPAL muestra, en general, una tendencia a la recuperación de los indicadores sociales hacia los valores de 1970, en términos de pobreza, participación en los ingresos, gasto social y otros. El punto negro es el incremento del trabajo infantil, parte de un cuadro de distribución regresiva del ingreso.

Para completar esta visión de la economía chilena, el **Informe sobre la inversión extranjera en América Latina y el Caribe** de la CEPAL, ubica a Chile en el cuarto lugar en esta materia, tras solamente México, Argentina y Brasil, las economías más grandes de la región.

En este contexto se deben entender los trabajos que se reseñan, que constituyen una parte de la intensa polémica desatada en los medios económicos chilenos para proyectar algunas consecuencias de los logros obtenidos en materia de crecimiento.

El trabajo de un grupo de investigadores de la Universidad de Chile, de título **Políticas económicas para el desarrollo sustentable de Chile** (Eugenio Figueroa, editor), realizado a solicitud del Ministerio de Bienes Nacionales, en algún momento propuesto como el germen de un Ministerio del Medio Ambiente que nunca prosperó, es uno de los primeros intentos por presentar algunas respuestas globales y sistemáticas a la duda respecto a la factibilidad real de sustentabilidad de un modelo de crecimiento como el chileno en la década de los noventa.

El primer texto (Figueroa) analiza el tema de las posibilidades de utilizar instrumentos de mercado para la gestión del "sector ambiental", destacando los problemas fundamentales que plantea su implementación práctica, que harían según el autor indispensable el empleo de mecanismos regulatorios en la actual e incipiente etapa de la gestión ambiental en Chile, siempre que se busque la eficiencia y el menor costo como premisa básica. Otra de las conclusiones es que existen carencias institucionales y técnicas importantes en el aparato estatal chileno para afrontar tales

tareas. El tema es tratado en el trabajo final del volumen.

El libro se ocupa de los diferentes sectores relevantes en materia de sustentabilidad. Los temas de la **agricultura** (Georges Kerrigan), el sector **forestal** (Javier Núñez), **pesca** (Juan Jiles y Enrique Calfucura) y **minería** mediana y pequeña (Gustavo Lagos). En cada uno de los tópicos, los autores analizan las condiciones en que debe darse la respectiva gestión sectorial para lograr objetivos de sustentabilidad. La conclusión general es que en las actuales condiciones de la política sectorial, con sus marcos legislativos e institucionales propios, no se podrán lograr avances importantes en materia de sustentabilidad a menos que se produzca una armonización con las políticas ambientales y las políticas económicas globales. El tema del establecimiento de derechos de propiedad más claros se menciona con frecuencia, como una condición necesaria aunque no suficiente, para elevar el nivel de la gestión de los recursos. La reformulación de los esquemas de subsidios se mencionan como acciones importantes para reforzar la eficiencia de las acciones.

366

El asunto, por lo tanto, no sólo compromete a una débil estructura de gestión propiamente ambiental, sino a toda la conducción de la política económica. En este sentido, el libro se ve como un aporte a la discusión para el desarrollo del sistema de gestión ambiental nacional, en particular sus estructuras estatales. Se deduce de su lectura que el esfuerzo apunta a cómo neutralizar acciones de política económica de claro signo no-sustentable, con los esfuerzos de política ambiental para avanzar en el sentido de la sustentabilidad, en el marco de un proceso de desarrollo que sea coherente en tales términos.

En una corriente más crítica se inscriben los trabajos agrupados bajo el título irónico de **El tigre sin selva** (Rayén Quiroga, editora), que alude a las pretensiones de los exégetas del modelo de asimilar sus éxitos a los de las economías del sudeste asiático.

La pregunta clave, aparentemente tautológica, que se plantea el libro es la siguiente: ¿es posible que el mayor crecimiento económico genere los recursos económicos suficientes para corregir los problemas ambientales provocados por ese mismo crecimiento? La respuesta global que proponen los trabajos del volumen es negativa, sobre el fundamento de los límites en la disponibilidad de los recursos naturales del país, con especial mención de la pesca y el recurso forestal.

El asunto es absolutamente crucial para una economía como la chilena, cuyo crecimiento —y su bienestar económico— dependen en cerca del 90% del crecimiento de las exportaciones de recursos naturales. En el fondo, lo que manda en el crecimiento chileno es la continuidad del modelo económico autoritario, que se implementó bajo el signo de la desregulación de los mercados y la apertura exterior más amplia. Bajo tales premisas, el crecimiento se fundamenta en la expansión exportadora, particularmente de recursos naturales, todo en el marco del uso más o menos gratuito del medio ambiente. Dentro de éstos el sector minero representa el 43% del valor exportado, según se señala en el estudio. El sector forestal y el pesquero representan un 13% cada uno y el sector agropecuario un 17%, en cifras de 1992 agregadas por el equipo del trabajo.

El diagnóstico de síntesis a que llega el equipo de economistas de esta ONG ambientalista, que representa la postura más radical de crítica del modelo de crecimiento, en la línea de la economía ecológica, es que tal crecimiento no sólo no ha resuelto los problemas ambientales y el deterioro de los recursos, sino que ha tendido a agravarlos; neutralizando así los objetivos sociales de reducción de la pobreza y de aumento del bienestar de las regiones más desfavorecidas —una crítica mayor al modelo en su versión “democratizada”.

Saliendo al paso a un planteamiento conservador, se señala en el libro, por otra parte, la dudosa ética subyacente en el argumento de que más crecimiento y más contaminación posibilitan la aparición de nuevas posibilidades de inversión, en los rubros limpieza de un medio ambiente degradado; pero sobre todo porque el argumento deja de ser válido para ciertos recursos naturales en estado crítico, como ciertas especies de pesca y el bosque nativo.

La conclusión del estudio es que el crecimiento económico chileno, merced a la implementación de un modelo tan ampliamente libremercadista y abierto al exterior, en un marco de absoluta desregulación ambiental y desprotección de los recursos naturales, se acerca progresivamente al punto de incapacidad de sustentación. Esto se ha trabajado para la **contaminación minera y atmosférica** (Saar Van Hauwermeiren), el **sector minero** (Jorge Berghammer), el **sector forestal** (Marlene Gimpel), el **sector frutícola** (Patricio del Real) y el **sector pesquero** (equipo de investigadores del Instituto de Ecología Política).

El principal aporte global del trabajo es la constatación certera de que el proceso chileno de deterioro ambiental es coherente con el modelo de apertura, desregulación y privatización implementado por la dictadura militar y continuado por los gobiernos democráticos. En palabras del equipo redactor: "el medio ambiente, la sociedad en su conjunto y las generaciones futuras subsidiamos (ayer y hoy) los éxitos empresariales y macroeconómicos de Chile el nuevo tigre del cono sur."

El conjunto de trabajos realizados por la Universidad Católica de Santiago bajo el título de **Economía del medio ambiente en América Latina** (Juan Ignacio Varas, editor), recoge las ponencias de un evento internacional sobre el tema realizado en Santiago, y donde la mayoría de los trabajos apuntan a temas de tipo general para la región latinoamericana, con algunas inferencias puntuales aplicables al caso chileno que interesa destacar ahora.

Desde el inicio, el volumen especifica un cierto marco que se puede resumir como sigue. **Progreso económico y calidad ambiental:** si bien es cierto que el crecimiento industrial aumenta los niveles de contaminación, a medida que se eleva el ingreso de las personas esta situación se revierte. Los factores mitigantes serían el aumento de la demanda por una mayor calidad ambiental y la adopción de tecnologías más limpias, preservadoras de la calidad del medio ambiente. Se trata de una visión francamente optimista respecto a la posibilidad de una suerte de autorregulación inherente al progreso mismo.

Apertura económica y medio ambiente: La apertura al exterior y la calidad ambiental son variables que se mueven en un mismo sentido, por razones tales como la ventaja comparativa de los bajos salarios, que hace privilegiar las tecnologías intensivas en mano de obra, son en general menos perjudiciales para el medio ambiente. Otro factor sería el mayor rol de las transnacionales, que tienden a homogeneizar sus procesos facilitando la incorporación de tecnologías menos contaminantes en los países en desarrollo. Ambas aseveraciones respecto al comportamiento de la dinámica del progreso técnico son parciales, ya que en Chile hay ejemplos que las ratifican, como otros que las descalifican.

Evaluación del impacto ambiental: La valoración puede ser asumida con ciertos métodos como la estimación monetaria de los beneficios físicos de un proyecto; o por la evaluación contingente, basada en la disponibilidad a pagar de las

personas por la calidad ambiental (o compensación por los deterioros), cuya desventaja, según los autores del trabajo, radica en que "presenta la gran dificultad de asumir percepciones individuales acerca de la calidad del medio ambiente que suelen ser inestables por corresponder a preguntas hipotéticas". Se trata de un curioso planteamiento que cuestiona la omnisciencia del consumidor, precisamente cuando se trata de la problemática ambiental.

El rol de Estado, las regulaciones ambientales y el mercado: Toda regulación puede terminar siendo un mecanismo para establecer barreras proteccionistas de tipo para-arancelario... El origen de los problemas de asignación de recursos en bienes ambientales está básicamente en problemas de mala especificación de derechos de propiedad y el esfuerzo debería centrarse en diseñar políticas que faciliten el establecimiento de tales derechos. El planteamiento es atendible, sólo que utiliza conceptos sumamente restringidos de regulación y de derecho de propiedad.

Crecimiento económico y sustentabilidad: El no incluir la depreciación de los recursos naturales como medición del uso del medio ambiente en la contabilidad social, genera un incentivo a la sobreexplotación de éstos en el corto plazo, sin considerar el costo que deben asumir la sociedad y las generaciones futuras.

Los trabajos que tocan temas relativos a Chile aportan enfoques interesantes, particularmente en el terreno metodológico, sobre la **estimación de los beneficios en salud de reducir la contaminación en Santiago** (José Miguel Sánchez y José Tomás Morel); la **evaluación económica de opciones de manejo de bosques nativos: conservación y producción** (Gonzalo Paredes); el **rol del Estado en el control de la contaminación. Un caso práctico aplicado a un nuevo proyecto de metrobús** (Jorge Claro).

En todo caso, se observa en el conjunto de trabajos dedicados a Chile una mezcla curiosa de empirismo encarnizado con opiniones de tipo cualitativo, en particular apologías del paradigma conservador en boga; y en donde se cae con frecuencia en contradicción con la propia base empírica. En todo caso, el volumen tiene el mérito nada desdeñable de documentar, y cuantificar, situaciones nacionales trascendentes. No da respuesta, naturalmente, a las dudas respecto a la sustentabilidad global del modelo de desarrollo chileno, limitándose a proponer medidas puntuales para ciertos casos.

El libro producido por la Comisión Nacional del Medio Ambiente de Chile (CONAMA) **Uso de instrumentos económicos en la política ambiental** (Nicola Borregaard, editora) profundiza el tema de los instrumentos económicos, sobre la base de las siguientes inquietudes: “minimizar la intervención del Estado, y lograr los objetivos ambientales de una manera más eficiente desde el punto de vista económico que con el solo uso de las tradicionales herramientas de comando y control”.

El libro analiza casos internacionales y nacionales. Entre los últimos se hallan los relativos al **uso de instrumentos económicos en la política ambiental chilena** (Volkmar Hartje y otros) y una serie de temas tratados en talleres: **instrumentos para la gestión y control de la contaminación hídrica**, un conjunto de **propuestas para el estudio e implementación de instrumentos económicos en la política ambiental atmosférica**, el **uso de instrumentos económicos para el control de la contaminación: el caso de los residuos sólidos industriales**, y el **uso de instrumentos económicos integrales en la gestión ambiental chilena**.

La conclusión global más importante del trabajo es que en Chile surgen dudas acerca de la factibilidad de implementar este tipo de herramientas. Se mencionan condiciones culturales, legales e institucionales, que han orientado históricamente la gestión ambiental hacia los instrumentos de comando y control. Más aún, aseguran los autores “debido al prematuro y precario desarrollo de nuestros sistemas de gestión ambiental, es cuestionable si Chile puede implementar de manera exitosa algunos instrumentos económicos de considerable sofisticación.”

De allí un par de requisitos mínimos aunque fundamentales: una **política ambiental integral**, apenas formulada en la **Ley de Bases del Medio Ambiente**, y donde se mencionan los instrumentos económicos como un apoyo a los planes de descontaminación; y **sólidas estructuras institucionales**, no sólo en apoyo a posibles instrumentos económicos sino también a instrumentos de comando y control.

Cabe mencionar que a lo largo de todos los trabajos del libro, así como en la documentación de los talleres señalados, se plantea permanentemente una dicotomía entre instrumentos “económicos” e instrumentos de “comando y control”, lo que está fuera de la realidad y el estado del arte en la gestión ambiental contemporánea, correspondiendo a una visión sesgada, que sinto-

niza más con el paradigma neoconservador que con cierto pragmatismo necesario para enfocar la gestión ambiental nacional.

Una mención especial merece el trabajo de Hartje y otros. Este documento se ocupa fundamentalmente de estudiar cuatro instrumentos económicos actualmente en uso en Chile: la tarificación del suministro y recolección de aguas; el sistema de derechos y mercados de agua transables; el sistema de permisos transables para la contaminación del aire en Santiago para partículas provenientes de fuentes fijas; y la licitación del uso de calles para el transporte público urbano.

Respecto a la tarificación del suministro de agua potable y la recolección de aguas servidas, se analiza fundamentalmente el carácter particular del sistema en uso: la aplicación del principio del costo marginal, y la recuperación de costos, en un sector que en la mayoría de los países es subsidiado. El documento aclara que se trata de un sistema **en transición** y que **no se aplica al tratamiento de aguas ni al área rural**. Esto último estaría en estudio, se plantea. A pesar de su inclusión en este trabajo, no queda en absoluto claro por qué este sistema pudiera considerarse un instrumento económico de gestión ambiental, o de apoyo a la sustentabilidad del desarrollo. Tal vez en el futuro, si se integra a algún programa de tratamiento de aguas, de dramática urgencia en el país.

El segundo instrumento analizado son los derechos y mercados de aguas. También se asegura que Chile es un país único en la materia, donde los derechos de aguas son privados, perpetuos e irreversibles. Sin embargo, a pesar de esta aparente ventaja, el análisis del documento demuestra que el sistema ha sido negativo para la gestión de cuencas y por ende para la protección ambiental. Tal como en el caso anterior, se mencionan diversas iniciativas para cambiarlo, y los autores manifiestan recomendaciones al respecto. Lo mismo se plantea para los mercados de tales derechos, que carecen totalmente de transparencia, no se hallan documentados y generan diversos tipos de externalidades. También se formulan deseos de reforma del sistema.

Enseguida el documento analiza los permisos de emisiones transables para material particulado, provenientes de fuentes fijas, en Santiago. El documento proporciona antecedentes sobre como deberá funcionar el sistema, y el grado de avance de su desarrollo, ya que **aún no está implementado**, como pudiera inferirse por su inclusión en el

libro. Se menciona que faltan, nada menos que la ley que lo hará operativo, el fondo para identificar las fuentes potenciales, la estructura de precios de los permisos, el sistema de cobros e impuestos, etc.

Finalmente, se describe la licitación de derechos de uso de calles para el transporte urbano. Se mencionan algunos de los logros parciales del sistema, en términos de reducción de niveles de contaminación. Sin embargo, queda bastante claro que tales “externalidades positivas” provienen de la faceta regulatoria del sistema, que estableció normas y plazos para la renovación del parque rodante, así como un cierto ordenamiento de los recorridos, y no precisamente de su carácter de instrumento económico de gestión ambiental.

Para completar este panorama, se reseña a continuación el trabajo sin duda más importante desarrollado en Chile en la materia, de título **Sustentabilidad ambiental del crecimiento económico chileno** (Osvaldo Sunkel, editor), un ejercicio de investigación desarrollado al amparo del Programa de desarrollo sustentable del Centro de Análisis de Políticas Públicas de la Universidad de Chile.

Plantea Sunkel en la introducción al volumen: “De acuerdo con las exigencias del desarrollo sustentable, las experiencias relativamente exitosas en los planos económico, político y social no son suficientes para asegurar el futuro desarrollo nacional. Falta un cuarto pilar, que debe cimentarse a través de la identificación y obtención de las condiciones de sustentabilidad ambiental que requiere el crecimiento económico con equidad y en democracia”.

En este plano, los indicadores ambientales, a pesar de lo poco elaborados que son aún, no muestran precisamente una situación de mejoramiento, sino más bien un panorama de degradación creciente. El autor lo visualiza así: “Cabría esperar por consiguiente que, a menos que hubiera acciones de política muy eficaces..., la situación ambiental podría empeorar... Chile tendría que duplicar el valor de sus exportaciones, una meta que da mucho que pensar desde la perspectiva ambiental, dado que se trata fundamentalmente de la explotación de recursos naturales”.

Es así como se enfocó la necesidad de desarrollar un ejercicio multidisciplinario que permitiera formular algunas conjeturas y preguntas sobre algunos problemas de largo plazo que el país debería comenzar a enfrentar en estas materias.

El trabajo consistió en la elaboración de proyecciones y escenarios macroeconómicos de largo plazo para la economía chilena, coherentes con las altas de crecimiento previstas.

Los temas tratados como escenarios abarcan **proyecciones y escenarios de largo plazo** (Manuel Agosin), el **sector exportador chileno** (Eugenio Figueroa y otros), el **desarrollo regional** (Hugo Romero y otros), los **patrones de consumo** (Juan Escudero y Sandra Lerda). En el marco de los conflictos intersectoriales, se hallan los temas de la **energía** (Pedro Maldonado), los **recursos hídricos** (Ernesto Brown), el **sector agrario** (Fernando Santibañez y otros). El volumen se completa con trabajos de carácter metodológico, sobre todo instrumentos e indicadores, así como algunas experiencias internacionales: España, Estados Unidos y países de América Latina y el Caribe.

Cada uno de los trabajos proporciona elementos del más alto interés para visualizar el futuro del país. Así, el trabajo de Agosin, por ejemplo, con sus escenarios globales, muestra que se está aún muy lejos de los umbrales del mundo en desarrollo, aunque diferencias aparentemente pequeñas en las tasas de crecimiento generan diferencias sustanciales en los niveles de ingreso en el plazo de una generación. Igualmente, la tasa de inversión tiene que alcanzar niveles inéditos en el país. Una llamada de atención a cierta idealización del modelo.

En el trabajo de Figueroa y sus colaboradores se analiza el efecto de estas proyecciones globales sobre ciertos sectores, llegándose a sustanciales aumentos de los volúmenes de exportaciones, multiplicando por más de 6 veces su volumen físico, colocando así a ciertos ítems —explotaciones mineras, forestales, hortofrutícolas, pesqueras y de servicios de turismo— en el límite de la insustentabilidad, por diversas razones —no por la actividad misma, en el caso de la minería, por ejemplo, sino por la disponibilidad del recurso agua.

Particularmente significativo es el trabajo de Escudero y Lerda sobre la sustentabilidad de los patrones de demanda, tema poco desarrollado en el país. Se exploran los cambios que sufriría el patrón de consumo cuando se eleva el ingreso per cápita y las familias ascienden en la escala distributiva, para cuatro casos: el automóvil privado, el agua potable, la disposición de residuos urbanos y la disponibilidad de espacios para turismo y esparcimiento. En todos ellos se utilizó infor-

mación real a partir de encuestas de hogares, planes de desarrollo de infraestructura y proyecciones de la Universidad de Chile.

La principal conclusión de este estudio sobre el comportamiento de consumo es que “las actuales tendencias de crecimiento de la demanda no se pueden mantener indefinidamente sin comprometer de manera irreversible la calidad de vida de los chilenos, principalmente en las grandes ciudades. En el actual nivel de desarrollo de Chile, ya se observa una cierta rigidez en la oferta de bienes y servicios ambientales, tales como el recurso agua potable o el recurso suelo, sea éste utilizado para la circulación vehicular, para la instalación de vertederos o para actividades de esparcimiento”. A nivel de recomendación se plantea: “Chile, en su proceso de desarrollo económico, basado fuertemente en la dinámica de los mercados, no puede darse el lujo de desechar completamente los instrumentos de planificación [del transporte, de la infraestructura, del territorio] y de política pública.”

Como síntesis global del ejercicio, plantea Sunkel: “La investigación preliminar que aquí se describe someramente deja en claro que si Chile pretende seguir creciendo en el futuro como lo ha hecho en el pasado reciente, de tal modo que en el lapso de una generación se acerque a los niveles de ingreso per cápita que caracterizan actualmente a los países desarrollados, se enfrenta en las próximas décadas a unos desafíos mayúsculos derivados de los requisitos de sustentabilidad en materia ambiental. Estos se refieren, entre

otros, a la necesidad de considerables cambios en la estructura económica sectorial, tanto en lo que se refiere a la actividad productiva para el mercado interno como para el externo, así como también en lo que se refiere a las tendencias del consumo y a la inversión. Igualmente significativos son los cambios tendenciales y los que sería necesario promover en relación con la configuración socioeconómica del territorio nacional. En todo ello tendrá una influencia determinante la introducción de sustanciales innovaciones tecnológicas así como profundos cambios organizacionales, sociales, institucionales y culturales, que tendrían que abarcar tanto al sector privado como al público y a la sociedad civil.”

El estudio que se acaba de comentar ha tenido una repercusión importante en el medio económico y ambiental nacional, ya que se ha producido oportunamente tras polémicos informes relativos a la sustentabilidad del bosque nativo, apoyados y cuestionados alternativamente por distintos grupos de interés, con tomas de posición no siempre reflexivas. El trabajo del equipo multidisciplinario —e interfacultades— de la Universidad de Chile, coordinado por Osvaldo Sunkel, ha permitido situar tal polémica en un marco empírico sólido, y sobre la base de proyecciones serias, revirtiendo así un debate que se había convertido en confuso, como lo prueban algunos de los libros que se han reseñado aquí.

José LEAL

LOS FUNDAMENTOS DE LA POLITICA INDUSTRIAL: CAMBIO TECNICO Y ESTRATEGIAS EMPRESARIALES

Trabajos considerados: Abd-el-Rahman, K. (1992): **Especialización y competitividad de Francia**, *Información Comercial Española*, nº 705, mayo, pp. 27-37; Alonso, J. A.; Donoso, V. (1990): **Comercio exterior: de ventajas comparativas a ventajas competitivas**, *Revista de Economía*, nº 5; Botwinick, H. (1993): **Persistent Inequalities. Wage Disparity under Capitalist Competition**, Princeton University Press, Princeton, New Jersey; Canals, J. (1991): **Competitividad internacional y estrategia de la empresa**, Ariel, Barcelona; Çapoglu, G. (1991): **Prices, Profits and Financial Structures. A Post-Keynesian Approach to Competition**, Edward Elgar, Aldershot; Colom, A. (1994): **Algunas consideraciones acerca de la competitividad de la industria española**, ponencia presentada a las IV Jornadas de Economía Crítica, Valencia, 10-12 de marzo de 1994; Espina, Á. (1995): **Hacia una estrategia española de competitividad**, Fundación Argenteria-Visor Distribuciones, Madrid; Fernández Ordóñez, M. A. (1993): **Política de competencia y de defensa de la competencia**, *Papeles de Economía Española*, nº 56, pp. 336-347; Fuentes Quintana, E. (1989): **Tres decenios de economía española en perspectiva**, en García Delgado (dir.): *España, economía*, Espasa-Calpe, Madrid, pp. 1-75; González Romero, A.; Petitbó, A. (1990): **El tamaño como estrategia competitiva**, *Revista de Economía*, nº 5, 1990, pp. 45-50; González Romero, A.; Petitbó, A. (1993): **Política industrial y competitividad**, *Papeles de Economía Española*, nº 56, pp. 295-318; Gordo, E.; L'Hotelierrie, P. (1993): **La competitividad de la industria en una perspectiva macroeconómica**, Documento de Trabajo del Banco de España, nº 9328; Gouverneur, J. (1978): **Éléments d'Économie politique marxiste**, Contradictions, Bruselas; Guerrero, D. (1992): **Cambio tecnológico e industrialización de los servicios**, Documento

de Trabajo nº 9318, Facultad de CC.EE.EE., Universidad Complutense de Madrid, Madrid; Labora, A.; Lorente, J.R.; Prades, F. (1986): **Los costes laborales unitarios y la competitividad de la economía española**, Ministerio de Economía y Hacienda, Dirección General de Previsión y Coyuntura, noviembre, Madrid, 58 páginas; Martín, C. (1991): **La competitividad de la industria española**, Documento de Trabajo 9108, Fundación Empresa Pública, Madrid; Martín, C. (1992): **Aspectos macro versus microeconómicos de la competitividad**, *Papeles de Economía Española*, nº 52/53, pp. 368-370; Martín, C. (1993): **Principales enfoques en el análisis de la competitividad**, *Papeles de Economía Española*, nº 56, pp. 2-13; Martín, C.; Monés, M. A.; Romero, L. (1981): **Comparación de estructuras productivas y competitividad España-C.E.E.**, Fundación del INI, Serie E, n. 17, Madrid; Morall, J.A.; Román, M. (1994): **Demanda efectiva, competencia y crédito**, Trotta, Madrid; Myro, R. (1992a): **Productividad y competitividad de las manufacturas españolas**, *Información Comercial Española*, nº 705, mayo, pp. 77-94; Myro, R. (1992b): **La competitividad de la industria española**, en *Economía española, cultura y sociedad*, libro homenaje a Juan Velarde, Eudema, Madrid, vol. I, pp. 775-817; Myro, R. (1993): **La industria, de la autarquía a la integración en la C.E.**, en García Delgado (dir.): *España, Economía*, 2ª edición, pp. 297-337; Petitbó, A. (1994): **Competencia y competitividad. La importancia de la liberalización del sector servicios**, *Cuadernos Aragoneses de Economía*, 2ª época, volumen 4, nº 1, pp. 11-26; Prados, J. (1971): **El monopolio y la competencia monopolística**, D. L. Ediciones, Madrid; Salas, V. (1992): **Aspectos micro-organizacionales de la competitividad**, Documento de Trabajo del Programa de Investigaciones Económicas nº 9205, Fundación Empresa Pública; Schumpeter, J. A. (1942): **Capitalismo, socialismo y democracia**, Aguilar, México, 1963 (3ª edición); Segura, J. (1992): **La industria española y la competitividad**, Espasa-Calpe, Madrid; Segura, J. (1993): **Sobre políticas microeconómicas de competitividad**, *Papeles de Economía Española*, nº 56, pp. 348-360; Shaikh, A. (1980): **Marxian Competition versus Perfect Competition: Further Comments on the So-called Choice of Technique**, *Cambridge Journal of Economics*, 4 (1); Shaikh, A. (1990): **Valor, acumulación y crisis**, Tercer Mundo Editores, Bogotá; Vence, X. (1995): **Economía de la innovación y**

tres grupos de políticas microeconómicas que podemos hacer siguiendo la clasificación de **Segura** (secciones 1 a 3), que van todos dirigidos a superar obstáculos externos a la empresa, prestaremos atención a algunos trabajos que se han centrado más bien en el análisis de las relaciones entre factores internos a la empresa y la política industrial (sección 4).

La reducción de costes y los salarios

La concepción que cuenta con una tradición más El primer grupo de políticas microeconómicas de competitividad industrial tiene por objeto la consecución o el fomento de bajos costes de producción por parte de las empresas nacionales. En éste, como en otros aspectos a los que me referiré más tarde, es curioso observar hasta qué punto las posiciones teóricas de base dejan su impronta en la manera de abordar las cuestiones aplicadas, como son las que se refieren a la concepción de la política económica. Al analizar los fundamentos analíticos de las políticas de bajos costes, es muy significativo el desfase que se observa entre la perspectiva de los autores situados en la esfera académica y universitaria, que reproducen la sabiduría de los libros y manuales de Economía, y el enfoque que adoptan los representantes del mundo de la economía real, como los empresarios, los ingenieros y los ejecutivos de empresa. Los primeros tienden a reproducir una y otra vez un aspecto ya superado de la obra de ese gran teórico de la Economía que fue Adam Smith, pero al endosar, bajo nuevas formas, la conocida tesis que subyace al “dogma de Smith”—que el valor de las mercancías se puede descomponer íntegramente en las rentas que se generan en su producción— tienen mucha menos justificación que su maestro, aunque sólo sea por los más de dos siglos transcurridos desde entonces. De esta forma, si en la escuela clásica de Economía se distinguían tres grandes tipos de rentas, correspondientes a las tres grandes clases de la sociedad, y si vemos a Smith reducir el valor de la producción mercantil a la suma de los salarios, los beneficios y las rentas de la tierra, hoy el panorama ha cambiado: ya no se habla de clases, y las tres rentas se reducen a dos agregados (los salarios y los beneficios, o excedente); pero el error continúa siendo el mismo en lo fundamental puesto que se sigue olvidando la presencia de los costes materiales de producción

(materias primas, etc.), llamados hoy consumos (o productos) intermedios.

Los empresarios de la vida real saben perfectamente que las rentas no son los únicos costes de producción. Junto a ellas, entran los demás costes ligados a la producción, desde las materias primas o la energía hasta la parte alícuota correspondiente de los equipos y demás componentes del capital fijo que ha participado en el proceso productivo, pasando por los distintos servicios adquiridos a empresas de otros sectores. En realidad, esto también lo saben los economistas aludidos en el párrafo anterior, como también lo sabía Adam Smith cuando pensaba en los costes, pero por alguna razón muchos de ellos razonan como si lo ignorasen, e insisten además en identificar como costes sólo las rentas que se caracterizan más universalmente como costes de producción: los salarios. Puede ser que muchos economistas, acostumbrados como están a tratar con las cuentas nacionales y los análisis macroeconómicos agregados, que dan especial relieve a la producción final y dejan en segundo plano a la producción total (que incluye a la producción intermedia), tiendan a olvidar por esta razón que el hecho de que, *grasso modo*, coincidan la producción final, el valor añadido y la renta nacional no autoriza en ningún caso a suponer que sus componentes son los únicos integrantes de los costes de producción. Pero juzgue el lector si no ocurre así en la práctica en muchas ocasiones, aunque sólo sea por el testimonio de varias figuras que han ocupado y ocupan una posición especialmente relevante para sopesar la política industrial en España, como son los profesores **Fuentes Quintana, Alvaro Espina, y González Romero y Petitbò**. El primero escribe sobre “una economía como la española, en la que el 65 por 100 de los costes son costes del trabajo (...)” (**Fuentes** 1989, pp. 44-45), sin duda pensando en la cuota que supone la remuneración de los asalariados en el PIB, pero no cabe duda que cualquier empresario español consideraría muy inexacta una cifra de esta magnitud. En cuanto a **Espina** (1995), escribe que “el peso de los costes laborales sobre el conjunto de los costes unitarios” era, dentro de la industria española, “del 50% en 1992” (pp. 23-25). Una vez más, Espina está pensando en lo que según la Encuesta Industrial del INE es la participación de los “costes de personal” en el “valor añadido” de la industria, pero desde el punto de vista empresarial lo que cuenta es el peso de estos costes en la “pro-

ducción bruta”, que oscila en el entorno del 20%. ¿Cómo, si no, compatibilizar las cifras españolas con las de los países de nuestro entorno, que, según los datos del prestigioso estudio de Mathis, Mazier y Rivaud-Danset (1988), indican que los consumos intermedios en la industria suponen entre el doble (caso de Francia) y el cuádruple (caso de Japón) de los costes salariales³? Por su parte, **González Romero y Petitbò (1990)**, tras referirse ambiguamente a los “costes relativos de mano de obra”, aseguran que, aunque “son sólo una parte de los costes de producción”, no se puede olvidar “que generalmente constituyen la componente más importante”, error que se combina con otro igualmente decisivo, consistente en creer que “los costes de las materias primas son relativamente homogéneos para todos los países, dado que sus precios están generalmente determinados desde los mercados internacionales” (p. 47).

Una variante de este *revival* contemporáneo del dogma de Smith tiene que ver al mismo tiempo con otra de las características más conocidas del análisis microeconómico neoclásico, que, a mi juicio, afecta al lenguaje corriente de algunos economistas cuando se refieren a los costes *per capita* y a los costes por unidad de producto como si fueran equivalentes. No es que desconozcan las diferencias que existen entre ambos en el lenguaje analítico, pero a veces se expresan como si las ignorasen o las creyeran despreciables —seguramente por el hábito, creado por la estática comparativa, de pensar en la técnica como algo dado, y en el nivel de productividad de la empresa como ya determinado—, de forma que tienden a hacer coincidir las tasas o precios unitarios de los factores (por ejemplo, las tasas salariales, como son los salarios por persona o los salarios por hora) con los costes de esos factores por unidad de producto (por ejemplo, los costes salariales o laborales unitarios). Existe, en consecuencia, una costumbre muy extendida de referirse ambiguamente, por ejemplo, a los “salarios elevados” como “costes laborales elevados”, cuando es más cierto que los salarios altos van ligados a bajos (y no altos) costes laborales y a bajos (y no altos) costes en general, debido a que las altas productividades suelen ir ligadas a tasas salariales más elevadas. Veamos un sencillo ejemplo: si un empresario del sector de servicios (subsector de reprografía y fotocopias) introduce una máquina fotocopidora que es cuatro

veces más rápida que la máquina que viene a sustituir, y decide al mismo tiempo duplicar el salario del empleado que la hace funcionar, ello no es obstáculo para que el coste salarial por fotocopia descienda a la mitad (y normalmente no será obstáculo para que esta rebaja en los costes laborales unitarios suponga al mismo tiempo una rebaja en los costes totales unitarios, aunque sea menos pronunciada en este caso). Esto es perfectamente conocido por quienes tienen la obligación, por su profesión, de estar muy atentos al funcionamiento de la empresa y de la economía tal como son en la realidad; sin embargo, el lenguaje de los economistas teóricos a veces pierde el contacto con la experiencia práctica, como si se dejase llevar por la corriente que considera que a la Economía le basta con desarrollar una serie de modelos teóricos simples y formalmente rigurosos, pero no necesariamente vinculados expresamente con la economía real, ya que se supone que esta vinculación vendrá por añadidura con tal de que se consiga primero el necesario rigor teórico-matemático. La abstracción del análisis de fenómenos tan reales como el cambio técnico y la productividad puede jugar, sin embargo, malas pasadas, como se ha visto.

Después de lo dicho, parece sorprendente que un economista tan preocupado por la economía real como es **Segura** —tan representativo en España de esa disciplina teórica que es la Economía Industrial, caracterizada a su vez por su rechazo al modelo de la competencia perfecta, al que acusa precisamente de desvinculación con la realidad competitiva— pueda reflejar algunas de las debilidades señaladas anteriormente. No es que **Segura** no sea consciente de las limitaciones de las políticas reductoras de costes, entre las que señala las destinadas a “fomentar la innovación tecnológica (...), la realización de economías de escala y alcance y el mejor funcionamiento de los factores productivos”; afirma expresamente que “los costes de producción pueden afectarse sólo moderadamente por medio de políticas microeconómicas” (1992, p. 63). Pero basta echar un vistazo a cómo desarrolla este punto en otro trabajo de 1993 para comprobar que identifica las mejoras de los “costes del factor trabajo, de los del capital, de los precios de los consumos intermedios” (p. 353) con el mejor funcionamiento de los respectivos mercados, y aunque disienta en la posición que se limita a buscar la solución en la “desregulación y flexibilización de los mercados de factores” (p. 353), lo que nos interesa resaltar es que este tratamiento es coherente con el

³ MATHIS, J.; MAZIER, J.; RIVAUD-DANSET, D. (1988): *La compétitivité industrielle*, Dunod, París, p. 84.

hecho de que sitúe la "tecnología utilizada" fuera del ámbito de los costes para situarla entre las "otras variables de competitividad" (p. 357). Esto equivale al razonamiento neoclásico típico, que limita la rebaja de costes a la posibilidad de rebajar los precios de mercado de los diversos factores e *inputs* de la producción (salarios, tipos de interés, servicios adquiridos por las empresas, etc.), ignorando la vía que pasa por una nueva combinación tecnológica de los diversos factores, o sea, por la materialización del cambio técnico y/u organizativo en nuevos equipos y procesos de trabajo que transformen las mismas tasas o precios unitarios de los insumos en costes por unidad de producto cada vez más bajos.

En la sección 4 me referiré a los autores que otorgan una importancia decisiva a este fenómeno, situándolo en el centro de la estrategia competitiva de la empresa y de los países, pero aquí citaré a varios autores españoles, que, aunque no siempre de forma igualmente coherente, han insistido en ideas que sintonizan con estos planteamientos, como cuando **Myro** afirma que "los costes laborales explican la competitividad revelada porque traducen las ganancias de productividad, que son el verdadero factor determinante" (**Myro 1992a**, p. 89). Y explica a continuación este punto de vista: "La productividad, por consiguiente, parece ofrecer una mejor explicación de la evolución de la competitividad revelada de la industria española en su crecimiento relativo. La moderación salarial no es una medida que favorezca directamente la competitividad. Es importante, pero de forma indirecta, porque posibilita la transición hacia técnicas más modernas, que permiten una mayor productividad⁴ (...) pero no porque incrementen la competitividad, que sólo de mejoras en las técnicas, en la calidad y características de los productos puede provenir" (*ibíd.*, y, casi en los mismos términos, en **Myro (1992b)**, p. 815). También **Vicente Salas** simpatiza con esta posición al advertir que "la competitividad de un país será baja siempre que ese país deba acudir a la solución de disminuir el nivel de vida de sus ciudadanos para superar los test de los mercados interna-

cionales; reducir el salario real, por ejemplo, para abaratar los costes de los productos nacionales como solución para que éstos encuentren un mercado, iría en contra del concepto de competitividad propuesto, al igual que iría en contra de la competitividad de una empresa concreta que ésta tuviera que incurrir en pérdidas para mantenerse en el mercado" (1992, p. 9). Para ilustrar su tesis, **Salas** recuerda que "Japón y Alemania han conseguido aumentar su cuota de mercado internacional al mismo tiempo que aumentaban el salario real y los beneficios de sus empresas; por otro lado USA y el Reino Unido, por ejemplo, perdían cuota en los mercados internacionales al mismo tiempo que sus salarios reales también se reducían"; todo lo cual le lleva a concluir en la necesidad de "un cambio de orientación en las prioridades de las políticas nacionales dirigidas a mejorar la competitividad, dando prioridad a una mejor comprensión del papel de la tecnología, la inversión y el cambio organizativo" (*ibíd.*).

Además, **Salas** ha recordado claramente una idea que ha sido señalada antes por su importante ausencia en otros análisis, como es la de que "el coste unitario de producción depende de los precios de los factores, capital, trabajo, inputs intermedios, a que se enfrenta la empresa (...) pero también implícitamente depende de la tecnología de producción y organización, así como de la calidad intrínseca de las cantidades de recursos consumidos" (*ibíd.*, p. 19).

375

La trasmisión de costes a precios

En el segundo conjunto de políticas microeconómicas industriales, o de competitividad, muchos autores se refieren a las medidas necesarias para asegurar que los avances conseguidos en el terreno de los costes de producción sean efectivamente transmitidos a los precios, y no se pierdan en simples aumentos de los márgenes de beneficios industriales o comerciales que anulen la mejora competitiva frente a los clientes potenciales de los productos en cuestión. A pesar de la diversidad de medidas propuestas en este terreno, el tratamiento más corriente (véanse **Fernández Ordóñez 1993, Segura 1992, y 1993**) consiste en agruparlas bajo el epígrafe de "política de defensa de la competencia", que es como habitualmente se refieren estos autores a las medidas encaminadas a favorecer las políticas antimonopolio y, con carácter más general, a todas las

⁴ Sin embargo, en **MYRO (1993)** encontramos una explicación distinta para el caso español, basada en que "la ventaja de costes laborales no necesariamente se convierte en ventaja de costes totales, habida cuenta de los mayores tipos de interés reales españoles" y, en segundo lugar, debido a la "limitada capacidad para diferenciar el producto de las empresas industriales españolas" (1993, p. 330).

dirigidas a limitar el poder de mercado y las prácticas oligopolistas observadas en el marco productivo nacional. Nuevamente, se refleja en este punto la dependencia que manifiestan las reflexiones de política industrial respecto de las teorías microeconómicas, como evidencia de forma notable la cuestión del monopolio. Porque, en efecto, ciertas ideas de manual parecen ser otra vez las responsables de que tantos autores parezcan convencidos, contra tanta evidencia industrial, estadística y empresarial en contra, de que los monopolios producen inevitablemente a precios más elevados y en cantidades más reducidas de lo que lo harían las empresas de competencia perfecta. Pero, así expresada, esta idea es absolutamente falsa; lo que ocurre es que, en los manuales, se da por supuesto que la técnica y los costes de producción y, por tanto, las formas de las curvas de coste marginal, son idénticos en ambos lados de la comparación, y sólo en estas condiciones es cierto que el monopolio vende a precios superiores cantidades menores que las empresas de competencia perfecta. Pero suponer esto último es completamente irreal, y equivale a decretar arbitrariamente la inexistencia de economías de escala; pero si no hubiera rendimientos crecientes, estaríamos en un mundo muy diferente, en el que, entre otras cosas, ocurriría, como ha escrito Rodríguez Calaza, que "cada trabajador podría constituir su propia empresa sin pérdida de eficiencia y el paro no existiría"⁵.

⁵ "La Unión Monetaria Europea: voluntarismo e incoherencia", en RAMÓN FEBREIRO (ed.) (1994): *España y la unificación monetaria europea: una reflexión crítica*, Ábacus Editorial, Madrid, p. 197.

⁶ Schumpeter define a menudo la competencia como una "situación de guerra constante entre las empresas en competencia", de forma que "la competencia benéfica del tipo clásico parece que ha de ser, fácilmente, reemplazada por una competencia de 'rapia' o de 'guerra a cuchillo'" (SCHUMPETER 1942, p. 116). En estas condiciones, las "empresas son agresivas por naturaleza y manejan el arma de la competencia con verdadera eficacia", ya que "las condiciones en que se encuentran estos agresores son tales que, para alcanzar sus fines de ataque y de defensa, necesitan también otras armas distintas de los precios y la calidad de sus productos" (ibid., p. 127). El enfoque estático de su teoría neoclásica no puede satisfacer a aquellos autores que, como J. Schumpeter, creen que el cambio incesante en los productos y en los métodos productivos es la auténtica esencia del capitalismo competitivo. Precisamente, Schumpeter estaba convencido de que eso que él llamó la *destrucción creativa* (el incesante proceso de sustitución de productos y métodos por otros nuevos, en definitiva) hacía de la competencia perfecta un concepto irrelevante tanto en el campo positivo como en el ámbito de la Economía del Bienestar y de la

En este terreno, no puede uno menos que reivindicar la figura de un economista español más bien inclasificable, como fue **Jesús Prados**, a quien se le debe reconocer, al menos en estos temas, mayor capacidad de visión y penetración que a muchos de los que se ocupan actualmente de estas cuestiones. **Prados (1971)**, basándose sobre todo en Schumpeter y en Joan Robinson, se rebela contra quienes aceptan mansamente la idea de que los monopolios son necesariamente ineficientes, y opone a ella la necesidad de utilizar un enfoque distinto, más dinámico, que, en la línea de las elaboraciones schumpeterianas sobre el proceso de destrucción creativa que significa la competencia, ponga en su sitio al modelo de la competencia perfecta, con sus limitaciones y su falta de realismo insuperable⁶. Sin poner la contribución de Prados a la altura de las que se analizan en el punto 4, me gustaría insistir en que su heterodoxia, al menos en este punto, merece el reconocimiento de la profesión en nuestro país, por su intento de hacer más realista esta pieza fundamental del análisis microeconómico.

Una segunda constante, sin salir todavía del terreno del segundo grupo de políticas industriales que hemos agrupado bajo el epígrafe de "política de defensa de la competencia", es la exagerada crítica que se realiza, desde esta perspectiva, y por razones que enlazan con la crítica anteriormente analizada, del papel de los servicios en la formación de los precios industriales y del nivel

política económica. De hecho, pensaba que "la competencia perfecta se suspende y se ha suspendido siempre que se ha introducido alguna novedad —bien automáticamente o en virtud de medidas adoptadas para este fin—, aun cuando en todo lo demás las condiciones siguiesen siendo de competencia perfecta" (ibid., p. 147). Por otra parte, Schumpeter se dejaba impresionar más bien poco ante las supuestas condiciones de eficiencia de la competencia perfecta, ya que, según él, este "principio, en la medida en que puede ser probado, es aplicable a una situación de equilibrio estático. La realidad capitalista consiste, ente todo y en último término, en un proceso de cambio. Para apreciar la prestación de la empresa en régimen de competencia apenas tiene importancia la cuestión de si la competencia tendería o no a elevar al máximo la producción en una situación de perfecto equilibrio estacionario del proceso económico" (ibid., p. 113, nota 5). En resumen, su idea es que "la competencia perfecta no sólo es imposible, sino inferior, y carece de todo título para ser presentada como modelo de eficiencia ideal" (ibid., p. 119). Nada de esto puede extrañar en un autor que pensaba que todo análisis realista de la competencia exigía un cambio radical de enfoque, un desplazamiento de la atención desde la cuestión de cómo asigna la economía eficientemente sus recursos a la cuestión de cómo los crea y los destruye (ibid., p. 122).

general de precios de la economía nacional. Los servicios, donde se ubican algunos de los monopolios más significados y conocidos de la economía española, son anatemizados sin contemplaciones, llegando a ser calificados de auténticos vampiros que chupan la sangre del sector industrial, como en la siguiente cita del que fuera secretario de Estado de Industria en el periodo 1991-93: "Este alto nivel de rivalidad prevaleciente en la industria reclama, como principal prioridad de la política de competitividad, la eliminación del conjunto de prácticas restrictivas de la competencia en los restantes sectores económicos, para evitar que el sector industrial resulte vampirizado por el resto de la economía, no sometido al mismo nivel de presión competitiva" (Espina 1995, p. 34). Pero aquí lo que sucede es que se olvida la problemática estructural que subyace a las relaciones entre industria (como representante del sector de bienes comerciables) y servicios (lugar típico de los bienes no comerciables), y es frecuente en España encontrar interpretaciones de la inflación dual (Raymond⁷) como si se tratara de un fenómeno típicamente español. Espina, al referirse al informe del Tribunal español de Defensa de la Competencia⁸ y a un artículo de un compatriota⁹, presenta las cosas como si éste fuera el caso, al enfatizar de nuevo "la importancia para la competitividad industrial de la corrección rápida de las deformaciones existentes en los procesos de formación de precios y la eliminación de restricciones a la competencia en los mercados de servicios y factores que vienen parasitando al sector industrial y restándole musculatura financiera: se estima que la transferencia anual de valor añadido desde la industria a los servicios (y, en menor medida, a la construcción y a la energía), debida a la evolución de la relación real de intercambio entre los sectores, ha sido creciente entre 1989 y 1991, llegando a suponer en 1991 el 4,9% del V.A.B. industrial" (pp. 27-28). Igualmente, Petitbò (1994) trae a colación el diagnóstico

que al respecto se hacía en el Programa de Convergencia para el cuatrienio 1992-96, aprobado por el gobierno en marzo de 1992, en el que "el acento se ponía en las tasas de inflación particularmente elevadas de las actividades de servicios y en la necesidad de contrarrestarla mediante un conjunto de reformas estructurales", y se recomendaba "proseguir la liberalización pendiente, poniendo el acento en las telecomunicaciones, los transportes y la desmonopolización del sector de la distribución de carburantes" (p. 19). Petitbò manifiesta claramente la idea de que el problema es típicamente español al señalar que "tras la adhesión de España a las Comunidades Europeas, la liberalización de los servicios adquiere una particular relevancia (...) La consecuencia es clara, *ceteris paribus*, las empresas españolas tienden a ser menos competitivas por causas exógenas, no imputables a las propias empresas sino a la falta de competencia de otros mercados" (p. 20).

Desde luego, hay que señalar que este problema es típico de todos los países desarrollados del mundo, cuando no sencillamente fruto de la propia dinámica evolutiva del sistema, como han señalado muchos autores. Para ilustrarlo con un ejemplo referido a los Estados Unidos, el país que, si bien dominado por los monopolios, se pone como ejemplo de libre empresa y de política antimonopolios, el fenómeno es allí tan evidente que se analiza lo que ocurre en la industria, en relación con los servicios, con el término de "agriculturización", para resaltar la similitud con la experiencia sufrida previamente por el sector primario: "Los elevados precios de la asistencia médica, los servicios jurídicos y la educación, entre otras cosas, son un motivo de irritación para los norteamericanos, que mientras tanto se benefician con la disminución de los precios de las manufacturas. Sin embargo, este fenómeno de la caída de los precios relativos de la industria es más que irritante, ya que induce a la reasignación de recursos productivos de la industria manufacturera a los servicios, y eso afecta al nivel de vida"¹⁰. Pero aquí la explicación es más evidente: "La caída de los precios industriales recuerda los declinantes precios relativos del campo en el mismo lapso. Algunos de los factores que han hecho

377

⁷ En cambio, Viñals (1993) plantea adecuadamente los términos de la cuestión, asociándola a los nombres de BALASSA y SAMUELSON (p. 280).

⁸ Tribunal de Defensa de la Competencia (1994): *Remedios políticos que pueden favorecer la libre competencia en los servicios y atajar el daño causado por los monopolios*, Madrid.

⁹ A. CAÑADA (1992): "Terciarización y trasvases intersectoriales de renta en la economía española: un análisis aproximativo", *Información Comercial Española*, n° 712, diciembre, pp. 69-83.

¹⁰ BATRA (1993): *El mito del libre comercio. Una nueva propuesta audaz y provocadora para el futuro de la economía mundial*, Vergara, Buenos Aires, 1994, p. 86.

que esto ocurriera en la industria son similares a los que incidieron sobre la agricultura: el crecimiento de la productividad en la industria es mayor que en los servicios”¹¹.

Pero esta línea de argumentación no sólo desconoce que el problema no es en absoluto algo típico del caso español, sino que ignora además que no se puede reducir a un asunto de prácticas monopolistas, ya que se trata de un problema de diferencias estructurales entre el sector de servicios y el sector industrial. Como se muestra en **Guerrero (1992)**, desde el punto de vista técnico-productivo y de la subsunción del proceso de trabajo en el proceso de producción del capital, ambos sectores difieren radicalmente. Mientras que los bienes industriales (por sus propias características físicas y técnicas) pueden ser objeto de producción en masa y son, por tanto, susceptibles de avances radicales en la productividad de trabajo, no ocurre otro tanto con los servicios, cuya prestación ha de realizarse de forma personalizada o cuasi personalizada en muchas ocasiones, quedando vedada en este campo la base técnica para la obtención de mejoras productivas y de coste del alcance y magnitud de las que son posibles conseguir cuando la subsunción real del trabajador a la máquina es un hecho. Como se afirma en el trabajo citado, “al no poderse mecanizar, el incremento de la producción de estos servicios exige la absorción de cantidades crecientes de mano de obra (como consecuencia de un débil crecimiento del cociente capital/empleo en el sector) y hace imposible la elevación de la productividad al ritmo habitual en la esfera de la producción material. En consecuencia, el menor crecimiento de la productividad se tiene que traducir necesariamente en un encarecimiento progresivo de los servicios, en relación a los bienes industriales y agrícolas” (p. 43).

La baja relación capital/trabajo en los servicios se ha de reflejar, por otra parte, en la estructura del valor unitario de las mercancías que produce este sector (o en la estructura del valor imputado a los servicios no mercantiles, a los que puede extenderse sin problemas este razonamiento). Así, si observamos los datos del caso español, veremos que, mientras en la producción material el valor de la producción se reparte entre un 60,7% para consumos intermedios y un 39,3% para el valor añadido bruto a precios de mercado (que a su vez se divide

en un 17,9% para salarios y un 21,4% para excedente), en el sector servicios (destinados y no destinados a la venta) la estructura es radicalmente diferente: 29,4% de consumos intermedios y 70,6% de valor añadido (32,1% para salarios, 38,5% para excedente). Esto significa que en el precio final de los servicios la proporción entre trabajo directo y trabajo indirecto se invierte en relación a la que es característica de la industria ($70,6/29,4 = 2,40$ en los servicios, frente a $39,3/60,6 = 0,65$ en la industria); y que, mientras los salarios representan en la producción material (sin servicios) el 22,8% de los costes, en los servicios este porcentaje se eleva al 52,2%. Ahora bien, el trabajo (la fuerza de trabajo) tiene que encarecerse necesariamente en relación con el resto de las mercancías, y ello por dos razones: 1) porque, a igual intensidad, cantidad y calidad de trabajo, su reproducción mercantil se abarata con el desarrollo de la productividad, como ocurre con el resto de las mercancías, pero se abarata menos que éstas, ya que en el caso de la fuerza de trabajo los inputs que proceden de los servicios representan una proporción mayor (servicios de educación, sanidad, servicios públicos...), mientras que en los consumos intermedios del sector de producción material la mayor parte de los inputs son a su vez materiales; 2) porque, aunque la estructura de los inputs fuera equivalente, el aumento característico de la intensidad y la cualificación del trabajo que se desarrolla en cualquier proceso laboral impone la necesidad de unos consumos crecientes (simplemente para reponer el mayor gasto realizado en energía humana, o trabajo abstractamente humano). En consecuencia, el trabajo tiene que encarecerse necesariamente en relación con el resto de las mercancías (para hacer posible la cobertura de este gasto incrementado), y ello se traduce por la tendencia al alza del salario real individual a largo plazo. “Por esta doble razón” —se concluye en el trabajo citado—, “el sector donde la estructura de costes se decanta por el trabajo directo (frente al indirecto, materializado en medios de producción, es decir, en mercancías) tiene necesariamente que producir outputs cada vez más caros (en términos del otro sector)” (p. 45).

Los factores de competitividad distintos a los costes

En el tercer grupo de políticas microeconómicas de competitividad industrial, se puede incluir una enorme variedad de medidas tendentes a

¹¹ *Ibid.*, pp. 86-87.

influir, no sobre costes y precios, sino sobre otros factores. Siguiendo a la literatura francesa, que distingue entre "avantages-coûts" y "avantages hors-coûts"¹², podríamos bautizar a esta forma de competitividad la "competitividad no-costes" o, mejor, "ajena a los costes". Lo más característico de esta literatura es que le va comiendo más y más terreno a la que insistía, sólo unos años atrás, sobre los costes como elemento más fundamental de la competencia. En la tradición abierta por los primeros estudios desarrollados en la Fundación Empresa Pública era mucho más perceptible la preocupación por los costes y los precios que por los demás factores. Así, en un estudio de 1981, **Martín, Monés y R. Romero** comparan la competitividad de España y la Comunidad Europea "sobre la base de la comparación de las estructuras de costes sectoriales, frente a los métodos que generalmente se vienen aplicando y que son, básicamente, la comparación de estructuras de protección y la determinación de las ventajas comparativas reveladas sobre la base de los flujos de comercio mutuo". Y en consonancia con lo anterior, se cerraba el capítulo de conclusiones señalando que "el que hayan existido unas diferencias salariales superiores a las de productividad, unido a unos costes de capital y amortización menores, es un índice de la relativa 'comodidad' con que se han movido las empresas españolas", aunque lo más probable es que en los últimos años las empresas españolas hayan "reducido su ventaja relativa en términos de costes corrientes". Como se ve, en 1981 no era perceptible aún la preocupación actual por los factores ajenos a los costes y precios, que parece dominar en la literatura española más reciente.

Así, en el Banco de España **Gordo y L'Hottellerie** (1993) presentan esta evolución como el resultado natural de la progresión científica: "Los desarrollos teóricos más recientes en el campo del comercio internacional han llamado la atención sobre las limitaciones del análisis de la posición competitiva de una economía basado únicamente en el estudio de los costes y de los precios relativos, y han subrayado la capacidad que tienen las empresas para establecer mecanismos

más activos de competencia a través, fundamentalmente, de la diferenciación de su producto, mediante la introducción de mejoras en la calidad, creación de marcas comerciales, establecimiento de servicios postventa, etc." (p. 8). Asimismo, desde el Ministerio de Economía y Hacienda se realiza la misma interpretación, ya que, según **Laborda, Lorente y Prades (1986)**, "no conviene olvidar que, junto a la evolución de los costes de producción, existen otros factores, como la especialización tecnológica, las redes comerciales o los servicios postventa, de crucial importancia para medir la competitividad internacional de un determinado país en mercados de productos con gran valor añadido" (p. 30). Por último, en un "Informe elaborado por la autora para Presidencia del Gobierno", **C. Martín (1991)** explica cómo en "las nuevas teorías del comercio internacional formuladas en un contexto de mercados de competencia imperfecta", la noción de competitividad "se amplía para incorporar, además del precio, otros atributos como la calidad, el diseño, o los servicios postventa determinantes de la diferenciación de los productos" (p. 6). Estas interpretaciones no son exclusivas de la literatura española, sino que en otros países también se ha desarrollado en esa misma dirección, como demuestra, por ejemplo, el francés **Abd-El-Rahman (1992)**, miembro del famoso Centre d'Études Prospectives et d'Informations Internationales (CEPII), que considera que la competitividad que llama "estructural", o "de no vía precios", utiliza criterios que son "más sutiles" que los de la "vía precios", como son "la diferenciación de los productos, la creación y la calidad, la innovación, la eficacia de la comercialización, la capacidad de adaptación y la búsqueda de posiciones de fuerza en nichos concretos" (p. 28).

Otra característica típica de este enfoque es que presenta a la empresa y a la competencia de una forma que, siendo diferente a la manera tradicional en que aparecen en el modelo de la competencia perfecta, le hace el juego a esta forma convencional, respecto a la cual termina apareciendo como un complemento en vez de como una alternativa. De todos es sabido que la competencia perfecta supone empresas perfectamente pasivas que sólo tienen que preocuparse, una vez conocido el precio que impone el mercado, de decidir la cantidad de producto que deben vender a ese precio para conseguir maximizar los beneficios (aplicando la regla de la igualdad del coste marginal con el precio). Los teóricos de la economía industrial y de la competencia

¹² Véanse, por ejemplo, **MATHIS, MAZIER y RIVAUD-DANSET (1988)**, ya citado, o **ASENSIO y MAZIER (1991)**: "Compétitivité, avantages coûts et hors-coûts et spécialisation", *Revue d'Économie Industrielle*, n° 55, 1 trimestre, pp. 84-107.

imperfecta insisten en la falta de realismo evidente de este modelo, y frente a la empresa pasiva de la competencia perfecta, apuestan por la empresa activa de su modelo, que es una empresa activamente preocupada por aplicar la estrategia correcta para hacer frente a las amenazas y peligros muy reales del mercado. Como suponen que las demás empresas rivales son también activas, cuando no agresivas enemigas, los modelos de la economía industrial reconocen, de forma realista, que todas las empresas luchan unas con otras por captar la mayor parte posible del mercado y desbancar a los competidores. Así, **Alonso y Donoso (1990)** señalan la necesidad de reconocer a la empresa su capacidad "para alcanzar la maximización condicionada de los beneficios, no ya mediante la adaptación pasiva a las exigencias derivadas de la estructura del mercado, sino desarrollando comportamientos estratégicos que trascienden la reducción de los costes y los precios".

Ahora bien, el compromiso de estos modelos con ciertos presupuestos teóricos y metodológicos de la más pura microeconomía neoclásica les impide ser plenamente coherentes en su enfoque realista sobre la competencia, y les obliga a aplicar el realismo sólo de forma parcial y limitada. Concretamente, el margen de maniobra estratégica concedido a las empresas de la competencia imperfecta queda estructuralmente limitado desde el momento en que se deja fuera del panorama analítico toda preocupación por el cambio técnico y la formación de los costes de producción por la vía del proceso de mecanización productiva. En el fondo, esta restricción es un tributo que la Economía Industrial debe pagar por compartir con sus antagonistas de la competencia perfecta la misma teoría del valor, la tesis de la simetría de la oferta y la demanda, el método de la estática comparativa, la expulsión del terreno analítico del cambio técnico y del tiempo real, etc. Y, por todas estas razones, las empresas de este modelo sólo son activas, diríamos, en el ámbito comercial (en sentido amplio), pero no en el ámbito productivo. No es que sean activas sólo en el departamento de marketing, pero al dejar fuera el elemento clave es justo decir que no son activas en el terreno central de la producción y los costes. Sólo aplican estrategias (por muy amplias que sean éstas y se refieran verbalmente incluso a la tecnología, pero lo hacen convirtiendo a ésta en una pura lucha en torno a las patentes y demás derechos de protección, sin analizar las consecuencias sobre los costes) para conseguir ocupar las mejores posiciones en el mercado y desbancar a los rivales una vez que el coste de producción ya está formado para ellas

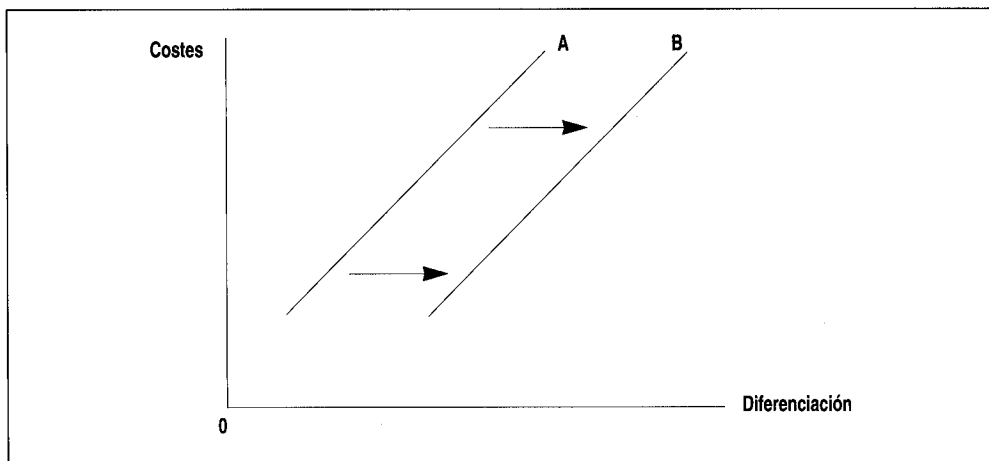
(de forma exógena y no problemática). Y, lo que es más grave, se supone que estas estrategias se aplican sobre productos que han sido producidos por todas las empresas ¡al mismo coste de producción! (lo que no puede sorprender, ya que se supone que todas ellas, como sus correligionarias del modelo de competencia perfecta, aplican la misma técnica productiva).

En estas condiciones —y sólo en estas condiciones—, se explica que el énfasis contemporáneo en la diferenciación de producto, y en la calidad (real o simbólica) como vía principal para conseguir la diferenciación, haya llevado a una cierta hipertrofia de la literatura de Economía Industrial sobre estas materias, sin que todas estas aportaciones hayan conseguido mucho más que desviar la atención de los aspectos realmente centrales de la competencia, la competitividad y los problemas industriales. Sin embargo, estos desarrollos están parcialmente justificados, pues una vez reducido y distorsionado el análisis de los costes a la caricatura en que, como hemos visto en la sección 1, se ha convertido en ocasiones, no sorprende que la insatisfacción de muchos autores por esta manera de presentar las cosas los haya llevado a preferir cualquier alternativa. Sin embargo, hay que ser cautelosos con las consecuencias que puede tener una actitud de este tipo. Si se observa que los salarios altos coinciden muchas veces con unos buenos resultados competitivos (por ejemplo, con ganancias de cuotas de mercado), esto no debe llevar a creer que el problema es que los costes intervienen cada vez menos en la competencia industrial, aunque se defienda esto sólo para un número limitado, si bien creciente, de sectores productivos. Es verdad que si los niveles salariales se toman, erróneamente, como representativos de los costes unitarios (costes medios o por unidad de producto), las mejoras en los resultados comerciales aparecerán como una paradoja que es necesario explicar. Este es lo que sucede en el caso de **Laborda, Lorente y Prades**, que señalan que "el bajo nivel de competitividad-costes de la industria alemana puede estar compensado por un alto y creciente nivel de desarrollo tecnológico" (1986, p. 30), en clara oposición al tipo de interpretación que se desarrollará en el apartado 4. Pero el problema estriba en la debilidad teórica de los fundamentos analíticos utilizados, que hacen ver como paradójico el resultado normal del fenómeno competitivo. Esto será lo que analicemos en la última parte de nuestra exposición (sección 4), pero antes seguiremos el curso del argumento empleado por la Economía Industrial para caracterizar de paradójico el fenómeno citado.

Desde esta perspectiva, si las empresas y países donde los salarios son característicamente altos pueden gozar de buenos resultados competitivos, a escala mundial, tiene que ser porque los costes son cada vez menos importantes, o sea, porque factores distintos de los costes desempeñan en la competencia un papel cada vez más decisivo. Así, **Colom (1994)**, basándose en **Segura** y en **Martín**, llega a afirmar que “la existencia de una disociación en diversos sectores productivos entre la evolución de la competitividad exterior (medida por las exportaciones) y la evolución de los costes y precios (medido por el índice del TCER)” es “prueba” suficiente de que “la competencia entre las empresas se establece a través de la segmentación de mercados, la diferenciación de productos, la creación de clientelas adictas a marcas” (p. 5). Entroncando con una literatura ya veterana en torno a estas cuestiones, que arranca de Chamberlin y de más atrás, los autores que se inclinan por este tipo de interpretación insisten cada vez más en toda una gama de estrategias empresariales que podemos agrupar bajo el nombre de estrategia de “diferenciación del producto”. Hoy en día, es generalmente aceptada la idea expresada por **Vives** de que “las empresas tienen a su disposición dos grandes estrategias competitivas: liderazgo en costes y diferenciación del producto” (1990, p. 35); aunque algunos, siguiendo a Porter, señalan una tercera estrategia, que vendría a consistir en cierta combinación de las dos anteriores a partir de la “concentración en un segmento determinado del mercado” (**Canals** 1991, p. 157). El propio **Canals** prefiere llamar estrategia “de calidad” a la estrategia de diferenciación de producto, y situarla finalmente, junto a la

estrategia “de costes”, en el mismo plano de importancia global para la empresa. Pero **Canals** tiene buen cuidado en dejar bien claro el error de planteamiento que supone separar arbitrariamente ambas estrategias competitivas, como si se tratara de vías independientes en vez de estrategias equivalentes e interrelacionadas, ya que el objetivo de abaratar la producción de un producto de determinada calidad es conceptualmente idéntico al de mejorar la calidad de un producto que tiene un determinado coste. Así, **Canals**, tras señalar que “la piedra de toque de la calidad de la diferenciación es la utilidad percibida por los consumidores y esa percepción consiste en que éstos aumentan el valor de la compra”, se ve obligado a reconocer, en su análisis de los “procedimientos para aumentar el valor de la compra para el consumidor”, que éstos consisten en la “disminución del coste de la compra” (ya sea por disminución del tiempo de instalación o entrega, del riesgo de roturas, de los costes de uso del producto o de los defectos de calidad, o por mejora del servicio post-venta) o en el “aumento de sus resultados” (que consisten a su vez en la disminución del coste de financiación de las compras o los inventarios, además de en aumentos de productividad y mejoras en la calidad del producto) (pp. 162-163). Finalmente, este autor se ve obligado a reconocer que “costes bajos y diferenciación son los extremos de un continuo de posibilidades” y que el gran reto de la empresa “a la hora de posicionarse en el mercado consiste en mejorar la calidad sin incurrir en costes excesivos”, de forma que es posible establecer una “relación general entre nivel de costes y capacidad de diferenciación” que podría representarse como en la figura que reproducimos del libro de **Canals**:

381



Desde el punto de vista de los economistas clásicos, se habría dicho que la segunda vía trata de aumentar la relación o cociente entre valor de uso y valor, mientras que la primera vía apunta a disminuir el cociente entre el valor y el valor de uso. Se ve, por tanto, que se trata de fenómenos completamente equivalentes y coincidentes también con la sensibilidad tanto de las empresas como de los consumidores, que toman precisamente la relación calidad-precio como el indicador más sintético de la fortaleza competitiva de un determinado producto. Por consiguiente, poco puede sorprender que, como dice **Martín (1992)**, “en estos contextos de competencia imperfecta, hoy día dominantes, la disponibilidad de ventajas en estos activos intangibles puede permitir a las empresas producir bienes o servicios que, incluso teniendo costes de producción y precios más altos, sean preferidos por los consumidores a los ofrecidos por empresas rivales en virtud de su calidad o sistema de comercialización” (p. 368). Un aumento de la relación calidad/precio se expresa gráficamente como un desplazamiento de la recta A de la figura hacia la derecha (hasta B). Dicho desplazamiento, que, como reconoce **Canals**, se puede producir por medio de la “introducción de nuevas tecnologías, de nuevos procesos internos, o simplemente, [del] aprendizaje a lo largo del tiempo”, indica que la empresa persigue, dado un cierto nivel de coste, aumentar la diferenciación de sus productos, lo cual puede también leerse de manera complementaria como el intento de la empresa, dado cierto nivel de diferenciación e identificación del producto, por rebajar los costes de producción. Y es que, como concluye el propio **Canals**, “la dinámica de la rivalidad internacional exige una mejora continua en calidad y en costes. Intentar competir en una sola de estas variables olvidando la otra es suicida” (pp. 165-166).

Si ahora volvemos la vista atrás para obtener una panorámica de conjunto de los tres tipos de políticas microeconómicas de competitividad analizadas en las secciones 1 a 3, tal como se presentan en la literatura comentada, se podría obtener la falsa impresión de que un gobierno que instrumente una política de rentas dirigida a controlar el crecimiento de los salarios, una política de defensa de la competencia que busque reducir al mínimo el poder de mercado y el grado de monopolio de la economía, y una política de estímulo a la diferenciación del producto (calidad, diseño, imagen de marca, vías de comercialización, redes comerciales en el exterior, etc.), no

sólo está haciendo lo correcto, o incluso lo óptimo, para conseguir mejorar la competitividad, sino que está además en condiciones de garantizar el logro efectivo de estos objetivos. Pero esto es una ilusión. En primer lugar, si eso fuera así, todos los países estarían mejorando su competitividad simultáneamente, porque prácticamente todos los gobiernos llevan a cabo, de una forma u otra, políticas de este tipo. Ahora bien, esto es sencillamente imposible, puesto que no todos pueden mejorar su competitividad al mismo tiempo (por ejemplo, no todos los países pueden aumentar simultáneamente sus respectivas cuotas en el mercado mundial), salvo que se crea que mejorar la competitividad de una empresa o de un país es sencillamente elevar el grado de rivalidad y de competencia de esa empresa o ese país con respecto a los demás.

Se hace, pues, necesario diferenciar dos sentidos del término competitividad: la competitividad como habilidad, aptitud o eficacia competitiva es una propiedad de ciertos sujetos (empresas, sectores, plantas industriales o países), que está ausente en otros sujetos (los llamados no competitivos); pero la competitividad es también una relación o situación objetiva, aquélla precisamente en la que se encuentran entre sí tanto los sujetos competitivos y no competitivos (entendidos en el primer sentido considerado), con independencia de que tengan o no esta especial capacidad. Una vez que se diferencia la competitividad que constituye el objeto de las políticas industriales —que no es sino la competitividad en el primer sentido citado— de la competitividad entendida como sinónimo de la competencia o rivalidad o concurrencia, empieza a resultar evidente, no sólo que no basta con estimular la competencia para lograr la fortaleza competitiva —contra lo que cree **Espina**, que afirma que “sólo se gana competitividad compitiendo” (1995, p. 27), pero se olvida de agregar que sólo compitiendo se puede perder competitividad—, sino que ni tan siquiera las políticas analizadas parecen los instrumentos adecuados para garantizar buenos resultados en este terreno. Piénsese, y aquí retomamos la primera distinción señalada por **Viñals**, que todas esas medidas no son sino medidas dirigidas a mejorar los “factores externos a la empresa”, o su entorno externo, pero que en ningún caso estas medidas se introducen en el interior del núcleo donde se decide de verdad la cuestión competitiva. También **Segura** es consciente de que no se le puede exigir a las autoridades económicas de

un país “que logre que las empresas tomen las decisiones que conducen a mejorar la competitividad, y menos aún que suplanten a las mismas como agentes económicos” (1992, p. 62). Y es que, en efecto, donde la empresa puede conseguir las mejoras necesarias para hacer posibles mejores precios y mejores calidades es en el terreno de la producción, y eso tanto en su faceta técnica como en la organizativa, y todo esto queda fuera de lo hasta ahora analizado y nos obliga a introducirnos en un ámbito distinto, que analizamos a continuación.

Los factores internos a la empresa: cambio técnico-organizativo y costes de producción

En esta dirección son varios los trabajos que en los últimos tiempos han aportado reflexiones importantes, especialmente los de **Shaikh, Botwinick y Gouverneur**, aunque empezaremos comentando los publicados en España por **Moral y Román** (1994), por una parte, y por **Xavier Vence** (1995), por otra. **Vence**, en su libro sobre Economía de la innovación y del cambio tecnológico, coincide con los otros autores citados al poner el énfasis en uno de los conceptos clave del fenómeno competitivo: la mecanización de la producción. Sin embargo, en **Vence** este concepto se engarza con otros conceptos relacionados dentro de la teoría de la competencia de una forma, a nuestro juicio, excesivamente plural o ecléctica, en la que intervienen elementos de las teorías schumpeteriana y post-schumpeteriana (véanse los capítulos 3 y 4), regulacionista (cap. 10), institucionalista/evolucionista (cap. 7), etc., dando lugar a un marco teórico que sin embargo no parece capaz de ofrecer una alternativa acabada a los modelos competitivos característicos de la tradición hegemónica (competencia perfecta y competencia imperfecta). La razón es que los enfoques que arrancan de Schumpeter no parecen compatibles con los que tienen su origen en los clásicos o en Marx, pues en los primeros la inclusión de elementos neoclásicos y, por tanto, estáticos, termina limitando el alcance de la crítica a los modelos ortodoxos de competencia. Y es que en Schumpeter hay una ambigüedad evidente. Por una parte, es clara su oposición tajante y radical, no sólo al modelo de competencia perfecta, sino al enfoque estático de la competencia en

general. Pero, por otra parte, en sus escritos tendió a identificar la empresa en competencia perfecta con la pequeña empresa —la empresa con “una eficiencia interna mediocre”, según su propia expresión—, y la empresa dinámica e innovadora con la “gran empresa” o “empresa gigante”. Esto puede conducir fácilmente a concluir que la eficiencia es una cuestión del tamaño o escala de la empresa en cuanto tal, en perfecta consonancia con el análisis neoclásico, que ha sustituido por completo el cambio técnico por la escala. En realidad, **Schumpeter (1942)** mismo no parece que se librara completamente de la confusión. Es cierto que denunció que “lo que prácticamente monopoliza la atención del teórico sigue siendo la competencia dentro de un molde rígido de condiciones, especialmente de métodos de producción y formas de organización industrial, que no sufren variación”; y que añadió: “Pero en la realidad capitalista (en contraposición a la imagen que dan de ella los libros de texto) no es esta especie de competencia la que cuenta, sino la que lleva consigo la aparición de artículos nuevos, de una técnica nueva, de fuentes de abastecimiento nuevas, de un tipo nuevo de organización (la unidad de dirección en gran escala, por ejemplo), es decir, la competencia que da lugar a una superioridad decisiva en el costo o en la calidad y que no ataca ya a los márgenes de los beneficios y de la producción de las empresas existentes, sino a sus cimientos y a su misma existencia” (1942, p. 122).

Sin embargo, Schumpeter también dio pistas a favor del modelo de la competencia imperfecta que no es sino una variante más del modelo neoclásico. En primer lugar, pensaba que ni Marshall ni Wicksell ni tampoco los clásicos supieron ver “que la competencia perfecta constituye la excepción”. Por otra parte, aunque señaló que “los casos puros de monopolio a largo plazo solamente pueden tener lugar rarísima vez y que incluso las aproximaciones tolerables a los requisitos del concepto tienen que ser aún más raros que los casos de competencia perfecta” (p. 140), apuntó claramente hacia la tercera vía de la “competencia monopolista”, a cuyos teóricos (él cita expresamente a Chamberlain y Robinson) considera los autores de “una de las mayores contribuciones a la ciencia económica de la posguerra” (p. 115). Consideró que salvo unos pocos casos de productos agrícolas, los empresarios deberían recurrir fundamentalmente a la “estrategia de los precios, la estrategia de la calidad —diferencia-

ción de los productos'— y la publicidad", en un modelo de competencia monopolista que es "un modelo completamente distinto, del que no parece haber razón para esperar que dé lugar a los resultados de la competencia perfecta, sino que se adapta mucho mejor al esquema monopolista" (ibíd.).

Otro síntoma de que Schumpeter no logró desembarazarse del todo del marco neoclásico en que había gestado su pensamiento se aprecia en su incapacidad para desarrollar los aspectos microeconómicos de sus intuiciones sobre el proceso de innovación tecnológica sobre el que tanto insistió. Igual que ha ocurrido después con los teóricos de la competencia imperfecta que se han ocupado del cambio técnico, el tratamiento schumpeteriano de esta cuestión no ha sido capaz de integrar de forma efectiva el tratamiento del cambio técnico como fenómeno puramente técnico o tecnológico con la teoría económica general. La insistencia schumpeteriana y sobre todo neo-schumpeteriana en los diversos aspectos de los procesos de innovación y difusión tecnológicas, en los problemas ligados a su protección legal, en los procesos de imitación como alternativa de la innovación, etc., todo ello no ha podido integrarse eficazmente en una auténtica teoría microeconómica del cambio técnico. Seguramente, la razón de este fracaso es que han faltado en Schumpeter las categorías que utilizará Marx —el autor clásico que más ha desarrollado la teoría de la competencia— para conseguirlo; en particular, están ausentes en esta línea de pensamiento los conceptos de mecanización y de capitalización de la producción. Lo cierto es que Schumpeter ha terminado por ser digerido dentro de la corriente del análisis estático de la competencia, como un representante de la idea de la correlación positiva entre gran empresa y/o monopolio, por una parte, y actividad de investigación y desarrollo de las empresas, por otra¹³; tema que la Economía Industrial trata exclusivamente en relación con el problema de las patentes y los sis-

temas alternativos de protección legal de ciertas nuevas tecnologías (véase el capítulo 10 de Tirole (1988)), pero en un contexto enteramente ajeno al enfoque dinámico de Schumpeter.

Por su parte, en el libro de **Moral y Román (1994)**, aunque se observa una mayor homogeneidad o, si se quiere, un tratamiento del problema competitivo más preocupado por su coherencia con un sistema teórico global alternativo de los planteamientos neoclásicos —el libro se centra en las relaciones entre demanda efectiva, competencia y crédito, donde se obtienen los resultados analíticos más relevantes—, se encuentran algunos elementos que provocan cierta confusión. Hay en él (véanse la presentación y los capítulos 1 y 2) una amplia reivindicación de la corriente postkeynesiana, caracterización que, aparte de la ambigüedad conceptual que lleva asociada en sí misma (los autores afirman que "no faltan razones para definir el postkeynesianismo como una suerte de síntesis clásico-keynesiana", p. 28), no se ajusta a algunas de las aportaciones que más directamente se reivindican en este libro, como la muy singular del autor que comentaremos a continuación —**Anwar Shaikh**—, a quien los autores declaran tomar como punto de partida (p. 8), al tiempo que reconocen su plural y "profunda identificación" con autores como J. Robinson, M. Kalecki, Harrod, Strachey, M. Dobb o P. Sweezy (p. 35). No obstante, en este libro se defiende claramente un enfoque que reivindica una concepción de la competencia como la que a continuación comentaremos, y que los autores resumen al señalar que la movilidad de capitales "promueve la formación de un sistema de precios que reflejará los costes por unidad comparativamente más bajos —alcanzados con las tecnologías reguladoras— más la tasa normal de ganancias (...) Este sistema de precios, determinado por los capitales reguladores, que emerge de la competencia entre industrias se corresponde con los famosos precios naturales de Adam Smith y con los precios de producción de Karl Marx" (p. 152). Es más, los autores son conscientes de que "los rasgos que a los ojos de neoclásicos, postkeynesianos y marxistas en general (en contraste con los clásicos y el propio Marx) son interpretados como desviaciones monopolistas del régimen de competencia, son observados desde la perspectiva analítica clásica, por el contrario, como rasgos naturales de la estructura dinámica de la competencia industrial" (p. 154).

¹³ J. Tirole señala que "el punto básico" de Schumpeter es que "una situación de monopolio y la investigación de desarrollo están íntimamente relacionados", lo cual "se articula en dos argumentos claramente distintos: el primero es que los monopolios son un buen nido para la I+D; el segundo, que si se quiere inducir a que las empresas emprendan I+D se tiene que aceptar la creación de monopolios como un mal necesario" (TIROLE [1988]: La teoría de la Organización Industrial, Ariel, Barcelona, 1990, pp. 590-591).

Desembocamos así en la obra de **Shaikh**, un autor que ha desarrollado como nadie los fundamentos para una nueva concepción de la competencia, que sirva, por tanto, de base para una manera de distinta de plantear la cuestión de la política industrial. La aportación de este autor es extraordinariamente singular en primer lugar por la profundidad y el alcance con los que ha criticado las elaboraciones centrales de las concepciones ortodoxas de la competencia. Su aportación va mucho más allá de la realizada por autores como Clifton¹⁴ o McNulty¹⁵, porque une a la crítica de la competencia perfecta e imperfecta el desarrollo de una teoría alternativa que se construye sobre la idea de mecanización y capitalización de la producción (véase **Shaikh 1980**), siguiendo los lineamientos trazados por los economistas clásicos y por Marx, a la vez que reivindica la importancia del capital fijo, y sitúa la actividad competitiva en un terreno más realista al calificarla de una batalla o guerra donde el arma fundamental consiste precisamente en la máquina. **Shaikh** entronca así con una larga tradición que el predominio de la idealización neoclásica casi nos ha hecho olvidar.

Entronca en primer lugar con lo que debía ser ya bien conocido a principios del siglo XVIII, a juzgar por la cita que trae a colación otro de los autores bien estudiados por Shaikh: "Si mi vecino, haciendo mucho con poco trabajo, puede vender barato, tengo que darle maña para vender tan barato como él. De este modo, todo arte, oficio o máquina que trabaja con la labor de menos brazos, y por consiguiente más barato, engendra en otros una especie de necesidad y emulación o de usar el mismo arte, oficio o máquina, o de inventar algo similar para que todos estén en el mismo nivel y nadie pueda vender a precio más bajo que el de su vecino" (*The Advantages of the East-India Trade to England*, Londres, 1720, p. 67: así citado en Marx (1867), vol. 2, p. 387). Entronca también con la visión de Adam Smith, que insistió en que dos que corren para llegar el primero no pueden normalmente ganar a la vez, demostrando así que no hace falta ocultar que en la competencia algunos habrán de perder para ser partida-

rio de la competencia misma. Entronca también con el concepto de composición orgánica del capital, desarrollado por Marx, y con su tendencia al alza, al tiempo que rescata de los escritos de Marx el concepto de composición materializada del capital, también creciente.

Estas aportaciones de **Shaikh** pueden unirse a las de otros autores que, aunque no se muevan exactamente en la misma línea que él, permiten utilizar su contribución en esa misma dirección. Así, por ejemplo, **Gouverneur**, quien utiliza la idea del monopolio y del capitalismo monopolista en un sentido bien distinto de como lo hace **Shaikh**, presenta una ilustración de la doble dimensión competitiva —intrasectorial e intersectorial— a través de unos cuadros que permiten comprobar cómo los valores mercantiles medios, convertidos en precios de producción que garantizan la tendencia a una misma rentabilidad sectorial, sirven de centro regulador último de los precios de mercado que se establecen finalmente¹⁶. Por su parte, **Botwinick** ha realizado una muy interesante aplicación de la teoría de la competencia desarrollada por **Shaikh** al campo de la Economía laboral, donde **Botwinick**, tras resumir esta teoría, insistiendo en la importancia que tienen en ella conceptos básicos como el de los "capitales reguladores" —bien reflejado igualmente en el libro ya citado de **Moral y Román**—, que están directamente detrás de estos precios a escala mundial, desarrolla una nueva perspectiva sobre Economía del trabajo, que critica a la vez la perspectiva neoclásica y la de los autores institucionalistas y radicales que defienden la teoría de la segmentación del mercado de trabajo. La base de esta crítica es la observación de que ambos paradigmas teóricos dominantes en la Economía laboral contemporánea comparten, por encima de las diferencias que los separan, un mismo punto en común: la idea de que la competencia genera una tendencia a la igualdad intra e intersectorial de las retribuciones salariales y de las condiciones de trabajo, junto a la idea simétrica de que es la ausencia de dicha competencia —o sea, la existencia del monopolio y el oligopolio— lo que explica la desigualdad en el ámbito laboral y salarial. Por el contrario, la tesis de **Botwinick**, que en esto sigue a **Shaikh**, es una nueva teoría de la

¹⁴ Clifton, J. A. (1977): "Competition and the evolution of the capitalist mode of production", *Cambridge Journal of Economics*, 1 (2), junio, pp. 137-151.

¹⁵ McNulty, P. (1987): "Competition: austrian conceptions", en *New Palgrave: a Dictionary of Economics*, vol. 1, pp. 536-537.

¹⁶ Véase una versión modificada de los cuadros que desarrolla **Gouverneur** en el capítulo 2 de D. GUERRERO (1995): *Competitividad: Teoría y política*, Ariel, Barcelona.

Economía laboral que arranca de la comprobación de que es la libertad de movimiento del capital —o sea, la libre competencia, que en ningún caso debe confundirse con la competencia perfecta— lo que genera intrínsecamente, no sólo la desigualdad, sino la persistencia, cuando no el crecimiento, de estas desigualdades en materia salarial y de condiciones de trabajo, como simple corolario de la desigualdad en las condiciones de producción que caracteriza también a los sectores productivos y a las empresas desde el punto de vista de la teoría general de la competencia.

Por otra parte, la teoría de **Shaikh** sirve también para criticar las pretensiones de algunos economistas postkeynesianos de negar la tendencia a la igualación de las tasas sectoriales de ganancia recurriendo a la evidencia empírica ofrecida por ciertos países. Como le ocurrió al propio Keynes, muchos postkeynesianos no son capaces de superar del todo la matriz teórica neoclásica en la que se han formado, como evidencia el caso de **Çapoglu (1991)**, que pretende negar la tendencia a la igualación sectorial de las tasas de ganancia recurriendo a datos que demuestran que tal igualación no tiene lugar en el nivel nacional, al menos en el caso de los Estados Unidos (pp. 55 y ss.) cuando lo que afirma esa teoría es la igualación sectorial a nivel universal (ya que el mundo es el escenario competitivo), y esto es perfectamente compatible con la persistencia de desiguales rentabilidades sectoriales intranacionales, como demuestran los cuadros 8 y 9 de **Shaikh (1990)** (pp. 219 y 220).

La insistencia en la centralidad de la producción, frente a la consideración central del mercado y el dominio consiguiente de las estrategias de marketing —que es en lo que parecen insistir los teóricos de la Economía Industrial— nos recuerda la importancia determinante de los “factores internos a la empresa” en el análisis de la competitividad. Las empresas que componen el tejido industrial de un país son los protagonistas y los depositarios del grado de desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas sociales de ese país, en el que siempre hay que tener en cuenta simultáneamente los dos elementos integrantes —el subjetivo y el objetivo— de la producción. El grado de preparación y formación de la mano de obra nacional no es sino otra forma de expresar el grado de complejidad tecnológica de los equipos y plantas productivos del país. En la actualidad, ambos índices expresan sobre todo el grado de adelanto científico y técnico alcanzado en el país,

el grado de perfección conseguido por el “trabajador colectivo” de esta sociedad. Uno de los grandes méritos del libro de **Vence** es que le dedique todo un largo capítulo de su libro a este concepto (véase el cap. 2), ya que es el nivel científico y tecnológico del trabajador colectivo nacional lo que se expresa en el volumen y composición específica del capital fijo que compone la planta productiva nacional, cuyo correcto funcionamiento es lo que exige de forma objetiva que se articule un tipo determinado de organización de la producción y del proceso de trabajo correspondiente. La insistencia de los economistas de empresa en la adecuada organización del trabajo o en el desarrollo de las capacidades directivas para aprovechar al máximo la eficacia de los recursos humanos de la empresa (en la utilización del equipo material de la misma), no debe hacernos perder de vista la distinción entre lo principal y lo secundario. Esto quiere decir que, transcurrido el periodo transitorio de ajuste, necesario para que se realice plenamente la adaptación del equipo humano al pleno rendimiento del sistema de máquinas que constituye cada vez más la fábrica industrial contemporánea, las mejoras de eficacia y productividad quedan identificadas con este motor de la dinámica del sistema productivo capitalista: la necesidad siempre reproducida, y siempre creciente, de mecanizar aún más la producción, puesto que la sustitución del trabajo vivo por la máquina parece, en principio, el arma adecuada para participar con éxito en la doble guerra competitiva que, de forma ineludible, tiene declarada cada capitalista: el conflicto con el trabajo, por una parte, y el conflicto con las demás unidades individuales de capital, por la otra.

En relación con el primer tipo de conflicto, el objetivo del capitalista no es tanto la sustitución de mano de obra cara o encarecida por máquinas baratas —como en el argumento de Dobb¹⁷—, sino el de poder contar con un trabajador más perfecto —la máquina— que responda mecánicamente a las órdenes del capitalista, que concentre

¹⁷ Shaikh señala que “la mecanización se convierte en la forma dominante del cambio técnico precisamente porque es la producción de plusvalía, y no la de valor de uso, el aspecto dominante del proceso de trabajo bajo el capitalismo”, y que ésta es la razón por la que “para Marx la tendencia inherente hacia la automatización surge de las relaciones sociales de producción mismas, de las relaciones entre capital y trabajo en el proceso de producción, y no de la relaciones de unos capitalistas con otros en la competencia” (SHAIKH 1980, p. 75).

en ella —en la objetividad física de la máquina— la destreza que ese mismo proceso va arrancando progresivamente al trabajador vivo —reminiscencia lejana ya hoy del típico artesano cualificado y hábil de épocas pasadas—, y que rompa además la capacidad de resistencia potencial que conserva todo trabajador dotado de voluntad humana, por muy alienada que se encuentre dentro de un proceso de trabajo que no le pertenece. Por su parte, en la batalla competitiva, o rivalidad intercapitalista, cada empresa tiene que vencer la amenaza constante que representa para ella la mera existencia de otras empresas que persiguen un mismo objetivo que no todas pueden lograr. La tendencia de cada empresa es el monopolio o, al menos, la obtención de la mayor cuota posible del mercado global, y para ello sabe —por muy importante que pueda ser en algún caso la capacidad para vender bien un producto, o sea, el marketing de su “diferenciación”— que debe ofrecer el producto normalmente más barato que los competidores, basándose en costes unitarios de producción más bajos. Los economistas de empresa, y en especial los de gestión financiera de la empresa, saben perfectamente¹⁸ que el medio habitual de conseguir rebajar los costes unitarios es conseguir rebajar los costes variables por unidad de producto, aunque sea incurriendo en mayores costes fijos totales —costes de equipos y máquinas cada vez más costosos, pero también más perfeccionados—, que se podrán repartir entre un número mucho mayor de productos si se consiguen cuotas crecientes del mercado, de forma que incluso los costes fijos por unidad de producto bajarán como consecuencia de la mecanización, o al menos no subirán tanto como para anular la ventaja conseguida por la vía de los costes variables unitarios.

Como ha señalado **Shaikh**, la “noción de competencia perfecta es vital no sólo para la economía neoclásica” —en la que hemos distinguido dos ramas: la de la competencia perfecta y la de la competencia imperfecta—, sino que lo es también “para la mayor parte de la economía neoricardiana y neo-marxista” (1990, p. 89). Si se sustituye por la concepción que ha quedado apuntada en esta reseña, de la que **Shaikh** es el máximo exponente actualmente, se podrán superar varios de los mitos que oscurecen la correcta comprensión de los fundamentos de la política

industrial, y del papel que cabe esperar de la intervención gubernamental al respecto. Por una parte, se superará el mito de que la vía principal para colocar a un país en la senda competitiva es aplicar una correcta política industrial, y que para ello basta con declararla el objetivo supremo de toda la política económica, subordinando a éste los demás objetivos. Esto equivale a confundir la realidad con los deseos. En primer lugar, se olvida que todos los países buscan el mismo objetivo, y que no todos lo pueden conseguir (por ejemplo, no todos pueden aumentar al mismo tiempo su cuota en el mercado mundial). En segundo lugar, se ignora que la competitividad depende del nivel de eficiencia de las empresas de un país, que a escala agregada coincide con el nivel científico y técnico de su tejido productivo, o grado de desarrollo medio de las fuerzas productivas sociales. Por tanto, y puesto que ningún gobierno es libre para escoger este grado de desarrollo, sino que se encuentra con él como algo dado, fruto de una larga serie de determinaciones históricas, sólo podrá influir en él a través de su impacto sobre el desarrollo científico y técnico.

Por último, permitirá superar el mito creado por quienes opinan que la competencia es buena para todos, a la manera de **Espina**, que recuerda la forma en que en el deporte se dice que lo importante es participar. Por un lado, esto contradice los llamamientos de políticos y economistas más realistas, que observan la competitividad, no como un juego, sino como algo más dramático: una auténtica guerra económica en la que todo el mundo se juega su futuro¹⁹. Es verdad que en el sistema de mercado —o de competencia— las empresas están obligadas a competir, pero que esta rivalidad sea una obligación no es garantía de que los obligados a competir tengan asegurado ganar, ni siquiera cuando cuentan con el apoyo de gobiernos dispuestos a instrumentar una ambiciosa política industrial para conseguirlo. Una cosa está clara entre las enseñanzas que pueden

387

¹⁸ Véanse ARROYO y PRAT (1994): Dirección financiera, 2ª edición, Ed. Deusto, Madrid.

¹⁹ Tiene razón, sin embargo, Krugman cuando denuncia la “obsesión por la competitividad” que no es sino un slogan retórico de los partidarios del “comercio estratégico” (en los Estados Unidos), eufemismo que encubre a los partidarios de ciertas formas, populares del neoproteccionismo moderno. Pero la validez de la denuncia estriba en la lectura nacionalista y miope que se hace, desde esas posiciones, de la batalla competitiva, ya que, como él mismo señala, “lo que obtiene un país depende casi enteramente de su propio comportamiento, y eso no tiene nada de competitivo” (KRUGMAN [1994]: Vendiendo prosperidad, Ariel, Barcelona, p. 293).

derivarse de los nuevos fundamentos teóricos aquí señalados: puesto que lo que importa en la competencia real es la posición relativa que se ocupe, entonces es imposible que todos ganen. Al contrario, para que unos ganen, necesariamente otros tienen que perder.

Diego GUERRERO

Colaboradores

Reynaldo F. Bajraj

Economista (U. de Buenos Aires, Argentina); Diploma en Development Economics (U. de Cambridge, Inglaterra). Fue Secretario Ejecutivo de Planificación y posteriormente Director Nacional de Política Económica en el Gobierno de la República Argentina. Desde 1976 desempeñó funciones académicas y de capacitación en el Instituto Latinoamericano y del Caribe de Planificación Económica y Social (ILPES), siendo luego Director del Programa de Investigaciones y después Director del Programa de Asesoría de dicha institución. Es Director del Centro Latinoamericano de Demografía de las Naciones Unidas (CELADE), desde 1987.

Barbara Boland

Doctora en demografía, Universidad de Pennsylvania, Filadelfia. Actualmente, Oficial de Asuntos de Población en la Oficina Subregional para el Caribe de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), donde está a cargo de la dirección e implementación de los programas de investigación y de capacitación de la

CEPAL, Comité de Cooperación y Desarrollo del Caribe (CCDC) sobre políticas de población y sus interrelaciones con la planificación del desarrollo en el Caribe. Ha sido también profesora de Sociología en la Universidad de West Indies, Kingston, Jamaica, y Directora de la División de Población y Planificación de la Fuerza de Trabajo del Instituto de Planificación de Jamaica. Autora de varias publicaciones sobre temas de políticas de población y desarrollo en el Caribe.

Juan Chackiel

Demógrafo uruguayo, Jefe del Área de Demografía del Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE), que forma parte de la Comisión Económica de América Latina y el Caribe (CEPAL). Con estudios de Ciencias Económicas en la Universidad de la República (Uruguay), tres años de postgrado en Demografía impartidos por el CELADE y la Universidad de Chile e investigador asociado en la Universidad de Princeton. Miembro de la Unión Internacional para el Estudio Científico de la Población y en dos ocasiones integró comités científicos de dicha Unión sobre

mortalidad. Es autor de más de cuarenta publicaciones sobre temas de población en libros y revistas especializadas y tiene una larga experiencia en docencia, investigación y asistencia técnica a los gobiernos de América Latina.

Diego Guerrero

Economista español. Licenciado en Ciencias Económicas y Empresariales por la Universidad Pontificia Comillas y Doctor en Ciencias Económicas por la Universidad Complutense. Profesor Titular del Departamento de Economía Aplicada V de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense.

Tiene publicados numerosos trabajos sobre diferentes materias, habiéndose centrado especialmente sobre los temas relacionados con el proceso de acumulación de capital en España, la competitividad nacional e internacional, el enfoque dinámico en la teoría de competencia, las políticas de competitividad industrial y el cambio tecnológico. Recientemente ha publicado su último libro sobre "Competitividad: teoría y política" (Barcelona, 1995).

María Victoria Heikel

Demógrafa. Con estudios de postgrado en el Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE) en Santiago de Chile. Actualmente es Coordinadora del Servicio de Formación y Estudios de la Mujer. Miembro de asociaciones académicas en el Área de Población y de organizaciones de mujeres. Ejerce la Secretaría Ejecutiva del Consejo Nacional de Salud Reproductiva y Planificación Familiar de Paraguay. Ha realizado investigaciones en población con énfasis en relaciones de género y políticas públicas para el desarrollo social. Entre sus publicaciones más recientes pueden citarse: "Logros constitucionales desde la perspectiva de género", "Distribución espacial de la población y migraciones", "Perfil del Paraguay", "Factores culturales en el diseño de una política pública con perspectiva de género", "La mujer paraguaya migrante en el trabajo y el hogar", "Mujeres campesinas y conducta reproductiva", "Hacer el fuego: la mujer sub-urbana y las técnicas de cocción de alimentos", "Nuevas alternativas de empleo para los sectores pobres urbanos".

Ha realizado varias consultorías a nivel nacional e internacional con apoyo de la CEPAL/FAO, GTZ y UNFPA, para diferentes Ministerios y oficinas del sector público.

Alfredo Lattes

Analista en demografía, CELADE (1966) y Master of Arts en Demografía, Universidad de Pennsylvania (1970). Es investigador titular y presidente

del Centro de Estudios de Población (CENEP), coordinador del Área de Información y Comunicación del Programa Latinoamericano de Población (PROLAP) y miembro del Consejo Directivo de la Fundación Bariloche. Fue investigador y co-director del Programa de Investigaciones Demográficas del Instituto Torcuato Di Tella (1971-73), director del CENEP (1974-80 y 1991-94), asesor de la Secretaría de Planificación de Argentina (1984-89), coordinador general del PROLAP (1986-89) y miembro del Consejo Directivo de CLACSO. Fue profesor en la Universidad de Buenos Aires, en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), y ha dictado cursos y conferencias en varios países. Ha publicado numerosos trabajos científicos, en particular, sobre redistribución espacial de la población, urbanización y migraciones. Es presidente de la Asociación de Estudios de Población de la Argentina (AEPA), miembro de la IUSSP, de la PAA y otras asociaciones científicas.

José Leal

Ingeniero Civil Industrial (Universidad de Chile) y D.E.S.S. en Proyectos y Desarrollo Industrial (Universidad de París I-Sorbonne). Se desempeña como consultor en Economía y Gestión del Medio Ambiente, en particular la Evaluación del Impacto Ambiental, tras haber trabajado para Naciones Unidas (PNUMA, CEPAL e ILPES). Ha sido consultor de la Comisión Brundtland, Banco Mundial, PNUD, BID, GTZ, CDG y gobiernos latinoamericanos. Profesor universitario

en Bolivia, Chile y Perú. Tiene diversas publicaciones en las materias de su especialidad.

Roland Lee

Profesor del Departamento de Economía de la Universidad de California, Berkeley y Director del Departamento de Demografía de dicha Universidad. Ha sido miembro de paneles científicos de la National Science Foundation y se le otorgó el premio Mindel Sheps a la excelencia en demografía matemática y metodología demográfica en 1990. Presidente de la Population Association of America durante 1987 y miembro de la Academia Nacional de Ciencias de Estados Unidos desde 1992, sus contribuciones en el campo de la Demografía Económica han abarcado una temática amplia: métodos estadísticos para el análisis de las series históricas de eventos demográficos y de las fluctuaciones económicas, la teoría del crecimiento económico y demográfico en el largo plazo y métodos de proyección de la mortalidad, entre otros. Durante los últimos años, su concentración principal ha estado ubicada en el estudio teórico y empírico de las transferencias intergeneracionales y sus consecuencias sobre las teorías de la fecundidad y los procesos de ahorro-inversión.

Massimo Livi Bacci

Profesor de Demografía en la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad de Florencia. Ha dictado numerosas conferencias en universidades de

Norteamérica, América Latina y Europa. Entre 1989 y 1993 fue Presidente de la Unión Internacional para el Estudio Científico de la Población (IUSSP) y actualmente es Presidente Honorario de la misma organización. Entre sus recientes publicaciones se encuentran: "Introduzione alla Demografia" (Turin, 1990), "Population and Nutrition" (Cambridge, 1990) y "A Concise History of World Population" (Cambridge, Ma. 1992), todas traducidas al español; "Etica e riproduzione" (con E. Chiavacci, Florencia, 1995). Es también co-autor del reciente libro sobre historia de la población italiana ("La popolazione italiana dal Medio Evo a oggi", Roma, 1996). Livi Bacci ha trabajado tanto en temas históricos como contemporáneos, prestando especial atención a las relaciones entre la población y las variables biológicas y ambientales. Es miembro de la Academia Nacional "dei Lincei" de Roma.

George Martine

Sociólogo y demógrafo, con maestría de la Universidad de Fordham y doctorado de la Universidad de Brown. De nacionalidad canadiense, ha desarrollado

la mayor parte de su vida profesional en América Latina, en especial en Brasil. Actualmente se desempeña como Senior Fellow en el Centro de Población y Desarrollo de la Universidad de Harvard, Estados Unidos. Fue cofundador y primer director del Instituto "Sociedad, Población y Naturaleza" de Brasilia, trabajando durante muchos años como coordinador de proyectos de asistencia técnica para Naciones Unidas y para el Gobierno de Brasil en el área de desarrollo social. Ha desempeñado el cargo de profesor visitante en CEDEPLAR (Universidad Federal de Minas Gerais) y el de investigador social en la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) en Santiago de Chile y realizado consultorías para el Banco Mundial, el Fondo de Población de las Naciones Unidas (FNUAP), la Fundación MacArthur y otras instituciones. Sus áreas de especialización son las de población -en particular, migraciones- desarrollo social y medio ambiente. Es autor de diversas publicaciones sobre estos temas. Su último libro titulado "População, Meio Ambiente e Desenvolvimento: Verdades e Contradições" ha sido publicado por la Universidad de Campinas (UNICAMP), Brasil.

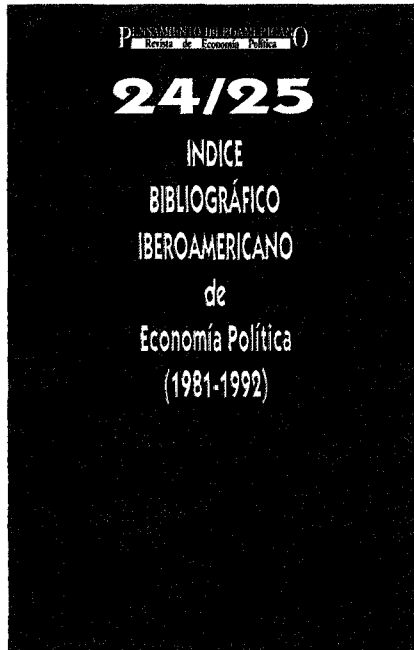
Adela Pellegrino

Uruguaya, es Profesora Titular Responsable del Programa de Población de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República, Uruguay.

Es licenciada en Historia en Montevideo y Doctora en Historia, título obtenido en el Laboratoire de Démographie Historique de L'Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, París, 1984. Entre 1977 y 1987 trabajó en el Instituto Rómulo Gallegos y la Universidad Católica de Caracas, Venezuela. Ha sido consultora del Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE) y de la Organización Internacional para las Migraciones (OIM). Sus investigaciones se han orientado a los temas de población y en particular a la migración internacional, habiendo publicado libros y artículos de revistas en temas relativos a migración internacional.

Actualmente es miembro del Comité Migración Sur-Norte de la Unión Internacional para el Estudio Científico de la Población (IUSSP) y forma parte del Consejo Directivo de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República, Uruguay.

Índice Bibliográfico Iberoamericano de Economía Política (1981-1992)



Uno de los objetivos que se planteó Pensamiento Iberoamericano cuando empezó a publicarse en 1982 fue el de contribuir al potenciar la comunicación intelectual entre España, Portugal y los países de América Latina.

Entre otras tareas emprendidas para alcanzar tal fin desde entonces se desarrolló una labor de seguimiento de un número muy amplio de revistas especializadas en economía y ciencias sociales del área iberoamericana. Tal tarea se reflejó en la aparición continuada, a partir del número 16, de la sección

Revista de Revista Iberoamericanas que recogía el contenido básico de las revistas representativas de circulación regular. La referencia de los artículos indiciados se podía localizar a partir de tres índices: el de publicaciones, el de autores y el geográfico.

En este contexto, el número 24-25 de Pensamiento Iberoamericano está dedicado a la recopilación de todos los artículos de las revistas indiciadas entre 1982 y 1992, lo que le convierte en un instrumento de documentación que refleja la diversidad y riqueza de las publicaciones seguidas. En el número citado se incluyen 15.420 referencias de las 206 revistas consultadas de acuerdo con un criterio de clasificación que, cuando ha sido posible, se ha tratado de compatibilizar con el utilizado por el Journal of Economic Literature de la American Economic Association.

Cada ejemplar está acompañado de un diskette que mediante el programa DBASE permite acceder cómodamente a la base de datos.

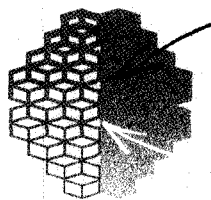
Los Nuevos Estilos de la Integración Económica

Julio-Diciembre 1994

PENSAMIENTO IBEROAMERICANO
Revista de Economía Pública

26

LOS NUEVOS
ESTILOS
DE LA
INTEGRACION
ECONOMICA



Entre las muchas sorpresas que ha deparado el final del siglo XX, una de las menos previsible, en el contexto del intenso proceso de globalización de la economía mundial, ha sido el rebrote de los procesos de regionalización, integración y cooperación regional. Estos han adquirido una dinámica inesperadamente acelerada y unas orientaciones escasamente previsible hasta hace poco.

Ello se ha manifestado en América Latina y el Caribe como en Europa. En el primer caso, a través del crecimiento del comercio intralatinoamericano, del resurgimiento de los antiguos esquemas de inte-

gración y el florecimiento de nuevos compromisos de libre comercio y cooperación binacional o plurinacional. En Europa, la señal más evidente lo constituye la escalada numérica que ha supuesto que los 6 países fundadores de la CEE se hayan elevado a 15 en 1995.

En función de lo anterior, este número de Pensamiento Iberoamericano está dedicado al análisis, por parte de un destacado grupo de especialistas en estas materias coordinado por Eduardo Gana, de los temas señalados.

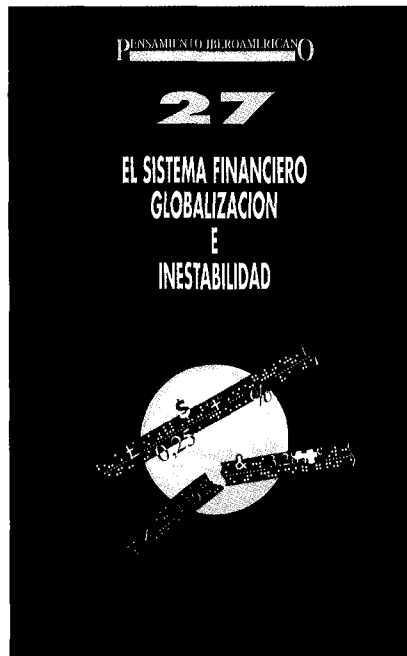
Ensayo introductorio: Eduardo Gana, editor invitado: *La dinámica y los nuevos estilos de la integración económica en América Latina y en Europa.*

Tendencias actuales de los procesos de integración económica en América Latina y el Caribe: Gert Rosenthal: *El regionalismo abierto de la CEPAL*; Eduardo Gana: *Los cambios estructurales en la integración latinoamericana y caribeña*; Juan Mario Vacchino: *Articulación y convergencia en el actual contexto latinoamericano, desde la perspectiva de la ALADI*; Armando Di Filippo: *Regionalismo abierto y empresas latinoamericanas*; Jorge Lucángeli: *MERCOSUR: antecedentes, logros y perspectivas*; Haroldo Rodas: *Condicionantes externos y perspectivas de la integración económica centroamericana*; Johannes Heirman: *Dinámica y cambio estructural del comercio en la ALADI*; Manuel R. Agosin y Roberto Alvarez: *¿Le conviene a los países de América Latina adherirse al NAFTA?*

Tendencias actuales de los procesos de integración económica desde la perspectiva europea: Carlos Westendorp: *Consecuencias económicas de la integración en la Unión Europea para la sociedad española*; José Antonio Nieto: *La extensión de los espacios de integración comercial de la Unión Europea y los Estados Unidos.*

EL SISTEMA FINANCIERO GLOBALIZACIÓN E INESTABILIDAD

Enero-Junio 1995



La peseta y otras monedas europeas en 1992, el peso mexicano a fines de 1994 y el argentino posteriormente, como el propio dólar y otras monedas, han sufrido en tiempos recientes el impacto de poderosos embates provenientes de las finanzas internacionales.

La función clásica del sistema financiero de estimular el ahorro y facilitar la inversión tanto en los mercados nacionales como los internacionales, ha quedado desvirtuada por el explosivo crecimiento en el volumen y variedad instrumental de las transacciones en los mercados financieros internacionales. Además, la inmensa mayoría de esas transacciones nada tienen que ver con la asignación racional de los recursos. Se trata fundamentalmente de operaciones especulativas y de arbitraje, que buscan ganancias rápidas mediante las diferencias internacionales en las tasas de interés y de las fluctuaciones de los tipos de cambio.

Desde el punto de vista institucional, no queda mucho del sistema de Bretton Woods, aunque sobrevivan, disminuídos, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. A su vez, el G-7, que pudo ser el germen de una nueva organización internacional, abdicó incluso de su función más obvia y explícita de coordinación macroeconómica de los principales países industrializados.

Como consecuencia de todas estas circunstancias, el nuevo sistema financiero internacional privado se ha convertido en una caja de Pandora que con preocupante frecuencia adquiere características procíclicas y antisistémicas.

En función de todo lo anterior, este número de Pensamiento Iberoamericano —coordinado por Stephany Griffith Jones— está dedicado a los análisis realizados por un grupo de especialistas en estas materias.

EL TEMA CENTRAL: "El sistema financiero, globalización e inestabilidad".

Nuevas Tendencias en el Sistema Financiero Internacional y Nuevos Retos para las Políticas Públicas: M. Aglietta, Globalización financiera, riesgo sistémico y control monetario en los países de la OCDE; Stephany Griffith-Jones, Globalización de los Mercados Financieros y el Impacto de los Flujos hacia los Países en Desarrollo: Nuevos Desafíos para la Regulación; Robert Devlin, Ricardo French-Davis y Stephany Griffith-Jones, Flujos de capital y el desarrollo en los noventa: implicaciones para las políticas económicas; Stephany Griffith Jones y Barbara Stallings, Nuevas tendencias financieras globales: implicaciones para el desarrollo.

Reflexiones sobre la Crisis Mexicana y el Riesgo Global: Jaime Ros, La crisis mexicana y la reforma de la política macroeconómica; Alan Greenspan, Testimonio ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado de los Estados Unidos; Guillermo A. Calvo, Acerca del paquete de préstamo garantizado para México; Michel Camdessus, Entrevista; Guillermo Ortiz, Cómo estamos manejando la crisis del Peso; Rudiger Dornbusch, Al ayudar a México, Estados Unidos se ayuda a sí mismo.

La Agenda de Reformas.

Perspectiva desde los Estados Unidos: John Williamson, El manejo de los flujos de entrada de capitales; Peter B. Kenen, Maneras de reformar los acuerdos sobre el tipo de cambio.

Perspectivas desde Europa: José García Solanes, Movilidad internacional de capitales en la Unión Europea; Santiago Fernández de Lis y Javier Santillán, Regímenes cambiarios e integración monetaria en Europa.

Perspectivas Alternativas: Barry Eichengreen, James Tobin y Charles Wyplosz, Dos argumentos para echar arena en las ruedas de la financiación internacional; Carlos Massad, Un nuevo sistema monetario internacional para el futuro; Hans Singer, Propuesta para una moneda de reserva basada en materias primas.

Revista de la CEPAL n.º 57

Comisión Económica para América Latina y el Caribe

DICIEMBRE 1995



Las Naciones Unidas y la CEPAL en el Cincuentenario de la Organización. *Gert Rosenthal.*

La creación de las Naciones Unidas y de la CEPAL. *Hernán Santa Cruz.*

Derechos humanos: el caso de los niños. *Teresa Albáñez.*

Gobernabilidad, competitividad e integración social. *Fernando Calderón.*

Reforma laboral y equidad social: la privatización de los puertos. *Larry A. Burkhalter.*

Nuevas tendencias en las políticas salariales. *Andrés E. Marinakis.*

Centroamérica: desempeño macroeconómico y financiamiento social. *Francisco Esquivel.*

Panamá y la integración económica centroamericana. *Luis René Cáceres.*

La dualidad del tipo de cambio en la economía cubana de los noventa. *Archibald R.M. Ritter.*

Transnacionalización e integración productiva en América Latina. *Armando Di Filippo.*

Las publicaciones de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) y las del Instituto Latinoamericano y del Caribe de Planificación Económica y Social (ILPES) se pueden adquirir a los distribuidores locales o directamente a través de:

Publicaciones de las Naciones Unidas:

Sección de ventas —DC-2-866. Nueva York, Nr. 10017. Estados Unidos de América.

Publicaciones de las Naciones Unidas:

Sección de Ventas — Palais des Nations, 1211 Ginebra 10, Suiza.

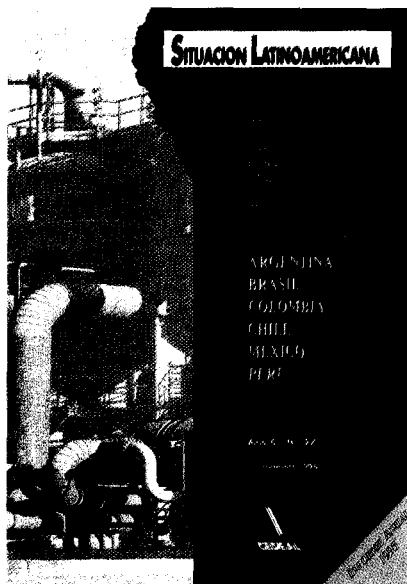
Unidad de distribución: CEPAL. — Casilla 179-D. Santiago de Chile.

Situación Latinoamericana

Informes de coyuntura económica, política y social

ARGENTINA, BRASIL, COLOMBIA, CHILE, MEXICO, PERU

1.^{er} trimestre 1996



Situación Latinoamericana es una revista de periodicidad trimestral, publicada por la Fundación CEDEAL, dedicada al seguimiento de los aspectos importantes de la coyuntura de la región.

En ella se incluyen trabajos periódicos sobre Argentina, Brasil, Colombia, Chile, México y Perú realizados por equipos permanentes integrados por prestigiosos investigadores y centros de estudios de los diferentes países.

En los informes se analizan los principales cambios que en materia de comportamientos macroeconómicos (producción, precios, salarios, empleo, sector exterior, financiación externa, etc...), sociales y políticos se van produciendo en cada una de las sociedades analizadas.

Pedidos y correspondencia:

Fundación CEDEAL.

Agencia Española de Cooperación Internacional. Avenida de los Reyes Católicos 4.
28040 Madrid, España. Teléfonos: (91) 544 63 75 y 583 82 76. Fax: (91) 544 65 00.

Precio de suscripción por una año (4 números):

España: 12.000 ptas. (envío incluido).

Extranjero: 100 US \$ (envío incluido).